


FREDERICK FORSYTH

LOS PERROS DE LA GUERRA



 DEBOLSILLO

LOS PERROS DE LA GUERRA (1974)

Friedrich Forsyth

Grita «Devastación» y suelta los perros de la guerra.

WILLIAM SHAKESPEARE

*Que... no se comuniqué a nadie de mi muerte,
O que nadie llore por mí,
Y que no me entierren en tierra sagrada,
Y que ningún sacristán toque las campanas,
Y que nadie pueda ver mi cuerpo muerto,
Y que ningún lloraduelos me siga en mi entierro,
Y que no se depositen flores en mi tumba,
Y que ningún solo hombre me recuerde.
Esta es mi voluntad.*

THOMAS HARDY

*Para Giorgio, y Christine y Schlee
Y Big Marc y Black Johnny
Y los otros de las tumbas sin nombre.
Al menos lo intentamos.*

PRÓLOGO

Aquella noche, sobre la selvática pista de aterrizaje no lucían las estrellas ni la luna; sólo la oscuridad del África Occidental envolvía a los grupos desparramados, como una cálida y húmeda capa de terciopelo. Las nubes, bajas, se deslizaban sobre las copas de los irokos, y los hombres que esperaban pedían al cielo que las retuviese un poco más, a fin de ocultarlos a la vista de los bombarderos.

Al final de la pista, el destartalado y viejo «DC-4» —que acababa de aterrizar gracias a unas luces que sólo habían permanecido encendidas quince segundos cuando el avión se aproximaba— dio media vuelta y rodó a ciegas en dirección a las chozas cubiertas con hojas de palmera.

Un «MIG-17», caza nocturno federal, conducido probablemente por uno de los seis pilotos alemanes orientales enviados durante los últimos tres meses para sustituir a los egipcios, que tenían miedo de volar de noche, cruzó zumbando el cielo en dirección oeste. La capa de nubes lo ocultaba a la vista, de la misma manera que ocultaba la pista a los ojos del piloto. Este buscaba el destello delator de las luces de aterrizaje que guiaba a los aviones; pero las luces estaban apagadas.

El piloto del «DC4» que rodaba por el suelo, incapaz de oír el zumbido del reactor en lo alto, encendió sus

propias luces para ver adónde iba, y una voz gritó inútilmente en la oscuridad: «¡Apague las luces!» En todo caso, éstas se apagaron cuando el piloto se hubo orientado y el caza estaba ya a muchas millas de distancia. La artillería tronaba hacia el sur, en el punto donde, al fin, se había derrumbado el frente, al arrojar sus armas unos hombres que llevaban dos meses sin recibir comida ni municiones y que buscaron refugio en el espeso bosque.

El piloto del «DC-4» detuvo su avión a veinte metros del «Super Constellation» aparcado en la zona terminal, paró los motores y saltó al suelo de hormigón. Un africano corrió a su encuentro, y entablaron una conversación en voz baja. Ambos avanzaron, en la oscuridad, en dirección a uno de los mayores grupos de hombres, que formaba una mancha negra sobre el oscuro fondo del bosque de palmeras. El grupo se abrió al acercarse los dos individuos que venían de la pista, y el blanco que acababa de llegar en el «DC4» se halló frente al hombre que ocupaba el centro del grupo. Era la primera vez que lo veía el hombre blanco, pero sabía cómo era y no le costó reconocerlo, incluso en aquella oscuridad, rota sólo por la roja punta de unos cuantos cigarrillos.

El piloto no llevaba gorra, y por ello, en vez de saludar militarmente, hizo una ligera inclinación de cabeza. Nunca lo había hecho antes de ahora, al menos con un negro, y no habría podido explicar por qué lo

hizo.

—Soy el capitán Van Cleef —dijo en inglés, pero con notorio acento de África del Sur.

El africano correspondió al saludo, y su enmarañada y negra barba rozó la pechera de su rayado uniforme de camuflaje.

—Una noche bastante peligrosa para volar, capitán Van Cleef —observó secamente—, y un poco tarde para traernos más suministros.

Su voz era grave y despaciosa, y su acento, más propio de un maestro de escuela inglés —cosa que, en efecto, era— que de un africano. Cleef se sintió incómodo, y una vez más se preguntó, como había hecho cien veces durante su vuelo entre nubes y desde la costa, por qué había realizado aquel viaje.

—No traigo suministros, señor. No quedaba absolutamente nada que traer.

Otro hecho consumado. Se había jurado que no llamaría «señor» a ese hombre. Se trataba de un cafre. Pero se le había escapado. De todas maneras, los otros pilotos mercenarios, que lo conocían, tenían razón al decir, en el bar del hotel de Libreville, que éste era diferente.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —preguntó el general, con voz suave—. ¿Tal vez por los niños? Hay aquí unos cuantos, y las monjas desean trasladarlos a lugar seguro; pero esta noche no llegarán más aviones de «Cáritas».

Van Cleef movió la cabeza, y en seguida se dio cuenta de que nadie podía ver aquel ademán. Se sintió confuso y se alegró de que la oscuridad ocultase su turbación. A su alrededor, los guardaespaldas empuñaban sus fusiles ametralladores y lo miraban fijamente.

—No. He venido a buscarle a usted. Es decir, si quiere venir conmigo.

Se hizo un largo silencio. Tenía la impresión de que el africano lo observaba atentamente en la oscuridad, y hubo un momento en que vio el blanco de sus ojos cuando uno de los presentes alzó su cigarrillo.

—Comprendo. Su Gobierno le ordenó que viniese aquí esta noche, ¿no?

—No —respondió Van Cleef—. Fue idea mía.

Hubo otra larga pausa. El barbudo movía ahora lentamente la cabeza de arriba abajo, en ademán que tanto podía ser de comprensión como de asombro.

—Se lo agradezco mucho —dijo la voz—. Habría sido una excursión estupenda. Pero tengo mi propio medio de transporte. El «Constellation». Confío en que será capaz de llevarme al destierro.

Van Cleef se sintió aliviado. No tenía la menor idea de las repercusiones políticas que habrían podido producirse si hubiera regresado a Libreville con el general y su séquito.

—Esperaré a que haya despegado usted, y, después, me marcharé —dijo, saludando de nuevo con la cabeza.

Tuvo el impulso de alargar la mano, pero no supo si debía hacerlo. Lo cierto era que el general africano tenía la misma duda. En todo caso, dio media vuelta y se dirigió a su avión.

Los negros del grupo guardaron silencio durante un rato.

—¿Por qué tenía que hacer una cosa así un sudafricano, y afrikaner por añadidura? —preguntó al general un hombre de su séquito.

El jefe del grupo sonrió brevemente, y sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Creo que nunca lo sabremos —dijo.

Más arriba, en la zona contigua a la pista, y también al amparo de un bosquecillo de palmeras, cinco hombres se hallaban sentados en un «Land Rover» y observaban las confusas figuras que se movían entre la espesura y el avión. El jefe estaba al lado del conductor africano, y los cinco hombres fumaban continuamente.

—Debe de ser el avión sudafricano —dijo el jefe, y se volvió hacia uno de los otros cuatro blancos acurrucados en el «Land Rover», detrás de él—. Janni, vaya y pregúntele al patrón si tiene sitio para nosotros.

Un hombre alto, huesudo y anguloso, saltó de la parte trasera del vehículo. Igual que los otros, vestía un uniforme completo de camuflaje, en que predominaba el verde de la selva rayado de color castaño. Llevaba

botas de lona verde, con la parte inferior de los pantalones embutida en ellas. Una cantimplora de agua y un cuchillo «Bowie» pendían de su cinturón, y llevaba, colgadas del hombro, tres bolsas de municiones para el rifle «FAL», todas ellas vacías. Al pasar por delante del «Land Rover», el jefe lo llamó de nuevo.

—Deje el «FAL» —le dijo, alargando una mano para coger el rifle—, y haga todo lo que pueda, Janni. Porque si no nos vamos en ese cacharro, dentro de pocos días podríamos estar muertos.

El hombre llamado Janni asintió con la cabeza, se ajustó la gorra y echó a andar en dirección al «DC-4». El capitán Van Cleef no oyó el susurro de las suelas de goma a su espalda.

—*Naand, meneer.*

Van Cleef giró en redondo al oír las palabras afrikander y observó el aspecto y la corpulencia del recién llegado. Incluso en la oscuridad pudo distinguir la insignia blanca y negra de la calavera y las tibias cruzadas que llevaba aquél en el hombro izquierdo. Movi6 la cabeza, con expresi6n cansada.

—*Naand. Jy Afrikaans?*

El hombre alto asintió con la cabeza.

—Jan Duprée —dijo, tendiendo la mano.

—Kobus van Cleef —respondió el aviador, estrechándose la.

—*Waar gaan-jy nou?* —preguntó Duprée.

—A Libreville. En cuanto acaben de cargar. ¿Y

usted?

Janni Duprée hizo una mueca.

—Estoy en un apuro, y también mis compañeros. Si nos encuentran, los federales nos liquidarán con toda seguridad. ¿Podría usted ayudarnos?

—¿Cuántos son? —preguntó Van Cleef.

—Cinco en total.

Como también era mercenario, aunque del aire, Van Cleef no vaciló. Quienes están fuera de la ley, muchas veces se necesitan mutuamente.

—Está bien; suban. Pero dense prisa. En cuanto se haya largado ese «Connie», nos iremos nosotros.

Duprée le dio las gracias y corrió hacia el «Land Rover». Los otros cuatro blancos estaban de pie alrededor del morro del coche.

—Todo bien, pero tenemos que subir a bordo en seguida —les dijo el sudafricano.

—¡Bravo! Dejad la chatarra en la trasera del coche, y andando —ordenó el jefe del grupo.

Mientras los rifles y las bolsas de municiones caían en la trasera del vehículo, el jefe se acercó al oficial negro sentado al volante, que lucía insignias de teniente.

—Adiós, Patrick —le dijo—. Temo que la cosa ha terminado. Llévase el «Land Rover» y abandónelo. Entierre las armas y señale el lugar. Quítese el uniforme y refúgiense en el bosque. ¿Comprendido?

El teniente, que ingresó en el Ejército un año atrás como soldado raso y había ascendido gracias a su

habilidad en el manejo del cuchillo y el tenedor, más en la mesa que en la lucha, asintió lúgubrementemente al recibir las instrucciones.

—Adiós, señor.

Los otros cuatro mercenarios se despidieron también y se encaminaron al «DC-4».

El jefe se disponía a seguirlos cuando dos monjas salieron de la oscura espesura, detrás de la zona de aparcamiento, y corrieron a su encuentro.

—Comandante.

El mercenario se volvió y reconoció a la primera de ellas como una hermana con la que tuvo contacto unos meses antes, cuando la lucha se había extendido a la zona en que ella dirigía un hospital y él se había visto obligado a evacuar todo el establecimiento.

—¿La hermana María José? ¿Qué está haciendo aquí?

La monja, irlandesa y de edad madura, empezó a hablar ansiosamente, asiendo la manchada manga de la guerrera del hombre. Este asentía con la cabeza.

—Lo intentaré; es cuanto puedo hacer —dijo, cuando ella hubo terminado.

Cruzó la zona de aparcamiento en dirección al piloto sudafricano, plantado debajo del ala de su «DC-4», y los dos mercenarios discutieron durante varios minutos. Por fin, el hombre uniformado volvió junto a las monjas, que esperaban.

—Dice que sí, pero que tiene que apresurarse,

hermana. Quiere sacar su cacharro de aquí lo antes posible.

—Que Dios le bendiga —dijo la mujer de hábito blanco, y empezó a dar rápidas órdenes a su compañera.

Esta corrió a la parte de atrás del avión y empezó a subir la corta escalerilla de la puerta de pasajeros. La otra corrió hacia el bosquecillo de palmeras de detrás del aparcamiento, y pronto salió de allí una hilera de hombres. Cada uno de ellos llevaba un bultito en brazos. Al llegar al «DC-4» empezaron a entregar los bultos a la monja, que esperaba en lo alto de la escalera. Detrás de ella, el copiloto observó cómo colocaba a los tres primeros, uno al lado del otro, en una hilera, al fondo del departamento destinado a la carga; se decidió a ayudar, de mala gana, cogiendo los bultos que le tendían los brazos estirados bajo la cola del avión y pasándolos al interior.

—Que Dios se lo pague —murmuró la irlandesa.

Uno de los paquetes depositó unas onzas de excrementos, verdes y líquidos, en la manga del copiloto.

—¡Por mil diablos! —murmuró éste, y siguió trabajando.

Al quedarse solo, el jefe del grupo de mercenarios miró al «Super Constellation», por cuya escalerilla trasera subía una hilera de refugiados, la mayoría de

ellos familiares de los dirigentes del pueblo derrotado. A la débil luz que se filtraba por la portezuela del avión, vio al hombre a quien buscaba. Al acercarse, el hombre estaba a punto de subir la escalera, mientras otros, que tenían que quedarse y ocultarse en los bosques, esperaban para retirar aquélla. Uno de ellos llamó al que iba a subir.

—Señor, aquí está el comandante Shannon.

El general se volvió al acercarse Shannon y, a pesar de las circunstancias, consiguió sonreír.

—Hola, Shannon. ¿Quiere venir con nosotros?

Shannon se plantó ante él y saludó militarmente. El general le devolvió el saludo.

—No, gracias, señor. Tenemos quien nos transporte a Libreville. Sólo quería despedirme.

—Bien. Ha sido una larga lucha. Ahora, temo que ha terminado. Al menos, por unos años. Me cuesta creer que mi pueblo vivirá eternamente en la esclavitud. A propósito, ¿han cobrado ustedes y sus colegas lo establecido en el contrato?

—Sí; gracias, señor. Estamos saldados —respondió el mercenario.

El africano movió tristemente la cabeza.

—Bueno, adiós. Y gracias por todo lo que han hecho. Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Hay algo más, señor —dijo Shannon—. Los chicos y yo hemos estado hablando, mientras esperábamos en el jeep. Si llega un día en que..., bueno, si usted nos

necesita alguna vez, sólo tiene que hacérselo saber. Vendremos todos. Bastará que nos llame. Los chicos quieren que lo sepa.

El general lo miró fijamente durante unos segundos.

—Esta noche está llena de sorpresas —dijo pausadamente—. Tal vez usted no lo sepa aún, pero la mitad de mis viejos consejeros y, desde luego, todos los ricos, están cruzando esta noche las líneas para congraciarse con el enemigo. La mayoría de los otros harán lo mismo dentro de un mes. Gracias por su ofrecimiento, señor Shannon. Lo recordaré. Adiós, y buena suerte.

Se volvió, subió la escalerilla y penetró en el débilmente iluminado interior del «Super Constellation», precisamente en el instante en que empezaba a roncar el primero de los cuatro motores. Shannon retrocedió y dirigió un último saludo al hombre a quien había servido durante año y medio.

—Buena suerte para ti —dijo, hablando consigo mismo—. La necesitarás.

Dio media vuelta y se dirigió al «DC-4», que esperaba. Cuando se hubo cerrado la portezuela, Van Cleef mantuvo el avión en la zona de aparcamiento, con los motores encendidos, mientras observaba, a través de la oscuridad, la forma de morro bajo del «Super Connie» que corría por la pista delante de él y levantaba el vuelo. Ningún avión llevaba las luces encendidas, pero, desde la cabina del «Douglas», el afrikaner

distinguió las tres aletas del «Constellation», que se desvanecían sobre las palmeras, hacia el sur, y entre las hospitalarias nubes. Sólo entonces llevó al «DC-4», con su llorosa y temblona carga, al punto de arranque de la pista.

Pasó casi una hora antes de que Van Cleef ordenase al copiloto que encendiera las luces de la cabina; una hora de saltos entre bancos de nubes, descubriéndose al cruzar capas bajas de estratos, para ocultarse de nuevo en bancos más espesos, y tratando siempre de evitar que el reflejo pudiese delatarlo a un «MIG» de vigilancia. Sólo cuando estuvo seguro de haberse adentrado mucho en el golfo, con la costa a muchas millas a popa, se avino a encender las luces.

Detrás de ellos apareció un fantástico espectáculo, digno del lápiz de Doré en uno de sus días de mal humor. El suelo del avión estaba alfombrado con mantas manchadas y húmedas, que, una hora antes, habían sido la envoltura de los paquetes. El contenido de éstos yacía en trémulas hileras a ambos lados del sitio destinado a la carga: cuarenta chiquillos flacos, mustios, deformados por falta de nutrición. La hermana María José, que estaba acurrucada detrás de la puerta de la cabina, se levantó y empezó a pasar revista a los hambrientos niños, cada uno de los cuales llevaba un pequeño parche adherido a la frente, justo debajo de la línea del cabello, que hacía tiempo que se había vuelto rojizo a causa de la anemia.

Cada parche llevaba, escrita con bolígrafo, la información necesaria para el orfanato de las afueras de Libreville. Nombre y número, ya que no graduación. Esta no se concede a los que pierden.

Los cinco mercenarios, en la cola del avión, pestañearon al encenderse la luz y miraron a sus compañeros de viaje. Un espectáculo que habían visto muchas veces en los últimos meses. Todos sentían un poco de repugnancia, pero ninguno lo demostraba. En definitiva, uno se acostumbra a todo. En el Congo, el Yemen, Katanga, Sudán. Siempre la misma historia, siempre los chiquillos. Y nunca podía hacerse nada. Esto pensaban mientras sacaban los cigarrillos.

Las luces de la cabina hacían que pudiesen verse bien los unos a los otros, por primera vez desde la puesta del sol. Sus uniformes estaban manchados de sudor y de tierra roja, y sus semblantes, ajados por la fatiga. El jefe estaba sentado con la espalda apoyada en la puerta del retrete, y miraba en dirección a la cabina del piloto. Carlo Alfred Thomas Shannon, de treinta y tres años, rubio y con el pelo cortado casi al rape. El pelo muy corto es el más conveniente en los trópicos, porque el sudor fluye con más facilidad y los piojos no encuentran dónde cobijarse. Apodado *Cat* Shannon, por sus iniciales, era oriundo de County Tyrone, en la provincia del Ulster. Enviado por su padre a una escuela pública inglesa, había perdido el acento peculiar de los irlandeses del norte. Después de cinco años en los Royal

Marines, había querido probar la vida civil, y ahora hacía seis años había empezado a trabajar en una empresa comercial de Uganda, con sede en Londres. Pero una soleada mañana cerró sus libros de contabilidad, montó en su «Land Rover» y se dirigió rumbo al oeste, hacia la frontera congoleña. Una semana después ingresaba como mercenario en el V Comando de Mike Hoare, en Stanleyville.

Fue testigo de la partida de Hoare y de la sustitución de éste por John-John Peters; se peleó con Peters y se dirigió al norte para reunirse con Denard, en Paulis; dos años después participó en el motín de Stanleyville, y, tras la evacuación de Frenchman a Rhodesia, con heridas en la cabeza, se unió a *Black Jacques Schramme*, un plantador belga convertido en mercenario, en la larga marcha a Bukavu y, de allí, a Kigali. Después de ser repatriado por la Cruz Roja, se alistó como voluntario en otra guerra africana y, finalmente, formó su propio batallón. Pero lo había hecho demasiado tarde para ganar; siempre llegaba tarde para ganar.

Sentábase a su izquierda un hombre que era, indiscutiblemente, el tipo más duro al norte del Zambeze. El gran Jan Duprée tenía veintiocho años y procedía de Paarl, en la provincia de El Cabo; era hijo de una familia de hugonotes empobrecida, que había marchado al Cabo de Buena Esperanza huyendo de las iras de Mazarino tras la destrucción de la libertad

religiosa en Francia. Su enjuto semblante, dominado por una nariz aguileña sobre unos labios finos, parecía más hosco que de costumbre, y el cansancio había impreso profundas arrugas en sus mejillas. Tenía los párpados entornados, y los ojos, de un color azul muy pálido, y las cejas y los cabellos, rubios como la arena, aparecían manchados de polvo. Después de mirar a los niños que yacían en el suelo del avión, murmuró: *Bliksems* (bastardos), refiriéndose a los poderosos y privilegiados a quienes juzgaba responsables de todos los males del Planeta, y procuró conciliar el sueño.

A su lado hallábase tumbado Marc Vlaminck, llamado *Pequeño* Marc, debido a su corpulencia. Flamenco de Ostende, medía dos metros de estatura en calcetines, cuando los llevaba, y pesaba cien kilos. Algunos lo consideraban gordo. Pero no lo estaba. Era mirado con desconfianza por la Policía de Ostende y por la mayoría de las personas pacíficas que preferían evitar los problemas a buscarlos, y tenido en alta estima por los vidrieros y carpinteros de aquella ciudad, a causa del trabajo que les proporcionaba. Decían que se podía saber el bar en que había armado jaleo *Pequeño* Marc por el número de operarios que se requería para reparar los daños.

Como era huérfano, fue educado en una institución dirigida por sacerdotes, los cuales trataron de infundir algún sentido de respeto al grandullón; pero lo hicieron de un modo tan pertinaz, que Marc acabó por perder la

paciencia y, cuando tenía trece años, de un solo puñetazo dejó sin sentido a uno de los santos y rigurosos padres.

Después pasó por una serie de reformatorios, un colegio y varias cárceles para jóvenes, y finalmente, se alistó —con un suspiro de alivio por parte de casi todos— en el cuerpo de paracaidistas. Formó parte de los quinientos hombres que fueron lanzados en Stanleyville con el coronel Laurent, para rescatar a los misioneros a quienes el jefe simba local, Christophe Gbenye, amenazaba asar vivos en la plaza Mayor.

A los cuarenta minutos de poner pie en el aeropuerto, *Pequeño* Marc había descubierto la vocación de su vida. Al cabo de una semana, desertó para que no lo devolviesen a los cuarteles de Bélgica, y se unió a los mercenarios. Aparte sus puños y sus hombros, *Pequeño* Marc era sumamente diestro con los bazucas, su arma predilecta, que manejaba con la misma tranquilidad con que un chiquillo dispara un tirachinas.

La noche en que voló del enclave en dirección a Libreville acababa de cumplir los treinta años.

Al otro lado del aparato, frente al belga, se hallaba sentado Jean-Baptiste Langarotti, entregado a su ocupación habitual para matar los ratos de espera. Bajo, recio, magro y de tez olivácea, era un corso nacido y criado en la ciudad de Calvi. A los dieciocho años fue reclamado por Francia para luchar, como uno de los

cien mil *appelés*, en la guerra de Argelia. Mediados sus dieciocho meses de servicio, ingresó en los Regulares y, más tarde, fue trasladado al X de Paracaidistas Coloniales, los temidos boinas rojas, mandados por el general Massu y conocidos comúnmente por *les paras*. Tenía veintiún años cuando se produjo el estropicio y algunas unidades del Ejército colonial francés se incorporaron a la causa de una Argelia eternamente francesa, causa personificada de momento por la organización de la OAS. Langarotti ingresó en la OAS, desertó, y, después del fracaso del *putsch* de abril de 1961, pasó a la clandestinidad. Lo arrestaron tres años más tarde, en Francia, donde vivía con nombre supuesto, y se pasó cuatro años en la cárcel, pudriéndose primero en las oscuras y nada soleadas celdas de la Santé de París, después en Tours y, finalmente, en la isla de Ré. Era un mal recluso, y prueba de ello fueron las marcas que llevaron dos guardianes hasta el día en que murieron.

Apaleado varias veces hasta quedar medio muerto —por sus ataques a los guardianes—, cumplió toda su condena sin remisión, y salió de la cárcel en 1968, temiendo una sola cosa: los pequeños espacios cerrados, como las celdas y los agujeros. Entonces juró que no volverían a encerrarlo, aunque le costase la vida y tuviera que llevarse por delante a media docena de hombres, si «ellos» querían cazarlo de nuevo. A los tres meses de recobrar la libertad, había volado a África

pagándose el pasaje, se había convencido de que le convenía la guerra e ingresó en la unidad de Shannon como mercenario profesional. Ahora tenía treinta y un años. Desde su salida de la cárcel se había ejercitado continuamente en el uso del arma que aprendiera a manejar de niño en Córcega y que más tarde le valió una gran reputación en los barrios bajos de Argel. Llevaba enrollada en la muñeca izquierda una ancha tira de cuero muy parecida a las que suelen emplear los barberos anticuados para afilar sus navajas. La sujetaba con dos corchetes. En sus ratos de ocio, la desenrollaba, la volvía del revés, de modo que los corchetes quedasen debajo, y volvía a enrollarla en su puño izquierdo. En éstas estaba cuando lo vemos matando el tiempo durante el vuelo a Libreville. Tenía un cuchillo en la mano derecha; un arma de mango de hueso y hoja de quince centímetros, la cual manejaba con tal rapidez, que volvía a estar en la funda de su manga antes de que la víctima se diese cuenta de que se moría. La hoja pasaba con ritmo regular sobre el tenso cuero y, a pesar de estar ya afilada como una navaja de afeitar, se hacía un poquitín más cortante a cada pasada. Este movimiento aplacaba los nervios del hombre. También irritaba a los otros, pero éstos no se quejaban nunca. Y tampoco disputaban con él los que conocían la voz suave y la triste sonrisa del hombrecillo.

Embutido entre Langarotti y Shannon, estaba el más viejo del grupo, el alemán Kurt Semmler tenía cuarenta

años, y fue él quien, en los primeros días pasados en el enclave, inventó la insignia de la calavera y las tibias cruzadas que lucían los mercenarios y sus reclutas africanos. También había limpiado de soldados federales un sector de ocho kilómetros, marcando la línea del frente con estacas, en cada una de las cuales habían clavado la cabeza de un federal muerto en la jornada anterior. Durante un mes, fue el sector más tranquilo de todo el campo de batalla. Nacido en 1930, hijo de un ingeniero muniqués que más tarde murió en el frente ruso sirviendo en la «Organización Todt», se había criado en Alemania durante el período hitleriano. A la edad de quince años —como ferviente oficial de las Juventudes Hitlerianas, en las que formaban casi todos los jóvenes del país después de doce años de régimen de Hitler— había mandado una pequeña unidad compuesta de niños más jóvenes que él y de viejos de más de setenta años. Su misión consistía en detener las columnas de tanques del general Patton, armado con un «Panzerfaust» y tres rifles de repetición. Fracásó, como es de suponer, y pasó su adolescencia en Baviera, bajo la ocupación de los americanos, a los que odiaba. Tampoco sentía mucho aprecio por su madre, una mujer religiosa y maniática que quería que fuese sacerdote. A los diecisiete años huyó de casa, cruzó la frontera francesa en Estrasburgo y se alistó en la Legión Extranjera, en la oficina de reclutamiento montada en aquella capital para recibir a los alemanes y a los belgas

que huían de la quema. Después de un año en Sidi-bel-Abbés, fue a Indochina con las fuerzas expedicionarias. Allí estuvo ocho años, y después de lo de Dien Bien Fu y de serle extirpado un pulmón por los cirujanos de Turán (Danang), cosa que afortunadamente le evitó tener que asistir a la humillación final en Hanoi, fue devuelto en avión a Francia. Terminada su recuperación, fue enviado a Argelia en 1958, como sargento del cuerpo más distinguido del Ejército colonial francés: el I Regimiento de Paracaidistas Extranjeros. Era uno de los pocos supervivientes de las dos destrucciones sucesivas del 1.^{er} RPE en Indochina, que había sido batallón antes de alcanzar la talla de regimiento. Sólo respetaba a dos hombres: al coronel Roger Faulques, que pertenecía a la primitiva Compañía de Paracaidistas Extranjeros cuando ésta fue aniquilada por primera vez, y al comandante Le Bras, otro veterano, que actualmente mandaba la Guardia Republicana de la República de Gabón y garantizaba la influencia francesa en este Estado tan rico en uranio. Incluso el coronel Marc Rodin, que antaño fue jefe suyo, había perdido su respeto al derrumbarse definitivamente la OAS.

Semmler estaba en el 1.^{er} RPE cuando éste marchó a su perdición total en el *putsch* de Argel, y después, disuelto para siempre por Charles de Gaulle. Había ido adonde lo habían llevado sus oficiales franceses, y, más tarde, detenido en Marsella en septiembre de 1962,

justo después de la independencia argelina, se había pasado dos años en la cárcel. Sus cuatro galones de campaña le habían librado de algo peor. En 1964, vuelto a la vida civil después de veinte años en el Ejército, había recibido proposiciones de un antiguo compañero de celda: asociarse con él en una operación de contrabando en el Mediterráneo. Durante tres años, aparte uno que pasó en una cárcel italiana, había traficado en licores, oro, y, ocasionalmente, armas, de un extremo a otro del Mediterráneo. Por último, se estaba haciendo rico con el contrabando de cigarrillos entre Italia y Yugoslavia, cuando su socio engañó simultáneamente a compradores y vendedores, le echó la culpa a Semmler y se esfumó con el dinero. Acosado por una pandilla de irritados caballeros, consiguió embarcar para España, trasladarse a Lisboa, cambiando varias veces de autobús, establecer contacto con un amigo traficante de armas, y marchar finalmente a una guerra africana de la que se había enterado por los periódicos. Shannon le había aceptado de buen grado, pues, con sus dieciséis años de lucha, tenía más experiencia que nadie en la guerra de la jungla. Ahora dormitaba en el vuelo a Libreville.

Faltaban dos horas para el amanecer, cuando el «DC-4» se acercó al aeropuerto. En medio del lloriqueo de los niños, podía distinguirse un ruido diferente: el de un hombre que silbaba. Era Shannon. Sus colegas sabían que silbaba siempre que se disponía a entrar en

acción o había terminado una de ellas. También conocían el nombre de la tonadilla, porque se lo había dicho una vez. Se llamaba *Spanish Harlem*.

El «DC-4» dio un par de vueltas sobre el aeropuerto de Libreville, mientras Van Cleef hablaba con el control de tierra. Al detenerse, al fin, el viejo avión de carga en el extremo de una pista, un jeep militar, en el que iban dos oficiales franceses, se plantó frente al morro del aparato, y sus ocupantes hicieron señas a Van Cleef para que los siguiese por una de las pistas laterales.

Se alejaron de las construcciones principales del aeropuerto, en dirección a un racimo de cabañas del extremo opuesto, y allí ordenaron a Van Cleef que se detuviese, pero sin parar los motores. A los pocos segundos, se oyeron pasos detrás del aparato, y el copiloto abrió la portezuela desde el interior. Una cabeza tocada con un quepis se asomó y frunció con asco la nariz al percibir el olor que se respiraba allí. Después, el oficial francés observó a los cinco mercenarios y les hizo una señal para que bajaran. Cuando estuvieron en el suelo, el oficial hizo otra señal al copiloto para que cerrase la portezuela, y, sin más trámites, el «DC-4» se puso de nuevo en marcha para dar la vuelta al aeropuerto y volver a los edificios principales, donde un equipo de médicos y enfermeras de la Cruz Roja francesa esperaba a los niños para

llevarlos a una clínica pediátrica. Al girar el avión ante ellos, los cinco mercenarios agitaron la mano para dar las gracias a Van Cleef, sentado en su cabina, y en seguida dieron media vuelta para seguir al oficial francés.

Tuvieron que esperar una hora en una de las cabañas, incómodamente sentados en sendas sillas de madera, mientras varios jóvenes soldados franceses atisbaban a través de la puerta para echar un vistazo a *les affreux*, los terribles, según los llamaban en su jerga. Por fin, oyeron el chirrido de un jeep que se detenía en el exterior, y ruido de botas de soldados al cuadrarse éstos en el pasillo. Después se abrió la puerta y entró un jefe militar de piel curtida y rostro severo, con el uniforme castaño claro de los trópicos y un quepis ribeteado con un galón dorado. Shannon advirtió su mirada aguda y acerada, los cabellos grises cortados casi al rape bajo el quepis, las alas de paracaidista prendidas sobre los cinco galones de campaña, y la prontitud con que Semmler se cuadró, levantando la barbilla y estirando los cinco dedos sobre las que habían sido antaño costuras de su pantalón de campaña. Shannon no necesitó más para saber que el visitante era el legendario Le Bras.

El veterano de Indochina y de Argelia les estrechó la mano y se detuvo un poco más ante Semmler.

—*Alors*, Semmler? —dijo suavemente, con la sombra de una sonrisa—. Todavía luchando. Pero no

como ayudante. Ahora veo que luces las insignias de capitán.

Semmler pareció turbarse.

—*Oui mon commandant, pardon, colonel.* Sólo temporalmente.

Le Bras asintió varias veces, reflexivamente, con la cabeza. Después se dirigió a todos.

—Cuidaré de que les den un alojamiento cómodo. Sin duda les gustará tomar un baño, afeitarse y comer un poco. Por lo visto, no tienen más ropa que la que llevan puesta; se la proporcionaré. Temo que, de momento, tendrán que permanecer en sus habitaciones. No es más que una medida de precaución. Hay muchos periodistas en la ciudad, y debemos evitar toda clase de contacto con ellos. En cuanto sea posible, dispondré lo necesario para enviarles a Europa.

Como había dicho ya todo lo que tenía que decir, guardó silencio. Después se despidió de los cinco rígidos personajes llevándose la mano a la visera del quepis, y se marchó.

Una hora más tarde, después de viajar en una furgoneta cerrada y de entrar por la puerta de atrás, se hallaron los hombres en su alojamiento: cinco habitaciones en el piso alto del «Hotel Gamba», nueva construcción situada a quinientos metros, por carretera, del aeropuerto y, por consiguiente, a varios kilómetros del centro de la ciudad. El joven oficial que los había acompañado les dijo que tendrían que comer en el

mismo piso y permanecer allí hasta nuevo aviso. Al cabo de una hora volvió con toallas, navajas, pasta y cepillos de dientes, jabón y esponjas. Les habían servido ya unas tazas de café, y los cinco hombres se dieron sendos baños en grandes y humeantes bañeras que olían a jabón: el primer baño en más de seis meses.

A mediodía llegó un barbero del Ejército, así como un cabo con un montón de camisas y calzoncillos, pantalones y calcetines, pijamas y zapatos de lona. Se los probaron, eligieron los más convenientes, y el cabo se retiró con el sobrante. El oficial volvió a la una, acompañado de cuatro camareros, que traían la comida, y les dijo que debían mantenerse alejados de los balcones. Si querían hacer ejercicio, tendrían que hacerlo en sus habitaciones. Ofreció volver por la noche, con un surtido de libros y revistas, aunque no podía prometerles que fuesen ingleses o afrikaans.

Después de comer como no lo habían hecho en seis meses, desde su último período de permiso, los cinco hombres se acostaron y se entregaron al sueño. Mientras roncaban sobre los mullidos colchones y entre unas sábanas inverosímiles, Van Cleef despegó en su «DC-4», envuelto en la oscuridad, voló a un par de kilómetros de las ventanas del «Hotel Gamba» y puso rumbo al sur, en dirección a Caprivi y Johannesburgo. También él había terminado su trabajo.

En realidad, los cinco mercenarios pasaron cuatro semanas en el último piso del hotel, mientras la Prensa perdía su interés por ellos y los reporteros eran llamados a sus oficinas centrales por unos directores que pensaban que era inútil mantener a sus hombres en una ciudad donde faltaban las noticias.

Una noche, sin previo aviso, un capitán francés al servicio del coronel Le Bras fue a visitarlos. Los saludó con una amplia sonrisa.

—Caballeros, les traigo noticias. Saldrán esta noche en avión. Rumbo a París. Tienen pasajes reservados en el vuelo de la «Air Afrique» de las 22.30.

Los cinco hombres, aburridos a causa de su prolongado confinamiento, lanzaron exclamaciones de júbilo.

El vuelo hasta París duró diez horas, con escalas en Douala y Niza. Poco antes de las diez del día siguiente, una mañana de mediados de febrero, salieron al turbulento frío del aeropuerto de Le Bourget. Se despidieron en el café del aeropuerto. Duprée decidió tomar el autobús de Orly y adquirir un pasaje para el próximo vuelo de la «SAA» a Johannesburgo y Ciudad del Cabo. Semmler optó por irse con él y volver a Munich, al menos para una breve visita. Vlaminck dijo que iría a la estación del norte y tomaría el primer expreso para Bruselas con objeto de enlazar con el tren de Ostende. Langarotti iría a la Gare de Lyon, para tomar el de Marsella.

—Estaremos en comunicación —dijo, mirando a Shannon.

Este era su jefe, y a él correspondía buscar trabajo; otro contrato, otra guerra. Pero, si cualquiera de ellos oía hablar de algo que requiriese un trabajo en equipo, tenía que comunicarlo a uno del grupo, y éste era, evidentemente, Shannon.

—Estaré en París durante algún tiempo —dijo Shannon—. Es más fácil hallar trabajo aquí que en Londres.

Intercambiaron sus direcciones; direcciones de *listas de Correos* o de bares donde el encargado transmitiría el mensaje o guardaría la carta hasta que pasase su destinatario a tomar una copa. Y se despidieron, siguiendo cada uno su camino.

Las medidas de seguridad en relación con su vuelo desde África fueron muy severas, y por tanto no había ningún periodista aguardando. Pero alguien se enteró de su llegada y estaba esperando a Shannon cuando éste, después de marcharse los demás, salió del edificio de la terminal.

—Shannon.

La voz pronunció el nombre al estilo francés, y su tono no tenía nada de amistoso. Shannon se volvió y frunció un poco el entrecejo al ver la figura que estaba plantada a diez metros de él. Era un hombre corpulento, que llevaba un bigote caído. Vestía un grueso abrigo para protegerse del frío invernal, y avanzó hasta situarse

a tres palmos del recién llegado. A juzgar por la manera en que ambos se observaban, no debían de quererse mucho.

—¡Roux! —exclamó Shannon.

—Veo que has vuelto.

—Sí. Hemos vuelto.

—Y habéis perdido —rió el francés.

—No podíamos hacer gran cosa —dijo Shannon.

—Voy a darte un consejo, amigo mío —dijo secamente Roux—. Vuelve a tu país. No te quedes aquí. Sería una imprudencia. Esta ciudad es mía. Si se ofrece aquí algún contrato, seré el primero en enterarme y lo conseguiré. Y elegiré a mis socios.

Por toda respuesta, Shannon se dirigió al primero de los taxis que esperaban junto al bordillo y asió el tirador de la portezuela de atrás. Roux lo siguió con la ira reflejada en el semblante.

—Escúchame, Shannon. Es una advertencia...

El irlandés se volvió, plantándole cara.

—No; eres tú quien tiene que escucharme, Roux. Estaré en París todo el tiempo que quiera. Nunca te temí en el Congo, y no voy a hacerlo ahora. Por consiguiente, ¡anda y que te zurzan!

Mientras el taxi se alejaba, Roux le dirigió una mirada de odio y se encaminó, murmurando, al aparcamiento en que esperaba su propio coche.

Dio el contacto, puso la primera velocidad y estuvo unos momentos inmóvil, mirando a través del

parabrisas.

—Un día mataré a ese bastardo —se dijo.

Pero esta idea no mejoró su humor.

PRIMERA PARTE

LA MONTAÑA DE CRISTAL

Capítulo primero

Jack Mulrooney se incorporó en su catre de lona y madera, debajo del mosquitero, y observó cómo la claridad del amanecer se extendía lentamente por encima de la arboleda del este. Una débil claridad, pero suficiente para distinguir los árboles, que se erguían, imponentes, sobre el claro del bosque. Aspiró el humo de su cigarrillo, maldijo la jungla primitiva que lo rodeaba y, como todos los viejos colonos de África, se preguntó una vez más por qué había vuelto al pestífero continente.

Si hubiese tratado realmente de analizar sus sentimientos, habría confesado que no podía vivir en

ninguna otra parte y, desde luego, no en Londres, ni siquiera en Inglaterra. No soportaba las ciudades, las normas y los reglamentos, los impuestos, el frío. Como todos los colonos veteranos, amaba y odiaba alternativamente a África, pero confesaba que se le había metido en la sangre al cabo de un cuarto de siglo, junto con el paludismo, el whisky y las picaduras de millones de insectos.

Había salido de Inglaterra en 1945, a los veinticinco años de edad, después de pasarse cinco como mecánico en la Royal Air Force, y parte de ellos en Takoradi, montando «Spitfire» para su ulterior envío a África Oriental y al Oriente Medio. Esta había sido su primera experiencia africana, y, al ser desmovilizado, tomó su recompensa, se despidió del helado y racionado Londres, en diciembre del mencionado año, y embarcó hacia el África Occidental. Alguien le había dicho que allí podía hacerse fortuna.

No halló ninguna fortuna, pero, después de rondar por el continente, consiguió una pequeña concesión de estaño en la meseta de Benue, a ciento sesenta kilómetros de Jos, en Nigeria. Los precios fueron buenos durante la crisis malaya que provocó la carestía del estaño. Había trabajado junto a sus obreros tiv, y, en el club inglés, donde las damas coloniales se gastaban en chismes los últimos días del imperio, decían que Jack Mulrooney se había «vuelto indígena» y que daba un «lamentable espectáculo». La verdad era que

Mulrooney prefería realmente el estilo de vida africano. Le gustaba la selva y le gustaban los africanos, que parecían no dar importancia a sus maldiciones, a sus gritos y a los golpes que les daba para que rindieran más. También se sentaba con ellos a beber vino de palma y observaba los tabúes de las tribus. Su concesión de estaño se agotó en 1960, aproximadamente al producirse la independencia, y entonces empezó a trabajar de barrenero en una compañía que explotaba una concesión más importante de las cercanías. La compañía se denominaba «Manson Consolidated», y cuando se agotó también la concesión, en 1962, figuraba entre los directivos.

A sus cincuenta años era aún un hombre corpulento, huesudo y fuerte como un toro. Tenía unas manos enormes, ásperas y llenas de cicatrices a causa de sus años de trabajo en las minas. Ahora pasó una de ellas por sus revueltos y encrespados cabellos grises, mientras apagaba con la otra el cigarrillo, aplastándolo en la tierra húmeda y roja de debajo de la litera. El cielo se iba aclarando; pronto sería de día. Podía oír a su cocinero, que soplaba para encender fuego al otro lado del claro.

Mulrooney se decía ingeniero de minas, a pesar de que no tenía ningún título de minería ni de ingeniería. Había hecho un cursillo de ambas materias, al que añadió algo que no se enseña en las Universidades: veinticinco años de dura experiencia. Había buscado oro

en el Rand, y cobre en las cercanías de Ndola; alumbrado preciosa agua en Somalia, y cavado en Sierra Leona en busca de diamantes. Advertía, por instinto, cuándo era peligroso el túnel de una mina, y descubría, por el olor, la presencia de un yacimiento de mineral. Al menos, así lo afirmaba, y cuando se tomaba las veinte botellas de cerveza acostumbradas en la cantina, no había nadie capaz de discutirsele. En realidad, era uno de los últimos prospectores a la antigua usanza. Sabía que la «ManCon» —abreviatura de la compañía— le encargaba las tareas que rehusaban los otros, las cuales había que realizarlas en plena selva, en los salvajes *hinterlands* —a muchos kilómetros de la civilización—, que estaban aún por explorar. Pero no le disgustaba. Prefería trabajar solo; era su estilo de vida.

En verdad, su último trabajo había llenado todas estas condiciones. Durante tres meses estuvo explorando las vertientes de la cordillera llamada Montañas de Cristal, en el interior de la República de Zangaro, diminuto enclave de la costa del África Occidental.

Le habían indicado el punto en que había de concentrar su investigación: los alrededores de la Montaña de Cristal propiamente dicha. La cadena de grandes montes —onduladas elevaciones que alcanzaban setecientos o mil metros de altura— se extendía en línea recta de un lado a otro de la República, paralelamente a la costa y a sesenta

kilómetros de ésta. La cordillera separaba la llanura costera del *hinterland*. Había un solo portillo en la cadena, y por él discurría la única carretera que comunicaba con el interior, una carretera estrecha y de tierra, que se endurecía como el cemento en verano y era un fangal en invierno. Al otro lado de las montañas moraban los indígenas vindúes, una tribu que parecía vivir en la Edad del Hierro, salvo que sus instrumentos eran de madera. Mulrooney, que había estado en muchos lugares salvajes, juraba que nunca le fue dado ver nada tan atrasado como el *hinterland* de Zangaro.

En el lado interior de la cordillera estaba la montaña que daba su nombre a toda la cadena. Ni siquiera era la mayor. Cuarenta años atrás, un misionero solitario que se dirigía al interior, torció hacia el sur después de pasar el portillo de la cordillera, y, a unos treinta kilómetros más allá, descubrió un monte aislado de los demás. La noche anterior había llovido; uno de esos aguaceros torrenciales que proporcionaban a la zona su caudal de lluvia anual de 7500 mm en los cinco meses húmedos. Al observarla, advirtió el sacerdote que la montaña resplandecía bajo el sol de la mañana, y por eso la llamó Montaña de Cristal. Así lo anotó en su Diario. Dos días después fue muerto y devorado. Al cabo de un año, una patrulla de soldados coloniales encontró el Diario, que era empleado como amuleto en una aldea del lugar. Los soldados, en cumplimiento de su deber, arrasaron la aldea, volvieron a la costa y entregaron el Diario a la

comunidad misionera. Así fue como se conservó el nombre dado por el misionero a la montaña, aunque nada más se recordara de cuanto hizo por un mundo ingrato. Más tarde, se dio el mismo nombre a toda la cadena montañosa.

Lo que había visto el hombre a la luz de la mañana no era cristal, sino una infinidad de riachuelos producidos por la lluvia de la noche y que bajaban por la falda del monte. En realidad, el agua descendía también de las otras montañas, pero quedaba oculta por la densa vegetación selvática que las cubría —vistas de lejos— como un tupido manto verde, pero que resultaba ser un sofocante infierno cuando se penetraba en ella. Si la primera resplandecía con sus mil riachuelos, ello se debía a que su vegetación era mucho menos densa en sus flancos. Pero, ni a él, ni a docenas de otros blancos que lo observaron, se les ocurrió investigar la causa de este fenómeno.

Fue Mulrooney quien la descubrió, después de vivir tres meses en el sofocante infierno de las junglas que rodeaban la Montaña de Cristal.

Empezó por recorrer toda la montaña, y vio que, efectivamente, había boquetes entre el flanco que miraba al mar y el resto de la cadena. Esto hacía que la Montaña de Cristal se levantase aislada, al este de la cordillera principal. Como era más baja que los picos más altos del este, resultaba invisible desde el otro lado. Tampoco era particularmente notable en otros aspectos,

salvo que tenía más riachuelos por kilómetro de falda que los otros montes del norte y del sur.

Mulrooney los contó todos, tanto en la Montaña de Cristal como en sus compañeras. No había la menor duda. En las otras montañas, el agua corría después de la lluvia, pero, en su mayor parte, se filtraba en el suelo. Y es que estos montes tenían seis o siete metros de humus sobre la básica estructura rocosa interior, mientras que la Montaña de Cristal carecía casi en absoluto de él. Hizo que sus trabajadores indígenas, vindúes reclutados allí mismo, efectuaran una serie de agujeros con el taladro que llevaba consigo, y de este modo comprobó la diferencia de profundidad del suelo en veinte lugares distintos. De aquí había de partir para averiguar la causa.

En el curso de millones de años, la tierra se había formado gracias a la descomposición de las rocas y al polvo arrastrado por el viento, y aunque cada aguacero se había llevado una parte de la misma montaña abajo, hasta los ríos, y de los ríos había pasado al poco profundo y fangoso estuario, quedó alguna tierra en las grietas, que fue respetada por el agua corriente, la cual abrió sus propios agujeros en la roca blanda. Y estos agujeros se habían convertido en tuberías de desagüe, de manera que parte de la lluvia que bajaba de la montaña encontraba sus propios canales y los ahondaba cada vez más, hundiéndose algunos de ellos en el corazón del monte, lo que era causa de que parte del

suelo permaneciese intacto. De este modo había ido creciendo la capa de tierra, haciéndose un poco más gruesa cada siglo o cada milenio. Los pájaros y el viento trajeron semillas, las cuales se habían desarrollado en las cavidades llenas de tierra, contribuyendo, con sus raíces, al proceso de retener la tierra en las vertientes. Cuando Mulrooney vio estos montes, había en ellos bastante tierra fértil como para alimentar a los robustos árboles y a las entrelazadas enredaderas que cubrían las laderas y las cimas de todas las montañas. De todas, menos una.

En ésta, el agua no podía abrir canales que se convirtiesen en riachuelos, ni penetrar en la roca, sobre todo en la cara más abrupta, que era la que miraba al este, es decir, al interior. Aquí, la tierra se había depositado en bolsas, y estas bolsas produjeron bosquecillos de arbustos y algunas manchas de hierba y de helechos. La vegetación se extendía por sí sola de rincón en rincón, enlazando vástagos y retoños en una débil capa sobre las rocas desnudas, regularmente lavadas por el agua en la estación de las lluvias. Y lo que el misionero vio antes de morir fueron los surcos de agua relucientes entre las verduras. La razón de la diferencia era muy sencilla: el monte aislado era de una roca muy distinta a la de la cordillera principal; una roca antigua, dura como el granito, en contraste con las más recientes rocas blandas de la cadena montañosa.

Mulrooney completó el recorrido de la montaña y

estableció este hecho con toda seguridad. Necesitó quince días para hacerlo y dejar bien sentado que de la Montaña de Cristal bajaban no menos de setenta riachuelos. La mayor parte de ellos afluían a tres corrientes principales que discurrían hacia el este de la vertiente, en un valle profundo. Pero advirtió algo más: a lo largo de las riberas de los torrentes que procedían de esta montaña, el color del suelo era distinto, así como la vegetación. Algunas plantas aparecían allí como en otros lugares, pero las había que brillaban por su ausencia, a pesar de que florecían en los otros montes y en las orillas de otras corrientes. En general, la vegetación de las riberas de los torrentes de la Montaña de Cristal era más escasa que la de las demás, y ello no podía explicarse por la falta de tierra, pues ésta era abundante.

Por tanto, había algo distinto en la tierra, algo que impedía el desarrollo de la vida vegetal a lo largo de las riberas de los torrentes.

Mulrooney empezó por levantar un plano de los setenta riachuelos que llamaron su atención, dibujando al propio tiempo un mapa del lugar. También tomó muestras de la arena y de los guijarros del lecho de los torrentes, empezando por la capa superficial y ahondando hasta el lecho rocoso.

Para cada una de dichas muestras tomó dos cubos llenos de piedrecitas y arena, que echó en una tela embreada, y procedió a su división, que es el

procedimiento que suele emplearse para tomar muestras. Formaba un cono con los casquijos, lo dividía en cuatro partes con una pala, tomaba al azar dos cuartos opuestos, los mezclaba y hacía otro cono. Después dividía éste en cuatro partes, y así sucesivamente, hasta que obtenía una muestra que pesaba de ochocientos a mil doscientos gramos. Ponía esta muestra en un saquito de lona seca y forrada de polietileno, el cual sellaba y rotulaba cuidadosamente. En el plazo de un mes reunió seiscientos kilos de arena y pequeños guijarros —tomados de los lechos de los setenta arroyos— en seiscientas bolsitas. Después, empezó a estudiar la propia montaña.

Ya estaba convencido de que sus saquitos de arena contendrían —al ser examinados en el laboratorio— ciertas cantidades de estaño de aluvión, diminutas partículas arrancadas por el agua a la montaña en cientos de miles de años, lo cual demostraría que había casiterita —o mineral de estaño— enterrada en la Montaña de Cristal.

Dividió, pues, las caras de la montaña en sectores, tratando de descubrir las fuentes de los riachuelos y las caras rocosas que los alimentaban en la estación de las lluvias. Al cabo de una semana, dio por sentado que no había un filón importante dentro de la roca, pero sí lo que llaman los geólogos un depósito diseminado. En todas partes había signos de mineralización. Debajo de los zarcillos de vegetación descubrió superficies rocosas

—surcadas por vetas de un centímetro de anchura semejantes a los capilares de la nariz de los bebedores— de un cuarzo blanco y lechoso, que se entrelazaban, metro tras metro, sobre la cara de la roca.

Todo cuanto veía le decía una palabra: «Estaño.» Recorrió otras tres veces la montaña, y sus observaciones confirmaron la existencia de un depósito diseminado: las siempre presentes vetas blancas sobre la roca, de un gris oscuro. Con un martillo y un escoplo abrió profundos agujeros en la roca, que confirmaron su impresión. En ocasiones, creyó ver manchas oscuras en el cuarzo, lo cual corroboraba la presencia de estaño.

Entonces empezó en seguida a descantillar la piedra a medida que avanzaba. Tomó muestras de las vetas blancas de cuarzo, y, para no correr ningún riesgo, las tomó también de la roca que había entre las vetas. Al cabo de tres meses de su entrada en el bosque primigenio, al este de las montañas, había terminado su labor. Tenía otros 600 kilos de piedras para llevarlas a la costa. La tonelada y media de piedras y muestras aluviales había sido transportada en porciones, cada tres días, desde su campo de trabajo al campamento principal —donde esperaba ahora la mañana—, amontonado todo en conos bajo cubiertas de tela embreada.

Los porteadores, contratados el día anterior, vendrían de la aldea después de tomar su café y su desayuno, y llevarían sus trofeos por la llamada

carretera que unía el interior de la República con la zona costera. Allí, en una aldea al borde del camino, estaba su camión, de dos toneladas, inmovilizado por falta de la llave y del delco, que llevaba en la mochila. Si los indígenas no lo habían destrozado, aún marcharía. Había pagado al jefe de la aldea para que cuidase de él. Con sus muestras cargadas en el camión y veinte mozos por delante, para sacar al destartalado vehículo de las zanjas, llegaría a la capital dentro de tres días. Después de cablegrafiar a Londres, tendría que esperar unos días más a que llegase el barco fletado por la compañía y se lo llevase de allí. Él habría preferido dirigirse hacia el norte por la carretera de la costa y recorrer un par de cientos de kilómetros en la vecina República, donde había un aeropuerto adecuado y habría podido enviar sus muestras a casa. Pero, en el contrato entre «ManCon» y el Gobierno de Zangaro, se especificaba que debía llevarlas a la capital.

Jack Mulrooney saltó de su litera, apartó el mosquitero y le gritó a su cocinero:

—¡Eh, Dingaling! ¿Dónde está mi maldito café?

El cocinero vindú, que sólo entendía la palabra «café», sonrió detrás de la fogata y agitó las manos alegremente. Mulrooney cruzó el claro, en dirección a su lavabo de lona, y empezó a rascarse al arrojarse los mosquitos sobre su torso desnudo.

—¡Maldita África! —masculló, mientras se lavaba la cara.

Pero aquella mañana se sentía contento. Estaba convencido de que había encontrado estaño de aluvión y rocas que contenían estaño. La única cuestión era saber cuánto estaño había por tonelada de roca. A unos 3300 dólares la tonelada de este metal, tendrían que ser los analistas y los economistas mineros quienes determinasen la cantidad de estaño por tonelada de piedra que sería necesaria para establecer un campamento minero, con su complicada maquinaria y sus equipos de obreros, para no hablar de un mejor acceso a la zona costera por medio de un ferrocarril de vía estrecha cuyos raíles habría que tender. Y, desde luego, se trataba de un lugar inaccesible y dejado de la mano de Dios. Como de costumbre, se estudiaría todo, y se aprobaría o rechazaría el proyecto partiendo de una base de libras, chelines y peniques. Pero así actuaba el mundo. Espantó a otro mosquito de una palmada en el brazo y se puso la camiseta de manga corta.

Seis días más tarde, Jack Mulrooney estaba apoyado en la barandilla de un vaporcito costero, fletado por su compañía, y escupió de lado al ver deslizarse la costa de Zangaro.

—¡Malditos bastardos! —murmuró, furioso.

Llevaba una serie de cardenales en el pecho y en la espalda, y un profundo arañazo en una mejilla, todos ellos producidos por otros tantos culatazos cuando los

soldados asaltaron el hotel.

Había necesitado dos días para llevar las muestras desde la zona selvática hasta la carretera, y un día y una noche de gritos y sudores para que el camión recorriese la desigual y accidentada pista de tierra desde el interior hasta la costa. En la estación de las lluvias no lo habría conseguido, y en el actual período seco, para cuyo término faltaba aún un mes, las endurecidas roderas estuvieron a punto de hacer añicos el «Mercedes». Tres días antes había pagado y despedido a sus trabajadores vindúes y conducido el destartalado camión hasta la carretera asfaltada que empezaba a sólo veinte kilómetros de la capital. A partir de allí, había tardado una hora en llegar a la ciudad y al hotel.

Aunque el nombre de «hotel» no era el más adecuado. Después de la independencia, la posada principal de la ciudad había degenerado hasta convertirse en un tugurio; pero tenía garaje, y en él aparcó y encerró el camión, antes de enviar su cablegrama, que cursó con el tiempo justo, pues seis horas después se abrieron las puertas del infierno, y el puerto, el aeropuerto y los demás medios de comunicación fueron cerrados por orden del Presidente.

Se enteró de ello cuando un grupo de soldados —vestidos como vagabundos y empuñando sus rifles por el cañón— irrumpió en el hotel y entró a saco en las habitaciones. Era inútil preguntarles qué querían, pues no hacían más que chillar en una jerga desconocida para

él, aunque le pareció reconocer el dialecto vindú, que había oído hablar a sus obreros durante los tres últimos meses.

Recibió dos culatazos, pero al tratarse de Mulrooney, éste en contestación descargó un puñetazo, que envió al soldado más próximo hasta la mitad del pasillo, donde cayó de espalda, y esto enfureció aún más al resto de la pandilla. Gracias a Dios, no hubo disparos, lo cual se debió también a que los soldados preferían emplear sus armas como mazas, antes que estudiar unos mecanismos tan complicados como los gatillos y los seguros.

Entonces fue conducido al cuartelillo de Policía más próximo, donde le armaron una bronca y lo encerraron después en una celda subterránea durante dos días. Aunque lo ignoraba, había tenido mucha suerte. Un hombre de negocios suizo, uno de los raros visitantes extranjeros de la República, presencié su salida y, temiendo por su vida, acudió a la Embajada suiza, que era una de las seis únicas Embajadas europeas y norteamericanas de la ciudad, y ésta se puso en contacto con la «ManCon», cuyo nombre le facilitó el hombre de negocios, el cual se había enterado al revisar las pertenencias de Mulrooney.

Dos días después llegó el vaporcito de cabotaje, procedente de un puerto situado más al norte de la costa, y el cónsul suizo negoció la libertad de Mulrooney. Sin duda había corrido algún dinero, y

«ManCon» pagaría la factura. Jack Mulrooney estaba aún muy enojado. Al ser puesto en libertad, había encontrado abierto su camión y desparramadas sus muestras por el suelo del garaje. Todas las piedras estaban marcadas, y resultó fácil clasificarlas de nuevo; pero la arena, las chinias y los casquijos se hallaban todos mezclados. Afortunadamente, cada una de las bolsas rasgadas, unas cincuenta en total, conservaba intacta la mitad de su contenido; por consiguiente, las había cerrado de nuevo y llevado al barco. También aquí, los aduaneros, la Policía y los soldados registraron el buque de proa a popa, chillando e increpando a los tripulantes, pero sin decir qué era lo que buscaban.

El aterrorado funcionario de la Embajada suiza que acompañó a Mulrooney desde el cuartelillo hasta el hotel, le dijo que habían circulado rumores acerca de un atentado contra la vida del Presidente, y que los soldados estaban buscando a un jefe militar que había desaparecido y al que se presumía responsable.

Cuatro días después de zarpar del puerto de Clarence, Jack Mulrooney, cuidando siempre de sus muestras de roca, llegó a Luton (Inglaterra) en un avión alquilado. Un camión se llevó sus muestras a Watford, para ser analizadas, y después de una revisión a cargo del médico de la compañía, Mulrooney pudo empezar sus tres semanas de vacaciones. Fue a pasarlas con su

hermana en Dulwich, pero antes de una semana estaba ya mortalmente aburrido.

Exactamente tres semanas después, sir James Manson, Caballero del Imperio Británico, presidente y director-gerente de «Manson Consolidated Mining Company Limited», se retrepó en su sillón de cuero de las oficinas instaladas en el décimo piso, ático, del edificio central de su compañía en Londres, miró una vez más el informe que tenía ante él y murmuró: «¡Jesús!» Nadie le respondió.

Se levantó y salió de detrás de la amplia mesa, cruzó la estancia hasta las ventanas de la cara sur del edificio y contempló la City de Londres, la milla cuadrada interior de la antigua capital y corazón de un imperio financiero que seguía siendo mundial, a pesar de lo que decían sus detractores. Para algunos de los escurridizos escarabajos de traje gris oscuro y sombrero hongo negro, era quizás únicamente un lugar de trabajo, aburrido, fatigoso, que siempre exigía un tributo al hombre, durante su juventud y su madurez, hasta que llegaba el retiro final. Para otros, jóvenes y esperanzados, se trataba de un sitio lleno de oportunidades, donde los méritos y el trabajo duro eran recompensados con premios consistentes en ascensos y seguridad. Para los románticos era, sin duda, sede de los grandes comerciantes aventureros; para los

pragmáticos, el mayor mercado del mundo, y para los sindicalistas de izquierda, un lugar donde los ricos ociosos e inútiles, nacidos en la opulencia y los privilegios, nadaban despreocupadamente en un mar de lujo. James Manson era cínico y realista. Sabía lo que era la City: una jungla pura y simple, y él, una de sus panteras.

Depredador nato, se percató, empero, muy pronto de que había ciertas normas que debían observarse públicamente y hacerlas trizas en privado, y de que, como en política, sólo había un mandamiento, él undécimo: «No descubrirás tus intenciones.» Siguiendo el primer principio, había conseguido su título de caballero, al ser incluido en la lista de condecoraciones de Año Nuevo, un mes atrás. Había sido propuesto por el Partido Conservador (aparentemente por servicios prestados a la industria, pero en realidad por su contribución secreta a los fondos electorales del Partido) y aceptado por el Gobierno Wilson por haber apoyado su política en Nigeria. Y observando el segundo principio, había hecho su fortuna y era varias veces millonario, poseía el veinticinco por ciento de las acciones de su compañía minera y ocupaba el piso ático del edificio.

Tenía sesenta y un años, y era bajo, agresivo, fuerte como un tanque, con vigor activo y una crueldad de pirata que atraía a las mujeres y daba miedo a sus competidores. Era lo bastante astuto para fingir respeto

por el orden establecido en la City y en el Reino, por la vida comercial y política, aunque sabía perfectamente que ambos órganos estaban corroídos por hombres que, bajo la pantalla de su imagen pública, ocultaban una casi total falta de escrúpulos. Tenía a varios de éstos en su consejo de administración, incluidos dos exministros de antiguos Gobiernos conservadores. Ambos aceptaban de buen grado un generoso suplemento en su remuneración como directores, pagadero en las Islas Caimanes o en Gran Bahama, y uno, de ellos, que supiese Manson, se divertía en privado sirviendo a la mesa a tres o cuatro pingos vestidos de cuero, tocado él con una cofia de doncella y luciendo delantal y una amplia sonrisa. Manson consideraba útiles a ambos hombres, pues tenían la ventaja de poseer considerable influencia y soberbias relaciones, sin el inconveniente de la integridad. La gente tenía a ambos caballeros por distinguidos servidores públicos. James Manson era, pues, un hombre respetable dentro de las normas de la City, normas que nada tenían que ver con el resto de la Humanidad.

No siempre había sido así, y por ello, los que trataban de investigar sus antecedentes tropezaban una y otra vez con barreras infranqueables. Se sabía muy poco de sus primeros pasos en la vida, y él era lo bastante avisado para hacer que las cosas continuasen igual. Confesaba que era hijo de un maquinista de ferrocarril rhodesiano y que se había criado no lejos de

las florecientes minas de cobre de Ndola, Rhodesia del Norte, actualmente Zambia. Incluso dejaba que se supiese que, de muchacho, había empezado a trabajar en las minas, y que, más tarde, había hecho fortuna con el cobre. Pero nunca explicaba cómo la había conseguido.

En realidad hubo de dejar muy pronto las minas —antes de los veinte años—, pues se había percatado de que los hombres que se jugaban la vida bajo tierra, entre las rugientes máquinas, jamás se hacían ricos, verdaderamente ricos: El dinero estaba en la superficie, y no precisamente en la dirección de minas. Durante su adolescencia había estudiado las finanzas, el empleo y la manipulación del dinero, y sus estudios nocturnos le enseñaron que se podía ganar más dinero en una semana traficando en acciones, que en toda una vida haciendo de minero.

Empezó como corredor de Bolsa en el Rand, y vendió ilegalmente unos cuantos diamantes, difundió rumores que hicieron que los jugadores echasen mano a sus carteras y enajenó unas cuantas concesiones agotadas a los incautos. De este modo hizo su primera fortuna. A los treinta y cinco años, justo después de la Segunda Guerra Mundial, se encontró en Londres con las relaciones adecuadas en una Inglaterra hambrienta de cobre y que trataba de resucitar su industria, y, en 1948, fundó su propia compañía. A mediados de los años cincuenta, la empresa se formalizó públicamente,

y, en quince años más, adquirió intereses en todo el mundo. Manson fue uno de los primeros que vio cómo la ola de cambios de Harold Macmillan se extendía a África y comprendió que se acercaba la independencia de las Repúblicas negras, esforzándose entonces en conocer y entablar relación con los nuevos políticos africanos, ansiosos de poder, mientras la mayoría de los hombres de negocios de la City se dedicaban a llorar la independencia de las antiguas colonias.

Su encuentro con los nuevos personajes fue un negocio redondo. Estos veían a través de su historia de triunfos, y él veía a través de su pretendida preocupación por sus hermanos negros. Ellos sabían lo que él quería, y él sabía lo que querían ellos.

Por consiguiente, Manson derramó dinero en las cuentas corrientes de los jefecillos negros en Suiza, y éstos otorgaron a «Manson Consolidated» privilegios mineros a precio inferior al normal. La «ManCon» prosperó.

Pero James Manson había hecho otros negocios al margen de la sociedad. El último de ellos lo efectuó con acciones de una compañía minera llamada «Poseidón», que extraía níquel en Australia. A finales de verano de 1969, cuando las acciones de «Poseidón» estaban a cuatro chelines, sus oídos percibieron rumores de que un equipo de prospección había encontrado algo en Australia Central, en una extensión de tierra cuyos derechos mineros pertenecían a «Poseidón». Se había

arriesgado y pagado una fuerte suma por echar un vistazo a los primeros informes llegados del interior. Estos informes hablaban de níquel en grandes cantidades. En realidad, el níquel no escaseaba en el mercado mundial; pero esta circunstancia no desanimaba a los agiotistas, y eran éstos, y no los inversores, quienes ponían por las nubes los precios de las acciones.

Manson se puso al habla con su Banco suizo, un establecimiento tan discreto, que su presencia en el mundo era sólo anunciada por una placa dorada —no mayor que una tarjeta de visita— sujeta a la pared, junto a una pesada puerta de roble, en un callejón de Zurich. En Suiza no hay agentes de Cambio y Bolsa; los Bancos hacen todas las inversiones. Manson ordenó al doctor Martin Steinhof, jefe de la sección de Inversiones del «Banco Zwingli», que comprase por su cuenta 5000 acciones de «Poseidón». El banquero suizo estableció contacto con la prestigiosa firma londinense «Joseph Sebag & Co.», en nombre del «Zwingli», y cursó la orden. Cuando se cerró el trato, las acciones de «Poseidón» estaban a cinco chelines.

La tormenta estalló a fines de septiembre, cuando se conoció la importancia de los yacimientos de níquel australianos. Las acciones empezaron a subir, y, con la ayuda de útiles rumores, la subida llegó a ser desenfrenada. Sir James Manson tenía pensado iniciar su venta cuando alcanzasen la cotización de 50 libras

por acción, pero la subida era tan vertiginosa, que resolvió esperar un poco más. Por último, calculó que el máximo sería de 115 libras, y ordenó al doctor Steinhofer que principiara a vender a 100 libras por acción. Así lo hizo el avisado banquero suizo, que enajenó todo el paquete de acciones a un promedio de 103 libras. En realidad, la cotización alcanzó las 120 libras antes de que se impusiera el sentido común y las acciones volviesen a bajar hasta 10 libras. A Manson no le importó haber dejado de ganar 20 libras por acción, porque sabía que el mejor momento para vender es antes de que se alcance la cotización máxima, o sea, cuando aún abundan los compradores. Una vez pagados todos los gastos, se embolsó 500 000 libras, que seguían depositadas en el «Banco Zwingli».

En realidad, es ilegal que un ciudadano y residente británico tenga cuenta corriente en un banco extranjero sin informar al Tesoro, y también lo es ganar medio millón de libras en dos meses sin pagar impuesto sobre la renta del capital. Pero el doctor Steinhofer residía en Suiza, y mantendría el pico cerrado. Para eso eran los bancos suizos.

Aquella tarde de mediados de febrero, sir James Manson volvió a su mesa, se retrepó en el lujoso sillón de cuero y examinó nuevamente el informe que tenía sobre la carpeta. Había llegado en un sobre grande, sellado con lacre y con la indicación de «Particular». Lo firmaba el doctor Gordon Chalmers, jefe del

Departamento de Estudio, Investigación, Cartografía y Análisis de Muestras de la «ManCon», situado en las afueras de Londres. Se trataba del informe emitido por el analista relativo a las pruebas efectuadas en las muestras que un hombre llamado Mulrooney había traído, al parecer, de un lugar llamado Zangaro, tres semanas atrás.

El doctor Chalmers no malgastaba las palabras. El resumen del informe era breve y concreto. Mulrooney había descubierto una montaña, o una colina, cuya cima se elevaba a unos 600 metros sobre el nivel del suelo y cuya base tendría unos 900 metros de diámetro. Estaba ligeramente separada de una cadena montañosa, en el interior de Zangaro. El monte contenía un yacimiento muy diseminado de mineral, ostensiblemente presente en toda la roca, que era de tipo ígneo y varios millones de años más antigua que la piedra arenisca y el pedernal de las montañas contiguas.

Mulrooney, que encontró en todas partes numerosas vetas de cuarzo, había previsto la presencia de estaño, y a su regreso trajo muestras de cuarzo, de las rocas que lo rodeaban y de guijarros de los torrentes que discurrían al pie del monte. Las vetas de cuarzo contenían en verdad pequeñas cantidades de estaño. Pero lo más interesante era la roca. Diversas y repetidas pruebas demostraban que esta roca, así como las muestras de guijarros, contenían ligeras cantidades de níquel de baja calidad. Pero comprendían también un

importante volumen de platino. Este aparecía en todas las muestras y se hallaba bastante bien distribuido. La roca más rica en platino que se conocía en el mundo se hallaba en las minas de Rustenberg, África del Sur, donde las concentraciones o «grados» llegaban a 0,25 de onza Troy por tonelada de roca. La concentración media, en las muestras de Mulrooney, era de 0,81. «Sin otro particular, quedo de usted afectísimo...»

Sir James Manson sabía, como cualquier experto en minas, que el platino ocupaba el tercer lugar entre los metales preciosos del mundo y que, en aquel momento, se cotizaba a 130 dólares la onza¹. También sabía que, con la creciente demanda mundial de este metal, tenía que subir al menos a 150 dólares la onza dentro de tres años, y probablemente a 200 dólares dentro de cinco. No era probable que volviese a alcanzar la cima de 300 dólares del año 1968, porque esto había sido una ridiculez.

Hizo algunos cálculos en un bloc. Doscientos cincuenta millones de metros cúbicos de roca, a dos toneladas por metro cúbico, eran quinientos millones de toneladas. Incluso a media onza por tonelada de roca, esto suponía doscientos cincuenta millones de onzas. Si la revelación de una nueva fuente mundial hacía bajar los precios a noventa dólares la onza, y aunque la inaccesibilidad del lugar significase un costo de

¹ 1 onza = 28.3495231 gramos

cincuenta dólares por onza extraída y refinada, esto significaría...

Sir James Manson se arrellanó de nuevo en su sillón y silbó entre dientes.

—¡Jesús! ¡Una montaña de diez mil millones de dólares!

Capítulo II

El platino es un metal y, como todos los metales, tiene su precio. El precio viene fundamentalmente determinado por dos factores: la indispensabilidad del metal en ciertos procesos que desean completar las industrias del mundo, y su rareza. El platino es muy raro. El total de la producción anual en todo el mundo, dejando aparte las reservas mantenidas secretas por los productores, es ligeramente superior a un millón y medio de onzas.

La inmensa mayor parte de esta producción, probablemente más del noventa y cinco por ciento, procede de tres países: África del Sur, Canadá y Rusia. Rusia, como de costumbre, es un miembro del grupo poco dispuesto a colaborar. Los productores quisieran mantener bastante estable el precio mundial, al efecto de poder efectuar inversiones a largo plazo con respecto

a planificación de moderno equipo minero y de explotación de nuevas minas, confiando en que la cotización mínima no descendería bruscamente si saliese de repente al mercado una gran cantidad de platino almacenado. Los rusos, acumulando reservas desconocidas que pueden lanzar al mercado cuando les convenga, provocan la inseguridad de éste siempre que pueden.

Rusia lanza anualmente unas 350 000 onzas, del millón y medio que llegan al mercado mundial. Esto equivale a un veintitrés o veinticuatro por ciento del mercado, o sea, lo suficiente para otorgarle un considerable grado de influencia. La venta de la mercancía la realiza por medio de «Soyuss Prom Export». Canadá ofrece al mercado unas 200 000 onzas al año; toda la producción procede de las minas de níquel de la «International Nickel», y la casi totalidad de esta producción es adquirida anualmente por la «Engelhardt Industries» de los Estados Unidos. Pero si aumentase súbitamente la necesidad de platino en los EE.UU., es muy probable que Canadá no pudiera suministrar la necesaria cantidad adicional.

La tercera fuente es África del Sur, que produce cerca de 950 000 onzas al año, y domina el mercado. Aparte las minas «Impala», que iniciaban su actividad cuando sir James Manson empezó a estudiar la posición mundial del platino, y que después adquirieron gran importancia, los gigantes del platino son las minas

«Rustenberg», con bastante más de la mitad de la producción mundial. Están bajo el control de la «Johannesburg Consolidated», que posee un paquete de acciones suficiente para asegurarse la gestión exclusiva de las minas. La firma «Johnson-Matthey», con sede en Londres, era, y es, la encargada de refinar y lanzar al mercado la producción de «Rustenberg».

James Manson sabía esto tan bien como cualquiera. Aunque el platino no era su especialidad cuando el informe de Chalmers llegó a su poder, conocía este campo de la misma manera que un cirujano del cerebro conoce el funcionamiento del corazón. También sabía, ya en aquel entonces, por qué el jefe de «Engelhardt Industries», el pintoresco Charlie Engelhardt, más conocido por el público como dueño del fabuloso caballo de carreras *Nijinsky*, estaba comprando platino sudafricano. Lo hacía porque América necesitaría, a mediados de los años setenta, mucho más platino del que podía suministrarle el Canadá. Manson estaba seguro de ello.

Y la razón de que el consumo americano de platino hubiese de aumentar —incluso vertiginosamente— desde mediados hasta finales de los años setenta, residía en una pieza de metal conocida por «escape de los vehículos de motor».

A fines de los años sesenta, la cuestión del *smog* americano había empezado a convertirse en un problema nacional. Expresiones tales como

«contaminación del aire», «Ecología» y «medio ambiente», prácticamente desconocidas diez años antes, estaban ahora en labios de todos los políticos y era un motivo de preocupación bien visto y que se había puesto de moda. Aumentaban continuamente las presiones en favor de una legislación que limitara, controlase y redujera la contaminación, y, gracias a míster Ralph Nader, el automóvil se había convertido en el objetivo número uno. Manson estaba seguro de que el movimiento adquiriría impulso en los primeros años setenta, y de que, en 1975 ó 1976, todo lo más, la totalidad de los motores de automóvil americanos deberían llevar, por imperio de la ley, un aparato que eliminase los gases nocivos de los vapores de escape. También presumía que, más pronto o más tarde, otras ciudades, como Tokio, Atenas y Roma, seguirían el mismo camino. Pero California estaba en primer lugar.

Los gases de los motores de automóvil se componen de tres elementos que pueden hacerse inofensivos: dos de ellos, mediante un proceso químico llamado oxidación, y el tercero, por otro proceso denominado reducción. El proceso de reducción requiere una sustancia llamada catalizador, y el de oxidación puede lograrse, bien quemando los gases a temperaturas muy altas y con abundante aire, bien quemándolos a baja temperatura, como la que se produce en el escape de los coches.

La combustión a baja temperatura necesita también

un catalizador, lo mismo que el proceso de reducción. Y el único catalizador viable que se conoce es el platino.

Sir James Manson se hacía dos razonamientos: Aunque se estaba trabajando ya —y se seguiría trabajando a lo largo de los años setenta— en un aparato de control de los gases de escape mediante un catalizador de metal no precioso, calculaba que esto no se lograría eficazmente antes de 1980. Por consiguiente, la única solución viable durante una década sería un aparato catalítico de control del escape basado en el platino, y cada uno de estos aparatos necesitaría una décima de onza de platino puro.

Su segundo razonamiento era el siguiente: Cuando los Estados Unidos promulgasen una disposición que exigiera la adaptación a todos los coches nuevos de un aparato de control debidamente comprobado —cosa que calculaba se llevaría a cabo en 1975—, se necesitaría anualmente otro millón y medio de onzas de platino. Esto equivaldría a doblar la producción mundial, y los norteamericanos no sabrían dónde conseguir el precioso metal.

James Manson pensó que él sí lo sabía. Podrían comprárselo a él. Y asegurada durante un decenio la necesidad absoluta de platino para todos los aparatos de control de los gases, con el consiguiente aumento de la demanda mundial, los precios se mantendrían elevados, muy elevados.

Sólo había un problema. Debía estar absolutamente

seguro de que él, y sólo él, tendría todos los derechos mineros de la Montaña de Cristal. ¿Cómo lograrlo?

El camino normal era visitar la República en que se hallaba situada la montaña, conseguir una entrevista con el Presidente, mostrarle el informe y proponerle un trato según el cual obtendría «ManCon» la concesión de la explotación minera a cambio de una cláusula de participación en los beneficios —que llenaría las arcas del país— y de unos ingresos importantes y continuados en la cuenta corriente suiza del Presidente. Este sería el medio normal.

Pero, aparte el hecho de que cualquier otra compañía minera del mundo que se enterase de lo que había en la Montaña de Cristal trataría de conseguir la misma concesión, aumentando la participación del Gobierno y reduciendo la pretendida por Manson, había que contar con tres interesados más ansiosos que nadie en conseguir el dominio, ya fuese para iniciar la explotación, ya para anularla definitivamente. Estos interesados eran los sudafricanos, los canadienses y, sobre todo, los rusos, pues la aparición en el mercado mundial de una nueva y masiva fuente de suministro reduciría la participación soviética en el mercado a un nivel que rayaría en la nimiedad, anulando su poder, su influencia y su capacidad de hacer dinero en el campo del platino.

Manson recordaba vagamente haber oído el nombre de Zangaro, más era un lugar tan oscuro, que tuvo que

confesarse que nada sabía de él. Naturalmente, lo primero que necesitaba era conocer más cosas. Se inclinó sobre la mesa y pulsó el botón del teléfono interior.

—Miss Cooke, tenga la bondad de venir un momento.

Durante los siete años que llevaba a su servicio como secretaria particular la había llamado siempre miss Cooke, e incluso durante los diez años anteriores, desde que empezó a trabajar en la compañía como vulgar mecanógrafa hasta que ascendió a las alturas del ático; a nadie se le había ocurrido pensar que podía tener un patronímico. En realidad lo tenía, y éste era Marjorie. Pero no se trataba de la clase de persona a quien pareciese adecuado llamar Marjorie.

Cierto que los hombres la habían llamado Marjorie hacía mucho tiempo, antes de la guerra, cuando era jovencita. Tal vez habían tratado incluso de coquetear con ella y de pellizcarle el trasero; pero esto fue entonces, treinta y cinco años atrás.

Cinco años de guerra tirando de una ambulancia por las calles ardientes y llenas de cascotes, mientras trataba de olvidar a un soldado de la Guardia que no había vuelto de Dunkerque, y veinte años de cuidar a una madre inválida y quejumbrosa —un tirano confinado en el lecho y que empleaba el llanto como arma—, se habían llevado la juventud y los encantos «pellizcables» de miss Marjorie Cooke. A sus cincuenta

y cuatro años, seria y eficaz, enfundada siempre en un traje sastre, su trabajo en «ManCon» era casi toda su vida; el décimo piso del inmueble, el cumplimiento de su destino; y el terrier que compartía su pulcro apartamento en el Chigwell suburbano y dormía con ella, su hijo y su amante.

Así, pues, nadie le decía Marjorie. Los jóvenes ejecutivos la llamaban «pasa arrugada», y los oficinistas, «ese viejo murciélago». Los demás, incluido su patrono sir James Manson, de quien sabía más de lo que nunca le diría a él y a otros—, la llamaban miss Cooke.

Entró por una puerta que se abría en la pared revestida de paneles, de modo que, al cerrarse, no se distinguía del muro.

—Miss Cooke, creo recordar que, hace unos meses, enviamos a un hombre a efectuar una pequeña exploración en la república de Zangaro.

—Sí, sir James. Es verdad.

—¡Oh! Lo sabía usted.

Claro que lo sabía. Miss Cooke no olvidaba nada de lo que pasaba por su mesa.

—Sí, sir James.

—Bien. Entonces, tenga la bondad de mirar quién obtuvo el permiso oficial para nuestra exploración.

—Estará en el archivo, sir James. Lo buscaré.

Volvió al cabo de diez minutos, después de consultar su dietario, provisto de dos índices, uno de apellidos y

otro de materias, y de obtener la confirmación del departamento de Personal.

—Fue míster Bryant, sir James. —Miró una tarjeta que llevaba en la mano.— Richard Bryant, de «Overseas Contracts».

—Supongo que enviaría un informe, ¿no? —preguntó sir James.

—Debió hacerlo, de acuerdo con las normas de la compañía.

—¿Quiere traerme ese informe, miss Cooke?

Esta salió de nuevo, y el jefe de «ManCon» miró a través de las ventanas de cristales del otro extremo de la estancia, mientras caía el crepúsculo sobre la City de Londres. Empezaban a encenderse las luces en los pisos intermedios —en los bajos habían estado encendidas todo el día—, pero, en las alturas, había todavía bastante luz diurna para ver. Pero no para leer. Sir James Manson encendió la lamparita de encima de la mesa al volver miss Cooke, la cual dejó el informe sobre la carpeta y retrocedió hacia la pared.

El informe presentado por Richard Bryant llevaba fecha de seis meses atrás y estaba escrito en el conciso estilo preconizado por la compañía. Decía que, siguiendo instrucciones del jefe de «Overseas Contracts», había volado a Clarence, capital de Zangaro, y que allí, después de pasar una aburrida semana en el hotel, pudo conseguir una entrevista con el ministro de Recursos Naturales. Se celebraron tres reuniones en el

curso de seis días, y, al fin, se había acordado que un representante único de «ManCon» podría entrar en la República para efectuar una prospección de minerales en el interior, más allá de la Montaña de Cristal. La zona que debía explorarse quedó determinada en términos bastante vagos, de modo que el equipo de la compañía pudiera moverse en ella con bastante libertad. Después de otros regateos, durante los cuales se hizo ver al ministro que la compañía no estaba dispuesta a pagar las remuneraciones que él parecía esperar, así como que no había indicios suficientes de existencia de mineral para fundar los cálculos, Bryant y el ministro llegaron a un acuerdo acerca de la cantidad que debía pagarse. Naturalmente, la suma que figuró en el contrato era sólo un poco superior a la mitad del total satisfecho, y la diferencia fue a engrosar la cuenta particular del ministro.

Y esto era todo. La única indicación relativa al carácter del lugar estaba en la referencia a un ministro venal. «Bueno —pensó sir James Manson—, Bryant podía estar actualmente en Washington.» Sólo era distinta la tarifa.

Se inclinó de nuevo sobre el teléfono interior.

—Miss Cooke, ¿tiene la bondad de decir a míster Bryant, de «Overseas Contracts», que venga a verme?

Pulsó otro botón.

—Martín, venga en seguida, por favor.

Martin Thorpe tardó dos minutos en llegar desde su

oficina del piso noveno. No tenía el aspecto de un fenómeno financiero protegido por uno de los más despiadados hombres de presa de una industria tradicionalmente despiadada. Parecía más bien el capitán de un equipo atlético de una universidad de lujo: simpático, juvenil, elegante, de cabello negro y ondulado, y ojos azules. Las mecanógrafas decían que era estupendo, y los directores que habían visto desvanecerse ante sus narices opciones de compra de acciones o pasar sus compañías al dominio de accionistas de paja que actuaban por cuenta de Martin Thorpe, le aplicaban calificativos bastante más desagradables.

A pesar de su aspecto, Thorpe no había sido nunca universitario, ni atleta, ni menos, capitán de equipo. No sabía distinguir el marcador de un partido de béisbol de un indicador de la temperatura ambiente; en cambio, era capaz de retener en su memoria, durante todo el día, las fluctuaciones horarias de las acciones de las compañías subsidiarias de «ManCon». A sus veintinueve años, tenía ambiciones y estaba dispuesto a satisfacerlas. «ManCon» y sir James Manson podían proporcionarle los medios para ello, y su fidelidad estaba garantizada por su salario, excepcionalmente elevado, por las relaciones que su empleo con Manson podía granjearle en la City y por el convencimiento de que el puesto que ocupaba constituía un observatorio espléndido para descubrir lo que él llamaba «la gran

oportunidad».

Cuando entró en el despacho, sir James había metido en un cajón el informe de Zangaro y sólo había dejado la memoria de Bryant sobre la carpeta.

Dirigió una amistosa sonrisa a su protegido.

—Martin, hay que hacer un trabajo que requiere cierta discreción. Debe hacerse de prisa, y es posible que le tenga ocupado la mitad de la noche.

Sir James era incapaz de preguntar a Thorpe si tenía alguna cita para aquella noche. Thorpe lo sabía: era una de las condiciones de su elevado salario.

—Muy bien, sir James. Nada tengo que hacer que no pueda cancelar con una llamada telefónica.

—Oigame. He estado repasando algunos viejos informes, y he tropezado con éste. Hace seis meses, uno de nuestros hombres en «Overseas Contracts» fue enviado a un lugar llamado Zangaro. No sé por qué, y me gustaría saberlo. El hombre consiguió un permiso oficial para que un pequeño grupo de aquí efectuara una exploración para descubrir posibles yacimientos minerales en una tierra de la que no existen mapas y que se extiende más allá de una cadena montañosa llamada Montañas de Cristal. Ahora bien, lo que quiero saber es: ¿se informó de ello al Consejo, antes, durante o después de esta visita realizada hace seis meses?

—¿Al Consejo?

—Exacto. ¿Se informó alguna vez al Consejo de Administración de que se llevaba a cabo tal

exploración? Eso es lo que quiero saber. No debe constar necesariamente en las actas. Tendrá que examinar los borradores. Y si descubre alguna alusión a «otros asuntos», repase todos los documentos de las reuniones del Consejo celebradas en los últimos doce meses. Segundo: averigüe quién autorizó seis meses atrás la visita de Bryant, por qué, y quién envió allí al ingeniero prospector, y el motivo. El hombre que hizo la prospección se llama Mulrooney. También quiero saber algo acerca de él; busque su ficha en el departamento de Personal. ¿Comprendido?

Thorpe estaba sorprendido. El encargo se apartaba de sus funciones habituales.

—Sí, sir James; pero miss Cooke podría hacerlo en la mitad del tiempo que yo, o encargar a alguien que lo hiciese...

—Sí; podría hacerlo. Pero quiero que lo haga usted. Si es usted quien consulta una ficha de personal o unas actas del Consejo, todos creerán que se trata de algo relacionado con las finanzas. Y todo se desenvolverá con la mayor discreción.

En el cerebro de Martin Thorpe empezó a hacerse entonces la luz.

—¿Quiere usted decir... que han encontrado algo allí, sir James?

Manson se quedó mirando el oscurecido cielo y el resplandeciente mar de luces a sus pies, mientras agentes y comerciantes; escribientes y mercaderes;

banqueros y asesores; aseguradores y empleados; compradores y vendedores; abogados y, sin duda también, delincuentes, trabajaban en sus oficinas, en espera de la embrujada hora de las cinco y media.

—Eso ni debe preocuparle —dijo ásperamente al joven, que estaba detrás de él—. Haga lo que le digo.

Martin Thorpe sonreía al cruzar la puerta de atrás del despacho y bajar a su oficina.

—¡Maldito pícaro! —dijo para sus adentros, mientras bajaba la escalera.

Al romper el teléfono interior el profundo silencio de su santuario, sir James Manson se volvió.

—Ha llegado míster Bryant, sir James.

Manson cruzó la estancia y encendió las luces del techo al pasar junto al interruptor. Al llegar a su mesa, pulsó el botón.

—Hágalo pasar, miss Cooke.

Había tres razones por las cuales los ejecutivos de mediana categoría tenían ocasión de visitar el santuario del piso décimo. Una de ellas era recibir instrucciones o presentar un informe que sir James quería leer u oír personalmente; éstas entraban en la categoría de entrevistas de negocios. La segunda, para recibir un vapuleo envuelto en melifluas palabras, lo cual constituía un verdadero infierno. La tercera, cuando el jefe ejecutivo resolvía desempeñar el papel de hombre bonachón ante sus queridos empleados, y esto resultaba tranquilizador.

Al abrir la puerta, Richard Bryant, de treinta y nueve años, ejecutivo de categoría media, que trabajaba bien y eficazmente pero necesitaba su empleo, comprendió perfectamente que no era la primera de aquellas razones la que había motivado su llamada. Temió que fuese la segunda, y se sintió inmensamente aliviado cuando se percató de que obedecía a la tercera.

Desde el centro del despacho, sir James se acercó a él con una sonrisa le bienvenida.

—¡Ah! Pase, Bryant. Pase.

Cuando Bryant hubo entrado, miss Cooke cerró la puerta tras él y volvió a su mesa.

Sir James Manson invitó con un ademán a su empleado a sentarse en uno de los sillones apartados de la mesa, en la zona de conferencias del espacioso despacho. Bryant, que todavía se preguntaba a qué vendría todo aquello, ocupó el sillón indicado y se hundió entre los brillantes cojines de cuero. Manson se dirigió a la pared y abrió las dos puertas de lo que resultó ser un bien provisto mueble bar.

—¿Quiere una copa, Bryant? Me parece que el sol se ha puesto ya.

—Gracias, señor... Whisky, por favor.

—Así me gusta. También es mi veneno predilecto. Le acompañaré.

Bryant miró su reloj. Eran las cinco menos cuarto, y la máxima de los trópicos relativa a tomar una copa después de ponerse el sol, difícilmente podía aplicarse

a las tardes de invierno londinenses. Pero recordó una fiesta celebrada en la oficina, en la que sir James se había burlado de los bebedores de jerez y de otras cosas parecidas, y estuvo bebiendo whisky todo el rato. «Conviene fijarse en cosas como ésta», pensó Bryant, mientras su jefe vertía su «Glenlivet» especial en dos vasos de cristal muy fino. Desde luego, no tocó el cubo del hielo.

—¿Agua? ¿Un poco de sifón? —preguntó, desde el bar.

Bryant se volvió y miró la botella.

Es un whisky estupendo, sir James. Gracias, lo tomaré solo.

Manson movió varias veces la cabeza en señal de aprobación y se acercó a Bryant con los whiskies. Ambos levantaron los vasos y paladearon la bebida. Bryant esperaba que empezase la conversación. Manson lo advirtió y le lanzó una de sus miradas de tío gruñón.

—Mi llamada no debe preocuparle —empezó a decir—. Estaba revisando un montón de informes viejos que hay en los cajones de mi escritorio, y encontré el suyo, o uno de los suyos. Sin duda, después de leerlo en su día, olvidé entregarlo a miss Cooke para su archivo...

—¿Mi informe? —preguntó Bryant.

—Sí, sí; el que redactó al regreso de aquel lugar..., ¿cómo se llamaba? Zangaro, ¿no?

—¡Oh! Sí, señor. Zangaro. Eso fue hace seis meses.

—Exacto. Sí, hace seis meses. Al leerlo de nuevo, he

visto que aquel ministro le hizo pasar un mal rato.

Bryant empezaba a tranquilizarse. La temperatura de la habitación era agradable; el sillón, extraordinariamente cómodo, y el whisky le infundía un amable calorcillo. Sonrió al recordar.

—Sí; pero conseguí la autorización para explorar aquel lugar.

—Un éxito por su parte —le felicitó sir James. Y sonrió a su vez, como evocando agradables recuerdos—. También yo hice cosas parecidas en los viejos tiempos, ¿sabe? Algunas misiones duras, para arrimar el ascua a mi sardina. Pero no fui nunca al África Occidental. Bueno, quiero decir en aquellos tiempos. Más tarde sí que fui, naturalmente. Cuando estuvo en marcha todo esto.

Para aclarar lo que era «todo esto», señaló su despacho con un amplio ademán.

—Ahora, paso demasiado tiempo sumergido en los papeles —siguió diciendo sir James—. Incluso envidio a ustedes, los jóvenes, que pueden ir por ahí cerrando tratos a la antigua usanza. Bueno, cuénteme su excursión a Zangaro.

—Realmente, fue, como dice usted, un trabajo a la antigua usanza. A las pocas horas de estar allí, casi me imaginé que la gente andaba luciendo adornos de hueso en la nariz —dijo Bryant.

—¿De veras? Vaya, vaya. Mal lugar ese Zangaro, ¿eh?

Sir James Manson inclinó un poco la cabeza hacia atrás, sumergiéndola en la sombra, de modo que Bryant no se sintió alarmado por el brillo de concentración de los ojos, desmentido por el tono amable de la voz.

—Tiene usted razón, sir James. Es un país donde reina un desorden espantoso y que parece volver a la Edad Media desde que consiguió la independencia hace cinco años.

Recordó algo que había oído decir a su jefe en una ocasión, hablando con un grupo de ejecutivos.

—Es un ejemplo clásico del hecho de que la mayoría de las repúblicas Africanas actuales han exaltado al poder a grupos que ni siquiera servirían para dirigir un depósito de basura. Naturalmente, el pueblo es quien paga el pato.

Sir James, que siempre recordaba sus palabras cuando alguien las repetía, sonrió, se levantó y se dirigió a la ventana para contemplar el bullicio de las calles.

—Bueno, ¿y quién dirige allí el cotarro? —preguntó calmamente.

—El Presidente. O, mejor dicho, el dictador —respondió Bryant, desde su sillón. Su vaso estaba vacío—. Un hombre llamado Jean Kimba. Ganó las primeras y únicas elecciones justo antes de la independencia, hace cinco años, contra los deseos de la potencia colonial y, según decían algunos, empleando el terrorismo y el vudú para influir en los votantes. Ya sabe usted que estaban muy atrasados. La mayoría de ellos

ignoraban lo que era una votación. Ahora no necesitan saberlo.

—Ese Kimba es un tipo duro, ¿no? —preguntó sir James.

—Yo no diría duro, señor. Sólo loco de remate. Un megalómano furioso y, probablemente, paranoico. Gobierna completamente solo, rodeado de una pequeña camarilla de aduladores políticos. Si alguno se descarría o despierta de algún modo sus sospechas, va a parar a una celda del antiguo cuartel de la Policía colonial. Según rumores, Kimba asiste personalmente a las sesiones de tortura. Lo cierto es que nadie sale vivo de allí.

—¡Hum! ¡En qué mundo vivimos, Bryant! ¡Y pensar que tienen el mismo número de votos que Inglaterra o Norteamérica en las Naciones Unidas! ¿Le aconseja alguien en las tareas de gobierno?

—Nadie de su propio pueblo. Aunque, naturalmente, oye voces. Al menos, así lo dicen los pocos blancos que no se han movido del país.

—¿Voces? —preguntó sir James.

—Sí, señor. Dice a su pueblo que lo guían voces divinas. Declara que habla con Dios. Así lo afirma, lisa y llanamente, a sus súbditos y al cuerpo diplomático.

—¡Otro de éstos! —murmuró Manson, sin dejar de contemplar las calles—. A veces pienso que fue un error hablarles de Dios a los Africanos. Ahora, la mayoría de sus líderes parecen estar a partir un piñón con Él.

—Aparte de esto, gobierna por medio de una especie de temor hipnótico. La gente cree que posee un poder mágico, de vudú, de hechicería, o algo por el estilo. Su persona les inspira un terror pánico.

—¿Y qué me dice de las Embajadas extranjeras?
—preguntó el hombre de la ventana.

—Yo diría, señor, que se mantienen al paio. Parece que los excesos de ese loco les produce tanto miedo como a los indígenas. Es algo así como una mezcla de jeque Abeid Karum de Zanzíbar, Papá Duvalier de Haití y Sekou Touré de Guinea.

Sir James se volvió, sin hacer ruido, y preguntó con voz engañosamente suave:

—¿Por qué Sekou Touré?

Bryant estaba ahora en su elemento; le gustaba exponer sus minuciosos estudios sobre política Africana, y demostrar a su patrono el fruto de sus largas horas de trabajo.

—Bueno, es sólo un poco mejor que los comunistas, sir James. Lumumba fue el hombre a quien adoró realmente durante toda su vida política. Por eso tienen los rusos tanta fuerza. Poseen allí una embajada enorme, en relación con el tamaño del país. Para hacerse con divisas extranjeras, ahora que las plantaciones han fracasado a causa de la mala administración, venden la mayor parte de sus productos a los pesqueros rusos. Naturalmente, estos pesqueros son buques espías electrónicos o abastecedores de

submarinos, con los cuales se encuentran en alta mar para suministrarles productos frescos. Pero el precio de las ventas no va a parar al pueblo, sino a la cuenta corriente de Kimba.

—Esta actitud no me parece muy marxista —bromeó Manson.

Bryant sonrió ampliamente.

—El marxismo acaba donde empiezan el dinero y el soborno —dijo—. Como de costumbre.

—Pero los rusos tienen fuerza e influencia, ¿no? ¿Otro whisky, Bryant?

Mientras respondía Bryant, el jefe de «ManCon» escanció otros dos vasos de «Glenlivet».

—Sí, sir James. Virtualmente, Kimba no sabe nada fuera de su experiencia inmediata, o sea, la que ha adquirido dentro de su propio país o, como máximo, en un par de visitas realizadas a otros países Africanos próximos. Por ello, consulta a veces las cuestiones referentes a política exterior. Para estos casos tiene tres consejeros, todos negros y procedentes de su propia tribu. Dos de ellos se educaron en Moscú, y el otro, en Pekín. O bien acude directamente a los rusos. Una noche hablé con un comerciante francés en el bar del hotel. Me dijo que el embajador ruso o uno de sus asesores visitaban casi diariamente el palacio presidencial.

Bryant siguió hablando durante diez minutos; pero Manson sabía ya la mayor parte de lo que quería saber.

A las cinco y veinte acompañó a Bryant a la puerta, con la misma amabilidad con que le había recibido. Cuando el joven hubo salido, Manson llamó a miss Cooke.

—Tenemos un ingeniero especializado en la prospección de minerales llamado Jack Mulrooney —dijo—. Hace tres semanas regresó de una excursión de noventa días en África, durante los cuales tuvo que soportar las duras condiciones de la vida en la selva; por consiguiente, debe de estar aún de vacaciones.

»Procure localizarlo en su casa. Quisiera hablar con él mañana a las diez. Busque también al doctor Gordon Chalmers, el jefe analista. Puede encontrarlo en Watford, antes de que salga del laboratorio. Si no, llámele a su casa. Quiero que esté aquí mañana, a las doce del mediodía. Cancele las demás citas de la mañana y déme tiempo para llevar a Chalmers a almorzar. A propósito: haga que me reserven una mesa en «Wilton's», en Bury Street. Gracias; eso es todo. Saldré dentro de un momento. Cuide de que me espere un coche en la puerta dentro de diez minutos.

Cuando se marchó miss Cooke, Manson pulsó un botón del teléfono interior y murmuró:

—¿Quiere subir un momento, Simon?

Simon Endean era tan falaz como Martin Thorpe, pero en otro estilo. De impecable origen, poseía, tras su digna apariencia, la moral de un asesino del East End. El barniz de que se revestía y su falta de escrúpulos iban acompañados de cierta inteligencia. Necesitaba un

James Manson a quien servir, de la misma manera que James Manson necesitaría, más pronto o más tarde —para escalar la cima del gran capitalismo o mantenerse en ella—, los servicios de un Simon Endean.

Endean era uno de esos tipos que se encuentran a docenas en los más elegantes y distinguidos clubs de juego del West End londinense; hombres duros y de buena labia, que no dejan de inclinarse ante ningún millonario ni de ponerle los puntos a cualquier corista. La diferencia estribaba en que Endean, gracias a su talento, había alcanzado la categoría de ayudante del jefe de un club de juego muy superior.

A diferencia de Thorpe, no tenía ambiciones de multimillonario. Pensaba que un millón era bastante, y, entretanto, se contentaba con vivir a la sombra de Manson. Esta le bastaba para pagar su piso de seis habitaciones, el «Corvette» y las chicas.

También él subió del noveno piso por la escalera interior y entró en el despacho por la puerta revestida de paneles y situada frente a aquella otra por la que había salido miss Cooke.

—Dígame, sir James.

—Simon, mañana voy a almorzar con un hombre llamado Gordon Chalmers. Uno de los chicos que trabajan en la sombra. Nuestro principal científico, jefe del laboratorio de Watford. Estará aquí a las doce. Antes de esta hora, quiero tener su historial. La ficha personal, naturalmente; pero, además, todo lo que pueda

averiguar acerca de él. Cómo es en privado, cuál es su vida familiar, cuáles son sus puntos flacos, y sobre todo, si tiene necesidad de dinero, aparte de su salario. Sus ideas políticas, si es que las tiene. La mayoría de esos científicos se inclinan a la izquierda. Aunque no todos. Podría hablar esta noche con Errington, de Personal, antes de que se marche. Busque su ficha esta noche, y déjemela, para que pueda echarle un vistazo por la mañana. Entérese, a primera hora, de su ambiente familiar. Llámeme por teléfono antes de las doce menos cuarto. ¿Comprendido? Sé que no le doy mucho tiempo, pero el asunto puede ser importante.

Endean escuchó las instrucciones sin mover un músculo, grabándolas en su memoria. Conocía el paño; sir James Manson pedía con frecuencia esa clase de información, pues nunca se enfrentaba con alguien, amigo o enemigo, sin una minuciosa investigación de su persona, incluida su vida privada. Varias veces había conseguido derrotar a sus adversarios por estar mejor informado que éstos. Endean asintió con la cabeza y salió dirigiéndose directamente a Personal. Dio la casualidad de que Martih Thorpe acababa de salir de allí; pero no se cruzó con él.

Mientras el «RollsRoyce», conducido por el chófer, se alejaba de la puerta principal de la sede de «ManCon», para llevar a su ocupante a Arlington House, detrás del «Ritz», en cuyo tercer piso tenía su apartamento y donde le esperaba un baño caliente y una

cena servida por Caprice, sir James Manson se retrepó en el asiento y encendió el primer cigarro de la noche. El chófer le entregó el último *Evening Standard*, y pasaban frente a la estación de Charing Cross cuando un breve suelto de última hora llamó su atención. Estaba entre los resultados de las carreras de caballos. Volvió a mirarlo, y lo leyó varias veces. Después se volvió para observar el intenso tráfico y los apresurados peatones que corrían hacia la estación o tomaban por asalto los autobuses, bajo la llovizna de febrero, para dirigirse a sus hogares de Edenbridge y Sevenoaks, tras otra excitante jornada en la City.

Mientras observaba, una idea empezó a tomar forma en su mente. Otro cualquiera se hubiera echado a reír y no habría vuelto a pensar en el asunto. Pero James Manson no era «otro cualquiera». Era un pirata del siglo XX y estaba orgulloso de ello. El pequeño titular de aquel sueltecito del periódico de la noche se refería a una república Africana. No era Zangaro, sino otra. Tampoco sabía mucho de ella. No poseía riquezas minerales conocidas. El titular decía:

Nuevo Coup d'État en un Estado Africano.

Capítulo III

Martin Thorpe esperaba en la antesala cuando llegó sir James, a las nueve y cinco, y entró tras éste en su despacho.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó sir James, mientras se quitaba el abrigo de vicuña y lo colgaba en el armario empotrado en la pared.

Thorpe hojeó una libreta de notas que se había sacado del bolsillo y comunicó el resultado de sus investigaciones de la noche anterior.

Hace un año tuvimos un equipo de exploración en la república situada al norte y al este de Zangaro. Lo acompañaba una unidad de reconocimiento aéreo alquilada a una empresa francesa. La zona objeto de exploración estaba muy cerca de Zangaro e incluso lindaba en parte con esa República. Desgraciadamente, hay pocos mapas topográficos de la zona, y ningún mapa aéreo. Sin ninguna clase de señal para establecer la situación, el piloto tenía que emplear mucho tiempo y hacer largos vuelos para asegurarse del terreno que cubría.

»Un día en que el viento soplaba más fuerte de lo previsto, hizo varias pasadas sobre la zona objeto de la exploración y regresó a su base. Lo que no sabía era que, cada vez que había volado a favor del viento, había cruzado la frontera y se había adentrado sesenta

kilómetros sobre Zangaro. Cuando se reveló la película aérea, se advirtió que el hombre se había apartado mucho de la zona de exploración.

—¿Quién lo advirtió primero? ¿La compañía francesa? —preguntó Manson.

—No, señor. Esta se limitó a revelar la película y entregárnosla sin comentarios, ciñéndose al contrato. Eran los hombres de nuestro departamento de exploración aérea quienes debían identificar el terreno que aparecía en las fotos. Entonces se dieron cuenta de que, al final de cada vuelo, se había fotografiado una franja de terreno que no correspondía a la zona que debía explorarse. Por consiguiente, descartaron estas fotos o, mejor dicho, las dejaron a un lado. Hubieron de advertir que aparecía en ellas una cadena montañosa que no podía corresponder a la zona investigada, pues no había montes en aquella parte de la zona.

»Después, un hombre avisado echó un segundo vistazo a las fotografías dejadas de lado y observó que una parte de la zona montañosa, ligeramente al este de la cadena principal, presentaba una diferencia en la densidad y tipo de vegetación. Es algo que no puede verse desde el suelo, pero que, en una fotografía aérea, se distingue como una mancha de cerveza en el paño de una mesa de billar.

—Lo sé perfectamente —gruñó sir James—. Prosiga.

—Disculpe, señor; yo lo ignoraba. Fue algo nuevo para mí. Lo cierto es que media docena de fotos fueron

entregadas a alguien de la sección de Fotogeología, y ésta confirmó inmediatamente que la vida vegetal era totalmente distinta en una limitada zona, que comprendía un pequeño monte de unos 600 metros de altura y de forma aproximadamente cónica. Entonces redactaron un informe y lo pasaron al jefe de la sección de topografía. Este dijo que se trataba de la cadena de las Montañas de Cristal y que el monte en cuestión era, probablemente, la Montaña de Cristal propiamente dicha. Transmitió el informe a la «Overseas Contracts», y Willoughby, jefe de la «OC», envió a Bryant allí, en busca de un permiso de exploración.

—No me lo dijo —observó Manson, sentado ahora detrás de su mesa.

—Envió un informe, sir James. Lo tengo aquí. Usted estaba entonces en el Canadá y no debía regresar antes de un mes. Dice claramente que le pareció que la exploración de aquella zona era una jugada de puro azar; pero, habida cuenta de que las fotos aéreas nos salían gratis y de que los de Fotología pensaban que la diferencia de vegetación debía de tener alguna causa, el gasto estaría justificado. Willoughby pensó también que, si enviaba a Bryant solo la primera vez, éste saldría ganando en experiencia. Hasta entonces, siempre había acompañado a Willoughby.

—¿Eso es todo?

—Casi todo. Bryant obtuvo su visado y se dirigió allí hace seis meses. Consiguió el permiso y tres semanas

después estaba de regreso. Hace cuatro meses, el servicio de «Exploración en tierra» se avino a prescindir de un prospector poco cualificado llamado Jack Mulrooney, que estaba haciendo excavaciones en Ghana, y a enviarlo a las Montañas de Cristal, con tal de que el costo fuese bajo. Lo fue. Y el hombre volvió hace tres semanas, con una tonelada y media de muestras, que están desde entonces en el laboratorio de Watford.

—No está mal —dijo, después de una pausa, sir James Manson—. Y ahora, dígame: ¿se enteró de esto el Consejo de Administración?

—No, señor —respondió rotundamente Thorpe—. Creerían que el asunto era insignificante. He repasado todas las actas del Consejo de los últimos doce meses, y todos los documentos presentados, incluidas las memorias y las cartas enviadas a los miembros del Consejo durante el mismo período. No se alude a ello en absoluto. En todo caso, el presupuesto total, por su poca monta, habría pasado inadvertido. Y no tuvo que pasar por Proyectos, porque las fotos aéreas fueron un obsequio de la compañía francesa y su viejo piloto. Fue un asunto de rutina, que nunca llegó al nivel del Consejo.

James Manson asintió con la cabeza, visiblemente satisfecho.

—Bien. Pasemos a Mulrooney. ¿Qué tal es?

Thorpe le tendió la ficha que de Mulrooney había en Personal.

—No tiene títulos, pero sí mucha experiencia práctica, señor. Trabajador incansable. Un buen peón de África.

Manson echó una ojeada a la ficha de Jack Mulrooney y se detuvo un poco más en las notas biográficas y la actuación del hombre después de ingresar en la compañía.

—Tiene experiencia, sí —gruñó Manson—. Y no menosprecio a los viejos peones de África. Yo empecé en el Rand, en un campo minero. Al mismo nivel que Mulrooney. Por consiguiente, no lo tome a mofa, muchacho; esa gente es muy útil. Y pueden ser perspicaces.

Despidió a Martin Thorpe y se dijo para sus adentros:

—Veamos ahora hasta dónde llega la perspicacia de mister Mulrooney.

Pulsó el botón del teléfono interior y habló con miss Cooke.

—¿Ha llegado ya mister Mulrooney?

—Sí, sir James; está esperando.

—Hágale pasar, por favor.

Manson estaba a medio camino de la puerta cuando entró su empleado. Lo saludó calurosamente y lo condujo al tresillo donde se había sentado con Bryant la tarde anterior. Antes de que saliera miss Cooke, le pidió que trajese café para los dos. La afición al café figuraba en la ficha de Mulrooney.

En el despacho del ático de una casa de oficina londinense, Jack Mulrooney parecía tan fuera de lugar como lo habría estado Thorpe en plena selva. Sus manos sobresalían demasiado de las mangas de su chaqueta, y parecía no saber dónde ponerlas. Habíase alisado con agua los grises cabellos y se había cortado al afeitarse. Era la primera vez que veía al hombre a quien llamaba *el Viejo*. Sir James hizo todo lo posible para que se sintiese cómodo.

Cuando entró miss Cooke con una bandeja de tazas de porcelana y los correspondientes cafetera, azucarero y jarrita de la leche, más un surtido de bizcochos «Fortnum y Mason», oyó que su patrono decía al irlandés:

—...esto es lo importante, hombre. Tiene usted lo que ni yo ni nadie podemos enseñar a los chicos recién salidos de la escuela. Veinticinco años de costosa experiencia en la extracción y embarque de ese maldito material.

A todo el mundo gusta que se reconozcan sus méritos, y Jack Mulrooney no era una excepción. Agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza. Cuando se hubo marchado miss Cooke, sir James Manson señaló las tazas.

—Fíjese en eso. Yo solía beberme un buen tazón. Y ahora me lo sirven en dedales. Recuerdo cuando estaba en el Rand, a finales de los años treinta; aunque esto debió de ser antes de su tiempo...

Mulrooney estuvo allí una hora. Cuando salió, tenía la impresión de que *el Viejo* era una bonísima persona, a pesar de cuanto se decía de él. Y Manson pensaba que Mulrooney era un hombre muy bueno, al menos en su trabajo, que consistía y seguiría consistiendo en arrancar pedazos de roca a los montes sin hacer preguntas.

Justo antes de salir, Mulrooney había insistido en su opinión:

—Allí hay estaño, sir James. Me jugaría la cabeza. El único problema estriba en si su explotación puede ser rentable.

Sir James le había dado una palmada en el hombro.

—No se preocupe por esto. Lo sabremos en cuanto llegue el informe de Watford. Y puede estar seguro de que, si puedo llevar una onza a la costa, a un precio inferior al del mercado, arrancaremos ese material. Y ahora, ¿qué me dice de usted? ¿Cuál será su próxima aventura?

—No lo sé, señor. Me quedan tres días de vacaciones; después, me presentaré en la oficina.

—¿Le gustaría marchar de nuevo al extranjero?
—preguntó amablemente sir James.

—Sí, señor. Si he de serle franco, no aguanto esta ciudad, con su clima y todo lo demás.

—Quiere volver al sol, ¿eh? Tengo entendido que le gustan los lugares salvajes.

—Pues, sí. Allí puede uno ser lo que es.

—Es verdad —sonrió Manson—. Es verdad. Casi le envidio. Digo mal, le envidio de veras. En todo caso, veremos lo que se puede hacer.

Dos minutos más tarde, Jack Mulrooney se había marchado. Manson ordenó a miss Cooke que devolviese su ficha a Personal; llamó a Contabilidad y dio instrucciones para que enviasen a Mulrooney una gratificación de 1000 libras antes del lunes siguiente, y telefoneó al jefe de «Exploración en tierra».

—¿Qué exploraciones tienen en curso o a punto de empezar en los próximos días? —preguntó, sin preámbulos.

Había tres; una de ellas, en una zona remota del norte de Kenya, cerca de la frontera de Somalia, en que el sol del mediodía fríe los cerebros como huevos en una sartén, y las noches hielan el tuétano de los huesos, y donde los bandidos shifta merodean continuamente. Sería una larga tarea, de casi un año. Dos hombres habían renunciado ya, temerosos de ir allí por tanto tiempo.

—Envíe a Mulrooney —dijo sir James, y colgó.

Miró el reloj. Eran las once. Cogió el informe personal relativo al doctor Gordon Chalmers, que Endean había dejado sobre su mesa la tarde anterior.

Chalmers se había graduado *cum laude* en la «Escuela de Minas» de Londres, que es probablemente la mejor de su clase en el mundo, aunque Witwatersrand pretende disputarle esta primacía.

Obtuvo el título en Geología y, después, en Química, y había hecho el doctorado cuando tenía unos veinticinco años. Después de cinco años de trabajo universitario, ingresó en la sección científica de «Río Tinto Zinc», y después, hacía ahora seis años, «ManCon» se lo había quitado a «RTZ», ofreciéndole mejor salario. Durante los últimos cuatro años, había sido jefe del departamento científico, situado en las afueras de Watford, en Hertfordshire. La fotografía de tamaño pasaporte adherida a la ficha mostraba a un hombre de cerca de cuarenta años mirando satisfecho la cámara y luciendo una barba enmarañada, chaqueta deportiva y camisa escarlata. Su corbata era de punto de lana y a rayas en diagonal.

A las 11,35 sonó el teléfono privado y sir James Manson oyó los regulares zumbidos propios de los aparatos públicos al otro extremo de la línea. Una moneda resonó en la rendija, y la voz de Endean ocupó la línea. Habló concisamente durante dos minutos, desde la estación de Watford. Cuando hubo terminado, Manson lanzó un gruñido de aprobación.

—Es muy útil saberlo —dijo—. Ahora, vuelva a Londres. Deseo que haga otro trabajo. Necesito un informe completo acerca de la República de Zangaro. Sí, Zangaro.

Deletreó la palabra.

Principie por los tiempos de su descubrimiento y siga adelante. Quiero la historia, la geografía, la

situación del país, su economía, su agricultura, su mineralogía (si es que la tiene), su política y estado de desarrollo. Preste atención especial a los diez años anteriores a la independencia y, sobre todo, al período que siguió a ésta. Quiero saber todo lo posible sobre el presidente, los ministros, el Parlamento (si lo hay), la administración, los poderes ejecutivo y judicial y los partidos políticos.

»Hay tres cosas que tienen particular importancia. La primera es el alcance de la intervención o la influencia de los rusos o los chinos, o la influencia de los comunistas locales cerca del Presidente. La segunda es que nadie que tenga la menor relación con aquel país debe percatarse de nuestras averiguaciones; por consiguiente, no debe ir usted en persona. Y la tercera es que, en ninguna circunstancia, debe usted presentarse como enviado de «ManCon». Debe, por tanto, emplear otro nombre. ¿Comprendido? Bueno, infórmeme lo antes posible, dentro de un máximo de veinte días. El dinero necesario se lo facilitará Contabilidad con mi sola firma. Sea usted discreto. Oficialmente, saldrá usted de vacaciones; más tarde arreglaremos eso.

Manson colgó y llamó a Thorpe para darle más instrucciones. Tres minutos después, Thorpe subió al décimo piso y dejó sobre la mesa una hoja de papel que le había pedido su jefe. Era la copia al carbón de una carta.

En la calle, el doctor Gordon Chalmers detuvo y pagó su taxi en la esquina de Moorgate. Se sentía incómodo con su traje oscuro y su abrigo ligero; pero Peggy le había dicho que tenía que llevarlo para entrevistarse y almorzar con el presidente del Consejo de Administración.

Cuando le faltaban pocos metros para llegar a la escalera y el portal del edificio «ManCon», su mirada tropezó con un letrero colgado en el quiosco de un vendedor del *Evening News* y el *Evening Standard*. Lo que se leía en el rótulo le hizo fruncir los labios en amarga sonrisa; pero compró ambos periódicos. La noticia no estaba en primera página, sino en una de las interiores. El título decía simplemente: «Los padres exigen una solución del caso de la talidomida.»

El artículo desarrollaba el contenido del titular, pero no era largo. Decía que, después de otra serie continua de conversaciones entre representantes de los padres de cuatrocientos y pico de niños ingleses —que, diez años atrás, habían nacido con graves deformaciones a causa de la talidomida— y la compañía que había lanzado la droga al mercado, se había llegado a un nuevo callejón sin salida. Las conversaciones se reanudarían «más adelante».

Los pensamientos de Gordon Chalmers volvieron a la casa de las afueras de Watford que había abandonado aquella misma mañana; a su esposa Peggy, que tenía treinta años y aparentaba cuarenta; a Margaret, la niña

sin piernas y con un solo brazo, que iba a cumplir nueve años y necesitaba un par de piernas especiales, y a la nueva casa, especialmente construida, donde tendrían ahora su morada y cuya hipoteca le costaba una fortuna.

—Más adelante —gruñó, arrojando los periódicos a una papelería.

Raras veces leía los periódicos de la noche. Prefería el *Guardian*, el *Private Eye* y el izquierdista *Tribune*. Después de casi diez años de presenciar la lucha de un grupo de padres casi pobres contra la gigantesca compañía, en busca de una indemnización, Gordon Chalmers tenía un pésimo concepto de los grandes capitalistas. Diez minutos más tarde, se halló frente a uno de los peces más gordos.

Sir James Manson no podía sorprender a Chalmers como había hecho con Bryant y Mulrooney. El científico agarraba firmemente su vaso de cerveza y le sostenía la mirada. Manson captó en seguida la situación y, cuando miss Cooke le dio su whisky y se retiró, fue directamente al grano.

—Supongo que adivina usted por qué le he pedido que viniese a verme, doctor Chalmers.

—Creo que sí. El informe acerca de la Montaña de Cristal.

—Exacto. Le diré, de paso, que hizo usted bien en enviármelo bajo sobre cerrado. Hizo muy bien.

Chalmers se encogió de hombros. Lo había hecho así porque sabía que todos los análisis importantes debían

comunicarse directamente al presidente, de acuerdo con las normas de la compañía. Era cuestión de rutina, después de comprobar lo que contenían las muestras.

—Permita que le haga dos preguntas, y déme respuestas concretas —dijo sir James—. ¿Está absolutamente seguro de estos resultados? Las pruebas obtenidas con las muestras ¿no podrían tener otra explicación?

Chalmers no pareció sorprendido ni molesto. Sabía que los trabajos científicos solían ser considerados por los profanos como algo parecido a la magia negra y, en consecuencia, poco exactos. Hacía tiempo que había dejado de explicar la precisión de su arte.

—Estoy absolutamente seguro. En primer lugar, pueden hacerse muchas pruebas diferentes para establecer la presencia de platino, y todas han dado resultados positivos con esas muestras. En segundo lugar, no sólo sometí cada muestra a la totalidad de las pruebas conocidas, sino que lo hice por dos veces.

»Teóricamente, sería posible que alguien hubiese introducido elementos extraños en las muestras de aluvión, pero no en las estructuras internas de las piedras propiamente dichas. El resumen de mi informe es exacto y está fuera de toda duda científica.

Sir James Manson escuchó la lección con la cabeza respetuosamente inclinada y, después, asintió con admiración.

—La segunda pregunta es: ¿qué otras personas de su

laboratorio conocen los resultados del análisis de las muestras de la Montaña de Cristal?

—Ninguna —respondió rotundamente Chalmers.

—¿Ninguna? —repitió Manson—. Bueno, seguramente alguno de sus ayudantes...

Chalmers se tiró de la barba y sacudió la cabeza.

—Cuando llegaron las muestras, sir James, estaban embaladas y fueron almacenadas como de costumbre. El informe de Mulrooney presumía la presencia de estaño en cantidades desconocidas. Como el asunto parecía tener poca importancia, lo encargué a un joven ayudante, que, por carecer de experiencia, creyó que lo único que importaba era el estaño, e hizo las pruebas adecuadas. Estas resultaron negativas, y me llamó para decírmelo. Le ofrecí echarle una mano, pero el resultado fue igualmente negativo. En vista de ello, le dije que no debía dejarse sugestionar por la opinión del prospector y le enseñé algunas pruebas más. También fueron negativas. Aquel día me quedé hasta muy tarde, después de cerrarse el laboratorio, y por eso me encontraba solo cuando aparecieron las primeras pruebas positivas. A medianoche sabía que las chinas del lecho del torrente, de las que sólo había empleado menos de media libra, contenían pequeñas cantidades de platino. Después de efectuada esta comprobación, me marché a casa.

»Al día siguiente encargué otro trabajo al joven ayudante y continué personalmente las pruebas en cuestión. Había 600 bolsas de chinas y arena, y 600

kilos de piedras, más de 300 piedras arrancadas de sitios diferentes de la montaña. Las fotografías de Mulrooney me permitían imaginar la montaña. El yacimiento diseminado está presente en todas las partes de la formación, tal como dije en mí informe.

Apuró su cerveza, con un ligero ademán de reto.

Sir James Manson asintió de nuevo, mirando al científico con bien fingida expresión de pasmo.

—Es increíble —dijo al fin—. Sé que ustedes los científicos, gustan de adoptar una actitud indiferente e imparcial; pero supongo que incluso usted debió de sentirse excitado. Podía ser una nueva fuente mundial de platino. ¿Sabe con qué frecuencia ocurre una cosa así en los metales raros? Una vez en diez años, o quizás en toda una vida...

En realidad, Chalmers, entusiasmado con su descubrimiento, había trabajado hasta bien avanzada la noche durante tres semanas, a fin de examinar todas las muestras de guijarros y de roca de la Montaña de Cristal; pero no estaba dispuesto a confesarlo. En vez de ello, se encogió de hombros y dijo:

Bueno, en realidad será muy provechoso para «ManCon».

—No necesariamente —dijo James Manson, con voz pausada, y fue la primera vez que Chalmers se sintió impresionado.

—¿No? —exclamó el analista—. ¿No cree usted que es una fortuna?

—Una fortuna en el suelo, sí —replicó sir James levantándose y dirigiéndose a la ventana—. Pero todo depende de quién la consiga, si es que alguien llega a conseguirla. Mire: existe el peligro de que no se explote en muchos años, o de que se explote y se almacene el producto. Permítame que le explique el cuadro, mi querido doctor...

Explicó el cuadro al doctor Chalmers durante media hora, hablándole de finanzas y de política, materias que no eran el fuerte del analista.

—Conque ya lo ve —terminó—. Si lo anunciásemos inmediatamente, lo más probable sería que ofrecieran el negocio en bandeja de plata al gobierno ruso.

El doctor Chalmers, que no tenía nada personal contra el gobierno ruso, se encogió literalmente de hombros.

—Yo no puedo cambiar los hechos, sir James.

Manson abrió unos ojos espantados.

—¡Dios mío! ¡Claro que no puede usted, doctor! —Miró su reloj y pareció sorprendido.— Es casi la una —dijo—, y debe usted de estar hambriento. Por mi parte, lo estoy. Salgamos y tomemos un bocado.

Había pensado tomar el «Rolls»; pero, después de la llamada telefónica de Endean desde Watford, y de la información que le había dado el agente de periódicos local acerca de una continuada suscripción al *Tribune*, pensó qué era mejor tomar un taxi.

El bocado resultó ser *un pâté*, una tortilla con

trufas, liebre guisada con salsa de vino tinto y guarniciones. Como había sospechado Manson, Chalmers desaprobaba estos lujos, pero, al mismo tiempo, tenía un apetito atroz. Y tampoco podía abolir una sencilla ley natural, según la cual una buena comida produce una sensación de hartura, de satisfacción y euforia, y debilita la resistencia moral. Manson había contado también con que se trataba de un bebedor de cerveza, no acostumbrado a los vinos tintos de alta graduación, y, en efecto, dos botellas de «Côte du Rhône» habían inducido a Chalmers a hablar de los temas que le interesaban, tales como su trabajo, su familia y sus opiniones acerca del mundo.

Cuando se refirió a su familia y a su nueva casa, sir James Manson dijo —con aire adecuadamente compungido— que recordaba haber visto a Chalmers, el año anterior, en una entrevista callejera de la Televisión.

—Discúlpeme —dijo—, no me había dado cuenta... Quiero decir, de lo de su hijita... ¡Qué tragedia!

Chalmers asintió con la cabeza y se quedó mirando el mantel. Vacilando al principio, y después con más confianza, empezó a hablar de Margaret a su superior.

—Usted no puede comprenderlo —dijo, en un momento dado.

—Lo intentaré —respondió sir James, bajando la voz—. También yo tengo una hija, ¿sabe? Aunque, naturalmente, es mayor.

Diez minutos más tarde se produjo una pausa en la conversación. Sir James sacó una hoja de papel doblada del bolsillo interior de su chaqueta.

—En realidad, no sé cómo empezar —dijo, con cierta turbación—, pero..., bueno, conozco como el que más todo el tiempo y los esfuerzos que dedica usted a la empresa. Sé que trabaja muchas horas, y la tensión de aquel asunto personal tiene que causarle graves preocupaciones, igual que a mistress Chalmers. Por consiguiente, esta mañana he remitido esta orden a mi banco.

Entregó a Chalmers la copia de la carta, y éste la leyó. Era breve y concisa. En ella se ordenaba al director del «Couts Bank» que remitiese por correo certificado, el día primero de cada mes, quince cheques, por 10 libras cada uno, a nombre y al domicilio particular del doctor Gordon Chalmers. Los envíos debían efectuarse durante diez años, salvo orden en contrario.

Chalmers levantó la cabeza. El rostro de su patrono rezumaba benevolencia, matizada con cierta turbación.

—Gracias —dijo Chalmers, a media voz.

Sir James apoyó una mano en su antebrazo y le dio un apretón.

—Bueno, no hablemos más de esto. Tomemos un coñac.

En el taxi, de regreso a la oficina, Manson ofreció a Chalmers dejarle en la estación, donde podría tomar el tren para Watford.

—Yo tengo que volver a mi despacho —dijo—, para seguir estudiando este asunto de Zangaro y su informe.

Chalmers observaba, a través de la ventanilla, los coches que salían de Londres aquel viernes por la tarde.

—¿Qué *va* usted a hacer con él? —preguntó.

En realidad, no lo sé. Desde luego, preferiría no enviarlo. Sería una lástima que todo fuese a parar a manos extranjeras, como no dejaría de ocurrir si su informe llegase a Zangaro. Pero tengo que enviarles algo, más pronto o más tarde.

Hubo otra larga pausa, mientras el taxi giraba en dirección a la entrada de la estación.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó el científico.

Sir James Manson lanzó un profundo suspiro.

—Sí —dijo, en tono comedido—. Tire las muestras de Mulrooney, como haría con unas piedras y bolsas de arena sin importancia. Destruya completamente sus notas sobre el análisis. Tome su copia del informe y haga otra copia exacta, con una sola diferencia: diga que las pruebas demuestran, sin ningún género de duda, que existen pequeñas cantidades de estaño de baja calidad, cuya explotación no sería económicamente rentable. Queme la copia del informe original. Y no diga una palabra a nadie.

El taxi se detuvo, y, como ninguno de ambos pasajeros se movía, el taxista asomó la nariz al interior del vehículo.

—Hemos llegado, jefe.

—Le doy mi palabra de honor —murmuró sir James Manson—. Más pronta o más tarde, cambiará la situación política, y cuando esto ocurra, «ManCon» solicitará la concesión minera, como hace siempre, y de acuerdo con los procedimientos normales del negocio.

El doctor Chalmers bajó del taxi y se volvió para mirar a su patrono, sentado en el rincón.

—No sé si puedo hacerlo, señor —dijo—. Tendré que pensarlo.

Manson asintió con la cabeza.

—Claro que debe pensarlo. Sé que le pido mucho. Oiga: ¿por qué no habla de ello con su esposa? Estoy seguro de que ella lo comprenderá.

Después cerró la portezuela y dijo al taxista que lo llevase a la City.

Sir James cenó aquella noche con un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y lo llevó a su club. No era uno de los clubs más distinguidos de Londres, pues Manson no tenía intención de asaltar las fortalezas del viejo *establishment* y exponerse a que le diesen con la puerta en las narices. Además, no tenía tiempo para encaramarse en la escala social, ni paciencia para tratar con los idiotas que se encuentran en su cima. Dejaba las cuestiones sociales en manos de su esposa. Su título nobiliario le resultaba útil, y con eso le bastaba.

Despreciaba a Adrian Goole, al que consideraba como un estúpido pedante. Por ello lo había invitado a cenar. Por eso, y porque el hombre estaba en la sección

de Información Económica del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Años atrás, cuando las actividades de su compañía alcanzaron cierto nivel en Ghana y Nigeria, había aceptado un puesto en el círculo interno del Comité de África Occidental de la City. Este órgano era, y sigue siendo, una especie de sindicato de las grandes compañías radicadas en Londres que efectúan operaciones en África Occidental. Más interesado en el comercio y, por ende, en el dinero, que, por ejemplo, el Comité de África Oriental, el «COA», revisaba periódicamente los sucesos de importancia comercial y política en África Occidental, dos aspectos que solían coincidir, a la larga, y brindaba sus consejos al Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth acerca de la política que, a su juicio, convenía más a los intereses británicos.

Sir James Manson no lo hubiera expresado en estos términos. Habría dicho que la razón de su existencia era aconsejar al Gobierno sobre lo que debía hacer en aquella parte del mundo para aumentar sus ganancias. Y hubiese estado en lo cierto. Él, que perteneció al Comité durante la guerra civil de Nigeria, había oído cómo los representantes de los Bancos, de las minas, del petróleo y del comercio, preconizaban una rápida terminación de la guerra, lo cual parecía ser sinónimo de una victoria federal acelerada.

Como era de esperar, el Comité había aconsejado al

Gobierno que apoyase al bando federal, siempre que éste demostrase que podían ganar, y ganar pronto; informes de fuentes británicas *in situ* corroboraron esta opinión. Después, los componentes del Comité se retreparon en sus sillones, observando cómo el Gobierno, por consejo de Asuntos Exteriores, cometía otro de sus monumentales errores Africanos. La guerra, en vez de durar seis meses, duró treinta. Pero cuando Harold Wilson se había comprometido en una política, era tan incapaz de reconocer que sus muchachos se habían equivocado, como de emprender un viaje a la Luna.

Durante aquel período, Manson había perdido mucho dinero con las interrupciones en la explotación minera y la imposibilidad de transportar el mineral a la costa en unos ferrocarriles que circulaban a la buena de Dios; pero MacFazdean, de «ShellBP», había perdido mucho más en su producción de petróleo.

Adrian Goole fue agente de enlace de Ministerios Exteriores en el Comité, durante la mayor parte de aquella época. Ahora se hallaba sentado frente a James Manson en el discreto comedor; los puños de su camisa sobresalían cuatro centímetros de la manga, como era de rigor, y su cara revelaba una grave atención.

Manson le contó parte de la verdad, pero omitiendo toda referencia al platino. Se ciñó a la historia del estaño, pero aumentando las cantidades. Desde luego, la explotación era viable; pero, si tenía que hablar con

franqueza, le había asustado la enorme influencia ejercida por los consejeros rusos cerca del Presidente. La participación del Gobierno de Zangaro en los beneficios representaría una bonita cantidad, y aumentaría su poder; pero, habida cuenta de que el déspota era poco más que una marioneta de los rusos, ¿convenía aumentar el poder y la riqueza de la República? Goole lo comprendió perfectamente, y una expresión solemnemente preocupada se pintó en su semblante.

—Una decisión endiabladamente difícil —admitió—. Debo confesar que admiro su sentido político. Ahora, Zangaro es un país pobre y oscuro. Pero, si se hiciese rico..., sí, tiene usted toda la razón. Un verdadero dilema. ¿Cuándo tiene que enviarles el resultado de la exploración y los análisis?

—No tengo un plazo fijo —gruñó Manson—. La cuestión es: ¿qué debo hacer? Si ellos lo muestran a los rusos en la Embajada, el agregado comercial se dará cuenta de que los yacimientos son viables. Entonces pueden salir a pública licitación. Es posible que otros obtengan la concesión, proporcionando iguales riquezas al dictador, y entonces, ¿quién es capaz de prever los problemas con que se enfrentará Occidente? El dilema, pues, continúa.

Goole reflexionó en silencio.

—Creí que ustedes debían saberlo —dijo Manson.

—Sí, sí, muchas gracias. —Goole estaba absorto—.

Oiga —dijo al fin—, ¿qué ocurriría si partiese por la mitad las cifras que expresan la cantidad de estaño por tonelada de piedra en el informe?

—¿Partir por la mitad?

—Sí. Dividir las cifras por dos, de modo que la proporción de estaño fuese la mitad de la que ha aparecido en las muestras.

—En ese caso, la cantidad de estaño haría aparecer la explotación como antieconómica.

—¿Y no podrían las piedras proceder de otra zona situada, por ejemplo, a un kilómetro y medio de distancia?

—Supongo que sí. Pero mi prospector encontró las muestras más ricas.

—¿Y si no hubiese sido así? —siguió diciendo Goole—. ¿Y si hubiese tomado las muestras a cierta distancia del lugar donde operó en realidad? ¿No podrían éstas contener la mitad de estaño?

—Sí, es posible. Incluso es probable que contuviesen menos del cincuenta por ciento. Pero él operó en un lugar determinado.

—¿Bajo inspección? —preguntó Goole.

—No. Estaba solo.

—¿Y dejó huellas sensibles en el lugar de su trabajo?

—No —respondió Manson—. Sólo unas cuantas piedras descantilladas, que habrán sido ya cubiertas por la vegetación. Además, nadie va allí. Está a muchos kilómetros de los lugares habitados.

Calló un momento, para encender un cigarro.

—Es usted un hombre endiabladamente listo, Goole. Camarero, otro coñac, por favor.

Ambos estaban muy animados cuando se despidieron frente a la puerta del club. El conserje llamó un taxi para que Goole pudiese ir a reunirse con su esposa en Holland Park.

—Sólo una cosa más —dijo el hombre de Asuntos Exteriores, antes de subir al taxi—. No diga una palabra a nadie acerca de esto. Yo tendré que registrarlo y archivarlo en el departamento; pero es algo que debe quedar entre usted y nosotros.

—Desde luego —dijo Manson.

—Le agradezco que me haya contado todo esto. No tiene usted idea de cuánto facilitan estas informaciones nuestro trabajo en el aspecto económico. Mantendré una discreta vigilancia en Zangaro, y si se produce algún cambio en el escenario político, usted será el primero en saberlo. Buenas noches.

Sir James Manson observó al taxi mientras corría calle abajo, e hizo una seña al «Rolls Royce» aparcado en la otra dirección.

—Usted será el primero en saberlo —repitió, burlón—. Tienes toda la razón, muchacho. Porque seré yo quien lo provoque.

Se acercó a la ventanilla delantera y vio a Craddock, su chófer, detrás del volante.

—Si unos pillastres como ése hubiesen tenido que

construir nuestro imperio, Craddock, aún estaríamos colonizando la isla de Wight.

—Una verdad como un templo, sir James.

Cuando su patrono hubo subido a la parte trasera del coche, el chófer descorrió el cristal de separación.

—¿A Gloucestershire, sir James?

—A Gloucestershire, Craddock.

Empezaba a lloviznar de nuevo cuando el elegante automovil cruzó Piccadilly y subió por Park Lane en dirección a la A-40 y el West Country, llevando a sir James Manson a la cómoda mansión que había comprado para él, tres años antes, una compañía agradecida, por el precio de 250 000 libras. También estaban allí su esposa y su hija de diecinueve años; pero éstas las había ganado con su esfuerzo personal.

Una hora más tarde, Gordon Chalmers yacía junto a su esposa, después de dos horas de discusión que los había dejado irritados y cansados. Peggy Chalmers estaba tumbada de espalda, mirando al techo.

—No puedo hacerlo —dijo Chalmers por enésima vez—. No puedo liarle la manta a la cabeza y falsificar un informe para que el maldito James Manson gane más dinero.

Hubo un largo silencio. Había repetido lo mismo una docena de veces, desde que Peggy leyó la carta de Manson a su banquero, y su marido la informara de las condiciones de su futura seguridad económica.

—¿Y qué importa? —dijo, a media voz, en la

oscuridad que los envolvía—. Bien pensado, ¿qué importa que sean él, o los rusos, o nadie, quienes obtengan la concesión? ¿Qué importa que suban o bajen los precios? Sólo se trata de pedazos de piedra y granos de metal.

Peggy Chalmers se inclinó sobre el torso de su marido y miró fijamente el borroso perfil de su cara. Fuera, el viento nocturno agitaba las ramas del olmo junto al cual habían construido su nueva casa, especialmente acondicionada para su hija inválida.

Cuando Peggy Chalmers volvió a hablar su tono era apasionado y conminatorio.

—Pero Margaret no es un trozo de piedra, ni yo unos granos de metal. Necesitamos ese dinero, Gordon; lo necesitamos ahora y los diez años próximos. Por favor, querido, por favor: olvida por una vez la idea de una bonita carta al *Tribuna* o al *Private Eye*, y haz lo que te pide.

Gordon Chalmers siguió mirando la rendija de la ventana, entreabierta para dejar entrar un poco de aire.

—Está bien —dijo al fin.

—¿Lo harás? —preguntó ella.

—Sí, ¡maldita sea!, lo haré.

—¿Lo juras, querido? ¿Me das tu palabra?

Hubo otra larga pausa.

—Te doy mi palabra —dijo una voz muy baja sobre la cara de ella, y Peggy apretó la cabeza sobre el velludo pecho de su marido.

—Gracias, querido. Y no te inquietes por esto. Por favor, no te preocupes. Dentro de un mes lo habrás olvidado. Ya lo verás.

Diez minutos después, Peggy se había dormido, agotada por el esfuerzo efectuado para bañar a Margaret y acostarla, y por la desacostumbrada disputa con su marido. Gordon Chalmers siguió mirando fijamente la oscuridad.

—Ellos siempre ganan —dijo amargamente, en voz baja, al cabo de un rato—. Esos malditos bastardos siempre acaban ganando.

El día siguiente, sábado, hizo en su coche los ocho kilómetros que separaban su casa del laboratorio y redactó un informe completamente nuevo, destinado a la República de Zangaro. Después quemó sus notas y el informe original, y arrojó las muestras al montón de desperdicios que se llevaría un constructor local para convertirlos en argamasa y arena de jardín. Envió el nuevo informe a sir James Manson, en la oficina principal, por correo certificado, y, después, volvió a casa y trató de olvidar todo el asunto.

El lunes se recibió el informe en Londres y se echó a correo la carta con instrucciones al banquero en favor de Chalmers. El informe fue enviado a «Overseas Contracts», a la atención de Willoughby y Bryant, y se ordenó a éste que partiese el día siguiente y llevase

aquél al ministro de Recursos Naturales, en Clarence. Llevaría también una carta de la compañía, expresando la adecuada condolencia.

El martes por la tarde, Richard Bryant estaba en el Edificio Número Uno del aeropuerto londinense de Heathrow, esperando un vuelo de la «BEA» a París, donde obtendría el necesario visado y podría enlazar con un vuelo de «Air Afrique». A quinientos metros de allí, en el Edificio Tres, Jack Mulrooney pasaba por el control de pasaportes antes de subir al «Jumbo» nocturno de la «BOAC», que se dirigía a Nairobi. Se sentía satisfecho. Estaba harto de Londres. Allí le esperaban Kenya, el sol, la selva y la posibilidad de cazar un león.

Al terminar la semana, sólo dos hombres sabían lo que había realmente en el seno de la Montaña de Cristal. Uno de ellos había jurado a su mujer que guardaría silencio para siempre; el otro empezaba a planear su próxima jugada.

Capítulo IV

Simon Endean entró en el despacho de sir James Manson con un grueso legajo que contenía un informe de cien páginas relativo a la República de Zangaro, una

colección de grandes fotografías y varios mapas. Dijo a su jefe lo que traía. Manson asintió con la cabeza, en señal de aprobación.

—Mientras estaba usted recogiendo todo eso, ¿se enteró alguien de quién era o de para quién trabajaba?

—No, sir James. Empleé un seudónimo, y nadie lo puso en duda.

—¿Y no cree que alguien de Zangaro pueda haberse percatado de que se estaban recogiendo datos acerca de ellos?

—No. Sólo utilicé los archivos existentes, aunque están muy dispersos, algunas bibliotecas universitarias de aquí y de Europa, varias obras corrientes de referencia y la única guía turística publicada por la propia Zangaro, aunque, en realidad, corresponde a los tiempos coloniales y está cinco años atrasada. En todas partes dije que buscaba información para una tesis doctoral sobre toda la situación Africana colonial y poscolonial. No habrá ninguna consecuencia.

—Muy bien —dijo Manson—. Después leeré el informe. Ahora hábleme acerca de los hechos principales.

Antes de responder, Endean sacó uno de los mapas del legajo y lo extendió sobre la mesa. Correspondía al sector de la costa Africana donde estaba Zangaro.

—Como puede ver, sir James, se halla enclavada en este punto de la costa, limitada al norte y al este por esa otra República, y en la corta frontera del sur, por esa

otra. A su oeste está el mar.

»Tiene la forma de una caja de cerillas, con el borde corto en la costa y los largos extendiéndose tierra adentro. Las fronteras fueron trazadas de manera arbitraria en los tiempos coloniales, durante las contiendas de África, y no son más que líneas en el mapa. En realidad, no hay fronteras delimitadas, y, debido a la casi absoluta inexistencia de carreteras, el único paso fronterizo está... aquí, en la única carretera que conduce al norte y al país vecino. Todo el tráfico terrestre entra y sale por esta vía.

Sir James Manson estudió el enclave en el mapa y gruñó:

—¿Y qué me dice de las fronteras oriental y meridional?

—No hay ninguna carretera, señor. Sólo se puede entrar y salir a través de la jungla, la cual, en su mayor parte, es una selva impenetrable.

»En cuanto a la extensión, tiene dieciséis mil kilómetros cuadrados, ya que la línea costera es de cien kilómetros, y los lados, de ciento sesenta kilómetros tierra adentro. La capital, Clarence, que tomó su nombre del primer capitán de barco que desembarcó allí en busca de agua potable, hace doscientos años, está aquí, en el centro de la costa, a cincuenta y seis kilómetros de las fronteras septentrional y meridional.

»Detrás de la capital, se extiende un estrecho llano costero, que es la única zona cultivada del país, aparte

los pequeños claros de la jungla donde viven los indígenas del interior. Tras el llano está el río Zangaro; más allá, las vertientes de las Montañas de Cristal y los propios montes, y aún más allá, kilómetros y kilómetros de selva, hasta la frontera oriental.

—¿Qué me dice de otras comunicaciones?
—preguntó Manson.

—Virtualmente, no hay carreteras —contestó Endean—. El río Zangaro discurre desde la frontera norte, muy cerca de la costa, y cruza casi toda la República, para desembocar en el mar, muy cerca de la frontera sur. En el estuario hay unos cuantos diques y un par de cobertizos, formando un pequeño puerto para la exportación de madera. Pero no hay muelles, y el negocio de la madera se acabó virtualmente con la independencia. El hecho de que el río Zangaro discorra casi paralelamente a la costa, con una ligera desviación hasta ésta, a lo largo de cien kilómetros, divide efectivamente la República en dos partes: la llana franja costera entre el río y el mar (terminada en unas marismas llenas de vegetación que hacen la costa inaccesible incluso a los barcos pequeños) y la tierra interior, al otro lado del río. Al este del río, están las montañas y, después de éstas, la jungla. El río podría emplearse para el transporte en barcazas. La República del norte tiene una capital moderna en la costa, con un puerto de mucho calado, y, en lo tocante al río Zangaro, su estuario está lleno de aluvión.

—Entonces, ¿cómo realizaban las operaciones de exportación de madera?

Endean sacó del legajo un mapa más ampliado de la República y lo extendió encima de la mesa. Señaló con un lápiz el estuario al sur de Zangaro.

—Los árboles solían talarse más arriba, a orillas del río, o bien en las laderas occidentales de los montes. Todavía hay allí buena madera; pero, desde la declaración de independencia, nadie parece interesarse en ella. Los troncos bajaban flotando por el río y se almacenaban en el estuario. Cuando llegaban los barcos, éstos fondeaban lejos de la costa, y los troncos, sujetos en forma de almadías, eran remolcados hasta ellos por lanchas de motor. Después, eran izados por las propias grúas de los barcos. Una operación muy primitiva.

Manson miró atentamente el mapa ampliado, observando los cien kilómetros de costa, el río que discurría casi paralelamente a ella, a treinta kilómetros tierra adentro, la franja de marismas infranqueables entre la costa y el mar, y las montañas que se elevaban allende el río. Pudo identificar la Montaña de Cristal, pero se abstuvo de mencionarla.

—¿Y las carreteras principales? Alguna habrá.

Endean se fue animando mientras hablaba.

—La principal termina en el borde de una corta y ancha península, aquí, a mitad de camino, bajando por la costa. Mira al mar abierto. Tiene un pequeño puerto, el único puerto verdadero de todo el país, y la península

se une al continente detrás de la población. La carretera discurre a lo largo de la península y penetra diez kilómetros tierra adentro, en dirección al este. Aquí está la encrucijada: véala. Uno de los ramales tuerce hacia la derecha y se dirige al sur. Es de arcilla roja durante doce kilómetros; después se convierte en un camino vecinal en otros treinta, y se acaba en las orillas del estuario del Zangaro.

»El otro ramal tuerce a la izquierda y se dirige al norte, cruzando el llano al oeste del río y llegando a la frontera septentrional. Aquí hay un puesto fronterizo, a cargo de una docena de soldados adormilados y venales. Dos viajeros me dijeron que no saben leer un pasaporte y que, por consiguiente, ignoran si figura en éste el correspondiente visado. Lo único que hay que hacer, para cruzar, es darles un par de pavos.

—¿Y la carretera que conduce al interior?
—preguntó sir James.

Endean señaló un punto con el dedo.

—Es tan pequeña, que ni siquiera figura en el mapa. En realidad, si se sigue la carretera del norte hasta quince kilómetros después de la encrucijada, se encuentra un ramal que gira a la derecha y se dirige al interior. No es más que un camino vecinal. Cruza el resto del llano, y también el río Zangaro, por medio de un desvencijado puente de madera...

—¿Y ese puente es el único medio de comunicación entre las dos partes del país, a ambos lados del río?

—preguntó Manson, asombrado.

Endean se encogió de hombros.

—Es el único medio para el tráfico rodado. Pero éste casi no existe en realidad. Los indígenas cruzan el Zangaro en canoa.

Manson cambió de tema, sin dejar de mirar el mapa.

—Dígame algo relativo a las tribus que viven allí.

—Hay dos —respondió Endean—. El este del río, hasta el final de la tierra interior, es territorio de los vindúes. A propósito, más vindúes viven al otro lado de la frontera oriental. Ya le dije que las fronteras eran arbitrarias. Los vindúes viven prácticamente en la edad de piedra. Raras veces cruzan el río y abandonan su región selvática. El llano que se extiende al oeste del río hasta el mar, incluida la península donde se levanta la capital, es el país de los cayas. Odian a los vindúes y, a su vez, son odiados por éstos.

—¿Cuál es la población?

Casi imposible de contar en el interior. Oficialmente, se cifra en doscientos veinte mil en todo el país. Es decir, treinta mil cayas y unos ciento noventa mil vindúes. Pero son números aleatorios, aunque, probablemente, el cálculo de los cayas es bastante exacto.

—Entonces, ¿cómo diablos pudieron celebrar unas elecciones? —preguntó Manson.

—Este es uno de los misterios de la creación —dijo Endean—. En todo caso, fue un verdadero lío. La

mayoría de ellos no sabían lo que eran unas elecciones ni por quién votaban.

—¿Y qué me dice de la economía?

—Es prácticamente nula —respondió Endean—. El país vindú no produce nada. La mayoría de sus pobladores se limitan a ir tirando con el ñame y el casabe que producen en las parcelas desbrozadas por las mujeres en la selva, que son muy pocas. A menos que les paguen bien, prefieren estarse con los brazos cruzados. Los hombres se dedican a la caza. Los niños son presa fácil del paludismo, el tracoma, la esquistosomiasis y la falta de nutrición.

»En los tiempos coloniales había, en el llano costero, plantaciones de cacao de baja calidad, café, algodón y plátanos. Eran propiedad de blancos, que empleaban mano de obra indígena. No se trataba de productos de primera calidad, pero bastaban para conseguir, con la potencia colonial como comprador europeo garantizado, las divisas fuertes necesarias para pagar unas importaciones mínimas. Después de la independencia, tales plantaciones fueron nacionalizadas por el Presidente, que expulsó a los blancos y las dio a los paniaguados de su partido. Actualmente están casi arruinadas, invadidas por la mala hierba.

—¿Puede darme algunas cifras?

—Sí, señor. El año anterior a la independencia, la producción total de cacao, que era la cosecha principal, fue de treinta mil toneladas. El año pasado, fue de mil

toneladas, y no hubo compradores. Todavía se está pudriendo en el suelo.

—¿Y el café, el algodón y los plátanos?

—Los plátanos y el café quedaron prácticamente en nada por falta de cuidado. El algodón fue víctima de una plaga, y no había insecticidas.

—¿Cuál es la situación económica actual?

—Un desastre. Bancarrotas, un papel moneda que no vale nada y una imposibilidad total de realizar importaciones. Hubo donativos de las Naciones Unidas, de los rusos y de la antigua potencia colonial; pero, como el Gobierno vende sus productos a otros y se embolsa el dinero, incluso aquéllos han renunciado a prestar ayuda.

—Una auténtica República bananera, ¿eh?

—murmuró sir James.

—En todos los sentidos. Son venales, viciosos, brutales. Sus aguas costeras son ricas en peces, pero no pueden pescar. Los dos barcos de pesca que tenían eran patroneados por blancos. Uno de los patrones fue apaleado por los matones del Ejército, y ambos se largaron. Los motores se oxidaron, y las embarcaciones fueron abandonadas. Los indígenas sufren falta de proteínas. No hay bastantes cabras y gallinas para su subsistencia.

—¿Cómo están en cuanto a sanidad?

—Hay un hospital en Clarence, a cargo de las Naciones Unidas. Es el único del país.

—¿Y de médicos?

—Había dos zangareños que poseían el título de doctor en Medicina. Uno de ellos fue detenido y murió en la cárcel. El otro huyó al extranjero. Los misioneros fueron expulsados por el Presidente, como agentes imperialistas. Eran misioneros médicos, además de sacerdotes y predicadores. Las monjas solían enseñar a las enfermeras, pero también ellas fueron expulsadas.

—¿Cuántos europeos hay?

—En el interior, probablemente ninguno. En la zona costera, un par de técnicos agrónomos, enviados por las Naciones Unidas. En la capital, unos cuarenta diplomáticos, veinte de ellos pertenecientes a la Embajada rusa, y los demás, repartidos entre las Embajadas francesa, suiza, americana, alemana occidental, alemana oriental, checa y china, si es que podemos llamar blancos a los chinos. Aparte éstos, unas cinco personas en el hospital de las Naciones Unidas, otros cinco técnicos encargados del generador eléctrico, de la torre de control del aeropuerto, de las obras hidráulicas, etcétera. Por último, puede haber otros cincuenta, entre comerciantes, capataces y hombres de negocios, que se quedaron esperando tiempos mejores.

»En realidad hubo un poco de jaleo hace seis semanas y uno de los hombres de las Naciones Unidas estuvo a punto de morir apaleado. Los cinco técnicos no médicos amenazaron con marcharse y se refugiaron en sus respectivas Embajadas. Es posible que, a estas

horas, se hayan largado ya, en cuyo caso, los servicios de agua y de electricidad y el aeropuerto dejarán muy pronto de funcionar.

—¿Dónde está el aeropuerto?

—Aquí, en la base de la península, detrás de la capital. No tiene categoría internacional; por consiguiente, quien quiera volar hasta allí, tiene que tomar un avión de la «Air Afrique» hasta la República situada al norte, y en ésta, un pequeño bimotor que hace el viaje a Clarence tres veces por semana. La concesión pertenece a una empresa francesa, aunque, en la actualidad, no puede decirse que sea rentable.

—¿Qué amigos tiene el país, diplomáticamente hablando?

Endean movió la cabeza.

—No tiene ninguno. A nadie le interesa tanto desorden. Incluso la Organización de la Unidad Africana se siente incomodada por este país. Está tan dejado de la mano de Dios, que nadie lo menciona siquiera. Como no va ningún periodista, faltan noticias sobre él. El Gobierno es rabiosamente antiblanco, y nadie se atreve a enviar personal para cualquier empresa. Nadie invierte nada, porque nada está a salvo de ser confiscado por cualquier pelagatos que luzca la insignia del partido. Este tiene una organización juvenil que reparte garrotazos a diestro y siniestro, de modo que todo el mundo vive aterrorizado.

—¿Qué me dice de los rusos?

—Su misión es la más importante y, probablemente, aconsejan al Presidente en cuestiones de política exterior, de las que nada sabe en absoluto. Casi todos sus consejeros son indígenas educados en Moscú, aunque él no estudió personalmente en la capital soviética.

—¿Existe allí algún valor en potencia? —preguntó sir James.

Endean asintió lentamente con la cabeza.

—Con una buena dirección y un buen trabajo, creo que es suficiente para que la población pudiese vivir con relativa prosperidad. La población es poco numerosa y no tiene grandes necesidades; podría bastarse por sí misma en lo tocante a la comida y el vestido, elementos básicos de una buena economía local, y conseguir, con una pequeña cantidad de divisas fuertes, el complemento de artículos necesarios. Esto sería muy factible, y además, las necesidades son tan pocas, que las organizaciones de ayuda y de caridad podrían suministrarle todo lo necesario; pero resulta que su personal es invariablemente molestado; su equipo, saqueado o destruido, y sus donativos, robados y vendidos en exclusivo beneficio del Gobierno.

—Dice usted que los vindúes son incapaces de trabajar de firme. ¿Qué opina de los cayas?

—Lo mismo —dijo Endean—. Se pasan todo el día sentados o se ocultan en la espesura si presienten alguna amenaza. Su fértil llano les dio siempre lo

necesario para vivir, y les basta con ello para sentirse satisfechos.

—Entonces, ¿quién trabajaba las haciendas en los tiempos coloniales?

—¡Ah! La potencia colonial llevó allí a unos veinte mil trabajadores negros de otras regiones. Arraigaron en el país y siguen viviendo en él. Contando sus familias, son unos cincuenta mil. Pero, al no haber sido manumitidos por la potencia colonial, no participaron en las elecciones al declararse la independencia. Si hay alguien que trabaje, son todavía ellos.

—¿Dónde viven? —preguntó Manson.

Unos quince mil siguen viviendo en sus chozas de las antiguas haciendas, aunque, con toda la maquinaria destruida, es muy poco lo que pueden hacer. Los demás se dirigieron a Clarence, y allí se ganan la vida lo mejor que pueden. Viven en una serie de barrios de barracas, detrás de la capital, junto a la carretera del aeropuerto.

Durante cinco minutos, sir James Manson contempló el mapa que tenía delante, reflexionando profundamente sobre una montaña, un presidente loco, una camarilla de consejeros educados en Moscú y una Embajada rusa. Después, suspiró.

—Un lugar francamente desolador.

—Emplea usted unos términos muy suaves —dijo Endean—. Todavía realizan ejecuciones rituales ante el populacho, en la plaza principal. Las víctimas son descuartizadas a machetazos. Todo un espectáculo.

—¿Y a quién se debe este paraíso terrenal?

Por toda respuesta, Endean sacó una fotografía y la puso sobre el mapa.

Sir James Manson contempló la efigie de un Africano de edad madura, ataviado con sombrero de copa, negro chaqué y pantalón de corte. Sin duda, la foto correspondía a su toma de posesión, pues varios oficiales coloniales aparecían en segundo término, en la escalinata de una gran mansión. La cara que se veía bajo el reluciente sombrero de copa no era redonda, sino larga y enjuta, con profundas arrugas a ambos lados de la nariz. Tenía caídas las comisuras de la boca, y esto le daba una expresión de profundo desagrado por algo. Pero lo más notable eran sus ojos. Tenían una fijeza mate, como sólo se ve en los ojos de los fanáticos.

—He aquí al hombre —dijo Endean—. Loco como una cabra y malvado como una serpiente de cascabel. El Papá Doc de África Occidental. Visionario; espiritista; destructor del yugo del hombre blanco; redentor de su pueblo; estafador; ladrón; jefe de Policía y verdugo de los sospechosos; inquisidor; interlocutor del Todopoderoso: he aquí al Señor Supremo de Todas las Cosas, Su Excelencia el Presidente Jean Kimba.

Sir James Manson escrutó largamente el rostro del hombre que, sin saberlo, tenía en sus manos diez mil millones de dólares en platino.

«Me pregunto —pensó—, si el mundo se daría cuenta de su muerte.»

No dijo nada; pero, después de escuchar a Endean, había decidido preparar este suceso.

Seis años antes, la potencia colonial que gobernara el enclave llamado hoy Zangaro, consciente de la opinión mundial, había resuelto otorgarle la independencia. Se hicieron apresurados preparativos entre una población absolutamente carente de experiencia en el gobierno autónomo, y se fijaron para el año siguiente la declaración de independencia y las elecciones generales.

En medio de aquella confusión, surgieron cinco partidos políticos. Dos de ellos eran exclusivamente de tribu, pretendiendo el uno defender los intereses de los vindúes, y el otro, los de los cayas. Los otros tres inventaron sus propias plataformas políticas y pretendieron atraerse al pueblo valiéndose de las divisiones tribales. Uno de ellos estaba constituido por el grupo conservador, dirigido por un hombre que había ostentado cargos públicos con los colonialistas y era apoyado por éstos. Afirmaba que mantenía estrechos lazos con el país protector, el cual, aparte otras cosas, garantizaba el papel moneda local y compraba los productos exportables. El segundo partido era de centro, pequeño y débil, acaudillado por un intelectual con título de profesor europeo. El tercero era radical, y su jefe, un hombre que había estado varias veces en la cárcel por motivos de seguridad: Jean Kimba.

Mucho antes de las elecciones, dos de sus auxiliares,

que, mientras estudiaban en Europa, habían sido descubiertos por los rusos —al advertir su presencia en manifestaciones anticoloniales callejeras— y que habían aceptado becas para terminar sus estudios en la Universidad «Patricio Lumumba», de las afueras de Moscú, salieron secretamente de Zangaro y se trasladaron en avión a Europa. Se habían entrevistado con emisarios de Moscú y recibido, como resultado de sus conversaciones, cierta suma de dinero y muchos consejos de carácter práctico.

Gracias a este dinero, Kimba y sus hombres formaron patrullas de matones políticos, reclutados entre los vindúes, prescindiendo por completo de la minoría caya. Las patrullas políticas pusieron manos a la obra en las tierras del interior, donde no había Policía. Varios agentes de los partidos rivales acabaron de mala manera, y las patrullas visitaron a todos los jefes de clan de los vindúes.

Después de varias ejecuciones en la hoguera y de vaciar los ojos a unos cuantos, los jefes de clan captaron el mensaje. Cuando llegaron las elecciones, estos jefes, partiendo de la sencilla y convincente lógica de que hay que hacer lo que exige el hombre con poder bastante para ejercer dolorosas represalias, ordenaron a los suyos que votasen por Kimba. Este obtuvo una clara mayoría entre los vindúes, y el total de votos a su favor superó el de las fuerzas combinadas de la oposición y los cayas. Contribuyó también a esto el hecho de que el

número de electores vindúes había sido casi doblado, al pretender los jefes de las aldeas que vivían en éstas más personas de las que había en realidad. El rudimentario censo confeccionado por los funcionarios coloniales se fundaba en las declaraciones de los jefes relativas a la población de sus aldeas.

La potencia colonial se había equivocado de medio a medio. En vez de seguir el ejemplo francés y asegurarse de que su protegido colonial ganase las primeras y vitales elecciones, para firmar después un tratado de mutua defensa que permitiera a una compañía de paracaidistas blancos mantener perpetuamente en el poder al Presidente prooccidental, había dejado ganar a su peor enemigo. Un mes después de las elecciones, Jean Kimba fue instituido primer Presidente de Zangaro.

Después, todo siguió el rumbo tradicional. Los otros cuatro partidos fueron disueltos como «fuerzas facciosas», y, más tarde, se detuvo a sus cuatro jefes bajo acusaciones amañadas. Los cuatro fueron torturados y murieron en la cárcel después de transferir los fondos de sus respectivos partidos al libertador Kimba. El Ejército y las fuerzas de Policía coloniales fueron conminados a salir del país en cuanto hubo una apariencia de Ejército exclusivamente vindú. Los soldados cayas, que habían constituido casi toda la gendarmería en la época colonial, fueron licenciados simultáneamente y embarcados en seis camiones que

los llevarían a casa. Pero, al salir de la capital, los camiones se dirigieron a un lugar apartado, a orillas del río Zangaro, donde abrieron fuego las ametralladoras. Así terminaron los soldados cayas.

Los policías y los aduaneros, cayas en su mayoría, pudieron quedarse en la capital, pero después de vaciar sus armas y de quitarles las municiones. El poder pasó al Ejército vindú, y empezó el reinado del terror. Este período de transición duró dieciocho meses. Se confiscaron las tierras, bienes y negocios de los colonizadores, y la economía inició una continua marcha descendente. Ningún vindú estaba en condiciones de regir, con relativa eficacia, las pocas empresas que había en la República, y las fincas eran invariablemente cedidas a los partidarios de Kimba. Al marcharse los súbditos de la antigua potencia colonial, llegaron unos cuantos técnicos de las Naciones Unidas para dirigir las actividades más esenciales; pero los excesos que hubieron de presenciar fueron causa de que, más pronto o más tarde, pidiesen a sus Gobiernos que los relevaran de sus cargos.

Después de unos cuantos escarmientos rápidos y cruentos, los timoratos cayas se sometieron sin condiciones; e incluso allende el río, en territorio vindú, varios jefes que se atrevieron a recordar las promesas de las elecciones, fueron salvajemente castigados. Después de lo cual, los vindúes se encogieron de hombros y volvieron a su selva. Nunca les había afectado en lo más

mínimo lo que pasaba en la capital; por consiguiente, era natural que se encogiesen de hombros. Kimba y su grupo de partidarios, respaldados por el Ejército vindú y por los inquietos y peligrosos adolescentes que constituían el movimiento juvenil del Partido, siguieron gobernando en Clarence para su exclusivo beneficio.

Algunos de los métodos empleados para conseguir tales beneficios eran sencillamente inconcebibles. El informe de Simon Endean citaba un caso en que Kimba, indignado porque no recibía su participación en un negocio, detuvo y metió en la cárcel al comerciante europeo que intervenía en el asunto, y envió un emisario a la esposa de éste, para anunciarle que recibiría por correo las orejas y los dedos de las manos y los pies de su marido, si no pagaba determinado rescate. Una carta de su encarcelado marido confirmaba la amenaza, en vista de lo cual, la mujer recogió medio millón de dólares entre los socios de la empresa, y pagó. El hombre fue puesto en libertad, pero su Gobierno, temeroso del revuelo que podían armar los negros Africanos en las Naciones Unidas, le exigió que guardase silencio. La Prensa no supo nada de ello. En otra ocasión, dos súbditos de la antigua potencia colonial fueron detenidos y apaleados en el que había sido cuartel de la Policía Colonial, convertido ahora en cuartel del Ejército. Fueron liberados cuando el ministro de Justicia recibió una importante cantidad, parte de la cual fue a parar, naturalmente, al bolsillo de

Kimba. Su delito había consistido en no saludar cuando pasaba el coche de Kimba.

Durante los cinco primeros años de independencia, todos los posibles adversarios de Kimba fueron eliminados o desterrados, y estos últimos podían considerarse afortunados. Como resultado de ello, la República se había quedado sin médicos, ingenieros y demás personal calificado. Anteriormente eran ya muy pocos, y Kimba sospechaba que todos los hombres instruidos eran adversarios en potencia.

Con los años, había contraído un miedo de tipo psíquico al asesinato, y por eso no salía nunca del país. Raras veces abandonaba su palacio, y cuando lo hacía, llevaba una imponente escolta. Había hecho requisar todas las armas de fuego, incluidos los rifles y escopetas de caza, agravando con ello la falta de alimentos proteínicos. Se había prohibido la importación de cartuchos y pólvora negra, y así, los cazadores vindúes del interior, que acudían eventualmente a la costa a comprar la pólvora necesaria para cazar, tenían que volverse de vacío y colgar en sus chozas las inútiles escopetas. Incluso estaba prohibido llevar machetes dentro del recinto de la ciudad. La infracción de esta prohibición podía castigarse con la muerte.

Cuando hubo digerido el largo informe, estudiado las fotografías de la capital y del palacio de Kimba, y

observado minuciosamente los mapas, sir James Manson llamó de nuevo a Simon Endean. Este sentía una curiosidad creciente por el interés de su jefe en la oscura República, y había preguntado a Martin Thorpe, que ocupaba un despacho contiguo al suyo en el piso noveno, la causa de tanto interés. Thorpe se había limitado a sonreír y a golpearse un lado de la nariz con el índice estirado.

Thorpe tampoco estaba completamente seguro, pero creía adivinarlo. Ambos eran lo bastante inteligentes para no hacer preguntas cuando a su jefe se le metía una idea en la cabeza y pedía información.

Cuando Endean compareció ante su superior, a la mañana siguiente, éste se hallaba en su posición predilecta, junto a la ventana cristalera del ático, mirando a la calle, donde corrían los pigmeos, afanosos, detrás de sus asuntos.

—Necesito saber dos cosas más, Simon —dijo sir James Manson, sin preámbulos, y volvió a su mesa, donde estaba el informe de Endean—. Menciona usted cierta agitación producida en la capital, hace seis o siete semanas. Otra persona que estuvo aquí se refirió al mismo suceso. Dijo que había circulado el rumor de un intento de asesinato de Kimba. ¿Qué ocurrió en realidad?

Endean respiró aliviado. También él había oído esta historia, aunque la consideró demasiado insignificante para incluirla en el informe.

—Cada vez que el Presidente tiene una pesadilla, se producen detenciones y circulan rumores sobre un atentado contra su vida —dijo Endean—. Normalmente sólo significa que necesita un pretexto para detener y ejecutar a alguien. En este caso, la víctima fue, a finales de enero, el jefe del Ejército, coronel Bobi. Me dijeron, confidencialmente, que las desavenencias entre los dos hombres se habían debido a que Kimba consideraba pequeña la tajada que le correspondía en las exacciones ilegales practicadas por Bobi. Había llegado un cargamento de drogas y medicamentos para el hospital de las Naciones Unidas. El Ejército las había intervenido en el muelle y robado la mitad. Bobi era el responsable de esta acción, y la parte robada del cargamento fue vendida en el mercado negro. Sin duda, Kimba se enteró de la venta. En todo caso, el jefe del hospital de las Naciones Unidas, al protestar ante Kimba y presentar su dimisión, mencionó el valor real de la mercancía que faltaba. Era mucho más de lo que Bobi le había dicho a Kimba.

»El Presidente se puso furioso y envió a varios miembros de su guardia personal en busca de Bobi. Estos, en el curso de la búsqueda, saquearon la ciudad y detuvieron a cuantos les vino en gana.

—¿Qué fue de Bobi? —preguntó Manson.

—Huyó. Salió en un jeep en dirección a la frontera. Para cruzarla, abandonó el jeep y se adentró en la jungla, pasando por detrás del puesto de control.

—¿A qué tribu pertenece?

—Aunque parezca extraño, es mestizo. Medio vindú y medio caya, fruto, probablemente, de una incursión de los vindúes en una aldea caya, cuarenta años atrás.

—¿Pertenece al nuevo Ejército de Kimba o a las antiguas tropas coloniales? —preguntó Manson.

—Era cabo de la gendarmería colonial, donde debió de adquirir alguna instrucción rudimentaria. Lo expulsaron, antes de la independencia, por embriaguez e insubordinación. Cuando Kimba subió al poder, lo llamó inmediatamente, porque necesitaba un hombre que al menos supiese distinguir el cañón de un fusil de su culata. En los tiempos coloniales, Bobi alardeaba de su sangre caya; pero, cuando Kimba subió al poder, hizo la protesta de ser vindú de pies a cabeza.

—¿Por qué lo buscó Kimba? ¿Era uno de sus primitivos partidarios?

—En el momento en que Bobi advirtió de dónde soplaba el viento, se presentó a Kimba y le juró eterna lealtad. Con esto demostró ser más listo que el gobernador colonial, el cual no creyó que Kimba había ganado las elecciones hasta que las cifras se lo demostraron. Kimba aceptó a Bobi e incluso le nombró jefe supremo del Ejército, pues consideró conveniente que un medio caya se encargara de las represalias contra sus adversarios cayas.

—¿Cómo es? —preguntó Manson, pensativo.

—Un matón extraordinario —dijo Endean—. Un

gorila humano. Con poco seso, pero con cierta astucia animal. La disputa entre los dos hombres fue sólo una cuestión de reparto de botín.

—Pero se educó en Occidente —insistió Manson—. No será comunista, ¿eh?

—No, señor. No es comunista. Es apolítico.

—¿Y sobornable? ¿Se vendería por dinero?

—Desde luego. Supongo que vive modestamente. No pudo sacar gran cosa de Zangaro. Sólo el Presidente ha podido llenarse los bolsillos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Manson.

—No lo sé, señor. Vive en el destierro, en alguna parte. —Bien —concluyó Manson—. Averigüe su paradero, dondequiera que esté.

Endean asintió con la cabeza.

—¿Debo visitarle?

—Todavía no —dijo Manson—. Pero hay otra cuestión. Su informe es bueno, muy completo, salvo en un detalle. El aspecto militar. Quiero una información completa sobre las medidas de seguridad militar dentro y fuera del palacio del Presidente, y en la capital. Número de soldados, policías y guardaespaldas del Presidente; dónde están acuartelados; cuál es su valor, su grado de instrucción y su experiencia; la resistencia que opondrían si fuesen atacados; las armas de que disponen, y su habilidad en el manejo de las mismas; importancia de las reservas y situación del arsenal; emplazamiento de todos sus puestos de vigilancia; si

poseen tanques y artillería; si los rusos se encargan de la instrucción de los soldados; si hay campamentos de fuerzas de choque fuera de Clarence; en fin, todo lo que pueda averiguar.

Endean miraba a su jefe, profundamente asombrado. La frase «si fuesen atacados» se había grabado en su mente. ¿Qué diablos se proponía *el Viejo*? Pero su rostro permaneció impasible.

—Esto requeriría una visita personal, sir James.

—De acuerdo. ¿Tiene un pasaporte que no esté a su nombre?

—No, señor. De todos modos, yo sería incapaz de suministrarle esta información. Requiere un profundo conocimiento de los asuntos militares, y también de las tropas Africanas. Yo era aún demasiado joven para ingresar en el Servicio Nacional. No sé nada de ejércitos ni de armas.

Manson estaba de nuevo junto a la ventana, contemplando la City.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Necesitaría un soldado para que me facilitara esa información.

—Bueno, sir James, no creo que ningún soldado se aviniese a llevar a cabo semejante misión. Por mucho que le pagaran. Además, constaría su profesión en el pasaporte. ¿Dónde podríamos encontrar un militar dispuesto a ir a Clarencé y procurarse esa clase de informes?

—Los hay —afirmó Manson—. Son los llamados

mercenarios. Luchan por quien les paga, con tal de que les pague bien. Y yo estoy dispuesto a hacerlo. Búsqüeme un mercenario resuelto e inteligente. El mejor de Europa.

Cat Shannon yacía en su cama de un pequeño hotel de Montmartre, contemplando el humo de su cigarrillo, que subía en espiral. Estaba aburrído. En las semanas transcurridas desde su regreso de África, se había gastado la mayor parte de sus ahorros viajando por Europa en busca de otro trabajo.

En Roma había visitado una Orden de religiosos católicos amigos suyos, con vistas a ir al sur del Sudan para construir una pista de aterrizaje a fin de poder enviar comida y suministros médicos. Sabía que tres grupos independientes de mercenarios operaban en el sur del Sudán, ayudando a los negros en su guerra civil contra los árabes del norte. En Bahr-el-Gazar, otros dos mercenarios británicos, Ron Gregory y Rip Kirby, dirigían una pequeña operación de las tribus dinka, consistente en minar las carreteras empleadas por el Ejército sudanés para destruir sus tanques ingleses «Saladino». En el sur, en la provincia ecuatorial, Rolf Steiner tenía un campamento aparentemente destinado a adiestrar a los indígenas en el arte de la guerra; pero hacía meses que no se sabía nada de él. En el Alto Nilo, hacia el este, había un campamento mucho más eficaz,

donde cuatro israelíes adiestraban a los indígenas y los equipaban con armamento soviético, procedente del capturado por los israelíes a los egipcios en 1967. La guerra en las tres provincias del sur del Sudán mantenía ocupado al grueso del Ejército sudanés y de las Fuerzas Aéreas, de modo que cinco escuadrillas de caza egipcias se mantenían en los alrededores de Jartum y no podían enfrentarse con los israelíes en el Canal de Suez.

Shannon había visitado la Embajada israelí en París y hablado durante cuarenta minutos con el agregado militar. Este le escuchó amablemente, le dio amablemente las gracias y lo despidió con la misma amabilidad. Lo único que podía decirle el oficial era que no había consejeros israelíes en el bando rebelde del sur del Sudán y que, por consiguiente, no necesitaban su ayuda. Shannon tenía la seguridad de que la conversación había sido registrada en cinta magnetofónica y enviada a Tel Aviv, pero dudaba de que volviesen a hablarle del asunto. Confesaba que los israelíes eran excelentes luchadores y poseían un buen servicio secreto, pero pensaba que nada sabían del África negra y marchaban al fracaso en Uganda y, probablemente, en otros lugares.

Dejando aparte el Sudán, había poco que ofrecer. Cierto que circulaban rumores de que la CIA estaba reclutando mercenarios para adiestrar a los meos anticomunistas en Camboya, y de que algunos jeques del Golfo Pérsico estaban hartos de depender de los

consejeros militares británicos y buscaban mercenarios que sólo dependiesen de ellos. Se decía que se buscaban hombres dispuestos a luchar por los jeques en el territorio del interior o a velar por la seguridad del palacio. Pero Shannon dudaba de todas estas historias; en primer lugar, la CIA le inspiraba tanta confianza como una patada en la espinilla, y los jeques árabes no eran mucho más de fiar en lo tocante a sus intenciones.

Fuera del Golfo, de Camboya y del Sudán, había pocas oportunidades y ninguna guerra buena. En realidad, preveía una fea ruptura de la paz en un futuro próximo. Esto le brindaba la posibilidad de trabajar como guardaespaldas de algún traficante de armas europeo, y lo cierto era que uno de éstos le había buscado ya en París, pues se sentía amenazado y necesitaba a alguien que le protegiese bien.

Al enterarse de que Shannon estaba en la ciudad, y conociendo su resolución y su destreza, le había enviado a un emisario con una proposición. Aunque no la había rechazado de plano, la oferta no atraía mucho a Cat. El traficante se hallaba en apuros por su propia estupidez; el caso era que había enviado un cargamento de armas a los Provisionales del IRA y después había dado el soplo a los ingleses acerca del lugar del desembarco. Se habían practicado varias detenciones, y los provos se enfadaron. Después, los organismos de seguridad de Belfast se habían ido de la lengua, y los provos se pusieron furiosos. El principal objetivo de tener un

guardaespaldas es asustar a los adversarios hasta que se calmen los ánimos y se olvide el asunto. La presencia armada de Shannon habría sido suficiente para alejar a la mayoría de los profesionales, deseosos de conservar la vida; pero los provos eran perros rabiosos y, probablemente, no tendrían el buen criterio de despejar el campo. Por consiguiente, habría lucha, y a la Policía francesa no le gustaría ver fenianos ensangrentados en sus calles. Además, como él era protestante del Ulster, nunca creerían que Shannon sólo estaba efectuando un trabajo. Sin embargo, la oferta seguía en pie.

Habían pasado ya diez días del mes de marzo, pero el tiempo seguía húmedo y frío, con lloviznas y lluvias diarias, y el ambiente de París no era nada acogedor. En París, tenía que hacer buen tiempo para salir a la calle, y los lugares cerrados costaban mucho dinero. Shannon administraba lo mejor que podía los dólares que le quedaban. Por consiguiente, había dejado su número de teléfono a una docena de personas, por si oían algo que pudiese interesarle, y se dedicaba a leer novelas baratas en la habitación de su hotel.

Ahora estaba tumbado en la cama, mirando al techo y pensando en su casa. En realidad, él no tenía ningún hogar, pero, a falta de una definición mejor, seguía considerando como tal la región de salvajes matorrales y árboles raquíticos que se extienden sobre la línea divisoria de Tyrone y Donegal.

Había nacido y se había criado cerca del pueblecito

de Castlederg, situado en County Tyrone, pero junto a la linde de Donegal. La casa de sus padres estaba a un kilómetro y medio del pueblo, en una vertiente que miraba al oeste y correspondía a Donegal.

Llamaban Donegal a un condado que hubiérase dicho que Dios se había olvidado de terminar, y los pocos árboles que crecían en él estaban inclinados hacia el este, constantemente batidos por los vientos del Atlántico norte.

Su padre había tenido allí una fábrica de lino que producía la ropa blanca más fina de Irlanda, y había sido considerado, en cierto modo, como el señor de la zona. Era protestante, mientras que la mayoría de los obreros y los agricultores locales eran católicos; y como en el Ulster existe una verdadera separación entre ambos grupos, el pequeño Carlo no había tenido otros niños con quienes jugar. En un país de caballos, éstos habían sido sus amigos. Sabía montar a caballo antes de aprender a ir en bicicleta; a los cinco años, tenía un pony de su exclusiva propiedad, y aún recordaba los días en que cabalgaba hasta el pueblo para comprar medio penique de helado en la confitería del viejo Sam Gailey.

A los ocho años, su madre, que era inglesa y procedía de una familia acomodada, había querido que fuese a un pensionado de Inglaterra. Y, así, durante los diez años siguientes, habría aprendido a ser un verdadero inglés y perdido el acento del Ulster, tanto en

su lenguaje como en su comportamiento. En los períodos de vacaciones, volvía a casa, a sus marismas y a sus caballos; pero, como no conocía a chicos de su edad en Castlederg, eran unas vacaciones tan solitarias como saludables, consistentes principalmente en largas galopadas bajo el viento.

Sus padres habían muerto en un accidente de automóvil en la carretera de Belfast, cuando él tenía veintidós años y era sargento de Royal Marines. Había vuelto a casa para el entierro, muy elegante con su negro cinturón y sus polainas, y luciendo la boina verde de los comandos. Después aceptó una oferta que le hicieron por la vieja y casi arruinada fábrica, cerró la casa y regresó a Portsmouth.

Hacía de esto once años. Había continuado sirviendo en los Marines hasta el término de su contrato de cinco años, y, al volver a la vida civil, había andado de un lado para otro buscando trabajo, hasta que le ofrecieron un empleo de escribiente en una casa comercial londinense que tenía grandes intereses en África. Durante su año de prueba en Londres, había aprendido la embrollada estructura de la compañía, con su tráfico y operaciones bancarias, y sus maniobras con sociedades *holding*, y había descubierto la importancia de tener una cuenta secreta en Suiza. Después de este año en Londres, fue nombrado subdirector de la sucursal de Uganda, de donde se largó un día sin decir palabra, para marchar al Congo. Y, durante los seis

últimos años, había llevado la vida propia del mercenario, y a veces del delincuente, considerado como soldado de alquiler, en el mejor de los casos, y como asesino a sueldo, en el peor. Lo malo era que cuando se le conocía a uno como mercenario, ya no tenía manera de volver atrás. Y no era que no se pudiese conseguir un empleo en una empresa de negocios; esto podía hacerse, por sorpresa, o incluso empleando un nombre supuesto. En último término, siempre podía obtenerse trabajo como conductor de camión, guardián o simple obrero, si las cosas se ponían mal. El verdadero problema estribaba en aguantar, en permanecer sentado en una oficina a las órdenes de un hombrecillo vestido de gris y mirar por la ventana y recordar la selva, las oscilantes palmeras, el olor a sudor y a pólvora, los gruñidos de los hombres empujando los jeeps para cruzar los ríos, el escalofrío del miedo antes del ataque y la salvaje y cruel alegría de seguir viviendo después. Recordar, y volver al papeleo y a los viajes de ida y vuelta en el tren de cercanías: esto sí que era imposible. Sabía que se pudriría por dentro si llegaba un día a esta situación. Porque África le pica a uno como la mosca tse-tsé, y, cuando la droga se ha filtrado en su sangre, ya no hay manera de expulsarla.

Siguió, pues, tumbado en la cama, fumando y preguntándose de dónde le vendría su próximo empleo.

Capítulo V

Simon Endean sabía que tenía que haber en Londres una manera de descubrir cualquier cosa que fuese conocida por alguien, comprendidos el nombre y dirección de un mercenario de primera clase. El único problema consistía en saber por dónde había que empezar y a quién había que preguntar.

Después de una hora de reflexión, mientras tomaba café en su despacho, salió y tomó un taxi para dirigirse a Fleet Street. A través de un amigo que trabajaba en la redacción de uno de los diarios más importantes de Londres, pudo llegar al archivo de recortes periodísticos y pedir al archivero los legajos que deseaba estudiar. Durante las dos horas que siguieron, buscó en los ficheros todos los artículos periodísticos ingleses referentes a la actividad de los mercenarios en los últimos diez años. Había artículos sobre Katanga, el Congo, Yemen, Vietnam, Camboya, Laos, Sudán, Nigeria y Ruanda; noticias, comentarios, editoriales, gacetillas y fotografías. Lo leyó todo, prestando atención especial a los nombres de quienes lo habían escrito.

De momento, no buscaba el nombre de un mercenario. En todo caso, había allí demasiados nombres, seudónimos, *noms de guerre*, y apodos, y tenía la seguridad de que algunos de ellos eran falsos. Buscaba el nombre de un experto en mercenarios, de un

escritor o reportero cuyos artículos pareciesen lo bastante documentados para saber que el periodista conocía bien el tema, podía descubrir la verdad en el laberinto de manifestaciones contradictorias y pretendidas hazañas, y emitir un juicio equilibrado. Después de dos horas de trabajo, creyó haber encontrado el nombre que buscaba, aunque jamás había oído hablar del hombre que lo llevaba.

En los tres últimos años había tres artículos firmados por el mismo autor, probablemente inglés o americano. El hombre parecía conocer el tema a fondo, y mencionaba mercenarios de seis nacionalidades distintas, sin excederse jamás en sus alabanzas ni dar a sus hazañas ese tono sensacionalista que pone los pelos de punta. Endean anotó su nombre y el de los tres periódicos que habían publicado los artículos, circunstancia que parecía indicar que el autor trabajaba por su cuenta.

Gracias a una segunda llamada telefónica a su amigo periodista, supo la dirección del escritor. Vivía en un pisito del norte de Londres.

Había anochecido ya cuando Endean salió del edificio «ManCon» y, sacando su «Corvette» del aparcamiento subterráneo, se dirigió hacia el norte, en busca del piso del periodista. Cuando llegó, las luces estaban apagadas y nadie respondió a su llamada. Endean esperó que el hombre no hubiese marchado al extranjero, y así se lo confirmó la mujer del piso bajo. Se

alegró de que la casa no fuese grande ni lujosa, y confió en que no le vendría mal al reportero un imprevisto puñado de billetes, cosa que suele ocurrir a los que escriben por su cuenta. Resolvió volver a la mañana siguiente.

Justo después de las ocho de la mañana, Simon Endean pulsó el botón correspondiente al piso del escritor, y, al cabo de medio minuto, una voz dijo «¿Sí?» a través de la rejilla metálica del portal.

—Buenos días —dijo Endean, hablando también a través de la rejilla—. Me llamo Harris. Walter Harris. Soy un hombre de negocios. ¿Podría hablar un momento con usted?

La puerta se abrió, y Endean subió al cuarto piso, en una de cuyas puertas le esperaba el hombre a quien deseaba ver. Cuando se hubieron sentado en el cuarto de estar, Endean fue directamente al grano.

—Soy un hombre de negocios de la City —mintió tranquilamente—. En cierto modo, represento a un consorcio de amigos con intereses comunes: todos tenemos negocios en un Estado de África Occidental.

El escritor asintió con la cabeza, con aire cansado y sorbiendo su café.

Recientemente, han llegado hasta nosotros crecientes rumores sobre la posibilidad de un *coup d'État*. El Presidente es un hombre moderado y bastante

razonable, dentro del actual estado de cosas allá abajo, y goza de popularidad entre sus súbditos. Uno de los hombres que trabajan para uno de mis amigos le ha informado de que, si se produce el golpe, éste será apoyado por los comunistas. ¿Comprende usted?

—Sí. Prosiga.

—Bueno, se tiene la impresión de que sólo una pequeña Parte del Ejército secundaría un golpe de Estado, a menos que la rapidez del hecho sembrase la confusión entre los soldados, dejándolos sin jefe. En otras palabras, si se produjese un *fait accompli*, el grueso del Ejército podría avenirse a participar, al menos al darse cuenta de que el golpe había triunfado. En cambio, si éste se produjese y fracasara en parte, estamos seguros de que el grueso del Ejército apoyaría al Presidente. Como debe usted saber, la experiencia demuestra que las más cruciales son las veinte horas que siguen al golpe de Estado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —preguntó el escritor.

—A ello voy —dijo Endean—. La impresión general es que, para que triunfase el golpe, los conjurados tendrían que asesinar primero al Presidente. Mientras éste viva, el golpe fracasará, o no se intentará siquiera, y todo irá bien. Por consiguiente, la seguridad del palacio es vital, y cada día lo es más. Hemos hablado con algunos amigos del Ministerio de Asuntos Exteriores, y éstos piensan que no sería oportuno enviar

a un oficial británico para establecer medidas de seguridad en y alrededor del palacio presidencial.

—¿Sí?

El escritor tomó un nuevo sorbo de café y encendió un cigarrillo. Su interlocutor le parecía muy escurridizo, demasiado escurridizo.

—Por consiguiente, el Presidente estaría dispuesto a contratar un soldado profesional para que le aconsejase sobre todas las cuestiones de seguridad con referencia a su persona. Está buscando a un hombre que pueda trasladarse allí, realizar un estudio completo del palacio y de todos sus sistemas de seguridad, y tapar los boquetes que puedan existir. Creo que estos hombres, soldados adiestrados pero que no luchan necesariamente bajo la bandera de su propio país, reciben el nombre de mercenarios.

El periodista asintió varias veces con la cabeza. Estaba seguro de que la historia del llamado Harris estaba muy lejos de la verdad. En primer lugar, si lo que realmente se pretendía era la seguridad del palacio, el Gobierno británico no se habría negado a proporcionar un experto que pudiese aconsejar al Presidente acerca de la pretendida mejora. Además, había, en el número 22 de Sloan Street de Londres, una empresa denominada «Watchguard International» cuya especialidad era precisamente ésta.

Así lo hizo observar a Harris en pocas palabras. Pero éste no pareció turbarse lo más mínimo.

—Bueno —dijo—, ya veo que tendré que ser un poco más franco.

—Será mejor —dijo el escritor.

—Lo cierto es que el Gobierno de Su Majestad estaría quizá dispuesto a enviar un experto, sólo como consejero; pero, si su consejo incluyera una instrucción intensiva de las tropas de seguridad del palacio, no sería posible, políticamente hablando, que lo hiciese un inglés enviado por el Gobierno. Lo propio sucederla si el Presidente quisiera dar al nombre un puesto más permanente en su Estado Mayor. En cuanto a la «Watchguard», podría servir uno de los agentes, de su ex Servicio Aéreo Especial; pero si éste figurase entre el personal de la guardia del palacio y se intentara el golpe a pesar de su presencia, tendría que combatir. Y ya sabe usted la impresión que esto produciría en los otros Africanos, la mayoría de los cuales consideran que los hombres de «Watchguard» dependen en cierto modo del Ministerio de Asuntos Exteriores. En cambio, un hombre independiente, aunque fuese menos respetable, sería, al menos, comprensible, sin exponer al Presidente a ser tildado de instrumento de los viejos y sucios imperialistas.

—Entonces, ¿qué quiere usted? —preguntó el escritor.

—El nombre de un buen soldado mercenario —respondió Endean—. Un hombre inteligente y resuelto que sepa ganar su dinero.

—¿Y por qué ha acudido a mí?

—Uno de los de nuestro grupo recordó su nombre, por haberlo visto en un artículo que escribió usted hace unos meses. Un artículo muy documentado.

—Yo escribo para vivir —dijo el hombre.

Endean sacó delicadamente 200 libras del bolsillo, en billetes de a diez, y las depositó sobre la mesa.

—Entonces, escriba para mí —dijo.

—¿Qué? ¿Un artículo?

—No; unas notas. Una lista de nombres, con su historial. También puede decírmelo de palabra, si lo prefiere.

—Lo escribiré —dijo el periodista.

Se dirigió a un rincón, en que su mesa, una máquina de escribir y un montón de cuartillas en blanco componían la zona de trabajo de su sencillo pisito. Puso una hoja en la máquina, consultó de vez en cuando un fichero colocado al lado de la mesa, y escribió durante cincuenta minutos. Cuando hubo terminado, se acercó a Endean y le tendió tres cuartillas escritas.

Son los mejores que hay actualmente por ahí; veteranos del Congo, seis años atrás, y nuevos valores que han surgido últimamente. No he incluido a los que no considero capaces de mandar con eficacia una patrulla. Creo que un hombre simplemente duro no les sería de ninguna utilidad.

Endean tomó las cuartillas y las leyó atentamente.

Decían así:

Coronel Lamouline. — Belga, probablemente a las órdenes del Gobierno. Llegó al Congo en 1964, en tiempos de Moisé Tshombé. Probablemente con plena aprobación del Gobierno belga. Soldado de primera clase, no un verdadero mercenario en el sentido estricto de la palabra. Organizó el Sexto Comando (de habla francesa) y lo mandó hasta 1965, en que lo transfirió a Denard y se marchó.

Robert Denard. — Francés. Había sido policía, no militar. Estuvo en Katanga durante la secesión, en 1961-1962, probablemente como consejero de la gendarmería. Se marchó después del fracaso de la secesión y el destierro de Tshombé. Dirigió una operación mercenaria francesa en el Yemen, por cuenta de Jacques Foccart. Volvió al Congo en 1964, y se unió a Lamouline. Mandó el Sexto Comando al marcharse Lamouline, hasta 1967. Tomó parte, a regañadientes, en la segunda revuelta de Stanleyville (motín de los mercenarios), en 1967. Gravemente herido en la cabeza por un rebote de bala de sus propias tropas. Marchó en avión a Rhodesia, para ser curado. Trató de volver, organizando en noviembre de 1967 la invasión mercenaria del Congo desde el sur de Dilolo. La operación se retrasó, según dicen algunos, por sobornos de la CIA, y fue un fracaso cuando se produjo. Desde entonces, vive en París.

Jacques Schramme. — Belga. Plantador convertido en mercenario. Apodo *Black Jack*. Formó su propia unidad katanguéna, a primeros de 1961, y desempeñó un importante papel en el intento de secesión de Katanga. Uno de los últimos en huir a Angola al fracasar la secesión, llevándose consigo a sus katanguéños. Esperó en Angola el regreso de Tshombé, y marchó de nuevo a Katanga. Durante la guerra de 1964-1965 contra los rebeldes simbas, su 10º Comando actuó de modo más o menos independiente. Provocó la primera revuelta de Stanleyville en 1966 (motín katanguéno), y su fuerza mixta mercenaria katanguéna quedó intacta. En 1967, dirigió el motín de Stanleyville, al que se unió más tarde Denard. Asumió el mando total al caer herido Denard y dirigió la marcha a Bukavu. Repatriado en 1968, no ha vuelto a actuar como mercenario.

Roger Faulques. — Oficial de carrera francés, poseedor de muchas condecoraciones. Enviado probablemente por el Gobierno francés a Katanga durante la secesión. Más tarde, fue superior de Denard, al dirigir éste la operación francesa en el Yemen. No intervino en operaciones mercenarias en el Congo. Dirigió una pequeña operación por cuenta de los franceses en la guerra civil de Nigeria. Extraordinariamente bravo, pero casi inválido a causa de heridas sufridas en combate.

Mike Hoare. — Inglés convertido en sudafricano. Actuó como consejero mercenario en la secesión de Katanga y llegó a ser amigo personal de Tshombé. Invitado a volver al Congo, en 1964, cuando Tshombé volvió al poder, formó el 5.º Comando de habla inglesa. Lo mandó durante casi toda la guerra contra los simbas, retirándose en diciembre de 1965 y pasando el mando a Peters. Es rico y está casi retirado.

John Peters. — Se unió a Hoare en 1964, en la primera guerra mercenaria. Ascendió hasta segundo jefe. Temerario y despiadado. Varios oficiales al servicio de Hoare se negaron a actuar bajo el mando de Peters y pidieron el traslado o abandonaron el 5º Comando. Se retiró, rico, a finales de 1966.

N.B. — Estos seis hombres pertenecen a la que llamo «vieja generación», tanto más cuanto que fueron los primeros que adquirieron renombre en las guerras de Katanga y del Congo. Los cinco siguientes son más jóvenes, a excepción de Roux, que tiene unos cuarenta y cinco años y todos ellos pueden considerarse como «joven generación», puesto que ocuparon puestos subalternos en el Congo o se dieron a conocer después.

Rolf Steiner. — Alemán. Empezó a actuar como mercenario en el grupo organizado por Faulques que intervino en la guerra civil de Nigeria. Permaneció allí

y mandó los restos del grupo durante nueve meses. Despedido. Después se marchó al sur del Sudán.

George Schroeder. — Sudafricano. Estuvo al servicio de Hoare y Peters en el 5.º Comando, en el Congo. Destacó en el continente sudafricano de esta unidad. Elegido como jefe, por sus soldados, después de Peters. Peters accedió y le entregó el mando. Unos meses más tarde, el 5.º Comando fue disuelto. Desde entonces, no se ha sabido más de él. Vive en África del Sur.

Charles Roux. — Francés. Infima graduación durante la secesión de Katanga. Se marchó pronto y pasó a África del Sur, vía Angola. Pasó una temporada allí, y volvió con un grupo de sudafricanos para luchar a las órdenes de Hoare en 1964. Se peleó con Hoare y se unió a Denard. Fue ascendido y trasladado a la unidad subsidiaria del 6º Comando —el 14.º Comando— como segundo jefe. En 1966, participó en la revuelta katanguense de Stanleyville, donde su unidad fue casi totalmente aniquilada. Peters le facilitó la salida del Congo. Volvió en avión con varios sudafricanos y se unió a Schramme en mayo de 1967. También participó en la revuelta de Stanleyville de ese mismo año. Después de caer herido Denard, fue propuesto para el mando de los 10.º y 6.º Comandos, ahora agrupados. Fracasó. Herido durante un tiroteo en Bukavu, se

marchó y volvió a casa por Kigali. Inactivo desde entonces. Vive en París.

Carlo Shannon. — Inglés. Sirvió en el 5.^o a las órdenes de Hoare, en 1964. Se negó a hacerlo a las órdenes de Peters. Transferido a la unidad de Denard en 1966, ingresó en el 6.^o. Sirvió bajo el mando de Schramme en la marcha a Bukavu. Luchó durante todo el asedio. Repatriado con los últimos, en abril de 1968. Se presentó voluntario en la guerra de Nigeria, donde sirvió bajo el mando de Steiner. Se hizo cargo de los restos del grupo después del despido de Steiner, en noviembre de 1968. Siguió ejerciendo el mando hasta el fin. Se cree que está en París.

Lucien Brun. — Alias *Paul Leroy*. Francés, aunque habla perfectamente el inglés. Sirvió como oficial del Ejército francés en la guerra de Argelia. Licenciado a su debido tiempo. Hallándose en África del Sur, en 1964, se alistó voluntario para ir al Congo. Al llegar allí con su unidad sudafricana, se incorporó al 5.^o Comando de Hoare. Luchó bien y fue herido a finales de 1964. Regresó en 1965. Se negó a servir bajo el mando de Peters, y, a primeros de 1966, fue trasladado al 6.^o de Denard. Salió del Congo en el mes de mayo de 1966, presintiendo la revuelta que se avecinaba. Sirvió a las órdenes de Faulques en la guerra civil de Nigeria. Fue herido y repatriado. Volvió y trató de formar un

Comando propio. Fracasó. Repatriado en 1968. Vive en París. Muy inteligente y también muy entendido en política.

Cuando hubo terminado, Endean levantó la cabeza.

—¿Estarían esos hombres disponibles para una tarea como la que le he indicado? —preguntó.

El escritor movió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Yo he anotado todos los que son capaces de desempeñarla. Si están dispuestos o no, es harina de otro costal. Dependería de la importancia del trabajo, del número de hombres que estuvieran bajo su mando. Para los viejos, es una cuestión de prestigio. Y también dependerá de la necesidad que tengan de trabajar. Algunos de ellos están más o menos retirados y en buena posición económica.

—Señálelos, uno a uno —le pidió Endean.

El escritor se inclinó sobre el papel y pasó un dedo por la lista.

—Empecemos por la vieja generación. Con Lamouline, no hay nada que hacer. Virtualmente estuvo siempre al servicio de la política del Gobierno belga; un veterano de pelo en pecho, venerado por sus hombres. Ahora está retirado. El otro belga, *Black Jacques Schramme*, está también retirado y dirige una granja avícola en Portugal. Entre los franceses, Roger Faulques es quizás el exoficial francés que tiene más condecoraciones. También es venerado por los hombres

que lucharon a sus órdenes, fuera y dentro de la Legión Extranjera, y considerado como un caballero por los demás. Pero está casi inválido a causa de las heridas, y el último contrato que consiguió terminó en desastre, porque delegó el mando en un subordinado que fracasó. Probablemente, si el coronel hubiese estado allí, el resultado habría sido distinto.

»Denard luchó muy bien en el Congo, hasta que sufrió una herida grave en la cabeza, en Stanleyville. Después ya no hizo nada bueno. Los mercenarios franceses todavía están en contacto con él, buscando una ocasión, pero no ha recibido ningún encargo ni le han ofrecido ningún mando desde el fracaso de Dilolo. Y no es de extrañar que sea así.

»De los anglosajones, Mike Hoare está retirado y vive holgadamente. Tal vez se dejaría tentar por un proyecto de un millón de libras, pero ni siquiera eso es seguro. Su última aventura tuvo lugar en Nigeria, donde ofreció un proyecto a los dos bandos, por medio millón de libras. Pero ambos lo rechazaron. John Peters está también retirado y tiene una fábrica en Singapur. Los seis ganaron mucho dinero en los buenos tiempos, pero ninguno de ellos se ha adaptado a las misiones menos importantes y más técnicas que tal vez les encargarían en la actualidad; tal vez porque no quieren, ¡o porque no pueden!

—¿Qué me dice de los otros cinco? —preguntó Endean.

—Steiner era un buen tipo, pero fue de mal en peor. La publicidad de la Prensa se le subió a la cabeza, y esto es siempre mala cosa para los mercenarios. Se imaginan que son tan terribles como dicen los periódicos domingueros. Roux se enfureció cuando no pudo conseguir el mando en Stanleyville después de caer herido Denard, y pretende ser el jefe de todos los mercenarios franceses; pero no ha recibido ningún encargo desde lo de Bukavu. Los dos últimos son mejores; de treinta y pico de años, inteligentes, cultos y con valor suficiente para mandar a otros mercenarios. Le diré, de paso, que éstos sólo luchan a las órdenes de un jefe elegido por ellos mismos. Por eso es inútil contratar a un mal mercenario para que reclute a otros; nadie querría servir a un tipo que fracasó una vez. El historial bélico es muy importante.

»Lucien Brun, alias *Paul Leroy*, podría hacer este trabajo. Lo malo es que no podrían estar ustedes seguros de que no le diese el soplo al servicio secreto francés, al SDECE. ¿Importa esto?

—Sí, muchísimo —dijo Endean secamente. No me ha hablado usted de Schroeder, el sudafricano. ¿Qué me dice de él? Mandó el 5.^o Comando en el Congo, ¿no?

—Sí —respondió el escritor—. En los últimos momentos. La lucha terminó cuando ejercía el mando. Es un soldado de primera clase, pero con limitaciones. Por ejemplo, mandaría estupendamente un batallón de mercenarios, siempre que estuviese encuadrado en una

Brigada con un buen Estado Mayor. Es un buen guerrero, pero convencional. Tiene poca imaginación: no es capaz de montar por sí solo una operación partiendo de poca cosa. Necesitaría oficiales de Estado Mayor para cuidar de la administración.

—¿Y Shannon? ¿Es inglés?

—Angloirlandés. Es nuevo en el oficio; obtuvo su primer mando hace sólo un año; pero se portó muy bien. Es capaz de pensar sin convencionalismos y es sumamente audaz. También sabe organizar las cosas hasta sus más ínfimos detalles.

Endean se levantó para marcharse.

—Dígame una cosa —preguntó, cuando estaba ya en la puerta—. Si tuviese usted que montar un..., si tuviese que buscar un hombre a quien encargar una misión, y que fuese capaz de valorar una situación, ¿a cuál de ellos elegiría?

El escritor recogió las notas que había dejado encima de la mesa.

—A Cat Shannon —dijo sin vacilar—. Si tuviese que hacer una cosa así, o montar una operación, escogería a Cat Shannon.

—¿Dónde está? —preguntó Endean.

El escritor mencionó un hotel y un bar de París.

—Puede probar en uno de estos sitios —dijo.

—Y si Shannon no estuviese disponible, o no pudiese encargarse del asunto por cualquier otro motivo, ¿quién cree que es el segundo de la lista?

El escritor reflexionó unos momentos.

—Si no les conviene Lucien Brun, el único que seguramente estaría disponible y que tiene experiencia suficiente es Roux —dijo.

—¿Sabe su dirección? —preguntó Endean.

El escritor hojeó una libreta de notas, que sacó de un cajón de su mesa.

—Roux tiene un piso en París —concluyó, y dio la dirección a Endean.

Unos segundos más tarde oyó las pisadas de Endean bajando la escalera. Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Carrie? Hola, soy yo. Vamos a salir esta noche. Iremos a un sitio caro. Acabo de cobrar un artículo importante.

Cat Shannon caminaba, despacio y pensativo, por la rue Blanche en dirección a la Place Clichy. Los pequeños bares estaban ya abiertos a ambos lados de la calle, y, desde sus puertas, los «ganchos» trataban de persuadirle de que entrase y viese las muchachas más hermosas de París. Estas, que desde luego no eran lo que aquéllos decían, atisbaban la calle oscura a través de los encajes de los visillos. Eran poco más de las cinco de una tarde de mediados de mayo, y soplaban un viento frío. El tiempo coincidía perfectamente con el humor de Shannon.

Este cruzó la plaza y se metió en otra callejuela para dirigirse a su hotel, el cual no tenía muchas comodidades, pero sí una vista espléndida desde los pisos altos, puesto que estaba cerca de la cima de Montmartre. Estaba pensando en el doctor Dunois, al que había visitado hacía una semana, para un cambio de impresiones general. Exparacaidista y médico militar, Dunois, que se hizo montañero, había participado en dos expediciones francesas al Himalaya y a los Andes, como médico del equipo.

Más tarde se había ofrecido voluntario para varias y arduas misiones médicas en África, por el tiempo que durase la emergencia y al servicio de la Cruz Roja francesa. Allí conoció a los mercenarios y remendó a algunos de ellos después de los combates. Incluso en París le conocían por el médico de los mercenarios, y, en realidad, había cosido muchas heridas de bala y extraído un sinfín de cascos de metralla de sus cuerpos. Si tenían algún problema médico o necesitaban un chequeo, acudían a su consultorio de París. Si estaban bien de dinero, le pagaban al contado y en dólares. Si no, él se olvidaba de enviarles la factura, cosa poco corriente entre los médicos franceses.

Shannon penetró en su hotel y se dirigió a la recepción en busca de la llave. El viejo que estaba detrás del mostrador le dijo:

—¡Oh, señor! Una persona le ha estado llamando todo el día desde Londres. Me dejó un mensaje.

El viejo tendía a Shannon un trozo de papel que había guardado en la casilla de la llave. En él aparecía una nota, garrapateada por el viejo y dictada sin duda letra por letra. Decía simplemente «Cuidado con Harris», y la firmaba un periodista independiente a quien conocía de las guerras africanas y que sabía que vivía en Londres.

—También ha venido un caballero. Le espera en el salón.

El viejo hizo un ademán señalando el saloncito instalado junto al vestíbulo, y Shannon pudo ver, a través de la arcada, a un individuo aproximadamente de su misma edad y vestido de gris oscuro, al estilo de los hombres de negocios londinenses, que le estaba observando. Pero la rapidez con que el hombre se puso en pie al entrar Shannon en el salón, así como la anchura de sus hombros, no revelaban a uno de aquellos hombres de negocios. Su tipo no era desconocido para Shannon. Los de su clase representaban siempre a otros hombres más viejos y más ricos.

—¿Señor Shannon?

—Sí.

—Me llamo Harris, Walter Harris.

—¿Deseaba verme?

—Precisamente por eso llevo dos horas esperándole. ¿Podemos hablar aquí, o es mejor que lo hagamos en su habitación?

—Aquí. El viejo no entiende el inglés.

Los dos hombres se sentaron frente a frente. Endean se arrellanó en el sillón y cruzó las piernas. Sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a Shannon. Este rehusó con un movimiento de cabeza y buscó en su propio bolsillo una cajetilla de su marca preferida; pero después lo pensó mejor.

—Tengo entendido que es usted mercenario, señor Shannon.

—Sí.

—En realidad, alguien me lo recomendó. Represento a un grupo de hombres de negocios de Londres. Necesitamos alguien que realice un trabajo. Una especie de misión. Esta requiere un hombre que entienda algo de cuestiones militares y que pueda trasladarse a un país extranjero sin despertar sospechas. También debe ser capaz de redactar un buen informe sobre lo que vea allí, de analizar una situación militar y de mantener cerrado el pico.

—No soy un asesino a sueldo —dijo Shannon secamente.

—No pretendemos que lo sea —dijo Endean.

—Está bien. ¿Cuál es la misión? ¿Y cuáles los honorarios? —preguntó Shannon.

Pensaba que era inútil perder el tiempo en palabras. Su interlocutor no parecía un hombre capaz de asustarse de que llamase al pan, pan, y al vino, vino. Endean sonrió.

—En primer lugar, tendría usted que venir a Londres para recibir instrucciones. Le pagaríamos el viaje y los gastos, aunque después resolviese no aceptar.

—¿Por qué en Londres? ¿Por qué no aquí? —preguntó Shannon.

Endean exhaló una gran bocanada de humo.

—Hay que estudiar ciertos mapas y otros papeles —dijo—. No quise traerlos conmigo. Además, tengo que consultar a mis socios, informarles de su aceptación o de su negativa.

Se hizo un silencio, mientras Endean sacaba del bolsillo un fajo de billetes de cien francos.

—Mil quinientos francos —dijo—. Unas ciento veinte libras. Esto es para su billete de avión, ida y vuelta si lo prefiere, y una noche de estancia. Si rehúsa el encargo, después de enterado del mismo, recibirá otras cien libras por las molestias del viaje. Si acepta, discutiremos el precio.

Shannon asintió con la cabeza.

—Esta bien. Le escucharé... en Londres. ¿Cuándo?

—Mañana —dijo Endean, levantándose—. Llegue a la hora que más le convenga y alójese en el «Post House Hotel», de Haverstock Hill. A mi regreso, esta noche, le reservaré una habitación. Pasado mañana, a las nueve, le llamaré por teléfono y convendremos una entrevista para más tarde. ¿Está claro?

Shannon asintió y cogió los billetes.

—Haga la reserva a nombre de Brown, Keith Brown.

El hombre que se hacía llamar Harris salió del hotel y se echó a andar calle abajo, en busca de un taxi.

No había creído oportuno decirle a Shannon que tres horas antes había estado hablando con otro mercenario, un hombre llamado Charles Roux. Y, naturalmente, tampoco le dijo que, a pesar del evidente afán del francés, Roux no le había parecido el hombre adecuado para aquella tarea; se había despedido de él con una vaga promesa de comunicarle más tarde su decisión.

Veinticuatro horas después, Shannon estaba junto a la ventana de su habitación del «Post House Hotel», contemplando la lluvia y el intenso tráfico que subía a Haverstock Hill desde Camden Town, para dirigirse a Hampstead y a los suburbios.

Había llegado por la mañana en el primer avión, empleando su pasaporte a nombre de Keith Brown. Hacía ya tiempo que había tenido que adquirir un pasaporte falso, por los métodos normales de los círculos mercenarios. A finales de 1967, había estado con *Black Jack* Schramme en Bukavu, cercados y sitiados durante meses por el Ejército congoleño. Por último, sin haber sido derrotados, pero habiéndose quedado sin municiones, los mercenarios hubieron de evacuar la ciudad congoleña del lago y cruzar el puente para entrar en la vecina Ruanda, donde, mediante unas

garantías de la Cruz Roja, que ésta no podría cumplir, se habían dejado desarmar. A partir de entonces, y durante poco menos de seis meses, permanecieron ociosos en un campo de concentración de Kigali, mientras la Cruz Roja y el Gobierno de Ruanda discutían acaloradamente sobre su repatriación a Europa. El presidente Mobutu, del Congo, pretendía su extradición para ejecutarlos; pero los mercenarios amenazaron —si se tomaba esta decisión— con atacar al mal pertrechado Ejército de Ruanda, recobrar sus armas y abrirse paso a viva fuerza. El Gobierno de Ruanda había pensado, con razón, que eran muy capaces de hacerlo.

Cuando se tomó al fin la decisión de enviarlos a Europa por vía aérea, el cónsul británico visitó el campo de concentración y dijo secamente a los seis mercenarios ingleses presentes que tenía que confiscar sus pasaportes. Ellos le contestaron, en el mismo tono, que lo habían perdido todo al cruzar el lago en Bukavu. Al llegar a Londres, un funcionario de Asuntos Exteriores dijo a Shannon y a los otros que debían, cada uno, 350 libras por el pasaje aéreo, y que nunca se les entregaría un nuevo pasaporte.

Antes de salir del campo de concentración, los hombres fueron fotografiados y se les tomó los nombres y las huellas dactilares. También hubieron de firmar un documento en que se comprometían a no volver a pisar el continente africano.

Todos los Gobiernos de África recibirían copias de

estos documentos.

La reacción de los mercenarios fue previsible. Todos ellos lucían espléndidas barbas y bigotes y llevaban muy largo el cabello, después de muchos meses en el campo donde estaban prohibidas las tijeras, por miedo a que los reclusos las emplearan como armas. Por consiguiente, nadie habría podido reconocerlos por las fotografías. Al serles tomadas las huellas dactilares, habían dado otros nombres. Como resultado de ello, cada documento de identidad contenía el nombre de un individuo, las huellas dactilares de otro y la fotografía de un tercero. Por último, habían firmado el compromiso de marcharse de África para siempre con nombres tales como Sebastian Weetabix o Neddy Seagoon.

La reacción de Shannon a la exigencia del Ministerio de Asuntos Exteriores no fue menos contundente. Como tenía aún su pasaporte «perdido», lo conservó y viajó con él adonde le vino en gana, hasta que caducó. Entonces, hizo las gestiones necesarias para conseguir otro, emitido por la Oficina de Pasaportes, a base de un certificado de nacimiento, librado por el Registro Civil de Somerset House, por el precio corriente de cinco chelines, que correspondía a un niño que murió de meningitis, en Yármouth, aproximadamente en la época en que nació Shannon².

² Para una explicación más detallada de este procedimiento, empleado por un presunto asesino del

Al llegar a Londres aquella mañana, se puso al habla con el escritor a quien había conocido en África, y se enteró de la conversación que había sostenido con Walter Harris. Le dio las gracias por su recomendación y le preguntó si conocía alguna buena agencia de investigadores privados. Por la tarde visitó la agencia y pagó un anticipo de veinte libras, diciendo que llamaría por teléfono al día siguiente, para darles más instrucciones.

Endean llamó, según había prometido, a las nueve en punto de la mañana siguiente, y pidió comunicación con la habitación del señor Brown.

—Hay una casa de pisos en Sloane Avenue, llamada «Chelsea Cloisters» —dijo, sin ningún preámbulo—. He alquilado el departamento 317, para que podamos hablar. Tenga la bondad de estar allí a las once en punto. Espéreme en el vestíbulo, pues yo tengo la llave.

Y cortó. Shannon anotó la dirección, tomándola de la guía telefónica que había en la mesita de noche, y llamó a la agencia de detectives.

—Su hombre tiene que estar en el vestíbulo de «Chelsea Cloisters», Sloan Avenue, a las diez y cuarto —dijo. Conviene que emplee su propio medio de transporte.

—Llevará un scooter dijo el jefe de la agencia.

Una hora más tarde, Shannon se reunió con el

general De Gaulle, véase *Chacal*, del mismo autor.

hombre de la agencia en el vestíbulo de la casa de departamentos. Le sorprendió ver que era un joven de menos de veinte años y largos cabellos. Shannon lo observó con recelo.

—¿Conoce su oficio? —le preguntó.

El chico asintió con la cabeza. Parecía entusiasmado, y Shannon sólo deseó que, además de entusiasmo, tuviese un poco de habilidad.

—Bueno, deje su casco de motorista en el scooter —dijo—. Los que vienen aquí no suelen llevarlo. Siéntese allí y lea un periódico.

El joven no tenía ninguno, y Shannon le dio el suyo.

—Yo me sentaré al otro lado del vestíbulo. Alrededor de las once llegará un hombre que me hará una seña, y los dos entraremos en el ascensor. Fíjese bien en el hombre, de modo que pueda reconocerlo después. Saldrá, seguramente, al cabo de una hora. Entonces, tiene que estar usted al otro lado de la calle, montado en el scooter, con el casco puesto y simulando que está reparando una avería. ¿Comprendido?

—Sí. Comprendido.

—O bien el hombre tomará su propio coche, aparcado cerca de aquí, en cuyo caso debe usted anotar su número, o bien tomará un taxi. En todo caso, sígale y entérese de a dónde va. No lo pierda de vista hasta que parezca haber llegado a su destino final.

El joven grabó las instrucciones en su mente y se sentó en el rincón más apartado del vestíbulo, detrás de

su periódico.

El conserje frunció el ceño, pero no dijo nada. Había visto no pocas reuniones delante de su mesa de recepción.

Cuarenta minutos más tarde, entró Simon Endean. Shannon observó que despedía un taxi en la puerta, y confió en que el joven también lo habría advertido. Se levantó y saludó con la cabeza al recién llegado; pero Endean pasó sin detenerse y pulsó el botón del ascensor. Shannon le siguió y advirtió que el joven miraba por encima del periódico.

«¡Por el amor de Dios!», pensó Shannon, y dijo algo acerca del mal tiempo, por si al hombre llamado Harris se le ocurría echar un vistazo al vestíbulo.

Después de sentarse en el sillón del departamento 317, Endean abrió su cartera y sacó un mapa. Después, extendió éste sobre la cama y dijo a Shannon que lo mirase. Al cabo de tres minutos, Shannon había captado todos los detalles del mapa. Entonces comenzó Endean a explicarse.

Fue una astuta mezcla de realidades y ficciones. Seguía diciéndose representante de un grupo de hombres de negocios ingleses, todos los cuales tenían negocios en Zangaro, negocios que, incluidos algunos que no eran propiamente tales, marchaban mal a causa del presidente Kimba.

Después, explicó la historia de la República, desde su independencia hasta la actualidad, y todo lo que dijo

era verdad, sacado en su mayor parte de su propio informe a sir James Manson. Lo importante vino al final.

—Un grupo de oficiales del Ejército se ha puesto en contacto con un grupo de hombres de negocios locales, que, dicho sea de paso, están en las últimas. Dijeron que están considerando la posibilidad de un golpe para derribar a Kimba. Uno de aquellos hombres de negocios lo dijo a uno de mi grupo y nos planteó un problema. Se trata, en resumidas cuentas, de que los oficiales, a pesar de su condición de tales, carecen virtualmente de instrucción militar y no encuentran la manera de derribar al hombre, que permanece casi siempre recluido entre las paredes de su palacio y rodeado de su guardia personal.

»Francamente, no nos disgustaría que echasen a Kimba, y tampoco disgustaría a su pueblo. Un nuevo gobierno sería buena cosa para la economía del sector y para el país. Necesitamos un hombre que vaya allí y haga un estudio completo de la situación militar y de seguridad, dentro y fuera del palacio, y de las instituciones importantes. Queremos un informe completo relativo a la fuerza militar de Kimba.

—¿Para poder trasladarlo a sus oficiales? —preguntó Shannon.

—No son nuestros oficiales. Son oficiales de Zangaro. Lo cierto es que, si van a dar un golpe, será mejor que sepan lo que hacen.

Shannon creía la primera mitad de la explicación, pero no la segunda. Si sus oficiales, que estaban en el lugar, no podían hacerse cargo de la situación, serían incapaces de dar el golpe. Pero guardó silencio.

—Tendría que ir como turista —dijo Endean—. Es el único disfraz que puede dar resultado.

—De acuerdo. Pero allí debe, de haber muy pocos turistas. ¿Por qué no puedo ir como inspector de una de las compañías de sus amigos?

—Imposible —contestó Endean—. Si algo marchase mal, lo pagaríamos con creces.

«Si me pillaran, quieres decir», pensó Shannon; pero no dijo nada. Le pagaban para que corriese el riesgo. Y por sus conocimientos.

—Hablemos de los honorarios —dijo.

—Entonces, ¿lo hará usted?

—Si me conviene la paga, sí.

Endean movió la cabeza, satisfecho.

—Mañana por la mañana tendrá en su hotel un pasaje de ida y vuelta, de Londres a la capital de la República vecina —dijo—. Tiene usted que ir a París y obtener un visado de esta República. Zangaro es tan pobre que sólo tiene una embajada en Europa, precisamente también en París. Pero el visado de Zangaro tarda un mes en conseguirse. En la capital de la República vecina hay un consulado de Zangaro. Allí se puede obtener el visado mediante el pago de su importe, y en una hora, si se da una propina al cónsul.

Ya conoce el procedimiento.

Shannon asintió con la cabeza. Lo conocía perfectamente.

—Por consiguiente, obtenga el visado en París y tome un avión de la «Air Afrique». Después, hágase visar el pasaporte en la república vecina y tome el avión de Clarence, pagando en metálico el viaje. Mañana encontrará en su hotel, además de los pasajes, trescientas libras en francos franceses, para los gastos.

—Necesito quinientas —dijo Shannon—. Serán diez días como mínimo, y posiblemente más, según los enlaces y el tiempo que necesite para conseguir los visados. Trescientas libras no me dejarían un margen para propinas y posibles dilaciones.

—Está bien; quinientas, en francos franceses. Más quinientas para usted —dijo Endean.

—Mil —dijo Shannon.

—¿Dólares? Tengo entendido que ustedes cobran en dólares norteamericanos.

—Libras —dijo Shannon—. Son dos mil quinientos dólares, equivalentes a dos meses de salario si fuese un contrato normal.

—Pero usted sólo estará ausente diez días —protestó Endean.

—Diez días muy peligrosos —replicó Shannon—. Si el lugar es la mitad de lo que dice usted, cualquiera que sea sorprendido en un trabajo como ése, puede darse por muerto, y no sin grandes sufrimientos. Si no quiere

ir usted, y prefiere que corra yo el riesgo, tendrá que pagarlo.

—De acuerdo, mil libras. Quinientas al contado, y quinientas cuando regrese.

—¿Cómo puedo estar seguro de encontrarlo cuando regrese? —dijo Shannon.

—¿Y cómo puedo estar yo seguro de que irá usted? —replicó Endean.

Shannon consideró la cuestión y asintió con la cabeza.

—Está bien; la mitad ahora, y la mitad después.

Diez minutos más tarde, Endean se había marchado, no sin decir antes a Shannon que no saliera hasta transcurridos cinco minutos de su marcha.

El jefe de la agencia de detectives volvió a su oficina a las tres de la tarde, después de comer. Shannon le llamó por teléfono a las tres y cuarto.

—¡Ah, sí, míster Brown! —dijo aquél—. He hablado con mi agente. Esperó, tal como usted le había indicado, y, cuando el sujeto salió de la casa, le reconoció y le siguió. El sujeto tomó un taxi en la esquina, y mi agente le siguió hasta la City. Allí, el sujeto despidió el taxi y entró en una casa.

—¿Qué casa?

—El edificio «ManCon». Es la sede de la «Manson Consolidated Mining».

—¿Sabe si trabaja allí? —preguntó Shannon.

—Así parece —dijo el jefe de la agencia—. Mi agente no pudo seguirle al interior de la casa, pero advirtió que el conserje se llevaba la mano a la gorra y le abría la puerta, cosa que no hizo para un montón de empleados y jóvenes ejecutivos que salían para ir a comer.

—Su agente es más listo de lo que parece —reconoció Shannon.

El joven había hecho un buen trabajo. Shannon dio algunas instrucciones más al jefe, y, aquella misma tarde, envió un giro postal de 50 libras a la agencia de detectives. También abrió una cuenta en un banco, con un depósito inicial de 10 libras. A la mañana siguiente ingresó otras 500 libras, y por la tarde tomó el avión de París.

El doctor Gordon Chalmers no era bebedor. Raras veces tomaba algo más fuerte que una cerveza, y cuando lo hacía, se volvía muy locuaz, tal como había tenido ocasión de observar su patrono sir James Manson, después de comer con él en «Wilton's». La misma noche en que Cat Shannon cambiaba de avión en Le Bourget, para tomar el «DC-8» de «Air Afrique» con destino al África Occidental, el doctor Gordon Chalmers estaba cenando con un viejo amigo de la universidad, científico como él, que trabajaba en investigación industrial.

No había nada extraño en aquella comida. Chalmers

había tropezado casualmente con su condiscípulo en la calle, unos días antes, y habían acordado que cenarían juntos.

Quince años antes, ambos eran jóvenes estudiantes, solteros, y trabajaban de firme en sus respectivos cursos; se tomaban las cosas en serio y se preocupaban por ellas, como parece obligado en los jóvenes científicos. A mediados de los años cincuenta, los motivos de preocupación eran la Bomba y el colonialismo, y los dos jóvenes se habían unido a otros miles que participaban en la campaña en pro del desarme nuclear y en los diversos movimientos que preconizaban la terminación inmediata del imperialismo y la libertad mundial. Ambos se habían mostrado indignados, graves, comprometidos, y no habían cambiado nada. Pero, en su indignación contra la situación del mundo, se habían mezclado un poco con el movimiento de los Jóvenes Comunistas. Chalmers se había apartado de él, se había casado, fundado una familia y conseguido una hipoteca para construir su casa y, poco a poco, se había incorporado a la clase media asalariada.

La serie de preocupaciones que se le habían presentado durante la última quincena hicieron que bebiese bastante más del acostumbrado vaso de vino en la cena. Su amigo, un hombre amable y de dulces ojos castaños, advirtió su preocupación y le preguntó si podía ayudarle en algo.

Estaban tomando el coñac cuando el doctor Chalmers decidió que tenía que confiar sus cuitas a alguien, a alguien que, a diferencia de su esposa, fuese un compañero científico, que comprendería su problema. Desde luego, le advirtió que se trataba de algo estrictamente confidencial, y su amigo se mostró solícito y comprensivo.

Cuando se enteró de que tenía una hija inválida y necesitaba el dinero para pagar el costoso equipo, los ojos del hombre se nublaron compasivos, y, como buen condiscípulo, alargó una mano sobre la mesa para estrechar el antebrazo de Chalmers.

—No tienes por qué preocuparte, Gordon. Tu actitud es perfectamente comprensible. Cualquiera habría hecho lo mismo que tú —le dijo.

Cuando salieron del restaurante y se despidieron, para dirigirse a sus respectivas casas, Chalmers se sentía muy aliviado. El hecho de que su problema fuese compartido por otro, hacía que viese las cosas con más serenidad.

Aunque preguntó a su viejo amigo cómo le habían ido las cosas durante el tiempo transcurrido desde sus días universitarios, el hombre se mostró un tanto evasivo. Chalmers, abrumado por sus propios sinsabores y embotadas por el vino sus dotes de observación, no le pidió más detalles. De haberlo hecho, no es probable que su amigo le hubiese contado que, lejos de incorporarse a la burguesía, había seguido

siendo miembro incondicional del partido.

Capítulo VI

El «Convair 440» que efectuaba el vuelo a Clarence, giró bruscamente sobre la bahía e inició el descenso hacia el aeropuerto. Como Shannon se había sentado adrede en el lado izquierdo del avión, pudo observar la ciudad al volar el aparato sobre ella. Desde una altura de trescientos metros, contempló la capital de Zangaro, situada en el extremo de la península, festoneada de palmeras. Tres de sus lados los bañaban las aguas del golfo; el cuarto lo rodeaba la tierra de la corta península, de unos doce kilómetros de longitud desde la costa.

Esta lengua de tierra tenía cinco kilómetros de anchura en su base, implantada en las marismas de la costa, y un kilómetro y medio en el extremo, donde se hallaba la ciudad. Ambos lados aparecían flanqueados de plantas y arbustos acuáticos, salvo en sus extremos, donde la vegetación cedía su sitio a unas cuantas playas resplandecientes de luz.

La ciudad ocupaba la punta de la península de un lado a otro y se extendía cosa de un kilómetro y medio a lo largo de la misma. Saliendo de la capital, una carretera única discurría entre campos de cultivo hasta

la costa continental.

Saltaba a la vista que los mejores edificios se alzaban en la punta de la península, de cara al mar, donde debía de soplar la brisa. Se advertía, desde el aire, que cada uno de ellos estaba rodeado de jardines, a razón de media hectárea por construcción. La parte de la ciudad que daba al lado de tierra era evidentemente la más pobre, pues se veían en ella millares de barracas con techos de hojalata, en un laberinto de fangosos callejones. Shannon concentró su atención en el sector rico de Clarence, donde vivían antaño los señores coloniales, pues allí debían de estar los edificios importantes, y no se le presentarían muchas ocasiones de contemplarlos desde este ángulo.

En la punta misma, se veía un pequeño puerto, formado por dos espigones curvos de piedras que, sin motivo geológico explicable, se adentraban en el mar como las antenas de un escarabajo volador o como las pinzas de una tijereta. El muelle estaba en el fondo de esta bahía. Shannon observó que, desde fuera del puerto, el agua del mar aparecía rizada por la brisa, mientras que, en el interior, estaba en absoluta calma. Sin duda fue este refugio, construido por la Naturaleza en el extremo de la península, como para reparar un olvido anterior, el que había atraído a los primeros marinos.

El centro del puerto, en la parte opuesta a la bocana, se hallaba dominado por un solo muelle de cemento, en

el que no se veía ningún barco atracado, y por unos almacenes de mercancías. A la izquierda del muelle de cemento estaba la zona de los pescadores indígenas, una playa pedregosa llena de largas canoas y de redes puestas a secar, y, a la derecha de aquél, el puerto viejo, con una serie de decrepitos malecones de madera, que apuntaban hacia el mar.

Detrás de los almacenes se extendía una franja herbosa de unos doscientos metros, limitada por una carretera paralela a la costa, y, detrás de la carretera, empezaban los edificios. Shannon pudo ver una iglesia blanca de estilo colonial, y lo que, en tiempos pasados, debió de ser palacio del gobernador, ceñido por una muralla. Dentro del recinto amurallado, y además de los edificios principales, había un gran patio rodeado de barracones de reciente construcción.

En este momento, el «Convair» se enderezó, la ciudad se perdió de vista, y el aparato se dispuso a aterrizar.

Shannon había tenido ya su primera experiencia de Zangaro el día anterior, al solicitar el visado para una visita turística. El cónsul de la capital vecina le había recibido con cierta sorpresa, pues no estaba acostumbrado a semejantes peticiones. Después, le hizo llenar un impreso de cinco páginas con toda clase de detalles informativos, entre ellos los nombres patronímicos de sus padres (como Shannon no tenía la menor idea de cómo se llamaban los padres de Keith

Brown, tuvo que inventarlos).

Cuando entregó su pasaporte, había un bonito billete de banco entre la primera y la segunda hoja, billete que pasó al bolsillo del cónsul. Entonces, éste examinó el pasaporte de arriba abajo, leyó todas sus páginas, lo observó a contraluz, le dio vuelta y comprobó las divisas anotadas en el dorso. A los cinco minutos, Shannon empezó a preguntarse si algo estaría mal. ¿Había cometido algún error el Ministerio de Asuntos Exteriores británico al extender su pasaporte? Pero el cónsul lo miró y le dijo:

—Es usted americano.

Con profundo alivio, Shannon comprendió que aquel hombre era analfabeto.

Al cabo de otros cinco minutos, tenía su visado. Pero la diversión terminó en el aeropuerto de Clarence.

Shannon no llevaba equipaje, salvo un maletín. Dentro de la estación principal (y única) de pasajeros, hacía un calor agobiante y había enjambres de moscas. Unos doce soldados y diez policías rondaban por allí. Pertenecían, evidentemente, a tribus diferentes. Los policías parecían querer pasar inadvertidos, hablaban poco entre sí y, en su mayoría, permanecían apoyados en las paredes. Quienes llamaron la atención de Shannon fueron los soldados. Los observó de reojo, mientras llenaba otro impreso interminable (igual al que había llenado el día anterior en el Consulado) y pasaba los controles de sanidad y de pasaportes, ambos

a cargo de funcionarios que presumió eran cayas, lo mismo que los policías.

Los problemas empezaron al llegar a la aduana. Allí lo esperaba un hombre de paisano que, con breve ademán, le invitó a pasar a una pequeña habitación. Mientras lo hacía, llevando su maletín, vio que le seguían cuatro soldados. Su aspecto despertó un recuerdo en su memoria.

Hacía mucho tiempo, en el Congo, había visto la misma actitud y sentido la misma impresión de amenaza producida por un africano de nivel cultural casi primitivo, provisto de un arma, investido de poder, totalmente imprevisible, con reacciones parecidas a las de una bomba de relojería ante situaciones completamente ilógicas. Justo antes de las más horribles matanzas de katangueños por los congoleños, de misioneros por los simbas o de simbas por el ejército del Congo, había advertido esa irreflexión amenazadora, ese sentido de poder sin causa, que podían convertirse, súbita e inexplicablemente, en la más frenética violencia. Los soldados vindúes del presidente Kimba producían idéntica impresión.

El funcionario civil de aduanas ordenó a Shannon que dejase el maletín sobre la mesa, y empezó a revolverlo. Parecía un registro minucioso, como en busca de armas escondidas, hasta que el hombre descubrió la maquinilla de afeitar eléctrica; entonces la sacó de su estuche, la examinó y apretó el botón de

puesta en marcha. Como era una «Remington Lektronic», empezó a zumbear ruidosamente. Con rostro totalmente inexpresivo, el aduanero se la metió en el bolsillo.

Terminado el registro del maletín, el hombre hizo una seña a Shannon para que vaciara sus bolsillos sobre la mesa. Y aparecieron unas llaves, monedas, la cartera y el pasaporte. El aduanero cogió la cartera, extrajo los cheques de viajero, los miró, gruñó y volvió a dejarlos en su sitio. Recogió las monedas... y éstas fueron a parar a su bolsillo. En cuanto a los billetes de banco, había dos de 5000 francos franco-africanos y varios de 100. Los soldados se habían acercado sin más ruido que el de su aliento en la pesada atmósfera, sosteniendo los fusiles como mazas, y llenos de curiosidad. El paisano se embolsó los dos billetes de 5000 francos, y uno de los soldados se apoderó de los más pequeños.

Shannon miró al aduanero, y éste le devolvió la mirada. Después, se levantó el faldón de la camisa y descubrió la culata de una pistola del 9 corto, o quizá del 7,65, que llevaba sujeta al cinturón. La golpeó con los dedos.

—Policía —dijo, sin dejar de mirar a Shannon.

Este ardía en deseos de largarle un puñetazo en plena cara; pero su cerebro seguía diciendo: «Calma, muchacho, conserva la calma.»

Señaló, despacio, muy despacio, lo que quedaba sobre la mesa, y arqueó las cejas. El paisano asintió con

la cabeza, y Shannon recogió el resto de los bienes y los devolvió a su sitio. Sintió que, detrás de él, se retiraban los soldados, sin dejar de sostener los fusiles con ambas manos, dispuestos a disparar o emprenderla a culatazos, según les viniese en gana.

Pareció que transcurría un siglo antes de que el paisano señalase la puerta a Shannon. Este salió, y sintió que el sudor bajaba por su espina dorsal hasta la pretina del pantalón.

Fuera, en el vestíbulo principal, el otro turista blanco del vuelo, una joven americana, se había reunido con un sacerdote católico que había ido a esperarla y que, con sus locuaces explicaciones a los soldados en la jerga de la costa, hacía que la chica tuviese menos dificultades que él. El cura levantó la vista, y su mirada se cruzó con la de Shannon. Este arqueó ligeramente una ceja. El sacerdote miró hacia el cuarto del que Shannon acababa de salir y asintió imperceptiblemente con la cabeza.

En la tórrida plazoleta, delante del aeropuerto, no había ningún medio de transporte. Shannon esperó. Cinco minutos más tarde, una suave voz americano-irlandesa, dijo detrás de él:

—¿Quiere que le lleve a la ciudad, hijo mío?

Subió al coche del cura, un «Volkswagen Beetle», que el hombre había aparcado, para mayor seguridad, a la sombra de un bosquecillo de palmeras, a poca distancia de allí. La chica americana estaba nerviosa e

indignada; alguien había abierto su bolso y lo había registrado. Shannon guardó silencio, comprendiendo lo cerca que habían estado todos de recibir una paliza. El cura prestaba sus servicios en el hospital de las Naciones Unidas, combinando las funciones de capellán, limosnero y doctor en Medicina. Miró a Shannon con expresión comprensiva.

—Le han hecho pasar un mal rato —dijo.

—Sí respondió Shannon.

La pérdida de quince libras era lo de menos; ambos habían advertido el estado de ánimo de la soldadesca.

—Aquí hay que tener mucho cuidado, muchísimo cuidado —dijo el cura—. ¿Tiene habitación reservada en el hotel?

Al responderle Shannon que no la tenía, el cura lo llevó al «Independence», único hotel de Clarence donde se permitía alojarse a los europeos.

—El director se llama Gómez y es un buen muchacho —dijo el sacerdote.

Generalmente, cuando llegan caras nuevas a una ciudad africana, hay invitaciones de los otros europeos a visitar su club, a ir a sus bungalows para echar un trago o a asistir a una fiesta por la noche. Algo que, a pesar de su buena voluntad, no hacía el sacerdote. Esta era otra de las cosas de Zangaro que Shannon tardó poco en aprender. El humor general afectaba también a los blancos. Pero había de saber más cosas en los días venideros, principalmente gracias a Gómez.

Conoció a Jules Gómez aquella misma tarde; había sido dueño y era ahora director del «Independence Hotel». Gómez tenía cincuenta años y era un piad *noir*, un francés de Argelia. En los últimos tiempos de la Argelia francesa —hacia de esto casi diez años— había vendido su próspero negocio de maquinaria agrícola, poco antes de producirse el colapso final, después del cual le habría sido imposible hacerlo. Con el producto de la venta, regresó a Francia; pero, al cabo de un año, descubrió que no podía seguir viviendo en el ambiente europeo, y buscó otro lugar adonde ir. Se estableció en Zangaro, cinco años antes de la independencia e incluso antes de que empezara a fraguarse ésta. Con sus ahorros compró el hotel y lo fue mejorando con los años.

Después de la independencia cambiaron las cosas. Tres años antes de la llegada de Shannon, habían informado repentinamente a Gómez de que su hotel sería nacionalizado y de que le indemnizarían en moneda local. En realidad, no hubo tal indemnización, aunque, de haber existido, habría sido en un papel moneda sin valor. Pero siguió allí como director, esperando, contra toda esperanza, que un día podía mejorar la situación y recobrar algo de sus únicos bienes que le permitiesen subsistir en su vejez. En su calidad de director, cuidaba de la recepción y del bar. Shannon lo encontró en el bar.

Le habría sido fácil ganarse la amistad de Gómez mencionando a sus amigos y conocidos de la antigua

OAS, que habían luchado en la Legión, o con los paracaidistas que encontrara después en el Congo. Pero esto habría equivalido a quitarse su disfraz de simple turista inglés que, disponiendo de cinco días libres, había bajado del norte, impulsado solamente por la curiosidad de conocer la oscura república de Zangaro. Por consiguiente, se cerró en su papel de turista. Pero más tarde, cuando cerraron el bar, invitó a Gómez a tomar unas copas en su habitación. Por una razón inexplicable, los soldados del aeropuerto no habían tocado una botella de whisky que llevaba en su maletín. Gómez, al verla, abrió unos ojos como platos. El whisky era uno de los artículos de importación que no podía permitirse el país. Shannon procuró que Gómez bebiese más que él. Cuando declaró que había venido a Zangaro por mera curiosidad, Gómez rió entre dientes.

—¿Curiosidad? Sí; realmente es muy curioso. Sencillamente fantástico.

Aunque hablaban en francés y estaban solos en la habitación, Gómez bajó la voz y se inclinó hacia delante al decir esto. Una vez más tuvo Shannon la impresión de un miedo latente en todas las personas que había visto, a excepción de los soldadotes y del policía de la Secreta que hacía de aduanero en el aeropuerto. Cuando Gómez hubo consumido la mitad de la botella, se volvió un poco más locuaz, y Shannon trató de sonsacarle disimuladamente. Gómez confirmó muchas de las informaciones que le había dado el hombre que se hacía

llamar Walter Harris, y añadió varios detalles anecdóticos propios, algunos de ellos francamente espeluznantes.

Confirmó que el presidente Kimba estaba en la ciudad y que en raras ocasiones salía de ella, salvo para ir ocasionalmente a su aldea natal del otro lado del río, en el país de los vindúes, y que residía en el palacio presidencial, el gran edificio amurallado que Shannon había visto desde el aire,

Cuando Gómez le dio las buenas noches y se dirigió, tambaleándose, a su propia habitación, a las dos de la mañana, Shannon le había sacado otros retazos de información. Gómez juraba que las tres unidades conocidas por fuerza de policía civil, gendarmería y fuerza de aduana, llevaban descargadas sus armas de fuego. Al tratarse de cayas, no eran dignos de confianza, y Kimba, con su miedo paranoico a un levantamiento, no permitía que tuviesen, entre todos, un solo cargador. Sabía que no lucharían por él, y no quería darles la oportunidad de que lo hiciesen en su contra. Las armas que llevaban al cinto eran sólo para exhibirlas.

Gómez le había confiado también que, en la ciudad, todo el poder estaba exclusivamente en manos de los vindúes de Kimba. La temida policía secreta vestía de paisano y llevaba pistola; los soldados del ejército llevaban rifles automáticos, como los que Shannon había visto en el aeropuerto, y la guardia pretoriana del presidente iba armada con metralletas. Todos sus

componentes vivían dentro del recinto del palacio, eran absolutamente fieles a Kimba, y éste no daba un paso si no era rodeado de un pelotón como mínimo.

A la mañana siguiente, Shannon salió a dar un paseo. A los pocos segundos, vio que le acompañaba un muchachito de diez u once años, enviado por Gómez. Sólo más tarde supo el motivo. Al principio, pensó que Gómez se lo había enviado como guía, aunque, dado que no podían cambiar una palabra, resultaba una medida bastante baladí. El verdadero objetivo era distinto: se trataba de un servicio que Gómez prestaba a todos sus huéspedes, tanto si se lo pedían como si no. Si el turista era detenido por cualquier motivo y encerrado en la cárcel, el chiquillo se escabullía entre los matorrales y se lo contaba a Gómez, éste transmitía la información a las embajadas suiza o alemana occidental, a fin de que pudiesen gestionar la libertad del turista antes de que lo moliesen a palos. El niño se llamaba Bonifacio.

Shannon pasó toda la mañana paseando y haciendo kilómetros, mientras el chiquillo trotaba pisándole los talones. Nadie los detuvo. Apenas si se veía un vehículo, y las calles de la zona residencial estaban casi desiertas. Gómez había dado a Shannon un pequeño plano de la ciudad, resto de los tiempos coloniales, y, con ayuda de éste, localizó nuestro hombre los principales edificios de Clarence. En el único banco, en la única oficina de Correos, en las seis embajadas, en el puerto y en el hospital de las Naciones Unidas, había grupos de seis o

siete soldados que montaban guardia. Dentro del banco, donde entró para cambiar un cheque de viajero, vio colchonetas enrolladas en el vestíbulo, y, a la hora de comer, a dos soldados que llevaban ollas de comida a sus compañeros. Shannon dedujo que los destacamentos de guardia vivían en los propios edificios custodiados. Gómez se lo confirmó aquella misma tarde.

Advirtió que había un soldado frente a cada una de las seis embajadas, aunque tres de ellos dormían en el polvo. A la hora de comer, calculó que habría unos cien soldados, distribuidos en doce grupos, en el sector principal de la ciudad. Se fijó en las armas que llevaban: viejos «Máuser» del 7'92, la mayor parte de ellos sucios y oxidados. Los soldados vestían pantalón y camisa de color verde grisáceo, botas de lona, cinturón de tela y gorros con visera, un poco al estilo de las gorras de béisbol americanas. Todos los uniformes, sin excepción, aparecían raídos, arrugados, sucios y descuidados. Shannon calculó que el nivel de instrucción, el conocimiento de las armas, la disciplina y la capacidad de lucha de aquellos soldados era igual a cero. Se trataba de una chusma indisciplinada de matones, capaces de asustar, con sus armas y su brutalidad, a los timoratos cayas, pero que, probablemente, no habían disparado nunca un tiro en serio ni habían tenido que enfrentarse con gente que sabía lo que se hacía. Su misión de vigilancia parecía ser puramente preventiva de algaradas civiles; pero Shannon pensó que, en un

verdadero tiroteo, arrojarían sus armas y echarían a correr.

Lo más interesante eran sus cartucheras. Todas ellas aparecían planas, vacías de cartuchos. Naturalmente, cada «Máuser» llevaba su correspondiente carga; pero en la recámara de los «Máuser» sólo caben cinco balas.

Aquella tarde paseó Shannon por el puerto. Visto desde tierra, parecía diferente. Los dos espigones que se adentraban en el agua para formar el puerto natural tenían unos seis metros de altura en su arranque y sólo unos dos metros sobre el agua en la punta. Ambos estaban cubiertos por una vegetación de matorrales que llegaban a la rodilla o a la cintura de un hombre, agostados durante la estación seca y que, por ello, eran invisibles desde el aire. Cada espolón tenía unos doce metros de ancho en la punta, y unos treinta y cinco en la base, donde se unía a la línea de la costa. Desde la punta de cada uno de ellos se gozaba de una vista panorámica, de todo el puerto.

La zona del muelle de cemento estaba en el mismo centro; detrás, se levantaban los almacenes. Al norte de éstos se hallaban los viejos malecones de madera, algunos de ellos inservibles desde hacía mucho tiempo, y sus soportes se destacaban como dientes rotos encima o debajo del agua. Al sur de los almacenes estaba la pedregosa playa en que descansaban las canoas de pesca. Desde la punta de uno de los espigones, no se veía el palacio del Presidente, oculto por los almacenes;

en cambio, desde el otro, se veía el piso superior del palacio. Shannon volvió al puerto y examinó la playa de los pescadores. «Un buen lugar para un desembarco», pensó casualmente. Esta playa se deslizaba en suave pendiente hasta el borde del agua.

Detrás del almacén terminaba el piso de cemento y empezaba un declive poblado de altas matas y cruzado por numerosos senderos, donde una pista de tierra apisonada, para camiones, discurría en dirección al palacio. Shannon siguió la carretera. Al llegar a la cima de la cuesta, apareció a sus ojos toda la fachada de la antigua mansión del gobernador colonial, a doscientos metros delante de él. Siguió andando y llegó a la carretera lateral de la costa. En la encrucijada había un grupo de soldados, cuatro en total, más aseados y bien vestidos que los del ejército, y armados con rifles «Kalashnikov AK 47». Lo observaron en silencio, al torcer Shannon a la derecha para dirigirse a su hotel. Shannon los saludó con la cabeza, pero ellos se limitaron a mirarlo. Eran los guardias del palacio.

Mientras andaba, Shannon dirigió la vista hacia la izquierda, captando los detalles del palacio. Tenía éste treinta metros de anchura, y las ventanas del piso bajo estaban tapiadas y enjalbegadas igual que el resto del edificio, en el cual destacaba, a nivel del suelo, una puerta de madera alta, ancha y provista de varios cerrojos, seguramente de reciente construcción. Delante de la ventana tapiada se abría una terraza, inútil en la

actualidad, porque no se podía salir a ella desde el interior. En el primer piso había una hilera de ventanas a lo largo de toda la fachada, tres a la izquierda, tres a la derecha, y una encima de la puerta principal. El piso alto tenía diez ventanas, todas ellas mucho más pequeñas, y, encima de él, estaban los canalones de desagüe y el rojo tejado que ascendía hasta el vértice.

Observó que había más guardias frente a la puerta principal y que las ventanas del primer piso estaban provistas de postigos que muy bien podían ser de acero (aunque estaba demasiado lejos para poder asegurarlo), los cuales aparecían cerrados. Evidentemente, nadie podía acercarse más al edificio, salvo para asuntos oficiales.

Pasó el resto de la tarde, hasta la puesta del sol, dando una vuelta, desde más lejos, alrededor del palacio. Vio que, a ambos lados, un muro de dos metros y medio de altura se extendía tierra adentro desde la mansión principal, en una longitud de unos setenta metros, y que una cuarta pared cerraba el recinto por el fondo. Cosa curiosa: no había otras puertas en toda la construcción. El muro tenía dos metros de altura en toda su extensión —pudo calcularlo por la estatura de un guardia que vio pasar junto a aquél— y había cascos rotos de botellas clavados en su parte superior. Sabía que nunca podría ver el interior del recinto, pero recordaba su aspecto desde el aire. Estuvo a punto de echarse a reír.

Le hizo un guiño a Bonifacio.

—Imagínate, pequeño, que ese maldito loco se figura que está seguro con esa pared rematada por vidrios rotos y con su única puerta. Lo único que ha hecho ha sido encerrarse en una trampa de ladrillos, en un enorme y hermético matadero.

El chico sonrió ampliamente, sin comprender palabra, e hizo señas de que quería ir a casa a comer. Shannon asintió con la cabeza, y ambos volvieron al hotel, con los pies ardientes y las piernas doloridas.

Shannon no tomó notas ni hizo dibujos, sino que conservó todos los detalles en su memoria. Devolvió su plano a Gómez y, después de la cena, se reunió con el francés en el bar.

Dos chinos de la embajada bebían cerveza en silencio, en una mesa apartada; por consiguiente, los europeos limitaron al mínimo su conversación. Además, las ventanas estaban abiertas. Sin embargo, más tarde, Gómez, deseoso de compañía, cogió una docena de botellas de cerveza e invitó a Shannon a su habitación del piso alto, donde se sentaron en la terraza a respirar el aire de la noche y contemplar la ciudad dormida, donde una interrupción del suministro eléctrico había producido una oscuridad casi total.

Shannon estuvo pensando en si le convenía confiarse a Gómez, pero decidió no hacerlo. Le dijo que había encontrado el banco, pero que le había costado mucho cambiar un cheque de cincuenta libras. Gómez

rió entre dientes.

—Siempre ocurre lo mismo —dijo—. Aquí nunca ven cheques de viajero, y tampoco mucha moneda extranjera, desde hace tiempo.

—Al menos la verán en el banco.

—Pero por poco tiempo. Kimba guarda en su palacio todo el tesoro de la república.

Esto interesó a Shannon. Al cabo de dos horas de amena conversación, se había enterado de que Kimba tenía también el polvorín nacional en la antigua bodega del palacio del gobernador, cuyas llaves guardaba personalmente, y de que también había trasladado allí la emisora de Radio Nacional, a fin de poder radiar directamente, desde su sala de comunicaciones, los mensajes al país y al mundo, sin interferencias extrañas al palacio. Las emisoras de radio nacionales desempeñaban siempre un papel crucial en los golpes de estado. Shannon se enteró también de que no tenía tanques ni artillería, y de que, aparte los cien soldados distribuidos en la capital, había otros cien fuera de la ciudad, una veintena en el poblado indígena de la carretera del aeropuerto, y el resto, en las aldeas cayas de fuera de la península, en dirección al puente sobre el río Zangaro. Estos doscientos hombres constituían la mitad del ejército. La otra mitad estaba en los cuarteles militares, que en realidad no eran tales cuarteles, sino el antiguo campamento de la policía colonial, situado a cuatrocientos metros del palacio y constituido por

varias hileras de casuchas con techo de hojalata, en el interior de un cercado de cañas. Cuatrocientos hombres formaban, pues, todo el ejército. La guardia personal del presidente estaba constituida por cuarenta o sesenta hombres, todos los cuales vivían en cobertizos instalados dentro del patio amurallado del palacio.

El tercer día de su estancia en Zangaro, Shannon fue a ver el campamento de policía, donde vivían los doscientos soldados que no estaban de servicio. Como le había dicho Gómez, estaba rodeado por una cerca de cañas; pero una visita a la iglesia cercana permitió a Shannon deslizarse, sin ser visto, en la torre, subir la escalera de caracol y echar un vistazo desde el campanario. Había dos hileras de chozas, adornadas con algunas prendas de vestir puestas a secar. En uno de los extremos había unos hornos bajos de ladrillo, donde hervían unas ollas con comida. Unos cuarenta hombres vagaban de un lado a otro, en grados diversos de aburrimiento, y todos ellos iban desarmados. Sus armas podían estar en las chozas, pero Shannon pensó que era más probable que estuviesen en la armería, un pequeño blocao apartado de las casuchas. Las otras instalaciones del campamento no podían ser más primitivas.

Aquella tarde salió sin Bonifacio y tropezó con el soldado. Había pasado una hora dando vueltas por las oscuras calles, que afortunadamente para él no sabían lo que era un farol, tratando de acercarse al palacio.

Le fue posible echar un buen vistazo a la parte de atrás y a los lados, asegurándose de que los guardias no patrullaban por aquellos parajes. Al dirigirse a la parte delantera del palacio, dos guardias le cerraron el paso y le ordenaron bruscamente que se marchase a casa. Había comprobado que otros tres guardias estaban sentados en la encrucijada, a mitad de camino entre la cima de la cuesta del puerto y la puerta principal del palacio. Y, más importante aún, se había asegurado de que no podían ver el puerto desde el lugar en que se hallaban. Desde la intersección de las carreteras, la línea visual de los soldados pasaba por la cima de la cuesta y se perdía en el mar, más allá de las puntas de los espigones del puerto, y, salvo que brillase mucho la luna, no podían ver siquiera el agua, a quinientos metros de distancia, aunque sí cualquier luz que hubiese en ella.

Envuelto en la oscuridad de la encrucijada, Shannon no podía ver la puerta del palacio, situada a cien metros tierra adentro pero presumió que habría allí otros dos guardias, como de costumbre. Ofreció unos paquetes de cigarrillos a los soldados que se habían acercado a él, y se marchó.

En su camino de regreso al «Independence», pasó por delante de varios bares, iluminados en su interior con lámparas de parafina, y siguió después la oscura carretera. Había caminado unos cien metros cuando le detuvo el soldado. Saltaba a la vista que el hombre

estaba borracho como una cuba y que había estado orinando en la cuneta. Se acercó a Shannon tambaleándose y agarrando el «Máuser» por el cañón y la culata con ambas manos. Ahora, a la luz de la naciente luna, Shannon pudo verle perfectamente mientras avanzaba. El soldado gruñó algo. Shannon no le entendió, pero presumió que le pedía dinero.

Oyó que el soldado murmuraba «cerveza» varias veces, y añadía otras palabras incomprensibles. Entonces, antes de que pudiese sacar dinero del bolsillo o seguir adelante, el hombre rugió y acercó el cañón de su rifle al vientre de Shannon. Después, todo fue rápido y silencioso. Shannon asió el cañón con una mano y lo apartó de su estómago, tirando con fuerza y haciendo perder el equilibrio al soldado. El hombre quedó visiblemente sorprendido ante una reacción a la que no estaba acostumbrado. Pero se recobró, gruñó con rabia y, dando vuelta a su arma, la agarró por el cañón y la blandió como una maza. Shannon saltó hacia delante, paró el golpe agarrando al soldado por ambos bíceps y levantó la rodilla.

Era demasiado tarde para volver atrás. Al caer el arma, levantó la mano derecha, doblada en un ángulo de 90 grados, y, poniendo rígido el brazo, descargó con aquélla un golpe de canto por debajo de la mandíbula del soldado. En el mismo momento en que se rompía el cuello de éste, Shannon sintió una punzada de dolor en el brazo y el hombro, y más tarde resultó que había

sufrido una distensión en un músculo. El hombre de Zangaro cayó como un saco.

Shannon miró hacia arriba y abajo de la carretera; no venía nadie. Hizo rodar el cuerpo hasta la cuneta y examinó el rifle. Uno a uno, sacó los cartuchos de la recámara. Salieron tres. No había más. Extrajo el cerrojo y apuntó el arma a la luna, mirando por dentro del cañón. Vio que estaba lleno de orín, polvo, suciedad y partículas de tierra, fruto de un descuido de varios meses. Volvió a colocar el cerrojo en su sitio, puso de nuevo los tres cartuchos donde estaban antes, arrojó el rifle sobre el cadáver y se encaminó al hotel.

—Menos mal —murmuró al entrar en su habitación para meterse en la cama.

Estaba seguro de que no habría investigación policial. La fractura del cuello se atribuiría a una caída en la cuneta, y el revelado de huellas dactilares era sin duda desconocido en el país.

Sin embargo, al otro día alegó una jaqueca y se quedó en el hotel, donde habló con Gómez. A la mañana siguiente se dirigió al aeropuerto y tomó el «Convair 440», rumbo al norte. Mientras, sentado en el avión, veía desaparecer la República bajo el ala de babor, algo que había mencionado Gómez pasó como un relámpago por su cabeza.

No había, y nunca las hubo, explotaciones mineras en Zangaro.

Cuarenta horas más tarde se hallaba de regreso en

Londres.

El embajador Leónidas Dobrovolski se sentía siempre un poco intranquilo al celebrar su entrevista semanal con el presidente Kimba. Como todos los que conocían al dictador, tenía pocas dudas sobre la locura de éste. Pero, a diferencia de la mayoría de aquéllos, tenía órdenes de sus superiores de Moscú en el sentido de hacer los máximos esfuerzos para establecer eficaces relaciones con el imprevisible africano. Ahora estaba en pie, frente a la ancha mesa de caoba del despacho del Presidente, en el primer piso del palacio, y esperaba que Kimba manifestase alguna reacción.

Visto de cerca, el presidente Kimba no parecía tan alto e imponente como en los retratos oficiales. Detrás de la enorme mesa parecía casi un enano, tanto más cuanto que permanecía encogido en su sillón, en una inmovilidad total. Dobrovolski esperó a que terminase este período de inmovilidad. Sabía que podía terminar de dos maneras. O bien el hombre que gobernaba Zangaro hablaría mesuradamente y con lucidez, como un ser perfectamente normal, o bien el silencio casi catatónico iría seguido de un vocerío furioso, durante el cual desvariaría el hombre como un poseso, cosa que, por otra parte, se imaginaba ser.

Kimba asintió pausadamente con la cabeza.

—Prosiga, por favor —dijo.

Dobrovolski exhaló un suspiro de alivio. Evidentemente, el hombre estaba dispuesto a oírle. Pero sabía que ahora venía lo malo, y que tenía que decirlo. Esto podía cambiar la situación.

—Señor Presidente, mi Gobierno me ha informado de que ha recibido noticias relativas a que un informe minero, recientemente enviado a Zangaro por una compañía inglesa, puede que no sea exacto. Me refiero al estudio realizado hace varias semanas por una empresa denominada «Manson Consolidated», de Londres.

Los ojos del Presidente, ligeramente saltones, seguían mirando al embajador ruso sin una chispa de expresión. Y tampoco dijo Kimba nada que indicase que recordaba el asunto que Dobrovolski había traído a su palacio.

El embajador siguió hablando acerca de la investigación minera realizada por «ManCon» y del informe sobre ella que cierto míster Bryant había remitido al ministro de Recursos Naturales.

—En resumen, Excelencia, debo informar a usted de que mi Gobierno cree que el informe no expresa lo que se descubrió realmente en la zona estudiada, concretamente, en la cordillera de las Montañas de Cristal.

Esperó, comprendiendo que poco más podía añadir. Cuando al fin habló Kimba, lo hizo en tono pausado y reflexivo, y Dobrovolski respiró de nuevo.

—¿En qué sentido creen que es inexacto el informe?
—susurró Kimba.

—No sabemos con certeza los detalles, Excelencia, pero es lógico presumir que, no habiendo efectuado la compañía inglesa el menor esfuerzo por obtener la concesión minera, el informe que presentó debió de indicar que no había, en aquella región, yacimientos minerales cuya explotación valiese la pena. Si el informe no es exacto, miente seguramente en este aspecto. Dicho en otras palabras, lo que contenían las muestras extraídas por el ingeniero debió de ser mucho más de lo que los ingleses están dispuestos a decir a ustedes.

Se hizo otro largo silencio, durante el cual esperó el embajador la explosión de ira. Pero ésta no se produjo.

—Me engañaron —murmuró Kimba.

—Desde luego, Excelencia —dijo Dobrovolski apresuradamente—, la única manera de saberlo con seguridad es hacer que otro equipo estudie la misma zona y tome otras muestras de las rocas y del suelo. Con este fin, me ha ordenado mi Gobierno que suplique respetuosamente a Su Excelencia permiso para que un equipo del Instituto de Minas de Sverdlovsk venga a Zangaro y examine la misma zona estudiada por el ingeniero británico.

Kimba necesitó mucho rato para meditar acerca de la proposición. Por fin, asintió con la cabeza.

—Concedido —dijo.

Dobrovolski se inclinó ceremoniosamente. A su

lado, Volkov, ostensiblemente segundo secretario de la Embajada, pero en realidad jefe del destacamento del KGB, le dirigió una mirada de soslayo.

—La segunda cuestión se refiere a su seguridad personal —dijo Dobrovolski.

Por fin provocó una reacción en el dictador. Era éste un tema que Kimba se tomaba muy en serio. Irguió súbitamente la cabeza y paseó una mirada recelosa por toda la estancia. Tres zangareños que estaban detrás de los dos rusos se estremecieron.

—¿Mi seguridad? —dijo Kimba, susurrando las palabras como de costumbre.

—Quisiera reiterarle respetuosamente, una vez más, la suprema importancia que da el Gobierno soviético al hecho de que Su Excelencia pueda seguir conduciendo a Zangaro por el camino de la paz y el progreso, tan sabiamente seguido por Su Excelencia —dijo el ruso.

Este alud de palabras lisonjeras sonó de un modo natural; era parte del protocolo de Kimba, y todos los que se dirigían personalmente a él lo hacían aproximadamente en los mismos términos.

—Para garantizar la futura seguridad de la inestimable persona de Su Excelencia, y en vista de la reciente y peligrosísima traición de uno de sus oficiales, nos atrevemos a pedir con todo respeto, una vez más, que se permita a un miembro de mi Embajada residir en el palacio y colaborar con el cuerpo de seguridad personal de Su Excelencia.

La alusión a la «traición» del coronel Bobi sacó a Kimba de su ensimismamiento. Tembló violentamente, aunque los rusos no pudieron adivinar si era de miedo o de rabia. Después empezó a hablar, primero despacio, en su susurro habitual, y luego más de prisa y levantando la voz, mientras observaba a los zangareños del fondo de la estancia. Tras unas cuantas frases, volvió a su dialecto vindú, que sólo comprendían sus paisanos, pero cuyo significado sabían ya los rusos: el continuo peligro de traición y deslealtad en que Kimba sabía que se hallaba; los avisos que había recibido de los espíritus, sobre complots urdidos en todos los rincones; su perfecto conocimiento de la identidad de los infieles y de los que le querían mal; su intención de destruirlos, a todos, y lo que les esperaba cuando se decidiese a hacerlo. Siguió en este tono durante media hora, y después principió a calmarse y volvió al lenguaje europeo que los rusos podían entender.

Cuando éstos salieron del palacio y subieron al coche de la Embajada, los dos hombres estaban sudorosos, en parte, a causa del calor, pues el acondicionamiento de aire se había estropeado una vez más, y en parte, debido al efecto que Kimba solía producirles.

—Me alegro de que la cosa haya terminado—murmuró Volkov a sus colegas, en el trayecto de regreso a la Embajada—. A fin de cuentas, tenemos el permiso. Mañana mismo instalaré a mi hombre.

—Y yo haré que me envíen los ingenieros de minas lo antes posible —dijo Dobrovolski—. Esperemos que haya realmente algo turbio en ese informe inglés. En otro caso, no sé lo que podría decirle al Presidente.

Volkov lanzó un gruñido.

—Eso es cosa suya —dijo.

Shannon se alojó en el «Lowndes Hotel», en Knightsbridge, tal como había convenido con «Walter Harris» antes de salir de Londres. Habían quedado en que él estaría ausente unos diez días, a partir de los cuales Harris llamaría diariamente al hotel, a las nueve de la mañana, preguntando por míster Keith Brown. Shannon llegó al mediodía y se encontró con que Harris había hecho su primera llamada tres horas antes. Esto significaba que le quedaba un día libre.

Después de tomar un buen baño, cambiarse de ropa y comer, llamó a la agencia de detectives. El jefe recordó el nombre de Keith Brown al cabo de un momento, y Shannon oyó que revolvía algunos papeles sobre su mesa. Por fin encontró el que buscaba.

—Sí, míster Brown, aquí lo tengo. ¿Quiere que se lo mande por correo?

—Prefiero que no lo haga —dijo Shannon—. ¿Es largo?

—No, sólo una página. ¿Quiere que se lo lea?

—Por favor.

El hombre carraspeó y empezó a leer:

—«La mañana siguiente al encargo del cliente, mi agente esperó junto a la entrada del aparcamiento subterráneo del edificio "ManCon". Tuvo suerte, ya que el sujeto a quien había seguido hasta allí el día anterior cuando éste tomó un taxi después de su entrevista con nuestro cliente en Sloan Avenue, llegó conduciendo un coche. El agente lo vio perfectamente al entrar en el túnel de aparcamiento. Conducía un "Chevrolet Corvette". El agente tomó el número del coche al bajar éste la rampa. Después, se investigó en el Departamento de Licencias del condado. El vehículo está matriculado a nombre de un tal Simon John Endean, residente en South Kensington.» —El hombre hizo una pausa—. ¿Desea usted saber la dirección?

—No hace falta —dijo Shannon—. ¿Sabe lo que hace ese hombre en «ManCon»?

—Sí —respondió el detective privado—. Pregunté a un amigo periodista de la City. Es secretario particular y brazo derecho de sir James Manson, presidente y director gerente de «Manson Consolidated».

—Gracias —dijo Shannon, y colgó.

«Esto es cada vez más curioso», murmuró para sí, mientras salía del hotel y echaba a andar por Jermyn Street, para cobrar un cheque y comprarse unas camisas. Era primero de abril, día de los Inocentes; brillaba el sol, y los narcisos salpicaban el césped alrededor de Hyde Park Corner.

Simon Endean tampoco había perdido el tiempo durante la ausencia de Shannon. Aquella tarde contó el resultado de sus gestiones a sir James Manson, en el ático de Moorgate.

—Coronel Bobi —dijo a su jefe, al entrar en el despacho.

El jefe frunció las cejas.

—¿Quién?

—Coronel Bobi. Antiguo jefe del Ejército de Zangaro. Actualmente en el exilio, desterrado para siempre por el presidente Jean Kimba. El cual, dicho sea de paso, dictó también un decreto condenándole a muerte por alta traición. Quería usted saber dónde se encuentra.

Manson había vuelto a su mesa y asentía ahora con la cabeza, recordando. Aún no había olvidado la Montaña de Cristal.

—Bien, ¿dónde está? —preguntó.

—En Dahomey —dijo Endean—. Ha costado bastante localizarlo sin demostrar un interés excesivo. Bueno, el caso es que fijó su residencia en la capital de Dahomey. Un lugar llamado Cotonou. Debe de tener algún dinero, pero probablemente no mucho, ya que no escogió una villa amurallada de las afueras de Ginebra, como suelen hacer los desterrados ricos. Tiene un pequeño chalet alquilado, donde vive sin ruido, probablemente porque ésta es la mejor manera de evitar que el Gobierno de Dahomey le pida que se marche. Se

cree que Kimba pidió su extradición, pero que nada se ha hecho a este respecto. Además, está lo bastante lejos para que Kimba lo considere como una amenaza.

—¿Y qué me dice de Shannon, el mercenario? —preguntó Manson.

—Tiene que regresar hoy o mañana —dijo Endean—. Le reservé habitación en el «Lowndes» desde ayer en adelante para mayor seguridad. Esta mañana, a las nueve, todavía no había llegado. Probaré de nuevo mañana a la misma hora.

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó Manson.

El hotel informó a Endean de que mister Brown había llegado ya, pero había salido. Sir James Manson escuchaba por el aparato supletorio.

—Déjele un recado —dijo a Endean—. Diga que le llamará esta tarde a las siete.

Endean dejó el mensaje, y los dos hombres colgaron los teléfonos.

—Quiero esta información lo antes posible —dijo Manson—. Dígale que la tenga lista mañana al mediodía. Véale usted primero y lea el informe. Asegúrese de que abarca todos los puntos que le dije que me interesaban. Después, tráigamelo. Entretenga a Shannon un par de días, para que yo tenga tiempo de estudiarlo.

Shannon recibió el mensaje de Endean poco después de las cinco, y a las siete estaba en su habitación para responder a la llamada. Desde después

de la cena hasta que se fue a la cama, estuvo ordenando sus notas y los recuerdos traídos de Zangaro: una serie de bocetos trazados en un fajo de papeles gruesos que había comprado en el aeropuerto de París para matar el tiempo; algunos dibujos a escala, según medidas tomadas paso a paso entre puntos fijos de Clarence; una guía local de los «lugares de interés», de los cuales el único interesante era el titulado «Residencia de Su Excelencia el Gobernador de la Colonia», fechado en 1959, y un retrato oficial y muy favorecido de Kimba, uno de los pocos artículos que no escaseaban en la República

El día siguiente bajó por Knightsbridge en el momento en que abrían las tiendas, compró una máquina de escribir portátil y unas cuantas hojas de papel, y pasó el resto de la mañana escribiendo su informe. Este abarcaba tres temas: una breve narración de su visita; una descripción detallada de la capital, con sus edificios y acompañada de diagramas, y una explicación igualmente detallada de la situación militar. Mencionó la circunstancia de que no había visto señales de fuerzas aéreas o navales, y la confirmación de Gómez de que nunca habían existido. En cambio, no mencionó el paseo que había dado por la península hasta los barrios de barracas indígenas, donde había visto las arracimadas casuchas de los cayas más pobres y, después de éstas, las casuchas de millares de inmigrantes y sus familias, todos los cuales hablaban su

lengua nativa, importada de muchos kilómetros de distancia.

Terminó su informe con un resumen:

«La esencia del problema de derribar a Kimba se ha visto simplificada por el propio personaje. En todos los aspectos, la mayor parte de la zona terrestre de la República, es decir, el país vindú situado allende el río, carece de valor político o económico. Si Kimba perdiese el dominio del llano costero, que produce la inmensa mayor parte de los escasos recursos de la nación, perdería forzosamente todo el país. Es más: una vez perdida la península, él y sus hombres serían incapaces de conservar el llano frente a la hostilidad y el odio de toda la población caya, sentimientos que, acallados actualmente por el miedo, existen de modo latente. Ahora bien, la península es indefendible si se pierde la ciudad de Clarence. Por último, el Presidente carece de fuerzas en la ciudad de Clarence si él y los suyos pierden el palacio. En una palabra, su política de centralización total ha reducido los objetivos que habría que atacar a uno solo: el palacio, dentro del cual están el Presidente, la guardia, el arsenal, el tesoro y la emisora de Radio.

»En cuanto a los medios para ocupar el palacio y sus dependencias, han quedado también reducidos a uno, debido al muro que rodea todo el lugar. Tiene que ser tomado por asalto.

»Tal vez podría derribarse la puerta principal con un camión pesado o un bulldozer lanzado contra ella por

un hombre dispuesto a morir en el intento. Pero no advertí señales de esa disposición de ánimo en los ciudadanos o en los militares, ni vi el menor rastro de un vehículo de aquella clase. Alternativamente, varios cientos de hombres abnegados, provistos de escaleras, podrían asaltar los muros del palacio y apoderarse de éste. Pero tampoco vi señales de esta abnegación. Más práctico e incruento sería apoderarse del lugar después de pulverizarlo con fuego de mortero. Contra unas armas de esta clase, el muro circundante, lejos de ser una protección, se convierte en una trampa mortal. La puerta podría derribarse con un disparo de bazuca. No vi señales de estas armas ni de personas capaces de utilizarlas. La conclusión que se desprende forzosamente de cuanto antecede, es la siguiente:

»Cualquier sector o fracción de la República que trate de derribar a Kimba y hacerse con el poder, debe destruir al Presidente y a su guardia pretoriana dentro del recinto del palacio. Para conseguirlo, necesitarían una ayuda experta y un nivel técnico de los que carecen; por consiguiente, dicha ayuda, provista de todo el equipo necesario, debería llegar del exterior del país. En estas condiciones, Kimba podría ser derrotado y aniquilado en una operación que no duraría más de una hora.»

—¿Sabe Shannon que no existe ninguna facción en Zangaro que haya expresado su deseo de derribar a Kimba? —preguntó sir James Manson, la mañana

siguiente, después de leer el informe.

—Yo no se lo hice saber —respondió Endean—. Sólo le expliqué lo que me indicó usted. Le dije que había una facción en el país, y que el grupo que yo representaba, constituido por hombres de negocios interesados en la cuestión, estaba dispuesto a pagar un estudio de sus probabilidades de éxito desde el punto de vista militar. Pero Shannon no es tonto, y tiene que haberse dado cuenta de que allí no hay nadie capaz de hacer el trabajo.

—Me gusta el estilo de ese Shannon —dijo Manson, cerrando la carpeta del informe militar—. Evidentemente, tiene agallas, a juzgar por la manera de liquidar a aquel soldado. Escribe bien; es conciso y va al grano. La cuestión es: ¿podría hacer todo el trabajo él mismo?

—Mencionó algo bastante significativo —contestó Endean—. Al interrogarle yo, dijo que el valor del Ejército de Zangaro es tan escaso que cualquier fuerza auxiliar de técnicos tendría que hacer en definitiva todo el trabajo y poner después los resultados en manos de los nuevos hombres.

—¿Sí? ¿Eso dijo? —murmuró Manson—. Entonces, sospecha ya que la razón de su viaje es distinta de la que usted le expuso.

Seguía murmurando cuando le dijo Endean:

—¿Puedo hacerle una pregunta, sir James?

—¿Qué?

—Sólo esto: ¿por qué tuvo que ir allí? ¿Por qué necesitaba usted un informe militar sobre la manera de derribar y matar a Kimba?

Sir James Manson permaneció un buen rato mirando hacia la ventana. Por fin, dijo:

—Diga a Martin Thorpe que suba.

Mientras el otro llamaba a Thorpe, Manson se acercó a la ventana y miró hacia abajo, como solía hacer cuando reflexionaba profundamente.

Sabía que había contratado personalmente a Endean y a Thorpe cuando eran muy jóvenes y que los había ascendido a posiciones y salarios superiores a los que correspondían a su edad. No lo había hecho sólo por su inteligencia, aunque la tenían, sino también porque había descubierto en ellos una falta de escrúpulos que rivalizaba con la suya propia, una predisposición a ignorar los llamados principios morales cuando se trataba de alcanzar el único objetivo: el éxito. Como Shannon, como él mismo, eran mercenarios. Lo único que distinguía a los cuatro era el grado del éxito y la respetabilidad a los ojos del público. El había convertido a Endean y Thorpe en su equipo, en sus hombres duros, pagados por la compañía, pero sirviéndole personalmente a él en todo y por todo. El problema era: ¿podía confiarles la empresa más grande de todas? Al entrar Thorpe en el despacho, decidió que había de hacerlo. Pensó que tenía la manera de asegurar su lealtad.

Los invitó a sentarse y, permaneciendo él en pie, de espaldas a la ventana, les dijo:

—Quiero que ambos mediten cuidadosamente sobre lo que voy a decirles, y me den después su respuesta. ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar si asegurase a cada uno de ustedes una cuenta personal de cinco millones de libras en un banco suizo?

El zumbido del tráfico, que llegaba de la calle como el de un enjambre de abejas, acentuó el silencio de la estancia. Endean miró a su jefe y asintió lentamente con la cabeza.

—Hasta muy lejos, muy lejos —dijo, a media voz.

Thorpe no respondió. Sabía que para eso había venido a la City, uniéndose a Manson y absorbido su conocimiento enciclopédico de los asuntos de la compañía. La gran jugada. La ocasión que sólo se presenta una vez en la vida. Movi6 la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Cómo? —jade6 Endean.

Por toda respuesta, Manson se dirigi6 a la caja fuerte de la pared y sac6 de ella dos informes. El tercero, el de Shannon, estaba ya sobre la mesa. Tom6 asiento detr6s de 6sta.

Manson habl6 sin parar durante una hora. Empez6 por el principio y no tard6 en leer los seis p6rrafos finales del dictamen del doctor Chalmers relativo a las muestras de la Monta6a de Cristal. Thorpe silb6 entre dientes y murmur6:

—¡Jesús!

Endean necesitó una conferencia de diez minutos sobre el platino para captar la cuestión. Después, exhaló también un prolongado suspiro.

Manson siguió contando el confinamiento de Mulrooney en el norte de Kenya, el soborno de Chalmers, la segunda visita de Bryant a Clarence y la aceptación del falso informe por el ministro de Kimba. Recalcó la influencia de los rusos cerca de Kimba y el reciente destierro del coronel Bobi, el cual, en adecuadas circunstancias, podía constituir una buena alternativa para el desempeño del poder.

Para conocimiento de Thorpe, leyó muchos fragmentos del informe general de Endean sobre Zangaro y terminó con la conclusión del informe de Shannon.

—Si queremos que la cosa funcione, tendremos que montar dos operaciones paralelas y absolutamente secretas —concluyó Manson—. Para la primera, Shannon, dirigido por Simon, elaborará un proyecto para asaltar y destruir el palacio y todo su contenido, y Bobi, acompañado por Simon, asumirá los poderes del Estado a la mañana siguiente y se convertirá en el nuevo Presidente. Para la segunda, Martin tendrá que comprar una sociedad fantasma, sin revelar las personas ni las intenciones de los nuevos dueños.

Endean frunció el ceño.

—Comprendo la primera operación —dijo—, pero

¿por qué la segunda?

—Dígaselo, Martin —dijo Manson.

Thorpe sonreía, porque su astuta mente había captado la intención de Manson.

—Una sociedad fantasma, Simon, es una compañía, generalmente muy antigua y con un activo insignificante, que ha dejado virtualmente de actuar y cuyas acciones pueden comprarse muy baratas; digamos, a un chelín cada una.

—Entonces, ¿por qué comprarla? —preguntó Endean, que seguía sin comprender.

—Supongamos que sir James tiene el control de una compañía, comprada en secreto por personas anónimas, bajo la pantalla de un banco suizo, operación perfectamente legal, y que la compañía tiene un millón de acciones, que valen un chelín cada una. Sin que lo sepan los otros accionistas, o el Consejo de Administración, o la Bolsa de Valores, sir James, por medio del banco suizo, posee seiscientas mil acciones de aquel millón. Entonces, el coronel..., perdón, el presidente Bobi, otorga a esta compañía una concesión minera en exclusiva, para la explotación de la zona interior de Zangaro durante diez años. Un nuevo equipo de prospección de una compañía acreditada en cuestiones mineras se dirige al lugar y descubre la Montaña de Cristal. ¿Qué les ocurre a las acciones de la Compañía X cuando llega la noticia a la Bolsa de Valores?

Endean captó el mensaje.

—Las acciones suben —dijo, haciendo un guiño.

—Exacto —convino Thorpe—. Con un poco de ayuda, suben de un chelín a más de cien libras por acción. Ahora, hagamos un pequeño cálculo. Seiscientas mil acciones a un chelín, cuestan treinta mil libras. Si estas seiscientas mil acciones se venden a cien libras cada una (y no se venderían por menos), ¿qué cantidad se obtiene? Nada menos que sesenta millones de libras, situadas en un banco suizo. ¿No es así, sir James?

—Así es —asintió Manson con gravedad—. Naturalmente, si vendiese usted la mitad de las acciones en pequeños paquetes a muchas personas, el control de la compañía quedaría en las mismas manos que antes. Pero una compañía más importante podría hacer una oferta global por todo el paquete de seiscientas mil acciones.

Thorpe movió la cabeza, pensativo.

—Sí; el control de esta compañía, comprado por sesenta millones de libras, sería una buena operación de Bolsa. Pero, ¿qué oferta aceptaría usted?

—La mía —dijo Manson.

Thorpe se quedó boquiabierto.

—¿La suya?

La oferta de «ManCon» sería la única aceptable. De esta manera, la concesión seguiría estando firmemente en manos británicas, y «Manson Consolidated» tendría una nueva e importante partida en su activo.

—Pero —dijo Endean, en tono interrogador—, ¿no se pagaría usted mismo sesenta millones de libras?

—No —terció Thorpe, tranquilamente—; los accionistas de «ManCon» pagarían sesenta millones de libras, sin darse cuenta, a sir James.

—¿Cómo se llama esta operación en términos financieros? —preguntó Endean.

—En la Bolsa de Valores *hay* una palabra para ella —admitió Thorpe.

Sir James Manson sirvió un vaso de whisky a cada uno de ellos. Después, tomó uno para él.

—¿Están ustedes conmigo, caballeros? —preguntó, con voz pausada.

Los dos jóvenes se miraron y asintieron con la cabeza.

—Entonces, brindemos por la Montaña de Cristal. Bebieron.

—Vengan a verme mañana por la mañana, a las nueve en punto —les dijo Manson, y los hombres se levantaron para marcharse.

Al llegar a la puerta de la escalera privada, Thorpe se volvió.

—Pienso, sir James, que esto puede ser terriblemente peligroso. Si trascendiese una sola palabra...

Sir James Manson volvía a estar de espaldas a la ventana, y un rayo de sol poniente caía oblicuamente sobre la alfombra. Tenía las piernas separadas y los

brazos en jarras.

—Atracar un banco o una furgoneta blindada —dijo— es una brutalidad. Atracar toda una República creo que tiene, al menos, cierto estilo.

Capítulo VII

—¿Me está usted diciendo que no hay una facción de descontentos dentro del Ejército, que, al menos que usted sepa, pretenda derribar al presidente Kimba?

Cat Shannon y Simon Endean estaban sentados en la habitación de hotel del primero, tomando café. Endean había llamado por teléfono a Shannon a las nueve, según lo convenido, diciéndole que esperase una segunda llamada. Después de recibir instrucciones de sir James Manson, había telefoneado de nuevo a Shannon y concertado una entrevista para las once.

Endean asintió con la cabeza.

—Exacto. La información ha cambiado en este pequeño detalle. No veo que tenga la menor importancia. Usted mismo dijo que el valor del Ejército es tan escaso, que los ayudantes técnicos tendrían que hacer todo el trabajo.

—Tiene una importancia enorme —dijo Shannon—. Asaltar el palacio y tomarlo es una cosa. Conservarlo es

algo completamente distinto. Con la destrucción del palacio de Kimba, sólo se deja vacante la sede del poder. Después, alguien subirá y se sentará en el trono. Ni siquiera haría falta que nadie viese a los mercenarios a la luz del día. Bueno, ¿quién será el nuevo jefe?

Endean asintió nuevamente con la cabeza. No esperaba que un mercenario tuviese el menor criterio político.

—Hemos pensado en un hombre —dijo prudentemente.

—¿Está ahora en la República o en el exilio?

—En el exilio.

—Bueno; al mediodía siguiente al ataque contra el palacio, tendría que haberse instalado en éste y radiado un comunicado anunciando un golpe de Estado y haberse hecho él cargo del poder.

—Eso podría arreglarse.

—Hay algo más.

—¿Qué es? —preguntó Endean.

—Al amanecer del día siguiente al ataque, tendría que haber tropas leales al nuevo régimen que se atribuyesen al golpe dado en la noche anterior. A falta de ellos, nos veríamos en un aprieto; seríamos un grupo de mercenarios blancos atrapados en el palacio, incapaces, por razones políticas, de aparecer en público, y con la retirada cortada en caso de un contraataque. Su hombre, el desterrado, ¿podría disponer de esa fuerza de apoyo al producirse el golpe? ¿O podría reunirlos

rápidamente, después de entrar en la capital?

—Tendrá que dejarnos ese trabajo a nosotros —dijo secamente Endean—. Lo único que le pedimos es que proyecte y lleve a cabo el ataque militar.

—Eso puedo hacerlo —dijo Shannon, sin la menor vacilación—. Pero, ¿y los preparativos, la organización del plan, la consecución de armas, hombres y municiones?

—Esto será también de su incumbencia. Tiene que empezar desde el principio y terminar con la conquista del palacio y la muerte de Kimba.

—¿Hay que darle el pasaporte a Kimba?

—Desde luego —respondió Endean—. Afortunadamente, éste destruyó hace tiempo a todos los que tenían valor o inteligencia suficientes para convertirse en sus rivales. Por consiguiente, es el único que puede reagrupar sus fuerzas y contraatacar. Si él muere, terminará también su poder de hipnotizar al pueblo a su antojo.

—Sí. El *djudju* muere con el hombre.

—¿El qué?

—Nada. No lo entendería.

—Lo intentaré —dijo Endean fríamente.

—Ese hombre tiene un *djudju* —dijo Shannon— o, al menos, la gente cree que lo tiene. Es una poderosa protección que le brindan los espíritus, protegiéndolo de sus enemigos, haciéndolo invencible, guardándolo de todo ataque y asegurándole contra la muerte. En el

Congo, los símbas creían que su caudillo, Pierre Mulele, poseía *un djudju* parecido. Él les dijo que podía transmitirlo a sus partidarios y hacerlos inmortales. Y ellos le creyeron. Pensaban que las balas resbalarían sobre sus cuerpos como el agua. Por esto nos atacaron en oleadas, enloquecidos por la droga y el whisky, y murieron como moscas. Lo propio ocurre con Kimba. Mientras crean que es inmortal, lo será. Porque nunca levantarán un dedo contra él. Ahora bien, cuando vean su cadáver, el hombre que lo haya matado se convertirá en su caudillo. Porque su *djudju* habrá sido más fuerte.

Endean le miró, sorprendido.

—¿Tan atrasados están?

—No es un atraso. Nosotros hacemos lo mismo con los amuletos, las reliquias, la pretensión de que la Providencia está de nuestra parte. Pero nosotros llamamos religión a esto, y superstición a aquello.

—Dejemos esto —le atajó Endean—. Si es ésta la situación, razón de más para que muera Kimba.

—Lo cual significa que tiene que estar en su palacio cuando demos el golpe. Si está en el interior del país, aquél no servirá de nada. Nadie apoyaría a su hombre mientras viviese Kimba.

—Tengo entendido que está casi siempre en el palacio.

—Sí —dijo Shannon—, pero debemos estar seguros. Hay un día en que está allí indefectiblemente. El Día de la Independencia. La víspera del Día de la

Independencia dormirá en palacio, como dos y dos son cuatro.

—¿Cuándo es?

—Dentro de tres meses y medio.

—Puede montar un plan en ese tiempo?

—Sí, con un poco de suerte. Aunque preferiría disponer al menos de otras dos semanas.

—El plan no ha sido aceptado aún —observó Endean.

—No; pero si quieren ustedes instalar un nuevo hombre en aquel palacio, la única manera de conseguirlo es un ataque desde el exterior. ¿Quiere que prepare todo el proyecto, desde el principio hasta el fin, con un cálculo de lo que va a costar y fijando un calendario?

—Sí. El precio es muy importante. Mis... socios querrán saber también lo que cuesta su proyecto.

—Está bien. Les costará quinientas libras.

—Usted ha cobrado ya —dijo Endean, con frialdad.

—Yo he cobrado un viaje a Zangaro y un informe sobre la situación militar del país —replicó Shannon—. Lo que me pide ahora es un estudio completamente nuevo, al margen de las instrucciones que me dio al principio.

—Quinientas libras son mucho por unas cuantas hojas de papel escritas.

—¡Tonterías! Sabe usted perfectamente que si su empresa consulta a un abogado, un arquitecto, un

profesor mercantil o cualquier otro técnico especializado, tiene que pagar sus honorarios. Yo soy un técnico especializado en la guerra. Pagaré mis conocimientos y mi experiencia: cómo conseguir los mejores hombres y las mejores armas, cómo transportar éstas, etcétera. Esto cuesta quinientas libras, y el mismo conocimiento le costaría el doble si tratase de conseguirlo usted directamente en doce meses, sin contar con que fracasaría, porque carece de los contactos necesarios.

Endean se levantó.

—De acuerdo. Le enviaré el dinero esta tarde, por medio de un mensajero especial. Mañana es viernes. A mis socios les gustaría leer su informe durante el fin de semana. Haga el favor de tenerlo listo mañana a las tres de la tarde. Pasaré yo mismo a recogerlo.

Se marchó y, al cerrarse la puerta tras él, Shannon levantó su taza de café, en un brindis burlón.

—Hasta pronto, míster «Walter Harris», alias Simon Endean —dijo en voz baja.

Una vez más dio gracias a su buena estrella por haberle puesto en comunicación con el amable y locuaz hotelero Gómez. Durante una de sus largas conversaciones nocturnas, Gómez se había referido al caso del coronel Bobi, actualmente en el exilio. También había dicho que, sin Kimba, Bobi no era nadie, pues le odiaban los cayas por su crueldad, cuando estaba a las órdenes de Kimba, y tampoco sería capaz de mandar a

los soldados vindúes. Shannon continuaba, pues, con el problema de encontrar una fuerza de negros que apoyasen el golpe de la noche a la mañana.

El sobre de papel manila castaño de Endean, conteniendo 50 billetes de 10 libras, llegó en taxi poco después de las tres y fue entregado en la mesa de recepción del «Lowndes Hotel». Shannon contó el dinero, se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta y empezó su trabajo. Este le mantuvo ocupado el resto de la tarde y la mayor parte de la noche.

Trabajó en la mesa escritorio de su habitación, analizando sus propios diagramas y planos de la ciudad de Clarence, con su puerto y zona aneja, y su barrio residencial, que incluía el palacio presidencial y los puestos militares.

La clásica maniobra militar habría consistido en desembarcar un cuerpo de tropa en un lado de la península, cerca de su unión con la tierra continental, adentrarse un breve trecho y tomar la carretera de Clarence al interior, con las armas cubriendo el cruce en forma de T. Con esto se impediría que llegasen refuerzos a la península y a la capital. Pero, al mismo tiempo, impediría una acción por sorpresa.

Shannon tenía la ventaja de que comprendía África y a los soldados africanos, y de que sus ideas nada tenían de convencionales, a semejanza de las que habían

valido a Hoare el apodo de *Loco Mike*, aunque la táctica de los mercenarios del Congo era la más adecuada al terreno y a los rivales africanos, que son casi el polo opuesto de la situación europea.

Si un experto militar europeo, observador de las normas convencionales, hubiese visto los planes de Shannon, los habría calificado de absurdos y sin la menor esperanza de éxito. Pero confiaba en que sir James Manson no hubiese servido en el Ejército británico —no había la menor referencia a ello en el *Who's Who*— y aceptaría el plan. Shannon sabía que era el único viable.

Fundaba su plan en tres circunstancias de la guerra africana, que, para su mal, conocía. Una de ellas era que el soldado europeo lucha bien y con precisión en la oscuridad, con tal de que le hayan informado bien sobre el terreno que va a pisar; mientras que el soldado africano, incluso en su propia tierra, se ve casi reducido a la impotencia por el miedo al enemigo oculto en la oscuridad circundante. La segunda era que la rapidez de reacción del soldado africano, su capacidad de recuperación, reagrupación y contraataque, una vez desorientado, eran menores que las del soldado europeo, y exageraban los efectos normales de la sorpresa. La tercera era que un fuego nutrido y el ruido consiguiente infundían verdadero pánico a los soldados africanos y los impulsaban a huir, por muy reducido que fuese el número de sus adversarios. Por consiguiente,

Shannon fundaba su plan en un ataque nocturno y por sorpresa, en condiciones de fuego concentrado y ruido ensordecedor.

Trabajó despacio y metódicamente, golpeando las teclas con dos dedos, ya que no podía jactarse de sus dotes de mecanógrafo. A las dos de la mañana, el ocupante del dormitorio contiguo no pudo aguantar más y empezó a golpear la pared, suplicando un poco de silencio que le permitiese conciliar el sueño. Shannon terminó su trabajo cinco minutos más tarde y se metió en la cama. Pero, aparte el repiqueteo de la máquina, había otro ruido que molestaba al vecino. Mientras escribía, y después tumbado en la cama, el mecanógrafo no dejó de silbar una quejumbrosa tonadilla. Si el infeliz del cuarto contiguo hubiese sabido algo de música, habría reconocido la canción *Spanish Harlem*.

Martin Thorpe yacía también despierto aquella noche. Sabía que le esperaba un largo fin de semana, dos días y medio de monótona y agotadora revisión de fichas, cada una de las cuales contendría los detalles de una de las 4500 sociedades inscritas en el Registro Mercantil de la City de Londres.

En Londres hay dos agencias que informan a sus suscriptores sobre las compañías británicas. Estas agencias son: «Moodies» y «Exchange Telegraph», conocida por «Extel». Thorpe tenía en su despacho del

edificio «ManCon» la colección de fichas suministradas por «Extel», agencia cuyos servicios consideraba «ManCon» como parte indispensable de sus actividades comerciales. Pero, tratándose de buscar una sociedad fantasma, Thorpe había resuelto comprar todas las fichas de «Moodies» y hacer que las enviaran a su casa, en parte, porque pensaba que «Moodies» suministraba una mejor información sobre las pequeñas compañías registradas en el Reino Unido, y en parte, por motivos de seguridad.

Aquel jueves, después de oír la explicación de sir James Manson, había ido en derecha a un bufete de abogados. Estos, en interés de Thorpe, pero guardando secreto su nombre, habían pedido una colección completa de las fichas de «Moodies». Thorpe había pagado a los abogados 260 libras por las fichas, más 50 libras de los tres archivadores que habían de contenerlas, amén de los honorarios de aquéllos por conseguirlas. También contratado los servicios de una pequeña agencia de transportes para que enviase una furgoneta a recoger las fichas el viernes por la tarde.

Tumbado en la cama, en su elegante casita de Hampstead Garden Suburb, también él hacía planes para su campaña; no detalladamente como Shannon, porque tenía poca información, sino en general, manejando a los accionistas de voto nominal y a los votantes por paquetes de acciones de la misma manera que manejaba Shannon los fusiles ametralladores y los

morteros.

Shannon entregó a Endean su proyecto completo a las tres de la tarde del viernes. Se componía de catorce páginas, cuatro de las cuales eran diagramas, y dos, listas de materiales. Lo había terminado después de desayunar —confiando en que su insomne vecino se habría marchado— y guardado en una carpeta de color castaño: Estuvo a punto de escribir en éste: «Confidencial para sir James Manson», pero pudo resistir la tentación. No tenía ninguna necesidad de poner, por pura jactancia, las cartas boca arriba, y pensaba que podía conseguir un buen contrato si el barón minero resolvía confiarle el trabajo.

Por consiguiente, siguió llamando «Harris» a Endean y diciendo «sus socios», en vez de «su jefe». Después de recibir la carpeta, Endean le dijo que se quedase en la ciudad durante el fin de semana y que esperase sus noticias a partir de la medianoche del domingo.

Shannon estuvo de compras durante el resto de la tarde; pero su mente no dejaba de darle vueltas a lo que había leído en el *Who's Who* sobre el hombre para quien sabía que trabajaba, sir James Manson, millonario por su propio esfuerzo y formidable hombre de negocios.

Quería, en parte por curiosidad y en parte porque pensaba que algún día podía necesitar la información,

saber más acerca de sir James Manson, sobre su persona y el motivo de que quisiera alquilar un mercenario para hacer la guerra por su cuenta en Zangaro.

El dato del *Who's Who* que le había llamado la atención se refería a una hija de Manson, una muchacha que tendría ahora menos de veinte años o que los habría cumplido recientemente. Mediada la tarde, entró en una cabina telefónica de Jermyn Street y llamó a la agencia de detectives que se había encargado de seguir a Endean después de su primer encuentro en Chelsea y que le había identificado como ayudante de Manson.

El jefe de la agencia respondió cordialmente al hombre que había sido su cliente. En primer lugar, sabía que mister Brown había pagado puntualmente y en dinero efectivo. Estos clientes eran muy valiosos. Si mister Brown quería algo más, esto era cuenta suya.

—¿Tiene usted acceso a los archivos de algún periódico importante? —preguntó Shannon.

—Puedo tenerlo —dijo el jefe de la agencia.

—Deseo una breve descripción de una señorita de quien se habló probablemente alguna vez en las notas de sociedad de la Prensa londinense. Necesito saber muy poco: sólo lo que hace y dónde vive. Pero lo necesito con urgencia.

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea.

—Si sólo se trata de eso, tal vez pueda decírselo por teléfono —dijo el detective privado—. ¿Cómo se llama

esa joven?

—Miss Julia Manson, hija de sir James Manson.

El detective privado reflexionó. Recordó que el primer encargo de su cliente había tenido relación con un hombre que resultó ser secretario de sir James Manson. También sabía que, en menos de una hora, podía enterarse de lo que quería saber míster Brown.

Convinieron en el precio, muy modesto, y Shannon prometió enviar su importe por giro postal antes de una hora. El detective privado pensó que podía fiarse de la promesa, y dijo a su cliente que volviese a llamarle después de las cinco.

Shannon acabó de hacer sus compras y volvió a llamar a las cinco y algunos minutos. A los pocos segundos sabía lo que quería. Llegó al hotel, sumido en profunda reflexión, y telefoneó al escritor que le había presentado a «míster Harris».

—Hola —dijo, ásperamente—. Soy yo, Cat Shannon.

—¡Oh! ¿Qué tal, Cat? —respondió el otro, sorprendido—. ¿Dónde ha estado?

—Por ahí —dijo Shannon—. Sólo quería darle las gracias por recomendarme a ese tipo, Harris.

—De nada. ¿Le ofreció algún trabajo?

Shannon se mostró prudente.

—Sí; para unos días. Ahora ya he terminado. Pero he ganado algún dinero. ¿Qué le parecería si fuésemos a cenar?

—¿Por qué no? —dijo el escritor.

—Dígame —prosiguió Shannon—, ¿sale todavía con esa chica con quien solía hacerlo la última vez que nos vimos?

—Sí. La misma. ¿Por qué?

—Es modelo, ¿no?

—Sí.

—Oiga —dijo Shannon—. Sin duda le parecerá una tontería, pero quisiera conocer a otra muchacha que también es modelo, y no he encontrado a nadie que me la presente. Se llama Julia Manson. ¿Quiere preguntar a su amiga si la conoce?

El escritor lo pensó un momento.

—Claro que sí. Puedo llamar a Carrie y preguntárselo. ¿Dónde está usted ahora?

—En una cabina telefónica. Volveré a llamarle dentro de media hora.

Shannon estaba de suerte. Su amigo le dijo que las dos chicas se conocían, pues habían ido juntas a una escuela de modelos. Además, la misma agencia cuidaba de sus asuntos. Al cabo de otra hora, Shannon se enteró, hablando ahora directamente con la amiguita del escritor, de que Julia Manson había aceptado acudir a una cena, con tal de que estuviesen sólo los cuatro. Convinieron en reunirse en el apartamento de Carrie, justo después de las ocho; Julia Manson estaría ya allí.

Shannon y el escritor llegaron con unos minutos de diferencia al piso de Carrie, en Maida Vale, y los cuatro salieron juntos a cenar. El escritor había reservado una

mesa en un pequeño restaurante-bodega llamado «Baker and Oven», de Marylebone, y la comida fue muy del gusto de Shannon: una ración enorme de carne asada a la inglesa, con verduras, y dos botellas de «Piat de Beaujolais». Le gustó la comida, y también Julia.

Esta era muy bajita, poco más de un metro cincuenta, y, para dar la impresión de una mayor estatura, usaba tacones altos y andaba con mucho garbo. Dijo que tenía diecinueve años, y su carita redonda y descarada podía parecer cándidamente angelical cuando se lo proponía, o terriblemente *sexy* cuando pensaba que nadie la observaba.

Saltaba a la vista que era una niña mimada y acostumbrada a hacer su santa voluntad, debido, probablemente, pensó Shannon, a una educación demasiado indulgente. Pero era simpática y bonita, y esto era cuanto Shannon pedía a las muchachas. Sus sueltos cabellos, de color castaño oscuro, le llegaban a la cintura, y debajo del vestido se adivinaba una figura curvilínea. También parecía un tanto intrigada por su desconocida pareja.

Aunque Shannon había pedido a su amigo que no revelase su oficio, Carrie se había ido de la lengua acerca de su condición de mercenario. Pero, durante la cena, la conversación se mantuvo al margen de este tema. Como de costumbre, Shannon fue el menos hablador; pero esto no creó dificultades, porque Julia y la alta y pelirroja Carrie hablaban por los cuatro.

Al salir del restaurante y respirar el fresco aire nocturno de las calles, el escritor dijo que él y su amiguita tomarían un autobús para ir a su casa. Paró un taxi para Shannon y pidió a éste que acompañase a Julia a su casa, de paso para su hotel. Al subir el mercenario al coche, el escritor le hizo un guiño.

—Creo que le has caído bien —murmuró.

Shannon le respondió con un gruñido.

Llegaron frente a la casa de Mayfair donde vivía Julia, y ésta sugirió que subiesen los dos a tomar una taza de café; Shannon pagó el taxi y la siguió a su lujoso apartamento. Sólo cuando estuvieron sentados en el diván, sorbiendo el horrible café que Julia acababa de preparar, se refirió ésta al oficio de él.

Shannon estaba arrellanado en un rincón del sofá, y ella se había sentado en el borde, vuelta en su dirección.

—¿Has matado? —le preguntó.

—Sí.

—¿En combate?

—A veces. Casi siempre.

—¿A cuántos?

—No lo sé. No los conté nunca.

Ella paladeó la información y tragó saliva varias veces.

—Es la primera vez que conozco a una persona que ha matado a alguien.

—Eso no puedes saberlo —repuso Shannon—. Todos

los que han estado en la guerra han matado probablemente a alguien.

—¿Te hirieron alguna vez?

Era otra de las preguntas acostumbradas. En realidad, Shannon llevaba una serie de cicatrices en el pecho y en la espalda, señales dejadas por balas, cascos de metralla o fragmentos de granada. Asintió con la cabeza.

—Varias veces.

Muéstrame las cicatrices.

—No.

—Vamos. Demuéstrame que es verdad.

Él se levantó y sonrió.

—Te mostraré las mías si tú me enseñas las tuyas —la pinchó, remedando el viejo desafío de los jardines de infancia.

—Yo no tengo ninguna —dijo Julia, con indignación.

—Demuéstramelo —dijo Shannon brevemente, volviéndose para dejar la taza de café sobre la mesa de detrás del sofá.

Oyó un frufurú de ropa. Al volverse, casi se atragantó con el último sorbo de café. Ella había tardado menos de un segundo en descorrer la cremallera de la espalda de su vestido y dejar caer éste en un revuelto montón alrededor de los tobillos. Debajo del vestido sólo llevaba un par de medias y una fina cadena de oro en la cintura.

—Ya lo ves —dijo—. Ni la menor señal en parte alguna.

Tenía razón. Su cuerpecito de adolescente era de una blancura inmaculada desde los pies hasta la mata de negros cabellos que caían sobre sus hombros y casi le rozaban el cinturón. Shannon tragó saliva.

—Creía que eras la hijita buena de papá —dijo.

Ella rió entre dientes.

—Es lo que todos piensan, y papá en particular —dijo—. ¿Qué dices tú?

Aproximadamente a la misma hora, se hallaba sir James Manson sentado en la biblioteca de su casa de campo, no lejos del pueblo de Notgrove, en la ondulada región de Gloucestershire, con los papeles de Shannon sobre las rodillas y un vaso de coñac con sifón al alcance de la mano. Era casi medianoche, y lady Manson se había acostado hacía ya un buen rato. Él había reservado el proyecto de Shannon para leerlo a solas en la biblioteca, resistiendo la tentación de abrirlo en el coche, durante el trayecto, o de levantarse de la mesa inmediatamente después de cenar. Cuando quería concentrarse de firme, prefería las horas nocturnas, y este documento requería una gran concentración.

Abrió el sobre y dejó a un lado los planos y los bocetos. Empezó a leer el texto. Decía así:

«*Preámbulo.* — El siguiente plan ha sido preparado sobre la base del informe redactado por míster Walter

Harris acerca de la República de Zangaro, mi visita a Zangaro y mi propio informe relativo a esta visita, y las explicaciones dadas por míster Harris sobre lo que se desea conseguir. No puedo tomar en consideración ciertos elementos conocidos por míster Harris, pero que éste no me reveló. Entre éstos, debe tener singular importancia lo que ocurra inmediatamente después del ataque, con la instauración del Gobierno sucesor. Esto puede exigir preparativos integrados en la planificación del ataque, que, por lo dicho, no he podido prever.

»*Objeto del ejercicio.* — Preparar, lanzar y terminar un ataque contra el palacio presidencial de Clarence, capital de Zangaro; tomar por asalto y conquistar el palacio, y liquidar al Presidente y a los miembros de su guardia personal, que viven allí. Apoderarnos también de las armas y el arsenal de la República, de su tesoro nacional y de la emisora de Radio, igualmente encerrados en el palacio. Por último, crear unas condiciones tales que los supervivientes de la guardia o del Ejército queden desperdigados fuera de la ciudad e imposibilitados para montar un contraataque eficaz.

»*Método de ataque.* — Después de estudiar la situación militar de Clarence, no hay duda de que el ataque debe llevarse a cabo desde el mar y directamente contra el palacio. He estudiado la idea de un desembarco de tropas aerotransportadas en el

aeropuerto. Pero no es posible. En primer lugar, las autoridades del aeropuerto de salida no permitirían cargar las armas y los hombres necesarios en un avión charter, pues sospecharían la naturaleza del vuelo. Y, aunque se consiguiese que estas autoridades lo permitieran, esto constituiría un evidente peligro para los hombres y para la seguridad del plan.

»En segundo lugar, un ataque por tierra tendría muchas desventajas. Para que una columna armada cruzase la frontera del norte, habría que introducir clandestinamente los hombres y las armas en la República vecina, la cual posee un eficaz sistema de Policía y de seguridad. El riesgo de ser descubiertos y detenidos sería muy elevado y francamente inaceptable. Desembarcar en algún punto de la costa de Zangaro y marchar desde allí hasta Clarence, sería igualmente poco práctico. La mayor parte de la costa está constituida por unas marismas llenas de vegetación, impenetrables para las embarcaciones, y los angostos pasos que existen serían imposibles de encontrar en la oscuridad. Además, por carecer de medios de transporte motorizados, la fuerza atacante debería hacer una larga marcha hasta la capital, y los defensores se enterarían de su presencia. Por último, si la operación se efectuara de día, se pondría de manifiesto la escasa fuerza numérica de la tropa atacante, y esto envalentonaría a los defensores, incitándolos a oponer fuerte resistencia.

»Finalmente, se estudió la idea de introducir clandestinamente las armas y los hombres en la República, manteniéndolos ocultos hasta la noche del ataque. Pero tampoco sería esto visible, debido, en parte, a que la cantidad de armas sería demasiado grande; en parte, a que el número desacostumbrado de visitantes llamaría la atención, y, en parte, porque un plan de esta índole requeriría la ayuda de una organización dentro de la propia Zangaro, organización que sabemos no existe.

»Por consiguiente, se estima que el único plan viable estriba en utilizar embarcaciones ligeras que, partiendo de un buque mayor, al paio en alta mar, se dirijan al puerto de Clarence y ataquen el palacio inmediatamente después de desembarcar.

»*Requisitos del ataque.* — La fuerza debería componerse, como mínimo, de doce hombres, armados con morteros, bazucas y granadas de mano, y también con metralletas para la lucha a poca distancia. El desembarco debería efectuarse entre las dos y las tres de la madrugada, cuando todo Clarence estuviera durmiendo y quedase tiempo suficiente, antes del amanecer, para borrar toda huella de la presencia de mercenarios blancos.»

El informe seguía describiendo con minuciosidad, a

lo largo de otras seis páginas, la forma en que Shannon se proponía desarrollar el proyecto, las armas y municiones que necesitaría, el personal que tendría que contratar, y el equipo auxiliar de aparatos de radio, lanchas de asalto, motores fuera borda, linternas, uniformes, comida y vituallas que tendría que conseguir, así como el modo de transportar estos artículos y el procedimiento que emplearía para destruir el palacio y desbandar el Ejército.

Refiriéndose al barco para el transporte de la fuerza atacante, decía: «Aparte las armas, la adquisición del barco será una de las cuestiones más difíciles. Pensándolo bien, no soy partidario de alquilar un barco, cuya tripulación sería poco de fiar y cuyo capitán podría cambiar de idea en el momento menos pensado, aparte de que las embarcaciones que se prestasen a un trabajo de esta clase serían probablemente conocidas por las autoridades de los países ribereños del Mediterráneo. Mi consejo es que se gaste un poco más de dinero y se compre un pequeño carguero, tripulándolo con personal de confianza de los patronos y pagado por éstos, y que tenga buena reputación en los círculos navales. En todo caso, esta embarcación sería una partida realizable del activo y podría incluso suponer un ahorro a largo plazo.»

Shannon recalcaba también la necesidad de un secreto absoluto en todo momento: «Como yo desconozco la identidad de los patronos, a excepción de

míster Harris, propongo que, si el proyecto es aceptado, siga siendo míster Harris el único enlace entre los patronos y yo. Sólo míster Harris deberá hacerme las entregas de dinero necesarias, y sólo a él deberé rendir cuentas de los gastos. De manera parecida, aunque necesitaré algunos agentes subordinados, nadie conocerá la naturaleza del proyecto, y tampoco nuestro punto de destino, hasta que estemos en altar mar. Ni siquiera las cartas de navegar deberán entregarse al capitán antes de zarpar. El plan reseñado tiene en cuenta todas las medidas de seguridad; siempre que sea posible, se efectuarán las compras legalmente en el mercado; en realidad, sólo las armas se adquirirán de un modo ilegal. En cada fase, se ha montado un dispositivo para desorientar a cualquier investigador, y también en cada fase, se adquirirá el equipo separadamente en diversos países, por medio de agentes distintos. Sólo yo, míster Harris y los patronos, conoceremos todo el plan, y si las cosas marchasen mal, yo no podría identificar a los patronos, ni, probablemente, al propio míster Harris.»

Sir James Manson asintió con la cabeza y lanzó varios gruñidos de aprobación mientras leía. A la una, se sirvió otro coñac y pasó al capítulo de gastos y al cálculo del tiempo, consignados en hojas separadas. Decían así:

Visita de reconocimiento a Zangaro		
Dos informes	<i>pagado</i>	2,500 £
Honorarios jefe proyecto		10,000 £
Contratación otro personal y salarios		10,000 £
Total gastos administrativos, viajes, hoteles, etcétera, del comandante jefe y todos los subordinados		10,000 £
Compra de armas		25,000 £
Compra del barco		30,000 £
Compra equipo auxiliar		5,000 £
Varios		7,500 £
	<i>Total</i>	100,000 £

La segunda hoja contenía el cálculo del tiempo:

<i>Fase preparatoria:</i> Reclutamiento y agrupación personal. Establecimiento cuenta bancaria. Compra de compañía con sede en el extranjero	20 días
<i>Fase de compras:</i> Período para realizar compras de todos los artículos por partidas	40 días
<i>Fase de embarque:</i> Embarque del equipo y del personal en el buque, culminando el día de zarpar	20 días

Fase de navegación: Transporte completo por mar desde el puerto de embarque hasta un punto frente a la costa de Clarence

20 días

El golpe se dará en Zangaro, el Día de la Independencia, y corresponderá al Día 100 del calendario anterior, si el plan se pone en marcha no más tarde del próximo miércoles.

Sir James Manson leyó dos veces el informe y, después, pasó más de una hora fumando uno de sus «Upman Coronas», mientras miraba fijamente los ricos paneles y los libros lujosamente encuadernados que cubrían las paredes. Por último, guardó el proyecto en la caja fuerte y se fue a la cama.

Cat Shannon yacía boca arriba en el oscuro dormitorio, acariciando distraídamente el cuerpo de la joven, que se apoyaba a medias en el suyo. Era un cuerpo menudo pero extraordinariamente erótico, tal como había podido descubrir durante la hora anterior. Desde luego, todo lo que había aprendido Julia en los últimos dos años, desde que salió del colegio, tenía muy poco que ver con la taquimecanografía. Su afición a los ejercicios sexuales sólo podía ser igualada por su energía y su casi constante locuacidad en los interludios.

Al tocarla él, Julia se estremeció y reanudó sus

juegos.

—Es curioso —dijo el hombre en tono reflexivo—; debe de ser una señal de los tiempos. Hemos estado retozando durante buena parte de la noche, y no sé nada de ti.

Ella quedó un momento inmóvil y dijo:

—¿Como qué?

—Por ejemplo, ¿dónde vives? Además de en este apartamento.

—En Gloucestershire —murmuró ella.

—¿Qué hace tu padre? —preguntó él, a media voz.

Julia no respondió. Shannon agarró un mechón de sus cabellos y tiró de él, para hacer que volviese la cara.

—¡Ay! Me haces daño. Trabaja en la City. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Agente de Cambio y Bolsa?

—No. Dirige una compañía que tiene algo que ver con las minas. Es su especialidad. Como la mía es ésta. Ya verás.

Media hora más tarde, se apartó de él y le preguntó:

—¿Te ha gustado, querido?

Shannon se echó a reír, y ella vio brillar sus dientes blancos en la oscuridad.

—¡Oh, sí! —dijo él suavemente—. Me ha gustado extraordinariamente. Y ahora, cuéntame algo de tu padre.

—¿De papá? Es un viejo y aburrido hombre de negocios. Se pasa todo el día en un horrible despacho de

la City.

—Algunos hombres de negocios me interesan. Cuéntame cómo es...

Sir James Manson estaba tomando el café de media mañana en la soleada galería de su casa de campo, cuando, a pesar de ser sábado, recibió una llamada telefónica de Adrian Goole. El funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores le llamaba desde su propia casa de Kent.

—Espero que no le importará que le llame durante su fin de semana —dijo.

—De ninguna manera, querido amigo —mintió Manson—. Puede hacerlo siempre que lo desee.

—Le habría llamado anoche a su despacho, pero estuve hasta muy tarde en una reunión. ¿Recuerda usted la conversación que sostuvimos hace algún tiempo, sobre los resultados de su exploración minera en aquel lugar de África?

Manson presumió que Goole se sentía obligado a seguir la rutina del servicio oficial.

—¡Claro que lo recuerdo! —dijo—. Acepté la sugerencia que me hizo usted durante la cena. Las cifras estaban un poco equivocadas, y las verdaderas cantidades hacían el asunto impracticable desde el punto de vista financiero. Enviamos el informe, nos acusaron recibo, y nada más he sabido del asunto.

Las palabras siguientes de Goole sacaron a sir James Manson de la beatitud de su fin de semana.

—Pues nosotros hemos sabido algo —dijo la voz del otro—. En realidad, nada que deba preocuparnos, pero sí un poco extraño a fin de cuentas. Como sabe usted, nuestro embajador en aquella zona, aunque acreditado en aquel país y en otras tres pequeñas Repúblicas, no vive allí. Sin embargo, nos envía informes periódicos, obtenidos de diversas fuentes, entre ellas sus relaciones normales con otros diplomáticos amigos. Una copia de una parte de su último informe, relacionada con el aspecto económico de aquel país, llegó ayer a mi mesa. Parece que ha corrido el rumor de que el Gobierno soviético ha obtenido permiso para enviar un equipo de prospectores por su cuenta. Claro que puede tratarse de una zona distinta de la de ustedes...

Sir James Manson se quedó mirando fijamente el teléfono mientras la voz de Goole seguía hablando. Una arteria empezó a latir junto a su sien izquierda.

—Sólo pensé, sir James, que, si esos rusos van a la misma zona que exploró su enviado, sus hallazgos podrían ser un tanto diferentes. Afortunadamente, sólo se trata de pequeñas cantidades de estaño. Pero pensé que debía usted saberlo. ¡Oiga! ¡Oiga! ¿Sigue usted ahí...?

Manson se arrancó a sus reflexiones. Con un tremendo esfuerzo, consiguió que su voz sonase normal.

—Sí, claro. Discúlpeme. Estaba pensando. Ha sido

usted muy amable al llamarme, Goole. No creo que se trate de la misma zona explorada por mi agente. Pero, de todos modos, celebro mucho saberlo.

Pronunció los cumplidos de rigor, y colgó. Después, volvió a la soleada terraza, pensando furiosamente. ¿Una coincidencia? Podía ser; pero sólo podía ser. Si el equipo de prospección soviético se dirigía a una zona situada a kilómetros de distancia de la Montaña de Cristal, sería pura coincidencia. Pero si iban directamente a la Montaña de Cristal, sin haber realizado ninguna exploración aérea que les hubiese permitido distinguir la diferencia de vegetación de la zona, no habría tal coincidencia. Sería un maldito sabotaje. Y no tenía manera de saberlo, de estar completamente seguro, sin descubrir que seguía interesado en el asunto. Y esto sería fatal.

Pensó en Chalmers, el hombre cuyo silencio había comprado con dinero. Rechinó los dientes. ¿Se había ido de la lengua? ¿Deliberadamente? ¿Involuntariamente? Pensó en la posibilidad de enviar a Endean, o a uno de los amigos de éste, para que se encargara de Chalmers. Pero esto no cambiaría las cosas. Además, no había aún ninguna prueba de que se hubiese violado el secreto.

También podía abandonar sus planes y no pensar más en el asunto. Reflexionó un poco sobre ello; pero, después, volvió a ver la inmensa fortuna que aguardaba al final del camino que se había trazado. James Manson

no era un hombre blando; sí había llegado a ser lo que era, no fue echándose atrás ante el peligro, y menos ante un riesgo que no estaba demostrado.

Se sentó en la poltrona, junto a la ya fría cafetera, y pensó furiosamente. Se proponía seguir adelante según lo planeado, pero tenía que prever que el equipo ruso observase la zona visitada por Mulrooney y advirtiera las diferencias de vegetación. Por consiguiente, debía contar ahora con otro factor: un tiempo límite. Hizo algunos cálculos mentales y obtuvo la cifra de tres meses. Si los rusos se enteraban de lo que contenía la Montaña de Cristal, no tardaría en llegar un equipo de «ayuda técnica», y de los buenos. Sabía que más de la mitad de sus miembros serían hombres duros del KGB.

El período más breve calculado por Shannon había sido de cien días; pero antes le había dicho a Endean que, con otras dos semanas, aumentarían mucho las probabilidades de éxito del proyecto. Ahora ya no podía pensarse en estas dos semanas. En realidad, si los rusos se movían más de prisa que de ordinario, incluso los cien días podrían ser insuficientes.

Volvió junto al teléfono y llamó a Simon Endean. Le habían echado a perder su fin de semana; no había razón para que Endean no trabajase un poco durante el suyo.

Endean llamó a Shannon al hotel, el lunes por la mañana, y lo citó para las dos de la tarde en una pequeña casa de apartamentos de St. John's Wood.

Había alquilado el piso aquella misma mañana, siguiendo instrucciones de sir James Manson y después de una larga conferencia con éste en su casa de campo, el domingo por la tarde. Lo había alquilado por un mes, a nombre de Harris, pagando al contado y dando unas referencias falsas que nadie se preocupó de comprobar. La razón de haber elegido este apartamento era muy sencilla: tenía teléfono directo, es decir, que no pasaba por una centralita.

Shannon llegó a la hora fijada y encontró ya allí al hombre a quien seguía llamando Harris. El teléfono estaba conectado a un aparato de sobremesa que permitía que varias personas pudiesen hablar desde la estancia con la situada al otro extremo de la línea.

—El jefe del consorcio leyó su informe —dijo Endeany desea hablar directamente con usted.

A las dos y media sonó el teléfono. Endean apretó el botón del aparato, y en seguida se oyó la voz de sir James Manson. Shannon lo tenía ya previsto, pero no dio muestras de ello.

—¿Está usted ahí, míster Shannon? —dijo la voz.

—Sí, señor.

—Bueno; he leído su informe y apruebo su criterio y sus conclusiones. Si le ofreciese este contrato, ¿estaría dispuesto a llevarlo a término?

—Sí, señor —dijo Shannon.

—Hay un par de puntos que quisiera discutir con usted. He visto que, en el presupuesto, se asigna usted

la suma de diez mil libras.

—Sí, señor. Francamente, no creo que nadie hiciese este trabajo por menos y la mayoría le pedirían más. Y si alguien consignase una cifra menor en el presupuesto, puede estar seguro de que se reservaría un diez por ciento, como mínimo, de la cifra total, mediante el sencillo procedimiento de aumentar los precios de compra que no pudieran comprobarse.

Hubo una pausa. Después, dijo la voz:

—Está bien. Acepto. Pero, ¿qué me da a cambio de este salario?

—Le doy mis conocimientos, mis contactos, mis relaciones con el mundo de los traficantes de armas, contrabandistas y mercenarios. Con él compra también mi silencio, en el caso de que algo marche mal. Y yo cobro tres meses de trabajo endiablado, más el riesgo de verme detenido y encarcelado. Eso, si no me matan durante el ataque.

Su interlocutor lanzó un gruñido.

—Está bien. Pasemos ahora a las finanzas. La suma de cien mil libras será transferida a una cuenta que abrirá esta semana míster Harris en un Banco suizo. Él le hará pagos parciales, a medida que los necesite, en el curso de los próximos dos meses. Para ello tendrá usted que establecer un sistema de comunicación con él. Míster Harris estará presente al efectuar usted los pagos, o bien le entregará usted los correspondientes recibos.

—Eso no será siempre posible, señor. En el comercio de armas no se firman recibos, y menos en las operaciones de mercado negro. Además, la mayoría de los hombres con quienes tendré que tratar no admitirán la presencia de míster Harris. No pertenece a su mundo. Me permito aconsejarle el uso intensivo de cheques de viajero y de transferencias bancarias. Tenga, además, en cuenta, que si míster Harris tuviese que estar presente para firmar cada talón o cheque de mil libras, tendría que seguirme a todas partes, cosa que, por mi propia seguridad, no aceptaría yo, o bien tardaríamos mucho más de cien días en hacer lo que nos proponemos.

Hubo otra larga pausa.

—¿Qué quiere decir con eso de su propia seguridad?
—preguntó la voz.

—Quiero decir, señor, que no conozco a míster Harris. No puedo exponerme a que, por saber demasiado de mí, pueda hacerme detener en cualquier ciudad europea. Usted ha tomado todas las precauciones. Yo debo tomar las mías. Y éstas son que debo viajar y trabajar solo, sin nadie que me vigile.

—Es usted muy precavido, míster Shannon.

—Tengo que serlo. Por eso sigo con vida.

Se oyó un gruñido malhumorado.

—¿Y cómo sé yo que puedo confiarle importantes sumas de dinero para que las maneje a su antojo?

—No puede saberlo, señor. Hasta cierto punto, míster Harris puede limitar las cantidades en cada fase.

Pero el precio de las armas debe pagarse al contado, personalmente por el comprador. Las únicas alternativas son encargar a míster Harris que haga él mismo la operación, o contratar a otro profesional. Pero, en este caso, tampoco sabría usted si puede confiar en él.

—De acuerdo, míster Shannon. Míster Harris...

—Diga, señor —respondió Harris, inmediatamente.

—Haga el favor de venir a verme en cuanto salga de ahí. Queda usted contratado, míster Shannon. Tiene cien días para conquistar una República. Cien días, míster Shannon.

SEGUNDA PARTE

LOS CIEN DÍAS

Capítulo VIII

Cuando sir James Manson hubo colgado, Simon Endean y Cat Shannon se observaron fijamente durante varios minutos. Shannon fue el primero en romper el

silencio.

—Ya que vamos a trabajar juntos —dijo a Endean—, aclaremos una cosa. Si alguien, quienquiera que sea, llega a enterarse de este proyecto, no tardará en llegar a conocimiento de los servicios secretos de alguna de las grandes potencias. Probablemente, de la CIA, o al menos del SIS británico o incluso del SDECE francés. Y éstos apretarían los tornillos, no le quepa duda. Ni usted ni yo podríamos impedir que pusieran punto final a este negocio. Por consiguiente, debemos guardar un secreto absoluto.

—Aplíquese el cuento —saltó Endean—. Yo estoy mucho más ligado que usted.

—Bien. Empecemos por el dinero. Mañana volaré a Bruselas y abriré una nueva cuenta bancaria en algún lugar de Bélgica. Estaré de regreso por la noche. Póngase al habla conmigo, y le diré en qué Banco y a qué nombre la he abierto. Entonces necesitaré una transferencia de al menos diez mil libras. Mañana por la noche tendré la lista completa de aquello en que habré de gastarlas. Se tratará, principalmente, de pagas de mis ayudantes, depósitos, etcétera.

—¿Dónde me pondré en contacto con usted?
—preguntó Endean.

—Este es el segundo punto —dijo Shannon—. Voy a necesitar una base permanente, donde pueda recibir llamadas telefónicas y cartas con absoluta reserva. ¿Qué me dice de este piso? ¿Pueden relacionarle a usted con

él?

Endean no había pensado en esto. Reflexionó sobre el problema.

—Lo alquilé a mi nombre. Y pagué un mes de alquiler por anticipado —dijo.

—¿Importa algo que figure el nombre Harris en el contrato de arrendamiento? —preguntó Shannon.

—No.

—Entonces, me lo quedaré. Se ha pagado un mes de alquiler y sería una lástima perderlo. Después, los pagos serán de mi cuenta. ¿Tiene usted la llave?

—Naturalmente. Entré con ella.

—¿Cuántas llaves hay?

Por toda respuesta, Endean se metió una mano en el bolsillo y sacó un llavero con cuatro llaves. Dos de ellas correspondían a la puerta de la casa, y las otras dos, a la del piso. Shannon las cogió.

—Ahora, hablemos de comunicaciones —dijo—. Usted puede llamarme aquí por teléfono a todas horas. Puede que esté, y puede que no esté. Quizá me haya marchado al extranjero. Como supongo que usted no querrá darme su número de teléfono, busque una lista de Correos en algún lugar de Londres que le convenga por su proximidad a su casa o a su oficina, y pase por allí dos veces cada día. Si le necesito con urgencia, le enviaré un telegrama con el número de teléfono del sitio donde me encuentre y la hora a que debe llamarme. ¿Comprendido?

—Sí; lo tendré mañana por la noche. ¿Algo más?

—Sólo decirle que, durante toda la operación, usaré el nombre de Keith Brown. Cualquier mensaje firmado por Keith será mío. Cuando me telefonee a un hotel, pregunte por Keith Brown. Si le contesto diciendo «Aquí míster Brown», cuelgue lo antes posible. Querrá decir peligro. Diga que se ha equivocado de número, o que buscaba a otro Brown. De momento, esto es todo. Será mejor que vuelva a su oficina. Llámeme aquí, esta tarde a las ocho, y le daré cuenta de los últimos progresos.

Unos minutos más tarde, Endean se encontraba en St. John's Wood, buscando un taxi.

Por fortuna, Shannon no había ingresado en el Banco las 500 libras que le había pagado Endean, antes del fin de semana, por su plan de ataque, y todavía le quedaban 450. Tenía que pagar la factura del hotel de Knightsbridge, pero esto podía hacerlo más tarde.

Llamó a la «BEA» y reservó un pasaje de ida y vuelta, clase económica, en el avión que salía por la mañana para Bruselas y regresaba a las 16; tendría, pues, tiempo de estar de regreso en el piso a las seis. Después, envió cuatro telegramas por teléfono al extranjero; uno, a Paarl, provincia de El Cabo, África del Sur; otro, a Ostende; otro, a Marsella, y otro, a Munich. Todos decían lo mismo: «TELEFONEAME URGENTE LONDRES 5070041 A MEDIANOCHE UNO DE TRES DÍAS PRÓXIMOS STOP SHANNON.» Por último, tomó

un taxi y se hizo llevar a «Lowndes Hotel». Se despidió, pagó la factura y se marchó como había venido: sin dar explicaciones.

A las ocho, Endean le llamó, tal como habían convenido, y Shannon contó al ayudante de Manson lo que había hecho hasta aquel momento. Después acordaron que Endean volvería a llamarle al día siguiente a las diez de la noche.

Shannon pasó un par de horas explorando la casa en que vivía y la zona circundante. Descubrió varios pequeños restaurantes, dos de ellos muy cerca de allí, en High Street de St. John's Wood, y cenó tranquilamente en uno de ellos. A las once estaba de regreso encasa.

Contó su dinero —le quedaban más de 400 libras—; separó 300 para el viaje y los gastos del día siguiente, y repasó sus efectos. La ropa era discreta, comprada toda ella en los últimos tres meses y, en su mayor parte, durante los diez últimos días en Londres. No tenía que preocuparse por ningún arma, y para mayor seguridad, destruyó la cinta de la máquina de escribir que había empleado para redactar sus informes, sustituyéndola por otra nueva.

Así como en Londres anocheceía temprano, todavía brillaba la luz de la tarde cálida y soleada de verano en la provincia de El Cabo, en el momento en que Janni

Duprée dejaba atrás Seapoint y volaba en dirección a Ciudad del Cabo. También él tenía un «Chevrolet», más viejo que el de Endean, pero más grande y más rápido, comprado con algunos de los dólares que se había traído de París cuatro semanas antes. Después de pasar el día nadando y pescando en un bote de un amigo, en Simonstown, volvía ahora a su casa de Paarl. Siempre le gustaba volver a ella después de un contrato, pero, indefectiblemente, se cansaba pronto, tal como le había ocurrido al abandonarla diez años atrás.

Se había criado en el Paarl Valley y pasado sus años preescolares correteando por los pobres y raquíticos viñedos propiedad de gente como su padre. Había aprendido a cazar pájaros al acecho y a tirar en el valle, con Pieter, su *klonkie*, el compañero negro con quien pueden jugar los niños blancos hasta que se hacen mayores y aprenden lo que significa el color de la piel.

Pieter, con sus enormes ojos castaños, su enmarañado y crespo pelo negro y su piel de color caoba, tenía dos años más que él y la misión aparente de protegerlo. En realidad, tenían la misma estatura, pues Janni era físicamente muy precoz, y éste era quien mandaba de los dos. Los días de verano como hoy, pero veinte años atrás, los dos chicos, descalzos, solían tomar el autobús de la costa hasta el cabo Agulhas, donde se encuentran los océanos Atlántico e Indico, para pescar peces de cola amarilla, *galjoen* y *steenbras*.

Terminados sus estudios en el Instituto, Janni,

corpulento, agresivo, inquieto, siempre dispuesto a ejercitar sus puños demoledores, llegó a ser un problema y tuvo que comparecer dos veces ante los tribunales. Podía haber trabajado en la finca de sus padres, cuidando con su progenitor las mezquinas vides que producían un vino muy flojo. Pero le espantaba la perspectiva de envejecer tratando de ganarse la vida en la pequeña hacienda, con sólo cuatro chicos de color como peones. A los dieciocho años ingresó voluntario en el Ejército, hizo la instrucción en Potchefstroom y fue destinado al Cuerpo de paracaidistas de Bloemfontein. Aquí fue donde encontró su verdadera vocación; aquí y en el duro *bushveld* de los alrededores de Pietersburg, donde se adiestró en la lucha contra los revoltosos. El Ejército reconoció sus buenas cualidades, salvo en una cuestión: su afición a pelear cuando no debía hacerlo. En una lucha a puñetazos, el cabo Duprée había dejado fuera de combate a un sargento, y el comandante en jefe lo había degradado a la categoría de soldado raso.

Enfurecido, desertó, pero fue detenido en un bar de East London, donde dio una paliza a dos PM antes de que pudiesen arrestarlo y enviarlo al calabozo por seis meses. Al salir de allí, vio un anuncio en un periódico de la noche, se presentó en una pequeña oficina de Durban y, dos días más tarde, salió en avión de África del Sur, con rumbo a la base de Kamina, en Katanga. Allí empezó su carrera de mercenario a los veintidós años, hacía ahora seis.

Mientras corría por la serpenteante carretera, cruzando Franshoek en dirección a Paarl Valley, se preguntaba si encontraría alguna carta de Shannon o de uno de los muchachos, ofreciéndole algún contrato. Pero, cuando llegó, no encontró nada en la oficina de Correos. Gruesos nubarrones se cernían sobre el mar, y empezaban a oírse truenos lejanos.

Sin duda llovería aquella noche; un fuerte y refrescante chaparrón. Y Janni contempló la Paarl Rock, el accidente geográfico que había dado su nombre al valle y a la ciudad, mucho tiempo atrás, cuando sus antepasados llegaron al valle. Siendo chico, solía observar, pasmado, aquella roca, de un gris opaco cuando estaba seca pero brillante como una enorme perla a la luz de la luna, cuando había llovido. Entonces se convertía en una masa resplandeciente, fulgurante, que dominaba la pequeña ciudad tendida a sus pies. Aunque la ciudad de su infancia no podía ofrecerle la clase de vida que él quería, no por ello dejaba de ser su hogar; y cuando veía la Roca de la Perla brillando bajo la luz, sabía que había vuelto a casa. Aquella noche habría querido estar en cualquier otra parte, preparándose para una nueva guerra.

Lo que no sabía era que, a la mañana siguiente, un telegrama de Shannon llegaría a la oficina de Correos de Paarl.

Marc Vlaminck, alias *Pequeño* Marc, apoyado en el mostrador del bar, ingería otra enorme y espumeante jarra de cerveza flamenca. Al otro lado de las ventanas del establecimiento regentado por su amiguita, las calles del barrio galante de Ostende estaban casi desiertas. Un viento frío soplaba del mar, y aún no habían llegado los primeros turistas del verano. Marc estaba aburrido.

Durante el primer mes, después de su regreso del trópico, se había sentido bien en casa, tomando, baños calientes y charlando con los camaradas que venían a verle. Incluso la Prensa local se había interesado por él, pero les había dicho que lo dejaran en paz. Lo que menos deseaba en el mundo era verse metido en líos con las autoridades, y sabía que éstas no se meterían con él, si no hacía ni decía nada que pudiera crearles dificultades con las Embajadas Africanas en Bruselas.

Pero, al cabo de unas semanas, empezó a pesarle su inactividad. Un par de noches atrás se había distraído un poco atizándole a un marinero que había tratado de pellizcar el trasero de Anna, zona considerada por él como de su propiedad exclusiva. Al recordarlo, una idea pasó por su cerebro. Podía oír ruidos apagados en el piso superior, donde Anna hacía la limpieza del pequeño departamento que compartían encima del bar. Bajó de su taburete, apuró el vaso y gritó:

—¡Si viene alguien, que se sirva él mismo!

Y empezó a subir la escalera. Pero, en aquel momento, se abrió la puerta y entró un repartidor de

telegramas.

Era una noche clara de primavera, con una chispita de frío en el aire, y el agua del puerto viejo de Marsella parecía de cristal. Por su centro, donde momentos antes se miraban como en un espejo los bares y cafés del puerto, un remolcador solitario trazó una estela de ondas que se propagaron sobre el agua y fueron a morir, con suave gorgoteo, bajo los cascos de las barcas de pesca ya amarradas. Los coches aparcados formaban una doble hilera ininterrumpida a lo largo de la Canebière; un olor a pescado frito salía de mil ventanas; los viejos bebían anisete, y los vendedores de heroína se deslizaban por los callejones, dedicados a sus productivos negocios. Era una noche como tantas.

En la multinacional Babel de bulliciosa humanidad, conocida por el nombre de Le Panier, donde sólo los policías están fuera de la ley, Jean-Baptiste Langarotti se hallaba sentado a la mesa del rincón de un pequeño bar, sorbiendo un «Ricard» con hielo.

No estaba tan aburrido como Janni Duprée o Marc Vlaminck. Los años pasados entre rejas le habían enseñado a interesarse incluso por las cosas menudas, y durante los prolongados períodos de inactividad sabía defenderse mejor que la mayoría de los otros.

Además, había conseguido un trabajo y se ganaba la vida, y éste le permitía conservar intactos sus ahorros.

Era un hombre ahorrativo, y sus reservas iban aumentando en la cuenta de un Banco suizo, de la que nadie tenía noticia. Un día podría comprar el pequeño bar de Calvi, que tanto ambicionaba.

Hacía un mes que un buen amigo suyo de los tiempos de Argelia había sido detenido por un pequeño asunto, referente a una maleta que contenía doce «Colt» del 45 del Ejército francés, y desde Les Baumettes había enviado un mensaje a Jean-Baptiste, pidiéndole que «cuidase» de la chica cuyas ganancias constituían el *modus vivendi* de su hoy encarcelado amigo. Este sabía que el corso era incapaz de engañarle. Ella era una buena chica, una tunantuela llamada Marie-Claire, pero que usaba el nombre de *Lola*, y que tenía su parada en un bar del distrito de Tubano. Se había encaprichado de Langarotti, tal vez debido a su estatura, y su único motivo de queja era que éste no le pegaba como solía hacer su amiguito de la cárcel. El hecho de ser bajito no era óbice para las funciones de «cuidador» de Langarotti, porque el resto del bajo mundo que hubiese podido pretender a *Lola* conocía perfectamente la fama de aquél.

Así, pues, *Lola* estaba contenta de ser la chica mejor cuidada de la ciudad, y Jean-Baptiste se alegraba de ir tirando, en espera de que se le ofreciese otro contrato. Mantenía contacto con unos cuantos tipos metidos en el negocio de los mercenarios, pero, más que en otro alguno, confiaba en Shannon. Este pertenecía a la clase

de hombres más buscados por los clientes.

Poco después de regresar a Francia, Langarotti había recibido una llamada de Charles Roux, desde París, y éste le había propuesto que firmase por él en exclusiva, a cambio de contratarle antes que a nadie cuando se presentara la ocasión. Roux le había hablado largo y tendido de media docena de proyectos que estaba fraguando, pero el corso no quiso comprometerse. Más tarde había hecho algunas averiguaciones y descubierto que todo lo de Roux era palabrería, pues no había montado ningún plan propio desde el día en que regresó de Bukavu, en el otoño de 1967, con una herida de bala en el brazo.

Langarotti suspiró, miró su reloj, apuró su vaso y se levantó para marcharse. Era hora de ir a buscar a *Lola* a su departamento y acompañarla al bar que era su centro de operaciones; después pasaría por la oficina de Correos para ver si había llegado algún telegrama de Shannon que le brindara la perspectiva de una nueva guerra.

En Munich hacía más frío que en la Ostende de Marc Vlamminck, y Kurt Semmler, cuya sangre se había debilitado durante los años pasados en el Lejano Oriente, en Argelia y en África, temblaba bajo su negro abrigo de cuero mientras se dirigía a la oficina de Correos. Pasaba regularmente por ella cada mañana y

cada noche, con la siempre renovada esperanza de encontrar una carta o un telegrama con noticias o con una invitación a entrevistarse con alguien, para una posible selección con motivo de un trabajo de mercenario.

Desde que regresó de África llevaba una existencia de ocio y aburrimiento. Como la mayoría de los militares veteranos, aborrecía la vida civil, vestía pésimamente, despreciaba la política y ansiaba alguna forma de rutina combinada con la acción. El retorno a su ciudad natal no había sido muy alentador. En todas partes veía jóvenes melencólicos, mugrientos e indisciplinados, que agitaban pancartas y gritaban slogans. Parecía inexistente el sentido de determinación, de entrega al ideal de la grandeza de la Patria y de su líder, que había absorbido completamente sus propias infancia y juventud, y el sentido del orden que caracterizaba la vida militar.

Incluso la vida del contrabandista en el Mediterráneo, por muy libre y despreocupada que fuese, presentaba, al menos, un aspecto de actividad y de riesgo, un sentimiento de misión planeada, ejecutada y cumplida. Cuando conducía una lancha rápida en dirección a la costa italiana, llevando a bordo dos toneladas de cigarrillos americanos, pudo imaginarse de nuevo en el Mekong, apercibiéndose para la lucha de la Legión contra los piratas del río Xoa Binh.

Munich no tenía el menor atractivo para él. Había

bebido demasiado, fumado demasiado, putañeado un poco, y se sentía totalmente desquiciado.

Aquella noche no había nada para él en la oficina de Correos. Pero mañana sería diferente, porque el telegrama de Shannon se deslizaba por los hilos metálicos a través de una Europa envuelta en sombras.

A medianoche, Marc Vlaminck telefoneó desde Ostende. El servicio telegráfico belga es excelente, y el reparto de mensajes dura hasta las diez de la noche. Shannon le dijo solamente que le esperase con un coche frente al Aeropuerto Nacional de Bruselas a la mañana siguiente, y le dio el número de su vuelo.

Bélgica tiene, para aquellos que desean operar a través de una cuenta bancaria discreta pero legal, muchas ventajas que superan a las del más notorio sistema bancario suizo. Mucho menos rica y poderosa que Alemania, y no neutral como Suiza, Bélgica permite que ilimitadas cantidades de dinero entren y salgan sin control o interferencia del Gobierno. Sus Bancos son tan discretos como los de Suiza, y por ello, a semejanza de los de Luxemburgo y Liechtenstein, han aumentado continuamente su volumen de operaciones a expensas de los suizos.

Aquella mañana, Shannon se hizo conducir por

Marc Vlaminck al «Kredietbank» de Brujas, en un viaje de setenta minutos desde el aeropuerto de Bruselas.

El corpulento belga sentía una viva curiosidad, pero se guardó muy bien de manifestarla. Ya en la carretera de Brujas, Shannon dijo, en pocas palabras, que le habían ofrecido un contrato y que había trabajo para cuatro ayudantes. ¿Interesaba a Vlaminck una de estas plazas?

Pequeño Marc dijo que, desde luego, le interesaba. Shannon le indicó que no podía decirle nada de la operación, salvo que había que montarla desde el principio y que la lucha sería fuerte. Podía ofrecerle una paga de 1250 dólares mensuales, más gastos, durante los tres meses próximos, y añadió que, si bien el trabajo no exigiría su salida del país hasta el tercer mes, tendría que correr algún riesgo dentro de Europa. Esto, desde luego, no correspondía exactamente al trabajo propio del mercenario; pero había que hacerlo. Marc gruñó.

—No me dedico a atracar Bancos —dijo—. Al menos, por una paga así.

—No se trata de eso. Necesito embarcar algunas armas. Y tenemos que hacerlo nosotros personalmente. Después, zarparemos con rumbo a África, y será allí donde se armará el fregado.

Marc sonrió.

—¿Una campaña larga, o un trabajo rápido?

—Un ataque —dijo Shannon—. Piensa que, si la cosa sale bien, puede seguir un contrato a largo plazo. No

puedo prometerlo, pero lo creo muy probable. Aparte de una buena recompensa si triunfamos.

—Muy bien, cuenta conmigo —dijo Marc, en el momento en que entraban en la plaza Mayor de Brujas.

La oficina principal del «Kredietbank» estaba situada en el número 25 de la Vlamingstraat, una estrecha calle flanqueada de edificios que mostraban el característico estilo arquitectónico flamenco del siglo XVIII, todos ellos en perfecto estado de conservación. La mayor parte de las plantas bajas habían sido convertidas en tiendas, pero el resto de las fachadas, de planta baja para arriba, recordaban las pinturas de los antiguos maestros.

Ya en el Banco, Shannon se presentó al jefe de la sección de cuentas extranjeras, señor Goossens, y le mostró su pasaporte a nombre de Keith Brown. A los cuarenta minutos, había abierto una cuenta corriente con un depósito inicial de 100 libras en efectivo, e informado al señor Goossens de que, de un momento a otro, llegaría una transferencia de 10 000 libras desde Suiza, de las cuales tenía que transferir 5000 a su cuenta del Banco de Londres. Dejó varias muestras de su firma como Keith Brown y convino con el hombre del Banco un sistema de establecer su identidad por teléfono, consistente en recitar los doce números de su cuenta en orden inverso y seguidos de la fecha del día anterior. De esta manera podría dar órdenes verbales de pagos y transferencias sin necesidad de trasladarse a

Brujas. Firmó una carta liberando al Banco de toda responsabilidad por el empleo de este método de comunicación y se obligó a consignar el número de su cuenta en tinta roja debajo de su firma, en todas sus órdenes escritas, también en prueba de autenticidad.

A las doce y media había terminado su gestión y se reunió con Vlaminck en el exterior. Despacharon una sólida comida acompañada de las inevitables patatas fritas en el «Café des Arts», en la plaza Mayor, frente al Ayuntamiento, y después Vlaminck lo llevó al aeropuerto de Bruselas. Antes de salir del «Fleming», Shannon le entregó 50 libras en efectivo y le dijo que tomase el transbordador Ostende-Dover el día siguiente y que estuviese en su piso de Londres a las seis de la tarde. Tuvo que esperar una hora su avión, pero llegó a Londres a la hora del té.

Simon Endean tuvo también un día muy ajetreado. Había tomado el primer avión con destino a Zurich y aterrizado en el aeropuerto de Kloten poco después de las diez. Al cabo de una hora se hallaba en la oficina principal del «Handelsbank» de Zurich, en el 58 de la Talstrasse, abriendo una cuenta corriente a su nombre. También él dejó varias muestras de su firma y convino, con el empleado del Banco que le atendió, un método de identificación de todas sus comunicaciones por escrito al Banco, consistente en anotar el número de la cuenta

al pie de la carta y, debajo de él, el número del día de la semana en que la carta había sido escrita. Este último número debía escribirlo en tinta verde, mientras que el de la cuenta debía estar indefectiblemente escrito en negro. Depositó las 500 libras en efectivo que había traído consigo e informó al Banco de que, dentro de la misma semana, serían transferidas otras 100 000 libras a su cuenta. Por último, dejó instrucciones en el sentido de que, cuando recibiesen esta transferencia, debían remitir 10 000 libras a Bélgica, a una cuenta cuyos datos remitiría oportunamente por correo. Firmó un largo contrato por el cual exoneraba al Banco de toda responsabilidad, incluso en caso de negligencia, quedando, por tanto, sin la menor protección legal. En todo caso, sabía muy bien que de nada podía servirle demandar a un Banco suizo ante un Tribunal helvético.

Tomó un taxi en la Talstrasse, echó una carta sellada en el buzón del «Banco Zwingli» y se dirigió a su aeropuerto.

A los treinta minutos, esta carta de sir James Manson estaba en manos del doctor Martin Steinhofer. Aparecía suscrita en la forma convenida por Manson en el Banco suizo para identificar su correspondencia. En ella se ordenaba al doctor Steinhofer que transfiriese 100 000 libras a la cuenta de míster Simon Endean en el «Haldelsbank», y se le decía que sir James le visitaría en su oficina el día siguiente, miércoles.

Endean llegó al aeropuerto de Londres poco antes

de las seis.

Martin Thorpe estaba agotado cuando llegó a su despacho aquel martes por la tarde. Había pasado los dos días del fin de semana y el lunes repasando metódicamente las 4500 fichas del índice de «Moodies», correspondientes a compañías cuyas acciones se cotizaban en la Bolsa de Londres.

Concentró todos sus esfuerzos en la búsqueda de una compañía adecuada, seleccionando las pequeñas y, entre ellas, las fundadas hacía muchos años, que llevaron una vida decadente y tenían un activo reducido; compañías que trabajaron con pérdidas en los tres últimos años, o incluso quebrado, o cuyos beneficios eran inferiores a las 10 000 libras. Estas sociedades debían tener también un capital inferior a 200 000 libras.

Había encontrado dos docenas de compañías que reunían estos requisitos, y las mostró a sir James Manson. Previamente había hecho con ellas una lista, numerándolas del uno al veinticuatro, según el orden que le había parecido más conveniente.

Pero aún tenía que hacer algo más, y a media tarde se plantó en la Cámara de Sociedades, en City Road, EC2.

Entregó a los archiveros la lista de sus seis primeras sociedades y pagó los derechos estatutarios por cada nombre de la lista, pago que le confería el derecho, como a cualquier otro ciudadano, de examinar todos los

documentos referentes a la compañía. Mientras esperaba que le trajesen al salón de lectura los ocho voluminosos legajos, echó un vistazo a la última lista oficial de la Bolsa y comprobó, con satisfacción, que ninguna de las ocho sociedades figuraba en ella con cotizaciones superiores a tres chelines la acción.

Cuando llegaron los legajos, empezó por el primero de la lista, repasando cuidadosamente todos los datos. Buscaba, sobre todo, tres cosas que no constaban en las fichas de «Moodies», que no son más que un resumen. Quería saber la distribución de la propiedad de las acciones; asegurarse de que la compañía no estuviese controlada por un consejo de administración complejo, y también de que no hubiese habido recientemente alguna compra de acciones por una tercera persona o un grupo asociado, lo cual indicaría que otro depredador de la City andaba en busca de una buena presa.

A la hora en que la Cámara de Sociedades cerró sus puertas, había repasado siete de los ocho legajos. Mañana vería los diecisiete restantes. Pero se sentía ya intrigado y ligeramente excitado por la tercera compañía de la lista. Sobre el papel, parecía una buena ocasión desde su punto de vista; incluso demasiado buena, y esto era lo que le preocupaba. Parecía tan buena, que le sorprendía que nadie le hubiese echado la zarpa mucho tiempo atrás. Tenía que haber algún escollo en alguna parte; pero, con el ingenio de Martin Thorpe, podía haber también una manera de salvarlo. Si

existía esta manera..., la cosa era perfecta.

Simon Endean telefoneó a Cat Shannon al piso de éste, a las diez de la noche. Shannon le informó de lo que había hecho, y Endean le resumió su propio trabajo del día. Dijo a Shannon que las 100 000 libras requeridas habrían sido transferidas aquella misma tarde a su nueva cuenta en Suiza, y Shannon dijo a Endean que ordenase la transferencia de las 10 000 primeras a la cuenta de Keith Brown en el «Kredietbank» de Brujas.

A los pocos minutos de colgar el teléfono, Endean había escrito ya su carta de instrucciones al «Handelsbank», recalcando que la suma transferida tenía que enviarse inmediatamente, pero que en ningún caso tenía que saber el Banco belga el nombre del titular de la cuenta suiza. Sólo había que citar el número de la cuenta en la transferencia, la cual debía hacerse por télex. Justo antes de medianoche, depositó la carta, con sello de urgencia, en la oficina de Correos de Trafalgar Square.

A las once y cuarenta y cinco minutos volvió a sonar el teléfono en el piso de Shannon. Era Semmler, que llamaba desde Munich. Shannon le dijo que tenía trabajo para toda la pandilla, si les interesaba; pero que

no podía trasladarse a Munich. Semmler debía tomar un billete de avión, sólo de ida, para Londres, y estar en la ciudad al día siguiente, a las seis. Le dio su dirección y le prometió pagarle los gastos en todo caso, así como el billete de vuelta si rehusaba el trabajo. Semmler se avino a hacer el viaje, y Shannon colgó.

La llamada siguiente fue de Langarotti, desde Marsella. Había encontrado el cablegrama de Shannon en su apartado de Correos. Estaría en Londres a las seis y acudiría al piso de Shannon.

Janni Duprée llamó más, tarde, a las doce y media de la noche. También él accedió a hacer los bártulos y volar los 13 000 kilómetros que lo separaban de Londres, aunque, para ello, necesitaría un día y medio. Estaría en el piso de Shannon el viernes por la tarde.

Recibida la última llamada, Shannon leyó durante una hora y apagó la luz. Así terminó el Día Uno.

Sir James Manson no voló en clase económica; tomó un pasaje de primera en el «Trident Three» de los hombres de negocios y despachó un succulento desayuno durante el vuelo a Zurich. Poco antes del mediodía fue conducido respetuosamente al lujoso despacho del doctor Martin Steinhofer.

Los dos hombres se conocían desde hacía diez años, y durante este tiempo el «Banco Zwingli» había realizado varias operaciones por cuenta de Manson, en

negocios en los que éste necesitaba valerse de un tercero para comprar acciones que, de haberse sabido que eran adquiridas por él, habrían triplicado su valor. El doctor Steinhofer apreciaba a su cliente y se levantó para estrecharle la mano e indicar un comfortable sillón al caballero inglés.

El suizo sacó una caja de cigarros e hizo traer café, junto con unos vasitos de «Kirschwasser». Cuando se hubo marchado el secretario, sir James entró en materia.

—Durante las próximas semanas trataré de adquirir la mayor parte de las acciones de una pequeña compañía inglesa. De momento, no puedo darle su nombre, porque aún no sé cuál será la más adecuada para la operación que me propongo realizar. Espero saberlo muy pronto.

El doctor Steinhofer asintió con la cabeza y sorbió su café.

—Al principio será una operación muy pequeña, en la que habrá que invertir poco dinero. Más tarde, tengo motivos para creer que llegarán ciertas noticias a la Bolsa que producirán un efecto saludable sobre el valor de las acciones de la compañía —siguió diciendo Manson.

No hacía falta que explicase al banquero suizo las normas que rigen en la Bolsa de Londres sobre las transacciones de valores, pues éste las conocía tan bien como el propio Manson, de la misma manera que

conocía todas las de las principales Bolsas y mercados del mundo.

De acuerdo con la Ley de Sociedades inglesa, cualquier persona que adquiriera el diez por ciento o más de las acciones de una compañía registrada tiene que declararlo a los directores dentro del término de catorce días. Lo que la ley pretende es permitir que el público sepa quién posee, y en qué cantidad, las acciones de las sociedades públicas.

Por esta razón, las agencias de Cambio y Bolsa londinenses que actúan con seriedad, al comprar acciones por cuenta de un cliente, se apresuran a dar cumplimiento a dicha ley e informar a los directores del nombre de su cliente, salvo en el caso de que la compra sea de menos de un diez por ciento de las acciones de la compañía, en cuyo caso puede permanecer anónimo el comprador.

Los grandes hombres de negocios pueden tratar de eludir esta ley y obtener el control secreto, valiéndose de hombres de paja. Pero, incluso en este caso, las agencias de Bolsa serias no tardan en descubrir que el comprador real de un gran paquete de acciones es una sola persona que opera a través de terceros, y se apresuran a cumplir la ley.

En cambio, un Banco suizo, no sometido a las leyes inglesas y sí a sus propias leyes sobre el secreto profesional, puede negarse lisa y llanamente a responder a cualquier pregunta relativa a las personas

que se ocultan tras los nombres de aquellos a quienes presenta como sus clientes, y a hacer revelación alguna, aunque sospechen en privado que tales nombres son pura fantasía.

Los dos hombres que conversaban aquella mañana en el despacho del doctor Steinhofer conocían perfectamente todas estas sutilezas.

—Para hacer la necesaria adquisición de acciones —siguió diciendo sir James—, me he puesto de acuerdo con seis asociados. Estos comprarán las acciones por mi cuenta. Todos ellos desean abrir pequeñas cuentas en el «Banco Zwingli» y pedirle que tenga la bondad de hacer las compras en su nombre.

El doctor Steinhofer dejó su taza de café sobre la mesa y asintió con la cabeza. Como buen suizo, creía que era una estupidez quebrantar las normas cuando éstas podían doblegarse legalmente, con la única condición de que no fuesen normas suizas, y también comprendía la importancia de no provocar un alza desenfrenada en el valor de unas acciones, incluso tratándose de una operación pequeña. Uno empieza ahorrando peniques, y acaba haciéndose rico si anda con cuidado.

—No veo ningún problema —dijo pausadamente—. ¿Vendrán esos caballeros a abrir sus cuentas?

Sir James exhaló una bocanada de aromático humo.

—Es probable que sus muchas ocupaciones no les permitan venir personalmente. Yo me hago representar

por mi asesor financiero. Para ahorrarme tiempo y molestias, ¿sabe? Y es muy posible que mis seis asociados deseen seguir el mismo procedimiento. ¿Ve usted algún inconveniente en ello?

—Claro que no —murmuró el doctor Steinhofer—. ¿Puede decirme quién es su ayudante financiero?

—Míster Martin Thorpe —respondió sir James Manson, sacando un sobre del bolsillo y entregándolo al banquero—. Estos son los poderes que he otorgado a su favor ante notario. Naturalmente, tiene usted en su poder mi firma registrada, por si desea compararla. En el documento constan las circunstancias completas del señor Thorpe y el número de su pasaporte, que pueden servirle para su identificación. Vendrá a Zurich la semana próxima o dentro del plazo máximo de diez días, para cumplimentar los últimos requisitos necesarios. Después actuará en mi nombre en todos los asuntos, y su firma será tan eficaz como la mía. ¿Le parece suficiente?

El doctor Steinhofer estudió la hoja de papel que había en el sobre, y asintió con la cabeza.

—Correcto, sir James. No veo ninguna dificultad.

Manson se levantó y apagó el cigarro en el cenicero.

—Entonces, sólo me queda despedirme de usted, doctor Steinhofer, y dejar todo lo demás en manos del señor Thorpe, el cual consultará conmigo todas las medidas que haya que tomar.

Se estrecharon la mano, y sir James Manson salió a

la calle. Al cerrarse silenciosamente la pesada puerta de roble detrás de él, se subió el cuello del gabán para protegerse del aire todavía frío de la norteña ciudad suiza, subió al coche de alquiler que le esperaba y ordenó al chófer que le llevara al «Baur au Lac». Allí se comía bien, pensó; por lo demás, Zurich era una ciudad horrible. Ni siquiera tenía un buen burdel.

El subsecretario auxiliar Sergei Golon estaba de mal humor aquella mañana. Mientras estaba desayunándose, había recibido una carta en la que se le comunicaba que su hijo había sido suspendido en los exámenes de ingreso en la Academia de Funcionarios Civiles, y a ello había seguido una trifulca familiar. En consecuencia, su acidez crónica le aseguraba un día de molestias continuas, y por si esto era poco, su secretario estaba enfermo y no había acudido a la oficina.

Al otro lado de las ventanas de su pequeño despacho de la sección de África Occidental del Ministerio de Asuntos Exteriores, los bulevares de Moscú, azotados por el viento, estaban aún cubiertos de nieve pisoteada, tristemente gris a la débil luz de la mañana, en espera de que llegase, al fin, la primavera.

—El buen tiempo tarda en llegar —había dicho el ordenanza, al aparcar, él su «Moskvich» en el garaje subterráneo del Ministerio.

Golon había asentido con un gruñido y tomado el

ascensor hasta el piso octavo, dispuesto a empezar el trabajo de la mañana. Privado de la ayuda de su secretario, había agarrado el montón de documentos confiados a su atención por diversos departamentos, y empezó ahora a revisarlos, mientras se deshacía en su boca una tableta contra la acidez.

El tercer legajo procedía de la oficina del subsecretario, el cual había escrito en la cubierta, con su caligrafía de oficinista: «Recomiendo encarecidamente la acción necesaria.» Golon leyó los papeles con el ceño fruncido. Observó que el expediente se había iniciado a causa de un informe interdepartamental del Servicio Secreto Exterior, y que su Ministerio, después de estudiarlo, había dado ciertas instrucciones al embajador Dobrovolski, el cual, según el último cablegrama recibido del mismo, las había cumplido al pie de la letra. La petición había sido aceptada, decía el embajador, y añadía que aconsejaba una rápida acción.

Golon gruñó. Como no había visto cumplido su deseo de ser embajador, sostenía ardientemente la opinión de que todos los hombres que ocupaban puestos diplomáticos en el extranjero estaban demasiado inclinados a pensar que sus respectivas parroquias tenían una importancia excepcional.

—Como si no tuviésemos otras cosas en que pensar —murmuró.

Había advertido ya el otro legajo que venía después del que estaba leyendo. Sabía que se refería a la

República de Guinea, y que, según el alud de telegramas que enviaba constantemente el embajador soviético, iba diariamente en aumento la influencia de China en Conakry. «Eso sí que tiene importancia», murmuró para sus adentros. Comparado con ello, ¿qué podía importar que hubiese o no estaño, en cantidad comercialmente rentable, en el interior de Zangaro? Además, la Unión Soviética estaba sobrada de estaño.

Sin embargo, la superioridad aconsejaba una rápida acción, y él, como buen funcionario, tenía que emprenderla. Solicitó una mecanógrafa y le dictó una carta dirigida al director del Instituto de Minas de Sverdlovsk, pidiéndole que formase un pequeño equipo de geólogos e ingenieros para efectuar la prospección de un presunto yacimiento en África Occidental, y que le comunicara el momento en que el equipo y los materiales estuviesen a punto para la partida.

Pensó que lo correcto era someter a la oficina correspondiente la cuestión del transporte a África Occidental, pero prefirió olvidarse de ello. Continuaba el doloroso ardor en el fondo de su garganta, a pesar de lo cual observó que la taquimecanógrafa tenía unas rodillas bastante hermosas.

Cat Shannon tuvo un día tranquilo. Se levantó tarde y se dirigió a su Banco del West End, donde sacó la mayor parte de las 1000 libras de su cuenta. Confiaba

en que esta suma sería sustituida con creces cuando llegase la transferencia de Bélgica.

Después de comer llamó por teléfono a su amigo el escritor, el cual pareció sorprendido al oírle.

—Pensaba que te habías marchado de la ciudad —dijo.

—¿Por qué había de hacerlo? —preguntó Shannon.

—Bueno, la pequeña Julia te estuvo buscando. Por lo visto, le causaste muy buena impresión. Carrie dice que no ha parado de hablarle de ti. El caso es que te llamó al «Lowndes», y le dijeron que te habías marchado sin dejar señas.

Shannon le prometió que la llamaría. Le dio su número de teléfono, pero no su dirección. Después de este preámbulo, le pidió una información.

—Supongo que podría dártela —dijo su amigo, en tono dubitativo—. Pero, francamente, tendría que llamarle primero para asegurarme de que no hay inconveniente.

—Bueno, hazlo —dijo Shannon—. Dile que se trata de mí, que necesito verle y que estoy dispuesto a ir allí para hablar un rato con él. Dile también que no le molestaría si no creyese que es importante.

El escritor accedió a hacer la llamada y telefonar después a Shannon, para darle el número de teléfono y la dirección del hombre con quien quería hablar, si éste no tenía inconveniente en verse con él.

Por la tarde, Shannon escribió al señor Goossens,

del «Kredietbank», diciéndole que daría la dirección del Banco a dos o tres compañeros de negocios para que le escribiesen allí, y que mantendría contacto telefónico con el Banco para saber si había llegado alguna correspondencia. También enviaría algunas cartas a sus socios por medio del «Kredietbank», para lo cual las remitiría al señor Goossens bajo sobre dirigido a éste. Pedía al señor Goossens que lo abriese, sacase la carta que habría en su interior en sobre cerrado, con la dirección pero sin sello, y la remitiese desde Brujas a su destino. Por último, indicaba al señor Goossens que cargase todos los gastos en su cuenta.

A las cinco de la tarde, Endean lo llamó a su piso, y Shannon le informó de lo que había hecho, pero omitiendo la conversación con su amigo el escritor, a quien nunca se había referido al hablar con Endean. En cambio, le dijo que esperaba la llegada por separado a Londres de tres de los cuatro asociados que había elegido, a fin de instruirlos aquel mismo día, y que el cuarto llegaría el viernes por la tarde.

Martin Thorpe terminó su investigación después de cinco días de trabajo agotador. Había revisado los datos de otras diecisiete compañías en City Road, y redactado una segunda lista abreviada, esta vez de cinco sociedades. La encabezaba la compañía que le había llamado la atención el día anterior. Acabó su lectura

mediada la tarde, y como sir James Manson no había regresado de Zurich, Thorpe resolvió descansar durante el resto del día. Informaría a su jefe por la mañana, y después iniciaría sus investigaciones privadas sobre la situación de su compañía predilecta, una investigación que habría de revelar si ésta se hallaba disponible. A última hora de la tarde se encontraba de nuevo en Hampstead Garden Suburb segando el césped.

Capítulo IX

El primer mercenario que llegó al aeropuerto londinense de Heathrow fue Kurt Semmler, en el vuelo de la «Lufthansa» desde Munich. Trató de hablar con Shannon por teléfono, después de pasar la aduana, pero no obtuvo respuesta. Como era temprano para la cita, resolvió esperar en el aeropuerto y se sentó en el restaurante, junto a una ventana que daba a las pistas de la estación número dos. Mientras fumaba nerviosamente un cigarrillo tras otro y tomaba café, observó cómo despegaban los reactores que se dirigían a Europa.

Vlaminck telefoneó a Shannon justo después de las cinco. Cat consultó una lista de tres hoteles próximos a su departamento y leyó el nombre de uno de ellos. El

belga lo anotó, letra por letra, en la cabina telefónica de la Estación Victoria. Unos minutos más tarde, paró un taxi delante de la estación y mostró el papel al conductor.

Semmler volvió a llamar, diez minutos después de Vlaminck. Recibió también el nombre de un hotel, lo anotó y tomó un taxi al salir del aeropuerto.

Langarotti fue el último en llamar, momentos antes de las seis, desde la terminal de Cromwell Road. También tomó un taxi para dirigirse a su hotel.

A las siete, Shannon los llamó a los tres y los citó en su piso para dentro de media hora.

La primera noticia que tuvo cada uno de ellos de la presencia de los demás fue cuando se encontraron reunidos. Las francas sonrisas con que acompañaron sus saluciones se debieron, en primer lugar, a la satisfacción de ver a unos viejos amigos, pero también a la seguridad de que el gasto realizado por Shannon para traerlos a Londres, con promesa de rembolsarles de los suyos, sólo podía significar que éste andaba sobrado de dinero. Si se preguntaron quién podía ser el patrono, fueron lo bastante discretos para no hacerlo de palabra.

Su primera impresión se vio fortalecida cuando Shannon les dijo que había llamado a Duprée para que viniese de África del Sur, en las mismas condiciones. Un pasaje que costaba 500 libras quería decir que no se trataba de un juego. Se sentaron, pues, dispuestos a

escuchar.

—El trabajo que se me ha encargado —les dijo— es un plan que tiene que organizarse desde el principio. No se ha hecho ningún proyecto, sino que debemos hacerlo nosotros. Se trata de lanzar un ataque, fuerte y rápido, estilo comando, contra una ciudad de la costa africana. Tenemos que asaltar un edificio, apoderarnos de él, liquidar a los que estén dentro y retirarnos inmediatamente.

La reacción que se produjo correspondió a lo que esperaba. Los hombres cambiaron unas miradas de aprobación. Vlaminck sonrió ampliamente y se rascó el pecho: Semmler murmuró *Klasse* y encendió un cigarrillo con la colilla de otro. Ofreció el paquete a Shannon, y éste rehusó a regañadientes. Langarotti guardó silencio, mirando fijamente a Shannon y deslizado con suavidad la hoja de su cuchillo sobre la cinta de cuero negro enrollada en su puño izquierdo.

Shannon extendió un plano en el suelo, delante de los reunidos, y éstos lo observaron atentamente. Era un plano muy tosco, en el que aparecían un sector de la costa y una serie de edificios tierra adentro. Era incluso poco exacto, pues no constaban en él los dos espigones que caracterizaban el puerto de Clarence. Pero bastaba para indicar la clase de operación que habría de efectuarse.

El jefe mercenario habló durante veinte minutos, esbozando el sistema de ataque que había propuesto ya

a su patrono como única manera de lograr su objetivo, y los tres hombres se mostraron de acuerdo con él. Ninguno de ellos preguntó el nombre de su punto de destino. Sabían que Shannon no se lo diría, y que ninguna falta hacía que lo supiesen. No era una muestra de desconfianza, sino una simple medida de seguridad. Y si el secreto llegaba a descubrirse, preferían que no se pudiese sospechar de ellos.

Shannon hablaba en francés, sacando a relucir, a pesar de su fuerte acento, lo que había aprendido en el 6.º Comando en el Congo. Sabía que Vlaminck, como cumplía a un barman de Ostende, comprendía bastante el inglés, y que Semmler poseía un vocabulario de unas doscientas palabras. Pero Langarotti ignoraba casi totalmente este idioma, por lo cual era el francés su lengua común, salvo cuando estaba presente Duprée y había que traducírselo todo.

—Conque, ya lo sabéis —dijo. Shannon, al terminar su explicación—. Las condiciones son un salario de 1250 dólares mensuales, a partir de mañana por la mañana, más gastos de manutención y viajes mientras estéis en Europa. El presupuesto está calculado con exceso, en relación con la tarea. Sólo dos de los trabajos que hemos de realizar durante la fase preparatoria son ilegales, pues he procurado mantener todos los preparativos posibles dentro de la más estricta legalidad. El primero de aquéllos es el paso clandestino de la frontera entre Bélgica y Francia; el segundo, la carga de unas cajas en

un barco, en algún lugar del sur de Europa. Todos intervendremos en ambas cosas.

»Puedo garantizaros el salario de tres meses, más una recompensa de 5000 dólares para cada uno si triunfamos. Y ahora, ¿cuál es vuestra decisión?

Los tres hombres se miraron. Vlaminck asintió con la cabeza.

—Cuenta conmigo —respondió—. Ya te lo dije ayer. Parece un buen asunto.

Langarotti siguió afilando su cuchillo.

—¿No va contra los intereses de Francia? —preguntó—. No quisiera verme en el exilio.

—Te doy mi palabra de que el golpe no va dirigido contra los franceses en África.

—*D'accord* —dijo simplemente el corso.

—¿Y la cuestión del seguro? —preguntó el alemán—. En mi caso, carece de importancia, pues no tengo parientes; pero; ¿y en el de Marc?

El belga asintió con la cabeza.

—Sí; no quisiera dejar a Anna sin recursos —dijo.

Los mercenarios en funciones suelen ser asegurados por su patrono a razón de 20 000 dólares en caso de muerte, y de 6 000, en el de pérdida de un miembro.

—Tendréis que concertarlo vosotros mismos, pero por cantidades tan altas como queráis. Si algo le ocurre a alguien, todos los demás jurarán que cayó al mar por accidente. Y si padece una grave lesión, pero sobrevive, jurarán que se la produjo al subir unas máquinas a

bordo. Debéis aseguráros para un viaje por mar desde Europa a África del Sur, como pasajeros de un pequeño buque de carga. ¿De acuerdo?

Los tres hombres asintieron.

—Adelante —dijo Semmler.

Se estrecharon las manos y quedó cerrado el trato. Después, Shannon expuso las tareas que quería confiar a cada cual.

—Kurt, el viernes cobrarás tu primera mensualidad, y otras mil libras para gastos. Quiero que vayas al Mediterráneo y empieces a buscar un barco. Necesito un pequeño carguero que tenga un historial limpio. No olvides esto. Tiene que tener la documentación en orden para la venta. De cien a doscientas toneladas; puede ser un barco de cabotaje, un remolcador transformado o incluso una embarcación de la Armada pasada al servicio civil, pero que no tenga el aspecto de un yate. No hace falta que sea veloz, pero sí seguro. Un barco capaz de recoger un cargamento en el Mediterráneo, aunque sea de armas, sin llamar la atención. Tiene que estar registrado como buque de carga y ser propiedad de una pequeña compañía o de su propio patrón. Su precio no debe superar las veinticinco mil libras, incluido cualquier gasto de puesta a punto. Debe estar en condiciones de zarpar, con combustible y vituallas suficientes para un viaje a Ciudad del Cabo, dentro como máximo de sesenta días, a partir de hoy. ¿Comprendido?

Semmler asintió con la cabeza y empezó inmediatamente a pensar en sus contactos dentro del mundo de los barcos.

—Jean-Baptiste, ¿cuál es la ciudad del Mediterráneo que conoces mejor?

—Marsella —dijo Langarotti, sin vacilar.

—Bien. Cobrarás tu mensualidad y otras quinientas libras el viernes. Irás a Marsella, te alojarás en un pequeño hotel y empezarás a buscar lo que voy a decirte. Necesito tres botes hinchables, semirrígidos, como los que fabricaba «Zodiac». De esos que se transformaron para deportes acuáticos, partiendo de los botes de desembarco de los Comandos de la Marina. Cómpralos en establecimientos distintos y guárdalos en el almacén de un respetable consignatario de buques, para su exportación a Marruecos. Objeto: esquí acuático y pesca submarina en una localidad veraniega. Color negro. Necesito también tres potentes motores fuera borda, con arranque de batería. Los botes deben ser capaces de transportar una tonelada de carga. Y los motores tienen que alcanzar, con el bote cargado, una velocidad mínima de diez nudos. Para ello, tendrán que tener unos sesenta caballos de fuerza. Muy importante: tienes que asegurarte de que los tubos de escape estén debajo del agua, para una silenciosa navegación. Si no puedes conseguirlos en estas condiciones, haz que un mecánico te fabrique tres extensiones de tubo de escape, con las necesarias válvulas, para acoplarlas a los

motores. Guárdalos en el mismo almacén de la casa consignataria, para idéntico fin que los botes: deporte acuático en Marruecos. Las quinientas libras no serán bastante para todo esto. Abre una cuenta en un Banco y envíame el nombre y el número a esta dirección. Te enviaré el dinero por transferencia. Cómpralo todo por separado, y mándame por correo la lista de precios. ¿De acuerdo?

Langarotti asintió y continuó afilando su cuchillo.

—Marc, ¿recuerdas que me dijiste una vez que conocías a un hombre, en Bélgica, que se había llevado mil metralletas «Schmeisser» nuevas de un almacén alemán, en 1945, y que todavía guardaba la mitad de ellas? Quiero que vayas a Ostende el viernes, con tu salario y otras quinientas libras, y localices a ese hombre. Pregúntale si quiere vender. Necesito cien armas, en perfecto estado de funcionamiento. Se las pagaré a cien dólares la pieza, que es mucho más del precio corriente. Cuando lo hayas encontrado; dímelo, pero sólo por carta, a fin de que pueda entrevistarme con él. ¿Entendido?

A las nueve y media se levantó la sesión; los tres hombres habían comprendido y grabado en la memoria sus respectivas instrucciones.

—Bueno, ¿y si nos fuésemos a cenar? —dijo Shannon a sus colegas.

La proposición fue aceptada con alborozo, pues los hombres sólo habían tomado el almuerzo y los

bocadillos del avión, y estaban hambrientos. Shannon los llevó al restaurante de la esquina, el «Paprika», a tomar un bocado. Seguían hablando en francés, pero nadie les prestaba atención, salvo alguna mirada cuando estallaban fuertes carcajadas en el grupo. Saltaba a la vista que estaban excitados por algo, pero ninguno de los otros comensales podía sospechar que el ruidoso grupo del rincón se disponía a guerrear de nuevo bajo el mando de Cat Shannon.

Allende el Canal otra persona pensaba intensamente en Carlo Alfred Thomas Shannon, aunque sus pensamientos estaban muy lejos de ser amistosos. Paseaba arriba y abajo por el cuarto de estar de su apartamento, en uno de los bulevares residenciales próximos a la Place de la Bastille, rumiando la información que había recogido durante la última semana y la noticia, procedente de Marsella, que había recibido hacía unas pocas horas.

Si el escritor que le había recomendado a Simon Endean, como alternativa para llevar a cabo el proyecto de éste, hubiese conocido mejor al francés, su descripción habría sido menos halagüeña. Pero sólo conocía los hechos básicos de su historial, y muy poco, acerca de su carácter. También ignoraba, y por esto no pudo decírselo a Endean, el odio mortal que sentía Roux por su otro recomendado: Cat Shannon.

Después de su entrevista con Endean, Roux había esperado quince días a que se produjese la segunda llamada. Pero, al no recibir noticias, llegó forzosamente a la conclusión de que, o bien el hombre que se hacía llamar Walter Harris había abandonado su proyecto, o bien otra persona había conseguido el trabajo.

Siguiendo el hilo de la segunda hipótesis, había pensado en los otros posibles candidatos a la misión ofrecida por el hombre de negocios inglés. Y mientras investigaba o hacía investigar esta cuestión, se enteró de que Cat Shannon había estado en París, alojándose, con su propio nombre, en un pequeño hotel de Montmartre. Este hecho le impresionó, pues había perdido la pista de Shannon desde su entrevista en el aeropuerto de Le Bourget, y se imaginaba que el hombre se había marchado de París.

Llegado a este punto, y cosa de una semana más tarde, había encargado a un hombre, a quien sabía fiel a su persona, que hiciese una investigación a fondo sobre Shannon. Este hombre se llamaba Henri Alain y también había sido mercenario.

A las veinticuatro horas, Alain le informó de que Shannon se había marchado de su hotel de Montmartre, no regresando a él. También dijo a Roux otras dos cosas: que la desaparición de Shannon se había producido la mañana después de recibir Roux la visita del hombre de negocios londinense, y que Shannon recibió también a un visitante aquella misma tarde. El

conserje del hotel, persuadido por unas monedas, describió al visitante de Shannon, y Roux ya no dudó de que éste era el mismo que se había entrevistado con él.

Resultaba, pues, que míster Harris, de Londres, había hablado con dos mercenarios en París, aunque sólo necesitaba uno. Después, Shannon desapareció, y él, Roux, se había quedado con un palmo de narices. El hecho de que precisamente Shannon hubiese obtenido el contrato aumentaba su furor, pues nadie era más odiado que aquél en esta casa del distrito XI.

Roux hizo que Henri Alain vigilase el hotel durante cuatro días; pero Shannon no regresó. Después, siguió otra pista. Recordaba que los periódicos habían relacionado los nombres de Shannon y el corso Langarotti al relatar los últimos días de lucha en el enclave. Era probable que, si Shannon volvía a las andadas, hiciera lo propio Langarotti. Por consiguiente, envió a Henri Alain a Marsella, para que buscara al corso y averiguara dónde podía estar Shannon. Y Alain acababa de regresar con la noticia de que Langarotti se había marchado de Marsella aquella misma tarde. Destino: Londres.

Roux se volvió hacia su informador.

—*Bon*, Henri. Esto es todo. Me pondré al habla contigo cuando vuelva a necesitarte. Mientras tanto, ¿podrás conseguir que el conserje del hotel de Montmartre te avise si regresa Shannon?

—Desde Luego —dijo Alain, levantándose.

—Entonces, telefonéame en seguida si sabes algo.

Cuando Alain hubo salido, Roux se sumió en profunda reflexión. Estaba convencido de que la marcha de Langarotti, precisamente a Londres, significaba que el corso había ido a reunirse con Shannon. Lo cual significaba, a su vez, que Shannon estaba reclutando gente; y esto sólo podía significar que había obtenido un contrato. Roux estaba seguro de que era Walter Harris quien le había encargado el trabajo, un trabajo que, a su modo de ver, le correspondía a él. Era una impertinencia reclutar a un inglés en suelo francés, territorio que Roux consideraba como de su exclusiva pertenencia.

Pero tenía otra sólida razón para desear el contrato de Harris. No había trabajado desde que terminó lo de Bukavu, y era muy probable que la comunidad mercenaria francesa se le escapase de las manos si no podía proporcionarle algún trabajo. Si Shannon no pudiera continuar, si, por ejemplo, desapareciese para siempre, lo lógico sería que mister Harris volviese a Roux y le contratase, como hubiera debido hacer desde el principio.

Sin pensarlo más llamó por teléfono a otro número de París.

En Londres, la cena tocaba a su fin. Los hombres habían ingerido una buena cantidad de vino de garrafa,

pues, como la mayoría de los mercenarios, preferían el vino áspero. *Pequeño* Marc levantó su vaso y brindó como solían hacerlo en el Congo:

*Vive la mort, vive la guerre
Vive le sacré mercenaire.*

Retrepado en su silla, despejada la mente mientras los otros se emborrachaban, Cat Shannon se preguntó cuán grande sería el estropicio que se produciría cuando soltase a aquella jauría en el palacio de Kimba. Sin decir palabra, levantó su vaso y bebió a la salud de los perros de la guerra.

Charles Roux tenía cuarenta y ocho años y ribetes de locura, aunque estas dos circunstancias no guardaban relación. Nadie habría podido declararle loco, pero la mayoría de los psiquiatras le habrían calificado, como mínimo, de desequilibrado mental. Este diagnóstico se habría fundado en la existencia de un alto grado de megalomanía, aunque éste lo tienen también muchas personas que no están en el manicomio, y suele interpretarse amablemente, al menos cuando se trata de gente rica y famosa, como un egocentrismo exagerado.

Los mismos psiquiatras habrían advertido también, probablemente, un matiz paranoico, y quizás un facultativo más severo habría llegado a sugerir ciertos

rasgos de psicópata en el mercenario francés. Pero, como Roux no había sido nunca reconocido por un psiquiatra experto, y dado que su desequilibrio quedaba generalmente bien disimulado bajo la capa de cierta inteligencia y de considerable astucia, no se habían suscitado nunca estas cuestiones.

Los únicos síntomas externos de su constitución estribaban en la facilidad con que se atribuía una posición y una importancia completamente ilusorias, en su empeño de sostener que nunca se había equivocado y que los que mantenían lo contrario mentían descaradamente, así como su capacidad para odiar furiosamente a aquellos que creía se habían portado mal con él.

Muchas veces, las víctimas de su odio habían hecho poco o nada, aparte de desengañar a Roux; pero, en el caso de Shannon, se habían dado ciertos motivos para que, al menos, le resultase antipático.

Roux había sido sargento mayor en el Ejército francés hasta casi los cuarenta años, cuando fue expulsado por cierto asunto relativo a una malversación de fondos.

En 1961, hallándose a dos velas, se había trasladado por su cuenta a Katanga, donde se presentó al entonces líder del movimiento secesionista katangués, Moisés Tshombé, como consejero experimentado. Aquel año, la lucha por arrancar la provincia de Katanga, tan rica en minerales, de la unión con el extenso, anárquico y

recién independizado Congo, había llegado a su punto culminante. Varios de los hombres que más tarde serían caudillos mercenarios empezaron su carrera en aquel lío de Katanga. Hoare, Denard y Schramme figuraron entre ellos. A pesar de sus protestas de que era capaz de grandes cosas, sólo se permitió a Roux desempeñar un liviano papel en los sucesos katanguenses, y cuando las poderosas Naciones Unidas consiguieron al fin vencer a las pequeñas bandas de audaces pistoleros —por medios políticos, ya que no militares—, Roux estuvo entre los que salieron del país.

Esto ocurría en 1962. Dos años más tarde, cuando el Congo caía como una fruta madura en manos de los símbar, apoyados por los comunistas, Tshombé fue llamado del exilio, no para hacerse cargo de Katanga, sino de todo el Congo. Tshombé llamó a su vez a Hoare, y Roux estaba entre los que volvieron para, servir a las órdenes de éste. Como francés, lo natural habría sido que sirviese en el 6° Comando, que era de habla francesa; pero, como entonces procedía de África del Sur, fue incorporado al 5°. Aquí fue colocado al frente de una compañía, y seis meses más tarde un joven anglo-irlandés, llamado Shannon, ocupó uno de los puestos de comandante de su sección.

La ruptura entre Roux y Hoare se produjo tres meses después. Cuando estaba ya convencido de su propia superioridad como jefe militar, se encargó a Roux la misión de abrir una carretera bloqueada por los

simbas. Trazó su propio plan de ataque, y éste acabó en un desastre total. Resultaron muertos cuatro mercenarios blancos y una veintena de reclutas katangueños. Esto se debió, en parte, al plan de ataque, y en parte, a que Roux estaba borracho como una cuba. La borrachera era una prueba más de que, a pesar de sus baladronadas, Roux temía los combates.

El coronel Hoare pidió un informe a Roux, y éste se lo dio. Ciertos pasajes de él no concordaban con los hechos. Hoare envió a buscar al único jefe superviviente de la sección, Carlo Shannon, y lo interrogó a fondo. Como resultado de ello, mandó llamar a Roux y lo destituyó en el acto.

Roux se dirigió al norte e ingresó en el 6° Comando, al frente del cual estaban Denard y Paulis; dijo que su salida del 5° Comando se había debido a la antipatía racial de un oficial inferior inglés contra su digno jefe francés, motivo que Denard aceptó sin la menor dificultad. Nombró a Roux segundo jefe de un pequeño comando nominalmente dependiente del 6°, pero casi independiente en la práctica. Era el 14° Comando, estacionado en Watsa y mandado por el comandante Tavernier.

En 1966, Hoare se había retirado y marchado a casa, y Tavernier hizo lo mismo. El 14° Comando estaba bajo el mando del comandante Wautier, que, como Tavernier, era de nacionalidad belga. Roux seguía ocupando el segundo puesto y odiaba a Wautier. Y no

porque el belga le hubiese hecho algo, sino porque Roux esperaba ser ascendido al marcharse Tavernier. No había sido así, y por esto odiaba a Wautier.

El 14° Comando, del que formaban parte muchos reclutas katangueños, fue la punta de lanza del motín de 1966 contra el Gobierno congoleño. Este había sido bien planeado por Wautier, y tenía probabilidades de éxito. *Black Jack* Schramme, al frente de su 10° Comando, en el que predominaban los katangueños, se mantuvo a la expectativa hasta ver cómo marchaba la cosa. Si Wautier hubiese acaudillado la rebelión, ésta habría podido triunfar; *Black Jack* habría metido probablemente al 10° en el fregado, y el Gobierno congoleño habría sido derribado. Para empezar la rebelión, Wautier había traído el 14° Comando a Stanleyville, donde se hallaba un enorme arsenal en la orilla izquierda del río Congo, con municiones suficientes para permitir, a quien se apoderase de él, dominar durante años el Congo central y oriental.

Dos horas antes del ataque, el comandante Wautier fue muerto de un disparo. No pudo demostrarse la culpabilidad de nadie, pero, en realidad, había sido Roux quien le metiera una bala en la nuca. Un hombre más avisado, habría renunciado al ataque. Pero Roux insistió en tomar el mando, y el motín fue un verdadero desastre. Sus fuerzas no llegaron a cruzar el río hasta la orilla izquierda; el Ejército congoleño se puso en pie al enterarse de que el arsenal seguía en su poder, y la

unidad de Roux fue aniquilada hasta el último hombre. Schramme dio gracias a su buena estrella por haberse mantenido al margen del fracaso. Roux huyó, aterrizado, y buscó la protección de John Peters, nuevo jefe del 5° Comando de habla inglesa, el cual tampoco había intervenido en el motín. Peters sacó al desesperado Roux del país, envuelto en vendajes y haciéndolo pasar por inglés.

El único avión se dirigía a África del Sur, y por esto Roux fue a parar allí. Diez meses después volvió en avión al Congo, esta vez acompañado de cinco sudafricanos. Había oído rumores de que se estaba preparando una revuelta para el mes de julio de 1967, y se reunió con Schramme en el cuartel general del 10° Comando, cerca de Kindu. Estaba de nuevo en Stanleyville cuando estalló el motín, en el que ahora participaban Schramme y Denard. A las pocas horas, Denard quedó fuera de combate, herido en la cabeza por el rebote de una bala disparada erróneamente por uno de sus propios hombres. Roux, alegando que, como francés, debía tener preferencia sobre el belga Schramme, y sosteniendo que era el mejor militar disponible y el único capaz de mandar a los mercenarios, presentó su candidatura para el mando supremo.

La elección recayó en Schramme, no porque fuese el mejor hombre para mandar a los blancos, sino porque era el único que podía mandar a los katangueños, sin los

cuales se habría encontrado la pequeña banda de europeos en abrumadora inferioridad numérica.

La pretensión de Roux fracasó por dos motivos. Los katanguenses lo despreciaban y desconfiaban de él, recordando que una unidad de su pueblo había sido aniquilada por su culpa el año anterior. Y en el consejo de los mercenarios, celebrado la misma noche en que Denard fue enviado por vía aérea en camilla a Rhodesia, se pronunció contra el nombramiento uno de los jefes de compañía del propio Denard, Shannon, que, por no servir bajo las órdenes de Peters, había abandonado el 5° Comando dieciocho meses antes, para incorporarse al 6°.

Por segunda vez fracasaron los mercenarios en su intento de apoderarse del arsenal, y Schramme optó por la larga marcha desde Stanleyville hasta Bukavu, población veraniega de la orilla del lago del mismo nombre, que lindaba con la vecina República de Ruanda y permitiría la retirada si las cosas tomaban mal cariz.

Roux odiaba a muerte a Shannon, y a fin de mantenerlos separados, Schramme confió a la compañía del segundo el arriesgado papel de unidad de vanguardia, encargándole abrir el camino, mientras la columna de mercenarios katanguenses y millares de partidarios, marchaban por tierras congoleñas en dirección al lago. Roux fue encargado de una misión en la retaguardia, evitándose así que los dos hombres se encontraran.

Se encontraron al fin en la población de Bukavu, después de que los mercenarios se hiciesen fuertes en ella y de que los congoleños los rodearan por todas partes, salvo por la del lago que se extendía detrás del pueblo. Corría el mes de septiembre de 1967, y Roux estaba borracho. Durante una partida de cartas, en la que perdió por falta de decisión, Roux acusó a Shannon de hacer trampas. Este replicó diciendo que Roux fracasaba jugando al póquer como había fracasado en sus ataques contra las barricadas de los nimbas, y por la misma razón: le faltaban agallas. Se hizo un silencio mortal en el grupo sentado a la mesa, mientras los otros mercenarios se retiraban y colocaban de espaldas a la pared. Pero Roux no reaccionó. Echando chispas por los ojos, dejó que el joven se levantara y se dirigiera a la puerta. Sólo entonces, cuando el irlandés le había vuelto la espalda, sacó Roux el «Colt» 45, que todos llevaban, y apuntó.

Shannon fue más rápido. Se volvió, sacó su automática e hizo fuego. Fue un tiro de suerte, habida cuenta de que disparó desde la altura de la cadera y al dar media vuelta. Alcanzó a Roux en el brazo derecho, abrió un agujero en su bíceps y le dejó el brazo colgando, inútil, junto al costado, mientras la sangre goteaba de sus dedos sobre el inservible «Colt» caído en el suelo.

—Una cosa más que recordar —le gritó Shannon—. También recuerdo lo que le ocurrió a Wautier.

Después de esto, Roux no tenía ya nada que hacer allí. Cruzó el puente en dirección a Ruanda, se hizo llevar a la capital, Kigali, y tomó el avión para Francia. Esto lo libró de ver la caída de Bukavu, cuando se agotaron las municiones en noviembre, y de cinco meses de campo de concentración en Kigali. Pero perdió también la oportunidad de ajustarle las cuentas a Shannon.

Como fue el primero en regresar de Bukavu a París, Roux concedió varias entrevistas, en el curso de las cuales habló encomiásticamente de sí mismo, de su herida en combate y de su deseo de volver para ponerse al frente de sus hombres. El fracaso de Dilolo, cuando un recuperado Denard intentó una mal proyectada invasión del Congo desde Angola, como maniobra de diversión para aliviar la presión sobre los suyos en Bukavu, y el virtual retiro del antiguo jefe del 6° Comando, hicieron pensar a Roux que tenía derecho a reclamar la jefatura de los mercenarios franceses. Había ganado mucho dinero con sus pillajes en el Congo, y lo había puesto a buen recaudo.

Gracias a este dinero, podía aún causar impresión entre los parroquianos de los bares y los vagabundos callejeros que alardeaban de su condición de mercenarios y que le profesaban cierta lealtad, aunque fuese comprada.

Henri Alain era uno de éstos, como también lo era otro hombre que le visitó después, respondiendo a una

llamada telefónica. Era otro mercenario, pero de un tipo diferente.

Raymond Thomard era un asesino por instinto y profesión. Había estado una vez en el Congo, huyendo de la Policía, y Roux lo había utilizado como guardaespaldas. Por unas cuantas monedas, y erróneamente persuadido de que Roux era un tipo de pelo en pecho, Thomard le era todo lo fiel que puede ser un hombre a su sueldo.

—Tengo un trabajo para ti —le dijo Roux—. Un contrato que vale cinco mil dólares. ¿Te interesa?

Thomard sonrió.

—Claro que sí, patrón. ¿A qué bicho tengo que eliminar?

—A Cat Shannon.

Thomard puso cara larga. Roux prosiguió, sin darle tiempo a contestar:

—Sé que es bueno. Pero tú eres mejor. Además, no sospecha nada. Te daré su dirección, cuando vuelva a París. Sólo tienes que esperarlo a la salida del hotel y pillarlo cuando más te convenga. ¿Te conoce de vista?

Thomard movió la cabeza.

—Nunca nos encontramos.

Roux le dio una palmada en la espalda.

—Entonces, no tienes nada que temer. Permanece en contacto conmigo, y yo te diré cuándo y dónde puedes encontrarlo.

Capítulo X

La carta enviada por Simon Endean el martes por la noche llegó al «Handelsbank» de Zurich a las diez de la mañana del jueves. De acuerdo con las instrucciones contenidas en ella, transfirieron, por télex, 10 000 libras a la cuenta de míster Keith Brown en el «Kredietbank» de Brujas.

Al mediodía, el señor Goossens había recibido el télex y remitió 5000 libras a la cuenta de míster Brown en el West End de Londres. Poco antes de las cuatro de la tarde, Shannon llamó por teléfono a su Banco y se enteró de que la transferencia había llegado. Pidió al director que le tuviese preparadas 3500 libras, en dinero efectivo, a la mañana siguiente. El director le respondió que podría retirarlas a las once y media.

Poco después de las nueve de aquella misma mañana, Martín Thorpe se presentó en el despacho de sir James Manson, con el legajo que contenía sus hallazgos desde el sábado anterior.

Los dos hombres repasaron juntos la breve lista, estudiando las fotocopias de documentos adquiridas en la Cámara de Sociedades el martes y el miércoles. Cuando hubieron terminado, Manson se retrepó en su sillón y se quedó mirando el techo.

—Sin duda, tiene usted razón en lo de la «Bormac», Martin —dijo—; pero, ¿por qué diablos no compró

alguien, hace ya tiempo, el paquete del principal accionista?

Era la misma pregunta que Martin Thorpe se había estado haciendo durante todo el día y la noche anterior.

La «Bormac Trading Company Limited» había sido fundada en 1904 para explotar el producto de una serie de grandes plantaciones de caucho, creadas en los últimos años del siglo pasado, gracias al trabajo de esclavos de los culis chinos.

El fundador de la empresa había sido un escocés emprendedor y despiadado, Ian Macallister y convertido en sir Ian Macallister en 1921, y las fincas estaban situadas en Borneo. De aquí la denominación de la compañía.

Más constructor que hombre de negocios, Macallister se avino, en 1903, a asociarse con un grupo de hombres de empresa londinenses, y, el año siguiente, se creó la «Bormac» con una suscripción de medio millón de acciones. Macallister, que se había casado el año anterior con una joven de diecisiete años, recibió 150 000 acciones, un puesto en el Consejo de Administración y la dirección vitalicia de las plantaciones.

Diez años después de la fundación de la compañía, los hombres de negocios londinenses celebraron una serie de lucrativos contratos con sociedades que suministraban caucho a la industria de guerra británica, y el precio de las acciones subió, de su valor nominal de

cuatro chelines, a más de dos libras. El auge de los que comerciaban con la guerra duró hasta 1918. La compañía experimentó una fuerte baja en sus acciones poco después de la Primera Guerra Mundial, hasta que la locura del automóvil de los años veinte trajo consigo una enorme demanda de neumáticos, y de nuevo subieron las acciones. Esta vez se hizo una nueva emisión de acciones, a la par, con lo que el volumen total de acciones en el mercado subió a un millón, y el paquete de sir Ian, a 300 000. A partir de entonces, no hubo nuevas emisiones.

La Depresión hizo bajar de nuevo el valor de las acciones, que empezaron a recobrase en 1937. Aquel año, uno de los culis chinos se volvió loco y le gastó una broma pesada a sir Ian, mientras éste dormía, con un parang de enorme hoja. Por extraña ironía, el hombre murió a causa de una intoxicación de la sangre. El subdirector asumió el mando, pero carecía del empuje del director fallecido, y descendió la producción cuando aumentaban los precios. La Segunda Guerra Mundial habría podido resultar muy provechosa para la compañía, pero la invasión japonesa de 1941 interrumpió los suministros.

En definitiva, la compañía recibió el tiro de gracia de manos del movimiento nacionalista indonesio, que, en 1948, arrancó a Holanda el control de las Indias Orientales Holandesas y de Borneo. Cuando se trazó la frontera entre el Borneo indonesio y el Borneo del norte

británico, las fincas de la compañía quedaron del lado indonesio y no tardaron en ser nacionalizadas sin indemnización.

Durante más de veinte años, la compañía se había tambaleado, con su activo irrecuperable y gastado el dinero que le quedaba en inútiles pleitos contra el régimen del presidente Sukarno, mientras sus acciones seguían bajando. Cuando Martin Thorpe examinó los libros de la compañía, aquéllas se cotizaban a un chelín, y el precio más alto alcanzado en el año anterior había sido de un chelín y tres peniques.

El Consejo de Administración estaba compuesto por cinco miembros, y según los estatutos de la compañía, bastaba con el voto de dos de ellos para adoptar resoluciones. Resultó que la sociedad tenía su domicilio en las oficinas de una antigua firma de procuradores de la City, uno de los cuales actuaba como secretario de la compañía y era también miembro del Consejo. El domicilio primitivo había sido abandonado hacía tiempo, debido a la elevación de los costos. Las reuniones del Consejo eran muy raras y, generalmente, sólo se celebraban cuando venía el presidente, un anciano que vivía en Sussex y que era el hermano menor del antiguo subdirector de sir Ian, el cual murió a manos de los japoneses durante la guerra, y cuyas acciones pasaron a su hermano. El presidente celebraba las reuniones del Consejo con el secretario de la compañía, o sea, el procurador de la City, y sólo

ocasionalmente, con uno de los otros tres miembros, que también vivían muy lejos de Londres. Había pocos asuntos de que tratar, y la compañía no tenía más ingresos que los ocasionales y tardíos pagos que, en concepto de indemnización, hacía el Gobierno indonesio, ahora bajo la presidencia del general Suharto.

Los cinco miembros del Consejo no poseían, entre todos, más de un dieciocho por ciento del millón de acciones, y otro cincuenta y dos por ciento estaba repartido entre seis mil quinientos accionistas desperdigados por todo el país. Entre ellos parecía haber una buena proporción de mujeres, casadas y viudas. Sin duda, muchas carteras de acciones dormían olvidadas en los bancos y en las oficinas de los procuradores, como habían hecho durante años.

Pero esto no interesaba a Thorpe y a Manson. Si hubiesen tratado de adquirir una mayoría de acciones en el mercado, habrían tardado años en conseguirlo, y; además, los observadores de la City se habrían dado cuenta de que alguien andaba detrás de «Bormac». Su interés estaba en el paquete de 300 000 acciones que poseía la viuda lady Macallister.

El enigma estriba en por qué nadie, en tantos años, hubiese comprado todo el paquete de acciones y adquirido el control de la antaño floreciente compañía. Era una sociedad ideal en muchos sentidos, pues el objeto consignado en sus estatutos era muy amplio y

permitía a la compañía operar con toda clase de explotaciones de recursos naturales de cualquier país, fuera del Reino Unido.

—Debe de tener al menos ochenta y cinco años —dijo Thorpe, al fin—. Vive en un horrible y viejo caserón de Kensington, servida por una antigua dama de compañía, o como quiera que se llame a esas mujeres.

—Tienen que haberle hecho propuestas —murmuró sir James—. ¿Por qué se aferra a sus acciones?

Tal vez, simplemente, porque no quiere vender —dijo Thorpe—, o porque no le gustaron las personas que pretendieron comprar. Los viejos son a veces muy extraños.

En realidad, no sólo los viejos se muestran ilógicos cuando se trata de comprar y vender acciones y valores. Muchos agentes de Cambio y Bolsa han visto cómo un cliente se negaba a aceptar una seria y ventajosa oferta, por la única y sencilla razón de que el agente les resultaba antipático.

Sir James Manson se incorporó en su sillón y apoyó los codos sobre la mesa.

Martin, infórmese acerca de esa anciana. Averigüe quién es, cómo piensa, qué le gusta y qué le disgusta, cuáles son sus aficiones y, sobre todo, cuál es su punto flaco. Tiene que tener alguno; es posible que una pequeñez constituya para ella una tentación demasiado fuerte, por la que estaría dispuesta a vender sus

acciones. Probablemente no será el dinero, pues se lo habrán ofrecido antes de ahora. Pero tiene que haber algo. Averígüelo.

Thorpe se levantó para marcharse. Manson le invitó, con un ademán, a sentarse de nuevo. Sacó seis impresos de un cajón de su mesa; eran otras tantas solicitudes de apertura de cuenta numerada en el «Banco Zwingli», de la ciudad de Zurich.

Explicó brevemente lo que había que hacer, y Thorpe asintió con un movimiento de cabeza.

—Tome el avión de la mañana, y podrá estar de regreso por la noche —dijo Manson, y su ayudante salió del despacho.

Simon Endean llamó por teléfono a Shannon algo después de las dos, y éste le dio cuenta de las gestiones efectuadas hasta aquel momento. Al ayudante de Manson le gustó la precisión del informe de Shannon y anotó los detalles en un bloc, para poder trasladarlos más tarde a sir James.

Cuando hubo terminado, Shannon formuló sus nuevas peticiones.

—Necesito cinco mil libras transferidas por télex de su Banco suizo a mi cuenta a nombre de Keith Brown, en la «Banque de Luxembourg», Luxemburgo, antes del mediodía del lunes próximo —dijo a Endean—, y otras cinco mil transferidas directamente, asimismo por télex,

a mi cuenta de la oficina principal del «Landesbank» de Hamburgo, el miércoles por la mañana.

Explicó a continuación cómo había gastado las 5 000 libras que se había traído a Londres, y dijo que las otras 5 000 las necesitaba como reserva en Brujas. Las dos cantidades iguales que quería tener en Luxemburgo y en Hamburgo eran para poder mostrar unos cheques certificados a sus proveedores, a fin de demostrarles su solvencia antes de iniciar las negociaciones para las compras. Más tarde, la mayor parte del dinero sería remitida a Brujas, y él rendiría cumplida cuenta del saldo.

—En todo caso, puedo enviarle una relación completa de los gastos efectuados hasta ahora o que he de efectuar inmediatamente —dijo a Endean—, mas, para ello, debo conocer su dirección postal.

Endean le dio las señas de una agencia en la que había alquilado un apartado aquella misma mañana, a nombre de Walter Harris, y prometió cursar inmediatas instrucciones a Zurich para la transferencia de las dos cantidades de 5 000 libras a favor de Keith Brown, a los Bancos de Luxemburgo y Hamburgo.

Janni Duprée llamó desde el aeropuerto de Londres a las cinco. Su viaje había sido el más largo; de Ciudad del Cabo a Johannesburgo, el día anterior; una parada para pasar la noche en Holiday Inn, y después, el largo

vuelo en la «SAA», pasando por Luanda, en Angola portuguesa, y por la Isla do Sol, para no sobrevolar ninguna república negra africana. Shannon le dijo que tomara un taxi y fuese directamente a su piso.

Mientras tanto, Shannon llamó a los otros tres mercenarios en sus respectivos hoteles y les ordenó que acudiesen también a su casa.

A las seis, se celebró una segunda reunión, en la que todos dieron la bienvenida al sudafricano y escucharon en silencio cómo daba Shannon a Duprée la misma explicación que les había dado a ellos la noche anterior. Al oír las condiciones, la cara de Janni se iluminó con una amplia sonrisa.

—¿Vamos a luchar de nuevo, Cat? ¡Cuenta conmigo!

—Buen chico. Ahora voy a decirte lo que tienes que hacer. Permanecerás en Londres y buscarás un pequeño apartamento. Yo te ayudaré mañana a encontrarlo. Leeré los anuncios del *Evening Standard* y, antes de la noche, tendrás un alojamiento fijo.

»Quiero que te encargues de comprar toda nuestra ropa. Necesitamos cincuenta camisetas de manga corta, cincuenta calzoncillos y cincuenta pares de calcetines finos de nilón. Después, una muda de lo mismo para cada hombre, o sea, cien prendas de cada clase en total... Más tarde te daré la lista. Además, cincuenta pantalones de campaña, con preferencia de camuflaje para la selva y haciendo juego con las chaquetas. Y cincuenta guerreras de campaña, con cremallera en su

parte anterior y con el mismo camuflaje.

»Puedes comprarlo todo, sin disimulos, en tiendas de artículos de camping y de deporte, y en las de prendas sobrantes del Ejército. Incluso los *hippies* empiezan a llevar chaquetas de campaña en la ciudad, y lo propio hacen los cazadores en el campo.

»Puedes comprar todas las camisetas, calzoncillos y calcetines en el mismo establecimiento; en cambio, las guerreras y los pantalones debes adquirirlos en establecimientos diferentes. Comprarás también cincuenta boinas verdes y cincuenta pares de botas. Los pantalones deben ser de la talla más grande, para que podamos acortarlos cuando llegue el momento; en cuanto a las chaquetas, compra una mitad de talla grande, y la otra, de talla mediana. Compra las botas en una tienda de artículos de camping. No quiero las botas pesadas del Ejército británico, sino las verdes de lona, impermeables y con cordones.

»Pasemos a otra cosa. Necesito cincuenta cinturones resistentes; bolsas para municiones; mochilas y sacos de excursionista, de esos que tienen un ligero marco tubular. Estos, con algunas modificaciones, servirán para llevar los cohetes bazuca. Por último, cincuenta sacos de dormir de nilón ligero. ¿Comprendido? Más tarde te daré la lista por escrito.

Duprée asintió con la cabeza.

—Bueno. ¿Cuánto costará todo el lote?

—Unas mil libras. Al precio corriente. Coge las

páginas amarillas de la guía telefónica, y, en «Tiendas de Lance», encontrarás una docena de nombres y direcciones. Compra las guerreras; las bolsas; los cinturones; las boinas; las mochilas; los sacos y las botas, en tiendas diferentes para cada artículo. Paga al contado y llévate la mercancía. No des tu verdadero nombre, aunque no creo que te lo pregunten, y tampoco des tu verdadera dirección.

»Cuando hayas comprado todo el material, guárdalo en un almacén de depósito cualquiera, haz que lo embalen para la exportación, y ponte en contacto con cuatro agencias de transporte distintas y que se dediquen a la exportación de mercancías. Págalas y haz que envíen los bultos, en cuatro remesas separadas, a una agencia de Marsella, para ser recogidas por monsieur Jean-Baptiste Langarotti.

—¿Qué agente de Marsella? —preguntó Duprée.

—Todavía no lo sabemos —dijo Shannon. Y, volviéndose al corso—: Jean, cuando sepas el nombre de la agencia de que pienses valerte para el transporte de los botes y los motores, manda el nombre y la dirección a Londres; una copia, dirigida a mí, en este piso, y otra a Jan Duprée, lista de Correos, oficina de Correos de Trafalgar Square, Londres. ¿De acuerdo?

Langarotti anotó la dirección, mientras Shannon traducía las instrucciones a Duprée.

—Janni, ve allí uno de estos días y arregla lo de la lista de Correos. Después, pásate por allí cada semana,

hasta que llegue la carta de Jean. Entonces, di a la agencia de transportes que envíen los bultos a la agencia de Marsella, como mercancías de exportación en tránsito por dicho puerto, y propiedad de Langarotti. En cuanto al dinero, acaban de notificarme desde Bruselas que ha llegado la transferencia.

Los tres europeos sacaron unas hojas de papel de sus bolsillos, mientras Shannon cogía la matriz del billete aéreo de Duprée. Después, Shannon sacó de su escritorio cuatro cartas dirigidas por él al señor Goossens, del «Kredietbank». Todas las cartas decían aproximadamente lo mismo. Ordenaban al «Kredietbank» que transfiriese una cantidad en blanco, de dinero, en dólares USA, de la cuenta de míster Keit Brown a otra cuenta a nombre de míster X.

Shannon llenó las casillas con las cantidades equivalentes a los pasajes de avión, ida y vuelta, entre Ostende, Marsella, Munich y Ciudad del Cabo y Londres. Las cartas pedían también al señor Goossens que transfiriese la cantidad de 1250 dólares a cada uno de dichos señores a la cuenta de los mencionados Bancos, el mismo día de recibir aquéllas, y, sucesivamente, los días 5 de mayo y de junio siguientes. Los mercenarios dictaron a Shannon el nombre de su Banco respectivo, radicado generalmente en Suiza, y Shannon cumplimentó las correspondientes casillas.

Cuando hubo terminado, los interesados leyeron las cartas, y Shannon las firmó, las introdujo en otros

tantos sobres y entregó éstos a los interesados para que los echasen al buzón.

Por último, dio 50 libras en efectivo a cada uno, para cubrirlos gastos de su estancia de 48 horas en Londres, y los citó para las once de la mañana siguiente, frente a la puerta de su Banco londinense.

Cuando todos se hubieron marchado, se sentó y escribió una larga carta a un hombre que se encontraba en África. Después, llamó por teléfono al escritor, el cual, después de asegurarse, también por teléfono, de que podía hacerlo, le dio la dirección postal del Africano. Aquella noche, Shannon envió la carta, con sello de urgencia, y cenó solo.

Martin Thorpe celebró su entrevista con el doctor Steinhofen, en el «Banco Zwingli», antes de la hora de comer. Como sir James Manson había anunciado previamente su visita, Thorpe recibió el mismo trato ceremonioso que aquél.

Presentó al banquero las seis peticiones de apertura de cuentas numeradas. Todas habían sido llenadas y firmadas como era debido. En dos tarjetas separadas, aparecían las firmas de los hombres que pretendían abrir las cuentas. Sus apellidos eran Adams, Ball, Carter, Davies, Edwards y Frost.

Cada solicitud iba acompañada de otros dos documentos. Uno de ellos era un poder notarial, según

el cual los señores Adams, Ball, Carter, Davies, Edwards y Frost autorizaban por separado a míster Martin Thorpe para operar en las respectivas cuentas en su nombre. El otro era una carta firmada por sir James Manson, pidiendo al doctor Steinhofer que transfiriese a la cuenta de cada uno de sus socios la suma de 50 000 libras, extrayéndola de su propia cuenta.

El doctor Steinhofer no era tan ingenuo ni tan nuevo en el negocio de la Banca para no creer que el hecho de que los apellidos de los seis «socios» empezasen con las seis primeras letras del alfabeto era una curiosa coincidencia. Pero también pensaba que la posible inexistencia de los seis titulares de las cuentas no era asunto de su incumbencia. Si un rico hombre de negocios inglés quería burlar las fastidiosas normas de su propia Ley de Sociedades, allá él con su responsabilidad. Además, el doctor Steinhofer sabía cosas acerca de muchos hombres de negocios de la City que, de haber trascendido al Departamento de Comercio de Londres, habrían provocado investigaciones suficientes paró mantener ocupado a este Ministerio por todo lo que restaba de siglo.

Pero el doctor Steinhofer tenía otro sólido motivo para alargar la mano y aceptar las peticiones que le entregaba Thorpe.

Si las acciones que la compañía que sir James quería comprar secretamente subían hasta astronómicos niveles —y el doctor Steinhofer no podía imaginar otra

razón de la operación—, nada impediría al banquero suizo comprar algunas de tales acciones por su propia cuenta.

—La compañía que nos interesa se denomina «Bormac Trading Company» —le dijo Thorpe pausadamente.

A continuación, expuso la situación de la compañía y el hecho de que la anciana lady Macallister poseía 300 000 acciones, o sea, el treinta por ciento del capital de la sociedad.

—Tenemos motivos para creer que se han realizado otros intentos para persuadir a esta anciana de que venda sus acciones —siguió diciendo—. Al parecer, no dieron resultado. Ahora lo intentaremos nosotros. Pero, aunque no lo consiguiésemos, seguiríamos adelante y buscaríamos otra compañía.

El doctor Steinhofer le escuchaba en silencio, fumando su cigarro.

—Como sabe usted muy bien, doctor Steinhofer, sería imposible que un solo comprador adquiriese todas esas acciones sin declarar su identidad. Por consiguiente, habrá cuatro compradores, que serán míster Adams, míster Ball, míster Carter y míster Davies, cada uno de los cuales comprará un siete y medio por ciento del capital de la compañía. Desearíamos que usted actuase en nombre de los cuatro.

El doctor Steinhofer asintió con un movimiento de

cabeza. Era una práctica corriente.

—Desde luego, míster Thorpe.

—Trataré de persuadir a la anciana señora de que firme los «vendí» de las acciones dejando en blanco el nombre del comprador. Lo haré, simplemente, porque algunas personas de Inglaterra, y en particular las ancianas, piensan que los Bancos suizos son..., ¿cómo lo diría...? organizaciones un tanto misteriosas.

—Supongo que quiere usted decir siniestras —dijo el doctor Steinhofer tranquilamente—. Lo comprendo muy bien. Pero no importa. Cuando se haya entrevistado usted con esa dama, intentaremos arreglarlo todo de la mejor manera. Pero dígame a sir James que no tema. La compra será efectuada por cuatro compradores distintos, y así no se quebrantarán las normas de la Ley de Sociedades.

Tal como sir James Manson había previsto, Thorpe estaba de regreso en Londres al anochecer, dispuesto a empezar su fin de semana.

Los cuatro mercenarios esperaban en la calle cuando Shannon salió de su Banco, poco antes de las doce. Llevaba cuatro sobres en la mano.

—Marc, ahí va el tuyo. En él hay quinientas libras. Como vivirás en casa, tus gastos serán mínimos. Con las quinientas libras, tienes que comprar una furgoneta y alquilar un sitio para encerrarla. También tienes que adquirir otras cosas. Encontrarás la lista dentro del sobre. Busca al hombre que tiene las «Schmeisser» en

venta, y concierta una entrevista entre él y yo. Te llamaré por teléfono a tu bar dentro de diez días.

El gigante belga asintió y paró un taxi junto al bordillo, para que lo llevase a la Estación Victoria, donde tomaría el tren para enlazar con el transbordador de Ostende.

—Kurt, éste es tu sobre. Hay en él mil libras, porque tu viaje será mucho más largo. Encuentra el barco en el plazo máximo de cuarenta días. Manténte en contacto conmigo, por teléfono y cable, pero sé breve y discreto en su empleo. Puedes decir las cosas con franqueza en las cartas que dirijas a mi piso. Si intervienen mi correspondencia, estaremos listos de todos modos.

»Jean-Baptiste, aquí hay quinientas libras para ti. Tienen que bastarte para cuarenta días. No te metas en líos, y evita los lugares que solías frecuentar. Cuando hayas encontrado los botes y los motores, avísame por carta. Abre una cuenta bancaria y dime dónde la has abierto. Si me parecen bien la mercancía y el precio, te transferiré el dinero. Y no te olvides de la agencia consignataria. Manténte siempre dentro de los cauces legales.

El francés y el alemán cogieron el dinero y buscaron un segundo taxi que los llevase al aeropuerto de Londres; Semmler, para trasladarse a Nápoles, y Langarotti, a Marsella.

Shannon cogió a Duprée del brazo, y ambos bajaron juntos por Piccadilly. Shannon entregó a Duprée el

sobre correspondiente.

—Aquí hay mil quinientas libras, Janni. Creo que con mil tendrás bastante para la compra, el almacenamiento, el embalaje y los gastos de transporte hasta Marsella, y aún te sobrará algo. Con las otras quinientas, podrás vivir cuatro o seis semanas. Quiero que empieces a proyectar las adquisiciones el lunes por la mañana. Haz la lista de tiendas y almacenes durante el fin de semana, valiéndote de las páginas amarillas de la guía de teléfonos y de un plano de la ciudad. Tienes treinta días para hacer todas las compras, pues la mercancía debe estar en Marsella dentro de cuarenta y cinco.

Se detuvo para comprar un periódico de la tarde, lo abrió, buscó la página de «Alquileres» y mostró a Duprée las columnas de anuncios de pisos y apartamentos por alquilar, con muebles o sin ellos.

—Encuentra un pisito para esta noche y dame mañana la dirección.

Se despidieron antes de llegar a Hyde Park Corner.

Shannon pasó la velada redactando un extracto de cuentas completo para Endean. Señaló que, en total, había consumido la mayor parte de las 5 000 libras transferidas desde Brujas, y que dejaría los pocos cientos restantes en la cuenta de Londres, como reserva.

Por último, observó que no había cobrado nada de

las 10 000 libras correspondientes a su salario, y propuso que Endean las transfiriese de su cuenta suiza a la de Shannon en la propia Suiza, o bien a la cuenta a nombre de Keith Brown en el Banco belga.

Envió la carta el viernes por la noche.

Como tenía libre el fin de semana, llamó a Julia Manson y la invitó a cenar. Ella estaba a punto de salir, para pasar el sábado y el domingo en la casa de campo de sus padres; pero los llamó por teléfono y les dijo que no iría. Era ya bastante tarde cuando pasó a recoger a Shannon, con su aspecto desvergonzado de niña mimada, al volante de un «MGB» rojo.

—¿Has reservado mesa en alguna parte? —le preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

—Prefiero que vayamos a uno de mis locales acostumbrados —dijo ella—. Te presentaré a algunos amigos.

Shannon movió la cabeza.

—Olvídalo —denegó—. No quiero que me pase lo de siempre. Estoy harto de que la gente me mire como a una fiera del zoo y se pase la noche haciéndome estúpidas preguntas sobre el arte de matar hombres. Es un fastidio.

Ella hizo un mohín.

—Por favor, Cat.

—¡Nanay!

—Oye: no diré quién eres ni lo que haces. Será un

secreto. Vamos. Nadie te conocerá de vista.

Shannon flaqueó:

—Con una condición —dijo—. Me llamo Keith Brown. ¿Lo has entendido bien? Keith Brown. Eso es todo. No digas quién soy ni de dónde vengo. Ni lo que hago. ¿Comprendido?

Ella rió entre dientes.

—Estupendo —dijo—. Buena idea. El Señor Misterio en persona. Vamos allá, míster Keith Brown.

Lo llevó a «Tramps», donde era muy conocida. Johnny Gold se levantó de su mesa junto a la puerta al entrar ellos y saludó efusivamente a Julia besándola en ambas mejillas. Ella le presentó a Shannon, y los dos hombres se estrecharon la mano.

—Me alegro de conocerte, Keith. Que os divirtáis.

Cenaron en una de las mesas dispuestas paralelamente a la barra del bar, empezando con un cóctel de langosta servido en una piña vaciada. Sentado frente al salón, Shannon echó una ojeada a los comensales; la mayoría de ellos, de largos cabellos y descuidada indumentaria, pertenecían sin duda al mundo del espectáculo o sus aledaños. Otros eran evidentemente jóvenes hombres de negocios que trataban de cambiar de ambiente o de conquistar a alguna modelo o corista. Entre estos últimos vio a alguien que conocía, el cual estaba sentado al otro lado del comedor con un grupo, fuera del campo visual de Julia.

Después de la langosta, Shannon pidió *bangers and mash*, y se levantó, después de excusarse con Julia. Se dirigió a la puerta y al vestíbulo, como si fuese al lavabo de caballeros. A los pocos segundos sintió que una mano se apoyaba en su hombro, se volvió y se encontró frente a Simon Endean.

—¿Ha perdido usted el juicio? —gruñó el hombre duro de la City.

Shannon le miró con fingida sorpresa y ojos llenos de candor.

—No; creo que no. ¿Por qué?

Endean estuvo a punto de decírselo, pero se contuvo a tiempo. Tenía el rostro pálido de ira. Conocía lo bastante a su jefe para saber lo mucho que estimaba a su presuntamente cándida hijita, y pensaba cuál sería la reacción de Manson si se enteraba de que Shannon salía, y tal vez se acostaba con ella.

Pero se hallaba en un callejón sin salida. Pensó que era muy posible que Shannon ignorase el verdadero nombre de la chica, y estaba seguro de que desconocía la existencia de Manson. Si le reprendía por cenar con una chica llamada Julia Manson, «revelaría» su propia preocupación y el nombre de Manson, y tal vez le haría sospechar el papel de éste y del propio Endean en el asunto que se traían entre manos. Tampoco podía decirle que se apartase de ella, pues Shannon consultaría con la joven, y ésta le diría quién era Endean. Reprimió su furia.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó tontamente.

—Estoy cenando —respondió Shannon, fingiendo extrañeza—. Escuche, Harris: si quiero salir a cenar con una chica, es asunto mío. No tengo nada que hacer en este fin de semana. Debo esperar hasta el lunes para volar a Luxemburgo.

Endean se puso aún más furioso. No podía explicar a Shannon que lo que le preocupaba no era en modo alguno las distracciones que pudiera tomarse durante el trabajo.

—¿Quién es esa chica? —le preguntó.

Shannon se encogió de hombros.

—Se llama Julia —dijo—. La conocí en un café hace un par de días.

—¿Y se la llevó? —preguntó Endean, horrorizado.

—Llámelo así, si quiere. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh, por nada! Pero tenga cuidado con las chicas, con todas las chicas. Sería mejor que prescindiese de ellas por una temporada; eso es todo.

—No se preocupe por mi seguridad, Harris. No cometeré ninguna indiscreción, ni en la cama, ni fuera de ella. Le dije que me llamaba Keith Brown, que estaba de vacaciones en Londres y que trabajo en un negocio de petróleo.

Por toda respuesta, Endean dio media vuelta, encargó a Paolo que dijese a los de su grupo que había tenido que salir y se dirigió a la escalera y a la calle antes de que Julia Manson pudiese reconocerle. Shannon le

miró alejarse.

—Allá tú —dijo en voz baja— con el maldito sir James Manson.

Ya en la calle, Endean maldijo para sus adentros. Aparte esto, sólo podía desear que Shannon le hubiese dicho la verdad en lo de Keith Brown, y que Julia Manson no dijera nada a su padre sobre su nuevo amigo.

Shannon y la chica bailaron hasta poco antes de las tres y tuvieron su primera disputa cuando se dirigían al piso de él. Shannon le dijo que sería mejor que no le dijese a su padre que salía con un mercenario, ni siquiera que mencionara su nombre.

—Por lo que me has dicho de él, parece que te tiene en gran aprecio. Probablemente, te enviaría fuera de aquí o te pondría bajo la tutela de un Tribunal.

Entonces, ella empezó a pincharle, poniendo cara seria y diciéndole que era capaz de manejar a su padre, como siempre lo había hecho, y que, en todo caso, la intervención de un tribunal sería divertida y haría que su nombre saliese en los periódicos. Además, arguyó, siempre cabía el recurso de que Shannon la raptara y huyesen juntos.

Shannon no estaba muy seguro de si hablaba en serio o no, y pensó que aquella noche había ido demasiado lejos al provocar a Endean, aunque, en realidad, no había planeado el encuentro. Todavía discutían cuando llegaron al cuarto de estar del piso de

él.

—Bueno, no admito que nadie me diga lo que tengo que hacer —dijo la chica, tirando su abrigo sobre un sillón.

—Pues yo te lo diré —gruñó Shannon—. Guardarás silencio absoluto acerca de mí cuando estés con tu padre. Y punto final.

La chica le sacó la lengua.

—Haré lo que me dé la gana —insistió; y para recalcar sus palabras, dio una patada en el suelo.

Shannon se enfadó. Cogió a la niña, le hizo dar media vuelta, la llevó hasta el sillón, se sentó y la tendió de bruces sobre sus rodillas. Durante cinco minutos hubo dos clases de ruido en el cuarto de estar: los chillidos de protesta de la chica y los azotes de la mano de Shannon. Cuando al fin la soltó éste, Julia corrió al dormitorio, sollozando a gritos, y cerró la puerta de golpe.

Shannon se encogió de hombros. La suerte estaba echada, y nada podía hacerse. Se dirigió a la cocina, hizo café y bebió despacio una taza junto a la ventana, contemplando las puertas de atrás de las casas, al otro lado de los jardines, casi todas ellas a oscuras, como correspondía al sueño de los respetables vecinos de St. John's Wood.

Cuando entró en el dormitorio, éste estaba a oscuras. En el borde más alejado de la cama de matrimonio había un bulto, pero no se oía el menor

ruido, como si la niña contuviese la respiración. En la mitad de la estancia pisó el vestido de ella, y dos pasos más allá tropezó con uno de sus zapatos. Se sentó en el lecho y, al habituarse sus ojos a la oscuridad, vio la cara de Julia sobre la almohada, mirándole fijamente.

—Eres un cerdo —murmuró ella.

El se inclinó hacia delante y deslizó una mano entre su cuello y su mandíbula, en una suave y firme caricia.

Nadie me había pegado hasta hoy.

—Por eso te volviste lo que eres —murmuró él.

—¿Qué soy?

—Una niña mimada.

—No es verdad. —Hizo una pausa.— Sí; lo soy.

El siguió acariciándola.

—Cat.

—¿Sí?

—¿Crees realmente que papá me apartaría de ti si se lo dijese?

—Sí; estoy seguro.

—¿Y pensaste que yo se lo diría?

—Pensé que podías hacerlo.

—¿Te enfadaste por eso?

—Sí.

—Entonces, ¿sólo me pegaste porque me quieres?

—Supongo que sí.

Ella volvió la cabeza y le lamió la palma de la mano.

—Métete en la cama, querido. No puedo esperar más.

Todavía no había acabado de desnudarse cuando ella apartó las sábanas y empezó a acariciarle el pecho y a besarle.

«Eres un maldito embustero, Shannon», pensó él, sintiendo las caricias de la ávida y enamorada joven.

Había una luz débil y gris en el este, sobre Camden Town, cuando, dos horas más tarde, yacían ambos inmóviles en el lecho. Shannon tenía ganas de fumar; Julia estaba acurrucada debajo de su brazo, satisfecho de momento su apetito.

—Dime una cosa —pidió.

—¿Qué?

—¿Por qué vives así? ¿Por qué eres mercenario y vas de un lado a otro haciendo la guerra?

—Yo no hago las guerras. Las guerras las hace el mundo en que vivimos, dirigido y gobernado por hombres que alardean de moralidad y de integridad, cuando la mayoría de ellos no son más que unos bastardos egoístas. Ellos hacen la guerra para aumentar sus riquezas o su poder. Yo sólo lucho en ella porque es la vida que me gusta.

—Pero lo haces por dinero. Los mercenarios luchan por dinero, ¿no?

—No sólo por eso. Los holgazanes luchan por dinero, sí; pero, cuando las cosas se ponen feas, los holgazanes que se dicen mercenarios huyen de la lucha. Escurren el bulto. En cambio, la mayoría de los buenos luchan por lo mismo que yo, porque les gusta esta vida,

la vida dura del combatiente.

—Pero, ¿por qué tiene que haber guerras? ¿Por qué no puede vivir todo el mundo en paz?

Él se estiró e hizo una mueca en la oscuridad.

—Porque sólo hay dos clases de gente en este mundo: los depredadores y las víctimas. Y los depredadores tienen siempre las de ganar, porque están dispuestos a luchar por ello y a destruir a las personas y las cosas que se interponen en su camino. Los otros no tienen el aguante, o el valor, o el afán, o la crueldad necesarios para ello. Por eso el mundo está gobernado por los depredadores, que se convierten en potentados. Y los potentados no están nunca satisfechos. Tienen que seguir adelante, sin parar, en busca de la moneda que ambicionan.

»En el mundo comunista, y no vayas a pensar que los dirigentes comunistas son amantes de la paz, la moneda es el poder. Poder, poder y más poder, sin que importe la gente que tenga que morir por ello. En el mundo capitalista, la moneda es el dinero. Siempre más dinero. Petróleo, oro, títulos y acciones, en cantidad creciente, son los fines perseguidos por los capitalistas, aunque tengan que mentir, robar, sobornar y estafar para conseguirlos. Estos acumulan el dinero, y el dinero sirve para comprar poder. En definitiva, también ellos buscan el poder. Si creen que, para lograrlo, hace falta una guerra, habrá guerra. Todo lo demás, los llamados ideales, son monsergas.

—Hay quien lucha por una idea. Como el Vietcong. Lo he leído en los periódicos.

—Sí; hay personas que luchan por un ideal, y el noventa y cinco por ciento de ellos se dejan engañar. Lo mismo que los que se quedan en casa aclamando la guerra. Nosotros tenemos siempre razón, y los otros están siempre equivocados. En Washington y en Pekín, en Londres y en Moscú. ¿Quieres que te diga una cosa? Todos son víctimas de un engaño. ¿Crees que los GI de Vietnam murieron por la libertad, por una vida mejor? Murieron, como siempre, por el Dow Jones Index de Wall Street. Y los soldados británicos que murieron en Kenya, en Chipre, en Adén, ¿crees realmente que se lanzaron al combate vitoreando a Dios, al Rey y a la Patria? Si fueron allí fue porque su coronel se lo mandó, cumpliendo órdenes del Ministerio de la Guerra, que a su vez cumplía órdenes del Consejo de Ministros, para que Inglaterra conservase el control de sus economías. Y después, ¿qué? Volvieron junto a sus amos, ¿y quién se preocupó de los cadáveres que habían dejado atrás? Es un tremendo engaño, Julia Manson, un tremendo engaño. Yo soy diferente, porque nadie me dice adónde tengo que ir, dónde tengo que luchar o a favor de quién tengo que combatir. Por eso los políticos y el orden establecido odian a los mercenarios. No porque seamos más dañinos que ellos; en realidad, lo somos mucho menos; sino porque no pueden dominarnos, no pueden darnos órdenes. No disparamos contra los que ellos

quieren, ni empezamos cuando ellos dicen «ahora», ni nos paramos cuando nos dicen «basta». Por eso estamos fuera de la ley; luchamos por contrato y escogemos a la otra parte contratante.

Julia se sentó y pasó una mano sobre los duros músculos, llenos de cicatrices, de Shannon. Había recibido una educación convencional y, como tantos de su generación, no entendían nada en absoluto del mundo que veía a su alrededor.

—¿Y qué me dices de las guerras en que la gente lucha por lo que sabe que es justo? —preguntó—. Quiero decir, por ejemplo, la guerra contra Hitler. Era justa, ¿no?

Shannon suspiró y asintió con la cabeza.

—Sí; era justa. Y Hitler era un malvado. Pero ellos, los jefazos del mundo occidental, le estuvieron vendiendo acero hasta la misma víspera de la guerra, y después aumentaron sus fortunas fabricando más acero para destruir el que habían vendido. Y los comunistas no eran mejores. Stalin firmó un pacto con él, esperando que el capitalismo y el nazismo se destruirían mutuamente, y él se quedaría con el botín. Sólo cuando Hitler atacó a Rusia decidió el idealista mundo comunista que el nazismo era una cosa mala. Aparte esto, matar a Hitler costó treinta millones de vidas. Un mercenario podría haberlo hecho con una bala, que habría costado menos de un chelín.

—Pero ganamos, ¿no? Hicimos lo que debíamos, y

ganamos.

—Ganamos, mi querida pequeña, porque los rusos, los ingleses y los norteamericanos tenían más cañones, tanques, aviones y barcos, que Adolfo. Por esto, y sólo por esto. Si hubiese tenido más, habría ganado él, y, ¿sabes qué habría pasado? La Historia habría dicho que él tenía razón y que nosotros estábamos equivocados. Los que triunfan tienen siempre razón. Una vez oí un pequeño adagio que decía: «Dios está al lado de los grandes batallones.» Es el evangelio de los ricos y los poderosos, de los cínicos y los crédulos. Los políticos creen en él, y los llamados periódicos serios lo predicán. La verdad es que el *establishment* está al lado de los grandes batallones, en primer lugar, porque él mismo los creó y los armó. Parece que a los millones de lectores de esa basura no se les ocurre pensar que tal vez Dios tiene algo que ver con la verdad, la justicia y la caridad, y no con la fuerza bruta, y que la verdad y la justicia pueden estar de parte de los débiles. Pero no importa. Los grandes batallones ganan siempre, y la Prensa «seria» lo aprueba siempre, y los infelices siempre lo creen.

—Eres un rebelde, Cat —murmuró ella.

—Desde luego. Siempre lo fui. No; no siempre. Lo soy desde que enterré a seis camaradas en Chipre. Entonces empecé a poner en duda la prudencia y la integridad de todos nuestros dirigentes.

—Pero, aparte matar a otros, tú también puedes

morir. Pueden matarte en una de esas estúpidas guerras.

—Sí; y podría tener la vida asegurada como tantos ganapanes de nuestras estúpidas ciudades. Llenando impresos estúpidos, pagando estúpidos impuestos para que unos estúpidos políticos y rectores del Estado los dilapiden en las campañas electorales de unos políticos útiles para todos menos para su partido. Podría ganar un estúpido salario en una estúpida oficina, y viajar estúpidamente en tren por la mañana y por la tarde, hasta que llegase el estúpido momento de la jubilación. Prefiero hacer las cosas a mi gusto; vivir a mi manera y morir a mi manera.

—¿Piensas a veces en la muerte? —preguntó ella.

—Desde luego. Muchas veces. ¿Y tú?

—Sí. Pero yo no quiero morir. Ni quiero que mueras tú.

—La muerte no es tan mala. Cuando uno la ha visto pasar cerca muchas veces, se acostumbra a la idea. Voy a decirte algo. El otro día estaba limpiando los cajones de este departamento. En el fondo de uno de ellos encontré un periódico de un año atrás. Vi una noticia y la leí. Correspondía al penúltimo invierno y se refería a un viejo. Este vivía en un sótano. Y un día lo encontraron muerto. Llevaba muerto cosa de una semana. Según los vecinos, nadie iba a verle; esto fue cuanto el *coroner* pudo averiguar. Después, el forense dijo que llevaba al menos un año pasando hambre.

¿Sabes lo que encontraron en su garganta? ¡Pedazos de cartón! Había estado masticando trozos de cartón de un envase de harina, en un vano intento de alimentarse. Esto no se ha hecho para mí, pequeña. Cuando me vaya, será a mi manera. Prefiero morir de un balazo en el pecho, con sangre en la boca y una pistola en la mano, con ojos retadores y gritando «¡Al diablo con todos!», que agonizar en un sótano con la boca llena de trozos de cartón.

—Duerme un poco, querido; está amaneciendo.

Capítulo XI

Shannon llegó a Luxemburgo el lunes siguiente, justo después de la una de la tarde, y tomó un taxi que lo llevó del aeropuerto a la «Banque de Crédit». Se identificó como Keith Brown, mostrando su pasaporte, y pidió las 5 000 libras que le estaban esperando.

Después de un rato de espera, para hacer la oportuna comprobación, se encontró la transferencia. Acababa de llegar de Zurich. En vez de cobrar toda la cantidad en efectivo, Shannon tomó el equivalente de 1 000 libras en francos luxemburgueses y dejó las restantes 4 000 libras en el banco, a cambio de un cheque bancario certificado por esta cantidad.

Le quedó el tiempo justo para un rápido almuerzo antes de dirigirse a la Hougstraat, donde había concertado una entrevista con la empresa de agentes comerciales «Lang y Stein».

Luxemburgo, como Bélgica y Liechtenstein, tiene un sistema que permite ofrecer a los inversores unos servicios sumamente discretos, e incluso secretos, sobre operaciones bancarias y gestión de sociedades, de modo que su investigación resulta extremadamente difícil a cualquier fuerza de policía extranjera. Generalmente, a menos que pueda demostrarse que una compañía registrada en Luxemburgo ha quebrantado las leyes del archiducado o está comprometida en actividades ilegales internacionales de naturaleza sumamente grave, las investigaciones policiales extranjeras sobre quienes poseen o dominan tal compañía tropezarán con una rotunda negativa a colaborar. Y esto era precisamente lo que buscaba Shannon.

Su entrevista, convenida por teléfono tres días antes, se celebró con el señor Emil Stein, uno de los socios de la respetable empresa. Shannon se había puesto, para la ocasión, un traje gris recién comprado, una camisa blanca y una corbata de lazo. Llevaba una cartera de documentos y un número de *The Times* debajo del brazo. Por alguna razón, el hecho de llevar este periódico parece ser, para los europeos, señal de que quien lo lleva es un respetable caballero inglés.

—Durante los próximos meses —explicó al

luxemburgués de cabellos grises—, un grupo de hombres de negocios ingleses, entre los que yo me cuento, desea emprender actividades comerciales en el Mediterráneo; posiblemente, en Grecia, Francia e Italia. Con este fin, quisiéramos constituir una compañía *holding* en Luxemburgo. Como puede usted imaginarse, siendo nosotros ciudadanos ingleses residentes en Gran Bretaña, la realización de negocios en países de diferente legislación fiscal podría resultar muy complicada. Desde este punto de vista fiscal, lo más aconsejable parece ser una compañía *holding* en Luxemburgo.

El señor Stein asintió con la cabeza, pues esta clase de peticiones no eran sorprendentes para él. Muchas compañías *holding* habían sido registradas en su pequeño país, y su empresa recibía diariamente encargos parecidos.

—Esto no constituye ningún problema, míster Brown —dijo a su visitante—. Desde luego, sabrá usted que hay que cumplir todos los requisitos impuestos por la ley del archiducado de Luxemburgo. Pero, cumplidos éstos, la compañía *holding* puede poseer la mayoría de las acciones de otras sociedades registradas en otros países, sin que sus operaciones puedan ser fiscalizadas por las inspecciones de impuestos extranjeras.

—Es usted muy amable. Le ruego que me explique las condiciones esenciales para constituir una compañía de esta clase en Luxemburgo —dijo Shannon.

El hombre le expuso brevemente los requisitos.

—A diferencia de lo que ocurre en Inglaterra, todas las compañías de responsabilidad limitada deben tener, en Luxemburgo, un mínimo de siete partícipes y un mínimo de tres administradores. Sin embargo, es muy corriente que el agente encargado de montar la compañía ocupe la presidencia del Consejo, y dos de sus jóvenes asociados, los puestos de vocales, mientras que varios miembros de su personal desempeñan el papel de otros tantos partícipes, cada uno de ellos con un número de participaciones puramente nominales. De esta manera, la persona que quiere constituir la compañía, no es más que el séptimo partícipe, aunque, en virtud de su mayor número de participaciones, es quien controla la compañía.

»Las participaciones suelen registrarse, así como los nombres de los partícipes; pero también puede preverse la emisión de títulos al portador, en cuyo caso no hace falta que conste la identidad del partícipe más importante. El único inconveniente es que las participaciones al portador son lo que su nombre indica, de modo que el tenedor de la mayor parte domina la sociedad. Si el poseedor las pierde, o se las quitan, el nuevo tenedor adquiere automáticamente aquel dominio, sin la menor necesidad de demostrar la legitimidad de su adquisición. ¿Comprende, míster Brown?

Shannon asintió con la cabeza. Esto era

precisamente lo que pretendía, para que Semmler pudiese comprar el barco so capa de una compañía a salvo de investigaciones.

—Las compañías *holding*, según su nombre indica —siguió diciendo el señor Stein—, no pueden ejercer el comercio. Sólo pueden poseer acciones de otras compañías. ¿Posee su grupo acciones de otras sociedades que le interese manejar y guardar en Luxemburgo?

—Todavía no —dijo Shannon—, pero pensamos adquirir varias compañías ya existentes, en un determinado campo de operaciones, o fundar otras sociedades de responsabilidad limitada y transferir la mayor parte de sus participaciones a Luxemburgo, para su custodia.

Al cabo de una hora llegaron a un acuerdo. Shannon había mostrado al señor Stein su cheque de 4 000 libras, en prueba de su solvencia, y depositado 500 en efectivo.

El señor Stein se comprometió a proceder inmediatamente a la constitución y registro de una compañía *holding* que se denominaría «Tyrone Holding SA». Previamente había examinado la abultada lista de sociedades registradas, para asegurarse de que no había otra de igual denominación. El capital sería de 40 000 libras, aunque, de momento, sólo se desembolsarían 1 000, en mil participaciones de una libra. El señor Stein aceptaría una participación y la presidencia del Consejo.

Su socio, señor Lang, y otro colaborador más joven, ocuparían los dos restantes puestos del consejo, con una acción cada uno. Tres miembros del personal de la empresa —que más tarde resultaron ser tres mecanógrafas— suscribirían una participación cada uno, y las restantes 994 participaciones quedarían en posesión de míster Brown, el cual tendría de este modo el control de la compañía. El Consejo no haría más que cumplir su voluntad.

Se fijó para doce días más tarde la primera junta general de la compañía, salvo que míster Brown avisase por escrito que estaría en Luxemburgo en otra fecha. Después de lo cual, Shannon se despidió.

Volvió al Banco antes de la hora de cerrar, devolvió el cheque y se hizo transferir las 4 000 libras a su cuenta de Brujas. Tomó una habitación en el «Excelsior» y pasó la noche en Luxemburgo. Tenía ya el pasaje para Hamburgo, en un vuelo de la mañana siguiente, e hizo que llamasen desde el hotel para confirmarlo. Efectivamente, se trasladó a dicha ciudad a la mañana siguiente. Esta vez iba en busca de armas.

El comercio de armas es el más lucrativo del mundo, después del de narcóticos, y no es de extrañar que todos los gobiernos estén metidos en él. A partir de 1945, el hecho de tener una industria de armas propia llegó a ser una cuestión poco menos que de prestigio nacional, y por eso florecieron y se multiplicaron tales industrias hasta el punto de que, a principios de los años setenta,

se calculaba que existía un arma de fuego militar por habitante del planeta, comprendidas las mujeres y los niños. La manufactura de armas no puede estar determinada por el consumo de éstas, salvo en caso de guerra, y la reacción lógica es exportar el excedente o fomentar las guerras, o ambas cosas a la vez. Como pocos gobiernos desean lanzarse ellos mismos a la guerra, pero tampoco quieren reducir su industria de armamentos, ponen su mayor empeño, desde hace años, en la exportación de armas. A tal objeto, todas las grandes potencias tienen equipos de vendedores, espléndidamente retribuidos, que recorren el mundo tratando de persuadir a todos los potentados con quienes pueden entrevistarse de que no tienen una cantidad suficiente de armas, o bien de que éstas son anticuadas y necesitan ser reemplazadas.

A los vendedores no les importa en absoluto que el noventa y cinco por ciento de las armas suministradas, por ejemplo, a África, no se empleen para proteger al país propietario contra agresiones externas, sino para asegurar la sumisión del pueblo al dictador. Si las ventas de armas empezaron lógicamente como resultado de una rivalidad comercial entre naciones occidentales competidoras, la entrada de Rusia y China en el campo de la fabricación y exportación de armamentos transformó, también lógicamente, la competencia comercial en una prolongación de la rivalidad por el poder.

La interacción de los afanes comerciales y políticos dio origen a una intrincada red de cálculos que se desarrolla diariamente en las capitales de las principales potencias del mundo. Una potencia está dispuesta a vender armas a la república A, pero no a la B. En vista de lo cual, la potencia rival se apresura a vender armas a B, pero no a A. Se dice que esto contribuye a establecer un equilibrio de poder y, por ende, a mantener la paz. La conveniencia económica de la venta de armas es permanente; ésta resulta siempre provechosa. Las únicas limitaciones vienen impuestas por la conveniencia política de que tal o cual país posea o no determinadas armas, y esta relación tan variable e inestable entre las conveniencias políticas y económicas dio por resultado la creación de estrechos lazos entre los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa de todo el mundo.

No es difícil fundar una industria indígena de armas, si ésta se mantiene a un nivel elemental. Es relativamente sencillo fabricar rifles y metralletas, municiones para ambos, pistolas y granadas de mano. Para ello, no se requiere un alto nivel de tecnología y desarrollo industrial, ni una gran variedad de materias primas. Sin embargo, los pequeños países suelen comprar sus armas a los más grandes, ya que sus necesidades internas no justifican la necesaria industrialización, y saben muy bien que su nivel técnico no les permitiría entrar en el mercado de exportación

con probabilidades de éxito.

En cambio, un número cada vez más importante de países medianos establecieron, durante los dos últimos decenios, sus propias industrias de armamentos de tipo corriente. Las dificultades aumentan —disminuyendo, a la inversa, el número de naciones participantes— cuanto más complejas son las armas que se desea fabricar. Es fácil hacer armas pequeñas; lo es menos hacer cañones, carros blindados y tanques; es muy difícil crear una industria naval capaz de construir buques de guerra modernos, y más difícil aún, fabricar modernos cazas y bombarderos de reacción. El nivel de desarrollo de una industria local de armamentos puede calcularse por el punto en que las armas locales alcanzan sus límites técnicos, por encima de los cuales hay que recurrir a la importación.

Los principales fabricantes y exportadores de armas del mundo son los Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania Occidental (con ciertas manufacturas prohibidas por el Tratado de París de 1954), Suecia, Suiza, Bélgica, Israel y África del Sur, en el mundo occidental. Suecia y Suiza son neutrales, a pesar de lo cual fabrican y exportan armas excelentes, mientras que Israel y África del Sur desarrollan sus propias industrias de armamento debido a sus peculiares situaciones, porque no desean depender de otros, en el caso de una crisis, y por tanto exportan muy poco. Los demás países expresados pertenecen a la

OTAN y están ligados por una política común de defensa. También siguen una política exterior de cooperación, aunque poco definida, en materias de venta de armamentos, y cualquier pedido de armas recibido por uno de ellos suele ser objeto de concienzudo examen antes de ser aceptado y de venderse las armas. Siguiendo esta tónica, se obliga siempre al pequeño comprador a firmar un compromiso de no transferir las armas compradas a otro país sin el permiso escrito del vendedor. En otras palabras: hay que tener en cuenta muchos datos antes de que el Ministerio de Asuntos Exteriores, y no la oficina de Venta de Armas, se avenga a aceptar un pedido, y por esta razón los tratos para tales operaciones suelen efectuarse a nivel gubernamental.

Las armas comunistas están en su mayor parte estandarizadas y proceden, principalmente, de Rusia y de Checoslovaquia. China, país recién llegado a este campo, produce también armas bastante perfeccionadas para las exigencias de la teoría de la guerra de guerrillas de Mao. Pero la política de venta de armas de los comunistas es distinta de la de los occidentales. El factor dominante es la influencia política, no el dinero, y muchos envíos soviéticos de armas se efectúan de balde, y no como operaciones comerciales. Fieles observadores del adagio de que el poder sale del cañón de los fusiles, y obsesionadas por este poder, las naciones comunistas no venden armas sólo a otros

gobiernos soberanos, sino también a las organizaciones de «liberación» a las que otorgan ayuda política. En la mayor parte de estos últimos casos, no se trata de ventas, sino de regalos. Así, todo movimiento comunista, marxista, de extrema izquierda o revolucionario, en casi todas las partes del mundo, puede confiar en que no carecerá de los materiales necesarios para una guerra de guerrillas.

Entre ambos extremos, las neutrales Suiza y Suecia determinan ellas mismas sus propias restricciones en cuanto al destino de las armas que fabrican, haciendo depender sus exportaciones de su propia voluntad, fundándose en motivos morales. Son los únicos países que actúan de este modo.

Pero como los rusos venden o regalan armas fabricadas por el gobierno a beneficiarios no gubernamentales, y los occidentales son demasiado tímidos para imitarlos, entra en el cuadro un tercer personaje: el traficante particular de armas. Los rusos no tienen traficantes de esta clase; por consiguiente, éstos llenan el hueco sólo en Occidente. El traficante particular de armas es un hombre de negocios a quien buscan los que desean comprar; pero, si quiere mantener su actividad, debe estar en íntima relación con el departamento de Defensa de su propio país, ya que, si no lo hiciese así, el propio departamento cuidaría de impedir que siguiese negociando. Le interesa, pues, actuar de acuerdo con los deseos de su país; éste puede

ser abastecedor y estar, por tanto, en condiciones de cerrar el suministro si el comerciante se indispone con él, aparte que puede recurrir a otras medidas aún más desagradables.

Así, pues, el comerciante de armas autorizado, generalmente súbdito y residente del país en que actúa, vende sus armas a los compradores después de consultar a su gobierno y asegurarse de que éste considera aceptable la venta. La mayoría de estos traficantes son poderosas compañías, poseedoras de grandes stocks.

Estas constituyen el más alto nivel del negocio privado de armas. A un nivel más bajo de la charca, se hallan otros peces más ambiguos. Ante todo, y por orden de categoría, está el comerciante autorizado que no tiene un stock de armas en almacén, pero puede obtenerlas de una de las grandes compañías manufactureras, con frecuencia de propiedad o controladas por el gobierno. Gestiona la operación en nombre del cliente, y se lleva una tajada en el negocio. Su autorización depende de que se mantenga en la línea marcada por el gobierno gracias al cual puede operar. Esto no impide que algunos comerciantes de armas autorizados se pasen ocasionalmente de la raya, aunque dos de ellos, muy reputados, fueron privados de la licencia por sus gobiernos al descubrirse lo que hacían.

En el fondo cenagoso de la charca están los traficantes de armas del mercado negro. Actúan por su cuenta y sin licencia. Por consiguiente, no pueden tener legalmente ningún stock de armamentos. Permanecen en activo porque los necesita el comprador secreto, el hombre o la organización que, no siendo o no representando a un gobierno, no puede concertar negocios oficiales; que no sería tácitamente autorizado por un gobierno occidental para recibir armas; que no podría persuadir a un gobierno comunista de que apoyase su causa por motivos de ideología política, pero que, a pesar de todo, necesita las armas.

El documento primordial en todo negocio de armas recibe el nombre de certificado de último usuario. Con él se garantiza que la compra de armas es efectuada por o en nombre del último usuario, el cual tiene que ser, casi indefectiblemente en el mundo occidental, un gobierno soberano. Sólo en los casos de un regalo a un ejército irregular por un servicio secreto, o de una mera operación de mercado negro, se prescinde del certificado del último usuario. Ejemplo del primer caso fueron el armamento —por la CIA— de las fuerzas anticastristas de la Bahía de Cochinos y el de los mercenarios del Congo, también por la CIA. Un ejemplo del segundo es el envío de armas a Irlanda, por mediación de varios suministradores europeos y norteamericanos, con destino a los provisionales del IRA.

Como el certificado de último usuario es un documento internacional, no tiene forma o tamaño determinados, ni una redacción específica. Es una declaración escrita de un representante autorizado de un gobierno nacional, en la que consta que el portador o el señor X puede solicitar permiso del gobierno suministrador para comprar y *exportar* cierta cantidad de armas.

Cuestión crucial del certificado de último usuario es que algunos países ejercen un control rigurosísimo para asegurarse de la autenticidad de este documento, mientras que otros corresponden a suministradores que «no hacen preguntas». Inútil añadir que estos certificados, como cualquier otro documento, pueden ser falsificados. Este fue el mundo en que se introdujo cautelosamente Shannon cuando llegó a Hamburgo.

Sabía perfectamente que no podía pedir permiso para comprar armas a ningún gobierno europeo. Ni tampoco tendrían los países comunistas la bondad de regalárselas, y menos si llegaban a sospechar que habían de emplearse para derribar a Kimba. Por la misma razón, cualquier petición directa daría al traste con el secreto y sería causa del fracaso de toda la operación.

Tampoco se hallaba en condiciones —por los mismos motivos— de entrar en tratos con las grandes fábricas de armas dependientes del gobierno, como la «Fabrique Nationale» de Bélgica, pues cualquier pedido

hecho a estos fabricantes y vendedores de armamentos sería comunicado al gobierno; y tampoco podía dirigirse a los grandes comerciantes particulares de armas, como «Cogswell y Harrison», de Londres, o «Parker Hale», de Birmingham. Dentro de esta categoría, estaban «Bofors», de Suecia; «Oerlikon», de Suiza; «Werner» y otros, de Alemania; «Omnipol», de Checoslovaquia, y «Fiat», de Italia, todos los cuales fueron descartados por Shannon.

También tenía que tener éste en cuenta sus particulares circunstancias como comprador. El importe de la operación era demasiado pequeño para que pudiese interesar a los grandes comerciantes autorizados, que habitualmente manejaban millones. Por ejemplo, el antaño rey de los comerciantes particulares de armas, Sam Cummings, de «Interarmco», que, durante dos decenios después de la guerra, rigió su imperio privado desde un ático de Mónaco y se retiró después para disfrutar de sus riquezas; o el doctor Strakaty, de Viena, poseedor autorizado de la exclusiva de «Omnipol» allende la frontera, que tenía su sede en Praga, en el número 11 de la calle de Washington; o el doctor Langestein, de Munich; o el doctor Peretti, de Roma; o monsieur Cammermundt, de Bruselas.

Tenía que descender unos cuantos peldaños para llegar a los hombres que traficaban con sumas y cantidades más pequeñas. Conocía los nombres de

Günther Leinhauser, alemán, antiguo socio de Cummings; de Pierre Lorenz, Maurice Hersu y Paul Favier, en París. Pero, después de pensarlo bien, había resuelto visitar a dos hombres de Hamburgo.

Lo malo del paquete de armas que andaba buscando era que se trataba precisamente de esto: de un paquete de armas para un solo trabajo; y no haría falta tener una mentalidad militar sumamente agudizada para darse cuenta de que este trabajo habría de consistir en la conquista de un solo edificio en un breve período de tiempo. No había en la cantidad un margen suficiente para que cualquier militar profesional pudiese sospechar que un ministerio de Defensa, por insignificante que fuese, pudiera estar detrás del pedido.

Por consiguiente, Shannon resolvió dividir el paquete en fracciones aún más pequeñas, pero de manera que los artículos pedidos a cada comerciante fuesen homogéneos. Un pedido mezclado podía ser comprometedor.

Pretendía comprar, a uno de los hombres a quienes iba a ver, 400 000 proyectiles de 9 mm, adecuados para pistolas y también para metralletas. Era una cantidad demasiado grande y que pesaba demasiado para comprarla en el mercado negro y embarcarla de contrabando sin tener que vencer muchas dificultades. Pero era la clase de material que podía necesitar la fuerza de policía de un pequeño país, y no era

sospechoso que no figurasen las correspondientes armas en el envío, que podía pasar naturalmente por un pedido formulado para completar la lógica reserva de municiones.

Para conseguirlo, necesitaba un comerciante autorizado que pudiese deslizar este pequeño pedido entre un fajo de otros más importantes. Aunque autorizado para comerciar en armas, el traficante debía estar dispuesto a hacer una operación a base de un certificado falso. De aquí la utilidad de conocer a fondo los países que «no hacían preguntas».

Diez años antes había grandes cantidades de armas superfluas en poder de traficantes particulares desparramados por toda Europa; armas ilegalmente poseídas y que podían considerarse como desperdicios de guerras tales como las de los franceses en Argelia y de los belgas en el Congo.

Pero una serie de operaciones irregulares y de guerras, a lo largo de los años sesenta, había dado lugar a un gran consumo de tales armas, principalmente en el Yemen y en Nigeria. Por consiguiente, tenía que encontrar un hombre dispuesto a utilizar un certificado falso y presentarlo a un gobierno abastecedor de los que hacían pocas o ninguna pregunta. Cuatro años antes, el gobierno más famoso en este aspecto era el checo, que, a pesar de ser comunista, había continuado la antigua tradición checa de vender armas al primero que llegara. Cuatro años antes habría podido entrar en Praga con

una maleta llena de dólares, dirigirse al cuartel general de la «Omnipol», escoger las armas que le convenían y levantar el vuelo, a las pocas horas, en un avión alquilado y con la mercancía a bordo. Así era de sencillo. Pero, desde la intervención soviética de 1968, el KGB había vetado estos pedidos y formulaba demasiadas preguntas.

Otros dos países tenían fama de hacer pocas preguntas sobre la verdadera procedencia de los certificados de último usuario. Uno de ellos era Grecia, tradicionalmente interesada en hacerse con divisas extranjeras y cuyas fábricas de armamentos producían una gran variedad de armas, que eran vendidas por el Ministerio del Ejército a casi todos los clientes. El otro recién llegado al mercado era Yugoslavia.

Yugoslavia, que había iniciado pocos años antes la fabricación de sus propias armas, llegó inevitablemente a un punto en que sus fuerzas armadas estaban equipadas con armamento doméstico. De esto a la superproducción (porque las fábricas no pueden parar después de una costosa puesta en marcha) y, por ende, al deseo de exportar, no había más que un paso. Como era nueva en el mercado de armas, Yugoslavia había adoptado la actitud de «no preguntar para que no te mientan» en lo tocante a los pedidos de armas. Producía un buen mortero ligero y un excelente bazuca, inspirado este último en el «RPG7» checo.

Como estos artículos eran nuevos, Shannon pensó

que un traficante podría obtener de Belgrado la venta de una cantidad pequeña de estas armas, a saber, dos morteros de 60 mm y cien bombas, más dos bazucas y cuarenta cohetes. Podía alegar, como pretexto, que se trataba de un nuevo parroquiano que quería probar las nuevas armas antes de hacer un pedido más importante.

Para su primer pedido, Shannon pensaba dirigirse a un traficante autorizado para comerciar con Atenas, pero que tenía fama de no reparar en los certificados falsos. Para el segundo, había oído hablar de otro hamburgués que había cultivado astutamente la amistad de los novatos fabricantes de armas yugoslavos y habían establecido una pronta y buena relación con ellos, aunque carecía de licencia.

Normalmente, es inútil acudir a un comerciante que no posea autorización. A menos que pueda servir el pedido con mercancías propias e ilegales, con la consiguiente imposibilidad de obtener el permiso de exportación, lo único que puede hacer es proporcionar un certificado falso a los que no pueden obtenerlo y persuadir a un comerciante autorizado de que acepte esa hoja de papel. Entonces, el comerciante autorizado puede servir el pedido, con aprobación oficial, a base de sus propias existencias y facilitando el permiso de exportación, o someter el certificado falso a un gobierno, garantizándolo con su nombre. Pero, en ocasiones, puede ser útil en otro aspecto: el de su profundo conocimiento de la situación del mercado y

del lugar en que, en un momento dado, existen las mayores posibilidades de éxito. Esta condición era la que poseía el segundo hombre de Hamburgo que figuraba en la lista de Shannon.

Al llegar a la ciudad hanseática, Shannon pasó por el «Landesbank», donde halló las 5 000 libras a su disposición. Retiró la totalidad de la suma en forma de un cheque del banco extendido a su nombre, y se dirigió al «Hotel Atlantic», donde había reservado una habitación. Resolvió prescindir de la Reeperbahn y, como estaba cansado, cenó temprano y se fue a la cama.

Johann Schlinker, que, a la mañana siguiente, recibió a Shannon en su pequeño y modesto despacho, era un hombre bajito, regordete y jovial. Su semblante respiraba benevolencia y simpatía, hasta el punto de que Shannon sólo tardó diez segundos en darse cuenta de que era muy poco de fiar. Los dos hablaban inglés, pero en dólares, o sea, en los lenguajes gemelos del mercado de armamentos.

Shannon dio las gracias al comerciante de armas por haber accedido a recibirle, y le mostró su pasaporte, a nombre de Keith Brown, como documento de identidad. El alemán lo hojeó y se lo devolvió.

—¿Y qué le trae por aquí? —preguntó.

—Me fue usted recomendado, herr Schlinker, por un hombre de negocios que goza de inmejorable reputación

en cuestiones de armamento militar y de policía.

Schlinker sonrió y asintió con la cabeza, pero sin mostrarse impresionado por la lisonja.

—¿Puedo preguntarle por quién?

Shannon dio el nombre de un parisiense, especialista en asuntos Africanos y que actuaba por cuenta de cierto servicio oficial, pero clandestino, de Francia. Le había conocido durante una de las guerras africanas, y sólo un mes antes se encontraron en París y brindaron por los viejos tiempos. Una semana atrás, Shannon le telefoneó, y el hombre le recomendó, efectivamente, a Schlinker, para la clase de mercancía que necesitaba. Shannon le había advertido que emplearía el apellido de Brown.

Schlinker arqueó las cejas.

—¿Me disculpa un minuto? —dijo, y salió de la habitación.

Shannon pudo oír el ruido de un télex en la estancia contigua. El hombre tardó media hora en volver. Estaba sonriente.

—Un amigo mío de París me llamó para un asunto de negocios —dijo, tan campante—. Prosiga, por favor.

Shannon sabía perfectamente que había comunicado con otro comerciante de armas de París y le había pedido que hablase con el agente francés y le pidiese una confirmación con respecto a Keith Brown. Por lo visto, ésta acababa de llegar.

—Quiero comprar unas cuantas municiones de 9

mm —dijo, sin andarse por las ramas—. La cantidad es pequeña; pero me la ha recargado un grupo Africano que la necesita para sus asuntos, y creo que, si éstos marchan bien, habrá pedidos mucho más importantes en el futuro.

—¿De cuánto sería el pedido? —preguntó el alemán.

—Cuatrocientos mil proyectiles.

Schlinker hizo una mueca.

—No es mucho —dijo simplemente.

—Desde luego. De momento, el presupuesto no da para más. Pero se confía en que una pequeña inversión en la actualidad permitirá mayores empresas en el futuro.

El alemán asintió con la cabeza. Esto había ocurrido en el pasado. El primer pedido solía ser pequeño.

—¿Por qué acudieron a ustedes? Usted no es comerciante de armas o municiones.

Me contrataron como consejero técnico en cuestiones militares de diversas clases. Cuando se planteó la cuestión de buscar un nuevo abastecedor de los materiales que necesitan, me pidieron que viniese a Europa por su cuenta —dijo Shannon.

—¿Y no tiene el certificado de último usuario? —preguntó el alemán.

—No; siento decirle que no lo tengo. Pero esperaba que esto pudiera arreglarse.

—Sí, se puede arreglar —dijo Schlinker—. No hay problema. Requiere un poco más de tiempo y cuesta

más dinero. Pero puede hacerse. Podría servir el pedido con mercancías almacenadas; pero éstas se encuentran en mis oficinas de Viena. De esta manera, podría prescindirse del certificado de último usuario. O bien podría conseguirse el documento y cursar normalmente la solicitud por cauces legales.

—Preferiría el segundo procedimiento —dijo Shannon—. El envío tiene que hacerse por mar, y transportar una cantidad así a través de Austria y parte de Italia, para embarcarla allí, sería muy arriesgado. Es una zona que no conozco muy bien. Además, si la mercancía fuese interceptada, podría significar una larga condena de prisión para sus poseedores. Aparte de que el cargamento podría identificarse como procedente de sus almacenes.

Schlinker sonrió. Sabía que no había peligro de que ocurriese esto último; pero Shannon tenía razón en lo tocante a las inspecciones de aduana. La reciente amenaza de los terroristas de Septiembre Negro hacía que Alemania, Austria e Italia, estuviesen alerta en cuanto se refería a mercancías no habituales en sus fronteras.

Shannon, por su parte, no estaba muy seguro de que Schlinker no le vendiese las municiones hoy y lo delatara mañana. Con un certificado falso, el alemán tendría que cumplir su parte del trato; y sería él quien lo presentara a las autoridades.

—Creo que tal vez tenga razón —dijo Schlinker al

fin—. Está bien. Puedo ofrecerle balas corrientes de nueve milímetros a sesenta y cinco dólares el millar. Además, tiene que contar un suplemento del diez por ciento por la obtención del certificado y otro diez por ciento por mercancía franco bordo.

Shannon hizo un rápido cálculo. Mercancía franco bordo quería decir que contaría con el permiso de exportación, estaría despachada en la aduana y sería cargada en el buque, sin peligro, hasta salir éste del puerto. El precio sería de 26 000 dólares por las municiones, más un suplemento de 5200 dólares.

—¿Cómo tendría que efectuar el pago? —preguntó.

—Tendría que pagar cinco mil doscientos dólares por anticipado —dijo Schlinker—. Con ellos sufragaría los gastos de certificado, viajes y gestiones. El precio de la mercancía tendría que pagarlo en esta oficina contra exhibición del certificado, pero antes de efectuar la compra. Como comerciante autorizado, tengo que comprar en nombre del cliente al gobierno expresado en el certificado. Una vez comprada la mercancía, es sumamente improbable que el gobierno deshaga la operación y devuelva el dinero. Por consiguiente, tendría usted que hacer el pago por adelantado. También tendría que darme el nombre del barco que habría de efectuar el transporte, para consignarlo en la solicitud del permiso de exportación. Dicho barco tendría que ser un vapor de línea regular o un carguero general propiedad de una compañía naviera registrada.

Shannon movió la cabeza en señal de asentimiento. Las condiciones eran duras, pero quien pide un favor no puede andarse con exigencias. Si él hubiese representado a un gobierno soberano, no se habría encontrado en aquella oficina.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar desde el pago del dinero y el embarque de la mercancía? —preguntó.

—Atenas se mueve con bastante lentitud en estos asuntos —dijo el alemán—. Necesitaré unos cuarenta días.

Shannon se levantó. Mostró a Schlinker el cheque bancario en prueba de su solvencia, y le prometió volver al cabo de una hora con 5 200 dólares USA en efectivo, o su equivalente en marcos alemanes. Schlinker prefirió los marcos alemanes, y cuando volvió Shannon le extendió un recibo por dicha cantidad.

Mientras Schlinker redactaba el recibo, Shannon echó un vistazo a una serie de folletos que había sobre la mesa. Se referían a artículos vendidos por otra compañía, visiblemente especializada en productos pirotécnicos no militares y que no entran en la clasificación de «armas», y en una gran variedad de artículos empleados por las fuerzas de seguridad, como porras, garrotes, *walkie-talkies*, botes y lanzadores de gases, focos, bengalas y otras cosas por el estilo.

Al entregarle Schlinker el recibo, Shannon le preguntó:

—¿Mantiene usted relación con esa compañía, herr

Schlinker?

Schlinker sonrió ampliamente.

—Es mía —dijo—. El público me conoce principalmente por ella.

«Una buena tapadera para un almacén lleno de cajas con el rótulo de "Peligro de explosión"», pensó Shannon. Pero aquello le interesaba. Escribió rápidamente una lista de artículos y la mostró a Schlinker.

—¿Podría servir este pedido, para exportación, con géneros de su almacén? —preguntó.

Schlinker leyó la lista. Comprendía dos tubos lanzadores de bengalas, del tipo utilizado por los guardacostas para enviar señales de socorro; diez cohetes con carga de magnesio de gran intensidad y duración, para ser lanzados en paracaídas; dos estridentes sirenas para caso de niebla, a base de gas comprimido; cuatro gemelos nocturnos; tres aparatos *walkie-talkie*, con un alcance mínimo de ocho kilómetros, y cinco brújulas de pulsera.

—Desde luego —respondió—. Tengo de todo en el almacén.

—Quisiera hacer un pedido del contenido de esta lista. Como estos géneros no están clasificados como armas, supongo que no habrá inconveniente para su exportación, ¿eh?

—Ninguno. Puedo enviarlos adonde quiera, y particularmente a un barco.

—Muy bien —dijo Shannon—. ¿Cuánto costaría todo el lote, con portes pagados y consignados a un agente exportador de Marsella?

Schlinker consultó su catálogo y puso los precios a la lista, añadiendo un diez por ciento por el transporte.

—Cuatro mil ochocientos dólares —dijo.

—Volveré a comunicarme con usted dentro de doce días —dijo Shannon—. Le ruego que tenga todo el lote preparado para su envío. Le daré el nombre del agente exportador de Marsella y le enviaré, por correo, un cheque bancario a su favor, por cuatro mil ochocientos dólares. Confío en que, dentro de treinta días, podré darle los veintiséis mil dólares restantes correspondientes a las municiones, y el nombre del barco.

Se reunió con el segundo hombre a la hora de cenar, en el «Atlantic». Alan Baker era un canadiense expatriado que, establecido en Alemania después de la guerra, se había casado con una joven alemana. Del Cuerpo de Ingenieros durante la guerra, se había metido, durante los primeros años de posguerra, en una serie de operaciones a ambos lados de la frontera con la zona soviética, pasando prendas de nilón, relojes y refugiados. Después, se había dedicado a la venta de armas a pequeñas bandas de guerrilleros nacionalistas o anticomunistas que, terminada la guerra, seguían acaudillando movimientos de resistencia en la Europa Central y Oriental, con la única diferencia de que,

durante la guerra, habían resistido a los alemanes, mientras que ahora luchaban contra los comunistas.

La mayoría de estos hombres estaban a sueldo de los norteamericanos, y Baker aprovechaba su conocimiento de la lengua alemana y de la táctica de los comandos para suministrarles buenas cantidades de armas, cobrando un espléndido salario de los norteamericanos. Cuando al fin se extinguieron dichos grupos, a comienzos de los años cincuenta, se encontró en Tánger, empleando sus dotes de contrabandista, adquiridas durante la guerra y después de ella, en el transporte de perfumes y cigarrillos desde el entonces puerto franco de la costa norte de Marruecos hasta las playas de Italia y de España. Por último, bombardeado y hundido su barco en una lucha entre bandas rivales, había regresado a Alemania, donde se dedicaba al tráfico de toda clase de artículos que pudieran tener un vendedor y un comprador. Su más reciente hazaña había sido la negociación de una venta de armas yugoslavas a unos guerrilleros.

Él y Shannon se habían conocido cuando Baker introducía cañones en Etiopía y Shannon se hallaba sin trabajo después de su regreso de Bukavu, en abril de 1968. Baker conocía a Shannon por su verdadero nombre.

El nervudo hombrecillo escuchó en silencio a Shannon, mientras éste explicaba lo que quería, mirando alternativamente al mercenario y al plato de

comida.

—Sí, puede hacerse —dijo, cuando Shannon hubo terminado—. Los yugoslavos aceptarían la idea de que un nuevo parroquiano quisiera dos morteros y dos bazucas de muestra, con el fin de probarlos y hacer un pedido más importante si la prueba resultaba positiva. La historia es verosímil. Por mi parte, no tendré dificultades en conseguir el material. Mantengo excelentes relaciones con Belgrado. Y los yugoslavos hacen las cosas de prisa. Sin embargo, debo confesar que, en este instante, tengo otro problema.

—¿Cuál es?

—El certificado de último usuario —dijo Baker—. Solía valerme de un diplomático de cierto estado Africano oriental en Bonn, el cual era capaz de firmar cualquier cosa por dinero y por unas cuantas hermosas chicas alemanas, presentadas en el curso de una fiesta. Pero, hace dos semanas, fue llamado a su país. En este instante, todavía no he encontrado un sustituto.

—¿Son muy severos los yugoslavos en la cuestión del certificado?

Baker movió la cabeza.

—No; si la documentación está en orden, no hacen investigaciones. Pero tiene que haber un certificado con sello oficial. A fin de cuentas, su lenidad tiene sus límites.

Shannon reflexionó un momento. Conocía a un hombre, en París, que se había jactado una vez de que

podía obtener los certificados de último usuario que quisiera en una embajada.

—¿Y si yo consiguiera uno, y bueno, de un país Africano? ¿Serviría? —preguntó.

Baker dio una chupada a su cigarro.

—No habría ningún problema —dijo—. En cuanto al precio, sería de mil cien dólares el mortero de 60 milímetros. O sea, dos mil doscientos el par. Las bombas cuestan veinticuatro dólares cada una. Lo único malo de tu pedido es que las cifras son demasiado pequeñas. ¿No podrías hacer subir el número de bombas de mortero, de cien a trescientas? Así, la cosa resultaría más fácil. Cien bombas son insuficientes, ni siquiera aduciendo que son para un experimento.

—Está bien —dijo Shannon—. Me quedaré con trescientas, pero, no más. En otro caso, rebasaría el presupuesto y tendría que pagar de mi bolsillo.

En realidad, no tendría que pagar de su bolsillo, pues había calculado un margen para gastos imprevistos, y su propio salario era cosa aparte. Pero sabía que Baker aceptaría este argumento como definitivo.

—Bien —admitió Baker—. Son, pues, siete mil doscientos dólares por las bombas. Los bazucas cuestan mil dólares cada uno, o sea, dos mil el par. Los cohetes son a cuarenta y dos dólares y medio cada uno. Los cuarenta que necesitas importarán..., vamos a ver...

—Mil setecientos dólares —dijo Shannon—. El total

del pedido suma trece mil cien dólares.

—Más el diez por ciento por llevar la mercancía a bordo, Cat. Sin el certificado de último usuario. Si yo hubiese podido proporcionártelo, habría sido el veinte por ciento. Veamos las cosas como son: el pedido es muy pequeño, pero yo tengo que gastar en muchos viajes y otras cosas. Tendría que cargarte el quince por ciento, dada la pequeñez del pedido. En fin, son catorce mil cuatrocientos dólares. Pongamos catorce mil quinientos, ¿eh?

—Pongamos catorce mil cuatrocientos —dijo Shannon—. Yo obtendré el certificado y te lo enviaré por correo, junto con un pago a cuenta del cincuenta por ciento. Te pagaré otro veinticinco por ciento cuando la mercancía esté embalada en Yugoslavia y a punto para el envío, y el veinticinco por ciento restante cuando zarpe el barco. ¿Cheques de viajero en dólares?

Baker habría preferido cobrarlo todo por adelantado; pero, como no era un comerciante autorizado, carecía de oficinas, almacenes y sede comercial, como Schlinker. Actuaría como intermediario, valiéndose de otro comerciante amigo suyo, para que hiciese. La compra en su nombre. Dado que era un traficante de mercancía tenía que aceptar estas condiciones: una participación menor y menos dinero por adelantado.

Uno de los trucos más viejos del oficio es prometer servir un pedido de armas, mostrar una confianza

absoluta, hacer que el comprador se convenza de la integridad del agente, conseguir el mayor anticipo posible y desaparecer. Muchos negros y morenos que buscaban armas en Europa tuvieron esta amarga experiencia. Pero Baker sabía que Shannon no caería en la trampa; además, el cincuenta por ciento de 14 000 dólares era una cantidad demasiado pequeña para desaparecer con ella.

—Está bien. En cuanto reciba el certificado, pondré manos a la obra.

Se levantaron los dos.

—¿Cuánto tiempo transcurrirá entre el primer contacto y la fecha del embarque? —preguntó Shannon.

—Unos treinta o treinta y cinco días —contestó Baker—. A propósito, ¿sabes ya cuál será el barco?

—Todavía no. Supongo que necesitarás el nombre. Te lo daré cuando te envíe el certificado.

—Si no lo tienes, sé de un buen barco que se alquila. Dos mil marcos alemanes por día, todo comprendido. Tripulación, vituallas y todo lo demás. Te llevarían, con tu carga, adonde quisieras, y son discretos como el que más.

Shannon lo pensó. Veinte días en el Mediterráneo, otros veinte hasta el punto de destino, y otros veinte de regreso. En total, ciento veinte mil marcos, o sea, 15 000 libras esterlinas. Más barato que comprar un buque. Muy tentador. Pero no le gustaba la idea de que un hombre ajeno a la operación controlara en parte la

compra de las armas y el asunto del barco, y se enterase también del objetivo. Equivaldría a hacer de Baker, o del hombre a quien alquilase el barco, un socio virtual.

—Ya —dijo, con cautela—. ¿Cuál es su nombre?

—*San Andrea* —dijo Baker.

Shannon se estremeció. Había oído mencionar este nombre a Semmler.

—¿Matriculado en Chipre? —preguntó.

—Exacto.

—Olvídalo —dijo brevemente.

Cuando salían del comedor, Shannon vio a Johann Schlinker, que estaba cenando en una mesa apartada. Por un momento pensó que el alemán podía haberle seguido; pero éste cenaba con otro hombre, visiblemente un parroquiano importante. Shannon volvió la cabeza al pasar.

Ya en la puerta del hotel, estrechó la mano de Baker.

—Tendrás noticias mías —dijo—. Y no me dejes en la estacada.

—No te preocupes, Cat. Puedes confiar en mí —aseguró Baker.

Se volvió y echó a andar rápidamente calle abajo.

«Como en una tormenta de pedrisco», murmuró Shannon, y se dirigió a su hotel.

Mientras subía a su habitación, recordó la cara del hombre que había visto cenando con el traficante alemán de armas. La había visto en alguna parte, pero no sabía dónde. Cuando estaba a punto de dormirse, se

hizo la luz en su memoria. Aquel hombre era el jefe del Estado Mayor del IRA.

A la mañana siguiente, miércoles, emprendió el vuelo de regreso a Londres. Empezaba el Día Nueve.

Capítulo XII

Martin Thorpe entró en el despacho de sir James Manson aproximadamente en el mismo momento en que Cat Shannon salía de Hamburgo.

—Lady Macallister —dijo, a modo de introducción. Sir James le invitó a sentarse con un ademán.

—He estudiado su caso a fondo —siguió diciendo Thorpe—. Tal como sospechaba, ha sido abordada dos veces por personas interesadas en comprar su treinta por ciento de las acciones de «Bormac Trading». Más parece que ambas emplearon un mal procedimiento, y sus pretensiones fueron rechazadas. La dama tiene ochenta y seis años, está un poco trastocada por la edad y es muy quisquillosa. Al menos, tiene fama de serlo. Es de pura raza escocesa, y un procurador de Dundee se encarga de todos sus asuntos. Ahí tiene un informe completo sobre ella.

Entregó a sir James una carpeta, y el jefe de «Manson Consolidated» leyó el informe en pocos

minutos. Gruñó varias veces y, en una ocasión, murmuró «¡Maldita sea!» Cuando hubo terminado, levantó la cabeza.

—Sigo queriendo esas trescientas mil acciones de «Bormac» —dijo—. Ha dicho usted que los otros emplearon un mal procedimiento. ¿Por qué?

—Por lo visto, esa dama tiene una obsesión en su vida, y no es el dinero. Tiene fortuna propia. Cuando se casó, era hija de un hacendado escocés con más tierras que dinero en efectivo. Sin duda, fue un matrimonio concertado por las respectivas familias. Cuando murió su padre, heredó toda la hacienda, compuesta de muchas millas de terrenos pantanosos. Pero, en el curso de los últimos veinte años, los derechos de caza y de pesca sufragados por los deportistas de la ciudad le produjeron una pequeña fortuna, que se vio aumentada por la venta de parcelas a empresas industriales. El dinero fue invertido por su agente de negocios, o como se llame en aquellos parajes. Dispone de una buena renta para vivir. Sospecho que los otros candidatos le ofrecieron un montón de dinero, y nada más. No podía interesarle.

—Entonces, ¿qué diablos puede merecer su interés? —preguntó sir James.

—Fíjese en el párrafo segundo de la segunda página, sir James. ¿Comprende lo que quiero decir? Las esquelas en *The Times* el día de cada aniversario; el intento de erigirle una estatua, que fue rechazado por el

Consejo de Londres; el monumento funerario que levantó en el pueblo natal de su marido. Creo que ésta es su obsesión: la memoria del viejo negrero con quien se casó.

—Sí, sí; puede que tenga razón. ¿Y qué aconseja usted?

Thorpe expuso su idea, y Manson le escuchó con mucha atención.

—Podría dar resultado —dijo al fin—. Se han visto cosas más extrañas. Lo malo es que, si lo intenta usted y ella sigue negándose a vender, difícilmente podrá hacerle otro ofrecimiento. Pero, en todo caso, supongo que una oferta de dinero daría el mismo resultado que las anteriores. De acuerdo; lleve el asunto a su manera. Pero consígame esas acciones.

Thorpe se dispuso a actuar a su modo.

Shannon llegó a su piso de Londres poco después de las doce del mediodía. Sobre la esterilla había un telegrama de Langarotti, enviado desde Marsella. Iba firmado por «Jean» y dirigido a Keith Brown. El texto no era más que una dirección, la de un hotel situado en una calle un poco apartada del centro de la ciudad, y en el que se alojaba el corso bajo el nombre de Lavallon. Shannon aprobó esta precaución. Para alojarse en los hoteles franceses, hay que llenar un impreso que más tarde es recogido por la Policía. Esta habría podido

preguntarse qué hacía su viejo amigo Langarotti en un lugar tan alejado del campo de sus operaciones.

Shannon tardó diez minutos en averiguar el número de teléfono de aquel hotel, por medio del Servicio de Información Internacional. Después hizo una llamada. Preguntó por Monsieur Lavallon, y le dijeron que había salido. Dejó un recado pidiendo a Monsieur Lavallon que llamase a míster Brown a Londres en cuanto regresara al hotel. Había dado a sus cuatro asociados su número de teléfono, obligándolos a aprenderlo de memoria.

Valiéndose igualmente del teléfono, envió un telegrama al apartado que tenía Endean a nombre de Walter Harris, anunciándole su regreso a Londres y diciéndole que desearía discutir algo con él. Telegrafió también a Janni Duprée, solicitándole que fuese a verle en cuanto recibiera el despacho.

Después llamó a su Banco suizo y se enteró de que le habían transferido la mitad de las 10 000 libras correspondientes a su salario, y de que la remesa de fondos la había efectuado un cuentacorrentista desconocido del «Handelsbank». Sabía que se trataba de Endean. Se encogió de hombros. Era normal que sólo le pagase la mitad del salario con tal prontitud. La importancia de «ManCon» y su evidente interés en derribar a Kimba le hacían confiar en que las otras 5 000 libras llegarían a su poder en una fase más avanzada de la operación.

Por la tarde escribió a máquina un informe completo de su viaje a Luxemburgo y a Hamburgo, omitiendo los nombres de los agentes comerciales de Luxemburgo y de los dos traficantes en armas. Adjuntó al informe una lista completa de gastos.

Eran más de las cuatro cuando terminó, y no había comido nada desde el tentempié que había servido la «Lufthansa» durante el vuelo desde Hamburgo. Encontró media docena de huevos en la nevera, se hizo una tortilla desastrosa, la tiró y se echó a dormir la siesta.

Le despertó la llegada de Janni Duprée, algo después de las seis, y cinco minutos más tarde sonó el teléfono. Era Endean, que había recibido su telegrama.

Endean advirtió en seguida que Shannon no podía hablar con entera libertad.

—¿Hay alguien con usted? —preguntó a media voz.

—Sí.

—¿Tiene relación con el negocio?

—Sí.

—¿Quiere que nos veamos?

—Creo que sería conveniente —dijo Shannon—.

¿Qué le parece mañana por la mañana?

—Bien. ¿A eso de las once?

—De acuerdo —dijo Shannon.

—¿En su piso?

—Me parece estupendo.

—Estaré allí a las once —dijo Endean, y colgó.

Shannon se volvió al sudafricano.

—¿Cómo van las cosas, Janni? —preguntó.

Duprée no había avanzado mucho en los tres días que llevaba trabajando. Los cien pares de calcetines, las camisetas y los calzoncillos, los había encontrado y debía recogerlos el viernes. También encontró las cincuenta guerreras, y cursó el pedido. El propio vendedor habría podido suministrarle los pantalones a juego; pero, siguiendo las instrucciones recibidas, buscaba otra tienda que le sirviese los pantalones, de modo que nadie se diese cuenta de que buscaba uniformes completos.

Por lo demás, no parecía que nadie sospechara nada; pero Shannon prefirió ceñirse al proyecto primitivo.

Janni dijo que había visitado varias tiendas de zapatos, pero que no encontró las botas de lona que buscaba. Seguiría probando durante el resto de la semana, y, la próxima, empezaría a buscar las boinas, mochilas, cinturones y sacos de dormir. Shannon le pidió que viese a su primer agente exportador y enviara a Marsella los paquetes de ropa interior y de guerreras lo antes posible. Prometió a Duprée que pediría a Langarotti el nombre y la dirección de un consignatario de Marsella, dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Antes de que se marchase el sudafricano, Shannon escribió una carta a Langarotti, dirigida a su verdadero

nombre y a la lista de Correos de Marsella. En la carta recordaba al corso una conversación que sostuvieron seis meses atrás, a la sombra de unas palmeras, y durante la cual hablaron de la compra de armas. El corso había dicho que conocía a un hombre, en París, que podía obtener certificados de último usuario de un diplomático de la Embajada de una República Africana. Shannon necesitaba saber su nombre y la manera de ponerse al habla con él.

Cuando hubo terminado, dio la carta a Duprée y le pidió que la remitiese aquella misma tarde, con sello de urgencia, depositándola en el buzón de Trafalgar Square. Añadió que lo habría hecho él mismo, pero que tenía que esperar en el piso una llamada telefónica de Langarotti desde Marsella.

El hambre le apretaba ya de firme cuando, por fin, a las ocho, lo llamó Langarotti. La voz de éste cloqueó en una línea telefónica que debió de ser instalada por el propio inventor de esa antigua obra maestra que es la red de teléfono francesa.

Shannon le preguntó, en términos precavidos, cómo le iban las cosas. Previamente había advertido a todos sus mercenarios que en modo alguno tenían que decir francamente, al hablar por teléfono, lo que estaban haciendo.

—Encontré un hotel y te envié un telegrama con la dirección —dijo Langarotti.

—Lo sé. Lo he recibido —gritó Shannon.

—Alquilé un scooter y recorrí todas las tiendas que tratan en la clase de mercancías que buscamos —siguió diciendo la voz—. Hay tres fabricantes en cada categoría. Obtuve los nombres y direcciones de los tres de los botes y les escribí pidiéndoles folletos. Supongo que los tendré dentro de una semana. Así podré pedir a los comerciantes locales los que más nos convengan, citando el nombre del fabricante y la marca del artículo —dijo Langarotti.

—Buena idea —admitió Shannon—. ¿Y qué hay del segundo artículo?

—Dependerá de lo que escojamos en los folletos. Las dos cosas están relacionadas. Pero no te preocupes. De la segunda hay millares de todas formas y tamaños en las tiendas de la costa. Como se acerca la primavera, todas las tiendas de todos los puertos están llenas de los últimos modelos.

—Muy bien —gritó Shannon—. Ahora escucha. Necesito el nombre de un buen agente exportador para un embarque. Lo necesito antes de lo que pensaba. Tendré que enviar algunos bultos desde aquí, en un futuro próximo, y otros desde Hamburgo.

—Puedo conseguirlo fácilmente —dijo Langarotti—. Pero creo preferible que sea de Tolón. Puedes imaginarte el motivo.

Shannon podía imaginarlo. Langarotti podía usar un nombre supuesto en su hotel; más, para exportar artículos en un pequeño buque de carga, desde el

puerto, tendría que identificarse con su tarjeta de identidad. Además, desde hacía aproximadamente un año, la Policía había extremado su vigilancia en el puerto, y había sido nombrado un nuevo jefe de Aduana que, según decían, era un hombre terrible. El objeto de ambas medidas era terminar con el tráfico de heroína que hacía de Marsella el punto de partida de la *French connection* con Nueva York; pero quienes buscasen drogas en un buque podían igualmente encontrar armas en él. Sería ridículo que les pillasen por algo en lo que nada tenían que ver.

—Me parece bien; tú conoces mejor la zona —dijo Shannon—. Telegráfame el nombre y la dirección en cuanto los tengas. Otra cosa. Esta tarde te he enviado una carta urgente a la oficina principal de Correos de Marsella. Cuando la leas sabrás lo que quiero. En cuanto recibas la carta, telegráfame en seguida el nombre de la persona. Supongo que la tendrás el viernes por la mañana.

—Bien —dijo Langarotti—. ¿Eso es todo?

—De momento, sí. Envíame esos folletos en cuanto los recibas, con tus propias observaciones y los precios. Tenemos que mantenernos dentro del presupuesto.

—De acuerdo. Adiós —gritó Langarotti, y Shannon colgó.

Cenó solo en el Bois de St. Jean y se acostó temprano.

Endean llamó a la puerta a la mañana siguiente, a las once, y estuvo una hora leyendo el informe y las cuentas, y discutiendo ambas cosas con Shannon.

—Está bien —dijo al fin—. ¿Cómo van los asuntos?

—Bien —dijo Shannon—. Todavía es pronto, naturalmente. Sólo llevo diez días trabajando en este asunto, pero hemos avanzado mucho. Quiero tener hechos todos los pedidos para el Día Veinte; con lo cual nos quedarán cuarenta días para recibirlos. Después, tenemos que calcular otros veinte días para reunir los diversos componentes y embarcarlos discretamente. Si queremos dar el golpe en la fecha prevista, el buque tiene que zarpar el Día Ochenta. A propósito, pronto necesitaré más dinero.

—Tiene tres mil quinientas libras en Londres y siete mil en Bélgica —protestó Endean.

—Lo sé. Pero pronto tendré que hacer pagos importantes.

Explicó que tendría que pagar a «Johann», el comerciante de armas de Hamburgo, los restantes 26 000 dólares dentro del plazo máximo de doce días, a fin de que le quedasen cuarenta para llenar todas las formalidades en Atenas y tener la mercancía lista para el embarque; además, tendría que pagar otros 4 800 dólares a «Johann» por el material auxiliar que necesitaba para el ataque. Cuando obtuviese en París, el certificado de último usuario, tendría que enviarlo a «Alan», junto con una transferencia de 7 200 dólares,

o sea, el cincuenta por ciento del precio de las armas yugoslavas.

—Todo sube —dijo—. Desde luego, los pagos más importantes corresponden a las armas y al barco. Equivale a más de la mitad del presupuesto total.

—Está bien —dijo Endean—. Lo consultaré y prepararé un giro de otras veinte mil libras a su cuenta belga. Para hacer las transferencias bastará que yo telefonee a Suiza. De este modo, podrá arreglarse en unas horas, cuando usted lo necesite.

Se levantó para marcharse.

—¿Algo más?

—No —dijo Shannon—. Tendré que marcharme de nuevo este fin de semana, para otro viaje.. Estaré ausente la mayor parte de la semana próxima. Quiero comprobar la elección del barco, de los botes y de los motores fuera borda, en Marsella, y de las metralletas, en Bélgica.

—Telegráfieme a la dirección acostumbrada cuando se marche y cuando regrese —pidió Endean.

El salón del espacioso apartamento que daba sobre Cottessmore Gardens, no lejos de Kensington High Street, era extremadamente sombrío, con pesados cortinajes en las ventanas, para cerrar el paso al sol primaveral. Sólo una estrecha abertura entre ellas permitía filtrarse un poco de luz. Entre cuatro sillones

majestuosos y excesivamente mullidos, todos de estilo victoriano tardío, había una multitud de mesitas, en las que se exponía un revoltillo de los objetos más diversos, Había botones de uniformes hacía tiempo apolillados; medallas ganadas en antiguas escaramuzas con tribus paganas liquidadas mucho tiempo atrás; pisapapeles junto a figuritas de porcelana de Dresde; camafeos que debieron de lucir antaño tímidas bellas de las Tierras Altas, y abanicos que habían refrescado los rostros en unos bailes cuya música yacía olvidada.

En las paredes, tapizadas de descoloridos brocados, pendían retratos de los antepasados, los Montrose y los Monteagle, los Farquhar y los Frazer, los Murray y los Mintoe. ¿Podían ser todos ellos antepasados de una sola anciana? Sin embargo, nunca se sabe, tratándose de escoceses.

Más grande que todos los demás, en un enorme marco, sobre la chimenea que se veía a las claras que nunca se encendía, se erguía un hombre que vestía el kilt tradicional; una pintura evidentemente mucho más moderna que las ennegrecidas antiguallas, pero también descolorida por los años. La cara, flanqueada por dos enormes y erizadas patillas, parecía echar chispas por los ojos, como si acabase de ver a un desvergonzado culi desmayándose de fatiga en el otro extremo de la plantación. Sir Ian Macallister, KBE (Caballero del Imperio Británico), rezaba la leyenda al pie del retrato.

Martin Thorpe volvió de nuevo la mirada hacia lady

Macallister, hundida en un sillón y jugueteando, como hacía siempre, con el aparatito que, para oír mejor, llevaba colgado sobre el pecho. El hombre se esforzó en comprender lo que decía con sus murmullos y tartamudeos, súbitas digresiones y difícil acento.

—Otros vinieron antes, míster Martin —decía ella, empeñada en llamarle míster Martin a pesar de que le había dicho dos veces su apellido—. Pero no veo por qué tengo que vender. Era la compañía de mi marido, ¿sabe? Fundó toda la hacienda, de la que sacan ellos su dinero. Todo fue obra suya. Y ahora vienen y dicen que quieren comprar la compañía y hacer otras cosas con ella..., construir casas y otras tonterías. No lo entiendo, no lo entiendo en absoluto. Y no quiero vender...

—Pero, lady Macallister...

Ella continuó como si no le hubiese oído, cosa que era la pura verdad, pues el aparatito hacía de las suyas, debido a tanto manoseo. Thorpe empezó a comprender la causa de que otros solicitantes hubiesen preferido buscar en otra parte.

—Oiga: mi querido esposo, que en gloria esté, no pudo dejarme mucho, míster Martin. Cuando aquellos horribles chinos lo mataron, yo estaba en Escocia de vacaciones, y nunca volví allá. Me aconsejaron que no lo hiciera. Pero me dijeron que las fincas pertenecían a la compañía y que él me había dejado una buena parte de la compañía. Fue la herencia que me dejó, ¿comprende? Y yo no puedo vender su herencia...

Thorpe estuvo a punto de decirle que la compañía no valía nada; pero advirtió que esto sería contraproducente.

—Lady Macallister... —empezó de nuevo.

—Tiene que dirigir la voz al aparato. Es sorda como una tapia —dijo la acompañante de lady Macallister.

Thorpe le dio las gracias con un movimiento de cabeza y, por primera vez, se fijó en ella. Próxima a los setenta años, tenía el aspecto cansado de aquellos que, habiendo sido antaño independientes, fueron de mal en peor, por uno de esos crueles caprichos del destino, y no tuvieron más remedio, para sobrevivir, que ponerse al servicio de patronos con frecuencia quisquillosos, gruñones y exigentes, que compran con su dinero los servicios del prójimo.

Thorpe se levantó y se acercó a la anciana del sillón. Habló acercando la boca al aparato.

—Lady Macallister, las personas a quienes represento no quieren transformar la compañía. Antes al contrario, quieren invertir mucho dinero en ella, a fin de que vuelva a ser rica y famosa. Queremos levantar la hacienda Macallister a la altura que tenía cuando la regía su esposo...

Por primera vez desde que había empezado la entrevista, hacía una hora, algo parecido a un destello de inteligencia brilló en los ojos de la anciana.

—¿Como cuando la regía mi esposo...? —dijo.

—Sí, lady Macallister —gritó Thorpe, señalando la

efigie del tirano en la pared—. Queremos rehacer la obra de toda su vida, tal como él lo habría deseado, y hacer de la hacienda Macallister un monumento a su persona y su trabajo.

Pero ella volvió a sus desvaríos.

—No quisieron levantarle un monumento —gimió—. Yo lo intenté, ¿sabe? Escribí a las autoridades. Les dije que pagaría la estatua. Pero me respondieron que no había sitio. Que no había sitio. Levantan muchos monumentos, pero no para mi Ian.

—Si la hacienda y la compañía vuelven a ser ricas, tendrá su estatua —gritó Thorpe—. No tendrán más remedio que erigirla. Y la compañía podrá exigir que se haga algo para ensalzar su memoria; que se instituya una beca, o una Fundación sir Ian Macallister, para que todo el mundo lo recuerde...

Ya con anterioridad le había lanzado una vez este anzuelo; pero ella no le había oído o no le había comprendido. Esta vez sí que lo oyó.

—Costaría muchísimo dinero —tartamudeó—. Yo no soy rica...

En realidad, era muy rica, aunque probablemente no lo sabía.

—No tendrá usted que pagarlo, lady Macallister —dijo él—. Lo pagará la compañía. Pero ésta tiene que crecer de nuevo. Y para ello se necesita dinero, el dinero que traerían mis amigos...

—No sé, no sé —gimió la anciana, sorbiendo y

sacándose un pañuelo de la manga—. No entiendo de estas cosas. ¡Si estuviese aquí mi querido Ian...! O míster Dalglish. Siempre le pregunto lo que debo hacer. Y él firma los papeles en mi nombre. Mistress Barton, quiero volver a mi habitación.

—Ya era hora —dijo bruscamente el ama de llaves y señora de compañía—. Vamos, tiene que hacer la siesta. Y tomarse la medicina.

Ayudó a la anciana a ponerse en pie y la acompañó a través del salón y a lo largo del pasillo. La puerta había quedado abierta, y Thorpe pudo oír cómo ordenaba a la anciana que se metiese en la cama, y las protestas de la vieja al tomar el medicamento.

Al cabo de un rato, mistress Barton volvió al salón.

—Está en la cama; ahora descansará un rato —dijo.

Thorpe sonrió taimadamente.

—Parece que he fracasado —dijo tristemente—. Y sin embargo, su paquete de acciones no vale absolutamente nada, a menos que se dé un nuevo impulso a la compañía, con una dirección nueva y una inyección de dinero efectivo, mucho dinero, que mis socios estarían dispuestos a invertir.

Dio unos pasos hacia la puerta.

—Lamento, haberle causado tanta molestia —dijo.

—Estoy acostumbrada a las molestias —dijo mistress Barton, pero su expresión se suavizó. Hacía mucho tiempo que nadie se disculpaba por molestarla—. ¿Quiere una taza de té? Suelo hacerlo a

esta hora.

Un instinto oculto en un rincón de la mente de Thorpe lo impulsó a aceptar. Al sentarse frente a la tetera, en la cocina que era feudo del ama de llaves y señora de compañía, Martin Thorpe se sintió casi como en su casa. La cocina de su madre, en Battersea, se parecía a ésta. Mistress Barton le habló de lady Macallister, de sus gimoteos y sus arrebatos, de su terquedad y del constante engorro de tener que luchar contra su a veces exagerada sordera.

—No puede comprender sus acertados argumentos, míster Thorpe. Ni siquiera cuando le ofreció usted levantar un monumento al viejo ogro del salón.

Thorpe se sorprendió. Por lo visto, la ruda mistress Barton tenía ideas propias cuando su patrona no la oía.

—¿Hace lo que usted le dice? —preguntó.

—¿Quiere otra taza de té? —repuso ella. Y, mientras la servía, dijo pausadamente—: Pues, sí, hace lo que yo le digo. Depende de mí, y lo sabe. Si me marchase, no encontraría otra acompañante. Actualmente no las hay. La gente no está dispuesta a aguantar esta vida.

—No puede ser muy agradable para usted, mistress Barton.

—Desde luego —admitió ella secamente—. Pero tengo un techo bajo el que cobijarme, y comida, y alguna ropa. Y así voy tirando. Es el precio que tengo que pagar.

—¿Por ser viuda? —preguntó Thorpe amablemente.

—Sí.

Sobre la chimenea, junto al reloj, había un retrato de un joven con uniforme de piloto de la Royal Air Force. Llevaba una chaqueta de piel de cordero y una bufanda con topos, y lucía una amplia sonrisa. Según como se le mirase, se parecía un poco a Martin Thorpe.

—¿Su hijo? —preguntó el financiero, señalando el retrato con la cabeza.

Mistress Barton asintió y miró la foto.

—Sí. Fue derribado en Francia, en 1943.

—Lo siento.

—Hace ya mucho tiempo. Una se acostumbra a todo.

—Pero no podrá cuidar de usted cuando ella muera.

—No.

—¿Quién lo hará?

—Ya me apañaré. Supongo que ella me dejará algo en su testamento. Hace dieciséis años que la cuido.

—Sí, claro. Procurará que quede usted arreglada..., es indudable.

Pasó otra hora en la cocina, y cuando se marchó se sentía mucho más animado. Era casi la hora de cerrar las tiendas y oficinas; pero llamó a la sede de «ManCon» desde una cabina de la esquina, y diez minutos más tarde Endean había hecho lo que le pedía su colega.

Un agente de seguros del West End había accedido a quedarse en su oficina hasta más tarde y a recibir a míster Thorpe a las diez de la mañana del día siguiente.

Aquel jueves por la tarde, Johann Schlinker se trasladó en avión de Hamburgo a Londres. Aquella misma mañana había concertado la entrevista por teléfono, llamando al otro hombre a su casa, en vez de hacerlo a su oficina.

A las nueve se reunió con el diplomático de la Embajada iraquí, para cenar. Fue una cena cara, y más aún si se tiene en cuenta que el traficante en armas alemán entregó al otro un sobre que contenía el equivalente de 1 000 libras en marcos alemanes. A cambio de esto, el árabe le dio otro sobre, cuyo contenido examinó Schlinker. Era una carta escrita en papel oficial de la Embajada. Iba dirigida a quien pudiese interesar, y declaraba que el infrascrito, diplomático de la Embajada en Londres de la República del Iraq, había sido requerido y exhortado por el ministerio del Interior y de Policía de su país para que autorizase a herr Johann Schlinker a negociar la compra de 400 000 proyectiles estándar de 9 mm, con destino a Iraq y para completar el arsenal de la fuerza de Policía de su país. Lo firmaba el diplomático y llevaba el sello de la República del Iraq, el cual debía hallarse normalmente sobre la mesa del embajador.

La carta decía también que la compra debía hacerse en interés exclusivo de la República del Iraq y que, en ninguna circunstancia, podía transferirse, total ni parcialmente, a cualquier otro comprador. Era un

certificado de último usuario.

Cuando se despidieron, era ya demasiado tarde para que el alemán pudiera volver a casa; por consiguiente, pasó la noche en Londres y se marchó a la mañana siguiente.

A las once de la mañana del viernes, Cat Shannon telefoneó a Marc Vlaminck en el piso alto del bar de Ostende.

—¿Encontraste al hombre a quien te pedí que buscaras? —preguntó, después de identificarse.

Había advertido al belga que tuviese mucho cuidado al hablar por teléfono.

—Sí, lo encontré —respondió *Pequeño* Marc.

Estaba sentado en la cama, mientras Anna roncaba suavemente a su lado. El bar solía cerrar a las tres o las cuatro de la mañana; por consiguiente, ambos se levantaban a eso del mediodía.

—¿Está dispuesto a hablar de negocios? —preguntó Shannon.

—Creo que sí —dijo Vlaminck—. Todavía no he hablado con él del asunto, pero me ha dicho un amigo que siempre está dispuesto a hacerlo, a condición de que el interesado le sea debidamente presentado por un amigo común.

—¿Tiene todavía la mercancía de que te hablé en nuestra última entrevista?

—Sí —dijo la voz, desde Bélgica—. Todavía la tiene.

—Bien —concluyó Shannon—. Haz que te presenten primero a ti, entrevístate con él y dile que tienes un cliente que quiere hablar de negocios. Pídele que esté dispuesto, el próximo fin de semana, para celebrar una reunión con el cliente. Dile que se trata de un buen parroquiano, digno de toda confianza, y que es un inglés llamado Brown. Bueno, tú sabes lo que tienes que decirle para que se interese en hacer un negocio. Añade que el cliente desea examinar una muestra de la mercancía durante la entrevista y, si le interesa, discutir las condiciones y la forma de entrega. Te llamaré antes para decirte dónde estoy y preguntarte cuándo puedo verlos a los dos. ¿Comprendido?

—Desde luego —dijo Marc—. Lo haré en un par de días y concertaré la entrevista para una fecha, que confirmaré más tarde, pero dentro del próximo fin de semana.

Se despidieron como de costumbre y colgaron.

A las dos y media llegó un telegrama de Marsella al piso. Contenía el nombre de un francés y una dirección. Langarotti decía que llamaría al hombre por teléfono y le recomendaría personalmente a Shannon. El telegrama terminaba diciendo que estaban en marcha las gestiones para el embarque y que Langarotti confiaba en poder dar a Shannon un nombre y una

dirección dentro de cinco días.

Shannon descolgó el teléfono, llamó a las oficinas de «UTA Airlines», en Picadilly, y reservó un pasaje en el vuelo de las doce de la noche del próximo domingo, con destino a África, desde Le Bourget, París. También reservó en la «BEA» un pasaje para París, en el primer vuelo de la mañana del domingo. A última hora de la tarde, pagó ambos pasajes en dinero efectivo.

Cogió 2 000 libras del dinero que había traído de Alemania, las metió en un sobre e introdujo éste debajo del forro del fondo de su maletín, pues los representantes del Tesoro en el aeropuerto de Londres se empeñan en que los ciudadanos británicos no saquen del país más de las autorizadas 25 libras en efectivo y 300 en cheques de viajero.

Inmediatamente después de comer, sir James Manson llamó a Simon Endean a su despacho. Había terminado de leer el informe de Shannon y estaba agradablemente sorprendido por la rapidez con que se estaba llevando a cabo el plan propuesto doce días atrás por el mercenario. Había examinado las cuentas y aprobado los gastos. Pero aún le complacía más la larga conversación sostenida por teléfono con Martin Thorpe, el cual se había pasado la mitad de la noche y la mayor parte de la mañana con un agente de seguros.

—Dice usted que Shannon estará en el extranjero

casi toda la semana próxima —dijo a Endean, al entrar éste en su despacho.

—Sí, sir James.

—Bien. Tenemos que hacer una cosa, más pronto o más tarde, y nada perderemos haciéndola ahora. Coja un impreso de uno de nuestros contratos de trabajo, de los que solemos emplear para la contratación de nuestros representantes Africanos. Cubra el nombre de «ManCon» con un trocito de papel blanco, y ponga en su lugar el dé «Bormac». Rellénelo con el nombramiento de Antoine Bobi como representante en África Occidental, con un salario de quinientas libras esterlinas mensuales. Cuando lo tenga preparado, muéstremelo.

—¿Bobi? —preguntó Endean—. ¿Se refiere al coronel Bobi?

—Exactamente. No quiero que el futuro presidente de Zangaro se largue a otra parte. El lunes de la próxima semana irá usted a Cotonou, se entrevistará con el coronel y le convencerá de que la «Bormac Trading Company», a la que usted representa, se sintió tan impresionada por su agudeza mental y en negocios, que desea contratar sus servicios como asesor en África Occidental. No tema; no se preocupará de averiguar quién o qué es «Bormac», ni si es usted su representante. Si no conozco mal a esos tipos, lo único que les interesa es el salario. Sí anda escaso de dinero, lo considerará un maná caído del cielo.

»Le dirá usted que sus funciones le serán comunicadas más adelante y que, de momento, la única condición de su empleo es que permanezca donde está, en su casa de Dahomey, durante los próximos tres meses o hasta que usted vuelva a visitarlo. Convéncalo de que recibirá una remuneración adicional si no se mueve del sitio. Dígale que el dinero le será transferido a su cuenta local en francos de Dahomey. En modo alguno debe recibir divisas fuertes. Podrían darle tentaciones de largarse. Una última advertencia. Cuando tenga a punto el contrato, saque fotocopias del mismo, para disimular las huellas del cambio de nombre de la compañía, y llévese solamente estas fotocopias. En cuanto a la fecha, procure que el último número del año aparezca borroso. Tíznelo usted mismo.

Endean grabó en su memoria las instrucciones y salió, para preparar el amañado contrato de trabajo a favor del coronel Antoine Bobi.

El mismo viernes por la tarde, justo después de las cuatro, Thorpe salió del lúgubre piso de Kensington llevando consigo los cuatro «vendí» de acciones que quería, debidamente firmados por lady Macallister, y también por mistress Barton como testigo. También llevaba una carta firmada por la anciana, en la que ordenaba a míster Dalglish, su procurador en Dundee, que entregase a míster Thorpe los certificados de las

acciones, contra presentación de la carta y de un documento de identidad, y, naturalmente, mediante el debido pago.

El nombre del comprador de las acciones había sido dejado en blanco en los «vendí»; pero lady Macallister no se había fijado en ello. Tal era su confusión al pensar que mistress Barton podía hacer sus bártulos y marcharse de la casa. Antes de que se hiciese de noche, el nombre del «Banco Zwingli», en representación de los señores Adams, Ball, Carter y Davies, aparecería en los espacios ahora en blanco. Después de una visita a Zurich el lunes siguiente, el sello del banco y la firma del doctor Steinhofer completarían los documentos, y cuatro cheques certificados, contra las respectivas cuentas corrientes de los cuatro compradores de un siete y medio por ciento de las acciones de «Bormac», saldrían de Suiza.

La operación habría costado a sir James Manson dos chelines por cada una de las 300 000 acciones, cotizadas a un chelín y un penique en la Bolsa, o sea, en total, 30 000 libras. Pero, además, le había costado otras 30 000 libras, extraídas por la mañana en dinero efectivo de tres cuentas distintas, e ingresadas una hora después en una nueva cuenta, constituyendo una renta vitalicia que aseguraría una existencia libre de preocupaciones a una madura ama de llaves y señora de compañía.

En total, Thorpe calculó que el precio era barato. Y,

más importante aún, era imposible seguir su verdadera pista. El nombre de Thorpe no aparecía en ningún documento; el capital para la renta vitalicia había sido pagado por medio de un procurador, y los procuradores cobran por mantener cerrado el pico; Thorpe confiaba en que mistress Barton sería lo bastante sensata para hacer lo mismo. Y, a fin de cuentas, la operación era incluso legal.

Capítulo XIII

Benoit Lambert, Benny para los amigos y la Policía, era un pequeño personaje de los bajos fondos a quien gustaba presumir de mercenario. En realidad, su única aparición en el campo de los soldados mercenarios ocurrió cuando, perseguido por la Policía en París, tomó un avión con destino a África y se alistó en el 6° Comando, que operaba en el Congo bajo la jefatura de Denard.

Por alguna razón, el jefe mercenario tomó simpatía al timorato hombrecillo y le dio un trabajo en el puesto de mando, que lo mantenía alejado de la línea de fuego. Había desempeñado bien su función, porque ésta le permitía desarrollar el único talento que poseía en realidad. Era un mago consiguiendo cosas. Parecía

capaz de encontrar huevos donde no había gallinas, o whisky donde no había destilerías. En el puesto de mando de una unidad militar, un hombre de esta clase resulta siempre útil, y son pocas las que no lo tienen. Había estado casi un año en el 6° Comando, hasta mayo de 1967, en que se olió que se preparaba algún jaleo, en forma de una inminente revuelta del 10° Comando de Schramme contra el Gobierno congoleño. Pensó, con razón, según se vio más tarde, que Denard y el 6° podían verse envueltos en el fregado, y, si esto ocurría, incluso el personal del puesto de mando participaría en una lucha de verdad. Había llegado, para Benny Lambert, el momento de cambiar de sitio.

Para sorpresa suya, lo dejaron marchar.

De regreso en Francia, había procurado crearse una aureola de mercenario y, más tarde, se dio el título de traficante en armas. Desde luego, no era lo primero; pero, en lo tocante a las armas, y gracias a sus relaciones, había podido suministrar ocasionalmente algunas piezas acá y allá, generalmente armas cortas para la gente del hampa, y, alguna vez, una caja de rifles. También había conocido a un diplomático africano que estaba dispuesto a proporcionar, por dinero, certificados de último usuario relativamente aceptables, en forma de carta de la oficina del embajador y con el sello de la Embajada. Hacía ocho meses que había explicado esto, en un bar, a un corso llamado Langarotti.

Sin embargo, se sorprendió cuando, el viernes por la tarde, lo llamó por conferencia telefónica, para decirle que el día siguiente o el domingo, Cat Shannon le visitaría en su casa. Había oído hablar de Shannon, pero más aún, del odio mortal que sentía Charles Roux por el mercenario irlandés. Hacía tiempo llegó a sus oídos, por los rumores que circulaban entre los mercenarios de París, que Roux estaba dispuesto a pagar bien a quien le diese noticias del paradero de Shannon, si éste se presentaba alguna vez en París. Después de pensarlo bien, Lambert se avino a esperar a Shannon en su casa.

—Sí, creo que podré conseguir el certificado —dijo, cuando Shannon le hubo expuesto lo que deseaba—. Mi amigo está todavía en París. Hago frecuentes tratos con él, ¿sabes?

Era mentira, pues sus tratos eran esporádicos; pero estaba seguro de hacerlo esta vez.

—¿Cuánto? —preguntó Shannon, yendo al grano.

—Quince mil francos —dijo Benny Lambert.

Shannon soltó una interjección en francés. Era una de las muchas palabras que había pescado en el Congo, aunque no se encontraba en ningún diccionario Larousse.

—Pagaré mil libras, y es más de lo que vale.

Lambert hizo un rápido cálculo. Equivalía a un poco más de once mil francos, al cambio actual.

—De acuerdo —dijo.

—Y si se te escapa una palabra sobre esto, te cortaré

el gaznate como a un pollo —amenazó Shannon—. Mejor aún, haré que lo haga el corso, y éste es de los que empiezan por la rodilla.

—Ni una palabra a nadie, lo juro —protestó Benny—. Mil libras, y conseguiré la carta en cuatro días. Y tendré cerrado el pico.

Shannon le dio quinientas libras.

—Cobrarás en esterlinas —dijo—. La mitad ahora y la mitad cuando recoja el documento.

Lambert iba a protestar, pero comprendió que de nada le serviría. El irlandés no se fiaba de él.

—Volveré el miércoles —dijo Shannon—. Ten la carta preparada, y te daré las otras quinientas.

Cuando Shannon se hubo marchado, Benny Lambert reflexionó sobre lo que debía hacer. Por fin, resolvió hacerse con la carta, cobrar el resto del precio e informar más tarde a Roux.

La noche siguiente, Shannon voló a África en el avión de las doce, y llegó al amanecer del lunes. Después, un largo recorrido en coche, hacia las tierras altas. El taxi ardía y rechinaba de un modo terrible. Estaban en plena estación seca, y el cielo que se extendía sobre la plantación de palmeras era de un azul brillante, sin una nube. A Shannon no le importaba. Le gustaba estar de nuevo en África, aunque fuese por un día y medio y después de seis horas de vuelo sin dormir.

Su ambiente le resultaba más familiar que el de las ciudades de la Europa occidental. Familiares eran los ruidos y los olores, los campesinos que caminaban al borde de la carretera para ir al mercado, las columnas de mujeres en fila india, con jarras o paquetes sobre la cabeza, en equilibrio, sin el menor balanceo.

En cada aldea que cruzaban, se estaba celebrando el mercado mañanero, a la sombra de los tejadillos cubiertos de palmas de los desvencijados tenderetes; y los aldeanos charlaban y regateaban, compraban y vendían. Las mujeres cuidaban de los puestos, mientras los hombres permanecían sentados a la sombra, hablando de asuntos importantes que sólo ellos podían comprender, y los desnudos chiquillos morenos corrían sobre el polvo, entre las piernas de sus padres y los tenderetes.

Shannon había abierto ambas ventanillas. Retrepado en su asiento, olía la humedad y las palmeras, el humo de leña y el vapor pegajoso de los ríos que cruzaban. Había telefoneado, desde el aeropuerto, al número que le facilitara el escritor, y lo estaban esperando. Poco antes del mediodía, llegó a una villa algo apartada de la carretera, en el centro de un pequeño parque particular.

Los guardias lo registraron en la entrada, cacheándolo desde los sobacos hasta los pies, antes de dejarle pagar el taxi y cruzar el portal. Ya en el interior, vio una cara conocida; era uno de los servidores

personales del hombre a quien iba a visitar. El criado sonrió ampliamente y saludó con la cabeza. Después, condujo a Shannon a uno de los tres edificios que había en el parque y lo invitó a entrar en un salón vacío. Shannon esperó, solo, durante media hora.

Estaba mirando por la ventana, sintiendo cómo la frescura del acondicionador de aire secaba sus ropas, cuando oyó crujir la puerta y el ruido de sandalias sobre las baldosas. Se volvió en redondo.

El general tenía el mismo aspecto que la última vez que se habían visto, en un aeropuerto a oscuras: la misma barba frondosa, el mismo acento grave.

—Bueno, comandante Shannon, ha tardado usted muy poco en volver. ¿No puede estar lejos de aquí?

Se chanceaba, como de costumbre. Shannon sonrió, mientras se estrechaban la mano.

—He vuelto porque necesito algo, señor. Y porque hay algo sobre lo que pienso que tendríamos que hablar. Una idea que da vueltas por mi cabeza.

—Creo que un pobre desterrado no puede ofrecerle gran cosa —dijo el general—, pero escucharé con gusto sus ideas. Si no recuerdo mal, solía tenerlas bastante buenas.

—Todavía tiene usted una cosa incluso en el destierro, y es la que necesito. Cuenta usted aún con la lealtad de su pueblo, y lo que yo necesito... son hombres.

Los dos hombres hablaron durante la comida y

durante toda la tarde. Todavía discutían cuando empezó a oscurecer. Sobre la mesa había unos diagramas recién dibujados por Shannon. Este sólo había traído consigo unas hojas de papel en blanco y varios lápices de colores. Por si lo cacheaban los aduaneros.

Llegaron a un acuerdo sobre los puntos básicos al ponerse el sol, y elaboraron el plan durante la noche. A las tres de la mañana, el general hizo preparar un automóvil para llevar a Shannon al aeropuerto de la costa, donde tomaría el avión de París al amanecer.

Al despedirse en la terraza, mientras el coche y el adormilado chófer esperaban abajo, se estrecharon de nuevo la mano.

—Estaré en contacto con usted, señor —dijo Shannon.

—Y yo enviaré inmediatamente mis emisarios —dijo el general—. Dentro de sesenta días, los hombres estarán allí.

Shannon estaba terriblemente cansado. La tensión de los continuos viajes empezaba a dejarse sentir; las noches en blanco, la continua sucesión de aeropuertos y hoteles, de reuniones y negociaciones lo habían dejado agotado. Mientras el automóvil corría hacia el sur, durmió por primera vez en dos días, y también dormitó en el avión, mientras éste volaba hacia París. Había demasiadas escalas para poder dormir como era debido: una hora en Ouagadougou; otra, en una pista de Mauritania dejada de la mano de Dios; otra, en

Marsella. Llegó a Le Bourget muy poco antes de las seis de la tarde. Era el final del Día Quince.

Mientras Shannon aterrizaba en París, Martin Thorpe tomaba el tren nocturno de Glasgow, Stirling y Perth. En esta última estación, enlazaría con el tren de Dundee, donde se hallaban las antiguas oficinas de «Dalgleish y Dalgleish», procuradores de los Tribunales. Llevaba en la cartera el documento firmado antes del fin de semana por lady Macallister, y por mistress Barton como testigo, así como cuatro cheques del «Banco Zwingli», de Zurich, por la suma de 7 500 libras cada uno, precio de 75 000 acciones de «Bormac» cedidas por lady Macallister.

«Veinticuatro horas», pensó, mientras bajaba las cortinillas de su compartimiento de primera clase en el coche cama, interrumpiendo el espectáculo del escurridizo andén de la estación de King's Cross. Dentro de veinticuatro horas, las acciones estarían en casa, y, tres semanas más tarde, el Consejo de Administración tendría otro presidente, una marioneta pendiente de los hilos manejados por él y por sir James Manson. Tumbado en la litera, con la cartera debajo de la almohada, Martin Thorpe contemplaba el techo, regocijándose en sus pensamientos.

Aquel martes por la tarde, Shannon se hallaba en un hotel no lejos de la Madeleine, en el corazón del distrito VIII de París. Había tenido que renunciar a su alojamiento acostumbrado de Montmartre, donde era conocido por Carlo Shannon, porque ahora usaba el nombre de Keith Brown. Pero el «Plaza-Surene» era un buen sustituto. Habíase bañado y afeitado, y se disponía a salir a cenar. Previamente telefoneó para reservar una mesa en su restaurante predilecto del barrio, el «Mazagran», y madame Michelle le había prometido un *filet mignon* a su gusto, acompañado de ensalada de lechuga y regado con *Pot de Chirouble*.

Las dos llamadas telefónicas que había ordenado se produjeron casi al mismo tiempo. El primero en telefonar fue cierto monsieur Lavallon, más conocido por él como Jean-Baptiste Langarotti, de Marsella.

—¿Tienes ya esa casa consignataria? —preguntó Shannon, después de los saludos de ritual.

—Sí —dijo el corso—. Está en Tolón. Muy buena, muy respetable y eficiente. Tiene almacén propio en el puerto.

—Deletrea el nombre —dijo Shannon, que tenía ya a punto lápiz y papel.

—«Agence Maritime Duphot» —dijo Langarotti, deletreando el nombre. Después le dio la dirección y añadió—: Envía la mercancía a la agencia, expresando claramente que es propiedad de monsieur Langarotti.

Shannon colgó, y el telefonista del hotel volvió a

llamarlo inmediatamente para decirle que un tal mister Duprée le llamaba desde Londres.

—Acabo de recibir tu telegrama —gritó Janni Duprée. Shannon le dictó el nombre y la dirección de la agencia de Tolón, letra por letra, y Duprée los anotó.

—Bueno —dijo al fin—. Tengo el primero de los cuatro bultos a punto para el envío. Diré a los agentes de Londres que hagan la remesa lo antes posible. ¡Oh! A propósito, he encontrado las botas.

—¡Bravo! —exclamó Shannon—. Buen trabajo.

Hizo otra llamada, esta vez a un bar de Ostende. Hubo una demora de quince minutos, pero al fin llegó la voz de Marc.

—Estoy en París —le dijo Shannon—. Ese hombre de la muestra que quiero examinar...

—Sí —dijo Marc—. Me he entrevistado con él. Está de acuerdo en verse contigo y discutir los precios y condiciones.

—Bien. Estaré en Bélgica el jueves por la noche o el viernes por la mañana. Propónle el viernes por la mañana, a la hora del desayuno, en mi habitación del «Holiday Inn Hotel», cerca del aeropuerto.

—Lo conozco —dijo Marc—. Está bien; se lo diré y te llamaré más tarde.

—Llámame mañana, entre las diez y las once —dijo Shannon, y colgó.

Sólo entonces se puso la chaqueta y se dispuso a disfrutar de una esperada cena y de una deseada noche

de descanso.

Mientras Shannon dormía, Simon Endean volaba con rumbo a África en el avión nocturno. Había llegado a París en el primer vuelo del lunes y tomado inmediatamente un taxi que lo llevó a la Embajada de Dahomey, en la Avenue Victor Hugo. Aquí había llenado un prolijo impreso de color de rosa, en solicitud de un visado turístico para seis días. Lo había recogido antes de la hora de cierre de la oficina consular, el martes por la tarde, y había tomado el avión nocturno con destino a Cotonou, vía Niamey. A Shannon no le habría sorprendido saber que Endean se dirigía a África, pues presumía que el desterrado coronel Bobi tenía que desempeñar algún papel en el plan de sir James Manson, y que el exjefe supremo del Ejército de Zangaro se estaba aburriendo en algún lugar de la costa de los manglares. En cambio, si Endean hubiese sabido que Shannon acababa de regresar de una visita secreta al general, en el mismo sector Africano, le habría quitado el sueño a bordo del «DC-8» de «UTA», a pesar de la píldora que había tomado para asegurarse un ininterrumpido descanso.

Marc Vlamminck llamó a Shannon a su hotel, a las diez y cuarto del día siguiente.

—Está de acuerdo en celebrar la entrevista, y traerá la muestra —dijo el belga—. ¿Quieres que asista yo también?

—Desde luego —dijo Shannon—. Cuando llegues al hotel, pregunta por la habitación de míster Brown. Otra cosa. ¿Compraste la furgoneta que te encargué?

—Sí. ¿Por qué?

—¿La ha visto ese caballero?

Hubo una pausa, mientras Vlaminck pensaba.

—No.

—Entonces, no la llesves a Bruselas. Alquila un coche y condúcelo tú mismo. Recoge al hombre de pasada. ¿Comprendido?

—Sí —respondió Vlaminck, todavía perplejo—. Como tú digas.

Shannon, que aún estaba en la cama, pero se sentía bastante mejor, llamó pidiendo el desayuno y tomó su acostumbrada ducha de cinco minutos; cuatro, con el agua muy caliente, y los sesenta segundos restantes, bajo un chorro de agua helada. Cuando salió del cuarto de baño, el café y los panecillos estaban sobre la mesita de noche. Hizo dos llamadas telefónicas desde su habitación: una, a Benny Lambert, en París; la otra, a míster Stein, de «Lang & Stein», en Luxemburgo.

—¿Tienes esa carta para mí? —preguntó a Lambert. La voz del pequeño truhán pareció un tanto insegura.

—Sí. La conseguí ayer. Por fortuna, mi amigo estaba

de servicio el lunes, y pude verle por la noche. Ayer tarde me dio la carta de presentación. ¿Cuándo la quiere?

—Esta tarde —dijo Shannon.

—Está bien. ¿Y mis honorarios?

—No te preocupes; están en mi bolsillo.

—Entonces, venga a mi casa a eso de las tres —dijo Lambert.

Shannon lo pensó un momento.

—No; es mejor que vengas tú a mi hotel —dijo, y dio el nombre de éste a Lambert.

Prefería reunirse con el hombrecillo en un lugar público. Le sorprendió un poco que Lambert accediese a ello con cierto tono de júbilo en la voz. Algo no marchaba del todo bien en el asunto; pero no podía dar en el clavo. Desde luego, no se imaginaba que acababa de dar al truhán parisiense una información que éste vendería más tarde a Roux.

Míster Stein estaba hablando por otra línea cuando lo llamó Shannon. Este prefirió no esperar y dijo que llamaría de nuevo. Lo hizo una hora más tarde.

—Le llamo para la constitución de mi compañía *holding*, la «Tyrone Holding» dijo.

—¡Oh, sí, míster Brown! —dijo la voz—. Todo está a punto. ¿Qué día le conviene?

—Mañana por la tarde —respondió Shannon.

Convinieron en reunirse a las tres en la oficina de Stein. Shannon encargó a los del hotel que le reservasen

una plaza en el expreso París-Luxemburgo de las nueve de la mañana.

—Debo decir que todo esto me parece extraño, muy extraño.

El aspecto y los modales de míster Duncan Dalgleish, Senior, concordaban perfectamente con su despacho, y su despacho parecía el que sirvió de escenario para la lectura del testamento de sir Walter Scott.

El hombre examinó minuciosamente los cuatro documentos de venta de acciones suscritos por lady Macallister y firmados como testigo por mistress Barton. Varias veces dijo «¡Ay!», en tono compungido, mientras lanzaba otras tantas miradas desaprobadoras al joven londinense. Por lo visto, no estaba acostumbrado a manejar cheques certificados de los Bancos de Zurich, y los leyó varias veces, dándoles vueltas entre los dedos. Volvió a examinar los cuatro «vendí» antes de resolverse a hablar.

—Debe usted saber que otras personas acudieron a lady Macallister con anterioridad, ofreciéndole comprar estas acciones. Ella pensó siempre que debía consultar a la casa Dalgleish, y en todas las ocasiones, yo le aconsejé que no vendiese.

Thorpe pensó que sin duda otros muchos clientes de míster Duncan Dalgleish conservaban montones de

acciones sin valor, por consejo de éste; pero siguió mostrándose cortés.

—Tiene usted que reconocer, míster Dalglish, que los caballeros a quienes represento han pagado a lady Macallister casi el doble de lo que valen las acciones. Ella, por su parte, firmó los «vendí» por su libre voluntad y me otorgó poderes para retirar las acciones, contra entrega de cheques por un valor total de treinta mil libras. Y éstos son los que tiene usted en la mano.

El viejo suspiró.

—Lo que me extraña es que no me consultase antes de hacerlo —dijo tristemente—. Yo suelo aconsejarla en todas sus operaciones financieras. Tengo amplios poderes suyos.

—Pero la firma de lady Macallister es perfectamente válida —insistió Thorpe.

—Sí, sí; el hecho de que yo tenga poderes no quiere decir que ella no pueda firmar personalmente.

—Entonces, le agradecería que me entregase los certificados de las acciones, a fin de que pueda regresar a Londres —dijo Thorpe.

El viejo se levantó despacio.

—Discúlpeme un momento, míster Thorpe —dijo, en tono digno, y se retiró a otro santuario interior.

Thorpe estaba convencido de que se disponía a llamar a Londres, y rezó para que el estado del aparato auditivo de lady Macallister hiciese necesaria la intervención de místress Barton como intérprete. Al

cabo de media hora, volvió el viejo. Llevaba un voluminoso fajo de viejos y descoloridos certificados en la mano.

—Lady Macallister ha confirmado lo que me había dicho usted, míster Thorpe. Comprenda que yo no dudaba de su palabra. Pero, tratándose de una transacción de esta importancia, me creí obligado a consultar con mi cliente.

—Es natural —dijo Thorpe, levantándose y alargando la mano.

Dalglish se desprendió de las acciones como si hubiesen sido suyas.

Una hora más tarde, Thorpe estaba en el tren, deslizándose entre los campos primaverales de Angus County, en su viaje de regreso a Londres.

A diez mil kilómetros de distancia de los montes cubiertos de brezos de Escocia, Simon Endean hallábase sentado en compañía del corpulento coronel Bobi, en una pequeña villa alquilada del distrito residencial de Cotonou. Llegado en el avión de la mañana, se había dirigido al «Hotel du Port», cuyo director israelí le había ayudado a encontrar la casa donde vivía el exiliado oficial del Ejército de Zangaro, con las duras restricciones propias de los desterrados.

Bobi era un hombre gigantesco, de aspecto brutal y enormes manazas. Estas cualidades gustaron a Endean.

A él no le importaban los desastrosos efectos que pudiera tener sobre Zangaro la sustitución por Bobi del igualmente desastroso Jean Kimba. Lo único que buscaba era un hombre dispuesto a vender la concesión minera de la Montaña de Cristal a la «Bormac Trading Company», mediante un canon y una espléndida transferencia a su cuenta particular. Y lo había encontrado.

El coronel consideraba un honor aceptar el cargo de asesor de «Bormac» en el África Occidental, por un salario de 500 libras mensuales. Había fingido estudiar el contrato que traía Endean; pero el inglés observó, con satisfacción, que la expresión de Bobi no cambiaba al pasar a la segunda página, que Endean había puesto del revés. El hombre era analfabeto, o poco menos.

Endean explicó pausadamente las condiciones del contrato, en la jerga que habían empleado desde el principio, mezcla de francés elemental y de inglés esquemático de la Costa. Bobi asentía gravemente, con sus ojillos, surcados por venitas rojas, fijos en el contrato. Endean hizo hincapié en que Bobi tenía que permanecer en su villa o cerca de ella durante los dos o tres próximos meses, y le anunció otra visita a su debido tiempo.

El inglés dedujo que Bobi tenía aún un pasaporte diplomático válido de Zangaro, resultado de un viaje realizado antaño al extranjero en compañía del ministro de Defensa, que era primo de Kimba.

Poco antes de la puesta de sol, garrapateó lo que podía ser una firma al pie del documento. Aunque esto importaba poco. Sólo más adelante sabría Bobi que la «Bormac» pretendía devolverle el poder a cambio de la concesión minera. Endean presumía que, si el precio era elevado, Bobi no vacilaría.

Al amanecer del día siguiente, Endean se hallaba ya en otro avión, de regreso a París y a Londres.

La reunión con Benny Lambert se celebró en el hotel, según lo convenido. Fue breve y práctica. Lambert entregó un sobre, y Shannon lo abrió. Sacó de él dos hojas de papel iguales, cada una de las cuales llevaba el escudo y el membrete de la Embajada de la República de Togo en París.

Una de las hojas estaba en blanco, salvo por la firma al pie y el sello de la Embajada. La otra era una carta en la que el firmante declaraba que había sido autorizado por su Gobierno para contratar los servicios de..., a fin de negociar con el Gobierno de... la compra de las armas consignadas en el documento adjunto. La carta terminaba con la acostumbrada garantía de que las armas sólo serían utilizadas por las fuerzas armadas de la República de Togo, y no serían vendidas o cedidas a un tercer país. Este documento estaba también firmado y autenticado con el sello de la República.

Shannon asintió con la cabeza. Confiaba en que Alan

Baker podría insertar su propio nombre como agente autorizado, y el de la República Federal de Yugoslavia como país vendedor, sin que se advirtiese la adición. Entregó a Lambert las 500 libras que le debía y salió del café del hotel.

Como la mayoría de los hombres débiles, Lambert tenía un carácter indeciso. Durante tres días había estado a punto de llamar a Charles Roux y decirle que Shannon estaba en la ciudad, en busca de un certificado de último usuario. Sabía que la noticia interesaría mucho al mercenario francés, aunque ignoraba por qué. Presumía que era porque consideraba París y sus residentes mercenarios como de su dominio exclusivo. No le gustaba que llegase un extranjero para montar una operación, ya fuese de armas o de hombres, sin tener a Roux como socio a partes iguales en el negocio o, mejor aún, como «director» del proyecto. Nunca se le ocurriría a Roux pensar que nadie podía estar dispuesto a financiar una operación dirigida por él, ya que eran muchas las que habían fracasado por haberse dejado sobornar, y demasiadas las veces que había estafado los salarios a sus hombres.

Pero Lambert temía a Roux, y pensaba que tenía que decírselo. Había estado a punto de hacerlo aquella misma tarde, y lo habría hecho si Shannon no le hubiese debido las 500 libras. Si hubiese informado a Roux en tales circunstancias, el pequeño truhán habría perdido las 500 libras, pues estaba seguro de que Roux no le

habría dado esta cantidad por el chivatazo. Lo que no sabía era que Roux había contratado a un asesino para liquidar al irlandés. Y debido a esta ignorancia, concibió otra idea.

Benny Lambert no brillaba por su inteligencia; pero pensó que había encontrado la solución perfecta. Podía embolsarselas mil libras de Shannon y decirle a Roux que el irlandés le había pedido un certificado de último usuario, a lo cual se había negado él rotundamente. Sólo había una pega. Sabía lo bastante de Shannon para temerle también, y pensaba que si Roux se ponía en contacto con el irlandés demasiado pronto, después de su reunión con Lambert en el hotel, Shannon adivinaría la identidad del soplón. Resolvió, pues, esperar a la mañana siguiente.

Cuando por fin dio el soplo a Roux, era ya demasiado tarde. Roux llamó inmediatamente al hotel, sin dar su nombre, y preguntó si un tal mister Shannon se alojaba allí. El recepcionista le contestó, sin mentir en absoluto, que nadie con dicho nombre figuraba inscrito en el hotel.

Interrogado de nuevo, el asustado Lambert dijo que sólo había recibido una llamada de Shannon, el cual le había dicho que se alojaba en aquel hotel.

Poco después de las nueve, y por indicación de Roux, Henri Alain se plantó en la recepción del «Plaza-Surene» y comprobó que el único inglés o irlandés que había estado en el hotel la noche anterior tenía una

apariencia exactamente igual a la de Shannon; que el nombre que había dado y figuraba en su pasaporte era el de Keith Brown, y que había encargado, a través del despacho de recepción, un billete del expreso de Luxemburgo de las nueve de la mañana. Henri Alain se enteró también de que mister Brown había celebrado una entrevista en el café del hotel la tarde pasada, y obtuvo una descripción del francés que había hablado con él. Todo esto fue comunicado a Roux al mediodía.

Roux, Henri Alain y Raymond Thomard celebraron una conferencia de guerra en el piso del líder mercenario francés. Roux tomó la decisión final.

—Esta vez se nos ha escapado, Henri —dijo—, pero lo más probable es que no sepa nada de esto. Por consiguiente, puede volver a ese hotel la próxima vez que tenga que pernoctar en París. Quiero que hagas amistad, pero amistad verdadera, con alguien del personal del hotel. La próxima vez que nuestro hombre se aloje en él, debo saberlo inmediatamente. ¿Comprendido?

Alain asintió con la cabeza.

—Desde luego, *patron*. Alguien estará al acecho dentro del hotel, y si un día llama para reservar una habitación, lo sabremos en seguida.

Roux se volvió a Thomard.

—Cuando él vuelva, Raymond, liquidarás al bastardo. Pero, entretanto te confiaré otro pequeño trabajo. Ese cerdo de Lambert se ha jugado la cabeza

con sus trucos. Probablemente cobró de Shannon, y después trató de ganar algo más dándome una información atrasada. Asegúrate de que Benny Lambert quede fuera de circulación al menos durante seis meses.

La constitución de la compañía denominada «Tyrone Holding» fue más breve de lo que Shannon podía imaginarse. Fue tan rápida, que casi terminó antes de empezar. Shannon fue introducido en el despacho particular de míster Stein, donde se encontraban ya míster Lang y uno de los socios jóvenes. Junto a una de las paredes estaban tres secretarios, que resultaron ser los de los tres socios presentes. Con la necesaria asistencia de siete accionistas, míster Stein constituyó la compañía en cinco minutos. Shannon entregó 500 libras, y quedaron suscritas las mil acciones. Cada uno de los presentes recibió una acción y firmó el correspondiente recibo, entregándola después a míster Stein para que la guardase en la caja fuerte de la compañía. Shannon recibió 994 acciones, en un resguardo firmado por todos los demás, que se guardó en el bolsillo. Los estatutos de la compañía fueron suscritos por el presidente y el secretario; más tarde se librarían copias de ellos para su inscripción en el Registro Mercantil del Archiducado de Luxemburgo. Los tres secretarios volvieron a su trabajo, y el Consejo de Administración se reunió y aprobó el objeto de la

sociedad; el secretario redactó el acta correspondiente, que, leída por él, fue firmada por el presidente. Y eso fue todo. «Tyrone Holding SA» tenía ya existencia legal.

Los otros dos miembros del Consejo estrecharon la mano de Shannon, llamándole míster Brown, y se marcharon. Míster Stein acompañó a Shannon hasta la puerta.

—Cuando usted y sus socios deseen comprar una compañía dedicada al objeto previsto, para que pase a ser propiedad de «Tyrone Holding» —le explicó, tendrá usted que venir aquí, entregarnos un cheque por la suma adecuada y suscribir la nueva emisión a razón de una libra por acción. Las formalidades quedan de nuestra cuenta.

Shannon comprendió. Cualquier investigación terminaría en míster Stein, como presidente de la compañía. Dos horas más tarde tomó el avión con destino a Bruselas y llegó al «Holiday Inn» momentos antes de las ocho.

El hombre que acompañaba a *Pequeño* Marc Vlamincck cuando llamaron a la puerta de la habitación de Shannon, poco después de las diez de la mañana siguiente, fue presentado como monsieur Boucher. Cuando los vio plantados en el umbral, al abrir la puerta, le dieron la impresión de una pareja cómica. Marc era muy corpulento, mucho más alto que su compañero, y le sobraba carne en todas partes. El otro era gordo, extraordinariamente gordo, con esa gordura

de los payasos de vodevil y de ciertos personajes de los cuentos de hadas. Parecía casi esférico, equilibrado como uno de esos juguetes de plástico que no pueden ser derribados a causa de su esfericidad. Sólo mirándole de cerca se advertía que, debajo de la esfera, había dos pies diminutos y calzados con bien lustrados zapatos, y que el hemisferio inferior estaba dividido en dos piernas, aunque, cuando el hombre permanecía parado, parecía una sola.

La cabeza de monsieur Boucher era la única parte del cuerpo que echaba a perder la uniformidad de aquella masa globular. Era pequeña en la cima y se ensanchaba hacia bajo hasta ocultar el cuello de la camisa bajo la carne de las mejillas, que descansaba cómodamente sobre los hombros. Después de unos segundos, Shannon tuvo que reconocer que también tenía brazos, uno a cada lado del cuerpo, y que, debajo de uno de ellos, llevaba una cartera de unos doce centímetros de grueso.

—Pasen, por favor —dijo Shannon, echándose a un lado.

Boucher entró el primero, ladeándose ligeramente al cruzar la puerta, como una enorme bola gris vestida de castor. Marc le siguió e hizo un guiño a Shannon al cruzarse sus miradas. Siguieron las presentaciones y los apretones de manos. Shannon indicó un sillón, pero Boucher prefirió sentarse en el borde de la cama. Era un hombre prudente y experimentado. Sabía que no habría

podido levantarse del sillón.

Shannon sirvió café para todos y fue directamente al grano. *Pequeño* Marc se sentó y guardó silencio.

—Monsieur Boucher, mi socio y amigo, le habrá dicho que me llamo Brown, que soy inglés y que me encuentro aquí en representación de un grupo de amigos a quienes podría interesar la adquisición de cierta cantidad de fusiles ametralladores o de metralletas. Monsieur Vlamincck tuvo la bondad de decirme que podía presentarme a alguien que quizá tendría cierta cantidad de metralletas para vender. Me dijo que eran «Schmeisser» de nueve milímetros, fabricadas durante la guerra, pero no utilizadas. También tengo entendido que sería inútil tratar de obtener un permiso de exportación; pero mis socios se hacen cargo de esto y están dispuestos a asumir toda la responsabilidad al respecto. ¿Está claro?

Boucher asintió muy despacio. No habría podido hacerlo más de prisa.

—Estoy en condiciones de proporcionarle unas cuantas piezas de esta clase —dijo precavidamente—. Tiene razón en lo que respecta a la licencia de exportación. Por este motivo, la identidad de mis proveedores debe permanecer en el secreto más absoluto. Todos los acuerdos a que podamos llegar tienen que ser a base de dinero efectivo y al contado, y con todas las medidas de seguridad para los míos.

«Está mintiendo —pensó Shannon—. No hay nadie

detrás de Boucher. El es el único dueño del material, y trabaja solo.»

En realidad, monsieur Boucher, cuando joven, fue SS belga y trabajó como cocinero en los cuarteles SS de Namur. Su extremada afición, por no decir obsesión, a la comida, lo inclinó al arte culinario, y, antes de la guerra, perdió más de un empleo porque se zampaba más de lo que servía. Dada el hambre que reinaba en Bélgica en tiempo de guerra, optó por ingresar en la cocina de una unidad SS belga, uno de los grupos SS locales que reclutaron los alemanes nazis en los países ocupados. El joven Boucher pensó que, en la SS, al menos se debía comer. En 1944, cuando los alemanes se retiraron de Namur en dirección a la frontera, un camión cargado de «Schmeisser» sin usar sufrió una avería durante su viaje hacia el Este. No había tiempo para repararlo; por consiguiente, se trasladó la carga a un bunker próximo y se voló con dinamita la entrada de éste. Años más tarde, Boucher regresó allí, removió los cascotes y recuperó el millar de armas.

Desde entonces, éstas permanecieron guardadas en un escondrijo de debajo del garaje de su casa de campo, heredada de sus padres a mediados de los años cincuenta. Pero había vendido varias partidas de «Schmeisser» en distintas ocasiones, con lo que sus reservas quedaron reducidas a la mitad.

—Si esas armas están en buen estado de funcionamiento, me conviene un centenar de ellas

—dijo Shannon—. Desde luego, haremos el pago al contado, en cualquier moneda. También aceptaremos cualquier otra condición razonable para la entrega de la mercancía. Y esperamos de usted una discreción absoluta.

—Son unas armas totalmente nuevas, monsieur. Tienen todavía el engrase original, y cada una de ellas está envuelta en su funda de papel impermeable y con los sellos intactos. A pesar de que salieron de la fábrica hace treinta años, son, probablemente, las mejores metralletas que se fabricaron jamás.

Shannon no necesitaba lecciones sobre las «Schmeisser» de 9 mm. El habría dicho que la «Uzi» israelí era mejor, pero demasiado pesada. La «Schmeisser» era mucho mejor que la «Sten», y, ciertamente, tan buena como la más moderna «Sterling» británica. No le gustaban las americanas ni los pequeños modelos soviéticos y chinos. En todo caso, las «Uzi» y las «Sterling» eran casi imposibles de obtener, sobre todo, en buenas condiciones.

—¿Puedo verla? —dijo.

Jadeando fuertemente, Boucher colocó sobre sus rodillas la caja que había traído y abrió los cierres después de hacer girar los discos de la cerradura de combinación. Levantó la tapa y empujó la caja, sin intentar levantarse.

Shannon se puso en pie, cruzó la estancia y cogió la caja. La puso sobre la mesita de noche y sacó la

«Schmeisser».

Era un arma muy bonita. Shannon acarició el metal negro azulado, agarró la empuñadura y comprobó la ligereza del arma. Después, retiró el cargador, accionó varias veces el mecanismo y echó un vistazo al ánima del cañón para comprobarla. El interior estaba intacto, sin una señal.

—Esta es el modelo —jadeó Boucher—. Naturalmente, le quité la grasa y sólo tiene ahora una ligerísima capa de aceite. Pero las otras son idénticas. Y no utilizadas.

Shannon dejó el arma.

—Funciona con balas corrientes de nueve milímetros, y éstas son fáciles de obtener —dijo Boucher, en tono servicial.

—Gracias, ya lo sé —dijo Shannon—. ¿Y qué me dice de los cargadores? No pueden conseguirse en cualquier parte, ¿sabe?

—Puedo entregarle cinco con cada arma —dijo Boucher.

—¿Cinco? —repitió Shannon, con fingido asombro—. Necesito más. Lo menos diez.

Había empezado el regateo. Shannon se quejaba de que el vendedor no le proporcionaba un número suficiente de cargadores; el belga aseguraba que era el máximo que podía ofrecerle sin quedar desprovisto para las armas restantes. Shannon le ofreció 75 dólares por cada «Schmeisser», a base de comprarle 100; Boucher

afirmó que sólo podía aceptar ese precio si compraba 250 armas, y que, si la compra era sólo de 100, tenía que pedir 125 dólares por cada una. Tardaron dos horas en llegar a un acuerdo; cien «Schmeisser», a 100 dólares cada una. Convinieron el modo y el lugar de la entrega, que se efectuaría el miércoles siguiente después de anochecer. Terminada la negociación, Shannon ofreció a Boucher llevarlo a su casa en el coche de Vlaminck, pero el gordo prefirió tomar un taxi y hacerse conducir al centro de Bruselas. No estaba muy seguro de que el irlandés; que sin duda pertenecía al IRA, no lo llevara a algún lugar despoblado y lo obligase a revelar la localización de su almacén secreto. Boucher sabía lo que hacía. La confianza es un sentimiento estúpido y superfluo en el mercado negro de armas.

Vlaminck acompañó al gordo y su terrible caja al vestíbulo, y esperó a que se hubiese marchado en el taxi. Cuando volvió a la habitación, Shannon estaba haciendo sus bártulos.

—¿Comprendes ahora por qué te dije que compraras una furgoneta? —preguntó a Marc.

—No —contestó éste.

—La emplearemos para recoger la mercancía el miércoles —explicó Shannon—. Creo que no conviene que Boucher vea los verdaderos números de matrícula. Prepara un juego de recambio para el miércoles por la noche. Sólo será cuestión de una hora; pero, si Boucher pretendiese darle el soplo a alguien, lo haría con los

números equivocados.

—De acuerdo, Cat; todo estará a punto. Hace dos días que alquilé el garaje. Y todo lo demás está en orden. ¿Quieres que te lleve a alguna parte? He alquilado el coche para todo el día.

Shannon hizo que Vlaminck lo llevara a Brujas y lo esperase en un café, mientras él iba al Banco. Míster Goossens se había marchado a comer; por consiguiente, comieron también ellos en un pequeño restaurante, y Shannon volvió al Banco a las dos y media.

Todavía quedaban 7 000 libras en la cuenta de Keith Brown; pero, dentro de nueve días, tenía que pagar 2 000 como salario de los cuatro mercenarios. Giró un cheque bancario a favor de Johann Schlinker y lo metió en un sobre que contenía ya una carta que había escrito a aquél la noche anterior en su habitación del hotel. En ella decía a Schlinker que el cheque adjunto, de 4 800 dólares, era en pago total de los diversos artículos navales y salvavidas que había ordenado hacía una semana, y daba al alemán el nombre y la dirección de la agencia consignataria de Tolón a la que había que enviar toda la carga, para su exportación, a nombre de monsieur JeanBaptiste Langarotti.

Por último, informaba a Schlinker de que le llamaría por teléfono la próxima semana, para saber si estaba, a punto el certificado de último usuario para las municiones de 9 mm pedidas.

Había escrito otra carta, dirigida ésta a Alan Baker,

a su casa de Hamburgo. Iba en ella un cheque de 7 200 dólares a favor de Baker, y Shannon le decía en la carta que era en pago de la mitad adelantada del precio de compra de los artículos que habían discutido la semana anterior, mientras cenaban en el «Atlantic». Incluía el certificado de último usuario expedido por la Embajada de Togo, así como la hoja en blanco de igual procedencia. Por último, pedía a Baker que llevase adelante la operación y le anunciaba que lo llamaría de vez en cuando por teléfono, para enterarse de la marcha del asunto.

Ambas cartas fueron depositadas en la oficina de Correos de Brujas, certificadas y con sello de urgencia.

Al salir de Correos, Shannon hizo que Vlaminck lo llevase a Ostende, tomó un par de cervezas con el belga en un bar del puerto y adquirió un pasaje hasta Dover en el transbordador de la noche.

El tren lo dejó a medianoche en la Estación Victoria, y a la una de la madrugada del sábado estaba ya en la cama, durmiendo a pierna suelta. Lo último que hizo antes de echarse a dormir fue enviar un telegrama al apartado de Correos de Edean, diciéndole que estaba de vuelta y que creía que debían verse.

El sábado por la mañana llegó una carta enviada por correo urgente desde Málaga, en el sur de España. Iba dirigida a Keith Brown, pero empezaba con un

«Querido Cat». Era de Kurt Semmler, el cual decía en pocas palabras que había encontrado una embarcación, un barco pesquero de motor construido hacía veinte años en unos astilleros británicos y transformado después, propiedad de un ciudadano inglés, y matriculado en Londres. Navegaba con pabellón británico, tenía treinta metros de eslora y ochenta toneladas de peso muerto, una gran bodega central y otra más pequeña a popa. Estaba registrado como yate privado, pero podía registrarse de nuevo como buque de cabotaje.

Semmler seguía diciendo que el buque estaba en venta, que pedían por él 20 000 libras y que dos de los miembros de la tripulación reunían buenas condiciones y podrían ser contratados por el nuevo propietario. Estaba seguro de que podría encontrar unos buenos sustitutos para los otros dos tripulantes.

Acababa diciendo que se alojaba en el «Hotel Palacio», de Málaga, y pedía a Shannon que le avisase el día de su llegada para inspeccionar el barco.

Este llevaba el nombre de *Albatross*.

Shannon llamó a la «BEA» y reservó un pasaje para el vuelo del lunes por la mañana con destino a Málaga, con vuelta pagada, y cuyo importe pagaría en efectivo en el aeropuerto. Después, telegrafió a Semmler al hotel, anunciándole la hora de llegada y el número del vuelo.

Endean telefoneó a Shannon aquella tarde, después de recibir su telegrama. Se reunieron poco antes de la hora de cenar en el piso de Shannon, y éste presentó a Endean su tercer informe detallado acerca de la marcha del asunto, así como el estado de cuentas y de gastos.

—Tendrá que hacer usted más transferencias de dinero si queremos progresar en las próximas semanas — le dijo Shannon—. Estamos entrando en la fase de los mayores gastos: para las armas y el barco.

—¿Cuánto necesita de momento? —preguntó Endean. Shannon le respondió:

—Dos mil para salarios, cuatro mil para botes y motores, cuatro mil para metralletas y más de diez mil para municiones de nueve milímetros. Esto suma más de veinte mil. Pero será mejor que me dé treinta mil, si no quiere que vuelva a pedirle más la semana próxima.

Endean movió la cabeza.

—Le daré las veinte mil —dijo. Ya sabe dónde encontrarme si necesita más. A propósito, me gustaría ver el material. Piense que habrá gastado usted cincuenta mil libras en un mes.

—Imposible —dijo Shannon—. Todavía no hemos comprado las municiones, ni los botes, motores, etcétera. Y tampoco los morteros y bazucas, ni las metralletas. Todas estas compras deben efectuarse a base de pago al contado o por adelantado. Ya expliqué esto en mi primer informe.

Endean lo miró fríamente.

—Preferiría que se hubiese comprado ya algo con todo ese dinero —gruñó.

Shannon le devolvió la mirada.

—No me amenace, Harris. Muchos trataron de hacerlo, y costó una fortuna en flores. A propósito, ¿qué me dice del barco?

Endean se levantó.

—Comuníqueme los datos del barco y del vendedor. Haré una transferencia directa desde mi Banco en Suiza.

—Como guste —dijo Shannon.

Cenó solo y bien aquella noche, y se acostó temprano. El domingo no tenía nada que hacer, y había averiguado que Julia Manson estaba con sus padres en la casa de Gloucestershire. Mientras tomaba el café y el coñac, reflexionó profundamente, planeando lo que haría las próximas semanas y tratando de imaginarse el ataque contra el palacio de Zangaro.

A media mañana del domingo, Julia Manson resolvió telefonar al piso de su nuevo amante en Londres, para ver si estaba allí. Una lluvia primaveral caía sin parar sobre los campos de Gloucestershire. Había esperado que podría montar el hermoso caballo que le había regalado su padre hacía un mes, y galopar por el parque que rodeaba la mansión familiar. Confiaba en que esto sería como un tónico para los sentimientos que la invadían cuando pensaba en el hombre de quien se había enamorado. Pero la lluvia

había dado al traste con su proyecto ecuestre, y se veía condenada a vagar por el viejo caserón, escuchando el parloteo de su madre sobre tómbolas de caridad y comités de ayuda a los huérfanos, o mirando la lluvia que caía en el jardín.

Su padre había estado trabajando en su despacho; pero hacía unos minutos que le había visto salir y dirigirse a los cobertizos para hablar con el chófer. Como su madre podía oírla si utilizaba el teléfono del pasillo, resolvió emplear el supletorio del despacho.

Había levantado ya el aparato, colocado a un lado de la mesa en la desierta habitación, cuando sus ojos tropezaron con un montón de papeles desparramados sobre la carpeta. Un legajo que había encima de ellos le llamó la atención. Observó el título y levantó la cubierta para echar un vistazo a la primera página. Y vio en ella un nombre que la dejó petrificada, mientras el teléfono seguía zumbando furiosamente junto a su oído. El nombre era Shannon.

Había tenido sus fantasías, como la mayoría de las niñas, y cuando estaba en el internado, sumida en la oscuridad del dormitorio, se había visto en el papel de heroína de mil hazañas arriesgadas, en las que casi siempre terminaba salvando al hombre que amaba de un horrible destino, viéndose recompensada por su eterno amor. Pero, a diferencia de la mayoría de las niñas, nunca había llegado a ser una mujer completamente adulta. En vista de los persistentes

interrogatorios de Shannon sobre su padre, estaba casi decidida a representar el papel de agente secreto femenino en beneficio de su amante. Lo malo era que todo lo que sabía de su padre era de carácter personal, en su función de papáito indulgente, o sumamente aburrido. De sus negocios no sabía nada en absoluto. Y he aquí que esta lluviosa mañana de domingo le brindaba una magnífica oportunidad.

Recorrió la primera página con la mirada, y no entendió nada. Había números, precios, una segunda referencia al nombre de Shannon, la mención de varios Bancos y dos referencias a un hombre llamado Clarence. No pudo seguir adelante. Un crujido del tirador de la puerta interrumpió su lectura.

Soltó rápidamente la tapa del legajo, dio un paso atrás y empezó a charlar por el sordo teléfono. Su padre estaba plantado en el umbral.

—Muy bien, Christine, será estupendo. De acuerdo; nos veremos el lunes. Hasta pronto —dijo Julia, y colgó.

La expresión adusta de su padre se había suavizado al ver que la persona que estaba en el despacho era su hija. Manson cruzó la estancia y se sentó detrás de la mesa.

—Bueno, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó, con chancera seriedad.

Ella se puso detrás del sillón, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en la mejilla.

—Hablabas con una amiga de Londres, papáito

—dijo, con su vocecilla de niña—. Mamá estaba trajinando en el pasillo, y por eso vine aquí.

—¡Hum! Bueno, tienes un teléfono en tu cuarto, ¿no? Debes emplearlo para tus conversaciones privadas.

—Está bien, papi.

Eché una mirada a los otros papeles que había sobre la mesa, pero la letra era demasiado pequeña para que pudiese leerla, y casi todo eran columnas de números. Sólo podía descifrar los titulares. Se referían a precios de minerales. Su padre se volvió a mirarla, y ella le dijo:

—¿Por qué no dejas ese aburrido trabajo y me ayudas a montar a *Tamerlán*? La lluvia cesará pronto, y tengo muchas ganas de cabalgar.

El hombre sonrió a la pequeña, que era la niña de sus ojos.

—Porque ese aburrido trabajo es lo que nos da para comer y para vestir —le dijo—. Pero iré de todos modos. Déjame unos minutos, y me reuniré contigo en el establo.

Cuando hubo salido del despacho, Julia Manson se detuvo y respiró profundamente. Estaba segura de que Mata Hari no lo habría hecho mejor.

Capítulo XIV

Las autoridades españolas son mucho más tolerantes con los turistas de lo que generalmente se cree. Teniendo en cuenta los millones de escandinavos, alemanes, franceses e ingleses que invaden España en primavera y en verano, y dado que la ley de probabilidades demuestra que cierto porcentaje de ellos no deben proponerse nada bueno, hay que reconocer que las autoridades tienen que tener mucho aguante. Las infracciones poco importantes, como introducir dos cartones de cigarrillos en vez del único permitido, cosa que motivaría su incautación en el aeropuerto londinense, son pasadas por alto en España.

La actitud de las autoridades españolas ha sido siempre la de evitar molestias a los turistas; pero, si éstos se empeñan en abusar, pueden colocarlas en situaciones sumamente desagradables. Los cuatro artículos que no toleran en el equipaje de los pasajeros son: armas y/o explosivos, drogas, pornografía y propaganda comunista. Otros países no dejan pasar dos botellas de coñac, pero permiten la revista *Penthouse*. No así en España. Otros países tienen prioridades distintas; pero, como admiten alegremente los españoles, *Spain is different*.

Aquella brillante tarde de lunes, el funcionario de aduanas del aeropuerto de Málaga miró distraídamente

el fajo de 1 000 libras, en billetes usados de a 20, que encontró en la maleta de Shannon, y se encogió de hombros. Si sabía que, para llevarlas a Málaga, Shannon había tenido que pasarlas de contrabando en el aeropuerto de Londres, no dio muestras de tal conocimiento. En todo caso, esto sólo interesaba a Londres. Como no encontró ningún ejemplar de *Sexy Girls* o de *Soviet News*, dejó pasar tranquilamente al viajero.

Kurth Semmler aparecía gallardo y curtido después de tres semanas de recorrer el Mediterráneo en busca de embarcaciones en venta. Seguía estando seco como un palo y fumando, nerviosamente, cigarrillos en cadena, hábito con el cual disimulaba la frialdad de sus nervios en los períodos de acción. Pero la morenez producida por el sol en su piel le daba un aire saludable y hacía que destacasen aún más sus cortos cabellos rubios y sus ojos azules y acerados.

Mientras se dirigían a Málaga desde el aeropuerto, en el taxi que había alquilado Semmler, éste contó a Shannon que había estado en Nápoles, en Génova, en La Valletta, en Marsella, en Barcelona y en Gibraltar, buscando antiguos conocidos en el mundo de las pequeñas embarcaciones, repasando las listas de agentes navieros y vendedores de barcos, y examinando algunos de éstos, anclados en los puertos. Había visto muchos, pero ninguno que les conviniese. Oyó hablar de otra docena de ellos en puertos que no había visitado y

que hubo de rechazar porque el nombre de sus patronos revelaba que debían de tener malos antecedentes. Después de todas estas investigaciones, había redactado una lista de siete barcos, el tercero de los cuales era el *Albatross*. A su modo de ver, éste reunía muy buenas cualidades.

Había reservado a Shannon una habitación en el «Hotel Palacio» de Málaga, a nombre de Brown, y Shannon quiso ir allí antes que nada. Eran poco más de las cuatro cuando cruzaron los amplios portales del lado sur de la Acera de la Marina y llegaron a los muelles.

El *Albatross* estaba amarrado a uno de ellos al final del puerto. Era tal como Semmler lo había descrito, y su blanca pintura resplandecía bajo el ardiente sol. Subieron a bordo y Semmler presentó a Shannon al propietario y capitán, George Allen, el cual les mostró el buque. Pronto llegó Shannon a la conclusión de que era demasiado pequeño para lo que él se proponía. Había un camarote principal para dos personas, un par de camarotes individuales y un salón en que podían colocarse colchones y sacos de dormir.

En caso de necesidad, la bodega de popa podía convertirse en dormitorio para seis hombres; pero, con los cuatro tripulantes y los cinco miembros del grupo de Shannon quedaban llenos todos los espacios. Y Shannon se maldijo por no haber advertido a Semmler que habría que acomodar también a otros seis hombres.

Shannon revisó los papeles del barco, que parecían

estar en regla. Estaba matriculado en Gran Bretaña, y así lo confirmaban los documentos del Board of Trade. Shannon pasó una hora con el capitán Allen, discutiendo el sistema de pago, examinando las facturas y recibos correspondientes a los trabajos efectuados en el *Albatross* durante los últimos meses, y repasando el cuaderno de bitácora.

Salió de allí con Semmler antes de las seis, y ambos se dirigieron al hotel, sumido Shannon en profundas reflexiones.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Semmler—. Está en buenas condiciones.

—No es eso —dijo Shannon—. Es demasiado pequeño. Y está matriculado como yate de recreo. No pertenece a una compañía naviera. Lo que me preocupa es que las autoridades de exportación puedan no considerarlo un barco adecuado para llevar a bordo un cargamento de armas.

Era demasiado tarde para hacer las llamadas que quería; por consiguiente, lo dejaron para la mañana siguiente. Poco después de las nueve, Shannon llamó al Lloyd's de Londres y pidió una comprobación en la lista de yates. El *Albatross* figuraba en ella y estaba inscrito como un queche auxiliar de 74 toneladas NRT, con su puerto de origen en Milford y su puerto de residencia en Hooe, ambos de Gran Bretaña.

—Entonces, ¿qué diablos está haciendo aquí? —se preguntó.

Su segunda llamada, esta vez a Hamburgo, zanjó la cuestión.

—*Nein*, no un yate particular —dijo Johann Schlinker a través del teléfono—. Es muy probable que no se le permitiese llevar carga comercial.

—Está bien. ¿Cuándo necesita saber el nombre del barco? —preguntó Shannon.

—Lo antes posible. A propósito, recibí su transferencia por los artículos que encargó en mi oficina. Serán embalados en seguida y enviados a la dirección de Francia que me dio usted. Otra cosa: tengo los papeles necesarios para la otra consignación, y, en cuanto reciba el saldo que acredito, llevaré el asunto adelante y cursaré el pedido.

—¿Cuál es la fecha límite en que necesita saber el nombre del carguero? —gritó Shannon.

Hubo una pausa, mientras Schlinker calculaba.

—Si recibo su cheque dentro de quince días, puedo pedir inmediatamente la autorización para comprar. El nombre del barco se necesita para la licencia de exportación. Unos quince días después de aquello.

—Lo tendrá —dijo Shannon, y colgó.

Se volvió a Semmler y le explicó lo que pasaba.

—Lo siento, Kurt. Tiene que ser una compañía que se dedique al transporte marítimo, y debe tratarse de un carguero autorizado, no un yate de recreo. Tendrás que seguir buscando. Pero necesito saber el nombre dentro de un plazo máximo de doce días. Tengo que

comunicarlo al hombre de Hamburgo dentro de veinte días, o menos, si es posible.

Los dos hombres se despidieron por la tarde en el aeropuerto; Shannon, para volver a Londres, y Semmler, para dirigirse por vía aérea a Atenas y desde allí, a Roma y Génova, su próximo puerto de destino.

Shannon llegó muy tarde a su piso. Antes de acostarse, llamó a la «BEA» y reservó una plaza para el avión del mediodía con destino a Bruselas. Después llamó a Marc Vlaminck y le pidió que fuese a buscarle al aeropuerto, para llevarle primero a Brujas, a visitar el Banco, y después a la cita con Boucher, para la entrega del equipo.

Así terminaba el Día Veintidós.

Míster Harold Roberts era un hombre servicial. Nacido hacía sesenta y dos años, de padre inglés y madre suiza, se había criado en el país de ésta después de la prematura muerte de su padre, y conservaba la doble nacionalidad. Siendo muy joven, entró a trabajar en un Banco; después pasó veinte años en Zurich, en la oficina principal de uno de los Bancos suizos más importantes, y posteriormente fue enviado como subdirector a la sucursal de Londres.

Esto fue recién terminada la guerra, y durante el segundo período de veinte años de su carrera, había ascendido a director de la sección de cuentas de

inversión y, más tarde, a director general de la sucursal de Londres, retirándose a la edad de sesenta años. Entonces decidió permanecer en Inglaterra y cobrar su pensión en francos suizos.

Desde su jubilación, había realizado varias tareas delicadas, no sólo en interés de sus antiguos patronos, sino también de otros Bancos suizos. Aquel viernes por la tarde estaba enfrascado en una de sus tareas.

Había llevado una carta del «Banco Zwingli» al presidente y al secretario de «Bormac», presentándoles a míster Roberts, el cual corroboró con otros documentos su calidad de agente del «Banco Zwingli» en Londres.

Se habían celebrado otras reuniones entre míster Roberts y el secretario de la compañía, a la segunda de las cuales asistió también el presidente, comandante Luton, hermano menor del difunto subdirector de sir Ian Macallister en el Lejano Oriente.

Se convocó junta general extraordinaria, que se celebraría en la oficina del secretario de «Bormac» en la City. Además del procurador y del comerciante Luton, asistió otro consejero, que había accedido a venir a Londres para tal ocasión. Aunque bastaban dos consejeros para adoptar acuerdos, tres constituían una mayoría absoluta. Estudiaron la resolución propuesta por el secretario de la compañía y los documentos acompañados a la misma. Era indudable que los cuatro accionistas ausentes, pero representados por el «Banco

Zwingli», poseían, entre todos, el treinta por ciento de las acciones de la compañía. También resultaba evidente que habían otorgado poderes a favor del «Banco Zwingli» para actuar en su nombre, y no cabía duda de que el banco había delegado en míster Roberts para ostentar su representación.

El argumento que zanjó la discusión fue, sencillamente, que, si un grupo de hombres de negocios había acordado comprar una cantidad tan importante de acciones de «Bormac», podía darse crédito al Banco, que, actuando en su nombre, afirmaba su intención de inyectar capital fresco para rejuvenecer la compañía. Semejante propósito había de beneficiar los precios de las acciones, y los tres consejeros eran accionistas. La proposición fue presentada, apoyada y aprobada. Míster Roberts fue designado presidente del Consejo de Administración en representación de los intereses del «Banco Zwingli». Nadie se preocupó de modificar el artículo de los estatutos según el cual bastaban dos consejeros para tomar resoluciones, a pesar de que ahora ya no eran cinco, sino seis, los miembros del Consejo.

Míster Keith Brown visitaba ahora regularmente Brujas y se había convertido en un buen cliente del «Kredietbank». Era recibido con la acostumbrada amabilidad por monsieur Goossens, el cual le confirmó que aquella misma mañana había llegado de Suiza una transferencia de 20 000 libras. Shannon sacó 10 000

dólares en efectivo, y otros 26 000 en un cheque registrado a favor de Johann Schlinker, de Hamburgo.

En la oficina de Correos más próxima envió el cheque a Schlinker por correo certificado, adjuntando una carta en la que decía al traficante de armas que llevase adelante la operación de compra.

Faltaban cuatro horas para la entrevista con Boucher, y Shannon y Marc Vlaminck las pasaron tomando té en un café de Brujas, del que salieron antes del anochecer.

Hay un trecho de carretera bastante solitario entre Brujas y Gante, a unos cuarenta y cuatro kilómetros al este. Debido a las muchas curvas de esta carretera, que serpentea entre campos de labor, la mayoría de los automovilistas prefieren ir por la autopista E5, que también enlaza las dos ciudades flamencas en su trayecto de Ostende a Bruselas. Hacia la mitad de la vieja carretera, los dos mercenarios encontraron la granja abandonada que les había descrito Boucher, o, mejor dicho, vieron el descolorido rótulo que indicaba el camino de la granja, la cual se hallaba oculta tras una pequeña arboleda.

Shannon aparcó el coche un poco más allá de la encrucijada, y Marc se apeó y fue a echar un vistazo a la granja. Volvió al cabo de veinte minutos y confirmó que la granja estaba desierta y que no había señales de que nadie la hubiese visitado en mucho tiempo. Tampoco se advertían preparativos de un recibimiento que pudiese

resultar desagradable para los dos compradores.

—¿No hay nadie en la casa o en sus alrededores?
—preguntó Shannon.

—Las puertas de delante y de atrás están cerradas. Ninguna señal inquietante. Eché un vistazo a los graneros y los establos. No hay nadie.

Shannon miró su reloj. Había anochecido, y todavía faltaba una hora para la cita.

—Vuelve allí y observa desde un lugar oculto
—ordenó—. Yo vigilaré desde aquí la entrada principal.

Cuando Marc se hubo marchado, Shannon revisó una vez más la furgoneta. Era vieja y destartada, pero funcionaba, y el motor había sido revisado por un buen mecánico. Shannon cogió las dos placas de matrículas falsas y las sujetó sobre las verdaderas con una cinta adhesiva. De este modo, podía quitarlas fácilmente en cuanto se hubiesen alejado de la granja; pues lo único que quería era que Boucher no pudiese ver los números verdaderos. A ambos lados de la furgoneta había sendos y grandes carteles anunciadores que le daban un aire peculiar, pero que también podían quitarse en un periquete. En la parte de atrás había seis grandes sacos de patatas que cargó Vlaminck por orden suya, y la gruesa plancha de madera había sido aserrada para convertirla en una puerta trasera. Satisfecho de su examen, se puso a vigilar desde la cuneta.

La camioneta que esperaba llegó a las ocho menos cinco. Al reducir la marcha y adentrarse en el camino en

dirección a la granja, Shannon pudo distinguir la silueta del conductor, encorvado sobre el volante, y a su lado, una esfera rematada por una bolita, que sólo podía ser monsieur Boucher. Las luces rojas traseras del vehículo desaparecieron detrás de los árboles. Al parecer, Boucher jugaba limpio.

Shannon esperó tres minutos antes de sacar su propia furgoneta de la carretera y enfilarse el camino. Cuando llegó al patio de la granja, la camioneta de Boucher estaba en su centro, con las luces de situación encendidas. Paró el motor y se apeó, dejando también encendidas las luces de situación y con el morro de la furgoneta a tres metros de la parte posterior de la de Boucher.

—Monsieur Boucher —llamó en la oscuridad.

También él se había ocultado en la sombra, fuera del alcance de sus propias luces.

—Monsieur Brown —jadeó Boucher, y avanzó tambaleándose hasta un sitio iluminado.

Por lo visto, había traído consigo a su «ayudante», un tipo alto y corpulento que, según pensó Shannon, debía de ser capaz de levantar grandes pesos, pero no de moverse con rapidez. En cambio, Marc podía, cuando quería, moverse como un artista de ballet. Comprendió que no debía preocuparse, sí las cosas tomaban mal cariz.

—¿Trae el dinero? —preguntó Boucher al acercarse. Shannon señaló el asiento delantero de su furgoneta.

—Está allí. Y usted, ¿trae las «Schmeisser»?

—En la trasera.

—Propongo que ambos pongamos nuestra mercancía en el suelo, entre las dos camionetas —dijo Shannon.

Boucher se volvió y dijo a su ayudante algo en flamenco, que Shannon no pudo entender. El hombre se dirigió a la parte de atrás de su camioneta y la abrió. Shannon tensó sus músculos. Si tenía que haber alguna sorpresa, la recibiría al abrirse la puerta. No hubo ninguna. Al débil resplandor de sus luces de situación, vio diez cajas planas y cuadradas, y otra de cartón, con la tapa levantada.

—¿No ha venido su amigo? —preguntó Boucher.

Shannon lanzó un silbido. *Pequeño* Marc salió de un granero y se acercó a ellos. Se hizo un largo silencio. Shannon carraspeó.

—Vamos a hacer el cambio —dijo, y sacó de la cabina un abultado sobre de color castaño—. En efectivo, tal como me dijo usted. Billetes de veinte dólares. En diez fajos de cincuenta billetes cada uno.

Permaneció junto a Boucher mientras el gordo comprobaba cada fajo, contando con velocidad sorprendente en unos dedos tan gruesos, y metiéndose los paquetes en los bolsillos de la chaqueta. Cuando hubo terminado, volvió a sacar todos los fajos y eligió, al azar, un billete de cada uno de ellos. A la luz de una linterna estudió minuciosamente las muestras, por si

observaba alguna falsificación. No vio ninguna. Por fin, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Todo en regla —dijo, y gritó algo a su ayudante.

Este se apartó de la puerta de la camioneta. Shannon hizo una seña a Marc, y éste se acercó al vehículo y descargó la primera caja sobre el césped. Sacó una palanqueta del bolsillo y levantó la tapa. A la luz de su propia linterna, observó las diez «Schmeisser» de la caja. Cogió una de ellas y comprobó sus mecanismos. Después, volvió a dejar la metralleta en su sitio y cerró la tapa.

Tardó veinte minutos en comprobar las diez cajas. Mientras lo hacía, el corpulento ayudante de monsieur Boucher no se apartaba de él. Shannon permanecía junto a Boucher, a unos seis metros de aquéllos. Por último, Marc examinó la caja abierta. Contenía 500 cargadores para las «Schmeisser». Probó uno de ellos, para asegurarse de que no correspondían a un modelo de arma diferente. Después, se volvió a Shannon e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Todo en regla —declaró.

—¿Quiere pedir a su amigo que ayude al mío a cargarlas? —dijo Shannon a Boucher.

El gordo dio la orden a su ayudante. A los cinco minutos, las diez cajas planas y la de cartón que contenía los cargadores estaban en la furgoneta de Marc. Antes de cargarlas, los dos robustos flamencos bajaron los sacos de patatas, y Shannon oyó que

discutían algo en flamenco. Después, el ayudante de Boucher se echó a reír.

Cuando hubieron cargado las cajas de armas, Marc colocó la tabla posterior en la posición de una puerta trasera que llegaba a media altura de la caja de la furgoneta. Después abrió uno de los sacos con un cuchillo, se lo cargó al hombro y vació su contenido en la parte posterior del vehículo. Las patatas rodaron por todos lados, llenando los huecos entre las cajas y los costados de la camioneta, y cubriendo aquéllas. El otro belga volvió a reír y empezó a ayudarle.

La cantidad de patatas que había traído cubría con exceso todas las cajas de las armas y los cargadores. Cualquiera que hubiese mirado, sólo habría visto un montón de patatas sueltas. Los sacos fueron arrojados detrás de un seto.

Cuando hubieron terminado, los dos hombres salieron juntos de detrás de la furgoneta.

—Bueno; podemos marcharnos —dijo Marc.

—Si no les importa, saldremos nosotros primero —dijo Shannon a Boucher—. A fin de cuentas, nosotros llevamos el cuerpo del delito.

Esperó a que Marc pusiese el motor en marcha y diese la vuelta para poner la camioneta en dirección al camino; sólo entonces se apartó de Boucher y subió al vehículo de un salto. A la mitad del camino había un bache singularmente profundo, que hizo que la furgoneta tuviese que reducir la marcha y pasar muy

despacio. En el mismo instante, Shannon dijo algo a Marc, le pidió su cuchillo, saltó y se ocultó entre los matorrales del camino.

Dos minutos después llegó la camioneta de Boucher. También ella redujo la marcha hasta casi pararse, para salvar el bache. Shannon salió de entre los arbustos, alcanzó el vehículo, se agachó y clavó el cuchillo en uno de los neumáticos de atrás. Oyó cómo silbaba furiosamente al deshincharse, y corrió de nuevo a los matorrales. Se reunió con *Pequeño* Marc en la carretera principal, donde el belga acababa de quitar los rótulos de los costados de la furgoneta y los números falsos de las dos placas de la matrícula. Shannon no tenía nada contra Boucher; sólo quería que le diese una hora de ventaja.

A las diez y media estaban ambos en Ostende; encerraron la furgoneta de patatas tempranas en el local que Vlaminck había alquilado por orden de Shannon, y se dirigieron al bar de Marc, sito en la Kleinstraat, donde brindaron con sendas y espumosas jarras de cerveza, mientras Anna les preparaba la cena. Era la primera vez que Shannon veía a la bien plantada amante de su amigo, y, siguiendo una tradición de los mercenarios cuando se encuentran con las mujeres de sus camaradas, la trató con exquisita cortesía.

Vlaminck le había reservado una habitación en un hotel del centro de la ciudad, pero bebieron hasta muy tarde, hablando de antiguos combates y escaramuzas,

recordando personas e incidentes, luchas y difíciles escapatorias, riendo cuando algo parecía gracioso, visto retrospectivamente, o moviendo tristemente la cabeza cuando se trataba de un recuerdo amargo. El bar permaneció abierto mientras Marc siguió bebiendo, rodeado de un mudo auditorio de parroquianos de menor categoría.

Casi amanecía cuando se fueron a dormir.

Pequeño Marc fue al hotel de Shannon a media mañana, y ambos se desayunaron juntos a pesar de lo tardío de la hora. Shannon dijo al belga que quería que las «Schmeisser» fuesen embaladas de manera que pudieran pasar de contrabando la frontera francesa, para ser embarcadas en un puerto del sur de Francia.

—Podríamos enviarlas en cajas de patatas —sugirió Marc. Pero Shannon negó con la cabeza.

—Las patatas van en sacos, no en cajas —dijo. Lo peor que podría pasarnos sería que una caja volcase al ser cargada o durante el trayecto; entonces se descubriría todo. Tengo una idea mejor.

Durante media hora explicó a Vlaminck lo que había que hacer con las metralletas, mientras el belga asentía dando cabezadas.

—Está bien —dijo éste, cuando hubo comprendido exactamente lo que se proponía el otro—. Puedo trabajar por las mañanas en el garaje, antes de que se

abra el bar. ¿Cuándo quieres que las mandemos al sur?

—Alrededor del 15 de mayo —dijo Shannon—. Emplearemos la carretera secundaria. Haré que Jean-Baptiste venga a ayudarnos, y trasladaremos la mercancía a una camioneta francesa, en París. Quiero que lo tengas todo embalado y a punto para el transporte el 15 de mayo.

Marc lo acompañó al puerto en un taxi, pues la camioneta no volvería a usarse hasta que hiciera su última carrera de Ostende a París, con su cargamento de armas ilegales. No hubo dificultad en conseguir un billete en el transbordador de Dover, aunque Shannon no llevaba coche. Por la mañana, temprano, estaba de regreso en Londres.

Pasó el resto del día redactando un detallado informe para Endean, pero omitiendo el nombre de la persona que había suministrado las armas y el lugar en que se guardaban éstas. Adjuntó al informe una relación de gastos y una cuenta de lo que quedaba en el banco de Brujas. Y lo envió, todo al apartado de Correos que empleaba para comunicar con el organizador de sir James Manson.

El primer correo de la mañana del viernes le trajo un paquete de Jean-Baptiste Langarotti. Contenía un montón de folletos de tres empresas europeas que fabricaban botes semirrígidos e hinchables de la clase que él quería. Se anunciaba que algunos de ellos podían utilizarse como lanchas salvavidas, como botes de

motor, como remolcadores rápidos para el esquí acuático, como barcas de paseo, como medios de transporte para los aficionados a la pesca submarina, como botes auxiliares rápidos de los yates y otras embarcaciones similares. No se mencionaba el hecho de que todos ellos eran derivación de un primitivo modelo diseñado para dar a los comandos navales un tipo rápido y fácilmente manejable de lancha de asalto.

Shannon leyó atentamente todos los folletos. De las tres empresas, una era italiana; otra inglesa, y otra francesa. La empresa italiana, que tenía seis sucursales en la Côte D'Azur, parecía la más adecuada para los fines de Shannon y la que podía servir más fácilmente sus artículos. Podía entregar inmediatamente dos embarcaciones del modelo más grande, o sea, una lancha de cinco metros y medio. Una de ellas estaba en Marsella, y la otra, en Cannes. El folleto del fabricante francés contenía una foto de su modelo mayor, una embarcación de cinco metros, de popa hundida y proa levantada.

Langarotti decía en su carta que uno de estos botes estaba listo para la entrega en un almacén de artículos navales de Niza. Añadía que todos los modelos de fabricación inglesa se hacían por encargo, y que, aunque había algunos ejemplares disponibles de cada tipo, de un brillante color naranja, él sólo se fijaba en los negros. Terminaba diciendo que todos ellos podían llevar un motor fuera borda de más de cincuenta caballos, y que

había diecisiete marcas de motores adecuados, los cuales podían conseguirse en aquellos parajes e inmediatamente.

Shannon le respondió con una larga carta en la que le decía que comprase los dos modelos de la empresa italiana que estaban listos para su entrega inmediata, y uno de los de fabricación francesa. Hacía hincapié en que, al recibir la carta, llamase inmediatamente a los representantes y les formulara un pedido en firme, enviando por giro postal a cada uno un diez por ciento del precio en concepto de depósito. También debía comprar tres motores de primera calidad, pero en tiendas diferentes.

Anotó los precios de cada cosa, y vio que el total pasaba un poco de las 4 000 libras. Esto significaba que superaría el cálculo inicial de 5 000 libras para equipo auxiliar; pero no le preocupaba. Gastaría menos de lo que había calculado para las armas y, según confiaba, para el barco. Dijo a Langarotti que transfería el equivalente de 4 500 libras a la cuenta del curso, a fin de que, con la diferencia, comprase una camioneta de 800 kilos, de segunda mano y en buen estado, cerciorándose de que estuviese debidamente matriculada y asegurada.

Con ella debía recorrer la costa para comprar las tres embarcaciones hinchables y los tres motores fuera borda y entregarlos él mismo a la agencia de transportes de Tolón, para su exportación. Todo el cargamento tenía

que estar en almacén, y dispuesto para el embarque, el día 15 de mayo. Ese mismo día, por la mañana, Langarotti debía reunirse con Shannon en París, en el hotel donde éste solía alojarse. Tenía que llevar consigo la camioneta.

Aquel mismo día, el jefe de los mercenarios envió otra carta. Era una orden al banco de Brujas para la transferencia de 2 500 libras en francos franceses a la cuenta de monsieur Jean-Baptiste Langarotti en la agencia de Marsella de la «Société Générale». Ambas cartas fueron enviadas aquella misma tarde con sello de urgencia.

Cuando volvió a su piso, Cat Shannon se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Se sentía cansado y laxo; la tensión de los últimos treinta días se cobraba su precio. El asunto de las mercancías parecía desarrollarse de acuerdo con el plan previsto. Alan Baker debía estar ultimando la compra de los morteros y bazucas a Yugoslavia, para recogerlos a primeros de junio; Schlinker debía estar en Atenas comprando municiones de 9 mm en cantidad suficiente para que las «Schmeisser» pudiesen estar un año disparando. La única razón de una compra tan importante era hacerla plausible a las autoridades griegas. El permiso de exportación se obtendría a mediados o finales de junio, con tal de que el alemán pudiese tener el nombre del carguero a mediados de mayo, y siempre que el barco y la compañía merecieran la confianza de los funcionarios

atenienses.

Vlaminck debía tener ya embaladas las metralletas para su transporte a través de Bélgica y de Francia hasta Marsella, donde habrían de embarcarse el primero de junio. Las lanchas de asalto y los motores serían embarcados el mismo día en Tolón, junto con los demás accesorios que había encargado a Schlinker.

Aparte las «Schmeisser», que debían pasarse de contrabando, todo lo demás era absolutamente legal. Esto no quería decir que las cosas no tomaran un mal cariz. Cabía en lo posible que uno de los dos gobiernos crease problemas, demorando la operación o negándose a vender en vista de los documentos presentados.

Después estaba la cuestión de los uniformes, que sin duda compraba aún Duprée en Londres. También éstos tenían que estar en un almacén de Tolón a finales de mayo, lo más tarde.

Pero el gran problema que estaba aún por resolver era el del barco. Semmler tenía que encontrar un buque adecuado, y lo había estado buscando en vano durante casi todo un mes.

Shannon saltó de la cama y envió un telegrama por teléfono a Duprée, en su refugio de Bayswater, ordenándole que viniese a verle. En cuanto hubo colgado, el teléfono volvió a sonar.

—¡Hola! Soy yo.

—Hola, Julia —dijo él.

—¿Dónde has estado, Cat?

—Fuera. En el extranjero.

—¿Estarás en la ciudad este fin de semana?
—preguntó ella.

—Sí. Supongo que sí.

En realidad no tenía otra cosa que hacer, ni adonde ir, hasta que Semmler le diese noticias de algún barco en venta. Ni siquiera sabía dónde estaba el alemán en aquel momento.

—Bueno dijo la chica por teléfono—. Sospecho que nosotros tenemos bastantes cosas que hacer.

Debía de ser el cansancio, pues Shannon no captó el sentido.

—¿Qué cosas? —preguntó.

Ella empezó a contárselas con todo detalle, hasta que él la interrumpió para decirle que la estaba esperando.

Aunque Julia ardía en deseos de contar sus noticias desde hacía una semana, la emoción de ver a su amante hizo que se olvidase de ellas.

Sólo después de medianoche se acordó. Acercó la cabeza a la cara del adormilado mercenario y le dijo:

—¡Oh! A propósito, el otro día vi tu nombre escrito. Shannon gruñó.

—En una hoja de papel —insistió ella; y como él no diese muestras de interés y siguiese con la cabeza oculta entre los brazos cruzados, añadió—: ¿Quieres que te diga dónde?

La reacción de Shannon fue desconcertante. Volvió

a gruñir.

—En un legajo, encima de la mesa de papá.

Si había pretendido sorprenderle, se salió con la suya. Él se incorporó de un salto, se volvió hacia ella y le agarró con fuerza los dos brazos. Su mirada tenía una intensidad que la asustó.

—Me haces daño —dijo Julia tontamente.

—¿De qué legajo me estás hablando?

—No sé. Un legajo —farfulló la chica, a punto de llorar—. Yo sólo quería ayudarte.

Él se calmó visiblemente, y su expresión se suavizó.

—¿Por qué tenías que mirarlo?

—Bueno; tú siempre me estabas haciendo preguntas sobre mi padre, y cuando vi aquel pliego, le eché un vistazo. Entonces vi tu nombre.

—Cuéntamelo todo desde el principio —dijo él amablemente.

Cuando Julia hubo terminado, se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Te quiero, míster Cat —murmuró—. Sólo fue por eso. ¿Hice mal?

Shannon reflexionó un momento. Ella sabía ya demasiado, y sólo había dos maneras de asegurarse de su silencio.

—¿Me quieres de veras? —preguntó.

—Sí. De veras.

—¿Consentirías que me ocurriese una desgracia por algo que hicieras o dijese?

Ella se echó atrás y lo miró fijamente a la cara. Esto se parecía mucho a las escenas de sus sueños de colegiala.

—¡Nunca! —dijo, en tono conmovedor—. No diría una palabra. Por mucho que me hiciesen.

Shannon pestañeó, asombrado.

—Nadie va a hacerte nada —dijo—. Pero no debes decir a tu padre que me conoces, ni que viste sus papeles. Escucha: él me encargó que obtuviese información sobre las posibilidades de una explotación minera en África. Si se enterase de que nos conocemos, me despediría. Y tendría que buscarme otro empleo. Me han ofrecido uno en el corazón de África. Por consiguiente, si él se enterase de lo nuestro, tendría que marcharme y abandonarte.

Sus palabras dieron en el blanco. Ella no quería que se marchara. Shannon sabía que un día u otro tendría que irse, pero no tenía ninguna necesidad de decírselo.

—No diré nada —le prometió Julia.

—Necesito saber un par de cosas —dijo Shannon—. Me has dicho que viste el título de unas hojas en que había precios de minerales. ¿Cuál era este título?

Ella frunció el ceño, esforzándose por recordar la palabra.

—Eso que ponen en las plumas estilográficas. Lo dicen los anuncios de las plumas caras.

—¿Tinta? —preguntó Shannon.

—Platigno —dijo ella.

—Platino —corrigió él, con mirada pensativa—. Bueno, ¿y cuál era el título del legajo?

—¡Oh! Eso sí que lo recuerdo bien —dijo ella, entusiasmada—. Parecía tomado de un cuento de hadas. La Montaña de Cristal.

Shannon suspiró profundamente.

—Hazme un poco de café, querida.

Cuando la oyó trajinar en la cocina, apoyó la espalda en la cabecera de la cama y miró fijamente a través de la ventana.

—Un bastardo muy astuto —murmuró—. Pero no te saldrá tan barato, sir James, puedes estar seguro.

Después, se echó a reír en la oscuridad.

El mismo sábado por la noche, Benny Lambert se dirigía a su casa, después de pasar la velada bebiendo con unos amigos en uno de sus cafés predilectos. Había pagado muchas rondas a sus compinches, gracias al dinero, ahora cambiado en francos, que le pagara Shannon. Le entusiasmaba poder hablar del «gran negocio» que había hecho, e invitar a champaña a las admiradas chicas del bar. El había bebido también, y demasiado; por eso no se dio cuenta de que un coche le seguía, despacio, a doscientos metros de distancia. Ni tampoco le llamó la atención que el coche acelerase y se pusiera a su altura al pasar él frente a un descampado, a medio kilómetro de su casa.

Cuando lo advirtió y se dispuso a protestar, el gigante que se había apeado del coche lo había agarrado ya y lo empujaba a través del solar, hasta llegar detrás de un rótulo anunciador que se levantaba a diez metros de la carretera.

Sus protestas cesaron cuando el tipo le hizo dar media vuelta y, sin soltarlo, le descargó un puñetazo en el plexo solar. Benny Lambert sintió que perdía las fuerzas, y, cuando el otro lo soltó, cayó al suelo como un saco. Plantado delante de él, oculta la cara en la oscuridad, detrás del cartelón, aquel tipo se sacó del cinturón una barra de hierro de medio metro. El gigante se agachó, agarró el muslo izquierdo del tembloroso Lambert y lo dobló hacia arriba. La barra de hierro produjo un ruido sordo al caer, con toda la fuerza del agresor, sobre la descubierta rótula, que quedó hecha añicos. Lambert lanzó un agudo chillido, como una rata aplastada, y perdió el conocimiento. Ni siquiera sintió cómo le quebraban la otra rótula.

Veinte minutos después, Thomard telefoneó a su patrono desde la cabina telefónica de un café situado a kilómetro y medio de allí. Roux escuchó y asintió con la cabeza.

—Bien —dijo—. Y ahora tengo noticias para ti. Se trata del hotel donde suele alojarse Shannon. Henri Alain acaba de informarme de que han recibido una carta de míster Keith Brown. Ha reservado una habitación para la noche del quince. ¿Has

comprendido?

—El quince —dijo el otro—. Sí. Estará allí.

—Y también estarás tú —dijo la voz, por teléfono—. Henri estará en contacto con su amigo del hotel, y tú permanecerás no lejos de allí a partir del mediodía de aquella fecha.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Thomard.

—Hasta que lo veas salir solo —dijo Roux—. Después, el asunto corre de tu cuenta. Son cinco mil dólares.

Thomard sonreía ligeramente al salir de la cabina. Mientras estaba en el bar, sorbiendo su cerveza, sentía la presión de la pistola bajo el sobaco izquierdo. Su sonrisa se acentuó. Dentro de pocos días se ganaría una pequeña fortuna. Estaba completamente seguro. Sería fácil, pensaba, liquidar a un hombre, aunque se llamase Cat Shannon, que no le había visto nunca y no sabría que él lo estaba esperando.

A media mañana del domingo telefoneó Kurt Semmler. Shannon estaba tumbado de espalda en la cama, mientras Julia trajinaba en la cocina, preparando el desayuno.

—¿Míster Keith Brown?

—Al aparato.

Le llama desde Génova un tal míster Semolina.

Shannon dio media vuelta y se quedó sentado en el

borde de la cama, con el teléfono pegado al oído.

—Póngame —dijo.

La voz alemana sonaba débilmente, pero se oía con bastante claridad.

—¿Carlo?

—Sí. ¿Eres Kurt?

—Estoy en Génova.

—Ya lo sé. ¿Qué noticias hay?

—Lo tengo. Esta vez estoy seguro. Es exactamente lo que tú buscas. Pero hay otros que también quieren comprarlo. Si queremos el barco, tendremos que pujar más que ellos. Pero es muy bueno. Al menos, para nosotros. ¿Puedes venir a verlo?

—¿Estás completamente seguro, Kurt?

—Sí. Completamente. Está matriculado como buque de carga y es propiedad de una compañía naviera con sede en Génova. Todo en regla.

Shannon reflexionó un momento.

—Iré mañana. ¿En qué hotel te alojas?

Semmler se lo dijo.

—Tomaré el primer avión que pueda. No sé cuándo será. Permanece en el hotel por la tarde, y me pondré al habla contigo en cuanto llegue. Resérvame una habitación.

Pocos minutos después hablaba con la oficina de reservas de la «BEA» y se enteraba de que el primer avión, de «Alitalia», salía a las 9'05 con destino a Milán, y enlazaba con el de Génova, que llegaba a la ciudad

poco después de la una de la tarde. Reservó un pasaje para dicho vuelo.

Sonreía cuando Julia volvió con el café. Si el barco le convenía, podría cerrar el trato en el curso de los doce días próximos, y estar en París el 15, para su cita con Langarotti, en la seguridad de que Semmler prepararía el barco y lo dejaría a punto para hacerse a la mar el primero de junio, con una buena tripulación y el carburante y las vituallas necesarios.

—¿Quién era? —preguntó la chica.

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Un amigo de negocios.

—¿Qué quería?

—Tengo que verme con él.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. En Italia.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Quince días. Tal vez más.

Ella hizo unos pucheritos, mientras sorbía el café.

—¿Y qué voy a hacer yo durante tanto tiempo? —preguntó.

Shannon le hizo un guiño.

—Ya encontrarás a alguien. Los hay de sobra.

—Eres un cerdo —dijo ella, sin enfadarse—. Pero, si tienes que irte, supongo que no puedo impedirlo. Sólo nos queda hasta mañana por la mañana. Por consiguiente, mi querido Tom Cat, tengo que

aprovechar el tiempo.

Mientras el café se derramaba sobre la almohada, Shannon pensó que el asalto del palacio de Kimba sería un juego de niños comparado con lo que tenía que hacer para tratar de satisfacer a la dulce hijita de sir James Manson.

Capítulo XV

El sol de la tarde bañaba el puerto de Génova cuando Cat Shannon y Kurt Semmler despidieron el taxi, y el alemán guió a su patrono a lo largo de los muelles hasta el sitio donde estaba atracado el *Toscana*. El viejo barco de cabotaje parecía un enano junto a los dos cargueros de 3 000 toneladas amarrados a ambos lados de él; pero esto no era ningún problema. Shannon pensó, al verlo, que era lo bastante grande para sus fines.

Había un pequeño departamento a proa, que se elevaba poco más de un metro sobre la cubierta, en el centro de la cual se hallaba la gran escotilla cuadrada que daba a la única bodega. A popa estaba el pequeño puente, y debajo de él, lo que debía ser dormitorio de la tripulación y el camarote del capitán. Tenía un pequeño y grueso mástil al que estaba amarrada, una sola grúa,

en posición casi vertical. Y también en la misma popa estaba cargado el único bote salvavidas de la embarcación.

Tenía un aspecto herrumbroso, con la pintura levantada en muchos sitios por el sol y arrancada en otros por las salpicaduras del agua salada. Pequeño, viejo y mal cuidado, tenía la cualidad que Shannon deseaba: pasaba inadvertido. Millares de cargueros como él se dedicaban al tráfico de cabotaje entre Haifa y Gibraltar, Tánger y Dakar, Monrovia y Simonstown. Parecían todos iguales, no llamaban la atención, y raras veces se sospechaba que pudieran transportar algo más que pequeños cargamentos de un puerto a otro.

Semmler y Shannon subieron a bordo. Se dirigieron a popa, donde una escalerilla llevaba al oscuro cuarto de la tripulación, y Semmler llamó. Después, bajaron. Un hombre musculoso, de duras facciones y de unos cuarenta y cinco años, los recibió al pie de la escalera, saludó a Semmler y miró fijamente a Shannon.

Semmler le estrechó la mano y lo presentó a Shannon.

—Carl Waldenberg, primer piloto.

Waldenberg saludó con la cabeza, y los dos hombres se dieron un apretón de manos.

—¿Ha venido a echar un vistazo a nuestro viejo *Toscana*? —preguntó.

Shannon advirtió, con agrado, que el hombre hablaba bien el inglés, aunque con acento, y que parecía

capaz de llevar un cargamento que no figurase en la lista, si el sueldo era bueno. Comprendió que el alemán se hubiese interesado por él. Semmler lo había puesto ya en antecedentes, diciéndole que su patrono vendría a examinar el barco, con vistas a su compra. Para un primer piloto, la persona de un nuevo propietario es siempre interesante. Aparte todo lo demás, Waldenberg tenía que pensar en su propio futuro.

El mecánico yugoslavo estaba en tierra; pero conocieron al marinero, un adolescente italiano que leía una revista en su litera. Sin esperar el regreso del capitán italiano, el piloto les mostró el *Toscana*.

A Shannon le interesaban tres cosas: la capacidad del barco para albergar otros doce hombres en alguna parte, aunque tuviesen que dormir en cubierta; la bodega y la posibilidad de ocultar unas cuantas cajas debajo de las tablas, en la sentina, y la seguridad de que los motores podían llevarles hasta África del Sur.

Waldenberg frunció ligeramente los párpados al hacerle Shannon estas preguntas, pero las contestó cortésmente. Podía deducir por sí solo que ningún pasajero de lujo embarcaría en el *Toscana* para darse el gusto de dormir bajo el cielo estrellado del verano, y que el *Toscana* no cargaría muchas mercancías para transportarlas a la otra punta de África. Un cargamento enviado a tan larga distancia sería embarcado en un buque mayor. La ventaja de los pequeños barcos de cabotaje es que pueden cargar una mercancía en el acto

y entregarla al cabo de dos días en un lugar distante unas doscientas millas. Los barcos grandes pasan mucho tiempo en el puerto. Pero, tratándose de un trayecto largo como el del Mediterráneo a África del Sur, ganan en velocidad lo que pierden en el puerto antes de zarpar. Para un exportador, los *Toscana* resultan poco útiles en viajes de más de 500 millas.

Después de visitar el barco volvieron a cubierta, y Waldenberg les ofreció unas botellas de cerveza, que bebieron a la sombra de un toldo de lona extendido detrás del puente. Entonces empezaron las verdaderas negociaciones. Los dos alemanes hablaron animadamente en su propia lengua, preguntando el marino y respondiendo Semmler. Por fin, Waldenberg miró agudamente a Shannon, volvió la mirada a Semmler y asintió con la cabeza.

—Es posible dijo, en inglés.

Semmler se volvió a Shannon y le explicó:

—A Waldenberg le extrañó que un hombre como tú, lego en el negocio de transportes marítimos, quiera comprar un carguero dedicado al transporte de mercancías en general. Le he dicho que eres un hombre de negocios y no un marino. Pero él cree que aquel negocio es demasiado arriesgado para que un hombre rico invierta dinero en él, salvo que se proponga algo concreto.

Shannon asintió con la cabeza.

—No está mal. Bueno, Kurt, quisiera hablar unas

palabras contigo a solas.

Se dirigieron a popa y se apoyaron en la barandilla, mientras Waldenberg bebía su cerveza.

—¿Qué te parece ese tipo? —murmuró Shannon.

—Es bueno —dijo Semmler sin vacilar—. El capitán es también dueño del barco; es viejo y quiere retirarse. Por eso tiene que vender el barco, para vivir del dinero que obtenga de la venta. Por consiguiente, la plaza de capitán quedará vacante. Creo que a Waldenberg le gustaría ocuparla, y a mí me parece bien. Tiene título de piloto y conoce perfectamente el barco. También sabe navegar. Lo único que falta saber es si se avendría a hacerlo con un cargamento que entraña cierto riesgo. Pero creo que lo haría por una buena paga.

—¿Crees que sospecha algo? —preguntó Shannon.

—Desde luego. En realidad, se imagina que tu negocio es el de introducir inmigrantes ilegales en Gran Bretaña. Es natural que no quiera que lo encarcelen; pero, si la paga es buena, creo que aceptaría el riesgo.

—Bueno; lo primero que hay que hacer es comprar el barco. Después, él decidirá si quiere quedarse. Si prefiere marcharse, buscaremos otro capitán.

Semmler movió la cabeza.

—No. En primer lugar, tendríamos que informarle, aunque fuese vagamente, de la clase de asunto que llevamos entre manos. Si entonces rehusara, nuestra seguridad se vería comprometida.

—Si se entera del asunto y después nos abandona,

sólo podrá ir a un sitio —dijo Shannon, señalando con el índice el agua oleosa de debajo de la popa.

—Hay otra cuestión, Cat. Sería muy bueno para nosotros tenerle de nuestra parte. Conoce el barco, y si resuelve quedarse, tratará de persuadir al capitán de que nos venda el *Toscana*, en vez de hacerlo a la compañía naviera local, que le va detrás. Su opinión cuenta mucho, pues el viejo capitán quiere que el *Toscana* quede en buenas manos, y confía mucho en Waldenberg.

Shannon consideró la lógica del argumento. Y ésta lo convenció. El tiempo apremiaba, y él quería el *Toscana*. El piloto podía ayudarle a conseguirlo, y era capaz de gobernarlo. También podía reclutar a su segundo de a bordo y asegurarse de que éste fuese el más conveniente. Aparte esto, existe un precepto muy útil cuando se trata de sobornar a la gente: no los sobornes a todos, sino paga al que domina a los demás y deja que éste se entienda con ellos. Shannon resolvió hacer todo lo posible por convertir a Waldenberg en su aliado. Los dos hombres volvieron a la sombra del toldo.

—Voy a serle franco, señor —dijo al alemán—. Es verdad que, si compro el *Toscana*, no lo utilizaré para transportar cacahuètes. También es verdad que existirá algún riesgo al cargar la mercancía. En cambio, no lo habrá al descargarla, porque estaremos fuera de las aguas territoriales. Necesito un buen patrón, y Semmler me dice que usted lo es. Por consiguiente, vayamos al

grano. Si consigo el *Toscana*, le ofrezco el puesto de capitán. Le garantizaré seis meses de salario, doble del que cobra actualmente, más una prima de cinco mil dólares por el primer embarque, que deberá efectuarse dentro de diez semanas.

Waldenberg le escuchó sin decir palabra. Después sonrió y se levantó despacio de su asiento. Alargó la mano.

—Míster, ya tiene usted un capitán.

—Bravo —dijo Shannon—. Salvo que antes tengo que comprar el barco.

—No hay problema —dijo Waldenberg—. ¿Cuánto está dispuesto a pagar por él?

—¿Cuánto vale? —replicó Shannon.

—Lo que pueda sacarse por él —respondió Waldenberg—. El otro candidato ha fijado un máximo de veinticinco mil libras, ni un penique más.

Yo pagaré veintiséis mil —dijo Shannon—. ¿Lo aceptará el capitán?

—Seguro. ¿Habla usted italiano?

—No.

Spinetti no habla inglés. Por consiguiente, yo le serviré de intérprete y lo arreglaré todo con el viejo. Dados el precio y mi nombramiento de capitán, se lo venderá. ¿Cuándo quiere entrevistarse con él?

—¿Mañana por la mañana? —preguntó Shannon.

—De acuerdo. Mañana a las diez, aquí.

Se estrecharon de nuevo la mano, y los dos

mercenarios se marcharon.

Marc Vlaminck trabajaba satisfecho en el garaje que había alquilado, mientras la furgoneta, cerrada, permanecía en el exterior, en un estrecho callejón. Marc había cerrado y atrancado la puerta del garaje, para que nadie le estorbase mientras trabajaba. Era la segunda tarde que pasaba solo en el garaje, y casi había terminado la primera parte de su labor.

Junto a la pared del fondo del local había montado un banco de trabajo hecho con gruesos troncos, y lo equipó con todo lo necesario: las herramientas compradas con las 500 libras que le había dado Shannon para la furgoneta y los demás artículos precisos. Junto a otra pared había cinco grandes bidones. Eran de un color verde brillante y llevaban la marca de la compañía de petróleos «Castrol». Estaban vacíos, tal como los había comprado Marc, por poco dinero, a una de las grandes compañías navieras del puerto, y habían contenido aceite lubricante pesado, cuya clase aparecía también claramente marcada en cada bidón.

Marc había cortado un disco circular en el fondo del primero de la hilera, el cual aparecía ahora boca abajo, con el gran agujero mirando al techo y la tapadera de rosca apoyándose en el suelo. Alrededor del orificio había dejado un reborde de unos cuatro centímetros,

que era todo lo que quedaba del primitivo fondo del bidón.

Después, Marc sacó dos cajas de «Schmeisser» de la camioneta, y las veinte metralletas estaban casi a punto de ser introducidas en su nuevo escondrijo. Cada metralleta había sido cuidadosa y totalmente envuelta con cinta adhesiva, junto con cinco cargadores. Después, Marc la había introducido en una fuerte bolsa de polietileno, de la que extrajo el aire antes de cerrarla con un cordel. Por último, cada una de estas bolsas había sido metida dentro de otra, también de polietileno, atada de la misma manera. Estaba seguro de que, con esta envoltura, las armas se mantendrían secas hasta que fuesen sacadas al aire libre.

Cogió los veinte paquetes y los ató con dos fuertes cintas entrelazadas, de modo que formasen uno solo. Metió éste por el agujero del bidón y lo bajó hasta el fondo. Los bidones eran del tipo corriente de doscientos litros, y en ellos había espacio suficiente para las veinte «Schmeisser» y sus correspondientes cargadores, y para dejar un hueco entre el paquete y las paredes.

Una vez introducido el primer paquete, Marc empezó la operación de cerrar de nuevo el bidón. Se había hecho cortar unos discos de hojalata en un taller del puerto, y fijó el primero de ellos en el fondo abierto del bidón. Al cabo de media hora de limar y ajustar, consiguió que el disco se adaptara perfectamente a los bordes del recipiente, cubriendo la pestaña de cuatro

centímetros que quedaba del primitivo fondo del bidón. Después, valiéndose de un soplete y de material blando de soldadura, empezó a soldar la chapa de metal.

En general, los metales pueden soldarse entre sí, consiguiéndose una juntura solidísima. Pero un bidón que haya contenido petróleo o alguna sustancia carburante, conserva siempre una fina película de residuos en la superficie interna del metal. Cuando éste se calienta, como en el caso de soldadura, la película se convierte en vapor y puede provocar una peligrosa explosión. Para evitarlo, puede hacerse la soldadura a baja temperatura, aunque de este modo la juntura resultará menos resistente. Sin embargo, si los bidones no se colocan de lado ni se sacuden, cosa que podría producir una fuerte agitación en su interior, pueden manejarse bien, sin que se rompan.

Cuando hubo terminado, Marc tapó las pocas grietas que quedaban, y cuando el metal se hubo enfriado, pintó toda la zona con un pulverizador y de un color exacto al de todos los bidones de aceite «Castrol». Dejó secar la pintura, volvió el bidón de manera que se apoyase en su nueva base y, desenroscando la tapadera, vertió en él aceite lubricante contenido en una jarra grande que tenía cerca de allí.

El líquido, de color verde esmeralda, espeso, pegajoso, viscoso, pasó por la boca del bidón y fue depositándose en el fondo. Poco a poco llenó los espacios vacíos entre las paredes del bidón y el paquete

de armas colocado en su interior, deslizándose sin ruido en todos los rincones y hendiduras de las bolsas individuales, e impregnando las cintas y los cordeles. A pesar de que Marc había extraído el aire de cada bolsa de polietileno, antes de cerrarla herméticamente quedaba todavía un poco en su interior, retenido en los cargadores, los cañones y las recámaras. Este aire compensaba el peso del metal, de modo que, al llenarse el bidón, el engorroso paquete de armas se volvía casi ingrávido, flotando en el pesado aceite como un cadáver en las olas, hasta que por último se hundía lentamente bajo la superficie.

El belga gastó el contenido de dos jarras, y cuando el bidón estuvo lleno hasta el borde, calculó que el paquete ocupaba unas siete décimas partes de su volumen, y el aceite, las tres décimas restantes. Había vertido sesenta litros en el bidón de doscientos. Por último, encendió una linterna y escudriñó la superficie del líquido. Este brilló bajo la luz, viscoso y verde, con destellos dorados. No se veía el menor rastro de lo que yacía en el fondo. Esperó otra hora y observó minuciosamente la base. No advirtió la más mínima filtración; el nuevo fondo del bidón estaba herméticamente cerrado.

Se sentía alegre y satisfecho cuando abrió las puertas del garaje e introdujo la camioneta en su interior. Aún tenía que destruir dos cajas planas de madera con marcas alemanas en sus tablas, así como

tirar un disco de hojalata que de nada le servía. Este lo arrojaría al agua, y con aquéllas haría una fogata. Ahora sabía que el sistema daba resultado y que podía preparar un bidón en dos días. Todo estaría listo para el 15 de mayo, tal como había prometido. El trabajo era buena cosa.

El doctor Ivanov estaba indignado; no era la primera vez que se enfadaba y, sin duda, tampoco la última.

—La burocracia —gritó a su mujer, mientras se desayunaban—, la estúpida, incompetente y embrutecedora burocracia de este país, es algo increíble.

—Tienes razón, Mijail Mijailovich —dijo su mujer en tono apaciguador, mientras llenaba otras dos tazas de té, fuerte, oscuro y amargo, como sabía que le gustaba a él.

Mujer plácida y satisfecha, habría querido que el voluble científico que tenía por marido contuviese sus ataques de ira o, al menos, los reservase para cuando estuviera en casa.

—Si el mundo capitalista supiese lo que cuesta obtener un clavo y una tuerca en este país, se moriría de risa.

—Cállate, querido —dijo ella, revolviendo el azúcar—. Tienes que tener paciencia.

Hacía varias semanas que su director lo había

llamado a su despacho, revestido de paneles de madera de pino, en el centro del vasto complejo de laboratorios y residencias del Instituto, erigido en el corazón de las Nuevas Tierras Siberianas, para informarle de que estaría al frente de un equipo de exploración en un lugar de África Occidental, y de que él mismo debía cuidar de los detalles.

Esto significaba que debía abandonar un proyecto que le interesaba profundamente, y que lo propio debían hacer dos jóvenes colegas suyos. Había solicitado el equipo necesario para soportar el clima Africano, cursando pedidos a media docena de oficinas de suministros, respondiendo a sus impertinentes preguntas con toda la cortesía de que era capaz, y esperando, esperando siempre, que llegasen y fuesen embalados los artículos. Como había formado parte de un equipo de exploración en Ghana, durante el régimen de Nkrumah, sabía lo que era trabajar en las selvas africanas.

—Que me den un poco de nieve de vez en cuando —le había dicho entonces al jefe de su equipo—. Yo estoy hecho para el frío.

Sin embargo, había conseguido prepararlo todo a su debido tiempo, según las órdenes recibidas. Su equipo estaba a punto; los artículos que había de llevarse estaban listos y empaquetados, hasta la última litera y la última pastilla para depurar el agua. Con un poco de suerte, había pensado, podría ir allá, efectuar la

exploración y regresar con sus muestras de rocas, antes de que los breves y gloriosos días del verano siberiano fuesen absorbidos por el crudo otoño. La carta que ahora tenía en la mano le decía que no sería así.

La carta estaba firmada de puño y letra de su director, pero él no le reprochaba su contenido, puesto que sabía que no hacía más que transmitirle las instrucciones de Moscú. Desgraciadamente, la Dirección de Transportes había determinado que el carácter confidencial de la exploración impedía el empleo de un medio público de transporte; por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores no se creía autorizado a pedir a «Aeroflot» que pusiese un avión a disposición del equipo. En vista de los persistentes conflictos en el Oriente Medio, tampoco podía utilizarse un avión de carga «Antonov».

En consecuencia, Moscú había creído conveniente, en vista del volumen del equipo necesario para efectuar la exploración, y del aún mayor volumen de las muestras que habrían de traerse del África Occidental, emplear el transporte marítimo. Se había decidido que lo mejor era transportar el equipo en un buque de carga soviético que, pasando frente a las costas occidentales de África, se dirigiría al Lejano Oriente. Para el regreso, debían limitarse a notificar al embajador Dobrovolski que habían terminado su exploración, y entonces el embajador ordenaría a alguno de los cargueros que volvían a casa que se desviase de su ruta para recoger a

los tres hombres y sus cajas de muestras. Oportunamente le sería notificada la fecha de la partida y se le proporcionarían las autorizaciones necesarias para utilizar los medios de transporte oficiales hasta el puerto de embarque.

—Todo el verano —gritó Ivanov, mientras su mujer le ayudaba a ponerse el abrigo con cuello de piel y el gorro, también de piel—. Me perderé todo el maldito verano. Y allá me encontraré con la estación de las lluvias.

Cat Shannon y Kurt Semmler volvieron al barco a la mañana siguiente, y allí conocieron al capitán Alessandro Spinetti. Era un viejo de cara arrugada como una cáscara de nuez, camisa sin mangas sobre un pecho todavía robusto, y gorro blanco ladeado sobre la cabeza.

Las negociaciones empezaron en el acto, pero continuaron en el bufete del abogado del capitán, un tal Giulio Ponti, que tenía su despacho en uno de los estrechos callejones que desembocaban en la ruidosa y transitada Via Gramschi. Hay que decir, en honor del letrado, que se hallaba en el mejor sector del barrio, y que las tartas que se exhibían en los bares eran más presentables y caras a medida que nuestros hombres se acercaban a la casa del abogado.

En Italia, todos los asuntos legales marchan a paso de caracol, y, generalmente, de caracol reumático.

Las condiciones habían sido ya acordadas. Valiéndose de Carl Waldenberg como intérprete, el capitán Spinetti había aceptado el precio ofrecido por Shannon: 26 000 libras en efectivo, pagaderas en la moneda y en el país que designase el capitán; su piloto sería contratado por el nuevo propietario, por un tiempo mínimo de seis meses y con doble sueldo del que venía percibiendo; los otros dos tripulantes, o sea, el mecánico y el marinero, podrían elegir entre quedarse, durante seis meses y con el salario actual, o bien despedirse con una indemnización de 500 libras el marinero, y de 1 000 el mecánico.

Shannon había decidido ya, en secreto, persuadir al marinero de que se marchase, y hacer todo lo posible por conservar al mecánico, un servio de genio áspero, pero que, según Waldenberg, era capaz de hacer milagros con los motores, que no decía nada y preguntaba menos, y, sobre todo, que no debía tener en regla sus papeles y, por ende, necesitaba su empleo.

Por motivos fiscales, el capitán había invertido 100 libras, mucho tiempo atrás, en la constitución de una pequeña sociedad denominada «Compañía de Transportes Marítimos Spinetti». Su capital estaba representado por 100 acciones ordinarias, de las que él poseía noventa y nueve, y el señor Ponti, una, además del cargo de secretario de la compañía. Como el barco *Toscana* constituía todo el activo de la compañía, su venta equivalía a la de ésta, cosa que convenía mucho a

Shannon.

Lo malo fue que las reuniones con el abogado para ultimar detalles, duraron cinco días. Y esto no era más que la primera fase.

Había transcurrido una semana del mes de mayo y habían llegado al día treinta y uno del calendario particular de Shannon, compuesto de 100 días, antes de que Ponti principiara a redactar los contratos. Como la operación se efectuaba en Italia y el barco tenía matrícula italiana, el contrato debía regirse por las leyes de Italia, que son muy complicadas. Tenían que firmarse tres contratos: uno para la venta de «Transportes Marítimos Spinetti» y todos sus bienes a la sociedad «Tyronne Holding», de Luxemburgo; otro, por el que «Tyronne Holding» ofrecía a Carl Waldenberg el puesto de capitán, por seis meses y con el salario convenido, y el tercero para garantizar a los otros dos tripulantes su salario actual o una indemnización por despido. Para ello se necesitaron cuatro días, y Ponti dio a entender que batía todas las marcas de velocidad, dado que las partes interesadas estaban ansiosas por efectuar la venta cuanto antes.

Janni Duprée se sentía muy satisfecho aquella brillante mañana de mayo cuando salió del almacén de artículos de camping donde acababa de formular su último pedido. Había dejado una cantidad en garantía

del pago de las mochilas y los sacos de dormir. Le habían prometido entregárselos el día siguiente, y la tarde de aquel mismo día tenía que recoger dos grandes cajas de cartón llenas de morrales y de boinas de estilo militar, en unos grandes almacenes del East End londinense.

Tres voluminosas partidas de artículos diversos se hallaban ya camino de Tolón. Calculaba que la primera de ellas habría llegado ya y que las otras dos no tardarían en hacerlo. La cuarta sería embalada y entregada a la agencia de transportes en la tarde del día siguiente; le quedaría, pues, una semana de holganza. El día anterior había recibido una carta de Shannon, en la que éste le decía que dejase su pequeño apartamento de Londres y se trasladara a Marsella, por vía aérea, el 15 de mayo. Tenía que alojarse en un hotel del puerto y esperar noticias. Le gustaban las instrucciones concretas; dejaban poco margen a los errores, y de producirse alguno, no podrían echarle la culpa a él. Había reservado su pasaje y deseaba ardientemente que transcurriera la semana para poder largarse de una vez. Era estupendo entrar de nuevo en acción.

Cuando por fin hubo redactado el signore Ponti los documentos necesarios, Cat Shannon envió una serie de cartas desde su hotel de Génova. La primera iba dirigida a Johann Schlinker, y en ella le informaba de que el

barco que cargaría las municiones en Grecia sería el *Toscana*, propiedad de la compañía de «Transportes Marítimos Spinetti», de Génova. Schlinker debía darle detalles sobre el presunto lugar de destino del cargamento de armas, a fin de que el capitán pudiera redactar la declaración oportuna.

Le daba, además, minuciosos detalles del *Toscana*, y le decía que había comprobado en la lista del Lloyd's, copia de la cual pudo examinar en la oficina del vicecónsul británico en Génova, que el *Toscana* figuraba en dicha lista. Por último, anunciaba a Schlinker que volvería a ponerse en contacto con él dentro de los próximos quince días.

La segunda carta era para Alan Baker, dándole el nombre y los detalles del carguero, para que pudiese informar a las autoridades yugoslavas y obtener la debida licencia de exportación. Sabía ya lo que tenía que decir la declaración. El buque se dirigiría desde el puerto yugoslavo de embarque hasta Lomo, capital de Togo.

Escribió también una larga carta a míster Stein, como presidente de «Tyron Holding», pidiéndole que preparara los papeles para una reunión del Consejo de Administración, que se celebraría dentro de cuatro días en su oficina, y en el que habían de tomarse dos acuerdos: uno, de compra, por la compañía de «Transportes Marítimos Spinetti», por el precio de 26 000 libras, y el otro, de emisión de otras 26 000

acciones al portador, de una libra cada una, suscritas por míster Keith Brown mediante un cheque certificado de 26 000 libras.

Envió unas líneas a Marc Vlaminck, diciéndole que debía retrasar hasta el 20 de mayo la recogida de la mercancía en Ostende, y otra a Langarotti, retrasando la cita en París al día 19.

Por último, escribió a Simon Endean, a Londres, solicitándole que se reuniera con él en Luxemburgo, dentro de cuatro días, y que tuviese a su disposición fondos equivalentes a 26 000 libras para la compra del barco que habría de llevarlos a la zona de operaciones.

La tarde del 13 era suave y fresca, y a varios cientos de kilómetros, en la misma costa, Jean-Baptiste Langarotti conducía su camioneta, al oeste de Hyères, por el último tramo de carretera hasta Tolón. Había bajado el cristal de la ventanilla y aspiraba el olor de los pinos y de los arbustos de las colinas, a su derecha. Como Duprée en Londres, preparando su vuelo a Marsella, como Vlaminck en Ostende dando los toques finales a su quinto y último bidón de aceite y metralletas, Langarotti se sentía satisfecho de la vida.

Llevaba en la camioneta los dos últimos motores fuera borda, pagados al contado y provistos de tubos de escape subacuáticos, para navegar sin ruido. Ahora volvía a Tolón, con el fin de entregarlos en el almacén de depósitos. En el almacén de «Maritime Duphot» estaban ya los tres botes negros e hinchables,

debidamente embalados, y el tercer motor. También había cuatro grandes cajas de ropas diversas, llegadas de Londres durante la última quincena, y a su propio nombre. También él había terminado su trabajo en el tiempo previsto.

Lástima que hubiera tenido que cambiar de hotel. Un encuentro casual con un viejo amigo de los bajos fondos, cuando salía del hotel, tres días atrás, le había obligado a buscar un pretexto y trasladarse a la mañana siguiente. Ahora estaba en otro hotel y no había podido informar a Shannon, pues no sabía dónde se hallaba. Pero no importaba. Dentro de cuarenta y ocho horas, o sea, el día 15, se reuniría con su jefe en el «Hotel Plaza-Surene», de París.

La reunión del 14 de mayo, en Luxemburgo, fue extraordinariamente breve. Shannon no asistió a ella. Se había entrevistado anteriormente con mister Stein, en la oficina de éste, y le había entregado los documentos para la venta de la compañía de «Transportes Marítimos Spinetti» y su barco *Toscana*, así como un cheque certificado por 26 000 libras, a la orden de «Tyrone Holding SA».

Media hora después, mister Stein salió de la estancia donde se había celebrado la reunión del consejo y entregó a Shannon un certificado de 26 000 acciones ordinarias al portador de «Tyrone Holding». También le mostró un sobre que contenía los documentos referentes a la venta del barco a «Tyrone» y el cheque

«Tyrone Holding» a favor del signore Alessandro Spinetti. Después, cerró el sobre, dirigido al signore Giulio Ponti, en su oficina de Génova, y lo entregó a Shannon. El último documento que puso en sus manos fue un certificado del acuerdo del consejo de administración nombrando a herr Kurt Semmler director gerente de la compañía de «Transportes Marítimos Spinetti».

Dos días después se formalizó la operación en el despacho del abogado italiano. Había sido abonado el cheque por la compra del *Toscana*, y «Tyrone Holding» era ya propietaria legal del ciento por ciento de «Transportes Marítimos Spinetti». Por consiguiente, el signore Ponti envió por correo certificado las cien acciones ordinarias de la compañía «Spinetti» a la dirección de «Tyrone» en Luxemburgo. Aparte esto, el signore Ponti aceptó un paquete que Shannon le entregó en custodia, y lo guardó en su caja fuerte. Shannon le dejó también dos firmas de muestra, con el nombre de Keith Brown, para que pudiese comprobar la autenticidad de cualquier carta suya ordenando la entrega del paquete. Lo que no sabía Ponti era que éste contenía 26 994 acciones de «Tyrone».

Carl Waldenberg recibió su nombramiento de capitán y su contrato por seis meses, y el mecánico servio recibió también los suyos. Shannon pagó a cada

uno de ellos un mes de salario en dinero efectivo, y las cinco mensualidades restantes fueron depositadas en manos del signore Ponti.

El marinero italiano aceptó, sin poner dificultades, la indemnización de 500 libras en concepto de despido, más una subvención adicional de 100, y abandonó el barco.

Semmler ocupó su cargo de director gerente.

Shannon había hecho transferir otras 5 000 libras desde Brujas a su cuenta de Génova, y con ellas pagó los salarios de los dos hombres que se quedaban en el *Toscana*. Antes de salir de Génova, el día 18, entregó el resto a Semmler y le dio instrucciones.

—¿Qué hay de los dos tripulantes que faltan?
—preguntó Shannon.

—Waldenberg los está buscando —respondió Semmler—. Asegura que este puerto está lleno de hombres que buscan trabajo. Conoce el lugar hasta sus últimos rincones. También sabe lo que necesitamos. Hombres buenos y duros, de los que no hacen preguntas y cumplen lo que se les manda, sobre todo si saben que hay una buena recompensa al final. No te preocupes: tendrá una buena pareja antes de que termine esta semana.

—Bravo. Muy bien. Esto es lo que quiero. Pon el *Toscana* a punto para hacerse a la mar. Haz revisar a fondo las máquinas y los aparejos. Paga los derechos portuarios y cuida de que los documentos estén en

regla, con el nombre del nuevo capitán. Prepara la declaración que deberá presentarse en Tolón para el embarque de carga general con destino a Marruecos. Que no falte carburante ni vituallas. Compra provisiones suficientes para la tripulación y otros doce hombres. Agua, cerveza, vino, cigarrillos. Cuando esté listo, llévalo a Tolón. Tienes que estar allí el primero de junio lo más tarde. Yo estaré también allí, con Marc, Jean-Baptiste y Janni. Ponte en contacto conmigo a través de la agencia consignataria «Agence Maritime Duphot». Están en la zona del puerto. Hasta la vista, y que tengas suerte.

Capítulo XVI

Si Jean-Baptiste Langarotti seguía vivo, ello se debía en parte a su habilidad para oler el peligro antes de que éste se cerniese sobre él. El primer día que visitó el hotel de París, a la hora señalada, se limitó a sentarse en el salón y leer una revista. Resolvió esperar dos horas, pero el jefe mercenario no compareció.

Por si acaso, el corso preguntó en recepción, pues, aunque Shannon no le había dicho que pasaría allí la noche, podía haber llegado temprano y reservado una habitación. El empleado examinó el libro registro y le dijo que no había ningún monsieur Brown, de Londres,

en el hotel. Langarotti presumió que Shannon se habría retrasado y acudiría a la cita el día siguiente a la misma hora.

Por consiguiente, el día 16 volvió el corso al hotel y se sentó en el salón. No vio la menor señal de Shannon, pero sí de algo diferente. En dos ocasiones, el mismo empleado del hotel asomó la cabeza y se retiró inmediatamente al levantar la suya Langarotti. Dos horas más tarde, en vista de que Shannon no llegaba, salió de nuevo del hotel. Se echó a andar calle abajo, y observó que un hombre, plantado en la esquina, contemplaba con extraño interés y singular fijeza el escaparate de una tienda. En tal escaparate se exhibían prendas interiores femeninas. Langarotti tuvo la impresión de que el aspecto de aquel hombre no concordaba con el de la tranquila calle en una mañana de primavera.

Durante veinticuatro horas, el corso estuvo husmeando en los bares de París donde solían reunirse los mercenarios, valiéndose de sus antiguos conocidos de la Unión Corsa de los bajos fondos parisienses. Siguió acudiendo al hotel cada mañana, hasta que encontró allí a Shannon en la mañana del 19.

Había llegado la tarde anterior, en el avión de Génova y Milán, y había pasado la noche en el hotel. Parecía muy animado, y, mientras tomaban café en el salón, contó a su colega que había comprado el barco.

—¿Ningún problema? —preguntó Langarotti.

Shannon movió la cabeza.

—Ningún problema.

—Sin embargo, tenemos uno en París.

Como no podía afilar su cuchillo en un lugar público, el pequeño corso permanecía sentado con las manos sobre las rodillas. Shannon dejó su taza de café. Sabía que el anuncio de Langarotti sólo podía significar peligro.

—¿Cuál es? —preguntó a media voz.

—Alguien ha contratado a un hombre para que te mate —dijo Langarotti.

Ambos permanecieron un rato en silencio, mientras Shannon reflexionaba. Su amigo no le interrumpió. Generalmente, no se anticipaba a las preguntas.

—¿Sabes quién dio la orden? —preguntó Shannon.

—No. Y tampoco quién la aceptó. Pero el precio es alto: unos cinco mil dólares.

—¿Es un contrato reciente?

—Según rumores, se concertó dentro de las seis últimas semanas. No se sabe de fijo si el interesado, que debe de vivir en París, lo es por su propia iniciativa o actúa por cuenta de alguien que se oculta detrás de una cortina. Se comenta que quien haya aceptado el contrato debe de ser un tipo de cuidado o un estúpido. Pero alguien lo ha hecho. Y está investigando acerca de tu persona.

Shannon maldijo en silencio. Estaba seguro de que el corso no se equivocaba. Era demasiado cauteloso

para aventar una información no comprobada. Trató de recordar algún incidente que pudiera motivar que se pusiera precio a su cabeza. Lo malo era que podía haber muchas razones, alguna de las cuales ni siquiera le pasaría por la imaginación.

Metódicamente empezó a estudiar las posibilidades. O el contrato se debía a algo, relacionado con la operación que llevaba entre manos, o se derivaba de un motivo anterior. Examinó, ante todo, la primera alternativa.

¿Hubo un chivatazo? ¿Tuvo alguna agencia oficial información de que se estaba preparando un golpe en África, y había resuelto impedirlo liquidando al jefe de operaciones? Incluso se le ocurrió pensar que sir James Manson podía haberse enterado de las desfloraciones múltiples —expresión utilizada por la experta Lolita— de su hija. Pero rechazó todas estas suposiciones. Podía ser que hubiese ofendido a alguien, en el turbio mundo de los traficantes de armas, y que éste hubiera resuelto ajustarle las cuentas del modo más duro y sin dar la cara. Pero esta decisión habría debido ir precedida de alguna disputa sobre un trato, de alguna pelea por dinero, de riñas o amenazas. Y no había habido nada de esto.

Hizo que su memoria retrocediese en el tiempo, a los días de guerras y combates pasados. Lo malo era que uno no sabía nunca si, en un momento dado, había ofendido a una gran organización sin proponérselo. Tal

vez alguno de los hombres a quienes había matado era un agente secreto de la CIA o del KGB. Ambas organizaciones eran rencorosas y, como estaban constituidas por hombres salvajes y carentes de principios, se empeñaban en llevar adelante sus venganzas, aunque no hubiese para ello ningún motivo pragmático. Sabía que la CIA tenía pendiente un ajuste de cuentas con Bruce Rossiter, que había matado a un americano en un bar de Leopoldville porque éste lo miraba descaradamente. Después resultó que el americano pertenecía a la horda local de la CIA, aunque Rossiter lo ignoraba. Pero esta ignorancia no le sirvió de nada. La sentencia seguía pendiente de ejecución, y Rossiter no paraba de correr de un lado a otro.

Los del KGB no eran mejores. Enviaban a sus asesinos a cualquier parte del mundo para liquidar a los fugitivos, agentes extranjeros que los habían perjudicado y de quienes se habían desentendido sus antiguos patronos, que no podían, por tanto, protegerlos; y los rusos no necesitaban motivos prácticos, como informaciones aún no reveladas por su víctima. Lo hacían sólo por venganza.

Además, estaban el SDECE francés y el SIS británico. Los franceses habrían podido pillarlo cien veces en los últimos dos años, y hacerlo en las selvas africanas. Además, no se habrían arriesgado a hacer el trato con un asesino de París, exponiéndose a un chivatazo. Tenían sus propios hombres, tan eficaces

como el que más. Y los ingleses eran aún más improbables. Sumamente legalistas, casi habrían necesitado permiso del gobierno antes de dar el golpe, y sólo empleaban este método en casos de extraordinaria urgencia, para evitar una delación vital, para escarmentar a otros o, en ocasiones, para saldar cuentas cuando uno de los suyos había sido liquidado por un asesino conocido. Shannon estaba seguro de que nunca había matado a un agente inglés, y su único motivo podía ser el de evitarse molestias. Los rusos y los franceses eran capaces de matar por esta razón; pero no los ingleses. Estos respetaron la vida de Stephen Ward, para que pudiese ser juzgado, y con ello estuvieron a punto de provocar el derrumbamiento del Gobierno Macmillan; habían dejado vivir a Philby después de su traición, y también a Blake; en Francia o en Rusia, ambos traidores habrían ido a aumentar la lista de los muertos en accidente de tráfico.

Quedaban las empresas privadas. ¿Acaso la Unión Corsa? No; Langarotti no estaría a su lado si se tratase de la Unión. Por lo demás, estaba convencido de no haber irritado a la Mafia en Italia, o al Sindicato en América. Por consiguiente, había que pensar en un individuo particular, con una ofensa particular. Si no era una agencia del gobierno, ni una organización privada, tenía que ser un individuo. Pero, ¿quién?

Langarotti seguía observándole, esperando su reacción. Shannon conservaba su rostro sereno, su aire

aburrido.

—¿Sabes que estoy en París?

—Creo que sí. Y creo que conocen este hotel. Tú te alojas siempre aquí. Haces mal. Yo vine hace cuatro días, tal como me dijiste...

—¿No recibiste mi carta, aplazando la cita hasta el día de hoy?

—No. Tuve que trasladarme de hotel en Marsella, hace una semana.

—Ya. Prosigue.

—La segunda vez que vine aquí había alguien vigilando el hotel. Yo había preguntado por ti el primer día, dando el nombre de Brown. Por consiguiente, creo que el soplo lo dio alguien del hotel. El hombre también vigilaba ayer, y hoy.

—Podría cambiarme de hotel —dijo Shannon.

—Y tal vez te lo quitarías de encima. O tal vez no. Alguien conoce el nombre de Keith Brown. Te encontrarían en cualquier parte. ¿Cuánto tiempo tienes que estar en París durante las próximas semanas?

—Bastante —confesó Shannon—. Tengo que venir varias veces, y tenemos que llevar el material de Marc desde Bélgica a Tolón, dentro de dos días, pasando por París.

Langarotti encogió los hombros.

—Tal vez no te encuentren. No sabemos cómo ni cuántos son. Ni quiénes. Pero podrían encontrarte de nuevo. Y entonces habría problemas, tal vez con la

policía.

—Ahora no puedo arriesgarme. No, con la mercancía de Marc esperando en la camioneta —dijo Shannon.

Era un hombre razonable, y hubiese preferido negociar con el hombre que había decretado su muerte. Pero, fuese quien fuese, no lo había querido así.

De todos modos, Shannon seguía dispuesto a hablar con el hombre; pero, ante todo, tenía que saber quién era. Y sólo una persona podía decírselo: la que había aceptado el contrato para matarle. Así se lo dijo al corso, el cual asintió con aire sombrío.

—Sí, *mon ami*, creo que tienes razón. Tenemos que pillar al ejecutor. Pero antes hay que ponerle una trampa.

—¿Me ayudarás, Jean-Baptiste?

—Claro que sí —dijo Langarotti—. Quienquiera que sea, no pertenece a la Unión, no es de los míos. Cuenta conmigo.

Pasaron casi una hora estudiando un plano de las calles de París, extendido sobre la mesa. Después, Langarotti se marchó.

Durante el día, aparcó su camioneta con matrícula de Marsella en un lugar fijado previamente. Muy avanzada la tarde, Shannon fue a recepción y preguntó la dirección de un conocido restaurante situado a un kilómetro y medio de distancia. Lo hizo de modo que pudiese oírle el mozo del hotel que le había descrito

Langarotti. El recepcionista le indicó dónde estaba el restaurante.

—¿Se puede ir andando? —preguntó Shannon. —Naturalmente, *m'sieu*. Unos quince minutos a pie, o veinte como máximo.

Shannon le dio las gracias y, desde allí mismo, telefoneó reservando una mesa a nombre de Keith Brown para las diez de la noche. Durante el resto de la tarde permaneció en el hotel.

A las nueve cuarenta en punto, salió del hotel, llevando su maletín en una mano y un ligero impermeable colgado del otro brazo, y se echó a andar en dirección al restaurante. No siguió el camino directo, sino que se desvió por dos calles aún más estrechas que aquella en que estaba situado el hotel. Dejó atrás a los otros transeúntes y se metió por unas calles mal iluminadas del Distrito I, por las que no pasaba nadie. Ahora aflojó el paso y se entretuvo mirando los escaparates iluminados y matando el tiempo hasta que hubo pasado con exceso la hora de su reserva en el restaurante. En ningún momento volvió la cabeza. Pero hubo veces en que creyó oír, en medio del silencio, el apagado susurro de unas suelas de goma a cierta distancia detrás de él. Desde luego, no se trataba de Langarotti. El corso sabía andar sin levantar un grano de polvo.

Eran más de las once cuando llegó al oscuro callejón que había localizado en el plano. Estaba a su izquierda

y no había en él ninguna luz. El otro extremo estaba bloqueado por unos pilones que lo convertían en un *culdesac*. Las paredes de ambos lados eran altas y estaban a oscuras. La poca luz que podía haber entrado por la otra punta del callejón estaba obstruida por el bulto de la camioneta francesa, aparcada allí, vacía, pero con las puertas traseras abiertas. Shannon se dirigió a la parte de atrás del vehículo, y entonces se volvió.

Como la mayoría de los luchadores, prefería siempre enfrentarse al peligro en vez de darle la espalda. Sabía, por experiencia, que incluso andando hacia atrás es más seguro dar la cara al peligro. Al menos, uno puede verlo. Cuando se metió en el callejón dando la espalda a la entrada, sintió que se le erizaban los pelos del cogote. Si la psicología se hubiese equivocado, a estas horas estaría muerto. Pero la psicología no había fallado. Mientras anduvo por calles desiertas, el hombre que lo seguía se había mantenido a distancia, esperando una oportunidad como la que se le ofrecía ahora.

Shannon arrojó el maletín y el impermeable al suelo y observó la voluminosa sombra que cerraba el paso a la luz en el extremo de la calle. Esperó, armándose de paciencia. Confiaba en que no habría ningún ruido; por algo se hallaban en el centro de París. La sombra se detuvo, como sopesando la situación y para comprobar que Shannon no esgrimía ninguna pistola. Pero la visión de la camioneta abierta tranquilizó al asesino. Presumió que Shannon la había aparcado allí por discreción y que

no había hecho más que volver a ella.

La sombra avanzó sin hacer ruido. Shannon pudo distinguir su brazo derecho; había sacado la mano del bolsillo de la gabardina, y la mantenía adelantada, sosteniendo algo. La cara permanecía oculta en la sombra, y el cuerpo no era más que una silueta; pero la corpulencia del hombre saltaba a la vista. Ahora se había detenido; su sombra se erguía en el centro del empedrado callejón; levantaba el brazo. Permaneció inmóvil unos segundos, como haciendo puntería, y después bajó lentamente el brazo armado, que quedó colgando junto a su costado. Parecía que hubiese cambiado de idea.

Sin dejar de mirar fijamente a Shannon, desde la sombra, el hombre se dobló lentamente hacia delante y se puso de rodillas. Algunos tiradores hacen esto, para asegurar su puntería. Pero el pistolero carraspeó, se inclinó más hacia delante y apoyó los nudillos de los puños en los guijarros del suelo. El metal del «Colt» 45 resonó en la piedra. Poco a poco, como un musulmán orando de cara a La Meca, el pistolero inclinó la cabeza y miró, por primera vez en veinte segundos, no a Shannon, sino al suelo. Se oyó un débil gorgoteo, como de un líquido que fluyera de entre los guijarros, y, por fin, cedieron los brazos y los muslos del hombre. Cayó como un saco en el charco de su propia sangre y se quedó plácidamente dormido, como un niño.

Shannon seguía en pie junto a la puerta abierta de la

camioneta. Cuando el pistolero hubo caído, brilló la luz de una linterna en la entrada del callejón y arrancó destellos del negro y pulido mango de hueso de un cuchillo que sobresalía diez centímetros de la espalda del hombre tumbado en el suelo, un poco hacia la izquierda, entre la cuarta y la quinta costillas.

Cat levantó la mirada. Había otra figura apoyada en el poste del farol, pequeña, flaca, inmóvil, a quince metros del cuerpo caído, en el mismo sitio desde el que había efectuado el lanzamiento. Shannon siseó, y Langarotti avanzó sin ruido sobre el empedrado.

—Pensé que llegarías tarde —gruñó Shannon.

—*Non*. Yo nunca llego tarde. El no pudo apretar el gatillo en ningún momento desde que saliste del hotel.

En la parte trasera de la camioneta había extendido una ancha hoja de polietileno industrial, sobre un lienzo de lona alquitranado. Este tenía unos agujeros en los bordes, para poder hacer con él un fardo, y había también, un buen trozo de cuerda y unos ladrillos atados al otro extremo. Cogiendo al hombre por los brazos y las piernas, lo izaron entre los dos y lo metieron en la camioneta. Langarotti subió para recoger su cuchillo, mientras Shannon cerraba la puerta. Este oyó cómo el otro corría el pestillo desde el interior.

Langarotti pasó al asiento del conductor y puso el vehículo en marcha. Retrocedió despacio por el callejón, y salió a la calle. En el momento en que hacía girar la camioneta, Shannon se asomó a la ventanilla del

conductor.

—¿Lo has visto bien?

—Claro.

—¿Sabes quién es?

—Sí. Es Raymond Thomard. Estuvo una vez en el Congo, pero por poco tiempo; prefería actuar en la ciudad. Un pistolero profesional. Pero no muy bueno. No de los que emplearía una gran organización. Lo más probable es que trabajase para su propio jefe.

—¿Quién es? —preguntó Shannon.

—Roux —respondió Langarotti—. Charles Roux. Shannon maldijo en voz baja, pero con rabia.

—Ese bastardo, ese estúpido, ignorante e incompetente loco. Pudo dar al traste con toda la operación sólo porque no fue invitado a participar en ella.

Después enmudeció y reflexionó durante un rato. Había que disuadir a Roux, pero de un modo que no pudiese meter de nuevo las narices en el asunto de Zangaro.

—Bueno, date prisa —dijo el corso, sin parar el motor—. Quiero librarme de ese parroquiano antes de que venga alguien.

Shannon tomó su decisión y habló rápida y enérgicamente durante unos segundos. Langarotti asintió con la cabeza.

—De acuerdo. En realidad, me gusta esto. Dejaré fuera de combate a ese bicho por mucho tiempo. Pero

necesito una paga extra. Cinco mil francos.

—Hecho —dijo Shannon—. Vete ya, y reúnete conmigo en la entrada de la estación del metro de la Porte de la Chapelle, dentro de tres horas.

Encontraron a Marc Vlamminck, a la hora de comer, en la pequeña población de Dinant, al sur de Bélgica. Shannon le había llamado por teléfono el día anterior, dándole instrucciones e indicándole el lugar de la cita. *Pequeño* Marc se había despedido por la mañana de Anna, que le había preparado amorosamente la maleta y una bolsa de comida, con medio pan, mantequilla y un pedazo de queso, para que pudiese matar el gusanillo a media mañana. Como de costumbre, le había dicho que tuviese mucho cuidado.

Había cruzado Bélgica en su furgoneta, cargada con cinco bidones de doscientos litros de aceite lubricante, sin que nadie le hubiese detenido. No había razón para que lo hiciesen. Su licencia estaba en regla, así como la documentación del vehículo y el seguro.

Mientras los tres hombres almorzaban en un café de la calle principal, Shannon preguntó al belga:

—¿Cuándo cruzaremos la frontera?

—Mañana por la mañana, antes de que amanezca. Es la hora más tranquila. ¿Dormiste la noche pasada?

—No.

—Te conviene descansar —dijo Marc—. Yo cuidaré

de las dos camionetas. Puedes dormir hasta medianoche.

También Charles Roux estaba cansado aquel día. Toda la noche anterior, desde que le había llamado Henri Alain para decirle que Shannon se dirigía al restaurante, estuvo esperando noticias. A medianoche no había recibido ninguna, a pesar de que Thomard hubiese debido llamarle para decirle que todo había terminado. Y tampoco la había recibido a las tres de la mañana, ni cuando salió el sol.

Roux no se había afeitado y estaba sumido en un mar de confusiones. Sabía que Thomard no habría podido con Shannon en igualdad de condiciones, pero estaba seguro de que el irlandés había sido atacado por la espalda cuando pasaba por uno de los desiertos callejones en dirección al restaurante.

A media mañana, en el mismo instante en que Langarotti y Shannon cruzaban sin dificultad la frontera belga al norte de Valenciennes, Roux se decidió al fin a ponerse la camisa y unos pantalones y a tomar el ascensor hasta la planta baja, para ver si había algo en su buzón.

Nada parecía anormal en la cerradura del buzón, una caja de un palmo y medio de altura, por uno de ancho y otro de fondo, empotrada en la pared del vestíbulo junto a las de los otros inquilinos.

No había la menor señal de que hubiese sido abierta, y, de haberlo sido, el ladrón habría tenido que utilizar una ganzúa. Pero lo cierto era que alguien lo había hecho.

Roux empleó su llave para levantar el pestillo, y se abrió la puerta de la caja.

Permaneció inmóvil durante diez segundos. Nada cambió en él, salvo el color de la cara, que normalmente era colorado y se volvió ahora de un gris ceniciento. Como hipnotizado, empezó a murmurar: «*Mon dieu, O mon Dieu...*», una y otra vez, como un ensalmo. Su estómago se encogió; sintió lo mismo que aquella vez, en el Congo, cuando oyó que los soldados congoleños hacían preguntas sobre su identidad, mientras él yacía en una camilla, envuelto en vendas, y John Peters pugnaba por librarlo de una muerte cierta. Sintió ganas de orinar, de correr, pero sólo podía sudar de miedo. Con una expresión que era casi de adormilada tristeza, con los ojos entreabiertos y los labios apretados, la cabeza de Raymond Thomard le miraba desde dentro de la caja.

Roux no era un hombre remilgado, pero tampoco tenía la bravura de un león. Cerró el buzón, volvió a su piso y la emprendió con la botella de coñac, sólo con fines medicinales. Necesitaba una buena dosis de medicamento.

Alan Baker salió, de las oficinas de la fábrica yugoslava de armas, a la brillante luz del sol de Belgrado, muy satisfecho del rumbo que habían tomado las cosas. Al recibir los 7 200 dólares de Shannon y el certificado de último usuario, se había dirigido a un comerciante de armas autorizado, con el que había hecho algunas operaciones en el pasado, en calidad de intermediario. Como en el caso de Schlinker, el hombre consideró irrisorios la cantidad de armas y el dinero de la transacción; pero cedió a los argumentos de Baker, al decirle que, si los compradores quedaban satisfechos con la primera mercancía, harían sin duda otro pedido mucho más importante.

Por consiguiente, dio su visto bueno a Baker para que se trasladara a Belgrado y cursase el pedido, empleando el certificado de Togo, debidamente cumplimentado con los nombres adecuados, y una carta del comerciante en la que éste le nombraba su representante.

Esto quería decir que Baker perdería una parte de su tajada; pero era la única manera de que le atendiesen en Belgrado, y precisamente por la poca importancia de la operación, había tenido buen cuidado en cargar un ciento por ciento sobre el precio de compra de las armas.

Sus cinco días de conversación con mister Pavlovic habían sido fructíferos y, durante ellos, había efectuado una visita al almacén oficial, donde escogió los dos

morteros y los dos bazucas. Las municiones eran, de tipo corriente y se servían en cajas de veinte cohetes de bazucas y de diez obuses de mortero.

Los yugoslavos aceptaron sin reparos el certificado de último usuario librado por la Embajada de Togo, y aunque Baker, el comerciante autorizado y probablemente también míster Pavlovic, debían saber perfectamente que tal certificado no era más que papel mojado, mantuvieron la ficción de que el gobierno de Togo estaba ansioso por recibir aquellas armas a título de prueba. Míster Pavlovic había exigido el pago por anticipado de la totalidad del precio, y Baker tuvo que sacarse del bolsillo todo lo que quedaba de los 2 200 dólares que le había dado Shannon —después de pagar los gastos de viaje— más otros 1 000 de su peculio particular. Sin embargo, confiaba en cobrárselos de los otros 7 200 que le debía Shannon, y pensaba que, después de pagada su comisión al comerciante autorizado, aún le quedarían 4 000 dólares de beneficio neto.

Aquella mañana le confirmaron que podía contar con la mercancía y con la licencia de exportación, y que aquélla sería enviada en vehículos militares a un almacén del puerto de Ploce, situado al noroeste del país, cerca de las estaciones veraniegas de Dubrovnik y Split.

Allí debía atracar el *Toscana*, para cargar la mercancía, después del 10 de junio. Sumamente

satisfecho, Baker tomó el primer avión con destino a Munich y Hamburgo.

Johann Schlinker estaba en Atenas aquella mañana del 20 de mayo. Un mes antes comunicó por telégrafo a su socio en Atenas, griego de nacionalidad, todos los detalles de la compra de municiones de 9 mm que le interesaba y se trasladó por vía aérea a la capital de Grecia, con un certificado iraquí de último usuario, en cuanto hubo recibido los 26 000 dólares de Shannon.

Las formalidades exigidas por los griegos eran más complicadas que las que había encontrado Alan Baker en Belgrado. Debían presentarse dos instancias: una, para comprar el material, y la otra, para exportarlo. La instancia para comprar fue presentada tres semanas antes, y en los últimos veinte días tuvo que pasar por tres departamentos oficiales que entendían en tales asuntos. En primer lugar, el Ministerio de Hacienda había tenido que confirmar que los 18 000 dólares del precio de compra se habían recibido por el conducto bancario y en la moneda adecuados. Unos años antes, sólo se aceptaban los dólares USA, pero, más recientemente, Atenas se daba por satisfecha si se pagaba en marcos alemanes.

El segundo departamento afectado era el Ministerio de Asuntos Exteriores. Había tenido que confirmar que el país comprador no era enemigo de Grecia. No había ningún problema con el Iraq, pues buena parte de las exportaciones griegas iban a parar a los árabes, con

quienes se mantenían relaciones amistosas. El Ministerio de Asuntos Exteriores había aprobado el envío al Iraq de los proyectiles de 9 mm.

Por último, el Ministerio de Defensa había tenido que declarar que la proyectada venta no figuraba en la lista secreta ni correspondía a la clase de armas cuya exportación estaba prohibida. Como se trataba de armas cortas, tampoco había habido ningún problema en este Ministerio.

Pero, a pesar de que no se planteó ningún problema insoluble, se precisaron dieciocho días para que los documentos pasasen por los tres Departamentos, con una progresiva acumulación de papeles, hasta que se puso en el expediente el sello definitivo de autorización. Entonces, las cajas de municiones fueron sacadas de la fábrica y transportadas a un almacén militar de las afueras de la capital. A partir de este momento, el asunto correspondía al Ministerio del Ejército y, en particular, al jefe de su sección de exportación de armas, coronel Spiros Manzakis.

Schlinker había ido a Atenas para presentar personalmente la instancia de solicitud del permiso de exportación. A su llegada, conocía todos los detalles del *Toscana*, y así pudo presentar, debidamente cumplimentadas, las siete páginas impresas. De regreso en su habitación del «Hotel Hilton», el alemán confió en que tampoco aquí se plantearía ningún problema. El *Toscana* era un barco que estaba perfectamente en

regla; pequeño, pero perteneciente a una compañía registrada, «Transportes Marítimos Spinetti», como había confirmado la lista de Lloyd's. Según la instancia presentada, atracaría en el puerto de Salónica entre el 16 y el 20 de junio, cargaría la mercancía y zarparía con rumbo a Latakia, en la costa de Siria, donde la mercancía sería entregada a los iraquíes para su transporte a Bagdad. La licencia de exportación no podía tardar más de dos semanas, y entonces se pediría la orden de traslado de las armas desde el almacén en que se hallaban, traslado que se efectuaría bajo la custodia de un oficial y diez soldados, hasta el muelle de Salónica. Esta última precaución, obligatoria desde hacía tres años, tendía a evitar todo riesgo de robo por parte de los terroristas. El Gobierno de los Coroneles quería impedir, por encima de todo, que las balas griegas pudiesen utilizarse contra el régimen de Papadopoulos.

Al disponerse a partir para Hamburgo, Schlinker pensaba que su socio de Atenas era perfectamente capaz de conseguir que las relaciones con el Ministerio del Ejército se mantuviesen cordiales y que las cajas estuvieran en Salónica cuando llegase el *Toscana*.

Al propio tiempo, se celebraba en Londres una tercera reunión, al parecer independiente de las anteriores. Durante las últimas tres semanas, míster

Harold Roberts, gerente de la «Bormac Trading Company», el cual poseía el treinta por ciento de las acciones de la compañía, había estado cultivando la amistad del presidente del Consejo, comandante Luton. Le invitó a comer varias veces y, en una ocasión, lo visitó en su casa de Guiford. Se habían hecho muy amigos.

A lo largo de sus conversaciones, Roberts había dado a entender claramente que, si la compañía tenía que salir de su atasco y volver a los negocios, ya fuese en el campo del caucho o en otro cualquiera, hacía falta una fuerte inyección de capital. El comandante Luton lo comprendió perfectamente. Y, en el momento adecuado, míster Roberts propuso al presidente que hiciera una emisión de nuevas acciones, a razón de una por cada dos, o sea, por un total de medio millón.

Al principio, el comandante se mostró reacio ante la audacia del proyecto; pero míster Roberts le aseguró que el banco al que representaba encontraría los fondos necesarios. Míster Roberts añadió que, si algunas de las nuevas acciones no eran suscritas por los actuales accionistas o por otros nuevos, el «Banco Zwingli» las suscribiría por su valor nominal en beneficio de sus clientes.

El argumento decisivo fue que, cuando se lanzaran las nuevas acciones al mercado, el precio de las ordinarias de «Bormac» tendría que subir, quizás hasta doblar su valor actual, que era de un chelín y tres

peniques. El comandante Luton pensó en sus propias 100 000 acciones, y prestó su conformidad. Como suele ocurrir siempre que un hombre empieza a flaquear, se aferró a la proposición de míster Roberts, olvidando todas sus prevenciones.

El nuevo consejero le hizo observar que, entre los dos, tenían fuerza decisoria en el Consejo para aprobar cualquier resolución que obligase a la compañía. Sin embargo, el comandante se empeñó en que se dirigiera una carta a los otros cuatro consejeros convocando a una reunión del Consejo. en la que se discutirían diversos asuntos de la compañía, entre ellos la posibilidad de una emisión de acciones.

En realidad, sólo acudió el secretario de la compañía, o sea, el procurador de la City. Se aprobó la resolución y se anunció la nueva emisión de acciones. No hacía falta convocar una Junta General de accionistas, porque, en un remoto pasado, se autorizó un aumento de capital que no se había llevado a cabo.

Como los accionistas tenían derecho preferente para comprar las nuevas acciones, se les enviaron cartas notificándoles las que podían suscribir. También se les comunicó el derecho a comprar las que no fuesen suscritas por aquellos a quienes se habían ofrecido.

Al cabo de una semana, llegaron a manos del secretario hojas de suscripción y cheques firmados por los señores Adams, Ball, Carter y Davies, enviados por el «Banco Zwingli». Cada uno de ellos declaraba su

voluntad de suscribir 50 000 acciones nuevas, que eran las que les correspondían de acuerdo con el número de las que poseían.

Las acciones habían sido emitidas a la par, o sea, a cuatro chelines cada una, y dado que las ya existentes se cotizaban a menos de un tercio de este valor, la oferta tenía pocos atractivos. Dos especuladores de la City vieron los anuncios en la Prensa y trataron de suscribir la emisión, oliéndose algo en el ambiente. Y lo habrían conseguido de no ser por míster Roberts. Este había formulado ya su oferta, en nombre del «Banco Zwingli», consistente en comprar todas las acciones que no hubiesen sido suscritas por los actuales accionistas de «Bormac».

Un idiota de Gales quiso comprar mil acciones, a pesar del elevado precio, y otras tres mil fueron compradas por dieciocho accionistas desparramados en todo el país y que sin duda ignoraban los fundamentos de la aritmética y no destacaban por su clarividencia. Míster Roberts, en su condición de gerente, no podía comprar nada a su nombre, puesto que no poseía acciones. Pero, a las tres de la tarde del 20 de mayo, hora tope fijada para las ofertas, suscribió 296 000 en nombre del «Banco Zwingli», que a su vez las adquiría para dos de sus clientes. Dio la casualidad de que sus nombres eran Edwards y Frost. Y, una vez más, el Banco pagó con dinero de la cuenta de la compañía que representaba.

No se vulneró ningún artículo de la Ley de Sociedades. Los señores Adams, Ball, Carter y Davies poseían, cada uno, 75 000 acciones de la primera emisión y 50 000 de la segunda. Pero, como el número de acciones en circulación había pasado de un millón a un millón y medio, cada uno de ellos poseía menos del diez por ciento y tenía derecho a permanecer en el anónimo. En cuanto a los señores Edwards y Frost, poseían 148 000 acciones cada uno, o sea, un poquitín menos del porcentaje máximo.

Lo que no sabía el público, ni siquiera el Consejo de Administración, era que sir James Manson poseía 796 000 acciones de «Bormac», es decir, una abrumadora mayoría. Controlaba, a través de Martin Thorpe, a los seis inexistentes accionistas que habían comprado la mayor parte del paquete. Estos podían, por medio de Martin Thorpe, dirigir los tratos del «Banco Zwingli» con la compañía, y el Banco dominaba a su vez a su representante mister Roberts. En uso de sus poderes, los seis hombres invisibles que se ocultaban detrás del «Banco Zwingli» y operaban por medio de Harold Roberts, podían hacer lo que quisieran con la compañía.

Sir James había pagado 60 000 libras por la compra de las primeras 300 000 acciones, y 100 000 libras por la mayoría de la nueva emisión de medio millón. Pero, cuando las acciones alcanzasen la cotización prevista de 100 libras, cosa que no podía fallar cuando se «descubriese» la Montaña de Cristal en la concesión

zangareña de «Bormac», su ganancia sería de 80 millones.

Míster Roberts salió muy satisfecho de las oficinas de «Bormac» cuando se hubo enterado de las acciones que habían sido adjudicadas a los seis accionistas que operaban a través del banco suizo. Sabía que cuando pusiera los certificados de las acciones en manos del doctor Martin Steinhofer habría una buena prima para él. Aunque no era pobre, tenía ahora asegurado un cómodo retiro.

Hacía poco que había anochecido en Dinant, cuando Shannon y Langarotti fueron sacados de su sopor por las sacudidas de Marc. Ambos estaban tumbados en la parte de atrás de la vacía camioneta francesa.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo el belga.

Shannon consultó su reloj.

—Creo que dijiste antes del amanecer —gruñó.

—Será cuando salgamos —dijo Marc—. Pero tenemos que sacar estas camionetas de la ciudad antes de que llamen la atención. Podemos aparcar en el arcén de la carretera durante el resto de la noche.

Aparcaron, sí, pero no durmieron. En vez de ello, estuvieron fumando y jugando a las cartas con la baraja que guardaba Vlaminck en la guantera de su vehículo. Sentados bajo los árboles de la orilla de la carretera belga, esperando el amanecer, sintiendo el soplo de la

brisa en sus caras, casi se imaginaban estar de nuevo en la selva africana, a punto de entrar en acción; sólo las luces de los faros de los coches que se dirigían al sur, hacia Francia, rompían esta ilusión.

Después, cansados de jugar a los naipes, pasaron las horas de la madrugada dedicados a sus aficiones predilectas. *Pequeño* Marc, mascando lo que quedaba del pan y el queso que le había preparado Anna; Langarotti, afilando un poco más la hoja de su navaja; Shannon, mirando las estrellas y silbando entre dientes.

Capítulo XVII

El paso de mercancías ilegales a través de la frontera francobelga, y en ambas direcciones, no presenta grandes dificultades, incluso tratándose de armas compradas en el mercado negro.

Entre el mar, en La Plane, y la confluencia con Luxemburgo, cerca de Longwy, la frontera se extiende a lo largo de muchas millas, y la mayor parte de ella, en el rincón sudoriental, está poblada de densos bosques, en los que menudea la caza. Aquí cruzan la frontera docenas de caminos vecinales y de sendas forestales, no todos ellos vigilados.

Ambos gobiernos tratan de establecer un poco de

control, empleando las llamadas *douanes volantes*. Son unidades de aduaneros que escogen al azar una senda o un camino y montan en ellos un puesto fronterizo. En los puestos de aduanas existentes se puede calcular lógicamente que un vehículo de cada diez será parado y examinado. En las sendas no vigiladas puede darse el caso de que una patrulla volante de uno de los dos países permanezca allí durante un día, caso en que son registrados todos los vehículos que cruzan el punto en cuestión. Uno puede elegir lo que prefiera.

La tercera alternativa es seguir un camino en el que se sabe que no hay ningún puesto de aduana, y cruzar tranquilamente la frontera. Este método es particularmente empleado por los contrabandistas de champaña francés, que no comprenden que una bebida que proporciona tanta alegría y animación tenga que verse gravada por los antipáticos aranceles de los belgas. Marc Vlaminck, en su condición de propietario de un bar, conocía este camino, llamado «Ruta del Champaña».

Partiendo de Namur, la antigua ciudad-fortaleza belga, en dirección al sur, y siguiendo el curso del río Mosa, se llega primero a Dinant, y, desde allí, la carretera sigue hacia el sur, cruza la frontera y llega a la primera población francesa, llamada Givet. A lo largo de esta carretera, una franja de territorio francés se introduce en la parte baja de Bélgica, de modo que este pasillo de Francia está rodeado por tres lados de

territorio belga. También hay allí un bosque de caza, cruzado por docenas de caminos y senderos. En la carretera principal de Dinant a Givet hay un puesto de aduana, o mejor dicho, dos, uno belga y uno francés, separados por una distancia de unos cien metros.

Poco antes de amanecer, Marc sacó sus mapas y dijo a Shannon y a Jean-Baptiste lo que había que hacer para estar seguros de cruzar la frontera sin ser descubiertos. Cuando éstos hubieron comprendido exactamente el plan, emprendieron la marcha en convoy, con la camioneta belga en cabeza y conducida por Marc, y la francesa de Shannon y Langarotti siguiéndola a unos doscientos metros.

La carretera, al sur de Dinant, es bastante buena y pasa por una serie de aldeas cuyos barrios extremos casi se tocan. En la oscuridad que precede a la aurora, estas aldeas estaban silenciosas y envueltas en sombras. A seis kilómetros al sur de Dinant hay una carretera secundaria que tuerce a la derecha, y Marc tomó esta ruta. Ya no volvieron a ver el río Mosa. Durante cuatro kilómetros y medio rodaron por un terreno ondulado de suaves colinas, pobladas de espesos bosques y cubiertas del verde follaje propio de finales de mayo.

El camino discurría paralelamente a la frontera, en el corazón de los bosques de caza. De pronto, Vlaminck torció a la izquierda, en dirección a la frontera, y, cuando hubo recorrido trescientos o cuatrocientos metros, detuvo la camioneta al borde del camino. Saltó

y se dirigió al vehículo francés.

—Daos prisa —dijo—. No puedo esperar mucho aquí. Con mis placas de matrícula de Ostende, se ve claramente dónde voy.

Señaló camino abajo.

—La frontera está allí, exactamente a un kilómetro y medio. Os esperaré veinte minutos, fingiendo que cambio un neumático. Si no habéis regresado en este tiempo, volveré a Dinant y nos encontraremos en el café.

El corso asintió con la cabeza y arrancó. He aquí el procedimiento: si los aduaneros belgas o franceses han instalado una barrera volante, el primer vehículo se para y se deja registrar; después, sigue hacia el sur, vuelve a la carretera principal, llega a Givet, tuerce de nuevo hacia el norte y regresa a Dinant, pasando por el puesto de aduana fijo. Si existe algún puesto volante, no puede recorrer todo este trayecto en veinte minutos.

A un kilómetro y medio, Shannon y Langarotti vieron el puesto belga. A ambos lados de la carretera se levantaba un poste de hierro vertical, empotrado en el suelo con cemento. Junto al de la derecha había una caseta de madera y cristales, donde los aduaneros podían examinar los papeles que les entregaban los conductores a través de la ventanilla. Si había alguien allí, una barra horizontal, sujeta entre dos postes y pintada a rayas blancas y rojas, cerraba el camino. Hoy no estaba puesta.

Langarotti pasó despacio, mientras Shannon observaba la caseta. No había nadie. El puesto francés era más disimulado. Durante medio kilómetro, la carretera serpenteaba entre las faldas de las colinas, fuera del campo visual del puesto belga. Después venía la frontera francesa. Allí no había puesto ni caseta. Sólo un pequeño arcén, donde solían aparcar los aduaneros franceses. No había nadie. Hacía cinco minutos que se habían separado de Marc. Shannon hizo una seña al corso para que siguiese hasta el segundo recodo, pero tampoco vieron nada. Una débil luz aparecía en el este, encima de los árboles.

—Da la vuelta —dijo Shannon—. *Allez!*

Langarotti giró bruscamente, dio marcha atrás y arrancó de nuevo en dirección a Bélgica con la rapidez de un tapón de botella del mejor champaña. A partir de entonces, los minutos eran preciosos. Pasaron ante el apartadero francés y el puesto belga, y, un kilómetro y medio más allá, vieron la camioneta de Marc, que los estaba esperando. Langarotti encendió los faros, dos destellos cortos y uno largo, y Marc puso el motor en marcha. Un segundo después, se cruzó con ellos y corrió a toda velocidad en dirección a Francia.

Jean-Baptiste dio la vuelta, esta vez con más suavidad, y lo siguió. Si Marc no aflojaba la marcha, podía cruzar la zona de peligro en cuatro minutos, incluso con la tonelada de carga que llevaba. Si aparecía algún aduanero en estos minutos cruciales, mala suerte.

Marc trataría de burlarlos, diciendo que se había extraviado, confiando en que los bidones saldrían con bien del registro.

Tampoco ahora había nadie allí. Al sur del apartadero francés hay un tramo de cinco kilómetros de carretera recta. A veces patrullan también por él los gendarmes franceses; pero tampoco ellos estaban allí aquella mañana. Langarotti se acercó a la camioneta belga y la siguió a doscientos metros. A los cinco kilómetros, Marc giró a la derecha y, durante otros seis, rodaron por caminos vecinales hasta salir a otra carretera bastante importante. Había un rótulo en la orilla. Shannon vio que Marc Vlaminck sacaba el brazo por la ventanilla y lo señalaba. El rótulo decía «Givet», en la dirección de la que venían ellos, y «Reims» en la que seguían ahora. Llegó a sus oídos un apagado grito de triunfo procedente del vehículo que iba delante.

Hicieron el traslado en un aparcamiento próximo a un café de camioneros, al sur de Soisson. Colocaron las dos camionetas, con las puertas abiertas, de modo que se tocasen por la parte de atrás, y Marc pasó los cinco bidones del vehículo belga al francés. Shannon y Langarotti habrían tenido que juntar sus fuerzas para hacerlo, máxime, habida cuenta de que la camioneta cargada tenía los muelles encogidos, de modo que el suelo de ambos vehículos no se hallaba a la misma altura. El de la camioneta vacía estaba quince centímetros más alto que el otro. Pero Marc hizo el

traslado él solo, agarrando cada barril por el borde superior con sus manazas y haciéndolo girar sobre el borde inferior.

Jean-Baptiste se dirigió al café y volvió con un desayuno compuesto de largos y tostados panecillos, queso, fruta y café. Como Shannon no tenía cuchillo, todos usaron el de Marc. Langarotti no empleaba nunca el suyo para comer. Habría considerado deshonroso mondar con él una naranja.

Justo después de las diez, reemprendieron la marcha. Pero de un modo distinto. Como la camioneta belga era vieja y lenta, la arrojaron a una hoya y la dejaron abandonada, después de quitarle las placas de matrícula y la cédula de identificación fiscal pegada al parabrisa, todo lo cual tiraron a un arroyo. A fin de cuentas, se trataba de una camioneta de fabricación francesa. Después viajaron los tres juntos. Langarotti conducía la camioneta, porque era legalmente su dueño. Y tenía licencia. Si lo detenían, diría que llevaba cinco bidones de aceite lubricante a un amigo que tenía una granja y tres tractores en las afueras de Tolón, y que había recogido a sus acompañantes durante el trayecto.

Dejaron la autopista A1, siguieron la carretera periférica alrededor de París y entraron en la A6, que se dirige a Lyon, Aviñón, Aix y Tolón.

Al sur de París vieron un rótulo a la derecha que indicaba la dirección del aeropuerto de Orly.

Shannon se apeó y estrechó la mano a sus amigos.

—¿Recuerdan bien lo que tienen que hacer?
—preguntó.

Los otros dos asintieron con la cabeza.

—Conservarla en lugar oculto y seguro hasta que tú llegues a Tolón. No te preocupes; nadie encontrará a la pequeña cuando yo la haya escondido —dijo Langarotti.

—El *Toscana* arribará, lo más tarde, el primero de junio; tal vez antes. Pero yo llegaré antes que ellos. Ya sabéis el lugar de la cita. Suerte!

Cogió su maletín y se alejó, mientras la camioneta emprendía la ruta del sur. Telefonó en un garaje próximo para llamar a un taxi del aeropuerto, y llegó a éste al cabo de una hora. Adquirió un billete de ida a Londres, y al anochecer estaba en su piso de St. John's Wood. Habían transcurrido cuarenta y seis días, de los cien que se había fijado.

Aunque telegrafió a Endean al llegar a casa, como era domingo pasaron veinticuatro horas antes de que aquél le llamase por teléfono a su piso. Quedaron en verse el martes por la mañana.

Necesitó una hora para explicar a Endean todo lo que había pasado desde su última reunión. También le explicó que había gastado todo el dinero, tanto el que tenía en Londres como el de su cuenta en Bélgica.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Endean.

—Tengo que volver a Francia dentro de cinco días a

más tardar, y supervisar el embarque de las primeras mercancías en el *Toscana* —dijo Shannon—. Todo este cargamento es legal, a excepción de lo que va en los bidones de aceite. Las cuatro cajas de uniformes y accesorios pasarán sin dificultad, aunque sean revisados por el servicio de aduana. Lo mismo puede decirse del material no militar comprado en Hamburgo. Toda esta parte de la carga corresponde a cosas que un barco debe llevar normalmente: bengalas de socorro, instrumentos ópticos nocturnos, etcétera.

»Los botes hinchables y los motores fuera borda son para su envío a Marruecos; al menos, esto es lo que constará en la declaración. Todo completamente legal. En cuanto a los cinco bidones de aceite, se cargarán como reserva para el servicio del barco. Es una cantidad un tanto exagerada, pero no creo que haya problemas.

—¿Y si los hay? —preguntó Endean—. ¿Y si la aduana de Tolón examina los bidones demasiado a fondo?

—Estaremos perdidos —dijo Shannon simplemente—. El buque será secuestrado, a menos que el capitán pueda demostrar que ignoraba lo que iba en él. El exportador será detenido. Y toda la operación se irá al diablo.

—Nos costará muy caro —dijo Endean.

—¿Y qué se imaginaba? Las armas tienen que embarcarse de algún modo. Los bidones de aceite son el mejor medio. Aunque siempre hay algún riesgo.

—Podía haber comprado las metralletas legalmente en Grecia —dijo Endean.

—Cierto —admitió Shannon—, pero habríamos corrido el peligro de que fuese rechazado el pedido. Las armas y las municiones constituyen una pareja sospechosa. Habría parecido un pedido especial para armar a un grupo de hombres; en otras palabras, una pequeña operación ilegal. Es posible que Atenas lo hubiese rechazado por esta razón o que hubiese examinado rigurosamente el certificado de último usuario. También habría podido adquirir las armas en Grecia y comprar las municiones en el mercado negro. Pero, en este caso, habría tenido que embarcar las municiones de contrabando, y el cargamento habría sido excesivo. En todo caso, siempre debe haber algo ilegal y, por consiguiente, un riesgo. Si la cosa va mal, seremos yo y mis hombres quienes pagaremos el pato, no usted. Nadie podría relacionarle con el asunto.

—Sin embargo, no me gusta —saltó Endean.

—¿Qué le pasa? —se burló Shannon—. ¿Se está poniendo nervioso?

—No.

—Entonces, tranquilícese. Todo lo que puede perder es un puñado de dinero.

Endean estuvo a punto de decirle a Shannon que su patrono y él tenían mucho más que perder; pero lo pensó mejor. La lógica le decía que, si el mercenario iba a parar a la cárcel, todas las precauciones eran pocas.

Durante otra hora hablaron de la cuestión económica. Shannon explicó que, con el pago total a Johann Schlinker y el de la mitad a Alan Baker, junto con la segunda mensualidad de sueldo de los mercenarios, las 5 000 libras que había transferido a Génova para avituallar al *Toscana*, y sus propios gastos de viaje, había agotado su cuenta de Brujas.

—Además —añadió—, quiero cobrar la segunda mitad de mi salario.

—¿Por qué ahora? —preguntó Endean.

—Porque el peligro de detención empieza el próximo lunes, y después ya no volveré a Londres. Si el buque embarca la mercancía sin tropiezo, zarpará para Brindisi mientras yo arreglo la recogida de las armas yugoslavas. Después, vendrá lo de Salónica y las municiones griegas. Y, a partir de entonces, nos dirigiremos al punto de destino. Si me sobra tiempo, prefiero pasarlo en altar mar a perderlo en un puerto. Desde el momento en que el buque tenga toda su carga, quiero que esté lo menos posible en los puertos.

Endean reflexionó.

—Lo consultaré con mis socios —dijo.

—Quiero la pasta en mi banco suizo antes del fin de semana —replicó Shannon—, y que el resto del presupuesto convenido sea transferido a Brujas.

Calcularon que, una vez pagado todo el salario de Shannon, quedarían en Suiza unas 20 000 libras del dinero convenido en un principio.

Shannon explicó por qué necesitaba todo el dinero.

—De ahora en adelante necesito llevar siempre un buen fajo de cheques de viajero en dólares USA. Si algo marchase mal, debo hallarme en condiciones de dar una buena propina en el acto para solucionarlo. Quiero borrar todas las huellas, a fin de que, si nos sorprendieran, no quedase ninguna pista. También necesito dinero realizable en el acto a fin de persuadir a los tripulantes para seguir adelante cuando se enteren de la verdadera naturaleza de la operación, como no dejarán de hacerlo cuando estemos en alta mar. Habida cuenta de que tengo que pagar aún la mitad del precio de las armas yugoslavas, pueden hacerme falta las veinte mil libras.

Endean dijo que lo comunicaría a «sus socios» y daría a Shannon una contestación.

Al día siguiente le telefoneó para anunciarle que, autorizadas las dos transferencias, se habían cursado instrucciones al banco suizo.

Shannon reservó un pasaje de Londres a Bruselas para el viernes siguiente, y otro para el vuelo de la mañana del domingo desde Bruselas a París y Marsella.

Pasó aquella noche con Julia, así como el jueves y la noche siguiente. Después hizo sus bártulos, envió las llaves del piso y una nota explicadora a los administradores, y dejó que Julia lo llevara al aeropuerto en su «MGB» rojo.

—¿Cuándo volverás? —le preguntó ella, junto a la

entrada de «Sólo para viajeros» del departamento de Aduana de la Estación Número Dos.

—No volveré —respondió él, dándole un beso.

—Entonces, deja que vaya contigo.

—No.

—Volverás. No te he preguntado adónde vas, pero sé que es algo peligroso. No se trata solamente de negocios, de negocios corrientes. Pero volverás. Tienes que hacerlo.

—No volveré —dijo él, a media voz—. Búscate otro amigo, Julia.

Ella empezó a lloriquear.

—No quiero a nadie más. Te amo. Y tú no me quieres. Por eso dices que no volverás a verme. Tienes otra mujer, estoy segura. Vas a ver a otra mujer...

—No hay otra mujer —dijo él, acariciándole el cabello.

Un policía del aeropuerto desvió discretamente la mirada. Las lágrimas en la sala de espera son cosa corriente. Shannon sabía que no iba a estrechar a otra mujer en sus brazos. Sólo se trataría de un arma, de la fría caricia del acero azul sobre su pecho, en la sombra de la noche. Ella seguía llorando cuando él la besó en la frente y se dirigió al control de pasaportes.

Treinta minutos más tarde, el reactor de «Sabena» hizo el último giro sobre el sur de Londres y puso rumbo a Bruselas. Debajo del ala de estribor se extendía el condado de Kent, iluminado por el sol. Desde el punto

de vista meteorológico, había sido un hermoso mes de mayo. A través de las ventanillas, las flores de los manzanos, de los perales y de los cerezos, pintaban los campos de rosa y blanco.

A lo largo de los senderos que serpentean en el corazón de Weald, habrían florecido ya los arbustos, y los castaños de Indias desplegarían sus tonos verdes y blancos, mientras las palomas se arrullarían entre los robles. Conocía bien aquel país desde los años en que, hallándose en Chatham, se había comprado una vieja motocicleta para explorar las antiguas tabernas entre Lamberhurst y Smarden. Buen país, buen país para establecerse en él los hombres partidarios del sedentarismo.

Diez minutos después, uno de los pasajeros de atrás llamó a la azafata para quejarse de que otro viajero, sentado más adelante, no paraba de silbar una monótona tonadilla.

Cat Shannon empleó dos horas de la tarde del viernes para sacar el dinero transferido de Suiza y cerrar su cuenta. Se embolsó dos cheques bancarios certificados, de 5 000 libras cada uno, susceptibles de ser ingresados en cuenta corriente en cualquier otro lugar y convertidos después en cheques de viajero; y las otras 10 000 libras las cobró en cincuenta cheques de 500 dólares, que sólo precisaban su firma para ser

empleados como dinero efectivo.

Pasó la noche en Bruselas, y, a la mañana siguiente, se dirigió por vía aérea a París y Marsella.

Un taxi del aeropuerto lo llevó al hotelito de las afueras en que había vivido Langarotti bajo el nombre de Lavallon, y donde se alojaba ahora Janni Duprée, siguiendo también órdenes suyas. Este se encontraba ausente al llegar Shannon, el cual esperó a que regresase por la tarde, y entonces partieron juntos hacia Tolón, en un taxi alquilado por Shannon. Terminaba el Día Cincuenta y Dos, y el gran puerto francés se bañaba en la cálida luz del sol.

Por ser domingo, la oficina de la agencia consignataria estaba cerrada, pero esto no importaba. Se habían citado en la calle, frente a aquélla, y allí se encontraron Shannon y Duprée con Marc Vlaminck y Langarotti, a las nueve en punto de la mañana. Era la primera vez que volvían a estar juntos en varias semanas, y sólo faltaba Semmler, que debía de hallarse a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, navegando en el *Toscana* en dirección a Tolón.

Langarotti, a indicación de Shannon, telefoneó, desde un café cercano, a la jefatura del puerto, para asegurarse de que los agentes del *Toscana* en Génova, habían anunciado su llegada para la mañana del lunes y reservado un atracadero.

Nada más podían hacer aquel día; por consiguiente, se dirigieron a Marsella en el coche de Shannon, siguiendo la costa, y pasaron el día descansando en el puerto pesquero de Sanary. A pesar del calor y del ambiente festivo de la pintoresca y pequeña población, Shannon no podía estar tranquilo. Sólo Duprée se compró un calzón de baño y se zambulló en la punta del dique del muelle de los yates. Después dijo que el agua estaba terriblemente fría. Se calentaría más adelante, en junio y julio, cuando empezaran a llegar los turistas de París. Pero, entonces, ellos estarían preparando su ataque contra otra ciudad portuaria, no mucho más grande y situada a muchas millas de allí.

Shannon estuvo casi todo el día sentado con el belga y el corso en la terraza del bar de Charley, el «Pot d'Étain», tomando el sol y pensando en la mañana siguiente. Las mercancías yugoslavas o griegas podían no llegar, o hacerlo con retraso, o verse retenidas por algún motivo burocrático desconocido; pero ellos no correrían peligro de ser detenidos en Yugoslavia o en Grecia. Podían retenerlos unos días, mientras registraban el barco; pero esto sería todo. En cambio, la próxima mañana era diferente. Si a alguien se le ocurría meter las narices en los bidones de aceite, significaría meses, o tal vez años, sudando la gota gorda en «Les Baumettes», la imponente fortaleza-prisión por delante de la cual había pasado el sábado, durante el trayecto de Marsella a Tolón.

La espera era siempre lo peor, pensó, mientras pagaba la cuenta y decía a sus tres colegas que ya era hora de volver al automóvil.

En realidad, todo resultó más fácil de lo que pensaban. Tolón es famosa como enorme base naval, y el paisaje del puerto está dominado por las superestructuras de los barcos de guerra de la Marina francesa, anclados allí. Aquel lunes, el centro de atracción de los turistas y de los paseantes de Tolón era el crucero *Lean Bart*, que acababa de regresar de un viaje a los territorios franceses del Caribe y estaba lleno de marinos que habían cobrado sus pagas atrasadas y andaban en busca de muchachas.

A lo largo de la amplia explanada, frente al muelle de las embarcaciones de recreo, los cafés estaban rebosantes de gente entregada al pasatiempo predilecto de todos los países mediterráneos: ver pasar la vida. Sentados, formando grupos multicolores, contemplaban desde la sombra de los toldos los yates que se mecían a un kilómetro de distancia, desde los pequeños botes con motor fuera borda hasta los esbeltos yates de los multimillonarios.

Atracados al muelle del este, había media docena de barcos de pesca que habían optado por no hacerse a la mar, y detrás de éstos veíanse los largos y bajos cobertizos del servicio de Aduanas, los almacenes y las oficinas del puerto.

Más allá de éstos, en el pequeño y casi invisible

puerto comercial, atracó el *Toscana* poco después del mediodía.

Shannon esperó a que estuviese bien amarrado, y, desde el noray donde se había sentado, a cincuenta metros de distancia, pudo ver a Semmler y a Waldenberg trajinando en cubierta. No había señales del mecánico belga, que sin duda estaría aún en su querida sala de máquinas, pero sí de otros dos personajes que enrollaban cuerdas en cubierta. Debían de ser los dos nuevos tripulantes reclutados por Waldenberg.

Un pequeño «Renault» llegó roncando y se detuvo delante de la pasarela. Un corpulento francés, vestido de oscuro, se apeó de él y subió a bordo del *Toscana*. Era el representante de la «Agence Maritime Duphot». Al poco rato volvió a bajar, seguido de Waldenberg, y ambos se dirigieron al cobertizo de la Aduana. Tardaron casi una hora en salir de allí; el agente consignatario, para volver a su coche y marchar con él a la ciudad, y el capitán alemán, para regresar a su barco.

Shannon esperó otra media hora; después, se dirigió a su vez a la pasarela y subió al *Toscana*. Semmler le hizo señas para que bajase por la escalerilla que conducía al cuarto de la tripulación.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —preguntó Shannon, cuando se hubo sentado con Semmler bajo cubierta.

Semmler sonrió.

—Como una seda —respondió—. Presenté los

documentos acreditativos del cambio de capitán, hice que revisaran todos los motores, y compré una inútil cantidad de mantas y una docena de colchones de espuma de nilón. Nadie me preguntó nada, y el capitán sigue creyendo que vamos a llevar inmigrantes a Gran Bretaña.

»Acudí al agente que solía encargarse del *Toscana* para que arreglara lo del viaje de Génova hasta aquí, y, según la declaración, vamos a embarcar una carga de artículos deportivos y de diversión para un campamento de vacaciones en la costa de Marruecos.

—¿Y el aceite lubricante?

Semmler le hizo un guiño.

—Hice el pedido, pero después lo anulé. Al ver que no llegaba, Waldenberg quería que lo esperásemos, demorando un día la salida. Pero yo me negué, diciéndole que lo compraríamos aquí en Tolón.

—Muy bien —dijo Shannon—. No dejes que Waldenberg lo encargue; dile que ya lo has hecho tú. Así, cuando llegue, lo estará esperando. El hombre que subió a bordo...

—Era de la agencia consignataria. Tiene toda la mercancía en almacén, y preparados los documentos. La traerá esta tarde en un par de camiones. Las cajas son tan pequeñas que podemos cargarlas sin emplear la grúa.

—Bravo. Que él y Waldenberg se encarguen del papeleo. Una hora después de cargar el material, llegará

la furgoneta de la compañía con el aceite, conducida por Langarotti. ¿Tienes dinero bastante para pagarlo?

—Sí.

—Entonces, págalo al contado, en dinero efectivo, y que te firmen recibo. Asegúrate de que nadie maneje bruscamente los bidones al cargarlos. Lo único que hemos de evitar es que se desfonde alguno de ellos. De ocurrir así, el muelle se llenaría de «Schmeisser».

—¿Cuándo embarcarán los hombres?

—Esta noche. Uno a uno. De momento, sólo Marc y Janni. Dejaré a Jean-Baptiste aquí por algún tiempo. El tiene la camioneta, y todavía queda algo por hacer aquí. ¿Cuándo puedes zarpar?

—Cuando quiera. Esta noche. Puedo arreglarlo. A propósito, esto de ser director gerente resulta bastante divertido.

—No te acostumbres a ello. No es más que una apariencia.

—De acuerdo, Cat. ¿Adónde iremos desde aquí?

—A Brindisi. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco. He llevado más cigarrillos de Yugoslavia a Italia que los que hayas podido fumar tú en toda tu vida. ¿Qué hemos de recoger allí?

—Nada. Espera un telegrama mío. Yo estaré en Alemania. Te telegrafiaré, a la oficina del puerto de Brindisi, tu nuevo punto de destino y el día en que tienes que arribar allí. Cuando recibas mi telegrama, haz que una agencia local reserve un puesto de amarre en el

puerto yugoslavo en cuestión. ¿Puedes entrar libremente en Yugoslavia?

—Creo que sí. De todos modos, no saldré del barco. ¿Tenemos que recoger más armas allí?

—Sí. Al menos, éste es el plan. Confío en que mi traficante de armas y los funcionarios yugoslavos no me saldrán con alguna pega. ¿Tienes todos los mapas que necesitas?

—Sí; los compré todos en Génova, tal como me dijiste. Y ahora, escucha: Waldenberg tendrá que enterarse de lo que embarcamos en Yugoslavia. Entonces, sabrá que no nos dedicamos a transportar inmigrantes ilegales. Él considera que los botes rápidos, los motores fuera borda, los *walkie-talkies* y las prendas de vestir, son cosas completamente normales; pero las armas son harina de otro costal.

—Lo sé —dijo Shannon—. Esto costará un poco de dinero. Pero creo que captará el mensaje. Tú y yo, Janni y Marc, estaremos a bordo. Además, podremos decirle lo que hay en los bidones de aceite. Estará tan metido en el asunto, que no tendrá más remedio que seguir adelante. ¿Qué tal son los nuevos tripulantes?

Semmler movió la cabeza de arriba abajo y apagó la colilla de su quinto cigarrillo. El aire de la pequeña estancia tenía un reflejo azulado.

—Buenos. Los dos son italianos. Tipos duros, pero disciplinados. Creo que los *carabinieri* los buscan por algo. Se mostraron encantados de hallarse a bordo y

bien resguardados. Tienen unas ganas locas de hacerse a la mar.

—Bien. En tal caso, no querrán que los desembarquemos en un país extranjero. Esto significaría que los sorprenderían sin documentos y serían repatriados y puestos en manos de su propia Policía.

Waldenberg había hecho bien las cosas. Shannon cambió un breve saludo con ambos hombres. Semmler lo presentó como empleado de la oficina principal, y Waldenberg tradujo la presentación. Norbiato, el piloto, y Cipriani, el marinero, no mostraron mayor interés. Shannon dio unas cuantas instrucciones a Waldenberg y se marchó.

A media tarde, los dos camiones de la «Agence Maritime Duphot» se detuvieron delante del *Toscana*, acompañados por el mismo hombre que se había presentado por la mañana. Un funcionario francés salió de la oficina de Aduanas, con un cuaderno en la mano, y presenció la carga de los bultos por medio de la grúa del barco. Cuatro fardos de prendas de vestir, cinturones, botas y gorros; tres botes hinchables de gran tamaño, para deporte y navegación de placer, acompañados de tres motores, fuera borda; dos cajas de bengalas, gemelos, sirenas para la niebla, accesorios de radio y brújulas magnéticas. Estos últimos bultos figuraban como propios del avituallamiento del barco.

El funcionario de la Aduana los fue anotando a

medida que eran embarcados, y comprobó, con el hombre de la agencia, que eran artículos procedentes de Alemania o de Gran Bretaña, para ser reexportados, o que habían sido comprados en el país y no devengaban derechos de exportación. Ni siquiera quiso examinar el contenido de los fardos. Conocía la agencia, porque trabajaba con ella diariamente.

Cuando todo estuvo a bordo, el aduanero selló el conocimiento de embarque. Waldenberg dijo algo a Semmler en alemán, y éste lo tradujo al hombre de la agencia. Le explicó que Waldenberg necesitaba aceite lubricante para sus máquinas. Lo había pedido en Génova, pero no había llegado a tiempo.

El hombre de la agencia anotó algo en su libreta.

—¿Cuánto necesita?

—Cinco bidones —dijo Semmler, pues Waldenberg no hablaba francés.

—Es mucho —dijo el agente.

Semmler se echó a reír.

—Este viejo cacharro gasta tanto aceite como un diesel. Además, nada nos cuesta tenerlo aquí en reserva para un largo período de tiempo.

—¿Cuándo lo necesitan? —preguntó el agente.

—¿Puede ser a las cinco de esta tarde? —dijo Semmler.

—Pongamos a las seis —concluyó el hombre de la agencia, anotando el tipo y la cantidad en su libreta, así como la hora de entrega.

Después, miró al aduanero. Este asintió con la cabeza, pues era un asunto que no le interesaba. Se marchó, y, poco después, lo hizo el hombre de la agencia, seguido de sus dos camiones.

A las cinco, Semmler bajó del *Toscana*, se dirigió a la cabina telefónica de un café del puerto, llamó a la agencia y canceló el pedido. Dijo que el patrón había descubierto un bidón grande y lleno en el fondo de la bodega, y que con él tenía para varias semanas. El hombre de la agencia refunfuñó, pero accedió a la anulación.

A las seis, una camioneta llegó despacio al muelle y se detuvo frente al *Toscana*. La conducía Jean-Baptiste Langarotti, vestido con un mono verde que llevaba la palabra «Castrol» en la espalda.

Abrió la puerta de atrás de la camioneta y descargó cuidadosamente cinco bidones de aceite, sirviéndose de una tabla que había adaptado al borde posterior de aquélla. El aduanero de servicio se asomó a la ventanilla de su oficina.

Waldenberg vio que estaba mirando y lo saludó con la mano. Señaló los bidones y el barco.

—¿Vale? —gritó, y añadió con fuerte acento—: *Ça va?*

El aduanero hizo un ademán afirmativo y se retiró para anotar algo en su libreta. Siguiendo las órdenes de Waldenberg, los dos tripulantes italianos deslizaron unos barrotes debajo de los bidones y los subieron a

bordo. Semmler parecía extrañamente ansioso de ayudar, sujetando los bidones al llegar éstos a cubierta y gritando a Waldenberg, en alemán, que no los soltara bruscamente. Por fin desaparecieron en la oscura y fresca bodega del *Toscana* y volvió a cerrarse la escotilla.

Langarotti se había marchado con la camioneta, una vez entregada la mercancía. Pocos minutos después, el mono verde estaba en el fondo de un cubo de basura en el centro de la ciudad. Shannon, sentado en su noray al otro extremo del muelle, había observado la carga conteniendo el aliento. Hubiese preferido intervenir en la operación, como Semmler, pues la espera era casi físicamente dolorosa.

Terminada la carga, volvió la tranquilidad al *Toscana*. El capitán y sus tres hombres estaban bajo cubierta; el mecánico había dado una vuelta por el barco, para respirar el aire salobre, y había regresado a los vapores del diesel. Semmler esperó media hora antes de bajar al muelle y reunirse con Shannon. Se encontraron después de doblar tres esquinas, donde no podían ser vistos desde el puerto.

Semmler sonreía.

—Ya te lo dije. Ningún problema.

Shannon asintió con la cabeza y sonrió a su vez, muy aliviado. Sabía mejor que Semmler lo que se jugaba, y, a diferenció del alemán, no estaba familiarizado con los procedimientos de los puertos.

—¿Cuándo pueden subir los hombres a bordo?

La oficina de Aduanas cierra a las nueve. Deberían venir entre las doce de la noche y la una. Zarparemos a las cinco. Ya se ha fijado la hora.

—Bien —dijo Shannon—, vayamos en su busca y echemos un trago. Quiero que tú vuelvas en seguida, por si hacen más preguntas.

—No las harán.

—No importa. Tenemos que jugar sobre seguro. Quiero que vigiles la carga como vigila una gallina sus polluelos. No dejes que nadie se acerque a los bidones hasta que yo lo diga, que será en el puerto de Yugoslavia. Entonces le diremos a Waldenberg lo que transporta.

Encontraron a los otros tres mercenarios en el café donde se habían citado, y bebieron unas cuantas cervezas para refrescarse. El sol se estaba poniendo, y el mar, dentro del gran tazón formado por los muelles y las carreteras de Tolón, sólo aparecía rizado por una ligera brisa. Unos cuantos yates pirueteaban como bailarinas a lo lejos; manejados por sus tripulaciones para aprovechar las ráfagas de aire. Semmler se despidió de sus compañeros a las ocho y volvió al *Toscana*.

Janni Duprée y Marc Vlaminck se deslizaron silenciosamente a bordo entre las doce y la una; y a las cinco, observado desde el muelle por Shannon y Langarotti, el *Toscana* volvió a hacerse a la mar.

A media mañana, Langarotti condujo a Shannon al aeropuerto donde había de tomar el avión. Mientras desayunaba, Shannon había dado al curso las últimas instrucciones y el dinero suficiente para llevarlas a cabo.

—Preferiría ir contigo —dijo Jean-Baptiste— o estar en el barco.

—Lo sé —repuso Shannon—. Pero necesito un hombre capacitado para hacer esta parte de la labor. Es esencial. Sin ello, no podríamos salir adelante. Necesito alguien de confianza, y tú tienes la ventaja de ser francés. Además, conoces bien a dos de los hombres, y uno de ellos tiene algunas nociones de lengua francesa. Janni no podría ir allí con su pasaporte sudafricano. Y a Marc lo necesito para intimidar a la tripulación, si ésta hace alguna tontería. Sé que tú eres mejor con tu cuchillo que él con sus manos. Pero no quiero que haya lucha; sólo lo necesario para persuadir a los tripulantes de que tienen que hacer lo que se les manda. Y a Kurt lo necesito para que cuide de la navegación, en el caso de que Waldenberg se raje. En realidad, si ocurre lo peor y Waldenberg nos deja en la estacada, Kurt tendrá que mandar el barco. Por ello tienes que ser tú quien se encargue de esto.

Langarotti accedió a realizar la misión.

—Son buenos chicos —dijo, con un poco más de entusiasmo—. Me alegraré de volver a verlos.

Cuando se despidieron en el aeropuerto. Shannon le recordó:

—Todo podría irse al traste si, cuando llegásemos allí, no tuviéramos una fuerza que nos apoyase. Por consiguiente, de ti depende que todo vaya bien. La cosa está arreglada. Sólo tienes que hacer lo que te he dicho y resolver los pequeños problemas que puedan surgir. Nos veremos dentro de un mes.

Se separó del corso, cruzó la Aduana y subió al avión con destino a París y Hamburgo.

Capítulo XVIII

—Según mis noticias, que me fueron confirmadas ayer por télex, podrás recoger los morteros y los bazucas cuando quieras después del diez de junio —dijo pausadamente Alan Baker.

Shannon había llegado a Hamburgo el día anterior, y se encontraron en un restaurante a la hora de la comida, después de una llamada telefónica a media mañana para concertar el lugar de la cita.

—¿Qué puerto? —preguntó Shannon.

—Ploce.

—¿Dónde?

—Ploce. P-l-o-c-e —deletreó Baker—, pero se pronuncia Plochay. Es un pequeño puerto situado casi exactamente a mitad de camino entre Split y Dubrovnik.

Shannon reflexionó. Mientras estaban en Génova, había ordenado a Semmler que adquiriese las cartas marinas necesarias para cubrir toda la costa yugoslava; pero había presumido que el embarque se realizaría en un puerto importante. Confió en que el alemán poseyera un mapa que abarcase la zona marítima de Ploce, o que pudiera comprarlo en Brindisi.

—¿Es muy pequeño?

—Sí; muy pequeño. Y muy discreto. Media docena de embarcaderos y dos grandes almacenes. Los yugoslavos suelen emplearlo para sus exportaciones de armas. La última vez que saqué un cargamento de Yugoslavia lo hice en avión; pero ya entonces me dijeron que, si hubiese tenido que hacerlo por mar, lo habría embarcado en Ploce. Es mejor que sea un puerto pequeño. Generalmente, hay un amarradero y se puede cargar con mayor rapidez. Además, el servicio de Aduana debe de estar a cargo de una unidad muy pequeña, posiblemente de un hombre solo, y, si se le hace un regalo, cuidará de que todo esté listo en pocas horas.

De acuerdo. Ploce, el 11 de junio —dijo Shannon. Baker anotó la fecha.

—¿Está bien el *Toscana*? —preguntó.

Le habría gustado más que el trato se hubiese celebrado con sus amigos del *San Andrea*; pero resolvió acordarse del *Toscana*, por si más adelante le convenía utilizarlo. Estaba seguro de que no interesaría mucho a

Shannon después de terminada la operación que traía entre manos, y Baker estaba siempre al acecho de un buen barco para llevar sus cargamentos a lugares desiertos.

—Es bueno —respondió Shannon—. Ahora se dirige a un puerto italiano, donde debo comunicarle por télex o por carta su nuevo punto de destino. ¿Puede haber algún problema por lo que a ti respecta?

Baker rebulló un poco en su asiento.

—Uno —dijo—. El precio.

—¿Qué pasa?

—Sé que te di un precio fijo y que el total era de catorce mil cuatrocientos dólares. Pero, en los últimos seis meses, el sistema ha cambiado un poco en Yugoslavia. Para poder despachar los papeles a tiempo, tuve que aceptar un socio yugoslavo. Al menos, él se hacía llamar así, aunque en realidad no es más que otro mediador.

—¿Y bien? —preguntó Shannon.

—Hay que pagarle honorarios o un salario para que cuide de despachar los documentos en la oficina de Belgrado. Pensé que, bien mirado, te convenía que la mercancía estuviese lista a su debido tiempo, sin demoras burocráticas. Por consiguiente, accedí a valerme de él. Es cuñado del funcionario del Ministerio de Comercio. Una manera como otra cualquiera de embolsarse una propina. Pero, ¿qué puede esperarse en estos tiempos? Los Balcanes siguen siendo los Balcanes,

aunque se han vuelto más astutos.

—¿Cuánto más me va a costar?

—Mil libras esterlinas.

—¿En dinares o en dólares?

—En dólares.

Shannon pensó unos momentos. Podía ser verdad, o podía ser que Baker tratase de sacarle un poco más de dinero. Si era verdad y se negaba a pagar, Baker tendría que hacerlo al yugoslavo, sacrificando una parte de su ganancia. Y ésta podría quedar reducida a una cantidad tan insignificante, que el hombre perdiese todo interés en el negocio y dejara de preocuparse del éxito de la operación. Y él seguía necesitando a Baker hasta que viese la blanca estela del *Toscana* saliendo del puerto de Ploce con rumbo a Grecia.

—Está bien —dijo—. ¿Quién es ese socio?

Un tipo llamado Ziljak. Ahora se encuentra allí, cuidando del transporte de la mercancía a Ploce y de su almacenamiento. Cuando llegue el barco, sacará la mercancía del almacén, la pasará por la Aduana y procederá a su embarque.

—Creía que este trabajo te correspondía a ti.

—Cierto; pero ahora tengo que aceptar un socio yugoslavo. Puedes creerme, Cat; no me dejaron escoger otra alternativa.

—Entonces le pagaré yo personalmente, en cheques de viajero.

—Yo no lo haría —dijo Baker.

—¿Por qué no?

—Aparentemente, el comprador de esa mercancía es el Gobierno de Togo, ¿no? Cosas de negros. Si aparece otro blanco, y precisamente el que paga, pueden empezar a pensar que hay gato encerrado. Podemos ir los dos a Ploce, si así lo quieres, o ir yo solo. Pero, si quieres acompañarme, tendrás que hacerlo como ayudante mío. Además, los cheques de viajero tienen que cobrarse en un banco, y esto, en Yugoslavia, significa que hay que dar el nombre del interesado y el número de su documento de identidad. Si el que lo hace efectivo es yugoslavo, le harán preguntas engorrosas. Es mejor que Ziljak cobre en dinero efectivo, tal como me lo pidió.

—Está bien. Cobraré algunos cheques aquí, en Hamburgo, y le pagaré en dólares —dijo Shannon—. Pero tú cobrarás en cheques. No suelo llevar grandes cantidades de dólares encima. Y menos en Yugoslavia. Estas cosas llaman mucho la atención. Y en seguida interviene el servicio de seguridad. Se imaginan que uno está subvencionando una operación de espionaje. Por consiguiente, iremos como turistas y con cheques de viajero.

—De acuerdo —dijo Baker—. ¿Cuándo quieres que salgamos?

Shannon miró su reloj. El día siguiente sería el primero de junio.

Pasado mañana —dijo—. Iremos en avión a

Dubrovnik y pasaremos una semana tomando el sol. De todos modos, no me vendrá mal un poco de descanso. O, si lo prefieres, puedes reunirte conmigo el ocho o el nueve, pero no más tarde. Alquilaré un coche, y nos dirigiremos a Ploce, siguiendo la costa, el día diez. Haré que el *Toscana* llegue aquella noche o en la mañana del once.

—Ve tú solo —dijo Baker—. Yo tengo que hacer en Hamburgo. Me reuniré contigo el ocho.

—Sin falta —continuó Shannon—. Si no apareces, iré en tu busca. Y estaré furioso.

—Descuida —aseguró Baker—. No olvides que aún tengo que cobrar el resto del dinero. Aún no he ganado nada con este negocio. Estoy tan deseoso como tú de verlo terminado.

Esto era lo que Shannon quería que sintiese.

—Supongo que tienes el dinero —dijo Baker, jugando con un terrón de azúcar.

Shannon hojeó un talonario de cheques de viajero, en dólares y por cantidades importantes, ante las narices de Baker. El traficante de armas sonrió.

Se levantaron de la mesa y, antes de salir, llamaron a una agencia de viajes de Hamburgo especializada en excursiones para los miles de alemanes que veranean en la costa del Adriático. La compañía les dio los nombres de los tres mejores hoteles de aquella zona de Yugoslavia. Shannon dijo a Baker que lo encontraría en uno de ellos, pero con el nombre de Keith Brown.

Johann Schlinker confiaba tanto como Baker en el buen fin del negocio emprendido, aunque no tenía la menor idea de que Shannon estaba también en tratos con Baker. Sin duda, los dos hombres se conocían, e incluso cabía en lo posible que fuesen amigos; pero, desde luego, no se hacían confianzas acerca de sus respectivos negocios.

—El puerto podría ser Salónica, aunque esto no se ha decidido aún, y corresponde, en todo caso, a las autoridades griegas —dijo Schlinker—. Me han dicho desde Atenas que la fecha tendría que ser entre el dieciséis y el veinte de junio.

—Yo preferiría el dieciocho para la carga —dijo Shannon—. Quisiera que se autorizase al *Toscana* para atracar durante la noche del diecisiete y cargar por la mañana.

—Bien —convino Schlinker—. Informaré a mi socio. El es quien cuida generalmente del transporte y de la carga, y se vale para ello de un importante agente de transportes de Salónica que conoce muy bien a todos los funcionarios de la Aduana. No creo que haya ningún problema.

—No tiene que haberlo —gruñó Shannon—. El barco va ya retrasado, y si cargamos el día dieciocho, tendré tiempo suficiente, pero no sobrado, para cumplir mi propio contrato.

Esto no era verdad; pero no veía ninguna razón para que Schlinker no lo creyese.

—Quiero también presenciar la carga —dijo al traficante de armas.

Schlinker frunció los labios.

—Podrá observarla desde lejos, naturalmente —dijo—. No puedo impedirselo. Pero, dado que se supone que el comprador es un Gobierno árabe, no puede aparecer usted como dueño de la mercancía.

—También quiero subir al barco en Salónica —dijo Shannon.

—Eso será aún más difícil. Toda la zona del puerto está rigurosamente cercada. Sólo puede entrarse en ella con una autorización especial. Y, para embarcar, tendría usted que pasar por el control de pasaportes. Además, como el barco llevará municiones, habrá un guardia al pie de la pasarela.

Supongamos que el capitán necesita otro tripulante. ¿No puede contratar un marinero allí mismo?

Schlinker reflexionó unos momentos.

—Supongo que sí. ¿Tiene usted relación con la compañía propietaria del buque?

—No de modo oficial —contestó Shannon.

—Si el capitán, al llegar, informase al agente de que permitió a uno de sus tripulantes abandonar el barco en el último puerto, para que pudiera trasladarse a su país y asistir al entierro de su madre, y que dicho tripulante tiene que embarcar de nuevo en Salónica, supongo que no habría inconveniente. Pero necesitaría usted un carnet de marinero para demostrar su condición. Y a

nombre de míster Brown.

Shannon pensó unos instantes.

—Está bien. Lo arreglaré —dijo.

Schlinker consultó su dietario.

—Tengo que estar en Atenas el diecisiete y el dieciocho —dijo—. Debo resolver otro asunto allí. Me alojaré en el «Hotel Hilton». Si quiere verme, allí me encontrará. Si la carga tiene que efectuarse el dieciocho, lo más probable es que el convoy y su escolta militar viajen por la costa durante la noche del diecisiete y lleguen al amanecer. Si se decide usted a embarcar, creo que debería hacerlo antes de que el convoy militar llegara al muelle.

—Podría estar en Atenas el diecisiete —dijo Shannon— y obtener confirmación de que el convoy ha salido a la hora prevista. En un coche veloz podría adelantar al convoy y embarcar en el *Toscana* antes de que llegase aquél.

—Esto dependerá de usted —dijo Schlinker—. Por mi parte, haré que mis agentes organicen el transporte de una manera normal, para que la mercancía pueda ser embarcada al amanecer del día dieciocho. Con ello, cumpliré mi obligación.

Si el hecho de que embarque usted en el puerto le acarrea algún contratiempo, será únicamente asunto suyo. Yo rechazo toda responsabilidad. Sólo debo advertirle que los barcos que transportan armas desde Grecia son inspeccionados por las autoridades del

Ejército y de la Aduana. Si se produce algún inconveniente en la carga de la mercancía y la salida del buque por culpa de usted, no seré yo el responsable. Otra cosa: Después de cargar las armas, el barco tiene que abandonar el puerto griego en seis horas, y no puede regresar a las aguas territoriales griegas antes de haber descargado la mercancía. El conocimiento de embarque debe estar también en perfecto orden.

—Lo estará —afirmó Shannon—. Me reuniré con usted en Atenas, durante la mañana del diecisiete.

Antes de salir de Tolón, Kurt Semmler había dado una carta a Shannon, para que la echase al correo. La dirigía aquél a la agencia consignataria del *Toscana* en Génova. En ella informaba de que el plan había sufrido un ligero cambio, de modo que el *Toscana* no se dirigiría de Tolón directamente a Marruecos, sino que pasaría por Brindisi para recoger más carga. Semmler decía a la agencia que había recibido el encargo en Tolón, y que éste era muy lucrativo, ya que se trataba de un transporte urgente, mientras que la consignación de la carga de Tolón a Marruecos no tenía ninguna prisa. Como director gerente de «Transportes Marítimos Spinetti», Semmler empleaba un tono de mando. Ordenaba a la agenda de Génova que telegraficara a Brindisi reservando un atracadero para el siete y el ocho de junio, y pidiendo a la oficina del puerto que retuviese

toda la correspondencia dirigida al *Toscana*, para ser recogida al atracar éste.

La carta que debía recibirse allí la había escrito y enviado Shannon desde Hamburgo. Iba dirigida al signore Kurt Semmler, vapor *Toscana*, comandante del buque, Oficina del Puerto, Brindisi, Italia.

En ella decía a Semmler que, desde Brindisi, debía dirigirse a Ploce, en la costa adriática de Yugoslavia, y que, si no tenía mapas de los traidores estrechos al norte de la isla Korcula, debía procurárselos. El *Toscana* tenía que llegar en la tarde del 10 de junio a dicho puerto, donde tendría un amarradero reservado. No había que informar a los agentes de Génova del viaje adicional de Brindisi a Ploce.

Su última instrucción a Semmler era muy importante. El excontrabandista alemán tenía que conseguir una tarjeta de marineró a nombre de Keith Brown, debidamente sellada y fechada, y emitida por las autoridades italianas. Otra cosa que necesitaría el barco era un conocimiento de embarque del que resultase que el *Toscana* había navegado directamente de Brindisi a Salónica, sin detenerse, y que, después de cargar en Salónica, pondría rumbo a Latakia, Siria. Semmler tendría que valerse de sus viejos amigos de Brindisi para obtener estos documentos.

Antes de salir de Hamburgo para Yugoslavia, Shannon envió una última carta dirigida a Simon Endean, en Londres. En ella pedía a éste que se reuniese

con Shannon en Roma, el 16 de junio, y que trajese consigo ciertas cartas de navegar.

Alrededor del mismo tiempo, el *Toscana* navegaba sin novedad por el estrecho de Bonifacio, angosto canal de límpidas aguas azules que separa la punta meridional de Córcega de la costa septentrional de Cerdeña. El sol era abrasador, pero mitigado por un ligero viento. Marc Vlaminck estaba tumbado sobre una toalla mojada y extendida sobre la escotilla de la bodega, desnudo de cintura para arriba, y su torso parecía el de un hipopótamo rosado y embadurnado de crema. Janni Duprée, a quien el sol ponía colorado como un pimiento, estaba apoyado en la pared de la estructura de popa, debajo del toldo, despachando su décima botella de cerveza de la mañana. Cipriani, el marinero, pintaba de blanco una parte de la barandilla de proa, y el piloto, Norbiatto, dormitaba en su litera, descansando de la guardia nocturna.

También dentro del buque, en el pegajoso calor de la sala de máquinas, se hallaba el mecánico, Grubic, engrasando unas piezas que sólo él podía comprender pero que, sin duda, eran esenciales para que el *Toscana* mantuviese su velocidad de ocho nudos en aguas del Mediterráneo. En la caseta del timón, Kurt Semmler y Carl Waldenberg bebían cerveza fresca y cambiaban recuerdos de sus respectivas carreras.

A Jean-Baptiste Langarotti le habría gustado estar allí. Desde la barandilla de babor habría podido contemplar la costa gris y blanqueada por el sol de su madre patria, deslizándose a menos de cuatro millas del barco. Pero Langarotti estaba muchas millas más lejos, en África Occidental, donde había empezado ya la estación de las lluvias y en la que, a pesar del terrible calor, abundaban las nubes de color de plomo.

Alan Baker llegó al hotel de Shannon, en Dubrovnik, en el momento en que el mercenario volvía de la playa, en la tarde del 8 de junio. Parecía cansado y lleno de polvo.

En cambio, Cat Shannon tenía mejor aspecto y se sentía mejor. Llevaba una semana en aquel lugar de veraneo, comportándose como un turista más, tomando baños de sol y nadando varias millas todos los días. Estaba más delgado, pero ágil y tostado por el sol. También se sentía optimista.

Después de inscribirse en el hotel, había teleografiado a Semmler, a Brindisi, pidiéndole confirmación de la llegada del barco y de la carta que le había escrito desde Hamburgo. Aquella mañana recibió la respuesta de Semmler. El *Toscana* había llegado sin novedad a Brindisi; la carta, también, y él había tomado las medidas pertinentes; zarparían el 9 por la mañana y llegarían a destino a medianoche del 10.

Mientras bebían en la terraza del hotel, donde Shannon había reservado una habitación para que Baker pasase la noche, aquél puso al corriente de las noticias al comerciante de Hamburgo. Baker asintió con la cabeza y sonrió.

—¡Bravo! Hace cuarenta y ocho horas, recibí un telegrama de Ziljak, desde Belgrado. Los bultos llegaron a Ploce y están en el almacén oficial, cerca del muelle y bajo vigilancia.

Pasaron la noche en Dubrovnik, y a la mañana siguiente tomaron un taxi para recorrer cien kilómetros de costa hasta Ploce. Era un verdadero cacharro, que parecía tener las ruedas cuadradas, y la suspensión, de hierro colado; pero el trayecto por la carretera de la costa, kilómetros y kilómetros de litoral no contaminado, resultaba muy agradable. Exactamente a medio camino, se hallaba la pequeña población de Slano, donde se detuvieron para tomar café y estirar las piernas.

Llegaron a su hotel a la hora de comer, y esperaron, en la sombreada terraza, a que abrieran las oficinas del puerto a las cuatro de la tarde.

El puerto se hallaba emplazado junto a una gran extensión de profundas aguas azules, y estaba resguardado por una larga lengua de tierra llamada Peliesac, que salía de la costa, formando una curva al sur de Ploce y se dirigía hacia el norte paralelamente a aquélla. La abertura entre la punta de la península y la

costa principal estaba casi cerrada por la isla rocosa de Hvar, y sólo un angosto canal daba entrada al mar interior donde se hallaba Ploce. Este mar interior, de casi cincuenta kilómetros de longitud, y rodeado de tierra en las nueve décimas partes de su perímetro, era un verdadero paraíso para la natación, la pesca y la navegación a vela.

Cuando se acercaban a las oficinas del puerto, un pequeño y destartado «Volkswagen» se detuvo chirriando a pocos metros de ellos e hizo sonar furiosamente el claxon. Shannon sintió que la sangre se helaba en sus venas. Su primera impresión fue de alarma; sin duda había ocurrido algo que temió desde el principio: algún defecto en los documentos, una súbita prohibición por parte de las autoridades, una prolongada detención para ser interrogados por la Policía local.

El hombre que saltó del automóvil, agitando alegremente la mano, no parecía un policía, pues éstos, en la mayor parte de los países totalitarios, parecen privados de la sonrisa por las ordenanzas vigentes. Shannon miró a Baker y vio que éste respiraba aliviado.

—Ziljak —murmuró entre dientes, y fue al encuentro del yugoslavo.

Este era un hombre corpulento y desgarrado, parecido a un oso peludo y bonachón, y estrechó a Baker con ambos brazos. Al ser presentado a Shannon, resultó que su primer nombre era Kemal, por lo que

aquél supuso que corría bastante sangre turca por sus venas. Este detalle gustó a Shannon; generalmente, esos tipos eran buenos camaradas y luchadores, y aborrecían la burocracia.

—Mi ayudante —dijo Baker, y Ziljak estrechó la mano de Shannon y murmuró algo en una lengua que éste presumió que era serviocroata.

Baker y Ziljak se comunicaban en alemán, idioma que muchos yugoslavos hablan un poco. Ziljak no sabía inglés.

Con ayuda de Ziljak, hablaron con el jefe de la oficina de Aduanas, el cual los condujo al almacén. El aduanero dijo unas palabras al hombre que montaba la guardia en la puerta, y, en un rincón del edificio, encontraron las cajas. Había trece; una de ellas contenía los dos bazucas, y otras dos, un mortero cada una, con los correspondientes cureñas y mecanismos de puntería. El resto eran cajas de municiones; cuatro de ellas, con diez cohetes de bazuca cada una, y las otras seis, con los trescientos obuses de mortero. Todas las cajas eran de madera nueva, sin indicación de su contenido, pero marcadas con unos números de serie y la palabra *Toscana*.

Ziljak y el aduanero charlaban en su propio dialecto, por lo visto el mismo, cosa muy satisfactoria habida cuenta de que hay docenas de ellos en Yugoslavia, además de siete lenguas importantes, y esta variedad produce a veces dificultades.

Al rato, Ziljak se volvió hacia Baker y pronunció varias frases en su tosco alemán. Baker le contestó, y Ziljak tradujo la respuesta al aduanero. Este sonrió; después se despidió de todos con un apretón de manos. Fuera del almacén, el sol caía como plomo derretido.

—¿Qué quería? —preguntó Shannon.

—El aduanero preguntó a Kemal si había un pequeño obsequio para él —explicó Baker—. Y Kemal le dijo que lo tendría, y no pequeño, si los documentos eran despachados sin obstáculos y, podía cargarse la mercancía mañana por la mañana.

Shannon le había dado ya a Baker la mitad de las 1 000 libras que cobraba Ziljak por sus gestiones, y Baker se llevó aparte al yugoslavo para dárselas. La efusiva campechanía del hombre se volvió aún más efusiva para ambos, y todos resolvieron ir al hotel para celebrar el negocio con un pequeño *slivovits*. «Pequeño» era la palabra que había empleado Baker. Y probablemente Ziljak habría empleado el mismo adjetivo. Pero no en serio. Cuando los yugoslavos están contentos, no beben un pequeño *slivovits*. Con 500 libras en el bolsillo, Ziljak pidió una botella del licor de manzana más fuerte, y platos y más platos de almendras y aceitunas. Mientras se ponía el sol y se apagaba la tarde adriática en las calles, el hombre revivió sus años de guerra, cuando atacaba y se ocultaba en los montes de Bosnia con los guerrilleros de Tito.

Baker se veía en apuros para traducir el exuberante

relato de Kemal sobre sus incursiones detrás de Dúbrovnik, en Montenegro, en las montañas que ahora tenían a su espalda, y en la costa de Herzegovina, y en el más fresco y rico país boscoso al norte de Split, en Bosnia. Le regocijaba la idea de que, antaño, le habrían liquidado sin remisión por entrar en una de las poblaciones que ahora recorría por cuenta de su cuñado, que era funcionario del Gobierno. Shannon le preguntó si, como antiguo partisano, era comunista convencido, y Ziljak escuchó la traducción de Baker, que empleó la palabra «buen» en vez de la de «convencido». Ziljak se golpeó el pecho con el puño.

—*Guter Kommunist* —exclamó, con los ojos muy abiertos y señalándose a sí mismo.

Pero, después, echó a perder todo el efecto con un guiño exagerado, mientras echaba la cabeza hacia atrás, estallaba en una carcajada y se echaba al colete otra copa de *slivovits*. El fajo de billetes doblados de sus 500 libras hacía aparecer un bulto sobre su cinturón, y Shannon rió a su vez y lamentó que el gigante no los acompañase a Zangaro. Era el tipo de hombre que le convenía.

No cenaron, y, a medianoche, se encaminaron con paso inseguro al muelle, a esperar la llegada del *Toscana*. En aquel momento, el buque estaba doblando la punta del rompeolas del puerto, y una hora después estaba amarrado al muelle de piedra. Desde la proa, Semmler miró hacia abajo, a la pálida luz de los faroles

del muelle. Los tres hombres que esperaban movieron lentamente la cabeza en señal de asentimiento. Waldenberg estaba en lo alto de la pasarela, charlando con su piloto. Semmler, después de recibir la carta de Shannon, le había dicho que debía dejarle hablar a él.

Cuando Baker se hubo marchado al hotel, en compañía de Ziljak, Shannon subió al barco y se metió en el pequeño camarote del capitán, sin que nadie del puerto lo advirtiera. Semmler trajo a Waldenberg, y cerraron la puerta.

Lenta y minuciosamente, Shannon explicó a Waldenberg lo que realmente iba a cargar el *Toscana* en Ploce. El capitán alemán no pareció impresionarse. Su semblante permaneció inexpresivo hasta que Shannon hubo terminado.

—Nunca he transportado armas antes de ahora —dijo—. Ha dicho usted que el cargamento es legal. ¿Hasta qué punto lo es?

—Absolutamente legal —dijo Shannon—. Fue comprado en Belgrado y transportado aquí, y las autoridades conocen perfectamente el contenido de las cajas. No se ha falsificado ninguna licencia de exportación, ni se ha sobornado a nadie. Es un embarque absolutamente legal, según las leyes de Yugoslavia.

—¿También según las leyes del país al que van destinadas las armas? —preguntó Waldenberg.

—El *Toscana* no entrará en las aguas

jurisdiccionales del país donde habrán de utilizarse estas armas —dijo Shannon—. Después de Ploce, tocaremos en dos puertos. En ambos casos, sólo para cargar algunas mercancías. Sabe usted muy bien que nunca se registra lo que transportan los barcos al llegar a puerto, cuando sólo tienen que recoger otro cargamento, a menos que las autoridades hayan recibido algún chivatazo.

—Sin embargo, ha ocurrido alguna vez —dijo Waldenberg—. Si llevo esas cosas a bordo y no aparecen consignadas en el conocimiento de embarque, y se efectúa un registro y son descubiertas, el barco queda secuestrado y yo voy a parar a la cárcel. Yo no trafico en armas. Con Septiembre Negro y el IRA campando por sus respetos, todo el mundo busca cargamentos de armas.

—No en el puerto de embarque de una nueva mercancía —observó Shannon.

—De todos modos, no trafico en armas —repitió Waldenberg.

—Pero no tenía inconveniente en llevar inmigrantes ilegales a Inglaterra —dijo Shannon.

—Los inmigrantes no son ilegales hasta que pisan suelo británico —replicó el capitán—. Y el *Toscana* permanecería fuera de las aguas territoriales. La gente podría ser transportada a tierra en lanchas rápidas. Las armas son diferentes. Son ilegales desde el momento en que se cargan sin que consten en el conocimiento de

embarque. ¿Por qué no las incluye en el conocimiento? Le basta con decir que las armas son transportadas legalmente de Ploce a Togo. Si después cambiamos de ruta, nadie podrá demostrarlo.

—No podemos hacerlo, porque, llevando ya armas a bordo, las autoridades griegas no permitirían que el barco atracase en Salónica o en cualquier otro puerto griego. Ni siquiera en tránsito. Y menos para cargar más armas. Por consiguiente, no pueden constar en el conocimiento de embarque.

—¿De dónde vendremos al llegar a Grecia?
—preguntó Waldenberg.

—De Brindisi —respondió Shannon—. Fuimos allí para embarcar una mercancía, pero ésta no estaba a punto. Entonces los armadores le ordenaron que fuese a Salónica para embarcar otra carga con destino a Latakia. Y usted, naturalmente, obedeció la orden.

—¿Y si la Policía griega registra el barco?

—No existe el menor motivo para que lo hagan —dijo Shannon—. Pero, por si acaso, las cajas estarán en la sentina.

—Si las encontrasen allí, estaríamos perdidos —dijo Waldenberg—. Se imaginarán que la carga iba destinada a los terroristas comunistas. Y nos encerrarían sabe Dios por cuánto tiempo.

La conversación prosiguió hasta las tres de la mañana. Y costó a Shannon una prima adicional de 5 000 libras, pagaderas, en cuanto a la mitad, antes de

cargar la mercancía, y en cuanto a la restante, después de zarpar el barco de Salónica. No pidió ninguna cantidad adicional por la recalada en el puerto Africano. Allí no habría problema.

—¿Se encarga usted de la tripulación? —preguntó Shannon.

—Me encargo de ella —respondió Waldenberg, rotundo.

Shannon sabía que lo haría.

De regreso en su hotel, Shannon pagó a Baker la tercera parte del importe de las armas, o sea, 3 600 dólares, y trató de dormir un poco. No era cosa fácil. La calurosa noche le hacía sudar copiosamente, y el hombre se imaginaba al *Toscana* amarrado en el puerto, y las armas encerradas en el almacén, y pedía al cielo que no hubiese problemas. Se veía cerca del final; sólo faltaban tres breves requisitos para llegar al punto en que nadie podría ya detenerlo por más que quisiera.

La carga empezó a las siete, cuando el sol estaba ya muy alto. Mientras un aduanero armado con un rifle montaba guardia junto a las cajas, éstas eran transportadas en carretillas eléctricas hasta el muelle, donde el *Toscana* las izaba a bordo con su propia grúa. Ninguna de ellas era muy grande, y Vlaminck y Cipriani podían estibarlas fácilmente en la bodega a medida que eran introducidas por la escotilla. A las nueve de la mañana había terminado la carga, y se pusieron los cuarteles a las escotillas.

Waldenberg había ordenado al mecánico que tuviese las máquinas a punto de zarpar, y el hombre no se lo había hecho decir dos veces. Shannon supo más tarde que se había puesto muy nervioso al enterarse, tres horas después de salir de Brindisi, que se dirigían a su país natal. Por lo visto, lo buscaban allí por algún motivo. Había permanecido oculto en la sala de máquinas, y nadie bajó a buscarlo.

Mientras el *Toscana* salía lentamente del puerto, Shannon entregó a Baker los 3 600 dólares restantes, así como las otras 500 libras de Ziljak. Sin que éstos lo supiesen, había ordenado a Vlaminck que destapase disimuladamente cinco cajas, elegidas al azar, al ser subidas éstas a bordo. Vlaminck había comprobado su contenido en la bodega, y hecho una seña a Semmler, que permanecía en cubierta, y éste se había sonado la nariz, señal previamente convenida con Shannon. Una medida de precaución, para el caso de que las cajas hubiesen contenido chatarra. No habría sido la primera vez que ocurría una cosa así en el mundo de los traficantes de armas.

Cuando Baker hubo recibido su dinero, dio las 500 libras a Ziljak, como si procediesen de su propio bolsillo, y el yugoslavo cuidó de que el aduanero pudiera cenar bien aquella noche. Después, Alan Baker y su «ayudante» inglés salieron sin ruido de la población.

En el calendario de cien días de Shannon, plazo señalado por sir James Manson para dar el golpe, se

había cumplido el Día Sesenta y Siete.

En cuanto el *Toscana* se hubo alejado de la costa, el capitán Waldenberg empezó a organizar su barco. Uno a uno, llamó a los otros tres tripulantes a su camarote y les habló reservadamente. Aunque ninguno de ellos lo sabía, si se hubiesen negado a continuar en el *Toscana* se habría producido algún lamentable accidente a bordo. Pocos lugares son tan adecuados como un barco en alta mar, y de noche, para provocar una desaparición sin dejar rastro, y Vlamink y Duprée eran muy capaces de lanzar a cualquiera a larga distancia del costado del buque antes de que la víctima tocase el agua. Tal vez su presencia influyó en la decisión. Lo cierto fue que ninguno de los tripulantes puso el menor reparo.

Waldenberg repartió mil libras de las dos mil quinientas que le había dado Shannon en cheques de viajero. El mecánico yugoslavo, muy satisfecho de hallarse nuevamente lejos de su país, cogió sus 250 libras, se las metió en el bolsillo y volvió a sus máquinas, sin hacer comentarios en uno u otro sentido: El piloto, Norbiatto, se alarmó bastante al pensar en las cárceles griegas, pero se embolsó sus 600 dólares y pensó que podían aumentar en gran manera sus posibilidades de poseer un día una embarcación propia. El marinero, Cipriani, pareció casi feliz ante la idea de encontrarse en un buque lleno de contrabando, tomó

sus 150 dólares, dijo «Gracias», en tono arrobado, y se alejó murmurando «Esto es vida». Tenía poca imaginación, y nada sabía de las cárceles griegas.

Hecho esto, se abrieron las cajas y, durante toda la tarde, se examinó su contenido, se envolvieron las piezas en polietileno y se introdujeron debajo de las tablas de la bodega, en la curva formada por la quilla del buque. Después volvieron a colocarse las tablas removidas para facilitar la operación anterior, y se cubrieron con el inocente cargamento de prendas de vestir, botes y motores fuera borda.

Por último, Semmler dijo a Waldenberg que había que colocar los bidones de aceite «Castrol» en el fondo del compartimiento de las vituallas, y cuando explicó a su paisano el motivo, éste perdió al fin su compostura. Se enfadó terriblemente y empleó algunas expresiones que vale más no repetir, y calificar de lamentables.

Semmler consiguió calmarlo, y ambos se sentaron a beberse unas cervezas mientras el *Toscana* seguía navegando hacia el sur, por las aguas del cabo Matapán y el mar Egeo. Por último, Waldenberg se echó a reír.

—«Schmeisser» —dijo—. Conque se trata de unas malditas «Schmeisser». *Mensch*, hace mucho tiempo que no se habla de ellas en el mundo.

—Pues volverá a hablarse —dijo Semmler.

Waldenberg tenía ahora una expresión extraña en el semblante.

—¿Sabe una cosa? —dijo al fin—. Me gustaría

desembarcar con ustedes.

Capítulo XIX

Cuando llegó Shannon, Endean estaba leyendo un ejemplar de *The Times*, comprado por la mañana en Londres antes de salir para Roma. El salón del «Hotel Excelsior» estaba casi desierto, pues la mayoría de los huéspedes que gustaban de tomar café a media mañana se hallaban en la terraza exterior, contemplando el caótico tráfico de Roma y chillando para hacerse oír entre tanto ruido.

Shannon había escogido esta capital porque estaba cerca de Dubrovnik, al este, y tenía buenas comunicaciones aéreas con Atenas. Era la primera vez que visitaba Roma y no podía comprender el tono entusiasta de las guías turísticas de la ciudad. En aquel momento había siete huelgas en curso, como mínimo, y una de ellas afectaba al servicio de recogida de basuras, de modo que la ciudad apestaba a causa de la fruta podrida y otros desperdicios que llenaban las aceras y los callejones.

Se retrepó en un sillón junto al hombre de Londres, disfrutando del fresco del salón interior, después del calor y las incomodidades del taxi que había tenido que

soportar durante una hora. Endean lo miró fijamente.

—Ha estado mucho tiempo sin dar señales de vida —dijo, en tono glacial—. Mis socios empezaban a pensar que se había esfumado. Lo cual habría sido una gran imprudencia.

—De nada habría servido mantener contacto con usted antes de tener algo que decirle. Ese barco no vuela sobre el agua. Necesitó algún tiempo para ir de Tolón a Yugoslavia, y, durante tal período, no podía informarle de nada —dijo Shannon—. A propósito, ¿ha traído los mapas?

—Desde luego.

Endean señaló una abultada cartera de documentos al lado de su sillón.

Al recibir la carta que le enviara Shannon desde Hamburgo, había pasado varios días visitando tres de las principales empresas de mapas marítimos, en Leadenhall Street, Londres, y había comprado, en lotes separados, mapas de toda la costa Africana, desde Casablanca hasta Ciudad del Cabo.

—¿Por qué necesita tantos? —preguntó, con irritación—. Con un par le habría bastado.

—Motivos de seguridad —dijo Shannon secamente. Si usted o yo fuésemos registrados en la Aduana, o si lo fuese el barco hallándose en un puerto, un solo mapa de la zona de destino del buque podría delatarnos. De esta manera, nadie, ni siquiera el capitán o algún tripulante, puede saber la parte de costa que realmente me

interesa. Al menos, hasta el último momento, en que tendré que decírselo. Pero entonces, nada podrán hacer. ¿Ha traído también las diapositivas?

—Sí.

Otro de los trabajos de Endean había consistido en sacar diapositivas de todas las fotografías que había traído Shannon de Zangaro, así como de los mapas y bocetos de Clarence y del resto de la costa de Zangaro.

Shannon había enviado ya al *Toscana*, en Tolón, un proyector comprado en el aeropuerto, libre de derechos de aduana.

Hizo un relato completo a Endean de todo lo que había hecho desde el momento en que salió de Londres, mencionando la estancia en Bruselas, la carga de las «Schmeisser» y otro equipo en el *Toscana* en Tolón, las conversaciones con Schlinker y Baker en Hamburgo, y el embarque realizado en Ploce, Yugoslavia, hacía pocos días.

Endean le escuchó en silencio y tomó unas notas para el informe que habría de presentar a sir James Manson.

—¿Dónde está ahora el *Toscana*? —preguntó después.

—Debe de estar al norte de Creta, *en route* para Salónica.

Shannon siguió diciéndole lo que estaba planeado para dentro de dos días, o sea, la carga de los 400 000 proyectiles de 9 mm para las metralletas, en Salónica, y

la partida hacia el definitivo punto de destino. No mencionó el hecho de que uno de sus hombres se hallaba ya en África.

—Ahora necesito que me diga usted algo —dijo a Endean—. ¿Qué ocurrirá después del ataque? ¿Qué pasará al amanecer? No podremos mantenernos mucho tiempo en espera de que se cree un nuevo régimen, se establezca éste en palacio y radie la noticia del golpe de estado y de la constitución del nuevo gobierno.

—Hemos pensado en todo esto —dijo Endean, con voz suave—. En realidad, el nuevo gobierno es el punto clave de toda la maniobra.

Sacó de su cartera tres hojas de papel escritas a máquina a un solo espacio.

—Aquí están sus instrucciones, a partir del momento en que se haya apoderado del palacio y hayan sido destruidos o desbandados los guardias y soldados. Léalo, apréndaselo de memoria y destruya estas hojas antes de que nos separemos, aquí, en Roma. Tiene que llevarlo todo en la cabeza.

Shannon echó una rápida ojeada a la primera página. Esta guardaba pocas sorpresas para él. Había presumido ya que el hombre a quien Manson quería elevar a la presidencia tenía que ser el coronel Bobi, y, aunque sólo se aludía al nuevo presidente como X, tenía pocas dudas de que Bobi era el hombre en cuestión. El resto del plan era sencillo, desde su punto de vista.

Miró a Endean.

—¿Dónde estará usted? —le preguntó.

—A cien millas al norte de usted —dijo Endean.

Shannon comprendió que Endean quería decirle que estaría esperando en la capital de la república situada al norte de Zangaro, donde una carretera discurría a lo largo de la costa hasta la frontera y continuaba después hasta Clarence.

—¿Está seguro de que captará mi mensaje? —preguntó.

Tendré un aparato de radio portátil de mucho alcance y potencia. El mejor «Braun» que se fabrica. Captaré todo lo que se radie dentro de su campo de acción, con tal de que se haga por el canal y con la frecuencia adecuados. Una radio de barco será lo bastante potente para enviar mensajes claros a una distancia dos veces mayor.

Shannon asintió con la cabeza y siguió leyendo. Cuando hubo terminado, dejó los papeles sobre la mesa.

—Me parece bien —dijo—, Pero pongamos una cosa en claro. Yo radiaré con esta frecuencia y a estas horas desde el *Toscana*, que estará, probablemente, en algún punto a cinco o seis millas de la costa. Pero, si usted no me oye, si hay demasiados parásitos, no será por mi culpa. A usted corresponde hacer lo necesario para oírme.

—Y a usted emitir los mensajes —dijo Endean—. Se trata de una frecuencia que ha sido anteriormente comprobada para fines prácticos. Mi aparato de radio

debe captar la emisión del *Toscana* a cien millas de distancia. Tal vez no la primera vez; pero si insiste usted durante media hora, tendré que oírla.

—Está bien —dijo Shannon—. Una última cosa. Es posible que lo que ocurra en Clarence no llegue a conocimiento del puesto fronterizo de Zangaro. Esto significa que estará custodiado por vindúes. Ustedes habrán de arreglarse para pasar. Además, una vez cruzada la frontera, y en particular cerca de Clarence, pueden tropezarse con vindúes fugitivos que traten de refugiarse en los bosques, pero que pueden aún ser peligrosos. ¿Qué ocurriría si no pudiesen pasar?

—Pasaremos —dijo Endean—. Tendremos quien nos ayude.

Shannon creía, con razón, que la ayuda provendría de una pequeña empresa minera que tenía Manson en aquella república. Tratándose de un ejecutivo importante de la compañía, nada le costaría conseguir un camión, y tal vez, un par de rifles de caza. Por primera vez pensó que Endean podía tener agallas, además de malicia.

Shannon se aprendió de memoria las palabras en clave y la frecuencia de la radio, y quemó los papeles en presencia de Endean, en el lavabo de caballeros. Se despidieron una hora más tarde. No tenían nada más que decirse.

—Todo parece marchar por buen camino —dijo Johann Schlinker la noche siguiente—. En lo que a mí respecta, no preveo la menor dificultad.

Cat Shannon estaba sentado en la cama de la habitación del alemán en el «Hotel Hilton» de Atenas.

—¿Y qué hay de mi subida a bordo?

—Bueno, eso corre de su cuenta —contestó Schlinker—. Sin embargo, dije al agente que un marinero del *Toscana*, que se quedó en Brindisi hace unos días, tiene que incorporarse al barco y le di el nombre de Keith Brown. ¿Tiene ya sus documentos?

—Sí —dijo Shannon—. Están en regla, incluido el pasaporte y la libreta de marinero.

—Encontrará al agente en la oficina de Aduanas de Salónica, cuando abran el 18 por la mañana —le dijo Schlinker—. Su nombre es míster Spiridón.

—¿Qué me dice de Atenas?

—La orden de transporte establece que el camión tiene que ser cargado, bajo supervisión del ejército, entre las ocho de la tarde y las doce de la noche de mañana, diecisiete. Saldrá bajo escolta a medianoche y llegará a las puertas del muelle de Salónica a las seis de la mañana, hora en que se abren aquéllas. Si el *Toscana* llega a la hora prevista, podrá atracar durante la noche. El camión que lleva las cajas es un vehículo no oficial, propiedad de la empresa de transportes que siempre utilizo. Son buena gente, y muy experta. Dije al director que, cuando salga el camión del almacén, me telefonee

aquí inmediatamente.

Shannon asintió con la cabeza. A su modo de ver, nada podía fallar.

—Aquí estaré —afirmó, y se marchó.

Por la tarde alquiló un potente «Mercedes» en una de las agencias internacionales de alquiler de coches con sucursal en Atenas.

A las diez y media de la noche se reunió de nuevo con Schlinker en el «Hilton», para esperar la llamada telefónica. Ambos estaban nerviosos, como era normal en unos hombres que habían trazado minuciosamente unos planes cuyo éxito o fracaso dependía de otros. Schlinker estaba tan inquieto como Shannon, pero por diferentes razones. Sabía que, si algo salía mal, podía ordenarse una investigación a fondo con respecto al certificado de último usuario que había proporcionado, y que este certificado no resistiría una investigación completa, la cual podía implicar una comprobación en el Ministerio del Interior de Bagdad. Y si fracasaba esta vez, se le cerrarían las puertas de ulteriores y más lucrativas operaciones con Atenas. Como le había ocurrido otras veces, lamentó en primer lugar haber aceptado el encargo; pero, como a la mayoría de los traficantes en armas, su ambición le impedía rechazar una oferta de dinero. Hacerlo así le habría producido un dolor casi físico.

Dieron las doce, y no llamó nadie. Las doce y media. Shannon paseaba arriba y abajo por la habitación,

gruñendo enfurecido al gordo alemán, que seguía sentado y bebiendo cerveza. A las doce y cuarenta, sonó el teléfono. Schlinker se levantó de un salto y cogió el aparato. Dijo varias palabras en alemán, y esperó.

—¿Qué pasa? —rugió Shannon.

—*Moment* —dijo Schlinker, imponiéndole silencio con un ademán.

Después habló una nueva persona, y se cruzaron otras frases en alemán, que Shannon no podía entender. Por último, Schlinker sonrió y dijo varias veces «*Danke*».

—Está en camino —dijo, cuando hubo colgado el aparato—. El convoy salió, bajo escolta, del almacén hacia Salónica, hace un cuarto de hora.

Pero Shannon ya no estaba allí.

El «Mercedes» podía alcanzar fácilmente al camión, aunque éste podía marchar regularmente a 100 kilómetros por hora en la larga y recta carretera que, partiendo de Atenas, cruza Tesalónica. Shannon necesitó cuarenta minutos para cruzar los intrincados suburbios de Atenas, y pensó que el camión debía conocer mucho mejor el camino. Pero, una vez en la carretera, podía poner el «Mercedes» a 180 por hora. Permaneció ojo avizor mientras adelantaba a centenares de camiones que se dirigían al norte, envueltos en la sombra de la noche, y por fin descubrió el que buscaba justo después de la ciudad de Kodsani, a ciento veinticinco kilómetros al oeste de Mónica.

Sus faros iluminaron el jeep militar que custodiaba un camión cubierto, de ocho toneladas, y, al adelantarlos, observó el nombre que figuraba en el costado del camión. Era el de la compañía de transportes que le había dicho Schlinker. Delante del camión iba otro vehículo militar, un turismo de cuatro puertas, en cuyo interior viajaba, solo, un oficial. Shannon pisó el acelerador, y el «Mercedes» se dirigió, rugiendo, hacia la costa.

Dejó el «Mercedes» en la ciudad de Salónica y se dirigió al puerto a pie. A las seis menos cuarto estaba ante la entrada principal. Desde allí podía ver, a la luz del sol naciente, el coche oficial, el camión y el jeep, aparcados a cien metros de distancia, y rodeados de siete u ocho soldados que montaban guardia. A las seis y diez llegó un coche particular, se detuvo junto a la verja y tocó el claxon. Un griego menudo y vivaracho se apeó de él, y Shannon se le acercó.

—¿Míster Spiridón?

—Sí.

—Me llamo Brown. Soy el marinero que debe subir a ese barco.

El griego frunció el ceño.

—¿Qué ha dicho, por favor?

—Brown —repitió Shannon—. El *Toscana*.

El semblante del griego se iluminó.

—¡Ah, sí! El marinero. Venga, por favor.

Habían abierto la puerta, y Spiridón mostró su pase.

Habló unos momentos con el guardia y con el aduanero que había abierto la puerta, y señaló con el dedo a Shannon. Cat oyó varias veces la palabra «marinero», mientras los otros examinaban su pasaporte y su carnet. Después, siguió a Spiridón a la oficina de la aduana. Una hora más tarde estaba a bordo del *Toscana*.

La inspección empezó a las nueve. Sin previo aviso. El conocimiento de embarque había sido presentado y comprobado. Estaba perfectamente en regla. En el muelle seguían aparcados el camión de Atenas, el coche oficial y el jeep. El capitán de la escolta, un hombre enjuto, con cara de turco y labios casi inexistentes, habló con los funcionarios de la aduana. Después, éstos subieron a bordo. Spiridón los siguió. Comprobaron la carga, para asegurarse de que era la que figuraba en el conocimiento de embarque, y nada más. Escudriñaron todos los rincones, pero no debajo de las planchas de la bodega. Revisaron el compartimiento de las vituallas, miraron el montón de cadenas, los bidones de aceite y los botes de pintura, y cerraron la puerta. En total, tardaron una hora. Lo que más les intrigaba era que el capitán Waldenberg necesitara siete hombres para un barco tan pequeño. El capitán les explicó que Duprée y Vlaminck eran empleados de la compañía que habían perdido su barco en Brindisi y se quedarían en Malta, después de hacer escala en Latakia. Al preguntarle ellos el nombre del barco, Waldenberg les dio el de uno que había visto en el puerto de Brindisi. Los griegos

guardaron silencio y miraron a su jefe, pidiendo su opinión. Este miró al capitán del ejército, se encogió de hombros y abandonó el barco. Veinte minutos después empezó la carga.

A las doce y media zarpó el *Toscana* del puerto de Salónica y puso rumbo al sur, en la dirección de Creta. Cat Shannon, que se sentía un poco mareado ahora que había terminado todo, se apoyó en la barandilla y vio desfilar los montes de Macedonia mientras el buque salía a mar abierto. Carl Waldenberg se puso a su lado.

—¿Ha sido la última escala? —preguntó.

—La última en la que tengamos que abrir las escotillas —dijo Shannon—. Debemos recoger algunos hombres en la costa de África, pero nosotros nos quedaremos al paio. Ellos llegarán en lancha. Estibadores nativos. Al menos... los embarcaremos como tales.

—Mis cartas de navegación sólo llegan al estrecho de Gibraltar —objetó Waldenberg.

Shannon descorrió la cremallera de su chaqueta y sacó un fajo de mapas, justo la mitad de los que le había entregado Endean en Roma.

—Con éstos —dijo, tendiéndolos al capitán— puede llegar hasta Freetown, en Sierra Leona. Allí fondearemos y recogeremos a los hombres. Sólo le ruego que llegue allí al mediodía del dos de julio. Son el lugar y fecha de la cita.

El capitán volvió a su camarote para calcular la ruta

y la velocidad, y Shannon se quedó solo apoyado en la borda. Las gaviotas evolucionaban sobre la popa, buscando los desperdicios que caían de la cocina, donde Cipriani preparaba la comida, y chillando y cloqueando al lanzarse en picado sobre la estela para pescar un pedazo de pan o de verdura.

Cualquiera que hubiese estado escuchando, habría oído algo más: un hombre silbaba *Spanish Harlem*.

Mucho más al norte, otro barco soltaba amarras y, guiado por el práctico, salía del puerto de Arcángel. El barco de vapor *Komarov* tenía sólo diez años y desplazaba un poco más de 5 000 toneladas.

Debajo del puente reinaba un ambiente cálido y de intimidad. El capitán y el piloto estaban juntos y miraban al frente, mientras los muelles y almacenes iban quedando atrás por el costado de babor, y observaban el canal que los llevaría al mar abierto. Ambos tenían en la mano sendas tazas de humeante café. El timonel mantenía el rumbo que le había designado el piloto, y, a su izquierda, la pantalla del radar centelleaba y se apagaba continuamente, barrida por el brazo iridiscente que captaba, a cada oscilación, el punteado océano que se extendía ante el barco, y, más allá, la franja de hielo que no se derretía nunca, ni siquiera en pleno verano.

En la popa, dos hombres se hallaban apoyados en la

barandilla, debajo de la bandera con el emblema de la hoz y el martillo, y veían alejarse el puerto ártico. El doctor Ivanov sujetó con los dientes el filtro de cartón de su cigarrillo negro y aspiró el aire gélido y salado. Ambos iban muy abrigados para protegerse del frío, pues, incluso en el mes de junio, el viento del mar Blanco no invita a ponerse en mangas de camisa. El joven técnico, bastante excitado ante la perspectiva de su primer viaje al extranjero, se volvió hacia el doctor.

—Camarada doctor... —empezó a decir.

Ivanov se quitó la colilla del *papiross* de la boca y la arrojó a la espumeante estela.

—Amigo mío —dijo—, creo que, mientras estemos a bordo, puede llamarme Mijail Mijailovich.

—Pero en el Instituto...

—Ahora no estamos en el Instituto, sino a bordo de un barco. Y nos espera un confinamiento que durará meses, primero aquí, y después, en la selva.

—Comprendo —dijo el joven, dispuesto a no dejarse impresionar—. ¿Ha estado alguna vez en Zangaro?

—No —respondió su superior.

—¿Y en África? —insistió el joven.

—Sí; en Ghana.

—¿Cómo es?

—Un país lleno de selvas, pantanos, mosquitos, serpientes y gente que no comprende una palabra de lo que uno dice.

—Pero comprenderán el inglés —dijo el técnico—. Y

los dos lo hablamos.

—En Zangaro no lo entienden.

—¡Oh!

El joven técnico había leído todo lo que había podido encontrar sobre Zangaro, que no era mucho, en una enciclopedia tomada de prestado en la enorme biblioteca del Instituto.

—El capitán me dijo que, si mantenemos una buena marcha, llegaremos a Clarence dentro de veintidós días. Será su Día de la Independencia.

—Al diablo con ellos —masculló Ivanov, y se alejó.

Pasado el cabo Espartel, al entrar en el Atlántico desde el Mediterráneo, el *Toscana* radió un telegrama a Gibraltar, para su retransmisión a Londres. Iba dirigido a míster Walter Harris, en cierta dirección de Londres. Decía simplemente: «Plácenos anunciarle su hermano completamente restablecido.» Era la frase en clave que significaba que el *Toscana* seguía su ruta de acuerdo con lo previsto. Unas pequeñas variaciones en el mensaje sobre la salud del hermano de míster Harris habrían significado que seguían la ruta, pero con retraso, o que se hallaban en dificultades. Si no se hubiese enviado ningún telegrama, habría querido decir que el barco no había cruzado aún las aguas territoriales españolas.

Aquella tarde se celebró una conferencia en el

despacho de sir James Manson.

—Bien —dijo el magnate de los negocios, cuando Endean le hubo dado la noticia—. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar a su destino?

—Veinte días, sir James. Hoy es el Día Ochenta de los cien calculados para la operación. Shannon fijó el Día Ochenta para su salida de Europa, con lo cual le quedan veinte días. Calculo que el viaje ha de durar de dieciséis a dieciocho días, lo cual le da un margen de otros dos días para el caso de mal tiempo o de alguna avería, y un total de cuatro días, según su propio cálculo.

—¿Anticipará el golpe?

—No, señor. La operación está fijada para el Día Cien. En caso necesario, esperará en el mar.

Sir James Manson paseaba arriba y abajo por su despacho.

—¿Qué hay de la villa alquilada?

—Todo arreglado, sir James.

—Entonces, no creo que deba seguir usted esperando en Londres. Vuelva a París, obtenga un visado para Cotonou, vaya allí por vía aérea, y haga que nuestro nuevo empleado, coronel Bobi, le acompañe a su residencia próxima a Zangaro. Si da muestras de indecisión, ofrézcale más dinero.

»Instálese allí, prepare el camión y los rifles de caza, y, cuando reciba la señal de ataque de Shannon para la noche, dele la noticia a Bobi. Hágale firmar la concesión

minera como Presidente Bobi con fecha de un mes después, y envíeme tres copias por correo certificado, en tres sobres diferentes.

»Mantenga virtualmente a Bobi encerrado bajo llave hasta que reciba la segunda señal de Shannon, anunciando el triunfo. Entonces, marche hacia allí. A propósito del guardaespaldas que ha de llevar consigo, ¿está ya preparado?

—Sí, sir James. Cuesta bastante dinero, pero es bueno y está a punto.

—¿Qué clase de tipo es?

—No puede ser peor. Precisamente lo que yo buscaba.

—Sin embargo, puede tener problemas, ¿sabe? Shannon estará rodeado de todos sus hombres, o, al menos, de los que sobrevivan al combate. Puede mostrarse enfadoso.

Endean sonrió.

—Los hombres de Shannon seguirán a Shannon —dijo—. Y lo tengo en mis manos. Como todos los mercenarios, tiene su precio. Yo se lo ofrecí..., pero en Suiza y fuera de Zangaro.

Cuando se hubo marchado, sir James se quedó contemplando la ciudad a sus pies y se preguntó si había un hombre que no tuviese su precio. En dinero, o impulsado por el miedo. Él no había conocido ninguno. «Todo el mundo puede ser comprado, y si alguien no se vende, puede ser destruido», le había dicho una vez uno

de sus mentores. Y, después de sus años de magnate de los negocios, observando a políticos, generales, periodistas, directores, hombres de negocios, ministros, empresarios y aristócratas, trabajadores y dirigentes sindicalistas, blancos y negros, en toda clase de ocasiones, seguía siendo de la misma opinión.

Hace mucho tiempo, un marino español, al mirar a tierra desde el mar, vio una montaña que, con el sol detrás de ella en el este, le pareció que tenía la forma de una cabeza de león. Llamó a aquella tierra Montaña del León y siguió su ruta. El nombre persistió, y el país fue conocido por Sierra Leona. Más tarde, otro hombre, al ver la montaña bajo una luz distinta o con ojos diferentes, la llamó Monte Aureola. Este nombre cuajó también. Y más tarde aún, un hombre blanco, tal vez más caprichoso que los anteriores, llamó Freetown a la ciudad levantada a la sombra del monte, nombre que sigue llevando en la actualidad. Poco después del mediodía del 2 de julio, Día Ochenta y Ocho del calendario particular de Shannon, el vapor *Toscana* echó el ancla a medio kilómetro de la playa de Freetown, Sierra Leona.

En el viaje desde Grecia, Shannon había insistido en que no se tocara la carga del sitio en que se hallaba. Lo había resuelto así para el caso de que hubiese una inspección en Freetown, aunque, sin nada que cargar ni

descargar, habría sido una medida absolutamente desacostumbrada. Se borraron las marcas griegas de las cajas, frotándolas con arena hasta que sólo quedó la blancura de la madera. Después se pintaron unas inscripciones, según las cuales las cajas contenían taladros destinados a los pozos de petróleo de la costa del Camerún.

Sólo se autorizó un trabajo durante el viaje hacia el sur. Fueron clasificados los bultos de ropas y artículos diversos, y abierto el que contenía las mochilas y los cinturones. Cipriani, Vlaminck y Duprée, provistos de agujas colchoneras e hilos de palma, pasaron los días cortando las mochilas y transformándolas en unos sacos que podían colgarse a la espalda y que estaban provistos de unas bolsas largas y estrechas, cada una de las cuales podía llevar un cohete de bazuca. Estos nuevos e indefinibles bultos fueron guardados en el armario de la pintura, entre los trapos de limpieza.

Las mochilas más pequeñas fueron también transformadas. Se eliminaron las bolsas, de modo que sólo quedaran las correas de los hombros y unos tirantes cruzados sobre el pecho y sujetos alrededor de la cintura. Después se fijaron unas grapas en las correas de los hombros y en el cinturón. Con estos armazones podría transportarse más adelante una caja completa de obuses de mortero, o sea, veinte proyectiles de una vez.

El *Toscana* anunció su presencia cuando estaba a seis millas de la costa de Sierra Leona, y la oficina del

puerto de Freetown le autorizó para entrar en el puerto y anclar en la bahía. Al no tener que cargar ni descargar ninguna mercancía, no necesitaba atracar en el precioso muelle de la reina Isabel II. Sólo pretendía embarcar unos tripulantes.

Freetown es uno de los puertos predilectos de África Occidental para el embarque de esos morenos trabajadores que, adiestrados en el manejo de los aparejos y los montacargas, son empleados por los vapores volanderos que frecuentan los pequeños puertos madereros de la costa. Suben a bordo en Freetown, en el viaje de ida, y desembarcan en el mismo puerto, con su paga, en el trayecto de vuelta. En cien abras y caletas a lo largo de la costa, donde los diques y las grúas brillan por su ausencia, los buques tienen que emplear sus propias cabrias para cargar su mercancía. Es un trabajo terriblemente duro, bajo el sofocante calor tropical, y los marineros blancos cobran para hacer de tales, no de descargadores. Es posible que en el lugar en cuestión no se encuentre mano de obra, y muy probable, que los indígenas no sepan cargar la mercancía; por consiguiente, es preferible traer hombres de Sierra Leona. Estos duermen al raso, en cubierta, durante el viaje, se hacen la comida y practican sus abluciones en la popa del barco. Por esto nadie se sorprendió en Sierra Leona cuando el *Toscana* dijo que éste era el motivo de su escala.

Mientras chirriaba la cadena del ancla, Shannon

escrutó la costa a lo largo de la bahía, ocupada casi toda ella por las barracas de los suburbios de la capital.

El cielo estaba encapotado; no llovía, pero reinaba bajo las nubes un calor de invernadero, y Shannon sintió que el sudor le pegaba la camisa al torso. De ahora en adelante, todo sería igual. Su mirada se fijó en la zona central del distrito marítimo de la ciudad, donde se levantaba un gran hotel sobre la bahía. Sin duda, estaría Langarotti esperando allí, escudriñando el mar. Tal vez no había llegado aún. Pero a ellos no les era posible esperar eternamente. Si no se presentaba antes de ponerse el sol, tendrían que inventar una razón para quedarse; por ejemplo, una nevera averiada. Sería inconcebible seguir navegando sin que funcionase el sistema de refrigeración. Apartó la mirada del hotel y observó las gabarras que evolucionaban alrededor del gran buque de la «Elder Dempster», atracado en el muelle.

En tierra, el corso, que vio al *Toscana* antes de que éste echase el anda, se dirigía al centro de la ciudad. Estaba allí desde una semana antes y tenía todos los hombres que necesitaba Shannon. No pertenecían todos a la misma tribu, como los de Sierra Leona; pero esto no importaba a nadie. Hombres de diversas tribus estaban disponibles como estibadores y mozos de carga.

Poco después de las dos, una pequeña pinaza salió de la Aduana, llevando a popa un hombre uniformado. Cuando subió a bordo, se presentó como el jefe

delegado de la Aduana. Lucía calcetines blancos, calzón corto caqui, ceñida guerrera, brillantes charreteras y un gorro rígido y picudo, colocado recto sobre la cabeza. Entre los distintivos de su cargo destacaban un par de rodillas de ébano y una cara sonriente. Shannon le dio la bienvenida, se presentó como representante del armador y condujo al aduanero al camarote del capitán.

Allí esperaban tres botellas de whisky y dos cartones de cigarrillos. El funcionario se abanicó, suspiró complacido al respirar el fresco aire acondicionado y sorbió su vaso de cerveza. Echó una mirada distraída al nuevo conocimiento de embarque, según el cual había cargado el *Toscana* unas piezas de máquinas en Brindisi, con destino a las concesiones petrolíferas marítimas de la compañía de petróleo «AGIP», cerca de la costa del Camerún. No se hablaba en él de Yugoslavia ni de Grecia. En cambio, se consignaban otras mercancías, como botes (hinchables) motores (fuera borda), vestidos tropicales (diversos) y taladros para pozos petrolíferos. Tenía proyectado, en el viaje de regreso, cargar cacao y un poco de café en San Pedro, Costa de Marfil, y volver a Europa. El aduanero echó el aliento sobre el sello oficial, para humedecerlo, y estampó su aprobación en el conocimiento de embarque. Una hora más tarde, se había marchado, llevando los obsequios en una bolsa.

Inmediatamente después de las seis, cuando empezaba a refrescar la tarde, Shannon descubrió la

lancha que se apartaba de la costa. En medio de la embarcación, los dos hombres que conducían a los pasajeros a los barcos anclados en la bahía, remaban rítmicamente. A popa había otros siete Africanos, que sujetaban bultos sobre sus rodillas. En la proa se sentaba un europeo solitario. Al detenerse hábilmente la barca junto al costado del *Toscana*, Jean-Baptiste Langarotti, con agilidad, subió la escalerilla que colgaba sobre el agua.

Uno a uno, fueron izados los bultos desde la inestable barca de remos hasta la cubierta del carguero. Los siguieron los siete africanos. Aunque era una indiscreción en caso de que pudiera verse desde la playa, Vlaminck, Duprée y Semmler empezaron a darles palmadas en la espalda y a estrecharles la mano. Los africanos, sonriendo ampliamente, parecían tan contentos como los mercenarios. Waldenberg y su patrono contemplaban, sorprendidos, la escena. Shannon hizo una seña al capitán para que llevase de nuevo el *Toscana* a alta mar.

Después de anochecer, sentados en grupos en cubierta y disfrutando de la fresca brisa, mientras el *Toscana* seguía su rumbo hacia el sur, Shannon hizo la presentación de sus reclutas a Waldenberg. Los mercenarios los conocían ya a todos, como ellos conocían a los mercenarios. Seis de los Africanos eran jóvenes y se llamaban, respectivamente, Johnny, Patrick, Jinja (alias *Ginger*), Sunday, Bortholomew y

Timothy.

Todos ellos habían luchado anteriormente al lado de los mercenarios; todos ellos habían sufrido muchas veces la prueba del fuego y eran capaces de aguantar los más duros combates. Y todos eran fieles a su jefe. El séptimo africano era más viejo, sonreía menos, tenía un aire de serena dignidad, y Shannon le llamaba «doctor». También él era leal a su jefe y a su gente.

—¿Cómo van las cosas en su país? —le preguntó Shannon.

El doctor Okoye movió tristemente la cabeza.

—No muy bien —contestó.

—Mañana empezaremos a trabajar —le dijo Shannon—: iniciaremos los preparativos.

TERCERA PARTE

LA GRAN CARNICERÍA

Capítulo XX

Durante el resto del viaje por mar, Cat Shannon no

dio un momento de reposo a sus hombres. Sólo el maduro africano a quien llamaba «doctor» estuvo exento de servicio.

Marc Vlaminck y Kurt Semmler abrieron los cinco bidones verdes de aceite «Castrol», martillando sus fondos superpuestos, y sacaron de cada uno de ellos el voluminoso paquete de veinte «Schmeisser» y cien cargadores que había en su interior. El aceite lubricante fue vertido en recipientes más pequeños y conservado para el consumo del barco.

Con la ayuda de los seis soldados africanos, rasgaron las fundas que envolvían cada una de las cien metralletas, cada una de las cuales fue limpiada de aceite y de grasa. Cuando hubieron terminado, los seis africanos conocían el funcionamiento de los mecanismos de la «Schmeisser» tan bien, si no mejor, que después de un curso sobre el manejo de tales armas.

Tras abrir las primeras diez cajas de proyectiles de 9 mm, los ocho hombres se sentaron en cubierta y se dedicaron a introducirlos en los cargadores, a razón de treinta cada uno, hasta que los primeros 15 000 proyectiles de su arsenal quedaron alojados en los 500 cargadores de que disponían. Ochenta «Schmeisser» fueron colocadas aparte, mientras Jean-Baptiste Langarotti preparaba juegos de uniformes, tomándolos de los bultos estibados en la bodega. Estos juegos consistían en dos camisetas sin mangas, dos pares de calzoncillos, dos de calcetines, un par de botas, unos

pantalones, un gorro, una guerrera y un saco de dormir. Después, hicieron un paquete con cada juego, envolvieron con un hule cada «Schmeisser» con sus cinco cargadores, metieron el envoltorio en una bolsa de polietileno y lo introdujeron en el saco de dormir. De este modo, una vez atado, cada saco contenía las ropas y las armas necesarias para un futuro soldado.

Dejaron aparte veinte juegos de uniformes y veinte «Schmeisser» con cinco cargadores cada una. Eran para la fuerza de asalto propiamente dicha —aunque ésta sólo se componía de once hombres— y para la tripulación en caso de necesidad. Langarotti, que, durante sus estancias en el ejército y en la cárcel, aprendió a manejar la aguja y el hilo, arregló los once juegos de uniformes de los miembros del grupo de asalto, hasta que les quedaron a la medida.

Duprée y Cipriani, el marinero, que resultó ser también un carpintero hábil, desmontaron varias cajas de las que habían contenido municiones y concentraron su atención en los motores fuera borda. Eran tres «Johnson» de sesenta caballos. Los dos hombres construyeron unos cajones de madera que se ajustaban perfectamente a la parte alta de cada motor y los forraron con espuma de nilón sacada de los colchones que habían traído consigo. Así, mientras los tubos de escape sumergidos apagarían el ruido de la expulsión de gases, aquellos cajones amortiguarían el zumbido del motor hasta convertirlo en un débil murmullo.

Cuando Vlaminck y Duprée hubieron dado fin a estas tareas, dirigieron su atención a las armas que cada uno de ellos habría de emplear la noche del ataque. Duprée desembaló sus dos tubos de mortero y se familiarizó con los mecanismos de puntería. Nunca había utilizado el modelo de mortero yugoslavo, pero se alegró al comprobar que era sumamente sencillo. Después, preparó setenta obuses de mortero y revisó y montó la espoleta en el cono de cada uno de ellos.

Volvió a colocar los obuses dispuestos en sus cajas, y ajustó dos de ellos, uno encima de otro, en uno de los aparejos que prepararon con las mochilas de tipo militar compradas por él mismo en Londres, dos meses atrás.

Vlaminck estudió los dos bazucas, de los que sólo se emplearía uno en la noche del ataque. Una vez más, el principal inconveniente estribaba en el peso. Había, que llevarlo todo colgado a la espalda. De pie en la proa, usando la punta del asta de la bandera de popa como punto de referencia, y habiendo sujetado el disco de mira en el extremo del bazuca, ajustó cuidadosamente el aparato de puntería al arma, hasta que estuvo seguro de que podría, con sólo dos disparos, hacer blanco en un barril situado a doscientos metros de distancia. Escogió a Patrick como ayudante, pues ambos habían estado juntos con anterioridad y se conocían lo bastante bien para formar un buen equipo. El africano llevaría diez cohetes de bazucas en su saco, así como su propia

«Schmeisser». Vlamincck añadió otros dos cohetes a su carga personal, y Cipriani le cosió dos bolsas para que pudiera llevar los cohetes adicionales colgados del cinto.

Shannon se dedicó a los accesorios, estudiando los cohetes de magnesio y explicando su funcionamiento a Duprée. Entregó una brújula a cada mercenario, comprobó la sirena contra la niebla y revisó los aparatos portátiles de radio.

Como les sobraba tiempo, Shannon ordenó que el *Toscana* se pusiese al paio en alta mar durante un par de días, en una zona donde el radar les indicó que no había otro barco en veinte millas a la redonda. Como el buque estaba casi parado, cabeceando ligeramente sobre las olas, los hombres probaron sus respectivas «Schmeisser». Para los blancos no constituía ningún problema; todos ellos habían usado en sus buenos tiempos media docena de metralletas diferentes, y estas armas varían muy poco. A los africanos les costó más acostumbrarse a las mismas, pues la mayoría de ellos sólo conocían los «Máuser» de 7'92 mm o los rifles automáticos estándar de 7'62 de la OTAN. Una de las armas alemanas se encasquilló repetidas veces, y Shannon la arrojó por la borda y entregó otra al hombre. Cada africano hizo novecientos disparos, hasta acostumbrarse al tacto de la «Schmeisser», y todos ellos fueron curados de la mala costumbre que suelen tener los soldados africanos de cerrar los ojos cuando disparan.

Los cinco bidones de aceite, vacíos y desfondados, que se conservaron para otros menesteres, fueron arrojados ahora a popa del *Toscana* para que sirviesen de blanco. Antes de terminar sus prácticas, todos los hombres, blancos y negros, eran capaces de darle a un bidón a cien metros de distancia. Cuatro bidones fueron destruidos y hundidos de esta manera, y el quinto fue utilizado por Marc Vlaminck. Dejó que se alejara flotando hasta doscientos metros, y entonces se plantó en la popa, con las piernas separadas, apoyando el bazuca sobre su hombro derecho y haciendo puntería con el ojo del mismo lado. Calculando la débil oscilación de la cubierta, esperó un momento y disparó el primer cohete. Este pasó rozando el borde del bidón y estalló en el agua, levantando un surtidor de espuma. El segundo cohete dio en el mismo centro del blanco. Se oyó un chasquido, y el estampido de la explosión tronó sobre el agua y llegó hasta los mercenarios y los tripulantes que estaban observando. Fragmentos de hojalata salpicaron el agua alrededor del sitio en que había estado el bidón, y todos los espectadores prorrumpieron en aplausos. Sonriendo, satisfecho, Vlaminck se volvió a Shannon, se quitó las gafas que había usado para protegerse los ojos y se limpió unas tiznaduras de la cara.

—¿Dijiste que querías hacer saltar una puerta, Cat?

—Así es; una enorme puerta de madera, *Pequeño*.

—Te la daré convertida en mondadientes, palabra de honor —dijo el belga.

Temeroso del ruido que habían armado, Shannon ordenó que el *Toscana* prosiguiera su ruta al día siguiente. Dos días después dispuso el segundo alto. Entretanto, los hombres habían sacado e hinchado los tres botes de asalto. Ahora estaban alineados en la cubierta principal. Todos ellos eran de un color gris oscuro, pero tenían la proa de un brillante color anaranjado y, a ambos lados, el nombre del fabricante en el mismo tono luminoso. Todo ello fue cubierto con pintura negra del almacén del barco.

Cuando se detuvieron por segunda vez, probaron las tres embarcaciones. Sin los estuches amortiguadores del ruido, el zumbido de los «Johnson» se oía a cuatrocientos metros del *Toscana*. Con aquellos estuches y con los motores funcionando a un cuarto de su potencia, apenas si se oía algo a treinta metros. Se observó que los motores empezaban a calentarse después de veinte minutos a medio gas; pero este período podía alargarse a media hora, reduciendo la potencia. Shannon estuvo haciendo pruebas con uno de los botes durante un par de horas, ensayando el paso del carburante para obtener la mayor velocidad con el menor ruido. Como los poderosos motores fuera borda le daban amplio margen, pensó que el mejor sistema era no imponerles más de un tercio de su potencia, y aconsejó a sus hombres que redujesen ésta a menos de un cuarto para los últimos doscientos metros, al acercarse a los puntos de desembarco fijados, para

alcanzar su objetivo desde ellos.

Los *walkie-talkies* fueron también ensayados hasta una distancia de cuatro millas, y, a despecho de la pesada atmósfera y de los truenos incipientes en el aire sofocante, podían captarse los mensajes con tal de que se pronunciasen clara y lentamente. Para acostumbrarlos a su empleo, Shannon hizo que los africanos dieran paseos en los botes, a diferentes velocidades, tanto de día como de noche.

Los ejercicios nocturnos eran los más importantes. Para uno de ellos, Shannon se llevó a los otros cuatro blancos y a los seis africanos a tres millas del *Toscana*, que tenía una pequeña luz encendida en la punta de uno de los palos. Mientras se alejaban del barco, los diez hombres tenían los ojos vendados. Al quitarles las vendas, se les dio diez minutos para acostumbrar la visión a la oscuridad del cielo y del mar antes de iniciar el trayecto de regreso. Con el motor a poco gas y un silencio absoluto a bordo, el bote volvió despacio en dirección a la luz que indicaba el emplazamiento del *Toscana*. Mientras permanecía sentado, empuñando la barra del timón, manteniendo la potencia del motor a un tercio y reduciéndola después a menos de un cuarto en el último trecho, Shannon podía percibir la tensión de los hombres que tenía delante. Estos sabían que era un ensayo de lo que sería después, cuando descargaran el golpe, y que, entonces, no podrían volverse atrás.

Cuando hubieron regresado a bordo, Carl

Waldenberg se acercó a Shannon, mientras los tripulantes izaban el bote a la luz de las linternas.

—Casi no he oído nada —le dijo— hasta que estuvieron a menos de doscientos metros, y conste que aguzaba el oído. A menos que sus centinelas estén muy alerta, podrán desembarcar sin ser vistos dondequiera que vayan. A propósito, ¿adónde vamos? Necesito más mapas, si hemos de ir mucho más lejos.

—Creo que será mejor que se lo explique todo —dijo Shannon—. Necesitaré todo lo que queda de noche para darles instrucciones.

Hasta el amanecer, la tripulación (a excepción del mecánico, que seguía durmiendo en la sala de máquinas), los siete africanos y los cuatro blancos, escucharon a Shannon en el camarote principal, donde les expuso todo su plan de ataque. Montó su proyector y preparó las diapositivas, algunas de las cuales correspondían a fotografías que tomó durante su estancia en Zangaro, y otras, a mapas o diseños que había comprado o dibujado él mismo.

Cuando hubo terminado, se hizo un silencio absoluto en el sofocante camarote, mientras el humo azul de los cigarrillos se filtraba por los tragaluces abiertos a la igualmente callada noche exterior.

Por último, dijo Waldenberg:

—*Gott in Himmel!*

Y todos se sobresaltaron. Shannon estuvo más de una hora respondiendo a las preguntas. Waldenberg

pidió garantías de que, si algo iba mal, los supervivientes estarían a bordo del *Toscana*, y éste, más allá del horizonte antes de que saliese el sol. Shannon se lo prometió.

—Sólo podemos contar con su palabra de que ellos no poseen buques de guerra ni lanchas cañoneras —dijo Waldenberg.

—Entonces, tendrán que conformarse con ella —dijo Shannon—. Puedo asegurar que no los tienen.

—Sólo porque no los vio...

—No hay ninguno —gritó Shannon—. Me pasé horas hablando con personas que llevan muchos años en el país. No tienen Armada ni lanchas guardacostas.

Seis africanos no tenían nada que preguntar. Cada uno de ellos se pegaría al mercenario que había de dirigirle, confiando en que supiese lo que estaba haciendo. El séptimo, el doctor, se limitó a preguntar lo que tendría que hacer, y se resignó cuando Shannon le dijo que se quedaría a bordo. Los cuatro mercenarios hicieron unas cuantas preguntas técnicas, a las que Shannon respondió también en términos técnicos.

Cuando volvieron a cubierta, los africanos se metieron en sus sacos y se echaron a dormir. Shannon había envidiado otras veces su capacidad de dormir en cualquier momento, en cualquier sitio, casi en cualquier circunstancia. El doctor se retiró a su camarote, y Norbiatto, que debía hacer la próxima guardia, le imitó. Waldenberg se dirigió a la timonera, y el *Toscana*

emprendió de nuevo el rumbo a su destino, para cuyo cumplimiento faltaban sólo tres días.

Los cinco mercenarios se reunieron en la cubierta de popa, detrás del cuarto de la tripulación, y estuvieron hablando hasta que el sol brilló en lo más alto del cielo. Todos aprobaron el plan de ataque y reconocieron que la inspección de Shannon fue minuciosa y concreta. Pero, de haber cambiado algo desde entonces, si se hubiesen reforzado las defensas o aumentado la guardia del palacio, podía significar la muerte para todos. Serían muy pocos, peligrosamente pocos, para una empresa de tal importancia, y no quedaba margen para ningún error. Comprendían que, si no triunfaban en el plazo de veinte minutos, tendrían que volver a los botes y huir a toda velocidad... los que pudiesen hacerlo. Sabían que no podrían recoger a los heridos, y que aquel que encontrara a uno de sus colegas incapaz de valerse por sí solo, tendrían que hacerle la última merced: darle el tiro de gracia, preferible a la captura y la muerte lenta. Esto formaba parte del reglamento... y todos lo habían hecho alguna vez con anterioridad.

Poco antes del mediodía, se levantó la sesión.

El Día Noventa y Nueve se despertaron todos temprano. Shannon había estado levantado la mitad de la noche, observando, junto a Waldenberg, cómo aparecía la línea costera en la pequeña pantalla de radar

instalada en la parte de atrás de la timonera.

—Quiero que avistemos la costa al sur de la capital —había dicho al capitán— y que, durante la mañana, naveguemos hacia el norte, paralelamente a la costa, de modo que al mediodía nos encontremos aquí.

Y había señalado un punto frente a la costa, al norte de Zangaro. Los veinte días pasados en el mar le habían enseñado a confiar en el capitán alemán. Después de cobrar su dinero en el puerto de Ploce, Waldenberg cumplió estrictamente su parte del contrato e hizo todo lo que estaba en su mano para el éxito de la operación. Shannon esperaba que el marino mantendría el barco a punto, a cuatro millas de la costa, un poco al sur de Clarence, mientras se desarrollara el combate, y que, si recibía la llamada de socorro a través del *walkie-talkie*, esperaría a que los hombres que hubieran podido escapar llegasen al *Toscana* en los botes rápidos, antes de lanzarse a toda marcha mar adentro. Shannon no podía dejar a nadie allí para asegurarse de ello; por eso tenía que confiar en Waldenberg.

Había encontrado ya, en la radio del barco, la frecuencia en que Endean quería que le transmitiese su primer mensaje, fijado para el mediodía.

La mañana transcurrió lentamente. Valiéndose del catalejo del barco, Shannon observaba cómo el estuario del río Zangaro iba quedando atrás: una larga y baja línea de manglales en el horizonte. A media mañana descubrió la interrupción en la línea verde que indicaba

el emplazamiento de la ciudad de Clarence, y pasó el catalejo a Vlamínck, Langarotti, Duprée y Semmler. Cada uno de éstos estudió aquel punto en silencio, antes de pasar el antejo a su compañero. Fumaban más que de costumbre y paseaban arriba y abajo por la cubierta, tensos e irritados por la espera, deseosos de entrar en acción cuanto antes.

Al mediodía, Shannon empezó a transmitir su mensaje. Lo pronunció con voz clara ante el micro. No era más que una palabra: «Llantén.» La repitió cada diez segundos, durante cinco minutos; después, interrumpió la transmisión durante otros cinco minutos, y repitió el mensaje. Tres veces en treinta minutos, y cada vez durante un período de cinco minutos, radió la palabra, esperando que Endean la oiría desde algún lugar de tierra firme. Significaba que Shannon y sus hombres habían llegado a tiempo a su destino, y que atacarían Clarence y el palacio de Kimba a primeras horas de la madrugada.

A veintidós millas de allí. Simon Endean captó la palabra en su transistor «Braun», recogió la antena, se retiró del balcón del hotel y penetró en su habitación. Después, empezó a explicar, despacio y eligiendo las palabras, al excoronel del Ejército de Zangaro, que él, Antoine Bobi, se convertiría en Presidente de la República. A las cuatro de la tarde, el coronel, sonriendo y regodeándose con la idea de las represalias que tomaría contra aquellos que habían contribuido a su

expulsión del país, cerró su trato con Endean. Firmó el documento otorgando a «Bormac Trading Company», por un período de diez años, la concesión minera de las Montañas de Cristal, a cambio de un canon anual, una pequeña participación del gobierno de Zangaro en los beneficios y un cheque certificado de un banco suizo, por medio millón de dólares, a favor de Antoine Bobi.

En Clarence, los preparativos para la celebración de la independencia duraron toda la tarde. Seis presos, que yacían malparados en las celdas de los sótanos del antiguo cuartel de la policía colonial, escucharon los gritos de las Juventudes Patrióticas de Kimba —que desfilaban por las calles— y comprendieron que el día siguiente morirían apaleados en la plaza mayor, como parte de los festejos preparados por Kimba. Se colgaban fotografías del Presidente en todos los edificios públicos, y las esposas de los diplomáticos preparaban sus jaquecas para no tener que asistir a las ceremonias.

En el cerrado palacio, rodeado por sus guardias, el presidente Jean Kimba permanecía sentado detrás de su mesa, esperando el advenimiento de su sexto año en la presidencia.

Durante la tarde, el *Toscana* y su mortífera carga dieron media vuelta y empezaron a navegar lentamente

frente a la costa, en dirección sur.

En la timonera, Shannon sorbía su café y explicaba a Waldenberg cómo debía situar el *Toscana*.

—Manténgase al paio al norte de la frontera hasta que se ponga el sol —dijo al capitán—. Después de las nueve, póngase de nuevo en marcha y avance en diagonal hacia la costa. Entre la puesta del sol y las nueve, habremos lanzado los tres botes de asalto al agua, a popa del buque, todos ellos con su carga. Esto habrá que hacerlo a la luz de las linternas, pero muy apartados de la costa, al menos a diez millas de ésta.

»Cuando emprenda la marcha, a eso de las nueve, vaya muy despacio, de modo que llegue a este punto, a cuatro millas de la costa y a una milla de la punta de la península, a las dos de la madrugada. En esta posición no podrán verle desde la ciudad. Con todas las luces apagadas, no le verá nadie. Que yo sepa, no hay radar en la península, a menos que haya algún barco atracado en el puerto.

—Aun así, no es probable que lo tenga en marcha —gruñó Waldenberg.

Estaba inclinado sobre el mapa de la costa, calculando las distancias con una regla y un compás.

—¿Cuándo partirá el primer bote en dirección a la orilla? —preguntó.

—A las dos. En él irá Duprée con su equipo de morteros. Los otros dos botes saldrán una hora más tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Waldenberg—. Ya los veo en tierra.

—Es una operación muy delicada —dijo Shannon—. No veremos las luces de Clarence, si es que hay alguna encendida, hasta que doblemos la punta. Por consiguiente, tendremos que guiarnos solamente por la brújula, y calcular la velocidad y el rumbo hasta que veamos la línea de la costa, lo cual puede ocurrir cuando estemos a menos de cien metros de ella. Dependerá del estado del cielo; de las nubes, de la luna y de las estrellas.

Waldenberg asintió con la cabeza. Sabía todo lo demás. Cuando oyese que empezaba el tiroteo, tenía que llevar el *Toscana*, por delante de la bocana del puerto, a cuatro millas mar adentro, y navegar otras dos millas hacia el sur de Clarence, a cuatro millas de distancia de la punta de la península. A partir de entonces, escucharía su *walkie-talkie*. Si todo iba bien, permanecería en su sitio hasta que saliese el sol. Si fracasaba la operación, encendería las luces del mástil, de la proa y de la popa, para guiar a la fuerza en retirada hacia el *Toscana*.

Aquella tarde anocheció temprano, pues el cielo estaba cubierto y la luna no saldría hasta la madrugada. Había empezado la estación de las lluvias, y, en los tres días anteriores, cayeron fuertes chaparrones al abrirse el cielo. La información meteorológica, escuchada ávidamente a través de la radio, indicaba que durante la

noche habría aguaceros dispersos a lo largo de la costa, pero no tornados; ojalá no los sorprendiera algún chaparrón intenso cuando los hombres estuviesen en los botes descubiertos o hubiera comenzado el ataque al palacio.

Antes de anochecer se dispuso todo el material junto a la borda, y cuando reinó la oscuridad, Shannon y Norbiatto empezaron a organizar la partida de las embarcaciones de asalto. La primera en ser botada al agua fue la que había de utilizar Duprée. No hacía falta utilizar la cabria; el mar estaba a menos de tres metros por debajo de la obra muerta, desde el punto más bajo de ésta. Los hombres bajaron el bote a mano, y Semmler y Duprée saltarán dentro de él, mientras se balanceaba junto al costado del *Toscana* mecido por la suave marejada.

Ambos colocaron sobre la popa el pesado motor fuera borda, y lo atornillaron fuertemente. Antes de ponerle el amortiguador del ruido, Semmler puso en marcha el «Johnson» y lo mantuvo así durante dos minutos. El mecánico servio había realizado una revisión a fondo de los tres motores, y éstos funcionaban a la perfección. Una vez colocado el estuche amortiguador, el ruido se convirtió en un débil murmullo.

Semmler subió al barco, y Duprée empezó a recoger el equipo: las cureñas, los instrumentos de puntería y los tubos de ambos morteros. Duprée había calculado

cuarenta obuses de mortero para el palacio, y doce para los cuarteles. Para mayor seguridad, se llevó sesenta obuses, todos ellos cebados y a punto para estallar en el momento del impacto.

También llevó consigo los dos lanzadores de bengalas, diez de éstas, una de las sirenas, un *walkie-talkie* y sus gemelos de visión nocturna. Llevaba su «Schmeisser» colgada del hombro, y cinco cargadores sujetos con el cinturón. Los dos africanos que habían de acompañarle, Timothy y Sunday, fueron los últimos en embarcarse en el bote de asalto.

Cuando todo estuvo a punto, Shannon contempló fijamente las tres caras que le miraban a su vez a la luz de la linterna:

—¡Suerte! —exclamó, sin alzar la voz.

Por toda respuesta, Duprée levantó un pulgar y asintió con la cabeza. Sujetando la amarra del bote de asalto, Semmler se deslizó junto a la barandilla, mientras Duprée separaba el bote del barco. Cuando aquél estuvo a popa del *Toscana*, envuelto en la oscuridad, Semmler ató la boza a la borda y dejó que los tres hombres se meciesen en las olas.

Tardaron menos en lanzar el segundo bote, porque los hombres estaban ya entrenados. Marc Vlaminck bajó con Semmler a colocar el motor en su bote. Vlaminck traía consigo un bazuca y doce cohetes, diez de los cuales eran llevados por Patrick, su ayudante. Semmler llevaba su «Schmeisser» y cinco cargadores,

éstos en sendas bolsas de las que podían extraerse fácilmente y que el hombre portaba colgadas de su cinturón. Llevaba también unos gemelos de visión nocturna colgados del cuello, y el segundo *walkie-talkie* atado a un muslo. Como era el único que hablaba alemán, francés y un poco de inglés, actuaría como primer operador de radio del grupo de asalto. Cuando los dos blancos se hubieron acomodado en el bote, Patrick y Jinja, auxiliar éste de Semmler, se deslizaron por la escala de cuerda del *Toscana* y ocuparon sus puestos.

Los dos botes estaban ahora a popa del barco, y la boza de Duprée fue pasada a Semmler, quien la ató a su propio bote de asalto. Las dos embarcaciones hinchables se balanceaban en línea detrás del *Toscana*, separadas por la longitud de la cuerda. Pero ninguno de sus ocupantes dijo una palabra.

Lingarotti y Shannon bajaron al tercer y último bote. Los acompañaban Bartholomew y Johnny; este último, un corpulento y sonriente luchador, ascendido a capitán a propuesta de Shannon la última vez que combatieron juntos, había rehusado mandar su propia compañía, tal como se lo permitía su graduación, prefiriendo permanecer junto a Shannon y velar por él.

Poco antes de que Shannon, que fue el último en bajar al bote, descendiera la escalerilla, el capitán Waldenberg llegó del puente y le tiró de la manga. El alemán se llevó al mercenario a un lado y le dijo en voz

baja:

—Podemos tener un problema.

Shannon se quedó inmóvil, petrificado por la idea de qué pudiera ocurrir algo grave.

—¿Cuál? —preguntó.

—Hay un barco. Frente a Clarence; más apartado que el nuestro.

—¿Cuándo lo vio?

—Hace un rato —dijo Waldenberg—. Primero pensé que se dirigía al sur, costeando como nosotros, o bien al norte. Pero no es así; se dirige a Clarence.

—¿Está seguro? ¿No cabe la menor duda?

—Ninguna. Cuando bajábamos costeando, lo hacíamos tan despacio que, si el otro hubiese seguido el mismo rumbo, estaría ya muy lejos a estas horas. Y si se hubiese dirigido al norte, se habría cruzado ya con nosotros. Está inmóvil.

—¿Hay algún indicio de lo que es, de su nacionalidad? El alemán movió la cabeza.

—Tiene las dimensiones propias de un carguero. Pero nada más podemos saber, a menos que nos pongamos al habla con él.

Shannon reflexionó durante unos minutos.

—Sí fuese un mercante que llevara una carga a Zangaro, ¿cree usted que permanecería anclado hasta la mañana, antes de entrar en el puerto?

Waldenberg asintió con la cabeza.

—Es muy posible. En general, no está permitido

entrar de noche en los pequeños puertos de esta costa. Probablemente espera a que sea de día para solicitar la autorización de entrada en el puerto.

—Si usted lo ha visto, hay que suponer que él nos ha visto a nosotros —dijo Shannon.

—Seguro —admitió Waldenberg—. Tiene que habernos detectado con su radar.

—¿Y puede su radar captar también los botes?

—No es probable —dijo el capitán—, Los botes sobresalen poco del agua.

—Entonces, seguiremos. Es demasiado tarde para volvernos atrás. Tenemos que presumir que no es más que un carguero que espera a que amanezca.

—Oirán el tiroteo —dijo Waldenberg.

—¿Podemos impedirlo?

—No. Pero si fracasa usted y no hemos salido de aquí antes del amanecer, reconocerán el *Toscana* con sus catalejos.

—Entonces no podemos fracasar. Hágalo todo tal como hemos quedado.

Waldenberg volvió a su puente. El viejo doctor Africano, que los había observado en silencio, se acercó a Shannon.

—Que tenga suerte, comandante —dijo, en un inglés perfectamente modulado—. Y que Dios le acompañe.

Shannon estuvo a punto de decir que habría preferido la compañía de un rifle sin retroceso «Wombat»; pero se contuvo a tiempo. Sabía que aquella

gente se tomaba muy en serio la religión. Asintió con la cabeza, dijo «Así sea», y pasó sobre la borda.

Envuelto en la oscuridad, Shannon contempló el suave balanceo de la popa del *Toscana* por encima de su cabeza. El silencio era absoluto, salvo el débil chapoteo del agua contra los costados de los botes. De vez en cuando, gorgoteaba también detrás del timón del barco. Tampoco llegaba ningún ruido desde tierra, pues estaban demasiado lejos de ella, y cuando se acercasen lo suficiente para poder oír gritos y risas, sería bastante más de medianoche y, con un poco de suerte, todo el mundo estaría durmiendo. Lo cierto era que no había muchas risas en Clarence; pero Shannon sabía lo muy lejos que puede llegar un ruido agudo sobre el agua y de noche; y todos sus hombres, tanto en los botes como en el *Toscana*, habían jurado guardar silencio y no fumar.

Consultó su reloj. Eran las nueve menos cuarto. Había que esperar un poco.

A las nueve, el casco del *Toscana* emitió un grave murmullo, y el agua de debajo de la popa empezó a agitarse y a bullir, mientras la fosforescente espuma de la estela chocaba con la roma proa del bote de asalto de Shannon. Habían reemprendido la marcha, y Shannon introdujo la mano en el mar y sintió la caricia del agua al correr. Tenía cinco horas para cubrir veintiocho millas náuticas.

El cielo seguía cubierto, y el aire parecía el de un viejo invernadero; pero un agujero en la capa de nubes

dejaba filtrar débilmente la luz del cielo estrellado. Shannon podía distinguir, a popa, la embarcación de Vlaminck y Semmler en el extremo de siete metros de cuerda, y detrás de ella seguía el bote de Janni Duprée sobre la estela del *Toscana*. Las cinco horas iban transcurriendo como en una pesadilla. Nada que hacer, salvo velar y escuchar; nada que ver, salvo la oscuridad y el centelleo del mar; nada que oír, salvo el sordo martilleo de los viejos pistones en el interior del herrumbroso casco del *Toscana*. A pesar del hipnotizador balanceo de la ligera embarcación, nadie podía dormir, ya que la tensión iba en aumento en el interior de cuantos participaban en la operación.

Pero, a fin de cuentas, pasaron aquellas horas. El reloj de Shannon señalaba las dos y cinco cuando cesó el ruido de las máquinas del *Toscana* y éste se detuvo sobre el agua. Desde la barandilla de popa, llegó un silbido apagado; era la señal de Waldenberg, indicando que habían llegado a la posición prevista. Shannon volvió la cabeza para avisar a Semmler; pero Duprée debía de haber oído el silbido, porque, unos segundos más tarde, oyeron que su motor se ponía en marcha y empezaba a alejarse en dirección a la costa. No lo vieron marchar; sólo oyeron el grave zumbido del motor, debidamente amortiguado, perdiéndose en la oscuridad.

En el timón de su bote de asalto, Janni agarró la barra con la mano derecha, comprobando la fuerza del motor, y levantó el brazo izquierdo, sosteniendo la

brújula ante sus ojos lo mejor que pudo. Sabía que tenía que recorrer cuatro millas y media para llegar a la costa, tratando de hacerlo en la parte exterior del espigón del norte, que se encorvaba sobre el puerto de Clarence. A la velocidad y rumbo que llevaba, debía llegar en el plazo de treinta minutos. A los veinticinco minutos, reduciría al mínimo la fuerza del motor y trataría de llegar a tierra guiándose por la vista. Si los otros le daban una hora para montar sus morteros y sus lanzadores de bengalas, podrían pasar la punta del espigón y llegar a su propia playa de desembarco aproximadamente al mismo tiempo que terminase él sus preparativos. Pero, durante esta hora, permanecería solo con sus africanos en la tierra de Zangaro. Razón de más para que guardara el silencio más absoluto al montar su batería.

A los veintidós minutos de haberse separado del *Toscana*, Duprée oyó un leve siseo en la proa de su bote. Era Timothy, a quien había confiado el papel de vigía. Duprée apartó la mirada de la brújula y dio rápidamente marcha atrás. Estaba cerca de la línea de una costa, a poco más de trescientos metros y, a la débil luz que se filtraba por el agujero de las nubes, pudo ver una raya más oscura algo delante de él. Duprée aguzó la vista e hizo que el bote avanzara unos doscientos metros en dirección a tierra. Allí había un manglar; podía oír el gorgoteo del agua entre las raíces. Lejos, a su derecha, pudo observar que terminaba la vegetación y que la

línea del horizonte se perdía entre el mar y el cielo nocturno. Había ido a parar a tres millas al norte de la costa de la península.

Dio media vuelta al bote, manteniendo el motor muy lento y casi inaudible, y se adentró de nuevo en el mar. Mantuvo el timón de modo que no perdiese de vista la costa, a media milla, hasta que llegó al límite de la franja de tierra en cuyo extremo se levantaba la ciudad de Clarence; más tarde, se acercó de nuevo a la costa. A doscientos metros de ésta, pudo distinguir el gran banco de arena somero que buscaba, y, treinta y ocho minutos después de haber dejado el *Toscana*, paró el motor y dejó que el bote se deslizara por su propio impulso hacia tierra. A los pocos momentos, la arena produjo un débil susurro bajo la quilla.

Duprée avanzó ágilmente a lo largo del bote, evitando los montones de equipo, pasó una pierna sobre la proa y se dejó caer en la arena. Buscó a tientas la boza y la agarró con fuerza para impedir que el bote se alejase. Los tres hombres permanecieron inmóviles durante cinco minutos, esforzándose en percibir el menor ruido que pudiese llegar de la ciudad, que sabían que empezaba más allá del montículo de arena y de grava que tenían delante, y a unos cuatrocientos metros a la izquierda. Pero no oyeron nada. Habían llegado sin producir la menor alarma.

Cuando estuvo seguro de ello, Duprée sacó del cinto una estaca y la clavó en el suelo, para sujetar la amarra

del bote. Después corrió, agachado, hasta la cima del montículo que tenía ante sí. Apenas se alzaba a más de cinco metros sobre el nivel del mar, y estaba cubierto de matorrales que le llegaban a la rodilla y susurraban contra sus botas. Este susurro no era peligroso; quedaba ahogado por el chapoteo del mar sobre la arena, y era demasiado débil para que pudiesen oírlo desde la ciudad. Agachado en el borde de la lengua de tierra que formaba uno de los brazos del puerto, Duprée miró por encima de la parte más alta. A su izquierda, distinguió el espigón, que se perdía en la oscuridad, y justo al frente, una nueva extensión de agua: el interior del puerto en calma. El extremo del espigón de guijarros estaba a diez metros a su derecha.

Volvió al bote de asalto y dijo en voz baja a los dos africanos que descargaran el equipo sin hacer el menor ruido. Al llegar los bultos a tierra, él los agarraba y los llevaba uno a uno a lo alto del espigón. Cada pieza metálica estaba envuelta en arpillera, para evitar que hiciesen ruido al chocar entre ellas.

Cuando todo el armamento estuvo en su sitio, Duprée empezó a montarlo. Trabajaba de prisa y en silencio. Montó su mortero principal en el extremo del espigón, donde Shannon le dijo que había una zona redonda y plana. Sabía que, si los cálculos de aquél eran exactos —y confiaba en que lo serían—, la distancia entre la punta de tierra y el centro del patio del palacio era de 721 metros. Empleando su brújula, apuntó el

mortero en la dirección exacta que le había dado Shannon, y ajustó la elevación de modo que la primera bomba cayese lo más cerca posible del centro del patio del palacio.

Sabía que, cuando se elevaran las bengalas, no podría ver todo el palacio, sino solamente el piso superior, de modo que le sería imposible observar el impacto del obús en el suelo. Pero vería el resplandor de la explosión sobre el borde del terreno de detrás del almacén, al otro extremo del puerto, y esto sería suficiente.

Cuando hubo terminado con el primero, montó el segundo mortero. Este apuntaba a los cuarteles. Emplazó la cureña a diez metros del primer mortero y más abajo en la lengua de tierra donde se hallaba. Sabía la distancia a que se encontraba de los cuarteles y que la precisión del segundo mortero no era esencial, ya que su función consistía en arrojar bombas al azar en el recinto del antiguo puesto de policía y sembrar el pánico entre los soldados que estuviesen allí. Timothy, que había sido sargento suyo de morteros la última vez que lucharon juntos, cuidaría del segundo mortero.

Colocó un montón de doce bombas junto a éste, hizo que Timothy se pusiese allí y le murmuró al oído las últimas instrucciones.

Entre los dos morteros, colocó los dos lanzadores de bengalas, introduciendo un cohete en cada lanzador y dejando los ocho restantes al alcance de la mano.

Decían que cada bengala tenía una duración de veinte segundos; por consiguiente, si tenía que cuidar a un tiempo del mortero y de la iluminación, tendría que trabajar de prisa y con destreza. Sunday cuidaría de pasarle las bombas de mortero de la pila que había montado junto a su emplazamiento.

Cuando hubo terminado, consultó su reloj. Eran las tres y veintidós de la mañana, Shannon y los dos muchachos debían de estar en alguna parte de la costa, dirigiéndose al puerto. Cogió su *walkie-talkie*, extendió completamente la antena, accionó el interruptor y esperó los treinta segundos prescritos para que se calentase. Ya no volvería a apagarlo. Cuando estuvo a punto, apretó tres veces el botón, con intervalos de un segundo.

A una milla de la costa, Shannon estaba en la proa del primer bote de asalto, esforzándose en penetrar la oscuridad con la mirada. A su izquierda, Semmler mantenía el segundo bote en formación, y fue él quien oyó los tres zumbidos del *walkie-talkie* que tenía sobre sus rodillas. Acercó suavemente su bote al costado del de Shannon, hasta que los dos bordes redondeados se rozaron. Shannon miró al otro bote. Semmler siseó y apartó de nuevo su embarcación hasta dos metros de distancia. Shannon respiró aliviado. Sabía que Semmler había oído la señal de Duprée y que el veterano afrikaner estaba preparado y esperándoles. Dos minutos más tarde, a mil metros de la costa, Shannon vio el

rápido destello de la linterna de Duprée, muy bien protegida y limitada a un punto de luz. Estaba a su derecha; por consiguiente, supo que se había desviado hacia el norte. Los dos botes viraron simultáneamente a estribor, mientras Shannon se esforzaba en recordar el punto exacto del que había venido la luz, para dirigirse a un lugar situado a cien metros a su derecha. Allí estaría la entrada del puerto. La luz brilló de nuevo cuando Duprée percibió el apagado rumor de los dos motores fuera borda al llegar los botes a trescientos metros de la punta del espigón. Shannon percibió la luz y varió su rumbo unos pocos grados.

Dos minutos después, con la potencia reducida a menos de un cuarto y sin hacer más ruido que un abejorro, los dos botes de asalto doblaron la punta del espigón donde se hallaba agachado Duprée, a cincuenta metros de distancia. Cuando hubieron pasado la bocana del puerto y se adentraron en las tranquilas aguas, en dirección al almacén del otro lado, el sudafricano pudo ver el débil resplandor de las estelas y de las burbujas de los tubos de escape al subir a la superficie.

La costa seguía silenciosa cuando la ávida mirada de Shannon descubrió la silueta del almacén sobre el cielo un poco más claro, viró a estribor y encalló en la arena de la playa de pescadores, entre las canoas y las redes de los indígenas.

Semmler varó a pocos metros de distancia, y ambos motores se apagaron al mismo tiempo. Como Duprée,

todos los hombres permanecieron inmóviles durante unos minutos, por si se oía alguna voz de alarma. Trataban de distinguir las quillas de las canoas de pesca de las siluetas de alguna patrulla al acecho. Pero no había tal patrulla. Shannon y Semmler saltaron de los botes, clavaron sendas estacas en la arena y amarraron las embarcaciones. Principiaba la acción. Después de un «¡Adelante!» murmurado en voz baja, Shannon cruzó la playa y subió la suave cuesta de la meseta de doscientos metros de anchura que separaba el puerto del dormido palacio del presidente Jean Kimba.

Capítulo XXI

Los ocho hombres corrieron agachados, trepando por el talud hasta alcanzar el terreno llano de la cima. Eran más de las tres y media, y no se veían luces en el palacio. Shannon sabía que, a mitad de camino entre la cima de la elevación y el palacio, encontrarían la carretera de la costa, y que, en la encrucijada, habría al menos dos guardias del palacio. Presumía que no podría liquidarlos a los dos sin ruido, y sabía que, cuando hubiese empezado el fuego, tendrían que arrastrarse cien metros hasta el muro del palacio. Y no estaba equivocado.

Al otro lado del puerto, en su puesto solitario, Janni Duprée esperaba el disparo que había de señalar su entrada en acción. Shannon le había dicho que, fuese quien fuese el que hiciera el disparo, o aunque se hicieran varios, el primero sería la señal. Estaba agazapado junto a los lanzadores de bengalas, esperando el momento de lanzar la primera. En la mano libre tenía su primera bomba de mortero.

Shannon y Langarotti marchaban en cabeza, algo distanciados de los otros seis, cuando llegaron al cruce de carreteras, frente al palacio. Ambos sudaban ya copiosamente. Sus caras, ennegrecidas con tinte, se veían surcadas por riachuelos de sudor. Encima de ellos, la apertura de las nubes era más amplia y asomaban en ella más estrellas, de modo que, aunque la luna seguía tapada, había una débil claridad en la zona despejada de delante del palacio. Shannon podía distinguir, a cien metros, la silueta del tejado recortándose sobre el cielo; en cambio, no vio a los guardianes hasta que tropezó con uno de ellos. El hombre estaba sentado en el suelo, durmiendo.

Shannon fue demasiado lento y torpe con el cuchillo que llevaba en la diestra. Se recobró después de tropezar, pero el guardián vindú se irguió con igual rapidez y lanzó un breve grito de sorpresa. Este atrajo la atención de su compañero, también oculto entre las matas a pocos metros de distancia. El hombre se levantó y sólo tuvo tiempo de emitir un estertor, cuando el

cuchillo del corso seccionó su cuello desde la arteria carótida hasta la vena yugular; después, se derrumbó y jadeó unos segundos antes de morir. El adversario de Shannon recibió la cuchillada en el hombro, volvió a gritar y se echó a correr.

A cien metros al frente, junto a la puerta del palacio, sonó otro grito y el ruido del cerrojo de un fusil. Nunca se supo con certeza quién disparó primero. El estruendoso disparo desde la verja del palacio y la ráfaga de tiros de Shannon, que hizo que se doblase en dos el hombre que corría, se confundieron en un solo estampido. Mucho más atrás se oyó una detonación y un silbido en el cielo, que, dos segundos más tarde, se iluminó con una luz blanca y brillante. Shannon captó una breve imagen del palacio que tenía delante, con dos figuras frente al portal, y advirtió que sus seis hombres se desplegaban a su derecha y a su izquierda. Después, los ocho se tumbaron en la hierba y empezaron a arrastrarse hacia delante.

Duprée se apartó del lanzador de bengalas en el mismo instante en que soltó el resorte del primer cohete, y cuando éste salió silbando, estaba ya introduciendo la primera bomba de mortero en el tubo de éste. La apagada detonación de la bomba, al iniciar su parábola en dirección al palacio, se confundió con el chasquido de la bengala de magnesio al estallar sobre el lugar donde él calculaba que estarían sus colegas. Cogió la segunda bomba y, entornando los párpados, esperó la

caída de la primera en el palacio. Se había concedido cuatro disparos de ensayo, calculando en quince segundos el tiempo de vuelo de cada bomba. Después de esto, sabía que podría mantener el ritmo de una bomba cada dos segundos y que Sunday le entregaría las municiones con rapidez y regularidad.

Su primera bomba de prueba alcanzó la cornisa derecha del tejado del palacio a suficiente altura para que él viese el impacto. No penetró en el interior, sino que hizo saltar unas cuantas tejas por encima del canalón. Entonces rectificó la puntería unos milímetros a la izquierda e introdujo la segunda bomba en el mismo instante en que se extinguía la luz de la bengala. Antes de mirar de nuevo, pasó al segundo lanzador de bengalas, accionó el resorte, disparó, e introdujo otros dos cohetes en los lanzadores. La segunda bengala estalló sobre el palacio y, cuatro segundos después, cayó la segunda bomba. Esta iba bien dirigida, pero el tiro resultó corto, pues la bomba cayó sobre las tejas de la puerta principal.

Duprée sudaba también a mares, y el tornillo del alza resbalaba entre sus dedos. Bajó ligeramente el ángulo de elevación, inclinando un poco hacia abajo la boca del mortero, para alargar su alcance. A diferencia de la artillería, hay que bajar los morteros para alcanzar una mayor distancia de tiro. La tercera bomba de Duprée estaba en el aire antes de que se extinguiese la bengala, y tuvo quince segundos para disparar el tercer

cohete, alejarse un poco para hacer funcionar la sirena y volver a tiempo de ver estallar la bomba. Esta pasó limpiamente sobre el tejado del palacio y cayó en el patio interior. El rojo resplandor duró una fracción de segundo. Lo mismo daba. Ahora sabía que había conseguido la dirección y el alcance precisos. No había peligro de que un tiro demasiado corto pusiera en peligro a sus compañeros ante el edificio.

Shannon y sus hombres permanecieron tumbados en la hierba mientras las tres bengalas iluminaban la escena a su alrededor y Janni efectuaba sus disparos de prueba. Nadie levantaría la cabeza hasta que el afrikaner consiguiera lanzar sus bombas por encima del palacio hasta el patio interior.

Entre la segunda y tercera explosiones, Shannon se atrevió a mirar un poco. Sabía que tenía quince segundos antes de que explotase la tercera bomba de mortero. Vio el palacio a la luz de la tercera bengala de magnesio, y que se habían encendido dos luces en las habitaciones del piso alto. Al apagarse los ecos de la segunda bomba, oyó voces y gritos en el interior de la fortaleza. Fue el primer y último ruido que hicieron los defensores antes de que el estruendo de los explosivos apagara todo lo demás.

Antes de cinco segundos empezó a sonar la sirena, y su enloquecedor alarido, propagándose sobre el agua del puerto, sacudió la noche africana con un gemido que parecía el de mil fantasmas juntos. El estampido de la

bomba en el patio del palacio quedó casi ahogado por la sirena, y no se oyeron más gritos. Cuando volvió a levantar la cabeza, no vio más destrozos en la fachada del palacio y dedujo que Duprée había hecho pasar la bomba por encima del tejado. Habían convenido en que éste no efectuaría más ensayos después de alcanzar su objetivo, sino que seguiría disparando al ritmo más rápido. Shannon oyó, a su espalda, el sordo ruido de los disparos de los morteros, que sonaban como pulsaciones regulares en sus oídos, sobre el monótono gemido de la sirena, que duraría setenta segundos hasta que se agotara la carga de gas.

Janni necesitaría ochenta segundos para disparar cuarenta bombas, y habían convenido en que, si se producía una pausa de diez segundos en algún momento, interrumpiría su bombardeo, a fin de que sus compañeros, al avanzar, no quedaran hechos trizas por una bomba retrasada. Shannon estaba seguro de que Janni no fallaría.

Cuando el fuego de barrera empezó a caer sobre el palacio, quince segundos después de los disparos, los ocho hombres tumbados en la hierba gozaron de una espléndida visión. Ya no eran necesarias las bengalas; las estruendosas explosiones de las bombas sobre el patio embalsado de detrás del palacio lanzaban rojos destellos de luz cada dos segundos. Sólo *Pequeño* Marc Vlamincck tenía algo que hacer.

Estaba a la izquierda de la línea de atacantes, casi

exactamente frente a la puerta principal. Plantado de cara al palacio, apuntó cuidadosamente y lanzó el primer cohete. Una llamarada de siete metros salió de la parte de atrás del bazuca, mientras el proyectil, del tamaño de una piña, volaba en dirección a la puerta principal. Estalló en el borde de arriba y a la derecha de la puerta, arrancando una bisagra y abriendo un agujero de un metro cuadrado en la madera.

Arrodillado al lado de Marc, Patrick sacaba los cohetes del saco extendido en el suelo y los pasaba a aquél. El segundo proyectil se desvió a medio camino y fue a dar en la piedra del arco, encima de la puerta. El tercero alcanzó la cerradura principal. Las dos hojas de la puerta parecieron alzarse al recibir el impacto; después, cedieron sobre los retorcidos goznes y se abrieron hacia el interior.

Janni Duprée estaba en la mitad de su fuego de barrera, y el rojo resplandor era ahora constante detrás del tejado. Algo estaba ardiendo en el patio, y Shannon presumió que eran las casetas de los guardias. Cuando se abrió la puerta, los hombres agazapados en la hierba pudieron ver el resplandor rojizo a través del hueco dejado por aquélla, y cómo dos figuras se tambaleaban y caían antes de poder salir.

Marc lanzó cuatro cohetes más a través de la puerta abierta y en el horno de detrás de ésta, que, por lo visto, era el paso que conducía al patio trasero. Shannon tuvo su primera visión de lo que había tras la puerta.

El jefe mercenario gritó a Vlaminck que no disparase más, pues había gastado siete de sus doce cohetes, y Shannon pensaba que, a pesar de lo que había dicho Gómez, podía haber un vehículo blindado en alguna parte de la ciudad. Pero el belga se estaba divirtiendo de lo lindo. Lanzó otros cuatro cohetes a través del boquete, entre el nivel del suelo y el del primer piso, y, por último, se irguió orgulloso, blandiendo el bazuca en una mano y el último cohete en la otra, mientras las bombas de Duprée seguían silbando sobre su cabeza.

En aquel momento, el alarido de la sirena perdió intensidad y se extinguió. Prescindiendo de Vlaminck, Shannon gritó a los otros que avanzaran, y él, Semmler y Langarotti, empezaron a correr agachados entre la hierba, empuñando las «Schmeisser», con los seguros quitados y los dedos tensos sobre el gatillo. Los siguieron Johnny, Jinja, Bartholomew y Patrick, que, no teniendo más cohetes de bazucas que llevar, descolgaron sus metralletas del hombro y se unieron a los otros.

A veinte metros del palacio, Shannon se detuvo y esperó a que cayesen las últimas bombas de Duprée. Había perdido la cuenta de las que faltaban, pero el súbito silencio producido después de la última explosión le anunció que el bombardeo había terminado. Durante un par de segundos, el propio silencio fue ensordecedor. Después de la sirena y los

morteros, de los ruidos y estampidos de los cohetes del bazuca de *Pequeño Marc*, la ausencia de ruido resultaba inverosímil. Y era casi imposible darse cuenta de que toda la operación había durado menos de cinco minutos.

Shannon se preguntó de pronto si Timothy habría lanzado sus doce bombas de mortero contra el cuartel de los soldados; si éstos habrían huido en desbandada, tal como él había presumido, y qué pensarían los otros ciudadanos de aquel ensordecedor infierno. Sus pensamientos fueron interrumpidos por dos bengalas de magnesio que estallaron sucesivamente encima de él, y, sin esperar más, se puso en pie, gritó «¡Adelante!» y salvó, corriendo, los últimos veinte metros que le separaban de la humeante puerta principal.

Inmediatamente empezó a disparar, sintiendo, más que viendo, la presencia de Jean-Baptiste Langarotti a su izquierda y la de Kurt Semmler a su derecha. Cruzada la puerta, y debajo de la bóveda, la escena era para dejar petrificado a cualquiera. El pasadizo abovedado cruzaba el edificio principal y desembocaba en el patio. Encima de éste brillaban todavía las bengalas con una luz fantástica que iluminaba, detrás del palacio, una escena digna del mismísimo infierno.

Los guardias de Kimba, sorprendidos por los disparos de prueba de Duprée mientras dormían, habían salido de sus casetas al centro del patio embaldosado. Allí los sorprendió la tercera bomba y las

cuarenta que la siguieron en rápida sucesión. Había una escalera de mano apoyada en un muro, y cuatro cuerpos destrozados pendían de sus travesaños: fueron alcanzados en la espalda cuando intentaban subir a lo alto de la pared de la cerca. Los demás habían recibido de lleno los morterazos, que, al estallar sobre las losas, arrojaron mortíferos fragmentos de metralla en todas direcciones.

Había montones de cuerpos, algunos con vida aún, pero en su mayoría muertos. Dos camiones militares y tres vehículos civiles, entre ellos el «Mercedes» del Presidente, yacían convertidos en montones de chatarra junto a la pared del fondo. Por lo visto, varios servidores del palacio, huyendo de los horrores del patio, se habían agrupado detrás de la puerta principal cuando llegaron los primeros cohetes del bazuca de Vlamínck. Sus cadáveres estaban desparramados en el suelo de la zona abovedada.

A derecha e izquierda había más arcadas que conducían a lo que parecía ser la escalera que llevaba a los pisos superiores. Gritando para hacerse oír entre los gemidos de los vindúes heridos y el tableteo de la «Schmeisser» de Semmler en el piso de arriba, Shannon ordenó a los cuatro africanos que ocuparan la planta baja. No tuvo que decirles que disparasen contra cualquier bulto en movimiento. Estaban deseosos de hacerlo, desorbitados los ojos y jadeante el pecho.

Lenta y cautelosamente, Shannon cruzó la arcada y

salió al patio trasero. Si podía haber alguna resistencia por parte de los guardias del palacio, vendría de allí. Al salir al exterior, un hombre armado con un rifle corrió gritando hacia él, desde su izquierda. Tal vez era un vindú presa del pánico, que buscaba una salida para huir; pero no había tiempo de averiguarlo. Shannon se volvió y disparó; el hombre dio un salto y vomitó un chorro de sangre de su boca, ya muerta, sobre la pechera de la guerrera del mercenario. Todo el recinto y el propio palacio olían a sangre y a miedo, a sudor y a muerte, y, dominándolo todo, el olor más embriagador en el mundo de los mercenarios: el de la pólvora sin humo.

Sintió, más que oyó, unas pisadas en el pasadizo, a su espalda, y se volvió en redondo. De una de las puertas laterales por donde había entrado Johnny para liquidar a los vindúes que aún quedasen con vida en el palacio, acababa de salir un hombre.

Shannon sólo pudo recordar como una imagen calidoscópica todo lo que ocurrió desde el momento en que el hombre llegó al centro del pasillo, bajo la bóveda. El hombre vio a Shannon en el mismo instante en que éste lo vio a él, e hizo fuego con la pistola apoyada en la cadera derecha.

Shannon sintió que el proyectil pasaba rozando su mejilla. Disparó un segundo después; pero aquel hombre era muy ágil. Después de disparar, se arrojó al suelo, rodó y volvió a levantarse en posición de tiro. La

«Schmeisser» de Shannon había disparado cinco balas; pero todas pasaron por encima del cuerpo del hombre al arrojarse éste al suelo. Con ello, se acabó el cargador. Antes de que el hombre del pasillo pudiese disparar de nuevo, Shannon saltó a un lado y se ocultó tras una columna de piedra, hizo saltar el cargador vacío y puso otro nuevo. Después, salió de su rincón haciendo fuego. El hombre ya no estaba allí.

Sólo entonces se percató de que el pistolero, descalzo y desnudo de cintura para arriba, no era un africano. La piel de su torso era blanca, incluso a la débil luz del pasadizo, y su cabello era negro y liso.

Shannon profirió una maldición y corrió hacia la puerta abierta y en ascuas. Era ya demasiado tarde.

Al salir el pistolero del destrozado palacio, *Pequeño* Marc se dirigía a la entrada. Llevaba su bazuca cruzado sobre el pecho, sosteniéndolo con ambas manos, y, ajustado a su extremo, el último cohete. El pistolero no se paró siquiera. Sin dejar de correr, disparó las dos últimas balas de su cargador. Más tarde encontraron la pistola entre las hierbas. Era una «Makarov» de 9 mm, y estaba vacía.

El belga recibió ambas balas en el pecho, una de ellas en los pulmones. El pistolero se cruzó con él y corrió entre la yerba para ponerse a salvo, fuera del alcance de la luz de las bengalas que seguía lanzando Duprée. Shannon vio que Vlamínck, volviéndose lentamente en dirección al hombre que corría,

levantaba el bazuca, lo apoyaba concienzudamente en el hombro derecho, apuntaba con mano firme y disparaba.

No es frecuente ver un proyectil de bazuca, del tamaño de una bomba de mano, dándole a un hombre en plena espalda.

Lo cierto es que lo único que pudieron encontrar después fueron unos trozos de paño del pantalón del pistolero.

Shannon tuvo que arrojarse de nuevo al suelo para no ser alcanzado por la llamarada del último disparo del belga. Y todavía estaba en el suelo, a siete metros de *Pequeño Marc*, cuando éste soltó su arma y cayó de bruces, con los brazos abiertos, sobre el duro suelo, ante el portal.

Entonces se desvaneció la luz de las últimas bengalas.

Janni Duprée se irguió después de lanzar sus últimas diez bengalas de magnesio y gritó:

—¡Sunday!

Tuvo que gritar tres veces para que lo oyese el africano, que estaba a sólo diez metros de distancia. Los dos hombres estaban medio sordos después de aguantar los morterazos y la sirena. Dijo a Sunday que se quedase vigilando los morteros y el bote; después, hizo una seña a Timothy para que lo siguiera, e inició un trotecillo entre los matorrales y arbustos del espigón, en dirección

a tierra firme. Aunque había disparado más que los otros cuatro mercenarios juntos, no creía que nada le impidiese participar en la acción.

Además, una de sus misiones era imponer silencio a los barracones del Ejército, y, por los mapas que había visto en el *Toscana*, sabía aproximadamente dónde se encontraban. Los dos hombres tardaron diez minutos en llegar a la carretera que cruzaba horizontalmente la península, y, en vez de girar a la derecha en dirección al palacio, Duprée torció a la izquierda, hacia los barracones. Janni y Timothy marcharon ahora al paso, uno por cada lado de la carretera de tierra arcillosa, con las «Schmeisser» preparadas para disparar en el momento en que surgiese algún peligro.

El peligro estaba al doblar el primer recodo de la carretera. Desbandados diez minutos antes por las bombas de mortero enviadas por Timothy, que habían caído entre las chozas que formaban la primera línea del cuartel, los doscientos soldados acampados del ejército de Kimba habían huido amparándose en la noche. Pero una docena de ellos se habían reagrupado en la oscuridad y esperaban en el recodo, murmurando entre ellos. Si no hubiesen estado tan ensordecidos, Duprée y Timothy los habrían oído antes. En realidad, se dieron de manos a boca con el grupo, casi antes de verlo; un montón de sombras a la sombra de las palmeras. Diez de los hombres estaban desnudos, porque dormían antes de echar a correr. Los otros dos, que estuvieron de

guardia, iban vestidos y armados.

Las lluvias torrenciales de la noche anterior habían ablandado el suelo de tal suerte, que las doce bombas de mortero de Timothy se hundieron demasiado en la tierra para producir todo el efecto deseado. Los soldados vindúes a los que encontraron esperando en aquel recodo conservaban aún un poco de inteligencia. Y uno de ellos tenía una granada de mano.

El súbito movimiento de los soldados al ver la blancura del rostro de Duprée, cuyo tinte había sido desleído por el sudor, alertó al sudafricano. Este gritó «¡Fuego!» y disparó sobre el grupo. Cuatro de ellos cayeron bajo el chorro de balas de la «Schmeisser». Los otros ocho emprendieron la huida, y dos de ellos cayeron entre los árboles bajo el fuego de Duprée. Mientras corría, uno de los hombres se volvió y arrojó algo que llevaba en la mano. Nunca lo había utilizado, ni nunca vio cómo se empleaba. Pero constituía para él un motivo de orgullo, y siempre había deseado emplearlo algún día.

La granada se elevó en el aire, perdiéndose de vista, y, cuando cayó, alcanzó a Timothy en el pecho. Cediendo a una reacción instintiva, el veterano africano agarró el objeto al caer hacia atrás, y, sentado en el suelo, reconoció lo que era. También vio que el estúpido que lo había lanzado se había olvidado de quitarle la horquilla. Timothy había visto, una vez, cómo un mercenario agarraba una granada y volvía a lanzarla

contra el enemigo. Por consiguiente, se puso en pie, arrancó la horquilla de la granada y arrojó ésta con todas sus fuerzas contra los vindúes que se retiraban.

La granada voló por el aire por segunda vez, pero ahora tropezó con la rama de un árbol. Se oyó un apagado chasquido y la bomba cayó más cerca de lo previsto. En el mismo momento, Janni Duprée reemprendía la persecución, con un nuevo cargador en su arma. Timothy lanzó un grito de aviso, pero Duprée lo atribuyó, sin duda, a su entusiasmo. Corrió ocho pasos entre los árboles, sin dejar de disparar con el arma apoyada en la cadera, y estaba a dos metros de la granada cuando ésta explotó.

No recordó gran cosa más: sólo el destello y el estampido, y la impresión de haber sido alcanzado y atrojado a un lado como un muñeco de trapo. Después debió de desvanecerse. Cuando volvió en sí, estaba tumbado en la carretera de arcilla roja, y había alguien arrodillado a su lado y sosteniéndole la cabeza. Sintió que le ardía la garganta, como una vez que tuvo fiebre siendo pequeño; y una sensación agradable, como de somnolencia intermedia entre el sueño y la vigilia. Oía una voz que le hablaba, que le decía algo, reiterada y apasionadamente; pero no podía distinguir las palabras: «Lo siento, Janni, lo siento, lo siento...»

Entendió su propio nombre, pero nada más. Era un lenguaje diferente, distinto del suyo propio. Volvió los ojos hacia la persona que le sostenía la cabeza y vio un

rostro moreno en la penumbra, entre los árboles. Sonrió y dijo claramente en afrikaan:

—Hola, Pieter.

Estaba mirando fijamente un hueco entre las hojas de las palmeras, cuando las nubes se apartaron a un lado y surgió la luna. Esta parecía enorme, como lo parece siempre en África, y tenía un blanco y brillante resplandor. Percibió el olor de la lluvia en la vegetación de la orilla de la carretera y vio que la luna fulguraba como una perla gigantesca, como la roca Paarl después de llover. «Buena cosa estar de nuevo en casa», pensó. Janni Duprée estaba muy contento cuando volvió a cerrar los ojos y murió.

Eran las cinco y media cuando la luz que se filtraba desde el horizonte permitió a los hombres que estaban en el palacio apagar sus linternas. La luz del día no mejoró el espectáculo del patio. Pero el trabajo estaba hecho.

Habían traído el cadáver de Vlaminck, y ahora yacía en uno de los cuartos de la planta baja que daban al pasadizo. A su lado yacía Janni Duprée, al que tres africanos habían traído de la carretera de la costa. Johnny también había muerto, por lo visto sorprendido y abatido por el guardaespaldas blanco que, segundos más tarde, había caído bajo el último cohete de bazuca de Vlaminck. Los tres volvían a estar juntos.

Semmler había llamado a Shannon al dormitorio principal del primer piso y le mostró, a la luz de su linterna, la figura que había derribado a tiros cuando trataba de escapar por la ventana.

—Es él —dijo Shannon.

Había seis supervivientes entre el servicio doméstico del presidente muerto. Los habían encontrado acurrucados en uno de los sótanos, que, más por instinto que por lógica, habían considerado como el refugio más seguro contra la lluvia de fuego caída del cielo. Ahora eran empleados a la fuerza para limpiar el palacio. Se registraron todas las habitaciones de la parte principal de la mansión, y los cadáveres de todos los demás amigos de Kimba y servidores del palacio fueron bajados a la planta baja y arrojados en el patio trasero. Los restos de la puerta no podían ser arreglados; por consiguiente, cogieron una gran alfombra de uno de los despachos oficiales y la colgaron en la entrada, a fin de que no pudiera verse el interior.

A las cinco, Semmler volvió al *Toscana* en uno de los botes, remolcando a los otros dos. Antes de hacerlo, había hablado con el *Toscana* a través del *walkie-talkie*, para dar la palabra en clave que significaba que todo marchaba bien.

Volvió a las seis y media, con el doctor Africano y los tres botes, esta vez cargados de provisiones, de las restantes bombas de mortero, los ochenta paquetes que contenían las demás «Schmeisser», y casi una tonelada

de proyectiles de 9 mm.

A las seis, siguiendo las instrucciones enviadas por Shannon al capitán Waldenberg, el *Toscana* había empezado a radiar tres palabras en la frecuencia convenida con Endean. Las palabras Patapata, Mandioca y Mango, significaban respectivamente: «Operación realizada según lo planeado», «éxito completo» y «Kimba ha muerto».

Cuando el médico Africano vio la tremenda carnicería del palacio, suspiró y dijo:

—Supongo que era necesario.

—Lo era —afirmó Shannon, y pidió al viejo que empezase su tarea.

A las nueve, nada se movía en la ciudad, y las operaciones de limpieza estaban casi terminadas. El entierro de los vindúes tendría que quedar para más tarde. Dos de los botes rápidos volvieron al *Toscana* y fueron izados a bordo y guardados en la bodega, mientras el tercero fue escondido en una caleta no lejos del puerto. Se había eliminado todo rastro de los morteros en el espigón, retirado las cureñas y los tubos, y echados al agua los lanzadores de bengalas y los embalajes. Todo lo demás había sido llevado al interior del palacio, el cual, aunque infernalmente destrozado por dentro, sólo tenía dos trozos de tejado perforados, tres ventanas rotas en la fachada y la puerta destruida, que podían indicar a los de fuera el asalto de que había sido objeto.

A las diez, Semmler y Langarotti se reunieron con Shannon en el comedor principal, donde el jefe mercenario estaba despachando unos pedazos de pan y un tarro de compota que había encontrado en la cocina presidencial. Ambos informaron del resultado de sus investigaciones. Semmler dijo a Shannon que el cuarto de la radio estaba intacto, aparte algunos balazos en la pared, y que el transmisor estaba en condiciones de emitir. La bodega privada de Kimba en el sótano había abierto sus puertas al recibir los cerrojos varias ráfagas de tiros. El tesoro nacional se hallaba, al parecer, en una caja de caudales del fondo de la bodega, y el arsenal de la nación estaba amontonado junto a los muros: armas y municiones bastantes para mantener en acción durante varios meses a un ejército de doscientos o trescientos hombres.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Semmler, una vez terminada su explicación.

—Ahora vamos a esperar —dijo Shannon.

—Esperar, ¿a qué?

Shannon se escarbó los dientes con una cerilla usada. Pensaba en Janni Duprée y en *Pequeño Marc*, que yacían abajo, en el suelo, y en Johnny, que no «liberaría» ninguna cabra más para la cena. Langarotti afilaba lentamente su cuchillo en la tira de cuero enrollada a su puño izquierdo.

—Esperaremos el nuevo Gobierno.

El camión americano de una tonelada que llevaba a Simon Endean llegó segundos después de la una de la tarde. Otro europeo manejaba el volante, y Endean viajaba sentado a su lado, empuñando un potente rifle de caza. Shannon oyó el zumbido del motor cuando el camión salió de la carretera de la costa y subió lentamente hasta la entrada principal del palacio, donde pendía, fláccida, la alfombra, en el aire húmedo, cubriendo el agujero donde había estado el gran portal.

Observó desde una ventana a Endean, mientras éste se apeaba, receloso, miraba la alfombra y los desconchados de la fachada y contemplaba a los ocho guardias negros en posición de firmes delante de la entrada.

La excursión de Endean no se había desarrollado sin ningún incidente. Después de oír por la mañana la llamada de la radio del *Toscana*, había tardado dos horas en convencer al coronel Bobi de la necesidad de regresar a su país a las pocas horas de dado el golpe. Era evidente que el hombre no se había ganado el rango de coronel con su valor personal. En cuanto a Endean, tenía motivos para su envalentonamiento: el saco de oro que le esperaba cuando, dentro de dos o tres meses, se «descubriese» el platino en la Montaña de Cristal.

Había salido de la capital vecina, por carretera, a las nueve y media, iniciando el viaje de ciento sesenta kilómetros hasta Clarence. En Europa, una distancia así se recorre en dos horas; pero en África se necesita más

tiempo. Llegaron a la frontera a media mañana, y empezó el regateo con los guardias vindúes, que todavía no se habían enterado del golpe dado la noche anterior en la capital. El coronel Bobi, que disimulaba sus facciones con un par de enormes gafas negras y que vestía una especie de túnica blanca parecida a una camisa de dormir, hacía el papel de mozo, de sirviente personal, que, en África, no necesita nunca documentos para cruzar una frontera. Los papeles de Endean estaban en regla, lo mismo que los del hombre que le acompañaba, un robusto matón del East End londinense que había sido recomendado a Endean como uno de los más temidos protectores de Whitechapel y antiguo miembro del Kray Gang. A Ernie Locke se le pagaban unos honorarios espléndidos para velar por la vida de Endean, y llevaba una pistola bajo la camisa, arma adquirida en la localidad por los buenos oficios de la empresa minera de «ManCon» en la República. Tentado por el dinero que le ofrecieron, había cometido ya el error de pensar, como Endean, que un buen pistolero del East End sería automáticamente un buen pistolero en África.

Después de cruzar la frontera, el camión había seguido a buena marcha hasta que reventó un neumático a quince kilómetros de Clarence. Mientras Endean montaba la guardia con su rifle, Locke cambiaba el neumático y Bobi permanecía oculto debajo de la lona en la parte trasera del vehículo. Entonces

empezaron las dificultades. Unos cuantos soldados vindúes, que huían de Clarence, los vieron y les dispararon una docena de tiros. Todas las balas se perdieron en el aire, excepto una que fue a dar en el neumático que Locke acababa de cambiar. Tuvieron que terminar el viaje en primera y con un neumático reventado.

Shannon se asomó a la ventana y llamó a Endean. Este levantó la cabeza.

—¿Todo bien? —gritó.

—Sí —respondió Shannon—. Pero no se deje ver. Nadie se ha movido hasta ahora, pero pronto empezarán a husmear.

Endean condujo al coronel Bobi y a Locke a través de la entrada, y los tres subieron al primer piso, donde los esperaba Shannon. Cuando se hubieron sentado en el comedor presidencial, Endean pidió un informe completo de lo acaecido la noche anterior. Shannon se lo dio.

—¿Y la guardia de Kimba? —preguntó Endean.

Por toda respuesta, Shannon lo condujo a la ventana de atrás, que tenía los postigos cerrados; abrió uno de éstos y señaló al patio, de donde subía un gran zumbido de moscas. Endean miró y se echó atrás.

—¿Todos? —preguntó.

—Todos —dijo Shannon—. Liquidados.

—¿Y el Ejército?

—Veinte muertos; los demás escaparon. Todos

dejaron las armas, salvo, quizás, un par de docenas de «Máuser» con cerrojo. No hay problema. Las armas fueron recogidas y guardadas en el palacio.

—¿Y el arsenal del presidente?

—En el sótano, bajo nuestro control.

—¿Y la emisora de radio?

En el piso bajo. Intacta. No hemos probado aún los circuitos eléctricos, más parece que la radio tiene un generador diesel independiente.

Endean asintió con la cabeza, satisfecho.

—Entonces, sólo falta que el nuevo presidente anuncie el triunfo de su golpe de Estado de la noche pasada, que forme un nuevo gobierno y asuma el mando —dijo.

—¿Y las medidas de seguridad? —preguntó Shannon—. No habrá ejército hasta que vuelvan los que se han marchado, y es posible que no todos los vindúes estén dispuestos a servir al nuevo presidente.

Endean sonrió.

—Volverán cuando circule la noticia de que el nuevo presidente está en el poder, y lo servirán mientras conserve éste. Mientras tanto, bastará con el grupo reclutado por usted. A fin de cuentas, son negros, y ningún diplomático europeo es capaz de distinguir entre dos negros.

—¿Y usted? —le preguntó Shannon.

Endean se encogió de hombros.

—Tampoco —dijo—, pero eso no importa. A

propósito: permítame que le presente al nuevo presidente de Zangaro.

Señaló con un ademán al coronel zangareño, que había estado observando la estancia que conocía tan bien, con una amplia sonrisa en el semblante.

—Antiguo jefe supremo del Ejército de Zangaro, afortunado artífice de un golpe de Estado a los ojos del mundo, y nuevo presidente de Zangaro. El coronel Antoine Bobi.

Shannon se levantó, se acercó al coronel y lo saludó con una reverencia. Bobi acentuó su sonrisa. Shannon señaló la puerta del fondo del comedor.

—Tal vez querrá el señor presidente examinar el despacho presidencial —dijo.

Endean lo tradujo. Bobi asintió con la cabeza, avanzó tambaleándose sobre el suelo de azulejos y cruzó la puerta. Esta se cerró tras él. Cinco segundos después, se oyó el estampido de un solo disparo.

Cuando reapareció Shannon, Endean estaba, sentado y le miró fijamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó innecesariamente.

—Un tiro —contestó Shannon.

Endean se levantó, cruzó la estancia y se plantó en el umbral de la puerta del despacho. Después, giró en redondo, pálido el semblante, casi incapaz de hablar.

—Lo ha matado —murmuró—. Toda esta sangrienta operación, y usted lo ha matado. Está loco, Shannon, rematadamente loco.

Se elevó el tono de su voz, llena de ira y desesperación.

—No sabe usted lo que ha hecho, estúpido, maniático, sanguinario, mercenario idiota...

Shannon se sentó en el sillón de detrás de la mesa del comedor y contempló a Endean con escaso interés. Por el rabillo del ojo vio que el guardaespaldas introducía la mano derecha debajo de su camisa. El segundo disparo le pareció más potente a Endean, porque sonó más cerca. Ernie Locke dio un salto mortal completo y cayó de bruces sobre las baldosas, poniendo sobre los antiguos dibujos coloniales el ribete de un hilillo de sangre que brotaba de su diafragma. Estaba muerto, porque la bala había cruzado su cuerpo y le había destrozado la espina dorsal. Shannon sacó la mano de debajo de la mesa de roble y dejó la pistola «Makarov» de 9 mm sobre la mesa. Una pequeña voluta de humo azul salió de la boca del cañón.

Endean pareció derrumbarse, caídos los hombros, como si el conocimiento de la pérdida segura de su fortuna personal, prometida por sir James Manson para cuando Bobi estuviese instalado en el poder, se hubiese visto súbitamente reforzado al darse cuenta de que Shannon era el hombre más peligroso con que había tropezado en su vida. Pero lo había advertido demasiado tarde.

Semmler apareció en la puerta del despacho, detrás de Endean, y Langarotti llegó sin hacer ruido desde el

pasillo. Ambos empuñaban sendas «Schmeisser», con el seguro quitado, y apuntaban a Endean. Shannon se levantó.

—Vamos —dijo. Lo llevaré hasta la frontera. Después, tendrá que seguir a pie.

El único neumático no reventado de los dos camiones zangareños del patio había sido montado en el camión que trajo a Endean.

Habían quitado la lona de atrás, y tres soldados africanos se hallaban acurrucados allí, con sendas metralletas. Otros veinte, uniformados y equipados, formaban en línea delante del palacio.

En el pasadizo, cerca de la destruida puerta, se cruzaron con un africano de edad avanzada y vestido de paisano. Shannon lo saludó con la cabeza, y ambos cambiaron unas palabras.

—¿Todo bien, doctor?

—Sí. Hasta ahora, sí. He conseguido que los míos envíen un centenar de voluntarios para limpiar el palacio. Y otros cincuenta llegarán esta tarde para arreglar todo lo referente a equipamiento. Hemos visitado en sus casas a siete zangareños de la lista de notables y todos se han avenido a ayudar. Se reunirán esta noche.

—Bravo. Podría usted tomarse un poco de tiempo para redactar el primer boletín del nuevo Gobierno. Conviene radiarlo lo antes posible. Pida a míster Semmler que ponga la radio en funcionamiento. Si no

lo consigue, emplearemos la del barco. ¿Algo más?

—Una cosa —dijo el médico—. Míster Semmler dice que el barco que está frente a la costa es ruso, el *Komarov*, y que ha pedido reiteradamente permiso para entrar en el puerto.

Shannon reflexionó unos momentos.

—Diga a míster Semmler que envíe al *Komarov* la siguiente respuesta: «*Petición denegada stop indefinidamente stop*» —dijo.

Se despidieron, y Shannon llevó a Endean a su camión. Se puso él mismo al volante y condujo el vehículo hasta la carretera, para cruzar la zona interior y llegar a la frontera.

—¿Quién era ése? —preguntó hoscamente Endean cuando el camión hubo cruzado la península y dejado atrás el barrio de barracas de los trabajadores inmigrantes, donde todos parecían presa de una desacostumbrada actividad.

Endean advirtió, con asombro, que, en cada encrucijada, había un soldado armado con una metralleta, montando guardia.

—¿El hombre del pasadizo? —preguntó Shannon.

—Sí.

—Era el doctor Okoye.

—Un médico hechicero, supongo.

—En realidad, obtuvo su título en Oxford.

—¿Es amigo suyo?

—Sí.

No hubo más conversación hasta que estuvieron en la carretera general que se dirigía al norte.

—Bueno —dijo Endean al fin—. Sé lo que ha hecho usted. Ha echado a perder una de las más grandes y fructíferas operaciones que se intentara jamás. Naturalmente, usted no sabe de qué se trata. Es demasiado torpe para ello. Pero yo quisiera saber algo: ¿por qué, por qué diablos lo ha hecho?

Shannon reflexionó unos momentos, mientras conducía con cuidado el camión por una carretera llena de hoyos y que se había convertido en algo peor que un camino vecinal:

—Cometió usted dos errores, Endean —dijo, eligiendo las palabras, y Endean dio un respingo al oír su verdadero nombre—. Usted presumió que, por el hecho de ser mercenario, soy automáticamente un estúpido. Nunca se le ocurrió pensar que usted también es un mercenario como lo es sir James Manson y la mayoría de las personas que tienen poder en este mundo. El segundo error fue que presumió que todos los negros son iguales, porque a usted le parecen iguales.

—No sé adónde quiere ir a parar.

—Ustedes investigaron muchas cosas en Zangaro; incluso descubrieron que hay decenas de millares de trabajadores inmigrantes, que son los que virtualmente sostienen el país. No se les ocurrió pensar que estos trabajadores forman una comunidad propia.

Constituyen una tercera tribu, la más inteligente y esforzada de todo el país. Peor aún: no se dieron cuenta de que el nuevo Ejército de Zangaro, y por ende la fuerza del país, podía reclutarse en esta tercera comunidad. En realidad, esto es lo que se ha hecho. Los soldados que vio usted no eran vindúes ni cayas. Cuando estaba usted en el palacio, había cincuenta de ellos, uniformados y armados, y esta noche habrá otros cincuenta. Dentro de cinco días habrá más de cuatrocientos nuevos soldados en Clarence, desde luego faltos de instrucción, pero lo bastante eficaces para mantener la ley y el orden. En adelante, serán la verdadera fuerza de este país. Efectivamente, hubo un golpe de Estado anoche, pero no se dio en nombre o en beneficio del coronel Bobi.

—Entonces, ¿de quién?

—Del general.

—¿De qué general?

Shannon le dijo el nombre. Endean se volvió a mirarlo, boquiabierto de espanto.

—¿Él? Fue derrotado; está en el exilio.

—De momento, sí; pero no necesariamente para siempre. Esos trabajadores inmigrantes son su pueblo. Los llaman los judíos de África. Hay un millón y medio de ellos desparramados en este continente. En muchas zonas hacen la mayor parte del trabajo, y son los más inteligentes. Aquí, en Zangaro, viven en un barrio de barracas detrás de Clarence.

—Ese estúpido bastardo idealista...

—Cuidado —le advirtió Shannon.

—¿Por qué?

Shannon señaló con la cabeza por encima de su hombro.

—Esos son también soldados del general.

Endean se volvió y miró los tres rostros impasibles sobre los tres cañones de las «Schmeisser».

—No conocen mucho el idioma inglés, ¿verdad?

—Él de en medio —dijo Shannon suavemente— era farmacéutico. Después se hizo soldado, y su mujer y cuatro hijos fueron liquidados por un tanque «Saladino». Ya sabe usted que los fabrica Alvis, en Coventry. No tiene ninguna simpatía a las personas que estaban detrás de esto.

Endean guardó silencio durante varios kilómetros.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó después.

—El Comité de Reconciliación Nacional asumirá el poder —dijo Shannon. Lo compondrán cuatro vindúes, cuatro Gays y dos miembros de la comunidad inmigrante. Pero el Ejército estará formado por hombres como los que están detrás de usted. Y este país será empleado como base y cuartel general. Los nuevos hombres, debidamente instruidos, saldrán un día de aquí para vengar todos los males que se les han causado. Tal vez el general venga y establezca aquí su residencia, en realidad, para gobernar.

—¿Y espera usted conseguirlo?

—Usted confiaba en entronizar a ese mono baboso, Bobi, y salirse con la suya. Al menos, el nuevo Gobierno será discretamente justo. Yo sé que el mineral oculto en alguna parte de la Montaña de Cristal es platino. Sin duda el nuevo Gobierno descubrirá el yacimiento. Y, sin duda también, éste será explotado. Pero, si ustedes lo quieren, tendrán que pagarlo. A un precio justo, al precio de mercado. Dígaselo así a sir James, cuando vuelva usted a su casa.

Al doblar un recodo, vieron el puesto fronterizo. Las noticias circulan de prisa en África, incluso sin teléfonos, y los soldados vindúes del puesto se habían largado. Shannon detuvo el camión y señaló al frente.

—Puede seguir andando —dijo.

Endean se apeó y se volvió a mirar a Shannon, con odio no disimulado:

—Todavía no me ha dicho el porqué —dijo—. Me ha explicado el qué y el cómo, pero no el porqué.

Shannon miró hacia la carretera.

—Durante casi dos años —dijo, pensativo— observé cómo medio millón o un millón de niños se morían de hambre por culpa de hombres como usted y Manson. Todo se hacía, en el fondo, para que ustedes y los de su calaña pudiesen acumular más dinero a través de una dictadura cruel y absolutamente corrompida, y se hacía en nombre de la ley y el orden, de la legalidad y de los intereses constitucionales. Yo puedo ser un luchador, un matador de hombres; pero no soy un sádico

sanguinario. Averigüé cómo, y por qué se hacía, y quiénes eran los que manejaban los hilos. En plano bien visible había un puñado de políticos y de hombres del Foreign Office; pero éstos no son más que un grupo de monos enjaulados que sólo se preocupan de sus intrigas oficiales y de su reelección. Detrás de ellos, invisibles, estaban los aprovechados sin escrúpulos, como su precioso James Manson. Por eso lo hice. Dígaselo a Manson cuando vuelva a casa. Me habría gustado hacerlo yo personalmente. Decírselo a la cara. Y ahora, échese a andar.

Endean anduvo diez metros y se volvió en redondo.

—No vuelva nunca a Londres, Shannon —le gritó—. Allí sabemos tratar a la gente como usted.

—No lo haré —gritó Shannon. Y añadió en voz baja—: No me hará falta.

Después, hizo dar media vuelta a su camión y se dirigió a la península y a Clarence.

EPILOGO

El nuevo Gobierno se instauró en debida forma y, en definitiva, gobernó humanitariamente y bien. Los periódicos europeos hablaron muy poco del golpe de Estado; sólo una breve noticia en *Le Monde*, diciendo

que unidades disidentes del Ejército de Zangaro derribaron al Presidente en la víspera del Día de la Independencia, y que un Gobierno provisional había asumido la Administración hasta que se celebrasen elecciones generales.

Pero el periódico no aludía a la prohibición de desembarcar en la República a un equipo de prospección soviético, y qué a su debido tiempo se tomarían medidas para la exploración y sondeos en el sector.

Janni Duprée y *Pequeño* Marc Vlaminck fueron enterrados en el espigón, al pie de las palmeras agitadas por el viento del Golfo.

A petición de Shannon, no se puso ninguna inscripción en sus tumbas. El cadáver de Johnny quedó a cargo de los suyos, que lo lloraron y le dieron tierra de acuerdo con sus costumbres.

Simon Endean y sir James Manson guardaron silencio acerca de su participación en el asunto. En realidad, nada podían decir públicamente.

Shannon dio a Jean-Baptiste Langarotti las 5 000 libras esterlinas que habían sobrado del presupuesto de la operación, y el curso volvió a Europa. Lo único que se supo de él fue que se dirigía a Burundi, donde quería adiestrar a los guerrilleros hutu, que trataban de oponerse a la dictadura de Micombero, defendida y dominada por los tutsi. Como le había dicho a Shannon, cuando se despidieron en el puerto:

«En realidad, no lo hago por dinero. Nunca lo hice por dinero.»

Shannon escribió al signore Ponti, de Génova, empleando el nombre de Keith Brown, y le ordenó que entregase al capitán Waldenberg y a Kurt Semmler, por partes iguales, las acciones al portador que representaban la propiedad del *Toscana*.

Un año después, Semmler vendió su participación a Waldenberg, que tuvo que empeñarse para pagarla, y se marchó a otra guerra. Murió en el sur del Sudán, cuando él, Ron Gregory y Rip Kirby, colocaban una mina para volar un tanque «Saladino» sudanés.

La mina estalló y mató a Kirby en el acto e hirió gravemente a Semmler y a Gregory. Gregory pudo volver a casa, gracias a la Embajada británica en Etiopía; pero Semmler murió en la selva.

Lo último que hizo Shannon fue escribir a su Banco de Suiza, por medio de Langarotti, ordenando una transferencia de 5 000 libras a los padres de Janni Duprée, en Paarl, provincia de El Cabo, y otra por igual suma a una mujer llamada Ana, que tenía un bar en la Kleinstraat, de los barrios bajos de Ostende.

Shannon murió un mes después del golpe, de la manera que le había dicho a Julia que le gustaría morir: con una pistola en la mano... sangre en la boca y una bala en el pecho. Sólo que se trató de su propia pistola y su propia bala. No fueron el riesgo o el peligro o la lucha quienes le destruyeron, sino los tubitos blancos

con filtro en la punta. Así se lo había dicho el doctor Dunois en su consultorio de París. Un año, si andaba con cuidado; menos de seis meses, si hacía algún esfuerzo; y el último mes sería muy malo. Por consiguiente, un día, cuando su tos empeoró, se dirigió solo a la selva, con su pistola y un abultado sobre lleno de hojas escritas a máquina, que unas semanas después fue enviado a un amigo de Londres.

Los indígenas que lo vieron salir solo y que más tarde lo trajeron a la ciudad para su entierro, dijeron que silbaba cuando se alejó.

Como eran simples campesinos, cultivadores de ñame y de mandioca, no sabían lo que estaba silbando: era una tonadilla llamada *Spanish Harlem*.